

CARLOS PELLICER

OBRAS

Poesía



Letras mexicanas

letras mexicanas

OBRAS

CARLOS PELLICER

OBRAS

Poesía

Edición de

LUIS MARIO SCHNEIDER

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición.

1981

Primera reimpresión.

1986

D. R. © 1981, FONDO DE CULTURA ECONOMICA
D. R. © 1986, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, S. A. de C. V.
Av. de la Universidad 975; 03100 MÉXICO, D. F.

ISBN 968-16-0612-4

Impreso en México

NOTA A LA EDICIÓN DE LA POESÍA

CARLOS PELLICER escribió más de 20 libros de poesía —incluyendo las plaquettes—, ordenó 6 antologías y un disco también antológico. De ellos uno es póstumo y 18 de ellos se fueron fusionando en otros posteriores y quedaron reducidos a 10, insertos en los que hasta ahora se consideró su obra magna: *Material poético*, aparecida en 1962. La excepción la constituyen los 3 libros publicados después de esa fecha.

La primera evidencia ante *Material poético*, que la crítica supuso reunía la totalidad de la poesía de Pellicer hasta el 62, es que no pasa de ser una amplia antología. Basta un ejemplo: de *Colores en el mar y otros poemas* (1921) se suprime 28 composiciones, amén de variar el orden de los poemas con respecto a la edición príncipe.

Esta comprobación posibilita editar la poesía completa de Pellicer basándose en la reproducción total y cronológica de los libros originales y de los poemas dispersos, respetando, por supuesto, las ideas del autor. Explico: a) Aceptación de la "muerte" de algunos libros para "revivir" en otros; b) Las correcciones gramaticales y otras variantes en títulos, distribución y dedicatorias que Pellicer fue haciendo con el tiempo. Es decir, no traicionar en nada su criterio último respecto a las composiciones en sí mismas. Respecto a suprimir poemas, no, pues entonces dejaría de llamarse a esta edición *Poesía*, tentativamente completa. De paso cabe una salvedad: la obra poética de Pellicer es enorme. Sé que a este trabajo se le pueden escapar poemas, fundamentalmente aquellos circunstanciales, los dedicados a amigos, a lo cual Pellicer era muy afecto.

Se determinó abrir el volumen con la primera obra publicada y así sucesivamente, cerrando esta primera sección con *Reincidencias*, el libro póstumo que editó, recientemente,

en el Fondo de Cultura Económica, el sobrino del poeta, Carlos Pellicer López, albacea de sus papeles.

Una segunda sección está constituida por "Poemas no colecciónados", que recoge aquellas composiciones que Pellicer fue dejando fuera de sus libros. Se incluyen en este grupo poemas desde 1922, año inmediato a la publicación de *Colores en el mar*, hasta las últimas composiciones de 1976. Parte del mismo es el material que aparece con igual nombre en *Material poético*, a excepción de algunas composiciones que más tarde entraron a formar otro libro: *Cuerdas, percusión y aliento* (1976). Como se sabe, en 1969 salió su *Primera antología poética*. Dicho volumen incluye un fragmento de un único poema que no pertenece a ningún libro, "El San Juanito de Ingres". Para no multiplicar divisiones preferí integrar este poema a los "no colecciónados". Una sola vez se rompe con el orden cronológico: cuando, por razones evidentes, se determinó agrupar al final y en un aparte los poemas titulados "Cosillas para el Nacimiento", o sea, los que ritualmente escribía Pellicer cada año para su célebre y celebrado pesebre. No es dudoso que un día se puedan recuperar los de las navidades que faltan.

La tercera sección de este volumen, "Primeros poemas", reúne exclusivamente las composiciones fechadas desde 1912 hasta noviembre de 1921, cuando Pellicer se decide a presentarse al público "oficialmente" y no ya esporádicamente en revistas o suplementos literarios. Esta sección se podría objetar con el argumento de siempre: ¿Es válido sacar a la luz esos primeros balbuceos del poeta adolescente? La historia literaria no se hace escondiendo los datos de la génesis y de la evolución estética de un autor. Todo lo contrario, esos datos resultan a menudo luminosos, y más en Pellicer, porque en esos poemas de la primera época se perfila su poética posterior. Más todavía: entre sus papeles se han hallado poemas de esa época juvenil que Pellicer insertó en sus libros. Así por ejemplo se lee que *Colores en el mar* recoge composiciones de 1915 a 1920. ¿Por qué dejar fuera una extensa

producción de 1916? Existe además un dato interesante: entre los papeles de esa primera época se encontraron unas hojas que parecen ser el índice de un libro listo para publicarse y que se denominaría *En rumbo*. Desgraciadamente gran parte de esos poemas que describe la lista no ha podido hallarse. Todo esto sin mencionar que hacia 1915 se anunciaba un libro de Pellicer titulado *Sonetos romanos* que ha sido recuperado para esta edición. Todo lector va a notar algunas faltas en estos "Primeros poemas", principalmente en unos "trípticos" incompletos, o una disposición cronológica no siempre exacta. Sobre lo primero preferí salvarlos en espera —o no—, pero salvarlos hasta que un día pudieran completarse. Sobre lo segundo, era imposible, por la inexactitud de la fecha, poder precisar certeramente su ubicación. En algunos casos ayudó cierto material marginal, por ejemplo: cartas a la familia determinaron insertar en enero de 1916 poemas que sólo tenían al pie 1914, o que decían: "Camino de Colima". En esta sección, como en las anteriores, no se señalan variantes porque no se pretende hacer una edición crítica. Un estudioso o investigador que desee profundizar en la obra poética de Pellicer tendría que cotejar necesariamente los muchos cambios que existen entre los manuscritos y los poemas impresos, así como las modificaciones que sufre un mismo poema publicado en diferentes libros.

Una última salvedad: Pellicer practicaba la lisible costumbre de fechar casi siempre sus textos. Sólo en rarísimas ocasiones esto no se cumple. Cuando ello acontece coloco una fecha dubitativa o me baso en el dato de publicación, o bien, inserto el poema sin fecha según el orden que siguió el poeta al publicarlo.

Creí conveniente hacer una lista de títulos y de primeros versos, seguidos de la enumeración cronológica de los libros en donde fueron reunidas las composiciones, con el objeto de que el lector o el investigador pueda localizar rápidamente la ubicación de un poema y saber de inmediato si está o no recogido en este volumen. Todo esto como ayuda para

completar definitivamente la poesía de Pellicer, ya que este tipo de trabajos es siempre una labor colectiva que se inscribe en el tiempo.

Sucede a este índice la bibliografía directa e indirecta del autor y una hemerografía. No está de más recalcar que puede haber omisiones, muchas de las cuales obedecen a la imposibilidad de manejar colecciones completas de periódicos y revistas.

Mi agradecimiento a Carlos Pellicer López porque la devoción a la obra de su tío facilitó enormemente que se llevara a cabo esta tarea y permitió una labor, más que agradable, de amigos.

LUIS MARIO SCHNEIDER

Somerset, N. J.
México, 1978

Colores en el mar

1915-1920

*A la memoria de mi amigo
Ramón López Velarde, joven Poeta insigne,
muerto hace tres lunas en la gracia de Cristo.*

EN MEDIO de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

Locmos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.

El corazón al corazón se fia
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.

Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

El corazón al corazón se fia
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría.

Porque la flor más alta dance y ría,
el viento entre los árboles se mueve.

Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
y te da su pasión como una gema.

Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

El amor, que en el caos fue primero,
lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

Órbita la mejor porque es ternura
esquilmada a la oveja del pastor
que en diciembre hace eterna su ventura.

Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas del dolor.

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta tí viva alabanza.

Sembrar mi vida de cordiales robles
—hóspitas curvas para el peregrino—,
y en junio darte mis cosechas, dobles.

Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino

pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor, arda y convivia

en mi ser, y se dé la stalactita
de la obediencia a tí. Toma mi frente,
y ciñela Señor con la infinita
corona del amor.

EL MAR —que no es un aspecto físico del Mundo, sino una manera espiritual— tiene para mi corazón los elementos principales para subordinarme a él.

Por el afán dinámico que predomina en mí, el gran lugar donde se mueve el agua me atrajo soberanamente. Y me atraerá por mucho tiempo todavía.

Playas de México, playas de Colombia, de Venezuela —repúblicas inolvidables a donde llevé durante dos años la representación de los estudiantes mexicanos—, playas de Cuba, sonoras playas del Atlántico, soberbias playas del Pacífico! La sal y el viento de sus panoramas han invadido mi sangre tornasolándola con todos sus recuerdos.

A Salvador Díaz Mirón, lleno de la eternidad de la gloria, viejo y entristecido y olvidado, dedico estos versos marinos, breves homenajes.

LANZÓ el mar el gran grito de la aurora
y fue desmantelándose lo mismo que un navío.
Yo dilaté mi espíritu, reverdeci, y en toda
la playa hubo un encante de espumas y de bríos.

Nuevas decoraciones vio el mundo. La mañana
me devolvió mis dulces manzanas. En la flor
del alba, dispersé la Rosa de los Vientos:
Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste el amor.

Floralia luminosa, disímbla y constante.
Sobre alabastros nuevos mi vaso cincelé.
(Los matinales brindis de las albas cantantes,
de todas las auroras de mi inmutable fe.)

Planté en la playa el noble palmar de tu recuerdo;
te erigí el obelisco de mi blanca lealtad.
Debajo de las palmas y enfrente del desierto
me consagré a la aurora de tu inmortalidad.

EL MAR a azules impetus voltea su engranaje
y el juego de dobleces libérmino se orea;
el faro como un ciclope deslumbra el homenaje
de un gesto de distancia, plateando la marea.

Rastros de un gran crepúsculo. Negro-azul el
—Atlántico,
cuyo abracadasbrántico
decir en esta hora,
es como el éco bárbaro de un insólito cántico
hecho de iris de espumas y arquerías de olas.

Y las sílabas mágicas,
raras silabas negras, se perdían en las olas.

El Sol! El Sol! El Sol!...
Detrás de un arrebol
llegó aquel joven Sol.

Y el alba al encender
el gran faro del día
en la noche del Tiempo, todo lo deseña;
y yo volví a nacer.

Nubes en sol mayor
y olas en lá menor.

La vida era tan bella como el amanecer

Pareció que en el mar
se bañasen mil niños; así las olas eran
infantiles y claras de gritar.

Y una mujer pasaba
toda dominical.

Es UN mar levantino que ni con malecones
ha podido aquietarse: es un mar muy latino...
De la turgida agua los móviles montones
truenan bárbaramente; tal el verbo marino.

Rueda en rápidas rondas el rubumbio pontino,
y al distanciar la espuma de sus cuerpos trotones
es porque en las aristas del malecón salino
soberbiamente proclamó sus evasiones!

Mar levantino y fuerte de rodante ambulancia;
mar que asusta a la fácil y vibrante elegancia
del palmar que dijérase agarrara a la brisa.

Y no hay nada tan bellamente enorme y retante
como la inmensidad y la salvaje prisa
desde mar ondulante, rebotante y triunfante.

EL MAR. La tarde, Niños, Recuerdos de Sorolla.
(Corren las pinceladas del pintor, como el mar.)
El mar que ve a los niños disparatar, se embrolla
y se cae, se endereza y se pone a jugar.

Las chiquillas son Evas y los niños Adanes,
pero ellos no lo saben. Delira el carmesí.
Y el mar que se atropella rasgando sus olanes
una vez es grotesco y otra vez es sutil.

Vida que en las cabriolas del mar anulas todos
mis éticos problemas, gracias, por tu virtud.
Dosal de auroras tienen sitiiales de tu trono!
Tu reinarás radiante sobre mi juventud.

ANTE la fuerza elástica de las olas enormes
que voltean sus caprichos en líneas poliformes,
las ideas salvajes de mi alma están conformes.
Qué bárbara armonía! Qué brutales suicidios!
Cual gigantesca lucha de monstruosos ofidios,
las desesperaciones de las olas me eluden
quietudes indigentes que me agobian... Que ayuden
a mi espíritu recio a levantar su bloque
de fortaleza! grito a las olas. Y un toque
de esperanza en mi espíritu siento llegar...

—Se hinchan

las olas y se empujan, se aplastan y relinchán.
Un informe relámpago hizo un instante de oro
en aquella hora gris. El mar se hizo pedazos,
y en la roca era un bárbaro largo beso sonoro,
y en la playa volvían amplísimos abrazos...

Ante aquel mar sin barcos ni sirenas
viví cálido instante... Y sentí muchas veces
un deseo inaudito de luchar con las olas!
Como cuando se cree vencer alguna brava
pasión que desenfrena sus búfalos. A solas
esta pelea resulta,
como cuando la nieve quiere enfriar la lava!

PINTADO el cielo en azul.
El mar pintado en azul.
El alma suelta en azul.

Azul.

Azul.

Azul.

El día jugó sus as de oro
y lo perdió en tanto azul.

Y el silencio dijo en coro:
“Ya mañana no hay azul!”

PALIDEZCÍA el Alba sus vitrales
como de catedrales estupendas,
mientras las provincianas catedrales
fulguraban cristales de leyendas.
En aquella mañana
de amor y de color y de sonrisa,
imaginé buscar conchas extrañas
en que el rosa al azul-intimo asombré,
y tornarme en orfebre de tal nácar
para las nueve letras de tu nombre.

AYER el mar, lleno de represalias,
lanzó sus gladiadores sobre este litoral;
lo mismo que los bárbaros rugiendo en pos de Italia
desmelenadamente devorando la paz.

Fue un galope flotante de remotas venganzas
que acaudillaba el rayo desatinando flechas.
Sobre el cielo harapiento vibraron las entrañas
del Sol. Aquella tarde fue solo una silueta.

Rindió la costa palmas de rítmicas banderas.
Y aquel mar coronado, fúnebre y vencedor,

fanatizó su gloria fosforesciendo estrellas
como un pez colosal sorprendido en el sol.

Como trágica víspera fue la tarde. Cortía
desangrada una ola que generó aún así.
El Sol quemó sus naves como Cortés. Había
temor de ser humano por no caer allí.

(La Noche levantándose del oriente, pulía
dulcemente la estrella surgida para mí.)

Alguna vez las olas volaron. O fue una ave?
Que entre pluma y espuma certeza no se sabe.
La soledad humana volvió a mi corazón.

Y el paisaje marchito por el fúnebre trance,
disminuido en los negros fue sospecha de lance
vengador... Ya la Noche cantaba su emoción.

DEL Sur llegó el andante del mar, vuelto andantino.
A lo lejos las olas acordadas se ven.
Y al llegar a la playa, claras y burbujeantes,
abren escalas rápidas y brillantes.

Suenan grandes, solemnes, las olas a distancia.
En la orilla tiritan, gritan sus cristalillos.
Allá tumbarán a tumbos tantas notas que tratan
Y aquí trituran cuentas de cristal y de vidrio.

Sonata alternativa de andante y andantino.
(Las notas que no surgen en perlas se cuajaron.)
Y el mar se desmelena tocando su divino
concierto matinal en sus gloriosos pianos.

Es un jardín el mar de nocturnos prodigios:
desdóblanse oleajes entre fosforescencia
y pienso que del carro divino los vestigios
difíciles y elásticos, de argentada cadencia,

revuelcan sus angustias de lírica demencia
y en un cantar monótono explican sus prestigios...
El mar es un jardín de azul fosforescencia
que arquea en sus floraciones marítimos prodigios.

Rebumbio de plateos, visión de argentería;
miríficos esfuerzos que enrollan espirales.

Y sobre la alegría que tiembla en los cristales,
el gesto de las rocas profundas y centrales
que son como las pausas en rara "fantasia"...

DESDE aquella caverna solitaria
oí la voz del mar. La tarde era.
Ennegreció una roca su estatuaría
tosca, gris, colosal, grave y primera.

Y oí la voz del mar que saludaba
las palideces lentes y cordiales,
de aquella tarde que se desbandaba
como las hojarascas otoñales.

Nada tan desasido y tan supremo
como un hondo crepúsculo marino,
que con una amplitud a flor de extremo
lo abarca todo como un arco andino.

El anonadamiento de la hora
se iba poniendo como humedecido:

la silente ficción elevadora
de un éxtasis de otoño oscurecido.

Y el silencio bajó de las estrellas.
El mar tembló la última vez. Mis manos,
saciaron su sed de tocar huellas
de cóleras de mar, como de arcanos.

TÚMBAME con tus olas, túmbame con tus vientos,
mar de la siesta diáfana que tu belleza soplas.
Te lanzaré desnudo mis dardos corpulentos
como un salvaje azteca que ve hasta hoy las olas.

Si a tus giganterías demando el gran torneo,
una razón de bosques impele mi soberbia.
Tu carne formidable no vencerá a este reo
de robador de robles y flechador de estrellas.

Caracoleando olas y reventando espumas
me impedirás el rapto de tu perla mejor?
De la Corte suntuaria del otro Moctezuma
me envían a buscarla para nuestro Señor.

EL MAR verde fijó el verde
de la mejor esperanza;
mil palmas verdes también.
El mar mereció esas palmas
por su vieja intrepidez
que hizo eterna mi esperanza.

Y el verde dijo: Despúes!

PUERTO de dos bahías colosales
amuralladas montañescamente,
donde corren sus carros los cristales
de un mar malvado, viejo y transparente.

El caserío impuesto a la insolente
serranía abismal, planta sus cales,
y enfarola de noche la silente
cerril audacia. Muelles triviales,

han intentado refrenar la rabia
magnífica del mar. De mucha labia
es la gente porteña. A esta hora

un brochazo de sol poniente explica
la corpulencia vegetal; se dora
una casa que el mar ladra y salpica.

A Luis Norma

ENCUMBRAVA la tarde las estrellas primeras.
El silencio Marino comenzaba a poner
graves, viejas, las cosas. Y en las naves veleras
se hacia luz con esa calma de anochecer.

Angelus aldeanos sentíanse.
Facilidades íntimas para encontrarse el ser,
se hallaban en la sombra llena de pensamientos
y de almas de mujer.

Oh estos puertos antiguos sin comercio y sin modas!
Descoloridos de ocio, cansados de sentir
la eternidad del Tiempo y el idilio de todas
las lindas madrugadas con el nuevo zafir.

El mar durmió esa noche como hacía muchos años
no había dormido. El viento solía regresar.
Y pensé en Ella, aquella la de morenas manos
que alivió sus dulces penas con mis gritos de mar.

EL VIENTO allá a lo lejos derrumbó una silueta.
En la hora pequeña, cuando el atardecer.
El trópico en las palmas, dosel de sus poetas,
doraba el alto fruto que se ofrenda a la sed.

Crepúsculo sin oro, pensado extrañamente.
Abstracciones fantásticas eran profundos grises.
Solamente una nube era como una rosa,
y acaso alma de rosa de otoñales jardines...

Breve temblor Marino hizo hablar al silencio.
Todo fácil perfil conservó alguna línea.
El ambiente sombrío, se iba haciendo denso
como un miedo dudoso.

Pasó cantando un niño. Se encendió una linterna.
Me ennegrecí de sombra. Amé la vida más!
La noche se ahuecaba como una gran caverna.
Todo estaba perdido, y estaba muerto el mar.

RÁFAGAS ondulantes ondularon la tela
suelta en el mástil negro de un bote pescador.
El tiempo vespertino se aguaba en acuarelas
de matices distantes, cristalinos de sol.

La intimidad del tiempo, húmedo y silencioso,
suavizó mis ideas y me dio su sonreír...

Tarde porteña y clara sin el gesto penoso
de todos los crepúsculos! Plenitud de zafir!

Nubes de aristas rojas movieron sus figuras
que adelgazaba un nuevo viento de suavidad.
En la violencia clara de unas desgarraduras
oceánidas, velase y abriase el alma del cristal.

Santidades abuelas, divinas esperanzas,
perfumaban la síntesis del silencio interior.
Cayó una ola lejos. Llegaron sombras y ansias.
Todo se puso humilde. La vida fue mejor.

ESTUDIO

A Pedro Henríquez Ureña

Jugaré con las casas de Curazao,
pondré el mar a la izquierda
y haré más puentes movedizos.
¡lo que diga el poeta!
estamos en Holanda y en América
y es una isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.
con las cuerdas de la lira
y los pañuelos del viaje,
haremos velas para los botes
que no van a ninguna parte.
la casa de Gobierno es demasiado pequeña
para una familia holandesa.
por la tarde vendrá Claude Monet
a comer cosas azules y eléctricas.
y por esa callejuela sospechosa

baremos pasar la Ronda de Rembrandt.
... pásame el puerto de Curazao!
isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.

YO ROBARÉ tus márices y tus nácares: Rito
de todo buen marino, es robar al océano.
Yo robaré tu spónylo más raro y haré un mito
maravillosamente profético y arcano.

Oírás que una mañana alguien te dice: "Hermano,
has oido una voz de dolor infinito?
Se diría que tú eres el que llora... Infinito,
es el dolor nocturno de algún buque lejano..."

Y ese dolor será el dolor que resuene
dentro del caracol agresivo y extraño,
cuando mi mano élévelo hacia el sol que retiene

la visión inmortal de tu vida. Maestro:
una mañana oscura yo sabré de tu extraño
dolor, y tu dolor acaso signe mi estro.

ESMALTÍN en la playa el cangrejo,
esparcía su absurdo vigor.
Sobre aquella inmensa playa silenciosa
descansé mi corazón.

Mar divino que loas mi gozo
de amar y vivir,
que las manos doradas de Ella
solo sirvan a lirio gentil.

LA TARDE doraba su sangre
y el viento doraba su voz.
En tus manos mi lira será,
la mejor.
En los brazos de hierro las cuerdas,
sentirán,
que tus cálidos dedos las tocan
como tocan las aves al mar.
Mujer que saliste del Sueño
de Dios,
en tus manos mi lira será,
la mejor.

Balada en la tarde me puse a cantar:
para aquella que deja en mi playa
la huella de un dulce pasar,
pinto auroras en cielos boreales
y endulzo las aguas del mar.
El otoño del mar será d'Ella,
divino tesoro naval,
y el milagro de todas las lunas,
tendrá.

Por el aire estrellado mi sombra
viajará como lento bajeíl,
y traerá los diamantes del mundo
temblando por esa mujer.
Balada te dije en la tarde.
Tu vida en mi ser fulguró.
La tarde doraba su sangre
y el viento, doraba su voz.

AQUELLA noche el mundo satisfizo a los hombres.
(La Tempestad dormía en las cuevas del mar.)
Y en tanto que el abismo se poblaba de nombres,
la Humanidad perdía la silueta del mal.

Todo se supo entonces. Hasta la misma hembra
volcó las áreas negras de su dolor sin luz.

El trigo se hizo hostias en medio de las siembras,
y ancló, sin esperanzas, el viejo barco azul.

La alegría de ser, de existir sin pensar,
encendía los cuerpos dorándose en la frente.
Unos fueron la tarde, otros fueron el mar;
esos, como jardines; hubo alguien sin pasado y acaso
sin presente.

Quién es aquel que viene como sobre un compacto
rebaño al que jamás cortaronle el vellón?

Quién es aquel que trae maravilloso el manto
como jirón de sol?

A dónde va ese esbelto fantasma luminoso
que viene iluminando los músculos del mar?
Y pasó Jesucristo, divino y melancólico.

Cuando estalló la aurora, volvimos a llorar!

EL ALBA marina se pobló de ángeles.
Las nubes salieron volando del sueño del Sol.
Las olas se estaban bañando
más temprano que ayer y que el Sol.

Un ave, no sé cuál sería,
llevaba locamente mi mensaje de amor.
Y el viento que mesaba las ágiles palmeras
le cambiaba al paisaje el color.

Debajo del alba marina
bendije lo amargo del mar.

Y el nombre de aquella, la dulce y divina,
como un ave, en mí frente se vino a posar.

APOGEO monótono de suprema pujanza:
gruesas ruedas de olas redobladas de viento
se rodaban redondas broncamente en su intento
rebotando en el muro, culminado de lanza.

Fácil punta de acero en que en líneas de danza,
banderola ligera de un matiz de contento,
quebra en súbitos ángulos o en ondeaje lento
su lienzo de señal que hoy predice bonanza.

Los derrumbes marinos solamente en los bajos
desenrollan su ruido de polea, y andrajos
de espuma van meciéndose. El mar, fuera, está
—quieto.

Deste lado hay tropiezos de olas verdes, y allá,
está el mar semejante a un tranquilo secreto,
profundo en el silencio que siempre esconderá.

CUANDO la Aurora se izaba
fui por espuma a la mar,
Pasó una barca
y un cantar.

Saludó el mar la bandera
con una marcha triunfal.
La bandera de la Aurora,
desigual.

Todo el color de aquel día
que fue un año matinal.

CON un grito incompleto una cuádruple ola
aplastó una gran piedra rota del malecón;
y una huida de rojos cangrejos, colora
el gris húmedo y feo del tosco murallón.

Y de las grietas cuelgan cordoncillos de gotas
que poco a poco van disminuyendo el "bis"
de arpegio continuado... Y va quedando sola
una gota en los ángulos de cada piedra gris.

El mar lleno de sol, retorcía sus erres
con diáfana y altísima y aligera amplitud.
El mar pegó en el muro, como forzando un cierre,
hasta que una gran ola, saltó, sobre el talud!

COMO un fauno Marino persegui a aquella ola.
Suelta la cabellera y el talle azul-ondeante.
Como un fauno Marino nadé tras de la ola
que distendió sus líneas como hembra jadeante.

El Sol ya estaba viejo, pero era un rey
que aburrido aquel dia de bañarse en el mar,
se embarcó en una nube
y apenas si tenía algo que recordar...

Yo persegui a la ola pensando que la hora
miedo haría en la ola musculada y sonora.

Pero como avanzara yo sobre el litoral,
la ola arqueando ímpetus se retorció en la arena

dejando en mi lascivia tres algas por melena
y una gran carcajada de espumas de cristal.

EN LA tarde opalina, frente al mar de Campeche,
nupciales las Penumbra atlánticas me velan.
El oleaje finge rumores de gacela
perseguída. Es la hora que mi senda se estreche.

Yo me siento cohibido al crepúsculo. Aceche
o no mi corazón su llegada, lo anhela;
el prisma silencioso sus ángulos bisela,
se mejora la tarde... Tardes mías de Campeche.

Una tristeza amable, una desas tristezas
que da la evocación de las bellezas
de un asombro, ha venido a divagarme pía.

Y en el mar y en el cielo, en la sombra del alma
y en la brisa que cambia la quietud de una palma,
va esa adorable y leve, suave melancolía.

EL MAR diafanizaba sus figuras
en aquel medio día carnavalesco,
en que se disfrazaban las pavuras
de agua, con oro cálido y grotesco.

Un enfurecimiento de Sirenas
sacudió la espesura del oceano,
y a veces se quedaba una melena
en la desnuda gracia de unas manos.

Yo por idiosincrasia (conocida!),
de un salto audaz atravesé una ola,

al percibir la plateada vida
de una rútila cola.

Mas a pesar de la maroma aquella
no vi sino la huella luminosa,
que era un tropel de ilógicas estrellas
en descensos de líneas tempestuosas.

Dentre las densidades submarinas
salí con la fatiga de un anciano,
y me tendí en la playa... Se veían a lo lejos
las burlas de unas divinas manos...

TARDE azul, agua azul, desolación tranquila.
Nubes abandonadas sobre otro litoral.

Vuelo de grises pájaros su lento viaje ahila.

Una voz que del fondo del dolor vespertino,
con el rumor brillante de un puñal que se afila,
llega. La tarde mata poco a poco. Se hilá
la red sutil de un rayo de la Luna espectral.

NOCHE sin sombra, sobre el mar. La nave
es ave rara entre el horror marino:
La vela triangular tiene el amor de un ave
con las alas abiertas y de pie sobre el nido.

Un tropel de reflejos va excitando la quilla,
nervios áureos y locos de instantánea visión;
como rayos de luna que se hiciesen astillas
al caer a las olas enjoyando su son..

Noche de terror y de gloria...
Solos, en el misterio cristalino del mar,
viendo vivir la Luna y contando una historia
desolada y sombría de un buzo singular.

FRESCA hora de nácar. Evasivas
de sombra barre el aire. Madrugada
sencilla: una enorme pincelada
índica auge de luces agresivas.

Determina el gran mar sus formas vivas
de tropa de mujeres asustada.

En el cielo radiaron las ojivas
del castillo del Sol. Bruscas y en cada

una de aquellas rocas como búhos,
hay gaviotas silentes. Aureas puntas
de mástiles se ven. Quintas; en su hos-

pitalidad complacen amistades
discretas. Me contesto mis preguntas,
y creo en Dios como en mis soledades.

LARGAS olas torcían sus turbulentas masas.
Al inflarse la aurora fuertes olas pelean.
Y dos rítmicas nubes como líneas de asas,
salen del horizonte. Los mástiles se orean.
Yo entré al mar como entrara un pensamiento

—extraño

en un talento bárbaro, irritado y brutal;
y fui tras de la espuma, como tras de un engaño
de estrellas voluptuosas excitadas de sal.

Las iluminaciones orientales incendian
aldeas fantasmagóricas de las islas del Sol;
y unos pájaros blancos que el azul intermedian,
rozan el agua a veces como ángulos de sol.
Una brava ola atlética me arrastró hacia la arena,
y al revolverse, grueso su empuje me bajó;
como la irresistible crencha de Magdalena
fue la clara ola aquella que el sol nuevo doró.
Y un barco que salía apedreado de olas
entre el rotundo escándalo con que se impone el mar,
abandonó la rada como esas gentes solas
y vagabundas y últimas que van a aventurar...

PASÉ todo el día pensando en sus manos.
Tan amantes sus manos de amor!
Provincia. Paisajes lejanos.
Dolor.

Mi llanto de niño de entonces...
La noche de luna de la despedida...
Nuestras manos hinchadas y ansiosas
llenaron la vida.

Pasé todo el dia pensando en sus manos
y luego me puse a cantar.
Si el mar conociera sus manos!
Caía la tarde en el mar.

AYER se hundieron
un barco holandés y el Sol.
La medianoche ha quedado estancada
en los astros mayores y en los pechos de amor.

En la playa hay preguntas y luciérnagas.
En el puerto solo yo soy feliz.
Tu nombre me salva del Mundo!
Divina palabra!

Silencio y abril.

MIRA cómo se van esas nubes de otoño
tendidas a lo largo del largo y quieto mar.
Mira cómo se van esas nubes de otoño,
como naves de fábula que pronto volverán.

Es la tarde tan clara, que hay gentes asomadas
a sus puertas, diciendo que es la tarde mejor.
En la tela del cielo, dos o tres pinceladas
maravillosamente rítmicas de color.

Rasando el horizonte, las nubes que te digo
—como naves de fábula que pronto volverán—
van simétricamente, sin temor de enemigo;
no hay viento desde ayer; hojas quietas están.

Septiembre es ese hombre que está echando sus
—redes
melancólicamente, sin ganas de pescar.
... Ves la primer estrella? Asómela, si
—puedes
comprender la infinita desolación del mar.

COMO un encumbramiento de verdades
aquel día se alzó. El mar corría
sobre los grises de unas soledades
playeras, y ancho viento se extinguía.

Al desplomar la sombra su silueta
se desplumaba el cielo en nubes largas,
y en un delirio de ganar la meta
rodaba el oleaje en rudas cargas.

Dilataba el paisaje sus confines
en la diafanidad aérea. La mañana,
afilaba vibrantes espadines
entre los árboles de sombra aldeana.

Y era ondulante la visión. El día
lleno de nubes y de mar se ardía.

Una audacia del Tiempo era el paisaje
que como un homenaje
primitivo y genial, se daba enorme,
ruidoso y poliforme.

Aquel día,
me desnudé y hui a unas playas salvajes.

LA DULCE matina de Estio
llenó de esperanza mi canto.
Y el cielo ingenuo, con las nubes era
la Dicha azul con sus encajes blancos.

El mar arrimado a las barchas
oía la historia de algún pescador.
Y como era domingo, veíanse en la playa
bajo denso palmar las mujeres cantando el amor.

La siesta dichosa copiaba otra siesta.
Y el cielo, de azul y de blanco,
pareció que era como tú aquel día
la Dicha azul con sus encajes blancos.

SALUDEMOS al mar de perpetuo entusiasmo,
bravo de rotación!
Lo aclama el viento y lo miran los astros.
Saludemos al mar que tiene siempre una nueva
expresión.

Suelte su voz sensual
la noche que, prendida con claros alfileres,
levanta la sirena de cristal
de la luna afilada.

El mar simula un gran estadio
visto a través de fábulas violentas.

El mar desmesurado
lleno de viejos júbilos y fúnebres contiendas.
Mar: tú dices mis versos
en tus olas redondas y aguerridas
que en las albas flamantes,
despiertan brutalmente la playa adormecida.

Y cuando en ti sumerjo
mi carne joven, y en beligerantes
actitudes, derrúmbanne tus brazos,
te grito mis poemas
cual salvaje diadema que arreinara a pedazos!

Saludemos al mar de perpetuo entusiasmo,
bravo de rotación!
Lo aclama el viento y lo miran los astros.
Saludemos al mar que tiene siempre una nueva
expresión.

A veces te maldigo,
pero siempre te adoro.
Yo te he llamado mi terrible amigo
y yo soy el poeta que exalta tu tesoro.

Tú que impones
silencio a mis leones,
y haces pálida y noble mi tristeza,
ahoga mi tristeza, mata los corazones
de los que aún lloran tanto, sabiendo tu belleza!

SANDALIA de espuma saqué del océano.
Bañé mi pujanza y mi ser.
Y la blanca Luna cargada de oro,
dijo bien de tu amor y mi fe.

Mujer que en la noche marina
mejoras la tierra y el mar,
ancla mi vida.

EN negro se desafina
la penumbra de la tarde.
¿Y el corazón? Tarde a tarde
a la muerte se encamina.

Árbol negro. La silueta
torna el paisaje elegante.
Una tarde sin poeta,
un amante sin amante.

Aguafuerte inacabada.
La postre ola en la arena
como una larga pisada.

SON DE viento en las palmas. Brinca el mar.
—Bergantines.
Como púgiles blancos son dos nubes opuestas.

En los triángulos grises de un velamen, en fiestas
de colores errantes, juegan pájaros ruines.

Dos lentes alcatraces, como aéreos rondines,
en monótonos vuelos, vuelven. En las florestas
playeras vibra el júbilo del verano, y a estas
horas llevan al baño marino a los rocines.

Pálida y resonante, toda ritmo y soltura,
y ungiendo con sol y agua la móvil blancura
de su cuerpo, una hembra, rabe rocas se mira.

Y una roca que aísla su solemne postura,
después que suena un látigo de ola en su negrura,
con la espuma sonríe, con sonrisa de ira!

Yo no sé qué tiene el mar,
que se ha vuelto tan callado
desde el último crepúsculo
lunar...

Novilunio de marfil
se ha escapado de las nubes
por mirarse en el cantil.

Los romances de la noche
abren alas en el palmar,
y dice el viento nocturno:
"Yo no sé qué tiene el mar."

A veces una guitarra
que desgarra
una canción española,
lamenta el silencio humano

y la quietud del oceano
que no emerge ni una ola.

Mi vecina está de luto.
Y hasta esa nota discuto,
pues la oigo suspirar.
Yo creo que está de luto
por la tristeza del mar.

Por la tristeza del mar!...
que se ha vuelto tan callado
desde el último crepúsculo
lunar...

EN LA noche las rocas simulaban diamante
(todo un día de espumas que el mar dilapidó).
Robó el mar al ensueño su realidad gigante
y levantó en la Luna su propio corazón.

Y fue el alma de todas las estrellas azules
la que al latir en medio del mar nos impelia
a encender en el fondo del alma nuestras luces
con el fuego de la santa alegría.

Fosforeció el prodigo y en rumbos rutilantes
el mar, el cielo, el alma se dieron a volar.
Augustas persuasiones como nobles diamantes
fueronse sagitarias sobre la Oscuridad.

ALMA, ven a humillarte,
es ella la que viene, tal vez la trae el Sol.
Tus besos anticipale cantando su recuerdo
y escribe en palmas jóvenes el nombre del amor.

Le llevará el Océano sus flotas matinales
que han de regar espumas a su paso triunfal.
Tiembla alma mía, tiembla, desnuda tus cristales,
dulcifica tu voz y humilla tu humildad.

Se quitaba la Noche sus últimas diademas.
Abrió sus puertos claros mi eterno amanecer.
Tu voz al sur del alma profetizó una estrella
sobre las cordilleras que pasan por mi ser.

Señor, qué gran palabra la que diste a la Noche.
Quien la escuche sabrá lo que sabe la flor.
Beso la arena, húmedo, silencioso y salobre
para que no se varen mis bajeles de amor.

(El mar soltó sus redes de espuma, y una estrella
marina se enredó y en la orilla se apaga.
La Noche iluminada, languidecía. Y ella
me aclaraba con lágrimas el alma.)

Señor, anula el tiempo! Cien lunas ya de ausencia!
Mujer --jardín y reino--, pacífica mi frente.
El mar abrió sus ojos de dichosa sospecha
y el Alba, opulentísima, regresaba de Oriente.

Tu belleza y el Mar buscan mi estrella.

Costó un país demolido,
está el mar.
El mar ha naufragado
después de muchos siglos de inútil navegar.

Los puertos están anclados para siempre.
Baja un alto silencio sobre la Humanidad.
El mar ha naufragado
después de tantos siglos de loco navegar.

DOS DANZAS DE TÓRTOLA VALENCIA

A Roberto Montenegro

Varios poemas me sugirió el arte opulento y sagrado de esta mujer extraordinaria. Pero estos dos son los menos imperfectos y los que a ella más le gustaron.

LA DANZA DEL INCIENSO

Música de Luigini

Como una estrofa de silencio, avante,
se retorció una ráfaga de incienso
violando el pliegue de los cortinajes,
altamente caídos en silencio.

La danza hecha mujer, surgió; en sus manos
el rito hecho incensario, dócilmente,
desdoblaba versículos sagrados
en la sagrada combustión doliente.

La mujer hecha danza, viste en oro;
va de la testa al torso áureo tocado austero.
Y pasea en un círculo, el tesoro
sacerdotal, suntuoso, de su cuerpo.

(La escena envuelta en gasas tiene todo
lo silencioso que hay en la tarde y en los
—Templos.)

Sentada ante el incienso que se arquea,
la suplicante hindú pronuncia el ruego:
"Fecúndanos, Señor, mi vientre sea
como orilla del Ganges: maternal, bajo el beso
—de fuego."

Torna la danza en cincelados tiempos,
pero insistiendo en ángulos rituales,
en que los dedos muéstran tan tensos
que se dirían muertos de piedades.

Es el instante en que el misterio invade
al músculo potente y poseído,
por ese movimiento que persuade
del milagro de Agni, hecho de ritmo.

Es el instante en que los brazaletes
al encogerse el bíceps se ensañan en la carne,
y entonces la sonrisa felina dientes muestra
en un lúgubre gesto amenazante.

Y sigue el incensario la otra danza,
la impalpable y sutil del humeante aroma,
y parece que eleva una esperanza
en un juego de alas de paloma.

La divina danzante en su traje de oro
estricto al cuerpo, toma el incensario,
y se va extrañamente como algo que es de oro,
como algo que es de incienso y torna a su
—sagrario.

LA BAYADERA

Música de Leo Delibes

Salió la bayadera
cuando el tambor
tronó
tres veces.

Era
verde su falda y rojo su tocado
que, suelto en dos banderas, largamente,
aleteaba prendido entre los dedos,
desflecado de perlas en la frente.

Salió la bayadera
y sobre la escalinata de las notas
se desarticulaba en nobles brincos
que abrillantados por los cascabeles,
giraban con aligeros ahínco
la danza ímpar de voluntarias mieles.

Genitrix en la alfombra se padea
en rotatoria lentitud que ahonda
la onda luxuriante en que bucea
la perla azul de seducción, redonda.

De pie la bayadera,
inicia los sensuales movimientos
del vientre y la cadera.

Y la música ondeando el tema lento
es la sonrisa de la bayadera.

De pie, la bayadera,
alza su verde falda plegadiza,

hasta la mejor curva de su vientre;
y sus piernas con tantas arandelas,
superpuesto el color en cada una,
semejaronme mínimas pagodas
erectas a la gloria de los Buddas.

La bayadera,
tenia las magnificas y todas
las constelaciones y algo de la Luna.
Su pecho esplendia
como sus ojos en la idolatría.

Y así empezó la danza a crecer y a crecerse,
hasta el juego rosal de irradiar el vestido.
A girar y a girar de tal modo que fuese
un delirio de fuente, de ilusión colorido.

De tal modo giraba, con tan rápido intento,
que el joyante momento desa vida inmortal,
semejó la danzante sobre el mundo, vertiendo
el vino desa estrofa como de Omar Khayyam.

Y era el girar frenético, ruidoso en las ajorcadas,
deslumbrante en las telas, en el torso, sensual.
Hasta que la embriaguez de la espiral continua
la rindió entre el escándalo del crescendo final!

RECUERDOS DE LOS ANDES

Tres aguafuertes sobre la tempestad en los Andes,
escritas en Boyacá, Colombia. Sobre esas montañas
pasó y triunfó Bolívar en 1819, el más generoso de los
hombres y el más grande de los héroes.

LA TEMPESTAD EN LOS ANDES

Lanzada la sierra sobre los paisajes
tuerco y retuerce su fuerza total.
Recuerdos de antiguas batallas
soplan sobre Boyacá:
Sobre los Andes vertiginosos
se dinamita la tempestad,
y manifiéstase con los relámpagos el horizonte
de lugubre claridad.
Una pasión de banderas heridas,
llorados pañuelos de la patria viril,
nos arranca el corazón y lo moja en la lluvia
rotunda y afín.
La orfandad rigoriza su miserable causa,
niega el paisaje el corazón del Sol,
y la cordillera se agiganta
como para destruirse un escalón.

Solo un pájaro canta
como un lugar bueno del corazón.

Resplanda en sesgos áureos la tempestad lejana.
Hay una angustia pastoril.
Los toros intrépidos y las vacas pintadas
soplan corneta o cornetín.
Y se atropella la vacada
y sigue atropellándose después en el redil.
Un viento negro de nubes
deja a las aves sin alas y a la rama sin flor.
Por el agrietado cielo
entran los fantasmas del temor.
Diríase que el tiempo perece
a cada latigazo de esplendor.
El medio-día desolado

recoge la tristeza del pastor
en el pozo sin agua y en el ritmo pessado
de la última vaca sombría y sin clamor.
Renuévase el olor de los corrales:
gime como los niños el bocero,
y anticipadas voces vesperales
abren el ojo y el oído al perro.
En campo y en espíritu, esas voces
bajo la tempestad, resucitan entierros.

Muchos siglos de sombra
semáronse esa noche
cuando bajamos de los Andes
con un trágico goce.
Una luna corta y cortante
preconizó la catástrofe.
Cuando la noche nos invadió
bajábamos de los Andes
y las cabalgaduras estragadas
nos recortaron alcances.
Fue esa la noche más negra
que nunca hubo caído sobre los Andes.
(El mundo debió haber sufrido
los más lugubres trances.)
Y la lluvia larga
era tal vez el agua negra del pozo de los males.
Los rayos
apuñalearon el paisaje,
y ante el ojo del relámpago
se ensorbecían los Andes
con ese gesto de soberbia
de las únicas cosas más grandes.
Mi amigo escupía maldiciones.
Una ráfaga insólita se metió en los ramales.

Y como esa noche estaba hecha de siglos
y peripecias de viaje,
lanzamos a la cólera de los nocturnos cíclopes
el valeroso albur de seguir adelante.
Cuando ya algunas horas
habían muerto en la sombra,
la luna corta y cortante
era el único fruto de una gigantesca fronda.
Pero hubo de ser fruto disfrutado por las nubes,
y así proseguimos en la peor sombra.
(Nadie habría pensado ser nunca bueno
después de aquella noche!...)

Sola,

como la estrella de la tarde,
te me apareciste luminosa,
oh amada de los modos vespertinales,
Y te crucifiqué sobre los cielos,
y así, transfigurada en Cruz Austral,
diste luz al sendero
 dorado con tu suave martirio celestial.

APUNTES COLORIDOS

En una cuenca de los Andes
rápidos y hostiles,
se mueve un lago vibrante
dueño de islotes y dulces confines.

Muévense el verde y el azul
hasta tonalizar nuevos colores,
y en los blancos clarisimos de espuma
hay difusión de flores.

En el cielo hay una danza de nubes.
El lago copia las mejores líneas

y las robadas sombras blancas
en la tarde se doran y se pintan.
Se torna el lago mágica acuarela
en la que formas toco y bebo tintas.

Azules crepusculares y ocreas de Agosto
míranse del otro lado.
La tarde con su estrella solitaria
abre un halo a los Andes solitarios.

Luna breve.
Un fragmento de la luna
ha caido en el lago.

Si mojara mis manos en el lago
me quedarían azules para siempre.
El paisaje es más claro
y hay una dulce paz, conmovedoramente.

Lloro esa lágrima que avalúo en estrella.
La tarde se abandona a su esplendor.
Y perfecciono en el recuerdo de Ella
la santidad salvaje que hay en mi corazón.

RECUERDOS DE IZA

UN PUEBLECITO DE LOS ANDES

- 1 Creeríase que la población,
después de recorrer el valle,
perdió la razón
y se trazó una sola calle.
- 2 Y así bajo la cordillera
se apostó febrilmente como la primavera.

- 3 En sus ventas el alcohol
está mezclado con sol.
- 4 Sus mujeres y sus flores
hablan el dialecto de los colores.
- 5 Y el riachuelo que corre como un caballo,
arrastra las gallinas en Febrero y en Mayo.
- 6 Pasan por la acera
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera.
- 7 Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.
- 8 Como amenaza lluvia,
se ha vuelto morena la tarde que era rubia.
- 9 Parece que la brisa
estrena un perfume y un nuevo giro.
- 10 Un cantar me despliega una sonrisa
y me hunde un suspiro.

NAVIDAD

Sacó tras de los Andes su Luna restaurada
la noche gigantesca solemnemente pura.
Y el cielo ecatorial que con estrellas jura
la Cruz del Sur esconde tras niebla delicada.

Pasa la cordillera sutilmente. Robada
preconiza la noche lo que mi ser augura.
Un nombre de suspiro cerró la sepultura
que iba a tragarme... Lágrimas... y otra vida iniciada.

Ensueño? Sueño? Vida?
Me he vuelto de otra raza por el sol de la Luna?
Piedad para la angustia desplomada y hendida!

Música de los Ángeles... Noche de Navidad!
Tu nombre me salvó, Jesús blanco! Y *aduna*
mi vuelta a tu hermosura su noble claridad.

Cruzaban las estrellas lánguidamente. Platas
en grandes gotas trémulas bajo el follaje habfa.
Faenas argentinas la Luna proseguía
y de pedriscos nulos haciendo cosas gratas.

Del pecado del mundo sobre los escarlatas,
surtidores de lirios citáronse en la vía.
Y trastornando vínculos, violetas timoratas
fuérонse como niños hacia la Epifanía.

Los arroyos saltaban para llegar más pronto;
hasta las mismas piedras querían caminar.
Se inclinaba la Luna desde su aureo tramonto.

Querubín fue una estrella que principió a cantar.
Porque la musical noche azul fue de pronto
el cintilante ángelus de la divina paz.

A BOLÍVAR

Señor: he aquí a tu pueblo; bendícelo y perdónalo.
Por ti todos los bosques son bosques de laurel.
Quien destronó a la Gloria para suplirla, puede
juntar todos los siglos para exprimir el Bien.

Dónanos tu pujanza, resucita la Aurora
que encendiste en los Andes iluminando el mar.

Desnuda sobre el cielo los rayos de tu espada
y úngenos con los inclitos áloes de tu bondad.

Si una fuerza envidiosa desordenara el trazo
con que impusiste aquí los senderos al Sol,
cincela con tu espada y funde con tu abrazo,

(Oh escultor desta América), el hondo corazón
de las veinte Repúblicas atentas a tu brazo
para mostrarle al mundo tu milagro de Amor.

En la América Española, el 7 de agosto de 1919,
primer Centenario del triunfo de Boyacá.

CUATRO ESTROFAS

Mi Patria da al Pacífico y al Atlántico tierras.
Tuvo un Emperador
que tornó en flechas plumas de su penacho en guerras
y en suplicio de llamas vio en el fuego la flor.

En el blasón el Águila, vértice de las sierras,
estrangula a un ofidio sin horror,
y en los lagos pintores sacian su sed las tierras
atropelladas de color.

Panoplias colgó España maternal y vencida.
Naufragaron Repúblicas. Tornó después la vida
con el bronceado campeón.

Al Norte aúllan lúgubres codicias.
Pero tenemos las primicias
del ruiseñor y del león.

Bogotá, el 21 de agosto de 1919.

HOMENAJE A AMADO NERVO

Vida,

Vida que te restituyes a ti misma
con la vivaz aurora campesina.

Vida que sobre las rosas bautizadas
soplas el aura de la gracia eterna.

Desnudo el cuerpo, vestida el alma con tus alas
vengo a dejarte el bronce de mi juventud
a cambio de las joyas con que me adorna el alba.

Vida fuerte y prolífica
que me impeles al sol del dia máximo
con una gran sonrisa,
y cuelgas de una estrella mi destino
que ha de llevarme a ella.

Vida que me has salvado de otra vida
que en tí está y no me das, porque pudiste
fascinar la serpiente de mi tristeza indígena,
hostil como el nopal en que se arqueaba,
y me lanzaste el águila de tu fuerza optimista.

Joven y redimido, vengo a escuchar la música del campo
y a enriquecerme con tu estío.

Dórame con tu sol junto a los trigos,
vénceme con tus frutos femeninos,
revíveme después con tus intactos vinos.

Hoy es tu fiesta,
hoy es la fiesta de tu mejor hijo.

De aquél que al fin te dijo:

"Vida, nada me debes, vida, estamos en paz."

Ya llegó a tu regazo:

Por eso eres más bella y es más fuerte tu abrazo
y es más noble tu faz.

Hoy es la fiesta concéntrica del mundo.

Si tú le das tus rosas, él te dio sus manzanas.

Llueva la lluvia limpida del cielo matinal,
en tanto en las ciudades de Cristo, las campanas

sobre las hondas Catedrales
sacuden hasta el vaso del altar.
Vida, ya es tuyo el hombre
cuyo nombre es amado por todos y por todas.
Hoy renuevas tus bodas
y renuevas los planes a la Esfinge,
tu animal predilecto.
El tiempo ha amanecido una vez más
de yerba limpia y de jocundo insecto.
Corro sobre los prados
cantándote los cantos de alegría
de la alegría plena
porque llegó a tus bosques el poeta
que ya no va a cantar,
sino que va a escuchar;
que ya no va a decir,
sino que va a oír.
Rímame con un roble
que ramas lanzo y que corteza opongo!
Harás el dístico rotundo
para iniciar el homenaje fuerte.
Vida
generosa y magnífica,
alégrate más, alégrate,
hasta poner las rosas en los árboles
y tu corazón junto a los lirios.
El jardinero de tu flora óptima,
el hermano del agua,
te florece sus manos commovidas.
En conjunción intensa
miro al cristiano sin liturgias, puesta
la mano con dulzura en la mejilla,
besándote la frente
y lleno de sonrisa en la pupila.
Vida
generosa y magnífica!

alégrate más, alégrate,
el poeta es ya tuyo.

El hijo del Ensueño y de la Esfinge
llegó a tu corazón. Sobre el planeta
cruza la escuadra aérea
de las palomas de la paz.

Abráncense las liras, suménsese las Auroras!
Ríjase el río por lo que diga la torcaz,
porque integró la vida su prosapia recóndita.

Pasa el Solemne Soplo del Templo de la Paz.

Bogotá, septiembre, 1919.

Piedra de sacrificios

Poema iberoamericano

1924

PRÓLOGO

ESTE SECT. Carlos Pellicer a la nueva familia internacional que tiene por patria el Continente y por escipe la gente oda de habla española. El intercambio universitario iniciado por las Federaciones de Estudiantes, dio origen a esta generación de jóvenes que han hecho vida filial en cuatro o cinco naciones de América, dejando en cada una lazos y afectos que el tiempo vuelve más firmes. La familia internacional, los hemos llamado varias veces, pensando en los que en cada país tienden los brazos hacia afuera; recordando también aquellos excelentes muchachos que hace tres años recorrieron el Continente, haciendo la alabanza de todo lo que es mexicano, después del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México. Eran argentinos y todo su corazón iba rebosando de México. Así salimos nosotros de la Argentina, después de un viaje todavía reciente, rebosando argentinitud, y una efusión semejante hemos sentido por todas las patrias del Continente, en Chile, en Colombia y también en el Brasil que antes se nos mostraba, si no indiferente, si distante. La familia internacional existe y ya sólo le falta hacer prosélitos para dejar de ser una secta y convertirse en un pueblo. El ideal marcha, acrecentándose en extensiones y en multitudes: ya no se reduce a la aldea, ni a la provincia, ni a la patria. Es todo esto, pero ensanchado y convertido en vuelo, un vuelo más que de ave, un vuelo de aeroplano. Desde la nave aérea

ha visto Pellicer su América y también la ha escudriñado con la planta del pie que descubre todos los secretos de la tierra y con la mente que contempla la historia. De esta suerte integral ha cultivado su amor del continente latino. Un amor total y sin reservas, como el de la madre que ama a sus hijos, cual si fuesen los dedos de una misma mano, según el viejo y profundo símil. Así quiere Pellicer a todas las veinte naciones. Dolido de las cruelezas que desgarran a Venezuela y a México, extasiado ante la maravilla del Brasil; seducido por la Pampa generosa; triste ante el conflicto miserable de chilenos y peruanos; avergonzado de las humillaciones de las Antillas y Centro América; palpitante con todos los latinos de la raza; deslumbrado con todas las maravillas de nuestra naturaleza —una naturaleza que por tan grande deja a los hombres tan chicos—, así pasa Pellicer en estos versos, y así vive sus veinticinco años de poeta de la fantasía.

“Un poco frío”, han dicho de él. “Más imaginación que sentimiento”; pero a mí me parece todo lo contrario. A mí me parece de un refinado y profundo y superior sentimentalismo, llorar los males de América, antes que el apetito frustrado o repleto de amores sensuales o de amores románticos, amores que a la edad del poeta envilecen y atormentan a tantos jóvenes de voluntad menos limpia y menos alta. Poeta de la belleza —como Dario a quien no por eso falta sentimiento—, Pellicer posee el decoro de esa escuela de expresión que busca en la forma un molde que la idealiza y depura. No hay en su alma torrente, ni ante el mismo Iguazú se contagia del trepidar de la fuerza confusa, sino que la resiste, la disocia, la musicaliza, la dispersa en notas o la organiza en sinfonías. Nada en él es turbio; su corazón se commueve, pero sin pasión perversa, y su mente es cristalina. De allí que todo le va resultando claro; los panoramas tropicales de colorido espléndido, sus emociones que se tornan visión limpida, su pensamiento que se le vuelve paisaje. Leyendo estos versos he pensado en una religión nueva que alguna vez soñé predicar: la religión del paisaje; la devoción

de la belleza exterior, limpia y grandiosa, sin interpretaciones y sin deformaciones; como lenguaje directo de la gracia divina. La adoración del paisaje que es hábito maestro y temblor del mundo en toda su infinita magnificencia. El alma y el mundo fundidos y como recién criados en el seno de una potencia que supera la realidad ordinaria, y redime las dos vidas, la vida tormentada del alma y la vida inerte de la naturaleza. Dos especies de existencia que se confunden en un ritmo nuevo que las transfigura, eso son montañas y cielos, plantas y seres cuando las sentimos impregnados del trémulo vibrar del corazón y su infinita armonía nos deslumbra. A eso llamamos belleza o lo llamamos amor, y el que ha amado así se vuelve impotente para amar en forma más reducida. Me atrevo a pensar que así amaba Jesús y que así amaba San Francisco, y los poetas que miran las cosas como dentro de un halo de belleza universal y viviente, son como magos reveladores de ese sentimentalismo que posee la ternura de las lágrimas y la profundidad del universo.

Describir un paisaje es un sacrilegio semejante al de los teólogos que discuten los atributos de lo divino, pero Pellicer como buen místico, crea sus paisajes y nos deja para siempre en la memoria sus tardes de los pueblos colombianos y las playas brasileras y otros panoramas con profundidades en el tiempo y en la historia, como el que teje en su visión del campo de batalla de Carabobo. El culto del paisaje expresado por poetas como Pellicer, de sentido étnico y social, traería como consecuencia el afán de unirnos por afinidades de contemplación estética y nos llevaría a considerar que la patria es el paisaje. Los más bellos lugares del mundo serían entonces las patrias más amadas, no los sitios a donde nacimos o donde irán a parar nuestros huesos, sino allí donde la presencia divina se revela más pura en el lenguaje de encantamiento, de visiones magníficas. Esto me recuerda lo que se sufre en las estepas fronterizas, en las grandes regiones desiertas de Coahuila y Texas, áridas y extensas como un mar muerto. Es cierto que allí los cielos parecen tomar un desquite

de la miseria de abajo, y el sol en los crepúsculos se pone rojo como un disco de sangre, y en el espacio despejado se producen fiestas asombrosas de colores y danzas. Tras de la puesta del sol viene el misterio de la luna resplandeciente que parece animar la expresión de seres que todavía no poseen bastante consistencia para atreverse a danzar en la claridad meridiana. Sin embargo todo esto no es completo, no es la vida desbordada. Por eso más bien amamos la patria iberoamericana por sus cordilleras y por su intensidad, por su Amazonas que será Ganges de una humanidad futura, por su Orinoco y su Iguazú, y por la Pampa y las playas, con un patriotismo de bosques y de cielos sin brumas. Amor de un ambiente en el que el espíritu trabaja con fervor y clarividencia: amor de un medio que no sólo nutre, sino que ilumina y exalta. Patriotismo insustituible del paisaje sublime. Gente de bruma y gente de claridad, así se dividirían los pueblos si la cortedad de los medios materiales no nos tuviese tan apagados al territorio que nutre, por desolado y mudo que sea su suelo. La humanidad futura si es más poderosa, llegará a imponer su fantasía, sobre conveniencias y entonces la raza suprema de obrar será la de mayor belleza, porque deleita y porque en ella se encuentra el camino más corto para la otra existencia.

Valen mucho sin duda los versos de Pellicer, cuando en un instante, sugieren maravillas tan raras. Claro que su obra tendrá caídas, acaso defectos y voces disonantes como las notas del músico que todavía no domina la técnica de su instrumento, y no me refiero a la técnica puramente formal, sino a la técnica interior, que cuando falta, trunca la visión y le corta el vuelo. Pero el que sea capaz de advertir tales faltas, recuerde que si las percibe es porque la obra revela facultades para la expresión perfecta; para la expresión que sólo está al alcance del genio, y aún así, del genio maduro. Sin embargo, casi no hay joven que no tenga genio. Lo que pasa es que unos cuantos trabajan, lo acrecientan y finalmente lo revelan; y otros, los más, lo dejan perder por falta de cons-

tancia y de fe, y en Pellicer confiamos porque posee el amor que es constancia y la fe que es creación.

Hermanos de la gran familia internacional iberoamericana, acoged este libro de uno de los vuestros, guardadlo con amor, porque contiene palpitations de todos los ritmos de nuestra patria continental.

JOSÉ VASCONCELOS

EPIGRAFES:

La América Española
fija está en el Oriente de su fatal destino.

.....
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

.....
Alma mía, perdura en tu idea divina.

RUBÉN DARÍO

¡AMÉRICA, América mía!
 La voz de Dios sostenga mi rugido.
 La voz de Dios haga mi voz hermosa,
 La voz de Dios torne dulce mi grito.
 Llena sea esta alegría,
 de izar la bandera optimista.
 Galopan los océanos y las montañas crecen.
 Y sobre el Golfo de México y el Mar Caribe;
 sobre el Mar Atlántico y el Mar Pacífico;
 sobre el Popocatépetl y el Momotombo,
 el Chimborazo y el Sorata;
 sobre el Usumacinta y el Orinoco
 y el Amazonas y el Plata,
 la Cruz del Sur abre su cuerpo armonioso.
 El Ecuador te ciñe y te ciñen los Trópicos
 y todos los clímas se hacen visibles y tangibles
 en tu flora y en tu fauna.
 Del Indostán, padre del Egipto, nacieron
 la religión tolteca y la religión incaica.
 Y en las guirnaldas épicas de sus peregrinaciones
 los videntes ensangrentaban sus ofertorios
 y los arquitectos erigían ciudades de piedra labrada.
 Teotihuacán y Cuzco están en ruinas
 pero las águilas y los cóndores todavía se levantan.
 América, América mía:
 desde el alarido del salvaje
 hasta la antena de radio-telegrafía.
 Desde la selva sin sendero y el camino pastoril por la sierra
 hasta la locomotora y el hidroavión;
 desde el Cacicazgo hasta la República,
 todo está en ti vivo y actual en tu cabeza y en tu corazón.

Vives al día en toda cuestión humana;
todas las civilizaciones están aún en ti.
Y he aquí que después de esta milenaria experiencia
se acerca la hora en que vas a tocar tu clarín.
Frescas herencias de hombres de diamante
fructificarán.

Cuauhtémoc, joven y heroico,
Atahualpa y Caupolicán.
Bolívar y San Martín,
y Pedro emperador del Brasil
y Sucre y Morelos y Juárez
y Artigas y Morazán y José Martí.
Loadas sean España y Portugal;
la espada del Cid y las brújulas de Colón
y de Vasco de Gama.
Porque en las epopeyas de la tierra y del mar
resplandeció la realidad de la ilusión.

América, América mia,
junto a Bolívar va Rubén Darío.
Libertador de América,
tú estás en las montañas y en los ríos;
en el canal de Panamá y en el Estuario de Buenos Aires.
Tus videncias se cumplen.

¿Cuál hecho habrá en América por el que tú no hables?
“Cabeza de los milagros, lengua de las maravillas.”

Un día, cercano está, turgente día,
la raza de relámpagos que son tus pensamientos,
hará de la esperanza una alegría
continental. Y tan solo sentimiento
fundará la democracia nueva
de la América Latina.

Y serán tus caballos de batalla
las cuadrigas triunfales del vasto tren de América;
y del mármol generoso de tus tribunas
se hará el hogar del nuevo hogar de América;
y con el ejemplo de tus perfecciones rotundas:

la amistad armoniosa y la libertad sagrada,
nuestro espíritu será tu obra maestra
y así serás del mundo nuevo la evocadora alma.

¡Libertador de América,
libranos del egoísmo y del rencor,
de la hipocresía y de la envidia,
pues sobre toda catástrofe fulgurabas amor!
Canto de vida y canto de esperanza
fue tu canto, poeta.

Limitaste los elementos al fenicio romano;
le falta la anuencia de Dios, la máxima anuencia.
Vaso de toda belleza moderna y antigua,
vaso de toda belleza
ofreciste.

Hombre que de toda tristeza
supiste.

Vertiente de música,
pecador y profeta,
desde París cantabas
para tu América.

Y al Continente diste la noticia espléndida
del progreso argentino,
maravilloso mensajero de nuestros destinos.

América, América mía,
loada sea esta alegría
de iar la bandera optimista.

Cúmplete a ti misma tus cosechas futuras,
vuelen sobre tus ciudades
los aviones
obedeciendo al dulce fin
de las alianzas más puras.

Y nuestros corazones rompan en las alturas
la caja portentosa de tu amoroso fin.

Tocas las puertas de mi corazón,
 Uxmal.
 Por tu divina sensación
 se alza una voz,
 se alza otra voz:
 Uxmal,
 desde las rocas de mi corazón.
 Y danzó en la ruda mañana estival,
 sacerdotal
 tu antigua voz.
 Y fue el pavor de los templos vacíos
 sobre las plataformas gigantescas.
 Fueron los grandes ruidos
 de las flechas sin arco de las épocas.
 Fue la lealtad sagrada
 de las gotas espesas de tu sangre
 que se levanta en mi alma.
 Como árboles sobre el fondo de la tarde,
 mis brazos se levantaron,
 profundos, de tu sangre.
 Y fue el arquitecto sinfonizante
 de melodías y rumbos de astros,
 jugador de serpientes entre el muro,
 florista en el tibor.
 Y fue la plaza sagrada
 obtenida por el adivino
 desde su mirador.
 Aquella plaza donde mi corazón
 fue a pasos lentos
 y se sacó del alma,
 como estrellas, los fértiles momentos
 en que se hunde en Dios el tiempo
 y sólo queda un átomo que canta.
 Hormiga entre bloques de siglos,

alma mía que suspendiste
la quietud trágica de tus movimientos
entre el instante alegre el momento triste.
Desde la casa del adivino
disfruté de todas las religiones
como de una copa de vino.

(Mas preservándome de las confusiones.)
Uxmal,

llena de ingenieros poéticos,
opulenta y sepulcral.

Danzarán tus serpientes endiosadas
sobre las piedras verdes y sonoras
cuando las horas de luces plateadas
bilan estrellas y elevan auroras.

Uxmal,
tus escalinatas las he recorrido
y en tus panoramas he puesto mis manos.

Uxmal,
tú llenaste mi corazón,
y de tu raza culta es mi alegría
y mi vaso sincero de pasión.

Tú tocaste la puerta de mi corazón,
Uxmal;

se alza una voz,
se oye otra voz.

Uxmal,
es tu divina sensación.

UXMAL

3

Agua de América,
agua salvaje, agua tremenda,
mi voluntad se echó a tus ruidos
como la luz sobre la selva.

Agua poderosa y terrible,
tu trueno es el mensaje
de las razas muertas a la gran raza viva
que alzará en años jóvenes la pirámide
de las renovaciones cívicas.

Desde los anfiteatros donde toca tu orquesta
se descuelgan las ráfagas sinfónicas
de la gracia y de la fuerza.

Y así desde México sigo
creyendo que las aguas de América,
caen tan cerca de mi corazón,
como la sangre en las liturgias aztecas.

Lo mismo que frente al Tequendama
cuya catarata pasó por mis propias arterias,
ante ti el motor de mi ser centuplica
la libertad heroica de sus ansias
y enciende la voz del olvido
sobre sus horas trágicas.

Las grandes aguas del Señor
iluminan la sombra de las almas.
Y cantan las aguas la leyenda
de la selva que camina por las montañas;
de las maderas ágiles que llegan
a pintar los paisajes coronados de pájaros
con sus banderas verdes y sus bejucos largos.

El agua del Iguazú se derrumba a grandes gritos
o cae en simple melodía;
numera el infinito
igual en una cuerda que en locas griterías.
Se echa abajo rodando en franjas gruesas
o se deshila sutilmente;
echa a rodar dos mil cabezas
o aligera el destino de una frente.

Está cañoneando el abismo
con su artillería sin tregua.
En otro salto brinca como un niño

y en otro salto solamente sueña.
El río da cincuenta saltos
y en cada salto tiene una voz diversa.
Iguazú, Iguazú, Iguazú, Iguazú.
Con tambores gigantes llama a reunión a la selva;
con violines agudos atrae a la golondrina.
En *re* mayor toca un gran piano más lejos;
se inclina sobre los follajes como una lira
que conquista al hombre o al lucero
y en las guijas de abajo toca sus flautas líquidas.
Agua del Iguazú, agua grande, agua soberbia,
mi voluntad será como la tuya,
numerosa y fanática,
sin temores ni exclusas.
Acampará a tu vera para elogiar la música
de las aguas de América,
retornará al instante que hizo brotar tus rumbos,
alcanzará tu juventud perpetua
y humilde o grande se plantará en el mundo,
como tu voz en medio de la selva.

IGUAZÚ

4

El cielo de los Andes
es tan azul, que el alma sube
gozo continental y alas audaces.
La mano que lo toque y que lo mida
escribirá en la frente de los hombres
la cifra portentosa de la vida.
Éste es el cielo azul, de un azul tenso
que estira el corazón bajo los trópicos
y siembra un trigo azul al hemisferio.
Es el cielo divino
que dio a la libertad tintas y estrellas

para los estandartes y los himnos.
Caballero en montañas fue Bolívar,
caballero en montañas San Martín.
El cielo de los Andes electrizó las armas
y doró nubes negras a la bética crin.
Es el azul que rige el alto triunfo
del corazón de la raza genial.
El Sol tal vez retumba en tanta gloria
de cielo azul, caliente azul austral.
Azul de azul original
para los intrépidos perfiles de los Andes
y el pulmón del huracán.
El cielo de los Andes
es una agua divina que se ha echado a volar.

EL CIELO

5

La nieve de los Andes
desplazó los estruendos del planeta
y así se hizo el silencio para las cosas grandes.
Suspendida la tarde
sobre los triángulos de la cordillera,
dobra mi corazón campanas de oro,
y la nieve derrite sus vidrieras.
Ésta es la paz gigante
que desencoge mis cansancios.
Junto a estos bultos de gran tonelaje
siento el desatino de mis pasos.
Sus siete mil metros vierte el Aconcagua
y en su facha brutal sonríe el Tupungato.
El paisaje se conecta con otros mundos.
Sobre mi alma un poco destruida
pasa el desfile desnudo
de los Andes y el vuelo mágico de la vida.

Paz enorme; calma soberana
propicia al pensamiento de los héroes
que crean las repúblicas del alma.
La nieve de los Andes
desplazó los estruendos del planeta
y así se hizo el silencio para las cosas grandes.

LA NIEVE

6

Un poco de tristeza en este día clarísimo,
en este día sin recuerdos un poco de tristeza.
El corazón se llena de silencio
y el mundo se vuelve una perla.
Cielo blanco y nube azul,
palabra suave de la belleza.
Canta la felicidad,
y su voz me desconcierta.
Buenos Aires:
el puerto está lleno de júbilo.
Las grúas gigantescas alzan locomotoras.
Los estibadores sudan su pan y su vino.
Cien trasatlánticos. Una alma y muchas cosas.
De pronto veo mi corbata y te recuerdo,
dulce mujer de cielo y de mar,
en este día clarísimo
en el que nada ha de pasar.
(Se canta en el poema,
por tristeza y olvidanza,
la gota perenne de una estrella
sobre la stalactita de la esperanza.)
Y un poco de tristeza en este día,
cuelga una lágrima en mi pecho,
porque en mi vida hay una onda
de lago vesperal y gris de cielo.

EL PUERTO

Campanas de las ocho y media,
 campanas nocturnas!
 Campanas que parecen de la media
 noche ... Sobre la catedral
 sepias y solas,
 acorde colosal cual de una inmensa ola
 rompiendo en bronce y en cristal.

Campanas
 que dicen la grandeza de las noches cristianas,
 y al pecador activo
 menguan el impetu lascivo.

Soberbias campanas
 que a las torres hacen gestos
 agrietándolas,
 con sonidos de *te* y *ele*.

Campanas de las ocho y media
 que me agrietan el alma,
 y me precipitan a la catarata
 de su música magna.

Campanas que son la catedral
 derrumbándose en bronce y en cristal.
 Ya no anunciarás virreyes ni Bolívar,
 no victorias ni espléndidas llegadas.

Sólo anunciarás acibares
 y horas mutiladas.

Campanas de las ocho y media
 sobre la catedral de Bogotá,
 me ponéis el reloj en la Edad Media
 poniéndome a rezar.

PRELUDIO

¿A dónde va el Atlántico?
 ¿Viajan sus olas a sus puertos?
 (Llegan los consonantes en cántico y romántico
 a bordo de los poetas "muertos".)
 ¿Y estas aguas rotundas?
 ¿Y el faro con su centavo de sol?
 La noche, lentamente se desnuda
 para dormir sobre mi corazón.
 Eché al cesto del día
 los papeles de la eternidad.
 ¡Si acuertelare mi melancolía
 en un blasón soberbio de fuerza y humildad!
 Porque mi América y el comunismo
 de Francisco de Asís
 revolvieron en el vaso de mi abismo
 mi principio y mi fin.
 He visto pasar mástiles y bahias:
 la de Guanabara, placer de Dios mismo,
 rincón de una estrella que cayó en el mar.
 Un astro profundo se alió a mi destino
 desde que mis ojos la vieron pasar.
 Y no pensaré más. Esperaré
 a que vuelva a pasar Río de Janeiro
 y esculpiré
 un poco de agua en verso
 para el timón inmóvil de mi fe.
 Campanas de mi fe;
 llamad, sentid, cantad, volved.

DIVAGACIÓN DEL PUERTO

América mía,
 te palpo en el mapa de relieve

que está sobre mi mesa predilecta.
¡Qué cosas te diría
si yo fuese tu profeta!
Aprieto con toda mi mano
tu harmónica geografía.
Mis dedos acarician tus Andes
con una infantil idolatría.
Te conozco toda:
mi corazón ha sido como una alcancía
en la que he echado tus ciudades
como la moneda de todos los días.
Puestas de sol, desde Buenos Aires
llevaron a México el ojo futuro de mis osadías.
Tú eres el tesoro
que un alma genial dejó para mis alegrías.
Tanto como te adoro lo saben solamente
las altísimas noches que he llenado contigo.
Vivo mi juventud en noviazgo impaciente
como el buen labrador esperando su trigo.
Serenata que te he llevado
río arriba del Paraná;
salmo que te he cantado
sobre los Andes o desde el mar.
Rango industrial de Sao Paulo.
Palacios y muelles de Buenos Aires.
Escuelas del Uruguay.
Dulzura caraqueña por las vegas del Guayre.
Y el ritmo colombiano,
y la ternura del Perú.
Desde una esquina de Valparaíso
vi alzarse un astro audaz sobre un triángulo azul.
Y toda tú, Amada, y tus islas envilecidas
por un desembarco brutal.
Y tus breves repúblicas raídas
por la extranjera voracidad.
Rondo tu mapa en relieve

con el paso invisible de mis ojos.
Te palpo con mis dos manos,
y cuando voy a decirte todo,
me vuelvo un cielo de lágrimas
tan ancho y tan hondo,
como la angustia de un buque en la noche
cuyo jefe se ha vuelto loco.
América mia:
Mi juventud es tempestad nocturna
por este amor a ti, terrible, bello y solo.

A Germán Arciniegas, en Bogotá

10

Es claro:
me gusta más Veracruz,
que Curazao.
Aquí llega la primavera
en buque de vapor
y allá en barco de madera.
Y con la primavera
el amor.
Mi baúl está lleno de huellas
de Nueva York
de Colombia y de Venezuela.
Dulce melancolía
de viajar.
Ilusión de moverse a otro poema
que alguna vez se había de cantar.
Nueva York se opuso a mi conciencia
pero esta invaluable ciudad,
inclusos Rockefeller y Roosevelt,
por cinco centavos la pude comprar.
¿Verdad Mr. Woolworth?
Mas una tarde aguas fuertes costosísimas

húbelas de abandonar.

(Crepúsculo desde el puente de Brooklyn
y última hoja otoñal.)

¡Viajar!

Es una ilusión
más.

En Cuba bailé un danzón
— impresión de baño de mar —,
adivinad: punto y guión.

La Habana
con su abanico suave
y su mujer imposibilitada
para ser Beatriz.

(Allí han estado Cleopatra Faraona
y Teodora Emperatriz.)

El que de Roma va pierde su Roma.

Cigarro y hembra viva; madrigal de Hafiz.

En las travesías
la luna exagera
mi melancolía.

Desde la cubierta,
la Noche absoluta, integra, perfecta,
me echa en cara su oro desde las estrellas.
Momento inexorable de ignorancia,
estupidez y miseria.

El íntimo desorden de mi raza.

Kant aplastado por Inglaterra.

La inutilidad de mi vida.

El mendigo que espera.

La Navidad estéril de la obrerita.

Los ricos y la ingratitud eterna.

Y sobre todas las cosas,

la infinita tristeza

de Nuestro Señor Jesucristo,

en las últimas tardes de Galilea.

Y el ansia de ser bueno y humilde,

y sin embargo, querer izar muchas banderas...
En las travesías
la luna exagera mi melancolía.
En Veracruz hay muchos tiburones
que comen yanquis con frecuencia.
Truculento plato de ladrones.
Las tardes son mejores
que las de Curaçao.
Las mujeres van desnudas
en su confabulación de trapos.
Recuerdo que allí tuve un amigo
que me decía: "no seas guaje,
con guitarras y liras
iniciemos mejoras al paisaje.
Yo traeré de mi casa unas sillas
y tú las forrarás con celajes."
Mi amigo se fue con una bailarina
y ahora vive de estibador en el Havre.
Viajar;
es una ilusión más.
Alma mía que te entristeces
por la tristeza humana,
y construyes a la luz de la luna
una Ciudad Sagrada.
Tú te sabes quedar sola en el puerto
para encender el faro.
Sálvate de la angustia
de tu primer naufragio
y escoge la estrella futura
a donde irás a cantar otros cantos.
En tu Universo propio hay una hora
inaugural de tu destino:
¡librate de no escuecharla, cuídate de no sentirla!
y haz de tu vida un tiempo joven
que centralice todos los caminos.

PRIMERA VEZ

Desde el avión,
 vi hacer piruetas a Río de Janeiro
 arriesgando el porvenir de sus puestas de sol.
 Se ponía de cabeza
 sin derramar su hahia.
 Y en la lotería de sus isletas
 ganaba y perdía.
 El cielo se llenaba de automóviles
 y de sombra a las 12 del día.
 El Pao de Assucar era un espantapájaros
 soberbio, de lógica y fantasía.
 Las palmeras desnudas
 andaban de compras por la Rúa D'Ouvíador.
 De pronto la ciudad
 entró en espiral
 junto con el avión,
 lo mismo que 300 kilates de diamantes
 en el embudo de un buen corazón.
 Al bajar,
 tenía yo los ojos azules
 y agua de mar dentro del corazón.

SEGUNDA VEZ

Lo que me importa el mundo
 desde la sombra eléctrica del aeroplano.
 —Soy un poco de sol desnudo
 libre de los pies y de las manos.
 Estoy, solamente,
 estoy, nada más.
 El cielo en mi frente
 cambiándose el mar.

El motor que perfura el aire espeso
algo tiene de bólido y de toro.
Pasamos muy cerca del queso
de la luna matinal, leche y oro.
Bajo las alas tensas, plásticas,
la naturaleza es un proyecto aceptable,
las mujeres nunca han sido románticas
y la patria es continentalizable.
El mundo es una pobre cosa
llena de gustos yanquis y consideraciones.
Mas desde el aeroplano se medita en la gloria
de unir banderas y cantar canciones.
Se ve hasta el Polo Sur.
(Naturalmente, con los anteojos de mis ojos.)
En el idioma quedan lo rápido y lo azul
dominando un mapa incoloro.
Abajo están las viudas y los juristas,
la Emulsión de Scott y los grandes deudores.
(Por un momento el alma se contrista
como un poco de viento sobre un campo sin flores.)
Se raja la hélice mil veces por minuto.
Una nube pasó sin volar.
Abajo, en el fondo del mundo
la tinta del poema se ha empezado a borrar.

TERCERA VEZ

Desde el avión,
la orquesta panorámica de Río de Janeiro
se escucha en mi corazón.
Desde la cumbre del Corcovado
hasta las olas de Copacabana,
la dicha es una simple distancia que ha pasado
borrando fechas próximas con sus manos plateadas.
Ataré mi existencia sideral
a la divina roca del Pao de Aseucar

que ve nacer la aurora antes que el agua mar.
El mar de Río de Janeiro
es una antigua barcarola
que está aprendiendo la ola
leve de mi pensamiento.
Guanabara su nombre. Guanabara,
como una estrella que se alargara
sobre el ritmo de un momento.
Ciudad naval, tus avenidas
de orohidrográficos prodigios
anclan mis ojos en un aire
de eternidades sin abismos.
Tu mar y tu montaña
—un puñadito de Andes y mil litros de Atlántico—,
pasan bajo las alas
del avión, como síntesis del Continente amado.
Las grandes rocas están de oro,
las montañas en verde y morado.
El agua se mueve en semitonos.
La ciudad es un libro deshojado.
El aire está en soprano ligero.
La escuadra va a salir a pescar.
Un "looping the loop" hace pedazos el regreso
y hace estallar la ciudad.

CUARTA VEZ

... y el cielo era
una enorme mirada suspendida
por el ruido sutil de los planetas.
El avión delirante sacó al vuelo
las cosas estupendas, y las cosas
de la tierra y el mar vieron el cielo.
La luz, rota en el ritmo de la hélice,
humeaba de furor entre mis ojos
y se oía pasar. Cual un cometa

el avión en la órbita del día
zumbaba en los oídos de la tierra.
El fabuloso juego de los aires
echó fuera del tiempo
al avión que era un poco de catástrofe.
Y era un nuevo sentido
hecho de sol azul, un presentido
desorden del recuerdo y del olvido.
Una nube peinó de sombra suave
la bahía, que alzaba en un peñasco
un súbito pretexto del paisaje.
Una alegría enorme, una alegría
como la de las nubes y las olas
me aumentaba en terrible sinfonía.
Profundamente oblicuo, el aeroplano
se retorcía y el paisaje entero
era un acto glorioso de mis manos.
Sin un solo recuerdo ni un deseo,
como un dios, desdoblé los panoramas,
ataviado de luz, leve de vuelo.
¡Y juré entre las nubes alzar una montaña!

SUITE BRASILERA. POEMAS AÉREOS

12

I

El mar se baña entre mis brazos,
el Sol ve soles con mi fe.
Las olas beben en mi mano
mórbidas perlas de placer.
Y la ciudad maravillosa
que en un gran gesto de ajedrez
el Pao de Assucar adelanta
sobre el Atlántico, ha de ser

la curva eterna de mi gozo
que sobre el mundo he de tender.

II

La tarde de Copacabana
cambia la tinta espesa de las olas
en trajes de bailarina y en estudio de escuelas.
Una bañista blanca es tan blanca y tan ágil
que tiene los brazos casi azules
y los tobillos de diamante.
El Atlántico, que no ha acabado
de llegar a Río de Janeiro,
le ha puesto al Brasil un collar encantado.
Ya está el crepúsculo navegable
en cuyo fondo ha quedado una ola
de incertidumbre y de saudades.
Y fio a la noche que me borra
como a un estorbo en el paisaje,
la ansiedad que en mi vida
suscita una ola y enciende un celaje.

III

Rua D'Ouvidor. Mujeres y diamantes.
Las joyerías están servidas por astrónomos.
Las mujeres son liras de coros tropicales.
Rua D'Ouvidor. La señorita Scherezada
ha dejado la Arabia feliz
por Ouvidor y Copacabana.
Frente a las vertiginosas mercaderías
La Luna es una viuda pobre
y la Aurora una huérfana chiquillería.

Desde la terraza del "Hotel Gloria",
 la noche de Río de Janeiro
 ensordece sus ruedas sínfónicas.
 Bajo las ruedas de las montañas
 el mar moderno y resonante
 rueda lentamente sus antiguas máquinas.
 El Pao de Assucar conmemora en su obelisco
 los tórridos motines del Atlántico
 rotos al pie de su estatura de ritmo.
 La bahía, dirigida como una orquesta,
 toca las luces de todas sus naves
 deslumbrando el follaje de las fiestas.
 Ha llegado, sin decir una sola palabra,
 aligerando montes y poemas,
 la Luna con sus cosas de plata.
 Y el puerto suntuoso,
 liberal y tropical,
 entre grúas y palmeras en reposo
 funde en oros azules todo su litoral.

¡Canción de Olinda,
 canción!
 Canción de las palmeras sobre la colina
 y de la colina junto al corazón.
 Canción de Olinda
 cantada al son
 de la cintilación del agua verde,
 jardín de sol.
 Olinda, la brasilerá
 blasonada y linda
 que ató al penacho de sus palmeras
 juegos de cintas

y es la más linda.
Canción de Olinda,
canción
de la palmera sobre la colina
y de la colina junto al corazón.

SUITE BRASILERA. OTROS POEMAS

13

Oh viento del otoño, tus olas regocijan
las danzas pastorales, y en tu caudal paseo
mueves dulces señales en la flor de la espiga.
¡Maravilloso viento del otoño!
Tu espíritu sacude los huertos coronados de frutas
y tu sutil presencia aligera los gajos hinchidos.
Pera de plata, manzana pintada o despintada,
higo como el crepúsculo, dulcísimo y sombrío.
Tu brazo y tu ala estremecen los árboles
y se oye el ruido oscuro de los frutos que caen.
¡Oh viento del otoño, maravilloso viento
del otoño!
Acaricias los anchos trigales de la dulce Argentina
y haces rodar las últimas piedras bajo los Andes
y en mis ojos levantas una nueva alegría.
Alza la voluntad de los hombres de América,
abre los corazones de los hombres de América,
madura sus almas todavía tan amargas,
ahoga en tus telas de oro a la esperanza,
fatal a los hombres de América.
Dales la fe superior al Destino
y la virtud mágica de tu sutil presencia.
Sacádelos como a los árboles a tu paso divino.
¡Oh viento del otoño,
maravilloso viento del otoño!

ESTROFA AL VIENTO DEL OTOÑO

Crepúsculo venezolano.
 Arrodillado como el sol,
 besé la tierra del campo de batalla,
 y mi voz se llenaba con el eco de otra voz.
 Un gran viento desmantelaba el cielo.
 Creí que la batalla iba de nuevo a empezar.
 Fue sólo que cruzaban las montañas
 atropellándose por invadir el mar.
 Y los ojos se me llenaron de odio
 pues junto a mí estaba el cadáver del Libertador
 de América. Los déspotas nativos negáreronle sepulcro
 y se pudría bajo el magno ojo del sol.
 La infamia juró muerte al que le diese sepultura.
 Antígona se había perdido en una selva colosal.
 Como yo no tenía manos
 no lo pude sepultar.
 Dieron su dinero las estrellas
 para que los trasnochadores fuesen a trasnochar.
 A esa hora
 yo regresé a la ciudad.
 Campo de Carabobo,
 otra vez dianas triunfales en ti resonarán,
 y del torso oscuro de Caín cada músculo
 será hendido por un puñal.
 Tierras de América estranguladas por los déspotas,
 o por el yanqui, líder técnico del deshonor.
 La indiferencia sombría de vuestros hermanos
 no detendrá el aerofuego fraternal del sol,
 el instante de una bolivariana aparición.

¡Saber una palabra!
 Una palabra sola, y elevaré la Luna

tras las ruinas fantásticas de esta náufraga duda.
De cada ciudad fúnebre haré una dulce aldea.
Los montes se abrirán nuevas gargantas
y el canto estará abierto en medio de la selva.
Trágicas madrugadas y espesas lejanías.
¡Tristes almas gloriosas!
¡Pintando, borraría!
Todo, con una sola palabra luminosa.

16

Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Tiene el pecado inconfesado
de ver su América, y dudar.
Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Ve desde el monte de sus sueños
que los crepúsculos duran más
que las auroras. Ve que el día
no se acaba de iluminar.
La raza tiene un angustioso
y desacorde caminar.
El horizonte se electriza
con un propósito imperial.
El horizonte, que es inmenso
¿como una puerta se va a cerrar?
Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Mira a su América: la túnica
ya desgarrada y sucia está.
Sucia y desgarrada mira
la túnica continental.
Una sombra como la que proyectan
los Andes sobre el Brasil,
está detenida en medio

de la tierra lúca y hostil.
La sombra excelsa no responde.
Está pensando y su pensar
tiene una honda respuesta
que nadie quiere interpretar.
Yo que adoro esa sombra cuyo nombre
ni siquiera soy digno de pronunciar,
quisiera arrancarme el alma
y estrellarla a sus pies en un santo ademán.
Y he de esperar arrinconado,
y acaso esta duda he de expiar
pues mi corazón inundado
lleva tres siglos de llorar.

BALADA TRÁGICA DEL CORAZÓN

17

Estaba el Libertador
Simón Bolívar, en medio
de grande desolación.
Muy dura convalecencia
de fiebre y de corazón
adelgaza sus perfiles
de águila y de león.
Año de mil ochocientos
veinticuatro en el Perú.
Tierra de oro de los incas
le pidió a cambiar en luz
toda la sombra española
que crecía en el Perú.
Malos acontecimientos
las banderas colombianas
tienen en un rincón
y sin aire de batalla.

El enemigo tenía
mucho tropa y abundancia
de parque, y caballería
con gente tan adiestrada,
que si Napoleón volviese
a España, moría en España.
Las tropas libertadoras
además de ser escasas
rotas llegaron, pues ellas
desde la noble Caracas
vienen y de Bogotá,
las dos sobre la montaña.
Poco armamento tenía
la gente libertadora.
Tierras son desconocidas,
tierras del Perú sonoras.
Triste de mucha tristeza
tiene la cara Bolívar
en su cuartel general
del pueblo de Pativilca.
Supiera un su amigo fiel
sus malestares del alma,
y arma viaje para verlo
pues como pocos le amaba.
Señor don Joaquín Mosquera
de cierta villa, llegaba.
Apeóse de su mula
y al Libertador buscara.
Vieja silla de baqueta
en la pared reclinada
de una miserable casa;
sobre de ella el cuerpo triste
de Bolívar descansaba.
Abrazóle don Joaquín
con muy corteses palabras.
El héroe del Nuevo Mundo

apenas si contestaba.
Luego que el señor Mosquera
las penas enumerara,
le preguntó a don Simón:
“Y ahora, ¿qué va usted a hacer?”
“¡Triunfar!” El Libertador
respondió con loca fe.
Y fue sólido silencio
de admiración y de espanto
lo que siguió. Las montañas,
cedían en el ocaso.
Los grillos sobre la sombra
filo hacían, fino y largo.
Meses después, el ejército
de España fue derrotado.

ROMANCE DE PATivilCA

18

Desde mis gafas negras te he de ver,
puesta de sol, torre insigne, ola nueva o mujer.
Desde mis gafas negras he de gastar
mi lotería de angustia continental.
La buena suerte idiota del enemigo es
el síntoma elegido para minar mi fe.
(¡Si trastabillaría el dístico en inglés!)
Le he visto el cuerpo todo a la doncella. Es bella
como una ciudad oída en otra estrella.
Tiene oro en los riñones y petróleo en las venas.
Su corazón repica cual una catedral,
y en sus hombros se izan
cónedores que dan cielos y águilas que dan mar.
Le he visto todo el cuerpo a la doncella. Tiene
las espaldas atléticas, las rodillas de nieve.

Y selváticamente levanta las pestañas
cuando el Ogro deslindale panoramas de sol,
o le enluta las aguas del Atlántico
o le acerca las patas para darle una coz.
Esta doncella es bella como mi fe. Sus manos
ataron a mi suerte la de sus propias manos.
Sus senos centellean a pesar de mis gafas
oscuras. A pesar de mis desmanteladas
galerías. Las torres, viajan hacia el oriente.
Tiñó de olas valientes la tempestad, mi son.
Y alargó el par de mástiles a mi buque indigente
para salvar señales que oírá mi corazón.

ELEGÍA

19

Cuba divina,
tierra naval y bailarina.
Bajo las noches del Atlántico
tu azúcar endulzó mi sed marina.
Mi sed amarga que alzó gritos
sobre el amado Sur
y halló solamente un dolor infinito
bajo una cínica quietud.
Galeón de atesoradas maravillas,
de tu alta proa sale el sol.
Bello navío pirateado
por un pacífico ladrón.
Cálido buque de los trópicos,
tórrido signo de pasión,
en tus palmeras inflamadas
que un sol de ocaso abanderó
grabé a crecer mi santa cólera
y mi soberbia maldición.

Te estranguló con mano higiénica
el yanqui cínico y brutal.
Civilizáronle y perdiste
tifo, alegría y libertad.
Cuba divina,
tierra naval y bailarina,
entre el danzón de tu apogeo
corre la sombra de tu ruina.

CUBA

20

Las tardes prolongadas
con el vivo pincel de una mirada.
Baja el verde hasta el mar, y el mar y el cielo
aliándose, se cambian una ola
por una estrella: un faro y una nube.
Cierra el puerto sus ruidos, y en la cola
de un tren se va pintado
el oro bajo que la tarde azoga.
Se prolonga hasta el alma un cielo antiguo.
Prolongándose está toda mirada
que alce en gris un instante de infinito.
Está el aire desierto, y de mis manos
cae, aleteando, un fiero libro.
El ojo alisa una venganza y sueña.
Va a llorar, pero el agua que lo mira
adelanta un hilván sobre la arena.
Sopla un poco de sol sobre la ira
abrillantándola de tal manera
que canta, y en su helada
la gloria de alcanzar la estrella mística
que prolonga un puñal sobre mi vida.

UNA TARDE

Caballero Águila,
 tráeme en el ojo una estrella.
 Pero librala de las puestas de sol.
 ¡Muy alta es mi tristeza!
 Caballero tigre,
 tráeme unas ramas de roble.
 Pero que estén huracanadas.
 La vida,
 feroz mí tristeza recorre.
 Como en el reinado de Motecuhzoma,
 vendrán hombres blancos,
 y será por el Norte.
 A cacerías de estrellas
 me han invitado los dioses
 y a casi todas he ido,
 pero con otro nombre...
 ¡Qué sueños han sido esos sueños
 sangrientos y nobles!
 Desde sus platerías,
 cintilador y formidable,
 el Popocatépetl ha encendido su lámpara.
 ¡Y se siente un angustia y un aire
 tan duro en el valle de Anáhuac!
 Con sus fonógrafos y sus manos ladronas,
 su religión modesta y sus catálogos,
 y organizados por una dentista
 vendrán los bárbaros.
 Yo no sé, pero hay algo en la tarde,
 que marchita mis ramos de roble y mis fuentes de nardo.
 Hay un ruido insolente que enfria
 mi dulce cantar mexicano.
 Caballero águila voy de cacería.
 Caballero tigre, voy de cacería, sueños he tenido.

Toda la tristeza del pueblo es la mía.
La sangre enarbola sus señas y escucha sus cálidos ruidos.

ELEGÍA

22

Bienaventurados los que sufren
porque ellos serán consolados.
Y descendió de su trono de la montaña,
humilde, como el sol en el campo.
Todo el mundo tenía
el corazón en la mano.
Un egipcio escultórico y triste
le llamó a un griego hermano.
La túnica de Cristo estaba llena
de remiendos, y eran claras y fuertes sus manos.
Con nuestros corazones de piedra sangrante
le seguimos los dos mexicanos.
(Cambiábamos obsidiana y jades
y plumas de quetzal
por proféticos paisajes.)
Otros,
venían cerca de nosotros.
Un millonario yanqui se acercó y le dijo:
soy el rey del fonógrafo;
si grabásemos este hermoso discurso de usted en discos
compraría Ud. un yate para hacer su propaganda
sin perder tiempo.
Pero nosotros nos interpusimos;
y había en su mirada
una puesta de sol en el desierto.
Nuestras caras de bronce deslizaron
la vieja lágrima invisible.
Aludido diamante fue el silencio.
Le seguimos mirando cara a cara.

Y Él lloró por nosotros, y nosotros
mudos como nuestras diosas trágicas,
una aurora gigante en el desierto
vimos en su mirada.

Nuestra América parecía
que entre sus árboles se suicidaba.

Y Él vio nuestra angustia, nuestro oscuro llanto;
nos vio serenamente cara a cara.

Sobre nuestros hombros colocó sus manos;
bienaventurados los que sufren, dijo,
porque ellos serán consolados.

HISTORIA

23

Popocatépetl,
monarca de los Andes mexicanos,
castigame con tu fuego,
perfilame en tus nieves, sepúltame en tus acantilados.
Traigo las manos vacías
y el corazón derrotado.
Los hombres de mi raza
niegan su sangre de hermanos.
El veneno de la indiferencia
mengua en tus águilas el aletazo,
y a tu serpiente civilizadísima
el boa dorado la está fascinando.
¡Cólera sagrada! ¡Angustia de la impotencia!
¡Voz interior conectada con la estrella
que se está deshojando!
Ideal de los litorales llenos de faros
¿te salvarás del naufragio?
Si ésta es la ley, montaña divina,
úntame como un poco de nieve a tus rápidos flancos.

Sobrealará mi cuerpo en el invierno,
resbalará sonante en el verano,
y envenenarás mis torrentes
para castigar a tu pueblo
y a los nuevos conquistadores blancos.
¡Popocatépetl, montaña divina,
eternízame en un gran silencio lejano!

ELEGÍA

24

¡Hasta cuándo mi vida
ha de ser solamente una ala presentida!
Ala que si tendiere alguna vez sus plumas
será para la guerra, para una guerra púnica...
Ala que habrá de ser lira en sus soledades,
tendrá como la aurora, parientes en los árboles.
¡Ala llena de luz! Más alta que la lluvia;
más bella que la noche a través de la música.
¡Hasta cuándo mi vida
ha de ser solamente una ala presentida!
Delante de las aguas
sentimentales,
canto y mi canto tiene
recuerdos de mujeres y paisajes.
Agua sentimental, noble agua hundida
que vio pasar mis trenes, sonros de ilusión.
Aguas del corazón, aguas vencidas
que votaron la paz para mi corazón.
Os habrá de agitar esa ala presentida.
Quebrará con sus plumas los víctrios de la paz.
¡No sé!... ¡Pero este vasto silencio de mi vida
anuncia un grito largo, un gran grito de mar!

SOLEDAD

¡Desde mi soledad cubierta de estrellas,
 con la noche desplomada en el alma,
 sin poder pronunciar ni una sílaba
 de la palabra mágica;
 los ojos llenos de pensamientos de odio,
 el corazón sin camino,
 las manos atadas!
 Desde mi soledad cubierta de estrellas,
 te ofrezco viajero mí riqueza:
 odio, amor y esperanza.
 No me pidas tristezas compasivas
 ni las heridas gotas de la melancolía;
 dime del mar que echa abajo montañas,
 del abismo que no tolera puentes,
 del amor poderoso que no pide nada.
 Dime del Hombre Hermoso que asesinó la plebe
 aconsejada
 por los hipócritas que la explotaban.
 Viajero del mundo,
 pídemte odio, amor, esperanza.
 (Desde luego soy tu aliado
 para todas las bellas venganzas...)
 Pero ahora déjame con mi tragedia
 ridícula de ahorcado a medias...
 sobre mi soledad cubierta de estrellas,
 con la noche desplomada en el alma,
 sin poder pronunciar ni una sílaba
 de la palabra mágica.

ELEGÍA

Jesús, te has olvidado de mi América,
 ven a nacer un día sobre estas tierras locas.

¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.
Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías...
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciéndenos los ojos y sella nuestras bocas.
Que no haya "discursos" sino actos perfectos.
Yo sé (aunque no lo digas), que somos predilectos...
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita
brotando signos turbios y acantilando un canto.

27

1

Señor, tu voluntad era tan bella,
que en la tragedia de tus meses imperiales
acerlaba el ritmo de las grandes estrellas.
En mí ha quedado el instante
en que fue más terrible tu tristeza;
cuando buscaste alianzas
entre los hombres de tu raza
y tu grito se perdió entre las selvas.
En mí ha quedado ese instante de tu amargura sola
y ante tu desolada grandeza
rompo las melodías del amor y el ensueño
y trueno la sinfonía de la tragedia.
Y a tu soledad augusta
tiendo mi soledad de hoja que rueda.
Tu adolescencia religiosa
y tu juventud heroica y soberbia,
me tornan de hoja que soy,
en montaña y en selva

para bajar a grandes gritos proclamando tu gratitud
y despuntando a penitentes a los que han olvidado
el rumbo prodigioso de tu estrella.
El azul negro se tendió ante la aurora
y en el último astro fue a clavarse la flecha.

II

Consagremos al primero de los músicos
una montaña o un pedazo de cielo.
Alegremos por la maravilla de sus actos.
Era hermoso como la noche y misterioso como el cielo.
Pero su dolor no puede medirse
ni con la órbita de los planetas gigantescos,
ni con las fumarazos
de las eternas cogotas que iluminan el mundo.
Su dolor,
que en el espejo negro de mis ojos
empieza a revelarse
la curva angosta y el dolor eterno.
Cuando nació hace 10 años
cuando sus manos
coronaron la aguja herida oyó el Imperio.
Tenochtitlán era la ciudad más hermosa
de todas las ciudades del mundo nuevo.
El divino Quetzalcóatl,
llamado Ku-Kul-Kan en la tierra del faisán y del ciervo,
había anunciado,
hacía ya muchas vueltas de tiempo,
que vendrían por él los otros hombres.
Y así vino sueno.

III

Y es así como en este día
con el sol nato entre mis manos

oigo rodar en mi destino,
como en un bosque de cactus,
la maldición de los dioses horadada en mi boca
y el hacha santa de la tragedia amarrada a mis manos.
¿Nadie podrá libertarme nunca
de este duelo grandioso como una ola de basalto?
¿Nadie podrá devolverme nunca
las dulces horas del amor y la alegría de cantar en el campo?
Porque estos ojos brillan solamente para el odio
y estas manos libres
sólo piensan ahora en la venganza,
en la venganza y en el odio.
Pues ¿quién puede volver a mirar serenamente las estrellas,
cuando todo semeja que el destino
va a aplastarnos con sus plantas de piedra?
Cayeron las monarquías
civilizadas de mi América,
Tenochtitlán y Cuzco
eran sus esculpidas cabezas.
Cayeron esas razas finas
al golpe brutal de los conquistadores
que vencían a los flecheros
con las ruidosas caballerías y los ávidos cañones.
El divino profeta Quetzalcóatl,
¿anunció la llegada de estos intrépidos destructores?
Y desde entonces una estrella tristísima
se alarga sobre las llanuras y se ahonda junto a los montes.
¡Desde hace cuatrocientos años
somos esclavos y servidores!
¿Quién puede mirar el cielo con dulzura
cuando del oprobio de los europeos
nacieron estos pueblos de mi América,
débiles, incultos y enfermos?
Marcaron a los hombres como si fueran bestias
y en el rostro del campo y en el hígado de la mina
vivieron la crueldad, la miseria y el tedio.

Y ahora mismo todavía
lo miro, lo palpo y lo siento.
¿Quién puede mirar con ojo de dulzura
la dulzura misteriosa del cielo
si la ignominia y la infamia
van a sepultarnos otra vez bajo su estrépito de acero?
Los hombres del Norte piratean a su antojo
al Continente y las Islas y se agregan pedazos de cielo.
¡Oh destino de la tragedia inexorable y gigantesca!
Llenas el muro colosal de mi angustia
y frustras el flechazo que iba hacia algún lucero.
Veo tu figura dibujada en la sombra del fuego.
¿Bajo tus leyes de plata roja
todos sucumbiremos?
En las Antillas y las Nicaraguas
el sol está hundido entre el fango y el miedo.
Toda muestra América vanidosa y absurda
se está pudriendo.
¡Oh destino de la tragedia inexorable y gigantesca!
¿Nadie podrá detenerte?
¿Volverás a ponernos las plantas en el fuego?
¿Vendrás con tus manos brutales
del país de los yanquis, mediocre, ordenado y corpulento?
¿Vendrás entre estallidos y máquinas
a robar, a matar, a comprar caciques con tu inacabable
[dinero?
¡Oh Señor! ¡Oh gran Rey! ¡Tlacatecutli!
¡Oh solemne y trágico jefe de hombres!
¡Oh dulce y feroz Cuauhtémoc!
¡Tu vida es la flecha más alta que ha herido
los ojos del Sol y ha seguido volando en el cielo!
Pero en el cráter de mi corazón
hiere la fe que salvará a tus pueblos.

ODA A CUAUHTÉMOC

6, 7 poemas

1924

ETERNIDAD

Divina juventud, corona de oro,
ventana al paraíso.

¡Te poseo total! (La muerte no figura
en el reparto íntimo.)

Oíd lo que cantan las musas:
enciende la noche, ha muerto el destino.

LA PRIMAVERA

Salomón:

iza tu bandera,
te envío un mensaje de la primavera.

Repiques de mi corazón
y una danza de la brisa ligera.

Dilapidemos nuestra juventud
fieles a su alegría.

¿Que sea el mundo un ataúd?

¡Que sea! Pero con melodía
nuestra.

Y así tendremos ya caja de música
para danzar la danza maestra
de nuestra misteriosa inquietud.

La primavera dice:
que se pondrá una corbata mía
para desembarcar
en la dulce playa de tu filosofía.

(Como recordarás,
la primavera
siempre llega
por el mar...)

Dice que trae perfumes griegos,
pañuelos importados de la luna
y danzas, lentes danzas, una danza secreta.

La primavera dice:
“¿Qué es eso de Xochimilco?”

Ella no sabe que allí tiene
parientes
y un poema infinito.

El mensaje
está lleno de pretextos
ondulantes.

Dice que la Venus de Milo
se ha engordado,
que ya no está como antes.

Sabe de Luisa y de Esperanza,
perlas de unos diamantes.

La primavera canta;
dame
la onda de tu adolescencia,
el nardo y la tristeza de tu novia
y te daré a besar mi cabellera.

Así pues, estas cosas
son para ti también. La primavera,
cadenciosa y certera
será por ti tal vez más cadenciosa
y más divina. Canta tu ligera
canción. Abre tus fuentes; liga
al cobre denso de tu escala grave
la levedad de tu mejor amiga.

Salomón, sabe que iremos a la estación
a recibir a la primavera.

Te mando 10 minutos de esta tarde
para tu colección de alegrias.

A Galván de la Selva

LA NOCHE

Soy tu dulce primavera
de la noche de luna de la madrugada,
canto al poeta en mí.
Y el silencio es tu amor,
y su punto escudo
que lleva de la noche a la mañana
n'aditación nostálgica y dulce,
es porque tu mundo
luminoso como tierna neblina
esta paz de la luna de la madrugada.
Esta noche la música del cielo
juega en astros nuevos intimas escalas.
El aire está peinado por tus manos
lejanas,
como un vuelo
de garzas.
En mitad del desierto de mi ausencia,
me reclino en tu cedra
como en el talle de una palmera.
Y éste es el desfile de las horas
que después bailarán al son de una
melodía, una tan lenta
melodía,
que necesitas almas van quedando solas
hasta alcanzar sus propias jacarandas.
Alma mía
que das tus tonos al celaje
que anuncia la llegada de la luna.

como un signo de Dios. Átomo indivisible
que te vas elevando suavemente
como el índice que al mundo rige.
Alma mía que hallas
en esa atmósfera virgen
el golfo aéreo de donde salen
las naves
que van a Orion.
Sabes que es triste
toda virtud humana. Sabes
que la mujer amada es una idea
de Dios; y que en tus mares
las olas bailan para las estrellas.
Desde las cejas de la armada
tiró el Señor sus flechas para tornarte música.
Y entonces eres breve e infinita
y te llenas de aspectos
y eres como la stalactita
un número perfecto.
Esa es la zona suave
donde el amor equilibra su trono.
Esa la alegría
de la divina alianza. Donosura
del todo.
Maravillosa melodía
oída en la noche de luna
de la ausencia;
tú llenas la pauta vacía
de la soledad.

Amada:

venza

la vid de nuestro amor límites vanos,
Y aclare el alba eterna nuestros oros,
para danzar, enfloradas las manos,
alrededor del sagrado tesoro.

LA AURORA

Amaneció,
como en la jícara de Uruapan
y en el sarape de Oaxaca.
¡Yuridiapúndaro y Pátzcuaro!
Tzintzuntzan y Chapala.
¿Recordáis el venado azul
que vuestras miradas pintaron?
Traed, acercad la luz,
todas las sombras se olvidaron.
La ola verde que encalló
sobre el litoral vacío
perdió su cargamento de espuma
por culpa de vuestros lirios.
Adelgazad el gesto a vuestra mano,
izad el pañuelo en primicia de paz.
El ciprés ha venido de morado
y la palmera va a bailar.
¿Escucháis la marimba del agua?
¡Comitán y Tonalá!
Tras de los árboles la nube
que está aprendiendo a volar,
ha detenido su poema
para veros danzar.
Vuestra mirada jalisciense
salpica de oro la mañana
y estira en plata el amarillo
de luz revuelto con el agua.
¿Habéis olvidado a la luna
o es vuestra sombrilla blanca?
Ya estáis desnuda como un poco de agua.
Como un poco de agua que cayera
sobre las tímidas rodillas
desnudas de la primavera.
La desnudez os ilumina

como un poco de piano en la noche.
El agua entera se amotina
a vuestros pies hecha colores.
Y así vuestra sonrisa cae
como una cinta sobre el agua,
porque atará nuevos jacintos
para el tibor de la mañana.

Para el maestro Antonio Caso

SOLEDADES

Recuerdo el cariño con que tus manos
se entregaban a las mías.
A veces parecíamos hermanos.
Recuerdo tu mirada
y tu andar de discípula vacante.
Recuerdo tu alegría
de una tarde
porque estaba vestida como tú.
Recuerdo tu silencio
que era como una niebla
ondulada por mis palabras de amante
y mi lógica ideal de poeta.
Recuerdo tus celos que te engarzaban
en el suave relámpago de tus propias miradas.
Recuerdo tu desolación
cuando supiste
que en el horizonte de mi corazón
se destaca un tumulto triste.
Recuerdo tus ternuras recónditas
que me enloquecían.
Y la docilidad
con que pusiste
orden en mi soledad.

Y la música de tus pocas palabras,
y las noches de luna de tus ojos
bundidas hasta el fondo de los míos.
Para el crepúsculo de tus manos
están los pensamientos de la estrella
y el rigor del arcano.
Porque hay una vaga angustia en tu belleza.
Vas esculpida en la proa
de mi nave.
Tu cuerpo es de caoba
sutil y hay en tu gracia
la línea larga
de las cosas sencillas o sagradas.
Tus ojos brillan en el desierto
de mi atribulada inconformidad.
Sólo por ti estoy despierto
en esta media noche
de mi desencanto universal.

ANIVERSARIO

Aniversario de una luna nueva,
aniversario de mi corazón.
Y celebra la fiesta el mar divino
con un soberbio *sport*.
Estas olas desnudas
de diecisiete años
con sus cabellos de hrisa con luna
y que juegan un juego extraño.
Aniversario de una luna mía,
aniversario.
Se canta en el poema,
por tristeza y olvidanza,
la gota perenne de una estrella
sobre la stalactita de la esperanza.

Las olas abundantes y bailadas;
fotografía del puerto y ojos de mujer.
Se canta en el poema, amiga mía,
lo que no pudo ser.
Aniversario. Cálida marina.
Eternidad de ayer.

MELODÍA EN FA

El viento del otoño
es una sombra de oro
puesta sobre tus hombros.

El viento del otoño
es solamente un hondo
suspiro de nosotros.

El viento del otoño
nos recuerda a muy pocos...

Señora, no me atrevo
ni siquiera a mirar
vuestros dedos.

Bellos, vuestros cabellos
son los más bellos.

Pasa el río roto.
Van pasando los árboles
uno tras otro,
van hacia el otoño,
de oro,
todos,
todavía sonoros.

La tarde está acabando
de bañarse en el río
y está cantando.

Se peinará con una estrella,
la dejará en algún sauz.
Desnuda será tan bella
que no ha de verla ni la luz.

El aire dulce de otoño
la seguirá como un poco de oro.
Nos quedaremos todos
pensando en ella.

Dulce fin.
Dulce son.

A Germán Pardo García, en Colombia

AL DEJAR UN ALMA

Agua crepuscular, agua sedienta,
se te van como sílabas los pájaros tardíos.
Meciéndose en los álamos el viento te descuenta
la dicha de tus ojos bebiéndose los míos.

Alié mi pensamiento a tus goces sombríos
y gusté la dulzura de tus palabras lentas.
Tú alargaste crepúsculos en mis manos sedientas;
yo devoré en el pan tus trágicos estíos.

Mis manos quedarán húmedas de tu seno.
De mis obstinaciones te quedará el veneno
—flotante flor de angustia que bautizó el destino.

De nuestros dos silencios ha de brotar un día
el agua luminosa que dé un azul divino
al fondo de cipreses de tu alma y de la mía.

CANTO DEL AMOR PERFECTO

Señor,
boy no te pido nada,
perfecto es ya mi amor:
sólo dulzura y alabanza
sobre la onda dócil de mi corazón.
Una guirnalda te traigo
de rosas plateadas y negras;
una lira que sola te canta,
sus brazos son de roble y sus cuerdas
de palmera.
Te traigo una ola
que salvó toda una noche de pesca.
Las esculturas de los hombres
jamás vieron así a la primavera.
Señor,
tus pies parecen sandalias mágicas.
Tus manos son un poco de agua
con luna,
y de tu gran túnica morada
sale la voz de las albas oscuras.
Tu boca es pálida y serena
como el día que sigue a una batalla.
Tus ojos se abren en la noche
y tu última mirada,
cierra los lentos círculos del alba.
Señor,
tu cuerpo es perfecto
como una dulce ausencia sin nostalgia.
Cuando caminas

bajo los pájaros del estío,
las montañas electrizan
el azul de sus curvas
y la lluvia
cruza
cantando los ríos.

El huracán que rompe sus caracoles,
deliene sus ciegas locomotoras
y te tiende una cinta de espumas
sobre el magno poema de las olas.
El guardafaro se vuelve Beethoven
cuando pasas Huanandones con tu vida sinfónica.
Hoy no te pido nada.

Te traigo una guirnalda
de rosas negras y plateadas.
Nada te pido hoy;
solo te lleno de alabanzas.
Dulzura y alabanza; sea perfecto el amor.

MOTIVOS

Hombre que aras la tierra
tan de mañana,
tus hueyes vienen jalando
la proa del alba.
De tus manos potentes y rojas
caen los limpios granos;
y se humedecen con el rocío
y tu sudor sagrado.
De la garganta de los pájaros
sacas tu música libre,
y te la bebes tan pura como agua
que en jarro ondulante bebiste.
En cada surco nuevo
siembres la esperanza.

Tu fe está en la lluvia.
Lo demás, lo cantas.

Pastor de las crias, tan tiernas
que hay que acariciarlas,
a veces la luna por ti está más cerca
que tu propia casa.
Al mejor paisaje le das tus becerros
y en tu correrías,
tu sed se ha secado con cuatro naranjas
compradas al día.
El día es tu feria, tu juguetería.

LA DANZA

Danzaba,
sobre una pradera de violetas.
Sus brazos creaban la Arquitectura,
y los dioses habían tocado sus piernas.
Danzaba
entre un coro de ángeles y bestias:
claros, vagas,
altos, bajas.
Lugar de Dios era medido
por los pasos divinos de la danza.
Pues por el arco de la Justicia
pasaba.
Y el orden que en su cuerpo había
era perfecto y simple como un vaso con agua.
Danzaba,
y de su corona de rosas
se hará el espejo del alba.
Todo será de una ideal geometría.
¡Alabemos! ¡Alabanzas!
Los actos de los hombres
serán regidos por esta danza.

Porque las bestias y los ángeles
(amor ama al que ama)
enfriarán el rayo en las piscinas
y del Sultán
harán
buen vendedor de frutas.
Danzó. Danzaba.
Serán sus brazos mis maestros;
tocaré sus piernas y pondré mi oído
donde puso sus plantas.
E inservibles ya los almanaques y relojes,
después,
yo danzaré esta danza.

A Carlos Chávez Ramírez

ELEGÍA

Desde el balcón, se ve:
han pasado muchos automóviles.
Desde el balcón, se piensa:
odio todos los libros.
Estoy triste porque no soy bueno.
Domingo. Uno desos estúpidos
domingos sin sol.
La catedral parece que está hipotecada.
Yo me muero de ganas
de huir
de mí.
Parece que he comido manzanas
yanquis.
Una sola mujer hay en el mundo,
pero está ausente.
Si yo fuera pintor,
me salvaría.

Con el color
toda una civilización yo crearía.
El azul sería
rojo
y el anaranjado,
gris;
el verde saltaría en negros estupendos.
¡Sabidurías
de los colores nuevos!
Mi taller estaría en las llanuras
de Ápam. Cesaría la duda
actual. No pintaría hombres sino volcanes.
Vendrían los más ilustres
de la América del Sur:
el Tunguragua y el Sajama
dejarían su anticuado fondo azul,
su seriedad y sus vérices
colosales.
Yo tendría ojos en las manos
para ver de repente.
Unas meditaciones llenas de cantos
nuevos, encenderían mi frente.

Pero es imposible.
De pronto atraviesan horripilantes
soldaditos de Meissonier.
Mi vida está llena de gritos
bajo un ciego crepúsculo de fe.

1922

A nadie

SCHERZO

Y el mar dorado
que coloridas olas serpentea
bajo los vinos suaves de la aurora.

Y en la arena de oro
la huella viva de los pies desnudos.
Y en el cuerpo desnudo y contundente
la primer salpicadura del baño.
Y las nubes llenas de semejanzas
familiares.
Y la alegría sin esperanza
destas horas sin pares.
Y el ave que halla su tono
en el verde glorioso de la palmera.
Y el encanto siempre desconocido
de las olas nuevas.
Y el barullo de la espuma sesgada.
Y la sorpresa de un bote de pesca
que no viene de ninguna parte
y que sin embargo llega.
Y la dulzura de los caracoles pequeños.
Y el deseo de jugar.
Y otra vez la alegría sin esperanza,
la alegría sin par.
Y un grito.
Y una mujer desdibujada que lleva un pez
y así parece anuncio de joyerías.
Y la destreza imponderable de las olas
que bien merece ya el premio Nobel
por cultura física y dos o tres más cosas...
Y mi juventud un poco salvaje
que sienta bien al paisaje.
Y el poema que nunca se canta
pero que siempre se adivina.
Porque está en mi cabeza y en mi garganta
el elogio habitual de las marinas.

A Xavier Villaurrutia

DESEOS

Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color.
Todo lo que yo toque
se llenará de sol.
En las tardes sutiles de otras tierras
pasaré con mis ruidos de vidrio tornasol.
Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color.
Déjame un solo instante
cambiar de clima el corazón,
beber la penumbra de una cosa desierta,
inclinarme en silencio sobre un remoto balcón,
ahondarme en el manto de pliegues finos,
dispersarme en la orilla de una suave devoción,
acariciar dulcemente las cabelleras lacias
y escribir con un lápiz muy fino mi meditación.
¡Oh, dejar de ser un solo instante
el Ayudante de Campo del sol!
¡Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color!

A Salvador Novo

NOCTURNO

¿Recordáis a la luna
la que en las manos de la amada,
como una cosa matutina
crecía y se alejaba?
(¡Todavía!...)
¿Aquella luna del pueblo
con su piano y su esquina
donde acabó la aurora
por vender en la tarde sus últimas neblinas?
(¡Todavía!...)

¿Olvidasteis ya la luna del suspiro
tan terrenal y tan íntima?

¿El puño cerrado y vacío
en que la frente se queda tirada
con un poco de frío?

¿La mirada movida de repente
como el falso silencio del estío?
¡La luna como una joven bañada
con su perfume silencioso
y su inmensa mirada!

La luna del patio
un poco pavorosa y otro poco hechizada.
¡Cuando en la calle no era más que una
docena de ropa blanca!

¡Cuando en realidad todos sabíamos
que no era nada!
(¡Oh amigos míos,
siento que el lápiz escribe solo
estas antiguas palabras!)

Sí.

He vuelto a recordar aquella luna
con su noche palaciega y aldeana.
¡Aquel ritmo del aire iluminado!
Aquella suntuosidad espontánea
de la luna sobre las noches del pueblo.
Y el corazón agarrado del alma
en la orilla de tanta maravilla
como una hoja
que va a caer en el agua.

Y ¿cómo he de olvidar al grillo
en cuya amarillenta voz de radio
jamás entendí nada que no fuera sencillo?

¡El grillo con su arte menor
y su oculto brillo!

Fumaré para cambiar de tema
y cerrar el panorama.

Tanta belleza
puede arder en la última vicisitud del alma.
Mientras llueve,
pondré a secar mis lágrimas,
porque después le contaré al fonógrafo
un nuevo cuento de hadas.

NOCTURNO

Alma mía,
que te desgranas
en la música crepuscular destos días.
Con tu propia tristeza te embalsamas;
y con las ajenas agonías
enardeces las olas de tu grito
ansioso de divinas lejanías.
Cambia tu plenilunio solitario
por la feria fecunda de la aurora.
Muda tu gesto aciago,
sube tus Andes, planta tu bandera,
y haz de tu roble triste la nave de honda quilla
que embandere de sol la primavera.

Alma mía,
tu sed es insaciable,
Mas en los entreactos de tu tragedia
puedes salvar la mitad del tesoro.
Detén el astro errante que hay en tu alma,
bólido delirante
que será nido de águilas.

Torna a poner en tu honda los guijarros sutiles.
La dicha ha de temblar cuando cruce ante ti,
y se rompan las rocas de las fechas hostiles
entre las viejas sombras que al destino cedi.

Tu sed es insaciable. Trágicamente pones
la mirada nocturna sobre los cielos de oro.
Abre nuevos oídos a los antiguos sones
en la proa lanzada de tu viaje sonoro.
Tu sed es insaciable.
¡Hay una agua divina en cada estrella!
La copa de tu sed mano laudable
cincelará en el agua de tu huella.

DAME, OH BOSQUE...

;Dame la voz sombría, dulcemente sombría
para mecer recuerdos de amor toda la tarde!
Oh amor, pon en mi mano la antigua melodía
que incita a las palomas y sopla los celajes.

Dame, oh bosque, tu silencio
morado de recuerdos, todo vibrado en /a;
humedece mis labios con tu acento,
sombra de suave nombre que a una ventana da.

Oh amor, reforma y arde mis ojos en tus labios.
Arma tus arcos de oro, tu dulce dardo espero.
Siembra mi soledad de luceros y cánticos
y hazme oír en la sombra la palabra que quiero.

NOCTURNO

¿Recordáis ese minuto heroico,
cuando el universo se os derrumba en lágrimas
y un solo acto de ternura
os pone en pie sobre las ruinas
izándonos el alma?

(Bajo ese instante se estremece
la semilla sacrosanta
que casi nunca fructifica.)
¡Y el cielo entero se levanta!

;Oh esa embriaguez elevadora
que nos da un cósmico mirar!
¡Toda bondad, toda belleza,
toda esplendor de monte y mar!

;Esa embriaguez que nos sublima
y poro a poro torna amor
y nos desnuda majestuosa,
hasta crecernos como a un dios!

Por ese instante luminoso
que abarca el ritmo universal
y nos entrega, fugazmente,
una estupenda fe de crear.

Por ese instante, que un instante
fuimos capaces de sentir
y un trigo ideal sembró la mano
y en labios de oro fue el decir.

Por ese instante he de ceñirme,
laurel, espina, manos, flor,
resucitando y sucumbiendo
por la victoria del amor.

NOCTURNO

No tengo tiempo de mirar las cosas
como yo lo deseo.
Se me escurren sobre la mirada

y todo lo que veo
son esquinas profundas rotuladas con radio
donde leo la ciudad para no perder tiempo.
Esta obligada prisa que inexorablemente
quiere entregarme el mundo con un dato pequeño.
¡Este mirar urgente y esta voz en sonrisa
para un joven que sabe morir por cada sueño!
No tengo tiempo de mirar las cosas,
casi las adivino.
Una sabiduría ingénita y celosa
me da miradas previas y repentinos trinos.
Vivo en doradas márgenes; ignoro el central gozo
de las cosas. Desdoble siglos de oro en mi ser.
Y acelerando rachas —quilla o ala de oro—,
repongo el dulce tiempo que nunca he de tener.

NOCTURNO

Alma,
has de llegar al gozo eterno,
has de volar con vuelo audaz.
La paz es fronda del invierno.
Tú en primavera tendrás paz.

En todo mar o monte oíste
la maldición en la canción:
Amor es barro y odio es de diamante,
razón del corazón.

Un mar de siglos navegaste.
Tu planetario frenesí,
precio de sangre imponderable,
poder te dio para seguir.

Por el infierno de cien dudas
te desgarraste. Nueva fe

dejó las tempestades mudas.
Fe de tempestades, sé.

Te alegrarás en buena hora,
te alegrarás.

La aurora es la hora sonora
y sobre della caminarás.

Te alegrarás con alegría
de dioses.

Bajo la fina sombra del día
escucharás tus propias voces.

Te has de escuchar. Oh, sí, tu acento
la selva moverá, dichoso.

Tu mano pura ha de encender el viento
bajo el silencio maravilloso.

Has de gozar el gozo eterno,
has de volar con gran volar.

La paz es fronda del invierno.
Tú en primavera, tendrás paz.

SEMBRADOR

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas
podían entrar.

La tierra pautada de surcos
oía los granos caer.
De aquel ritmo sencillo y profundo
melódicamente los árboles pusieron su danza a mecer.

Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos.
El campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.

Sembraba la tierra.
Su paso era bello: ni corto ni largo.
En sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

A José Vasconcelos

SEGADOR

El segador, con pañas de música,
segaba la tarde.
Su hoz es tan fina,
que siega las dulces espigas y siega la tarde.

Segador que en dorados niveles camina
con su ruido afilado,
derrotando las finas alturas de oro
echa abajo también el ocaso.

Segaba las claras espigas.
Su pausa era música.
Su sombra alargaba la tarde.
En los ojos traía un lucero
que a veces
brincaba por todo el paisaje.

La hoz afilada tan fino
segaba lo mismo
la espiga que el último sol de la tarde.

A José Vasconcelos

CANCIÓN PARA UNA LEYENDA

Eran tres mujeres bellas,
eran los poetas tres.
(En la noche cazaban estrellas
y en el día olvidaban su fe.)

Las tres mujeres tenían
cabelleras para atar soles.
Dominaban la selva y el río,
el cielo y el monte.

Eran las tres mujeres blancas,
de una alegría festival.
Eso nada más supimos,
eso, y no más.

Los tres viajeros extendían la cinta
fabulosa de un viaje austral.
Uno escuchaba el cielo, otro a sí mismo
y el otro a todos los demás.

Un día en que el río era más ancho,
y la selva más honda y el tiempo más sutil;
y el corazón hermoso como un campo
lleno de danzas, y el ojo como un tiro de zafir.

Un día en que acaso la suerte del mundo
a nuestras manos vino a dar;
un día sinfónicamente mudo,
sin crepúsculo ni aurora
áereo y horizontal.

Los viajeros pasaron enfrente
de la selva donde las tres

mujeres se doraban la frente
para que el alba se escuchase después.

¿Qué maleficio indestructible,
qué satánica negación,
qué absurda cita imprescindible,
atropellado por la razón,
echó a perder la virtud intangible
de nuestro dulce corazón?

Eran tres mujeres bellas.
La cabellera les daba hasta el pie.
Entre sus labios había una estrella
que aún ilumina sendero de tres.

A Julio Torri

Hora y 20

1927

*Dejo,
este libro,
sobre la tumba
de José Ingenieros.*

ETERNIDAD

Tengo la juventud, la vida
inmortal de la Vida.
Junta, amiga mía, tu copa de oro
a mi copa de plata. Venza y ríe
la juventud, suba los tonos
a la dulzura de la dulce lira.

...y desapareció por
el sitio en que el agua
se junta con el cielo

La leyenda de Quetzalcóatl

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE VIAJE

A Alfonso Reyes, en París

Amigo generoso en cuyas manos
rotas van la cadena de los días
y las horas de torsos más livianos,

abro las manos diáfanas y alisto
radiófonos y cintas por decirte
a flor de mar lo que el faro no ha visto.

Y fe de primaveras provenzales
dan al aire expapal en donde escribo,
voz a papel y a lápiz los cristales

de unos ojos robados al destino
que aligeradamente ha descolgado
noches, collares, trópicos y trinos.

Y estoy aquí, pensando y silencioso
y hasta un poco ojival para que pueda
nobles vidrios causar, seguir ansioso.

Y fue que de Marsella —labios, viajes—,
patti sin almanaque o compromiso
llevándome de sesgo algún celaje

del último pañuelo
conque a todo color alguien pusiera
corbatas a los muelles del olvido.

Mediterráneamente ancló mi mano
—por las olas de Nápoles urgida—
y acarició en la luz el sol pagano.

Y fue del buen beber y de otras cosas
que el abundante cuerno de la luna
testigo y surtidor fue de esas rosas.

Pompeya, Atlantic-City de otros días,
rastacuera y feliz, regó su noche
de amor con el Vesubio, y cuál sería

la ida y la venida del asunto,
que, toda perla, la encontré quebrada,
las manos negras y los rizos juntos.

Una noche con dedos de la aurora
—se vieron las palabras al decirlas—,
¡Cytherea!, se dijo por la proa.

Noches con mares griegos en que el ruido
del hidroavión de plata de Odiseo
suscita huelgas en los altos nidos.

Noches griegas con mares historiados
en que el águila cima del poema
pica fechas navales, días-dados

que jugaron sus tantos y sus cuentas
sobre las mesas vivas de las olas
blancas de amarse y verdes de tormentas.

Vinoso punto en cuya travesía
supe encallar las visperas morenas
de gloriosa y fugaz melancolia.

¡El mar, y siempre el mar! El agua tinta,
saboreada y tenaz, fecunda y nueva.
¡El mar, y siempre el mar!

Psytalia, cara a Pan, surgía negra
de las primeras horas en la antigua
niebla marítima que el viento alegra.

Y el puerto ágil, sed de itinerarios,
y las palabras dóricas y el grito
comercial de los frígios y los carios.

Tardes de Atenas, inclitos asuetos
cuyas perfectas horas me llevaban
los ojos grandes y los labios netos.

En mi reloj romántico cernía
la arena de sus playas el cuaderno
sonoro de mis viajes en que fia

la esperanza su fe de buen arribo,
su última onda, su primer pisada
y su deseo próximo cautivo.

Mensajera amistad, oh Alfonso amigo,
sus altas plumas vuelta. Tus laureles,
alternados de pájaros y trigos.

Joven maestro cuyas manos buenas
prolongan fuegos en la flor del teatro,
horas de Anáhuac y rumbos de Atenas.

Por el tiempo ateniense que esparciste
sobre tus años mozos, sabiamente
los Cariátides palpo que no viste.

Y costeo la hecatombe. Y alto lomo
a reses nuevas de la pira aparto
y a tu salud y dicha me lo como.

Libre el Golfo Sarónico cerraba
las medias-lunas negras de sus olas
y al ilustre Archipiélago nos guiaba.

Y fui sacando como de una caja
las islas más famosas en que brilla
la gloria como brillo por las lajas.

A la suntuosa ortografía evito
de tanto nombre hermoso y bien empleado,
conexión estelar, ritmo infinito.

Y ardimos en la sed del Helesponto
nuestra gota sombría revelada
sobre un litro de sol.

Constantinopla, canto y abandono,
perla grabada, sombras de poema,
palomar de diamante, flor y trono;

pierna blanca a la orilla del espejo,
prisma cuyos biseles multiplican
la fantástica zona de un reflejo.

Sobre la fuente de aguas imperiales,
la aurora del Arabia, trino a trino,
se borraba las huellas vespertinales.

La torre de Estambul cazó luceros
y en los jardines pálidos del Bósforo
se desnudan los lirios prisioneros.

Los enormes nocturnos perfilados
sobre la gigantesca arquitectura
que saquea los ojos hechizados.

Que las estrofas te amontone deja
y abra el chorro de imágenes que brille
como el ojo nocturno tras la reja.

Liado o libre el terceto es una caja
que estalla en joyas junto al viejo puente
y que por rutas fabulosas viaja.

Todo esplendor monárquico, saludo
tu opulencia y tu gloria. La diadema,
cebra de sol bajo tu pie desnudo.

Emperatriz, Sultana, Favorita,
Bizancio y Estambul, dejó los ojos
en el acuario que tu sangre agita.

Y fue en el Mar de Mármara sembrado
de una espiga de sol y cuatro ceros,
que el tiempo recortó fechas y lados.

Una mujer de pájaros y frutas
esclarecía en Rodas la mirada
del que ciñe la esfera de las rutas.

Deja amigo que cante y la corone
estela del recuerdo en que he pulido
versos, rosas, laureles, y razones

de victorioso modo tal ventura
volcada como el vaso de las hendas
sobre el lienzo que el diálogo figura.

Y echó la costa al mar naves y luces.
Y en la otra orilla levantó la aurora
cetros, espadas, lámparas y cruces.

Por los caminos de la Palestina
pedí limosna de luceros. Supe
callar, orar, llorar y en las divinas

mañanas esparcirme por el monte,
sabiendo que el Señor puso en sus ojos
sobre esos campos y esos horizontes.

Y yo vi lo que Él vio. Mis pies pasaron
por donde Él caminó. Sueltos y reales
los lirios salomónicos alzaron

el himno al libre lujo de sus telas,
y la sombra olivar, agria y torcida
se cruzaba de pájaros.

Mi fe quemó sus piedras poderosas
como en todo lugar y el juramento,
luminoso huracán, me dio sus rosas.

Desos días
me quedó el corazón nuevo y humilde,
lento el pensar y los brazos cargados.

Algo llevo en los brazos no visible
y un solo pensamiento
se ha tornado certero y preferible.

El alma es más hermosa y menos frágil,
vuela sin alas sus mejores vuelos,
los ojos ruegan y el camino es ágil.

Junto al Sepulcro del Señor las horas
pasaron sin pasar: una por una
vertí desde el crepúsculo a la aurora.

Toda la noche oré. Corrió mi vida
mezquina y ambiciosa. Y en buena sombra pude
quemar antorchas y secar la herida.

Todo el amor por la mujer amada
tan grande como triste, fue ceniza;
y aun el filial fervor y la sagrada

pasión de la amistad, todo fue nada,
olvido y mezquindad, para dar puerta
a la divina y próspera llegada.

Pon amigo a cantar tus nueve liras
y de alabanzas útiles rodea
la fe sin ojos que en mi sombra miras.

Una voz que clamaba en el desierto,
auguró entre improperios y bautismos
la gloria de Jesús.

Dichosa piedra que sentiste un día
su pie ya grueso, su profunda mano
o su silencio y su melancolía.

(Sobre la siesta tropical temblaba
mi adolescencia ante la dulce quinta
en que nubló Bolívar sus posteriores mañanas.

Y maduré en el alma submarina
la perla viva que en sus iris llora
su más noble temblor de sangre herida.

Sangre augusta, la heroica
sangre del héroe que disputan soles
brotados de palmeras a caobas.

Pero del sitio heroico al sitio santo
las palabras caminan silenciosas
con temblor de universos en las manos.)

Jerusalén de luna pavorosa
me invadia esas noches que rodaron
a mí como altos trenes sobre pequeñas cosas.

Y por las calles trágicas la piedra
de cada paso agudamente rae
la demolida calma en que se medra.

El Vía Crucis fecundo,
sombra a sombra en los Sitios Pasionales
a orillas de mis manos atropelló sus grupos.

¡Dichoso el cireneo que tan cerca
iba de Cristo aquella horrenda tarde!

Y el alma leona se revuelve

pecadora y procaz, y no tenemos
sino manos alzadas a la nube
luminaria, que entrega faro y remos.

Jerusalén, nocturna y adversaria,
cuyo vario nivel ascendí ansioso
cual un ave al cenit de una araucaria.

¡He de volver a ti, rico de nada,
soberbio de indigencia y de alegría,
con mi fe formidable descargada

sobre ti como bólido profundo
sin otros labios que el de la alabanza
eterna del Señor!

Y he vuelto a Francia atravesando Egipto.
Pero la voz de recordar carece
de lo que ha menester y está prescripto.

Ya, claro amigo, las palabras dejó.
Son el polvo que zumba en el filete
de luz que parte en dos mesa y espejo.

Tu gloria cuido, en tu amistad me gozo;
y en los ejes del Ródano que empuja
los paisajes al mar, alzo y endioso

mis altas proas de largo viajero,
litoral asaltado, isla remota,
mapa de mano, avión, verso velero.

Rueden tus ojos oleadas y fines.
Las letras vuelven al abecedario
como al puerto los altos bergantines.

Pájaro gris, las sílabas voltean
en la curva final noble tintero.
Nacen los muebles otra vez y crean

el universo igual que en sus estrellas rotas
nivelará perfiles agitados
bajo el agua mediocre de sus gotas.

Aviñón, Provenza, 2 y 3 de mayo de 1916

VACACIONES

Días azules
en mi pueblo de tejados
como libros abandonados.
Días azules
con sus tardes moradas
a través de palmeras danzarinas
y nubes imperiales.
Días azules
con noches negras fascinadas
por los ritmos pentagonales
de las estrellas.

Días azules
arreglados por la mujer amada
que escogía mis joyas
en sus miradas.
Días pintados
con los vestidos de ella.
Días medidos
con la cintura de la primavera.
Y nada de nocturnos olvidados
en relojes de antigua belleza.
Estos son los días sobrenaturales
en los que el suceso de la aurora
maravilla mis ojos medioevales.
Estas las dulces horas
que Dios me regala como juguetes
de navidad,
a cambio de semanas impostoras.
Días azules
como horas
submarinas
plateadas y doradas de repente
por acuáticas serpentinas.
Horas salvadas
como pedrerías en un naufragio.
Ensartadas
en el hilo de la eternidad.
Mi corazón es tu alabanza,
palmera de mis días azules,
mujer fiel, como las playas
y los brazos eternos de las cruces.

1922

PAISAJE

Vuelvo a encender la luna de tu amor
sobre mis labios trágicos,
y sembraré en las noches sutiles de tu ausencia
el trigo de mi canto
al ritmo del recuerdo de tus manos.
¡La luna de tu amor y el viento joven
de tus pasos!

Tu soledad gigantesca
como la plenitud de tus campos.

Tu ternura salobre
como juegos de ola vespertina.

Tu letra desgarrada
por el vendaval de la distancia.

Nuestras palabras
como plantas
atlánticas
que el pañuelo del aire
abandonó en todas las playas.

Y el tiempo de los dulces tiempos
cenital en el alma.

Y los nombres de los bellos días
nunca jamás escritos,
suaves nombres como de aves
nacidas en los árboles de nuestros nombres mismos.

Viaje profundo de tu amor
y estrella trasatlántica;
floresta submarina de la evocación
cenida de palabras mágicas.

Sobre los dromedarios de los meses
viaja el minuto electrizado
que un día sobre paráolas de fuegos invisibles
recorrerá los ámbitos de un cielo suspirado.

La soledad está pensando
junto a la ventana.

Desprende largos bólidos un repentino encanto
y el corazón al borde de esa pausa fantástica,
quema en sus fuegos de feria
las realidades absurdas del alma.

PAISAJE

Así, toda la luna y todo el campo
y todo el corazón.

Así la tristeza de no estar contigo
bajo el sutil imperio de los dos.

¡Panorama sin camino del recuerdo,
balcón total, balcón de hierro
de la dicha pasada!

Los vidrios del entusiasmo
que nuestras manos sangraron
y que el estío atesoró.

Tú eres dulce y eras también casi terrible.

Tu juventud prolongaba
con un ritmo imperceptible
la madurez de las manzanas.

En el caos eras la siembra en orden,
en el dolor, una nube de instantes.

Porque tu juventud era entre todas la más joven
y usaba sin pulir los mejores diamantes.

Trina y se mece
tu recuerdo. Crece y se afina
como las melodías
de esos largas y de enes
tan finas,
que los plurales son una sola cosa
de orillas vecinas
sobre divinas cosas.
Se mece y trina
tu recuerdo

en la fina
hebra del silencio
disminuyendo el fondo de la noche
en la diáfana sombra del recuerdo.
La castidad,
como una estrella que nadie ha visto,
nos seguía suavemente
desde la ciudad
hasta el infinito.
Y en los ojos había un solo signo.
¡Música de entonces!
La música de lágrimas
de ver el porvenir en el pasado,
jardín y puertas trágicas.
¡Música de entonces,
ternura inexpresada,
alma en el alma,
tardes para las albas
y soledad inmensa de una sola palabra!
Así la luna y el campo
cerca de la ciudad. Así la vida
dolorosa o festiva,
desgarrada en silencio,
orilla a la ventana pensativa.
Trina y ondea
tu voz en la sordina del recuerdo.

México 1924

EL RECUERDO

En las horas
en que el paisaje se vacía
—todo se lo han llevado las nubes—,
los objetos de familia,
las palabras íntimas.

En una soledad de todas las cosas,
ciego, mudo, sólo me quedan unos cuantos dedos
para tocar las piedras y las rosas
que tú tocaste
o que solamente rozó el viento
de suave gloria que te trajo.
En la desaparición del panorama que fueron mis ojos;
en la interrupción del viaje de música
que fueron mis oídos;
en la perdida de todo idioma
(acaso por una bagatela de ortografía),
me rodean las horas
sin tiempo y sin clima
para entregarme
el tacto de las piedras y las rosas
que tus pies y tus manos
tocaron
o que apenas rozó el viento
de suave gloria que te trajo.
Tu ausencia ha dejado sobre las piedras
una florecita que tal vez es negra.
Y en la vida
de la piedra y la flor tras de tu sombra,
mis manos ven y oyen y graban un signo
que comprendía todas las cosas.
En las horas,
en que se perpetúan los instantes
de tu ausencia presente de paloma.

GRUPOS DE PALOMAS

A la señora Lupe Medina de Ortega

1

Los grupos de palomas,
notas, claves, silencios, alteraciones,
modifican el ritmo de la loma.

La que se sabe tornasol afina
las ruedas luminosas de su cuello
con mirar hacia atrás a su vecina.
Le da al sol la mirada
y escurre en una sola pincelada
plan de vuelos a nubes campesinas.

2

La gris es una joven extranjera
cuyas ropas de viaje
dan aire de sorpresas al paisaje
sin compradoras y sin primaveras.

3

Hay una casi negra
que bebe astillas de agua en una piedra.
Después se pule el pico,
mira sus uñas, ve las de las otras,
abre un ala y la cierra, tira un brinco
y se para debajo de las rosas.
El fotógrafo dice:
para el jueves, señora.
Un palomo amontona sus erres cabeceadas,
y ella busca alfileres
en el suelo que brilla por nada.

**Los grupos de palomas
—notas, claves, silencios, alteraciones—,
modifican lugares de la loma.**

4

La inevitablemente blanca,
sabe su perfección. Bebe en la fuente
y se bebe a si misma y se adelgaza
cual un poco de brisa en una lente
que recoge el paisaje.
Es una simpleza
cerca del agua. Inclina la cabeza
con tal dulzura,
que la escritura desfallece
en una serie de silabas maduras.

5

Corre un automóvil y las palomas vuelan.
En la aritmética del vuelo,
los ochos árabes desdóblanse
y la suma es impar. Se mueve el cielo
y la casa se vuelve redonda.
Un viraje profundo.
Regresan las palomas.
Notas. Claves. Silencios. Alteraciones.
El lápiz se descubre, se inclinan las lomas,
y por 20 centavos se cantan las canciones.

México 1925

LAS COLINAS

Dibujar las colinas
de un solo trazo,
aquietar las palabras y unirlas

debajo de los árboles;
ponerlas a pacer o esparcirlas
entre las huellas de todos los caminantes
de la dulce vereda que declina,
o comprar palabras nuevas
en las tiendas de colores con brisa,
en fin, salir a la puerta y en el aire,
sencillamente,
dibujar las colinas.

Sus viajes son tranquilos y pequeños.
Son viajes a tres tintas
a flor y fruto de senderos
por donde pasa el arco iris
sin paraguas. El azul que da el cielo
por ese lado,
juega algunas veces a ser verde.

Y hay un don de amistad en las colinas
desde mi casa, en los atardeceres.

Conversación.

—Nosotras estamos aquí siempre.
Nunca vamos a la ciudad.
Estamos convencidas de la belleza
del Ixtaccíhuatl y el Popocatépetl.
Cuando seamos grandes aprenderemos
también a palinar sobre la nieve.

—Pero si ustedes son más hermosas;
son la sonrisa
de mi caja de lápices. Ahora
mismo me lo decían
las palomas.

La opinión de las águilas
claro está que es muy otra.
Pero esos zopilotes estandartes...
Les envíe a ustedes la tarea
de recoger las estrellas
que quedan tiradas en la mañana.

—Si; tenemos ya una colección bastante completa.
Dicen que las pagan muy bien en Groenlandia.

¡Dibujar las colinas!
Repartirles los ojos
y llevarles palabras finas.
Mojar largo el pincel; apartar la neblina
de las nueve de la mañana,
para que el vaso de agua campesina
se convierta en alegre limonada.

Méjico 1925

PAISAJES

I

Cuando los árboles entraban a la casa
húmedos de aurora y con una mirada
ponían azul lo que era blanco, y altas
voces de juegos y poemas rompían la ventana
tibia aún de los diálogos —palomas—,
no pasaba nada.

La mañana que vendía relojes de seis horas
y desayunos de paisajes con toalla limpia
y cuadernos con el arca de Noé y sus
20 atracciones mundiales
al grito de amor y fe,
como tenías los dedos de cristales
y los ojos inmemoriales
y los oídos de plata,
no pasaba nada.

Y mientras rezaba con mi madre,
la puerta y yo pensábamos en ti,
tan dulce, tan ligera y tan amante,
que yo veía a los ciegos sumar,

dividir y multiplicar las estrellas;
y a los sordos
dirigir el concierto de los ángeles.
Tú, que eras un lirio en la noche
con caminos y canciones
y recuerdos de años con lágrimas
y sangre y degollaciones de corazones inocentes.

II

Yo estaba azul de ausencia
—pedazos de mar y puertos urgentes—
y mis cartas se quemaban en el camino
lleno de palabras y poemas.
¡Nuestro amor silencioso y ágil como un signo!
Nuestro amor que maté
porque lo necesitabas muerto
para que fuésemos novios toda la vida
en la bahía con luna de mi voz y de tu silencio.
Y ahora soy ya la imagen opuesta a cien espejos:
una gota de agua en los divinos ojos esféricos.
Y te amo como los árboles al alba
y por ti enseño a cantar a las águilas.
Y tu belleza es mi tesoro que gasto
en sostener el lujo de la aurora
y los grandes robos al ire libre, de la noche.
Eres la mujer morena de todas las épocas,
la espiga bíblica,
el pretexto colérico de la Iliada,
el encuentro anecdótico de Florencia,
la fiesta de Quetzalcóatl y mi canción mecida
entre las olas y las estrellas.

El teléfono llama, pero todo es inútil,
porque tú y yo estaremos siempre azules de ausencia.

París 1926

ESTUDIO

A Carlos Chávez

La sandía pintada de prisa
contaba siempre
los escandalosos amaneceres
de mi señora
la aurora.
Las piñas saludaban el medio día.
Y la sed de grito amarillo
se endulzaba en doradas melodías.
Las uvas eran gotas enormes
de una tinta esencial,
y en la penumbra de los vinos bíblicos
crecía suavemente su tacto de cristal.
¡Estamos tan contentas de ser así!
Dijeron las peras frías y cinceladas.
Las manzanas oyeron estrofas persas
cuando vieron llegar a las granadas.
Los que usamos ropa interior de seda...
dijo una soberbia guanábana.
Pareció de repente que los muebles crujían...
Pero ¡si es más el ruido que las nueces!
Dijeron los silenciosos chicozapotes
llenos de cosas de mujeres.
Salian
de sus eses redondas las naranjas.
Desde un cuchillo de obsidiana
reía el sol la escena de las frutas.
Y la ventana abierta hacia entrar la montaña
con los pequeños viajes de sus rutas.

México 1925

ELEGÍA DITIRÁMBICA

¿Pretendéis enterrar a aquel para quien
toda piedad está vedada?

SÓFOCLES, *Antígona*

SIMÓN BOLÍVAR

Por las playas de América
diez atlantes avanzan
sosteniendo en sus hombros un féretro.
De un lado se levantan los Andes;
del otro lado el mar moja el agua del cielo.

Reina la tarde tropical. La enorme
tela desos crepúsculos que el viento
borra y pinta y entolla
para desenrollarla sobre el otro hemisferio.
En ninguna parte aquellos hombres
hallan noble reposo para el muerto.
Bajo una agua de sol
va el cadáver del Genio.
Y parecen llevar una montaña,
así van desacoplándose sus músculos por el esfuerzo.

Cuando se acercan a las orillas
turríferas de los puertos,
los hombres los escupen
y amenazan con el fuego.
Hace cien años,
atravesando el corazón desos pueblos,
pasó aquél hombre con las manos iluminadas,
los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!

Tenía
un bien entonado nombre griego
y el apellido, en vieja lengua éuskara,
significa lugar de molinos.
Yo he nacido para cantar en las plazas
de ciudades y pueblos
la vida mágica de aquel hombre
como jamás los hombres así vieron.
¡Canta, oh muss, la cólera sagrada
de quien no tiene idioma
y conoce todos los ritmos del silencio!
Desde el mástil más alto
del buque sinfónico del recuerdo
—ya enfilado a la próxima estrella—,
pienso en el héroe de los altos sueños.
Su infancia fue un juguete doloroso;
su juventud —riqueza, amor y viajes—,
un fastuoso relato de cuento,
y la madurez el texto
en que fueron rendidos todos los sueños.

Enérgico y gentil. Así la flecha
que rompiera la rodelia del tiempo.
Su elegancia suscita nombres hermosos;
su conversación era una copa de luceros.

Sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos.
Sobre la catarata del Tequendama
halló su agilidad un fantástico juego.
Guerreó por la libertad humana
entre los volcanes ecuatoriales, delirante y gigantesco.
Generoso, como el Sol. Buen bailador.
Su cortesía,
un aire de magnolias sobre el camino de la selva.
Las mujeres cruzan por su vida
con dulces predominios sobre el más alto cielo.

Su pensamiento electrizó la atmósfera
de los días serenos
y sus meditaciones proféticas
desbordaron el vaso oscuro del tiempo.
Nunca los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo.
Su corazón era sensible
cuál una agua de oros en las manos del ruego.
Sintió sobre sus labios
quebrarse las palabras del Universo.
Y tenía el alma trágica y clara
de las fuentes del desierto.
La Cruz del Sur iluminó su sombra
y todos los Andes le conocieron.
En los días aciagos,
hirió al destino con los huracanes de su genio.
Amó a su América como nadie la ha amado,
y semejante a Quetzalcóatl divino,
se quemó en la pira de un sublime fuego.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
La traición y la envidia le desgarraron el alma
y pueblos que iluminó, le maldijeron.
Sus últimos días se cortan en abismos
 llenos de gritos altísimos dinamitados en el viento.
¡Ruinas de Sol, ruinas colosales,
ruinas de un alma divina entre la luz de un trueno!
Algo de Dios sea en mí para evocarte,
¡oh Príncipe de los más altos sueños!
Tus funerales siguen en marcha
entre el mar y los Andes, junto al agua y junto al cielo.
(La Aurora sale del mar
con un trágico gesto
y la Noche engrandece su severidad noble
en la solidez monumental de los cedros.)

Leguas libres camino
tras el grupo soberbio, y encuentro solamente
infamia y miseria, oprobio y traición y poderío sangriento.

Disminuidos por el odio
viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.

¿Araste en el mar?

¿Sembraste en el viento?

Nadie amó tanto como tú, y así, nadie
se ha sublimado en un dolor más opulento.

Padre. Amigo. Maestro.

Reina la tarde tropical. Camina
sólidamente el cortejo.
Bajo la máscara de oro
se pudre el rostro del Genio.
Con la primera estrella
se agota el mar. En una nube
se funden tres colores que retoñan
por el oriente. Rueda
una aire de laurel. Ligan la sombra
los triángulos heridos de los Andes.
Todavía una ola

saló la arena y espumó la orilla.
Se dispersó el dibujo de las cosas
profundamente. De una enorme nube
brotó una estrella enorme. Negra y rota,
la testa de un volcán varió perfiles
al paso de una nube. Y entre toda
aquella arquitectura desplomada,
sigue el cortejo atlante —relieve en vivas sombras—
por las playas de América, malditas y apagadas.

Méjico 1924

TRÍPTICO

A José Manuel Puig Cassaurenc

I

EN ATENAS

¿Por qué la mano lenta sobre el tambor pulido
desta columna rota, tórridamente va?
Es la misma caricia con cierto aire de olvido
que deslizó sus dedos sobre Chi-Chen-Itzá.

Y hay un viaje remoto que a un altar dividido
dio su gozo y su espuma, sus esperanzas da.
Y hay un retorno antiguo hacia un nuevo sentido
del Sol que abrió las cifras de Grecia y Yuçatán.

Doré ritmos que a veces suelo olvidar. Y echado
sobre los dulces tréboles al pie del Partenón,
pongo a danzar los lápices. Y el verso nace atado
a una columna rota y a un gran muro labrado.
Porque a un noble temblor la luz ha desbordado
la mano silenciosa que rige el corazón.

II

EN ESMIRNA

¿Qué agua esta que tiñe de azul casi vencido
las olvidadas manos sobre la flor del viaje?
El bote cruza el golfo de Esmirna y el paisaje
pasa de mano en mano como el pie del olvido.

¡Noble melancolía del amor elegido
entre un puerto remoto y una orilla salvaje!

*Las manos olvidadas sobre la flor del viaje
se afinan de aguas bondas bajo un aire caido.*

*De un grupo de palmeras surge un avión. Descansa
el ruido entre las últimas gaviotas de agua mansa.
Una palmera cruza llevando brisa y tono.*

*El bote sigue al agua y el agua al sol y alía
deslumbradoramente su viaje a mi abandono
que balancea espumas para alargar el día.*

III

EN CHIPRE

*Mujer cuyas miradas ágiles y serenas
mi sombra aligeraron, libradas al destino,
tu hallazgo no cedi, fugaz y así divino,
por un ciprés de Esmirna, por un laurel de Atenas.*

*Entre los vinos áridos de las copas ajenas
las nuestras, alejadas, se bebían el vino.
Después nos despedimos sin saludarnos, llenas
las miradas de mares hacia un dulce destino.*

*Corono tu recuerdo desde una isla griega
que vidria el sol y el tiempo no pasa sino juega.
Al cielo de tus ojos no volveré. Por ti,*

*vino de Chipre bebo, sombras de vino entono,
y en el baile de luces tu recuerdo corono
con las mismas palabras que en tus ojos bebí.*

Marzo y abril de 1926

NOCTURNO DE CONSTANTINOPLA

A.E.

Entre la media noche de la bruma de oro
abandono el fondo de mis deseos
y camino sobre las horas. Todo
danza sobre las manos nuevas. Todo
en una música lenta. Todo
en un aire de oro.

Los nombres se olvidan poco a poco
bajo la estrella reinante del
collar de tu recuerdo.

Y sueño en tus ojos
las aventuras inefables, tus sutiles besos,
entre la bruma de oro
de la historia semitonada
en nuestro amor perfecto.

Y por la media noche de la bruma
camino entre la tierra y el cielo,
y oigo tu voz (que glorificó mi nombre),
junto a los muros inútiles del serrallo desierto.
Y la dicha de haberte amado tanto
me transforma en un dios ordenador de sueños.
Tuyas son estas cosas que salen de mis ojos
para permanecer.

Y nunca sabrás qué son tuyas
estas cajas sinfónicas
que hacen girar sus cúpulas lentamente
entre el oleaje lateral de las bóvedas
y el ritmo lejano de los minaretes.
De la bruma diáfana van surgiendo
las mezquitas gigantescas.
Un ojo de ámbar
brilla sobre todas ellas.

Y los últimos cipreses,
muertos de sed junto a las fuentes
policromas,
se agitan
en una leve música de fuego.

La ciudad perfumada de café,
se embarca en el Bósforo
rumbo a los libros y el quinqué
familiar de los días de oro.

Y entre la media noche de la bruma,
la luna con su girasol disecado,
cruzaba el Cuerno de Oro con el agua al tobillo
y un aire melancólico de pañuelo olvidado.

Constantinopla 1926

SEMANA HOLANDESA

A Octavio G. Barreda

VIERNES

En Holanda me lavo las manos
y digo a líderes y manifestantes
que no soy culpable. Pilatos.

Y bien, queridos colores, os saludo.
Y este paisaje en mangas de camisa
que no le importa a nadie más que a mí,
es sólo fe de vacas y pañuelos de brisa.

Los molinos piensan en la aviación
académicamente. Las bicicletas

tienen cabeza y corazón
en una sana y limpia ausencia de poetas.

Y es horizontal el arpa de la sensación.

MARTES-REMBRANDT

El capitán Frans Banning Cock
sale con su Cuerpo de Guardia.
El pintor, al encender su pipa,
alza los ojos y los ve y entra en batalla
y vence y suelta su risa magnífica.

Es la hora cero.
Circulan los idiomas
y se van por las bocas del museo.

JUEVES

Es una tarde en Leyden.
Una delicia pública y divina
roza ligeramente.
Es una tarde en orden, en higiene y en fina
e ilustre melancolía.
Es una tarde a limpias puertas
abiertas.
El canal se lleva
pedazos de biblioteca
para darle de comer al molino.
Es una tarde a *punta seca*
bella en su tren remoto que perderá el camino.

VIERNES

Querido Jan Vermeer:
los muebles están buenos y te saludan.

El piso brilla aún y las cortinas discretas
oyen y no entienden, pero dudan...
Ella está en la ventana a la hora de siempre.
Tu azul es un secreto que mis placeres juran.
Se conversa y trabaja en proporciones íntimas.
La porcelana, cuando vengas,
estará mejor cocida.
Los colores están buenos,
crecen y brillan.
Adiós. (Voy a abrir la ventana
para que tu recuerdo tenga brisas.)

SÁBADO

En Amsterdam
las grúas hablan alemán.
La sinfonía del puerto
llega con un andante de 100 000 toneladas.
Los trasatlánticos salen en *re*;
los remolcadores en *mi*.
Unos enanos pintan una proa enorme.
Desembarcan loros de Java
gritando en portugués.
Pasa una vaca poderosa
con aretes y corsé. Petróleo de México.
Fieras de Borneo. Tres millones de kilos
de café.
El aire es mundial.
Y mujeres —naturalezas— muertas.
Nos veremos a las 7 en Kalverstraat.
No puedo porque voy a la Sinagoga.
Es falso; la reina no abdicará.
“Simplicissimus,” “Il Sécolo d’Italia.”
“Izvestia.” “The Times.” “Sol y Sombra.” “Le Journal.”
¡Curazao, 1920! Nostalgias marino-comercial.

Y la divina poesía
circula paralela y tangencial
solfeando en una antigua geografía
el viejo caro y serio que sale de Amsterdam.

DOMINGO

La mesa es ámponente
como un monumento a los héroes
de cualquier nacionalidad.
Reverencio al pescado,
brillante caballero medioeval.
Amo al cervatillo, tan fino
que ha muerto solamente de estar.
Sonrío a la naranja casi mondada.
Me entristece la torta acabada de violar,
Y frutas deslumbrantes dignas de corbatas
propias a un *garden-party* tropical.
Granadas delirantes. Manzanas vírgenes
—holandesas naturalmente—, y van
las miradas como rayos x,
penetrantes, inexorables, en paladeo augural
que hace brillar los labios y acidular los dientes
con un cierto apogeo magnífico y animal.
Y la divina poesía,
como en las bodas de Canaán,
hechiza el agua y el vino vibra
en una larga copa de cristal.

LUNES

Hoy se venden recuerdos y se compran olvidos.
Mercadería lunes y espiritual.
Día de amor, de estampas, de poemas y olvidos.
Cosas serias. Materiales tristes. Cuello circular.

Día de dichas póstumas, dia previsto.
Y tu presencia en filtro de tiempos y de cartas,
y mí se empobrecida de no volver a verte
y tú siempre en mis ojos, en mi oído, en mis altas

cadenas de silencio cuyo eslabón cerré
para arrastrar a veces entre la noche un ruido
que disperse los síntomas de no volverte a ver.

A Jakob van Ruysdael, envío

Veo en tu honor. Y brillo y en los pinceles salo
todo funesto ritmo. Todo en voz tuya y mía
vuela el cielo en su nube tras cuyos fondos calo
perlas de paz y bosque de amor o cacería.

Al ojeroso tiempo la sangre en luz deslía
las spretadas horas de ojo distante y ralo.
Hay en las rocas bajas algo de oscuro y malo
que ahuyenta los recuerdos y la melancolia.

Un paso en el camino. El horizonte eleva
el gigantesco globo del cielo. Se abre y lleva
la mano una caricia panorámica y pura

por Curazao. Nacen suspiros holandeses.
Y ojo que vio, se torna tono que en telas dura
para esperar sin tedio los harcos y los meses.

ODA DE JUNIO

ESTADIO NACIONAL

A Antonio Caso

Y un pueblo a quien deleita la armadura,
y el corcel de batalla y la carrera,
también le da por cifra su ventura
en las coronas de oro, oliva y flores,
premio de los olímpicos sudores.

PÍNDARO, *Nemeas*, oda 1

Para soplar bocinas gigantescas
que anuncien a la raza en grito nuevo
solar de ritmo en que la gloria crezca.

Para sentir el pie solemne o ágil
y el brazo abierto y esculpido el torso
y el corazón más bello y menos frágil.

Para anudar el viento en la carrera,
alzar la sangre y desdoblart la pista,
la gloria izar, magnífica y primera.
Para poder, para cantar, para decir, para danzar.

Salta oh sangre en la elipse de los juegos
y arquéate alegórica y ligera
como agua victoriosa que echa su voz al fuego.

Vuela, oh sangre, en tu giro planetario
acrecentando en delirante gozo
las dinámicas gradas del estadio.

Sude el pueblo el sudor de las coronas
por el laurel que maduró en su gajo
la sangre de la tierra que lo abona.

La corpulenta agilidad alie
vencedora belleza en el combate,
bronceado roble en que la luz sonríe.

En el arco angular de una carrera
velocidades de fugaces quiebres
el sol aclarará con luz entera.

Danzad, oh cuerpos, en la arista
del invisible ritmo de diamante
que la luz de la danza geometriza.

Danzad, que la figura entona
en las desnudas telas de la danza
el florido color de las coronas.

Rosas para teñir la frente nueva,
rosas para las manos que adelgazan
arpas al aire en que la luz se mueva.

Raza de guerras, pueblo de matanza,
aligérante de armas y amargura,
que la alegría es fe y el amor esperanza.

Cantad el himno de alegría,
de la inmensa alegría
que rodará en estrofas sobrehumanas
sobre las pautas de la gradería.

Venga la raza a cincelar su fuerza
“que en cuerpo hermoso reinará noble alma”;
que la pereza hipócrita se tuerza.

¡Y se abrirán los días como el alba
para todas las almas, y otra fuerza,
fuerza nueva y espíritu que ama,

encenderá sobre la frente nueva
la profética luz de videncia y de fuerza de las próximas
almas!

México 1924

ESTUDIO

Esta fuente no es más que el varillaje
de la sombrilla
que hizo andrajos el viento.
Estas flores no son más que un poco de agua
llena de confeti.
Estas palomas son pedazos de papel
en el que no escribí hace poco tiempo.
Esa nube es mi camisa
que se llevó el viento.
Esa ventana es un agujero
discreto o indiscreto.
¿El viento? Acaba de pasar un tren
con demasiados pasajeros...
Este cielo ya no le importa a nadie;
esa piedra es su equipaje. Lléveselo.
Nadie sabe dónde estoy
ni por qué han llegado así
las asonancias y los versos.

México 1925

ESTUDIO

Chypre. El buque cruza frente a Paphos.
Una boya flotante dice en portugués:
"Aquí nasciou Aphrodita."
Restos de espuma, de jabón, de esplendor y de fe.

4, 5, 6, 7 poemas
para estas aguas de nadadora coloración,
para los finos cambios que las montañas sesgan,
los soles corridos y el aire del sol.

En la divina isla, la luz alerta
caza nubes. Volad
brisas de Napoleón, hidroavionas-sirenas,
Paphos cuaja su perla sobre el mar.

Una nube. Y escurro la escala
que hace los dedos fértiles y la verdad sutil.
Sobre tus altas alas vuela,
corazón de ojos verdes y pálido perfil.
(La fecha viaja junto al barco.
Unas cuantas cosas de marzo
y toda la carga de abril.)

ESTUDIO

Sobre las gotas del mar
danza el buque cargado de estrellas
y de nombres.
Todos los nombres sobran ya.

Tomad mi corazón dulce y creyente.
El ancla es honda, el ritmo es de dolor.
Echad las perlas, vago ruido del Oriente
heridas sobre el cuello del amor.

En la aflicción universal entronca
roble mi duelo que es palmera ya.
Afinado el dolor decid los nombres.
Todos los nombres sobran ya.

Pero callad aquel remoto y transparente,
¡oh trópico salvaje y maternal!
Callad el nombre que lavó la fuente
en que volcó sus cielos toda la tempestad.

PARÍS, CANCIÓN DE PRIMAVERA

A Montenegro

He de volver a tí, París divino

AMADO NEAYO

¿Pues qué pues
con la primavera,
mi Señora,
pues qué pues?
¿Esto era,
o esto es?

Y en ágiles olvidos me desdoble.
Y desprendo entre nombres y señales,
la rosa de papel que estrene el día
y las rodillas blancas que lo dancen.

Algo de Xochimilco
sobre las plazas tristes de París.
Y esta boda otoñal
—actriz o bailarina cuarentona—
que es la primavera de París,
pone en las manos palmas y coronas.
¿Pues qué pues
con la primavera,
mi Señora,

pues qué pues,
esto era,
o esto es?

Y el automóvil va a la madrugada.
Media hora de sol pinta la aldea
sin gallos que es París.
30 minutos para vivir, y nada más.
El cóndor del Jardín de Plantas
asolea el recuerdo de sus alas.
Media hora para el público
tropical. Y nada más
Rue Bolívar, n'est pas?
Y allí nos encontramos
los hindúes, los javaneses, los mayas,
y conversamos de nuestros pájaros,
de nuestros árboles
y de las historias sagradas
y de las ciudades que se suicidan
y de las montañas
desde donde se ve el mundo.
Queda un minuto
para acabar de desnudarse
y huir.
Llueve.
Llueve inútilmente. Llueve.
La primavera,
nota el aumento de sus piernas
sobre el espejo negro de la calle.
Los animales del trópico
nos llenamos los bolsillos
de lámparas portátiles.
Llueve.
Y los días
resbalan en la cáscara de mango
del deseo enjoadado de otro clima

con piernas que abran rumbas y abran tangos,
entre los deberes honestos del radio
y de la bárbara melancolía.
Llueve. Llueve inútilmente.

¿Pues qué pues
con la primavera,
mi Señora,
pues qué pues,
esto era,
o esto es?

París 1926

ESTUDIOS

I

Relojes descompuestos,
voluntarios caminos
sobre la música del tiempo.
Hora y veinte.
Gracias a vuestro
paso
lento,
llego a las citas mucho después
y así me doy todo a las máquinas
gigantescas y translúcidas del silencio.

II

Diez kilómetros sobre la vía
de un tren retrasado.
El paisaje crece
dividido de telegramas.
Las noticias van a tener tiempo
de cambiar de camisa.

La juventud se prolonga diez minutos,
el ojo caza tres sonrisas.
Kilo de panoramas
pagado con el tiempo
que se gana perdiendo.

III

Las horas se adelgazan;
de una salen diez.
Es el trópico,
prodigioso y funesto.
Nadie sabe qué hora es.

No hay tiempo para el tiempo.
La sed es labia cantadora
sobre ese oasis enorme,
deslumbrante y desierto.
Sueño. Desnudez, Aguas sensuales.
Las ceibas se estilizan. Nacen tres mil cedros.
Algo ocurre: que hay un árbol demasiado joven
para figurar en un paisaje
tan importante.
Tristeza.
Siempre grande, noble y nueva.
Los relojes se atrasan,
se perfecciona la pereza.
Las palmeras son primas de los sauces.
El caimán es un perro aplastado.
Las garzas inmovilizan el tiempo.
El sol madura entre los cuernos
del venado.
La serpiente
se suma veinte veces.

La tarde es un amanecer nuevo y más largo.
En una barca de caoba,
desnudo y negro,
baja por el río Quetzalcóatl.
Lleva su cuaderno de épocas.
Viene de Palenque.
Sus ojos verdes brillan; sus brazos son hermosos;
le sigue un astro, y se pierde.
Es el trópico.

La frente cae como un fruto
sobre la mano fina y estéril.
Y el alma vuela.
Y en una línea nueva de la garza,
renace el tiempo,
lento, segundo, ocioso,
creado para soñar y ser perfecto.

ODA AL SOL DE PARÍS

Acércate, no te voy a hacer nada.
Te atemoriza mi voz de agua nueva y el ruido
de mis pies sobre las casas.
Mira el retrato de tus hermanos de América,
populares como los toreros y los pelotaris,
ágiles y jóvenes.
El "buen gusto" te arrumba neurálgico;
quítate esas nubes o lávalas.
¿De qué estás nostálgico
si nunca has visto nada?
Sal desos barrios folletinescos y alójate
en ese hotel para aviadores de la Torre Eiffel.
Hazte poner los dientes y retrátate
chez Henri Manuel.

Has dejado en ridículo a los vidrieros góticos;
nace otra vez y ensaya a brillar.

Por ti hay todavía negocios cloróticos
y personas que no saben llorar.

Dice la T.S.F.:

México: "El Sol fue apedreado ayer por unos muchachos
al salir de una escuela. Bluefields, Nicaragua, 88
marinos yanquis han muerto de insolación. Buenos Aires.
El Sol ha salido de las banderas argentinas
rumbo al Polo Sur."

Sol parisense,
Sol bibliotecario y sacristán,
ve a jugar a la América
en los muros astronómicos de Uxmal.
Frótate entre los helechos de Palenque;
ruédate desde la pirámide solar
que los toltecas finos y civilizados
levantaron en Chi-Chén y Teotihuacán.
(Artistas y ordenadores de Tiempo
cincelan una piedra colosal.
Los ceramistas silenciosos desnudan sobre los vasos
la flor aérea recta de divinidad.
Y el rey aseado y magnífico
levanta auroras desde su jardín en espiral.)
Sol parisense, mi corazón es calle triste
por el murdo rutinario;
los fonógrafos repiten lo que oyeron
y los héroes aún van a caballo.
Eres el párvulo del limbo:
tu hastio no pasa de tu globo y tu aro.
Es preferible que nunca sepas
lo que desde el principio está pasando.
La risa es buena como la fruta robada
y estoy contento porque ya lo sé todo.
Las respuestas van desnudas por las preguntas asesinadas,

el aire tiene cifras y el mar no es ancho ni bondo.
Sol parisiente, sol de chimenea,
sigue en tus ceros a la izquierda del uno,
juega en tus sombras húmedas mientras mis labios crean
las palabras iguales para salir del mundo.

París, julio 1926

ESTUDIO

A José Juan Tablada

El corazón nutrido de luceros
ha de escuchar un día
el signo musical y el ritmo eternos.

Y el ojo que endulzó lágrima pura
ha de mirar un día
el agua danzarina de la gracia desnuda.

Sobre el labio de orilla bulliciosa
ha de caer un día
la voz de una palabra portentosa.

El sinfónico oído de colores
ha de escuchar un día
la melodía de otros horizontes.

La mano que tocó todas las cosas
ha de tocar un día
proporciones sutiles, sombras de alas gozosas.

Y el brillo de la angustia sobre el alma
ha de tornarse un día
en mirada divina y en gozo sin palabras.

México 1924

LA DANZA

Pie fugaz de la danza, pie divino
cuyo tacto doró la última tierra.
Paso de onda, libertad que encierra
sangre y viento en la flor de su destino.

Tono y compás orillan el camino
que abisma el pie con su sagrada guerra.
(Desnudaba la brisa una honda tierra,
música y paz y tiempos para el trino.)

Movía el corazón ruedas doradas
en un juego de sombras avivadas
por la espiral que asciende y perfecciona,

y el ritmo, todo desnudez, ceñía
los arcos de una vivida corona,
pie de la danza y copa sobre el día.

México 1924

ESTUDIO Y POEMA

A José Vasconcelos

Las estrellas danzan.

Avisad a vuestros amigos por teléfono
que las estrellas danzan.

Historiografía:

sobre los observatorios mayas
los sacerdotes de Quetzalcóatl
contemplan la suprema danza.

Los egipcios sonríen misteriosamente.

En una isla griega un hombre enrarece la atmósfera de las
[matemáticas.

Las madreperlas del golfo Pérsico,
zarden, se abren y tal vez cantan.
Confesemos nuestra estupidez,
alabemos nuestros sentidos:
oíd, mirad, sentid.

Las estrellas danzan

Romped el sobre por antiguo que sea
y escribid la postdata
con la noticia a vuestros parientes desconocidos
(acaso uno de los hostelero de catacumbas), para
que salga un momentito a mirar esa estupenda cosa.

Las estrellas danzan.

Si el rey no lo sabe lo sabrá por el anarquista.
Mirad el trópico: se mesa sus cabellos de palmeras

[adoncelladas.

El Ganges suhe en espiral alrededor del Himalaya
con yates de multimillonarios yanquis
quienes, por fin, Señor, por fin, han perdido el oro de la
palabra.

Las estrellas danzan.

Desde mi agujero sepulcral lo veo todo.

Las nebulosas se balancean
como islas robadas
por translúcidas águilas.

Saturno desdobra sus aros atados a un huracán vertical
que les da nueva alianza. Júpiter
gira alrededor de Venus, porque a pesar del tiempo terco...
Y todos los satélites del universo
se ruedan por la inclinación de una escala
de piano. Y los satélites
escolares y las estrellas sin nombre, danzan. Y la danza
es un poliedro deslumbrante
que de repente se abre
como la divina caja,

y se echan a volar los cometas con el mensaje de
las portentosas palabras
que todos entendemos sin saber cómo:
tal vez con los ojos
en las manos y el corazón en la garganta.

Las estrellas danzan. Y, ¡oh Dios,
es el supremo ritmo de la Gracia!
Siento que una manecilla luminosa
el ideal camino me señala;
voy entendiendo acompasadamente
el pletórico ritmo de las alas.

Crecido viento el pie certero lleva
y abandona las curvas colosales
del universo y entra en zona nueva.

Fe de cosas sin nombre da su acento
y el alma va como las melodías
sobre las pausas ágiles del viento.

Fe que dio al escalón perfectos pasos
y enfrentó la mirada a la aurea puerta
por donde salen par albas y ocasos.

Fe de átomos en cuyos electrones
gira del infinito al infinito
un poder de profundas ascensiones.

Fe sencilla y tremenda que asegura
hasta el Divino Solio el dulce tránsito
y que en vivas estrellas se madura.

La Gracia, la Divina Gracia entrega
lo que apenas entiendo sin decirlo,
que al miserable labio se alza y niega.

¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios! La mano pudo
dibujar suavemente ignotos ritmos
como la buena espada en el escudo.

Y el alma está sobre los cielos. Brilla
y sabe por qué brilla y por qué puede
en las aguas de Dios filar su quilla.

{Abajo, en un rincón azul
de lo que no puede medirse,
las estrellas danzan,
 las estrellas danzan,
 las estrellas danzan!

París 1926

RUEGO

Para José D. Fries

Vuelve, oh dulce Jesús, desde tu excelso trono
los ojos tornasoles, las invisibles manos,
a esta sombra desnuda que de ritmo coronó
porque a la nube tienda de tu sencillo arcano.

Libré los frutos vírgenes del filo del verano,
resucité aguas muertas que entre jacintos dono,
adelgacé las pautas y puse el mundo a tono
para danzar y danza y aumenta entre mis manos.

Zafiro graba espeso para tu nombre y alza
la luz caudal que oreja la aurora en flor, descalza.
A tí seré en arenas de orilla prodigiosa.

Dios y Señor, quebranta lo que en mí no te alabe:
ven a mi sombra y crúzala, vírala hacia la Osa
y en tus aviones-ángeles su tempestad acabe.

París 1926

Camino

1929

A LA POESÍA

*Sabor de octubre en tus hombros,
de abril tu mano da olor.
Reflejo de cien espejos
tu cuerpo.
Noche en las flautas mi voz.*

*Tus pasos fueron caminos
de música. La danza
la espiral envuelta en hojas
de horas.
Desnuda liberación.*

*La cifra de tu estatura,
la de la ola que alzó
tu peso de tiempo intacto.
Mi brazo
sutilmente la ciñó.*

*En medio de las espigas
y a tu mirada estival,
afilé la hoz que alía
al día
la cosecha sideral.*

*Trigo esbelto a fondo azul
cae al brillo de la hoz.*

*Grano de oro a fondo negro
aviento
con un cósmico temblor.*

*Sembrar en el campo aéreo,
crecer alto a flor sutil.
Sudó la tierra y el paso
a ocaso
del rojo cedia al gris.*

*Niveló su ancha caricia
la mano sobre el trigo.
Todas e idénticas: ¡una!
Desnuda
la voz libre dio a cantar.*

*Sabor de octubre en tus hombros,
de abril tu mano da olor.
Espejo de cien espejos
mi cuerpo,
anochecerá en tu voz.*

Siracusa, 1928

POEMA ELEMENTAL

A Rafael Cabrera

EL AIRE

El aire es transparente
cuál el silencio en una lectura prodigiosa.
Y funde la cera voluptuosa
del mediodía,
y es una rosa
de caminos estelares,

un fruto diáfano, una sombra divina
que acerca espíritus y mares,
pájaros y naranjas,
nube más piedras tórridas y palabras marinas.
El aire es translúcido
como el saludo de los amantes
en los grupos cordiales.
Alía en arcos invisibles
la palabra olvidada, las augustas señales
y las manos de la danza fúnebre
que antes saludaron a la primavera.
El aire me persuade de tu ausencia, ¡oh amor!
Aire, fino-aire, largo-aire-lira, aire-cera.

EL AGUA

Aguas horizontales
con hombres y peces y nubes.
Aguas azules y verdes,
espacio palpitante,
atmósfera del paraíso submarino
cuyas medusas arcangélicas
mudan ojos y manos en huertos coralinos.
Aguas reales del viaje fabuloso
manchadas como tigres por las guerras.
Aguas víctimas o insaciables en la sed de la tierra,
sorbo de sed, aguas vírgenes.
Una gota de agua
salvó la última espiga del sembrado
o hizo temblar el dorso de Susana
entre las barbas bíblicas del baño.
Agua del nadador que la divide
y la vuelve laurel o vida nueva.
En las tinajas familiares
el agua se hace negra
de silencio y frescor. Y el ritmo de los mares

vira el buque ladrón que balló en las islas fiestas,
Aguas verticales, horizontal, cerámica y primera.

EL FUEGO

Sobre la yema de los dedos
se sostiene la noche
áerea y enorme.
El espíritu reposa en el seno
del vasto paisaje astronómico.
Amarra el mar su puerto traficante de estrellas
y el aire es el pulmón lleno
sobre las máquinas minerales de la tierra.
Es la noche clarísima diálogo universal.
Pulsos de fiebre imponen la voz negra **INFINITO**
que se quema en los labios del eterno deseo sideral.
El cielo gira ágilmente
sobre el convoy de ceros de las cifras humanas
y hace estallar el horizonte de las hormigas
con un tiro de bólido
que aventura en el alma una sombra de augustas palabras.
Fuego a velocidades por los íntimos tactos,
fuego de sacrificio catástrofes,
fuego en el magno silencio empuñado de voces flamigeras,
aire quemado en los hornos de vidrio del mar.

Sobre la yema de los dedos
se sostiene la noche
áerea y enorme.

LA TIERRA

El mediodía se derrite.
Huele a cabras y a espuma de mar,
El pie dejó su sombra en el camino
y va a danzar.

La tierra da su sangre para la humana sangre;
la festival y sepulcral, la tierra viva,
base del pie, impetu de ala, ansia de naves,
la tierra feliz, tan bella como la tierra maldita.
El mar que la enamora
y el aire que la ve desnuda,
juntan las cejas triples cuando la antigua aurora
une en acto fecundo tierra y fuego.
¡Tierra! Voz marítima,
límite y ambición, próspero grano,
heroina y cerámica.
La azuleen los kilómetros o la palpen las manos
está llena de odio, de amor y de esperanza.
Por disfrutarte
Alejandro discóbolo siente el aire de Brahma.
Por ayudar a poseerte
Leonardo enflaquece en el castillo de Milán.
Te coronaron de águilas y plantas militares,
a ti, buena tierra campesina
que hueles a cabra y a espuma de mar.

LA MUERTE

Semejante a la sombra de Dios
circula entre nosotros imponderable y fecunda.
Es el sagrado elemento, el fluido del tránsito,
la inmensa se muda.
Semejante a la sombra de Dios
que vigila la tierra y el fuego y el aire y el mar,
trae el orden que disminuye y aumenta,
la resta y la suma total.
Semejante a la sombra de Dios
es bella por indudable e invisible.
La fe de su esperanza embellece un instante
el juramento del amor.
Semejante a la sombra de Dios

se esparce en el pensamiento
y nos domina sin nombrarla nunca,
y seca las llagas, y en el sueño
amontona la nada, cosa aérea y ruda.
Semejante a la sombra de Dios
hiere a la guerra con la paz sañuda
de las altas venganzas.
Salúdala, cazador de los trópicos,
y tú, capitán del submarino,
y tú, que no buscas lo que alcanzas,
hombre divino.
Salúdala, pueblo de súplicas
que te despierta el sol y te salpica el mar.
(Sacude un vasto aliento el corazón del aire
que funde estrellas, secunda voces y va en un largo dar.)

ENVÍO

Elemental, la mano enriquecida
rayó el agua al diamante y echó al fuego
del poema, las fuerzas de la vida.

Salvó la muerte el fruto de la aurora,
y el pie fino del bosque
redondea su falda bailadora.

El canto sube y en el alma ondea
la sensación del baño en una ola
que adelgaza los visos de la arena.

Liberándola de alas y cadenas
quedó a la orilla de una mar hermosa,
la boca grave y la visión serena.

Porque dijo los nombres de las cosas
que azogan el espejo de la vida,

elemental la mano enriquecida
que pesa aire por perlas y por danzas el fuego,
te saluda y envía.

En Agrigento y en el mar Jónico, 1926

LA ODA A DÍAZ MIRÓN

A tu vejez solar llego ceñido
del laurel invisible de ser joven,
familiar a la muerte y al olvido.

Aprendiz de huracanes pastoreo
las atrasadas nubes de la aurora
y silbo apenas que en la flor lo veo.

Aún se amargan los labios escolares
de no saber decir como quisieran
del fuego, de la tierra y de los mares.

Pie a las danzas daré cuando me arranque
la raíz del rencor, la soga torpe
y surja como el loto en el estanque.

Y porque soy miseria y porque grito
pronto de voz y de esperanza, y vengo
pálido de mirar el infinito,
te saludo.

Veo tu soledad, cárcel abierta,
donde el recuerdo brilla en los rincones,
lleno de cicatrices en la mano desierta.

Tu soledad soberbia y silenciosa,
incitante al saqueo y a la Luna,
abierta al mar, al monte y a la Osa.

Y se me van los ojos tras el brillo
de los cinco deleites que en tu casa
saben que el rojo se hace de amarillo.

Y te envídio el relámpago y el trueno
y el ojo cazador y el puño asirio
y la visión oral del Nazareno.

Azotados con cintos militares
los números más ágiles te entregan
los naufragos tesoros de tus mares.

Tu poderosa mano se recrea
esculpiendo el andar al potro bello que
palpitadoramente bozalea.

Y me desvía el tren de bandidaje
con que vas al idioma y lo registe
lo mismo que las nubes al paisaje.

La libertad y el homicidio beben
al vuelo el agua en tu mano sonora.
La pareja de vértigos te lleve

al espejo glacial que en los volcanes
antiguos sobre el cráter se reposa
y sabe de divinos ademanes.

Y allí estará el Señor si transparente
que tus miradas más esclarecidas
tendrán peso y medida oscuramente.

Y el amigo de Judas y homicida
verá su desnudez manchada a trechos
y en la mano las huellas de la huida.

Por las ternuras y las rebeldías,
por el trato genial con toda cosa
y por tu trágica melancolía.

Por el manto de infamia y de pecado,
por el insulto y por la cárcel sola
y la lágrima errante tras el muro horadado.

Porque bajo el laurel el rencor zumba
y el formidable brazo envejecido
tactea algo que crece y algo que se derrumba.

Porque Caín su voz mezcla a las voces
del odio, por tu bello poderío,
por la gota de hiel que bailó entre tus goces.

Por tu ternura y por tu rebeldía,
la serenada voz del Nazareno
dejará entre tus labios su divina alegría.

Infinito perdón, voz luminosa.
El agua en el desierto subió muda,
huella de luz en la noche azarosa.

El desolado corazón escala
la pálida montaña de la aurora
rápida de deseos y de alas.

Se cruzan los sentidos de luceros
y la mano caótica esparcida
crea el espacio en el ojo del tiempo.

Y hay un ansia de ser fuego volátil,
la llama de un instante que circule
sobre la onda eléctrica más ágil.

Y llegar hasta ti, *orden y gloria*
la inconcebible excelsitud. (Los signos
que tu recuerdo crea en mi memoria.)

Tu deslumbrante evocación me ciega;
soy tu tiniebla coronada de fe
y oigo la eternidad...

Y viro órbita abajo y te reencuentro
y te alzo los laureles, oh poeta,
y me acentúa el ritmo de tu centro.

¡Alegria al idioma! Es tu fiesta,
y los flácidos perros que te ladran
ignoran al antilope en la siesta.

Y desembarco el mar junto a tu casa
y es natural que agolpe tus poemas
y un soplo litoral los dé en la plaza.

Y hay agua viva en la boca de mayo,
y una palmera se puso a bailar.
Sesgó la tempestad su hermoso rayo

y la lluvia encendió los naranjales,
y el Sur bajo los puentes acrecía
la copa de sus magnos festivales.

Del mar al Citlaltépetl va tu rumbo:
por cada estrella que cintila el monte
se zambulle en el Golfo un largo rumbo.

Y vuelo en trampolín. Flecha desnuda,
horado el agua y surjo en arco vivo
sin que el hermano tiburón me eluda.

Y transparente nadador serpeo
y rozó los corales, y el idioma
no se enturbia a pesar del serpenteo.

Baño de sal que a libertades huele.
El pie descalzo por la playa deja
la pisada del viento que lo impele.

Y este libre tuteo con el mundo,
fruto de luminosas intemperies
ancho en llanura y ágil en talud.

A tu vejez solar llegó ceñido
del laurel invisible de ser joven,
familiar a la muerte y al olvido.

Desde su labio colosal, el día
dice tu gloria. Buques y alabanzas
ganán tu puerto. Tórrida y plantía
la tierra de mi verso cruce o canta
en el alba espumosa. Se diría
el sol que por el pie va a la garganta.

En balaustrada espléndida me acodo.
Salutación y voces. Tus poemas
sujetaron mi sangre a fuego y oro.

Yo robara tu rayo,
maravilloso jugador de cielos,
sagitario y discóholo. Prendiera

sobre el Nahucampatépetl las señales
de tu dominio. Triángulos de aviones
llegaran de invisibles litorales.

De una hora a otra hora se dispersa
el horizonte pálido y desnudo.
Nace la flor al árbol de la fuerza,

cierro las sombras, lío la danza,
y así cae tu nombre de mis labios
alternados de amor y de esperanza.

París 1927, abril

ESTROFA NEOYORQUINA

Nueva York, ciudad de ciudades,
puerto del planeta, libro abierto
para todas las voces, no te asemejas
a París como Buenos Aires. Tuyos tu gesto,
tu gigantesca sonrisa, tus panaderías de plata
y tu contralor firmado para reorganizar el infierno.
Los árboles milenarios se te volvieron puentes;
el tomito de Historia de los Nombres
se me perdió en tus calles ferroviarias y alegres.
Ciudad rica de tiempo, maestra aparatosas,
tu otoño es un deshojamiento
de ventana en los rascacielos.
Mis zapatos de caminar por el mundo
llevan tu nombre. Y han de volver
a tus calles áureas con el paso desnudo
de las sandalias de Odiseo.
Nueva York, terraza de aviación espiritual.
Tus edificios suben como los árboles del trópico.

Tu inteligencia es ya solemne y maternal.
Creciste y te elevas
igual a esas palmeras que crecen junto al mar
y arriesgan tanto sobre las olas
que se olvidan del agua casi para volar,
De ti saldrá la belleza como una
niña del baño.
Y yo volaré de Ceilán y de Jerusalén,
de Río de Janeiro y del Monte Athos,
con las manos llenas de gritos
y las grandes estrofas en la mirada,
rumbo a ti.

ESTUDIO

Para J. M. González de Mendoza

1. Los pueblos azules de Siria
donde no hay más que miradas y sonrisas.
2. Donde me miraron
y miré.
Donde me acariciaron
y acaricié.
3. Las casas juegan a la buena suerte
y a la niña de quince años
inocente como la muerte.
4. Hay una sed de naranja
junto a la tarde todavía muy alta.
5. El agua de los cántaros
sabe a pájaros.

6. Unos ojos me sonrien
sobre un cuerpo prohibido.
7. Hay azules que se caen de morados.
8. El paisaje es a veces de bolsillo
con todo y horas.
9. El amarillo junto al azul no cuesta caro;
un charco de cielo y un ganso.
10. Estoy en Siria.
Lo sé por los ojos
que veo puestos a la brisa.
11. Y es un martes viajero y alegría
de dulce tiempo y de fastuosa fecha,
tan flexible y tan apto que podría
borrar mi sombra sin tirar la flecha.

Jafa, 1927

FRAGMENTOS

a

¡Las palabras!
¡Los tropeles pueriles
sobre el espejo de la imagen!

Las palabras vagabundas
en la mala suerte de mi sonrisa.
Y el sueño resucitado en plena tarde
junto a las maquinarias y las ruinas.
Y hablarte con la voz con que hablo al viento
y a la sombra.

Y la voz que me dice: "Perdone, pero está usted en la calle."
Y encontrarme casi desnudo.
¡Ah, las palabras,
que llamaban a todas las cosas por su apodo escolar!
¡Labios de las canciones que no volví a besar!

b

Tienes una sonrisa que en las noches de luna
se posaba en mis hombros igual que una paloma.
Y yo sentía el peso de mi suerte
en la balanza de joyería de aquellas horas.

Tendida a oros, mi vida estaba jugada en reinas sobre tus
(manos,

Yo descubri la apuesta del destino
y perdí las Américas de tu amor inhumano
y así volví a las fieles angustias del camino.
Porque en esa sonrisa la aurora era un azar:
un viaje por la noche prolongado en el mar.

c

Todo tenía el roce de tus alas:
la nube retocada, mis ideas, la brisa
que rondó las horas de una fecha vaga.
Todo vibró en tus huellas arenas de sonrisa.

Cual si vinieses de cortar una manzana
tus manos eran ágiles y aromas.
Tu voz tenía el tacto de las luces del ámbar,
de perfil sobre un cielo de esperanza.

En la mesa de vidrio los poemas
brillan huellas de brisa cruzada de palomas.

d

La dicha de no hablarse cuando se ama tanto
alza el brillo del tiempo, se ve pasar el aire.
De las miradas caen tesoros a las manos
y la luz es un fruto que devora el paisaje.

La ventana que mira tiembla ligeramente.
Bajo el pie se hunde el mundo pálido e inocente.

Crece la yerba. Vienen de bañarse las nubes,
súbitas y morenas. Las casas guardaluces
oscurecen la calle. Tan cerca estás de mí
que la estrella del angelus nace entre nuestras manos.
¡Amor de tí! ¡Amor de tí!

e

Fuiste en mi vida el vuelo de más largo horizonte.
Se queman en mi vida tus ojos solitarios.
Nuestras dos soledades - -música de la noche--
ligan a las estrellas los inefables actos.

He de mirarte un día junto a mí, sin que sepas
por qué estás junto a mí ni yo por qué sea lágrima
en tus ojos que guían al signo que se acerca.

Y cuando tú me beses
y sientas que a tus ojos sube mi corazón,
tu nombre será fe y tu lágrima mía
el rescate del tiempo y el lujo del amor.

ELEGÍA

Amor, tu corona tuve,
amor, tu reino mandé.
Visto en sombra eleva luces,
todo flor del labio al pie.

Adolescencia con viajes
hacia todas las ausencias.
Lloré a vuelos de paisajes
tu presencia.

Tu nombre que lo dijera
le pedí una vez al mar.
Subió al puerto, cambió perlas
y jugó juegos de azar.

Dulces fueron soledades
por amor.
Hoy en almas y ciudades
ato cintas de dolor.

Con miedo besé tu rostro,
tú me besabas con miedo...
Y así fue todo un tesoro
de castidad y silencio.

Reino de reinar tuvimos,
Rey a Reina y Reina a Rey.
¿Ganamos lo que perdimos?

Dones de Dios son donados
al que de tus ojos tome
luz para el agua del vaso
que ennegrece y seca el bosque.

Tu voz en nácares brilla,
tarde en el mar.
Alfarero en buena arcilla
buen suspiro ha de guardar.

Noche de balcón y luna.
Agua al fondo de la calle.
Palma real, brisa oportuna.
¡Eternidades!

Seis veces viró el otoño.
En ausencia y soledad,
por el rincón de un sollozo
pasó la felicidad.

Cruzaron años y cartas.
Sólo después fuiste mía.
Amor de tenues palabras,
casi triste en su alegría.

¡Qué tristeza de tres razas
quemas, mujer!
Mi dulzura y mi amenaza,
mañana y ayer.

Flor sombría,
quien te vio sintió en la cara
melodías.

Altos verdes, corazón,
sol nublado.
Pie que sangra en el pasado
da en canción.

Avaricias y larguezas
arruinaron la ciudad.

Ruina del amor, tristezas.
Ruina del dolor, bondad.

Después de tu amor la vida
rueda en paisajes de Dios.
Carne joven y podrida
va a quemarse y a ser flor.

Como tú no eras cristiana
lleváronte a bautizar.
Te dieron la sal y el agua
y a mí la noche en el mar.

Semejabas Nazareno
toda en morado hasta el pie.
Gente que lloró en silencio
me saludaba después.

Amor, tu corona tuve,
amor, tu reino mandé.
Visto en sombra eleva luces,
todo flor del labio al pie.

Voz de juventud tenemos.
Tu belleza aún me ilumina.
Privilegio
del que bebe aire entre ruinas.

Mujer y esplendor, la mano
palidece en el papel.
El corazón, inhumano,
sala miel.

Amor, tu lealtad me salve.
¡Dulce palabra y eterna!

Mirame puerto sin nave
y lluvia sin primavera.

Alcé portal —arco y cielo—;
señales crucé en tu voz.
En la soledad del vuelo
ala en nube es pez de hielo
y mayo-abril, tiempo atroz.

París 1927, febrero

ESTUDIOS VENECIANOS

A Arvelo Larriva

¡Terror de abrir los ojos y no verte!

La noche lagunar, casi invisible
entre tu seno y yo, dejó la estrella
que en el amor es luz de agua terrible.

Y es que a bordo de ti fui silencioso,
de un maduro silencio de canciones,
labio de vino en viñedo celoso.

Así los ojos en los ojos dicen
lo que sólo el aroma del encuentro
hace oír a la rosa.

(Como Santa Lucía,
llevaba yo los ojos en las manos
para ver de tocar lo que veía.)

La promesa naval de estar dejada
a medio tiempo entre una melodía
de tierras y un coral de mar soplada.

En los tobillos húmedos te enciende
la serenata el paso afarolado
y el rojo en los azules se desprende.

La mujer del pirata enriquecido
se baña cantando, y arriba, en las piernas,
tiene las señales de un beso aguerrido.

Porque no amanecieras en Bizancio
te amarré al *Campanile* y di a la noche
la mirada entreabierta del cansancio.

Noches en ti; las horas inclinadas
sobre tus hombros. Noches en tus manos
a merced del prodigo de tus olas varadas.

Al borde del milagro a todas horas,
estoy en riesgo de volverme un paso
fugaz o aleteo de paloma.

Y salpicas de noche deslumbrante
al inglés todo a oscuras;
mercader, submarino y anhelante.

Esta noche de jaspe abandonada
toda al ritmo del Alfa del Centauro,
teuento las perlas al cuello orientadas.

Tu solitaria desnudez alerta
las armas cazadoras... Y la noche
es la selva de vidrio en agua abierta.

Baila el silencio en la onda movida,
buen bailarin
en tonos libres y actitud oída.

Un puente alcanza a otro y lo cubre sin ruido.
Huele a leones deseosos.
Las cosas se avecinan y el pulso es el de un nido.

Pausa. Las vocales se cubren de acentos.
(Así de flechas vivas San Sebastián.)
Vastos espousales: la brisa y el viento,
el cielo y la mar.

Y yo besé en el aire tus cabellos
que la peineta gótica suhyuga
cuando el sol pide sol al blondo dellos.

Ciego de tí me estorba la mirada.

Temor de abrir los ojos y no verte
desbordarme los ojos con tu carne mirada.

Venecia 1927, agosto

A FANNY ANITÚA

Amiga mía: la primavera
llega en tu voz y dice las canciones:
Aurora, te quiero, te quiero...
Y el crepúsculo romano
abre la hilera de sus pinos
al cielo y a la mano
que limita la brisa con jardines
semidesnudos de aguas y de mármol.
Parten de tu garganta mensajera
la nube de pájaros y las flechas
diáfanas que orientan hacia el ritmo.
Tus labios saborean la
puerilidad de la primera rosa,

el mal puesto carmin de la segunda
y el descaro gentil de la tercera.
En las esquinas de Roma
leo tu nombre desde el tranvia.
Y los nostálgicos obeliscos
que oyen hablar de Amneris,
sienten en su caligrafía de pajaritos
tu vuelo de canción medio-soprano
blonda en las fuentes y azul en los pinos.
Desde mi palco al aire libre
oigo el maravilloso drama de tu voz.
Palomas de bronce te traen granos
de notas graves madurados a lento sol;
una siesta con lluvia iluminada
te ofrece ápices de cumbres
de alto agudo bemol.
Y por el timbre medio
de la puerta entreabierta de tu voz,
pasan las frases vestidas de pajes
que van y vienen de la gruta contralto
al clarísimo cielo veloz.
Paisaje tonal
a través de la jaula de los ángeles,
señal de otra señal
superior al remanso desbordante
de mi ocioso amanecer tropical.
¡Tu voz
prolonga la esperanza
como el pan de medio camino
o la jornada cintilante de una víspera nupcial!
Eres la ventana optimista. La ventana optimista
de la primavera junto al mar.

Roma 1923, marzo

EL MAR JÓNICO

Mar de mármol azul, tirón de agua infinito,
mar hasta mis hombros. Mar Jónico.
Sobre tus navegables horizontes
se entrecerraron los ojos de Píndaro
y se entreabrieron los labios de Teócrito.
Hoy se eclipsan las efemérides de tus éxitos militares
y eres sólo el espejo de dibujos efébicos
que se nubla ante el mínimo encono
y sólo refleja la atmósfera flámula.
Rasado y sereno semejante a un hipódromo
en la víspera de los grandes galopes,
eres la franja tendida de un golpe
entre la tierra y el cielo. Tus pechos
sorben las tépidas luces.
Nada que aluda a tu huésped el ávido espóndilo.
Te bebo en la mano y es tanta tu ligereza y tu gracia,
que ocuparías tu cuerpo en un lékytos
tornesado al son de los timpanos rumbo a las piernas más
[ágiles.
Me complace mirarte desnudo, echado en ti mismo,
ordenando tus nautas imágenes
y la emisión de tus voces alertas de prólogo
a los dorios erectos y a los arqueos flexibles del jonio,
y al entusiasmo la fe de la fuerza serena.
Que tu visión en mi sombra abra emporio
de fuerza entusiasta, por vastos perímetros,
y que la sangre de las heroicas ideas
pronto hacia el tronco del árbol cubierto de estrellas
suba cambiando al aéreo nocturno los trágicos tonos.
Me suscitas en ti mismo igual a una nota en un arpa
—súbito y éufono—
y vuelo de un vuelo sereno y al tacto las fuerzas hostiles
[azogo,
y todo es reflejo en reflejo de goce reciproco,

copia de cifras unánimes,
música diáfana por el espacio ondeante de conos.
Ciclos de imperios espirituales ahilan sus nobles etapas.
Es el otoño cubierto de números
en cuya zona se encuentran las almas.
Frutos de jóvenes aflicciones intercaladas
—dóciles o ásperas — de hálitos focos,
arringlan los pesos maduros que picotean las águilas
bajo las señas que el viento enarbola
a flor de la nube que pinta de nuevo su tinte y su ala.
Principias a estar, ¡oh alma!,
gracias al don que este día se amolda a las jónicas aguas,
a la serena leticia que el punto
desbordó sobre el juego sombrío del drama.
Cintala y átala, que se resuma en su brillo tu modo
y que tú seas el dombo y el ara
y que se haga lo remoto
en tus propias orillas.
¡Orto! ¡Alba!
A la sandalia espumante que al baño las algas anudan,
se hunden los húmedos pasos de corredizas arenas
en cuyos brillos el tiempo se anula.
Y el horizonte a su estrofa de bárca da acentos
por el botín conquistado a la aurora
de cuello cambiante y de labios cantados al vuelo.
¡Al horizonte insaciable de viajes y adioses
mi corazón giróvago y obce!
Mar de mármol azul, tirón de agua infinito,
sobre tus navegables horizontes
se entrecerraron los ojos de Pindaro
y se entreabrieron los labios de Teócrito.
Hoy se eclipsan las efemérides de tus éxitos mílitres
y eres sólo el espejo de dibujos efébicos
que se nubla ante el mínimo encono
y sólo refleja la atmósfera flámula.

Siracusa 1927

ELEGÍA

El sabor del mar
en tus besados hombros trasatlánticos
es un sabor que me pone a cantar.
El sabor del mar.

Y éramos dos ceros
a la izquierda del mundo,
valores eternos
del primero y del segundo.

Tus ojos obedecían,
mis labios eran obedientes.
Tu desnudez y la algarabía
telescópica de la noche creciente.

El mar lleno de tu sabor,
oh persona internacional,
fue el espejo de mi amor
áereo, terrestre y naval.

El sabor del mar,
el sabor del mar.

Archipiélagos, ladrones, paisajes mágicos.
La vuelta al odio. El canto del amor.
La ciudad telefónica, el precio romántico.

Y tu hallazgo —creación de un planeta—.
Y el sabor del mar
en tus besados hombros trasatlánticos.
Sabor de orquesta de coral.

¡El sabor del mar!

Y tu encuentro de hoy en el olvido
esférico de mi soledad.
Tu nombre adorado y ceñido,
tu mirada horizontal, tus hombros lisos.

El sabor del mar,
el sabor del mar.

1927

LA HORA DE DAVID

A Arturo Pani

Los relojes cesaron
y los hombres quedaron desiertos
de movimiento y de voz.
Pero escucharon y vieron.
Los ciclistas y las palomas
se inmovilizaron sobre el equilibrio perfecto,
y las campanas de los tranvías
y las de las catedrales y las de las fábricas
se derritieron.
En los confesonarios y en las pilas bautismales
se eclipsó el recuerdo
y el agua durmió y tuvo sueños.
Permanecieron en el aire
los signos urgentes del radiotelégrafo.
Y entre la muchedumbre solitaria
pasó David, angustioso y bello.
—¡Quiero la Vida, la Vida! Exclamaba.
—¿Más aún?, le dijo Perseo.
Si para salvarte he degollado a esta señorita.
Toma la cabeza.—¡No! ¡Quiero la vida!
—Pero... es incomprendible,
dijo Judith. Si he vivido sólo

para cortar esta cabeza
por tu dicha. ¡Tómala! —¡Te odio!
Dijo David. Quiero la vida.
Su voz era grave y hermosa,
semejante a la de un coro.
Y un hombre que más bien parecía un cortejo,
se acercó y le dijo: He matado al monstruo
por ti, mejor que por la princesa. Estás libre.
Y San Jorge tenía aún en los ojos
un resplandor de sangre. —¡Quiero la Vida!
gritó David. ¿Qué me importan los monstruos?
—Venus ha nacido y la primavera danza frente a ella.
Ven, hay rosas sobre las ondas
y manzanas eternas,
aseguraba un hombre pálido
con las manos llenas.
Y el joven gigante
temblaba suavemente en sus piernas
diciendo: —Quiero la Vida.
Un mancebo, próximo a morir, le dijo:
—¡El Cristo está a dos pasos, aprovecha!
Yo lo he pintado y vive
con una vida semejante a la nuestra.
Dentro de un instante pagará el tributo a César
y tú solo entrarás al muro.
David gritó: —¡Quiero la Vida!
Caminando a tres palmos del suelo
pasó el Maestro que no conoció la ira
y le dijo: —Yo vivo para ti, amo tu belleza,
gobierno las dificultades, acércate y mira.
Y con la mano, blanca
cual si pulsara una lira,
hojeaba ágilmente el cuaderno
de la sabiduría.
—Desear, pedir, ordenar, le dijo.
Y David, con la voz ya oscura: —No, nada,

quiero solamente la Vida...
Un ser hecho de brisas y poemas
que rezaba al pintar, así le convencia:
—Tengo ángeles en mi celda, vuelan
como las aves del paraíso... Brillan
como el aceite en el agua...
Los labios de David, mudos de mármol,
áridos de sonrisas,
suspendían los signos en el aire
para decir, temblándolos: —;Vida! ¡La Vida!
Pasó cerca del templo habitación
donde viven en el infierno de la ausencia política,
el Duque de Urbino y su hermano
el hermoso Julián de Médicis.
Y entró por una calle escueta y gloriosa
en la que unos hombres dialogaban
sobre cosas terribles, fuera de las horas.
Todos eran de bronce, pero sus voces eran horizontales
como el ruido del viento entre los árboles.
David se acercó a Mateo el publicano
y Mateo le dijo: —Tus gritos son ya intolerables.
Quieres la vida ahora, antes la despreciaste.
Amaste un solo instante y aun sin entregarte.
La Vida de altas puertas se abrió para tu paso:
viste pasar por ellas las auroras terrestres y las noches
[navales.

lo de Goliath no basta... El río en sangre cruza
del tiempo que se arquea del alba hacia el ocaso.

Hasta sus pies rodaron las lágrimas. La honda
temblaba entre sus manos como el agua redonda
que la sed amilana.
Lejos, el corazón agitó su campana
en el valle profundo. Ya esbelta, la mañana
enjugó los sudores del sembrador. La inquina
ensayó sus imágenes en la fuente vecina.

(Viajero de cien viajes, si no has visto a Florencia,
tus puertos, tus ciudades, no valen la cadencia
del perfil florentino. Acaso aquí la Vida
tiene sólo actitudes del alma preferida.
Esta es la tierra firme.)

David volvió a la bella
terraza desde donde se corona de estrellas,
palpa el iris y escucha todo ritmo. Su boca
tiene un gesto de duda. ¿Bajará hacia la roca
del valle? ¿Seguirá sobre la alta cornisa
desde cuyo silencio todo es libre sonrisa,
soledad y belleza?

La hora de David.

Florencia 1927

ELEGÍA

L. C. L.

*E tu conosci ben ch'è sono amore,
io che ti lascio questa mia sembianza...*

Gundo CAVALCANTI

I

Amor cuya mirada no sabia
sino callar ante el fugaz tesoro,
lenguas de fuego habló por cada azoro
derrotando a ojos bajos su osadía.

Y de la tierra trágica surgia
el poder de la ausencia como un toro
perseguidor. Así prospera el coro
de nombres en mi nube de alegría.

¡Cuándo vendrás, oh vida, a resguardarme
de los ágiles robos que enriquecen
el silencio que tú no puedes darme!

Y está siempre la sed a copa hinchada
al pie del alba en cuyo seno crecen
los espacios oscuros de mi vida.

"

Porque mi vida es una despedida,
un partir sin cesar, un hecho roto
de prisa, la actitud de lo remoto
nubla mi voz de reavivar la herida.

Las hojas caen sobre la elegida
fuente transfigurada en alto loto.
Y así el espejo múltiple en que brota
un trémolo de instantes invalida.

El ansioso dolor es brazo terso
que apoyado en el arco de algún verso
pierde la tarde junto al horizonte

apretado de manos despedidas.
Y queda la ilusión... como en el monte
de mi voz, la palabra interrumpida.

"

Amor en cuya voz humildemente
me refugié sin que el amor supiera.
La rosa cardinal movió la esfera.
De norte a sur inclinaré la frente.

Ausente de tu voz la mía siente
que el diálogo prolonga lo que diera.

Árido de tu voz una primera
ventana hacia el otoño me presente.

No estrecharé tu mano viva y blanca.
Al dulce corazón la noche arranca
secreto sollozar. Y nadie sabe

que yo te amo, silencioso, ciego.
Y acaso ignores tú que alta en tu nave
un ave viaja atesorando el fuego.

IV

Coronada y eterna fue la hora
en que tu beso despidió mi vida.
La dulce sangre que el dolor acida
del labio de la noche alzó la aurora.

Antes, en tu mirada protectora
teñí de azul la saludable herida.
Y en mi tez cintiló la gota henchida
en que naufraga el cielo de esa hora.

Amor, maravilloso amor que miras
el veloz horizonte y que suspiras
entre el siempre y jamás que rondan tu ala

y te niegan el vuelo, tu belleza
juega a la muerte en que la vida exhala
la perfecta ilusión de su certeza.

V

Pensar en ti será rozar la onda
que la proa del viaje ha dividido;
desmantelar marinas al olvido
sin que en las ruinas alguien me responda.

El viento oscuro que tu voz ablonda
te llevará las horas que han crecido
junto al riesgo voraz de la anaconda
que enrosca el árbol y devora el nido.

Tu recuerdo será senda y mensaje.
Tórridas las figuras del paisaje
en el desnudo baño se reflejan.

Ecos de ritmo y números acordes
las soledades aguas asemejan,
con el vaso sediento hasta los bordes.

VI

.....

A la brisa rondín de tu alta ausencia
confío la palabra de presencia
que te trae hasta mí. La noche brota
en un mástil. Se hunde la bahía.
Y ante el lucero que la nube escota
soy pausa solitaria y poesía.

VII

Amor sin nombre, ámbito destino
de ser y de no estar. Tu pronto asedio
sostiene mi dolor y anula el tedio
de copa exhausta o de apretado vino.

En un alto silencio, un aquilino
palmo azul de silencio, vivo. En medio
de la infiusta paciencia de tu asedio
abro las jaulas y desbordo el trino.

Por ti cuelgo coronas en los muros;
por ti soy más fugaz y en los maduros
soñares aligeró tus cansancios.

Y te llevo en mi ser y has recogido
la actitud que en Florencias o Bizancios
consagra sus palomas al olvido.

VIII

Porque la soledad es el olvido
y el recuerdo totales, este ramo
sobre tu ara sutil, sombra que amo,
en sítulas unánimes anido.

Yo soltaré tu nombre cual un fluido
al fuego de la lámpara que inflamo,
y temblaré en la noche como un gamo
que filetea el aire desasido.

Ancoro en la bahía silenciosa
en que se salvan con la esbelta nave
los augurios del mar. Clara y hermosa

la marina unge tonos de remanso
para que el cielo con azules lave
la turbia plenitud de mi descanso.

Roma-Capri-Taormina 1927

CONCIERTO BREVE

BRUJAS

1

A Guillermo Davila

Con la voz descalza
y el camino extranjero, sin preguntas,
te ando y te desando,
ciudad semilunar, aduana de la luna.

Tus autoridades
me exigen la esquina de defunción.
—Pero si yo ya no soy yo, les digo.
Compare usted el retrato de ayer al de hoy.

Y estoy en ti.
Casi como en mí dentro de pocos años.
¡Y pasa un minuto y ya siento
los recuerdos del porvenir!

Te amo a pesar de los ingleses
que copian tus tarjetas postales.
Pero hablemos de nuestros propios bienes,
tu millón de silencio, mis dones tropicales.

Te pareces a ella,
eres el retrato de mi novia.
Tarde he comprendido que la primavera
es más rica y más bella cuanto más silenciosa.

¡Eres una ciudad
o uno de mis mejores recuerdos!
Regálame tu castidad,
mira mis llagas. Y sin embargo soy un templo.

Vengo de hacer el mundo en seis momentos,
y descanso el séptimo en ti.
Todo lo he creado menos el silencio:
la perla más profunda, el arte más sutil.

Estoy cansado, vén dame, átame.
Descanso en ti.

II

Buenas son vacaciones de lágrimas.
Se lava la sombra, se comprende el mar.
Los organizadores de naufragios
tienen razón: hay que viajar.

A propósito de Simbad,
¿no crees que aún tenga tiempo
mi estrella, de llegar?

Y te me quedas mirando
en actitud de canal
por cuyo puente ha pasado alguien
sin nombre, sin fecha y sin edad.

III

Hans Memling me pregunta:
¿Cómo están mis discípulos de Pátzcuaro?

—Maestro: todos los detalles te saludan,
tus discípulos pintan...

(Venado azul de Pátzcuaro que corres bajo el sorbo
de agua que en la jornada me dio mano silvestre;
tu galope sediento sesgó a la tarde un soplo
que extingües junto al lago, sobre tus sorbos breves.

Por los belfos vibrantes que tu olfato amorate
pasa la humilde brisa que alzaste de la hierba,
petrificas el bosque de una sola ojeada
y quiebras, perseguido, la noche de las selvas.

Silba un reflejo en tu anca. Un escorzo y un paso.
Tu mirada aludió a cien recuerdos finos.
¡Espacio de decir tu belleza, despacio!

Ligó silabas ágiles la evocación sedienta,
venado azul de Pátzcuaro que laqueo y preciso
bebiendo al ras la imagen profunda, clara, lenta.)

IV

Un cisne solitario sobre estrellas bogaba.
El demonio del lujo me dio a evocar Venecia.
Pero en la noche grave como en el mar de Grecia,
pasé de largo al riesgo buscando lo que amaba.

Sin juramentos y sin palabras eternas,
las manos estrechadas, tu soledad y yo.
El fuego está tranquilo en tanto que tú ciernas
la lentitud del cielo que en ti mi fe lloró.

Lágrima de alegría, degollado veneno,
pequeño paraíso sin manzana curiosa;
la serpiente doméstica a nuestros pies reposa.
Lo que fue prodigioso hoy es tan sólo ameno.

Templo sensual que atraes desde tus vivas puertas,
quintuplicado goce, espasmo de vivir
palpando con los ojos las voces entreabiertas.
Festival egoísmo, seno azul, bronce vil.

Medianoche en nosotros. Tu y yo, ciudad profunda.
(Navegación del cisne, invitación al viaje...)

Se dice la palabra que apenas se pronuncia
para dejar intacta la ausencia del paisaje.

V

INTERRUPCIÓN HEROICA. CUYNEMER

Silencio, altérate, cuájate sobre tus límites.
Grita sin que nadie lo oiga
el grito fúnebre de la victoria.
Si, a ti mismo exígete,
El viento está en pie y saluda
al joven huracán nublador de estrellas.
Un rayo alumbría el coro de las víctimas.
Sobre la faz lleva hierros la primavera.
Sin auxilios,
el horizonte caerá en los infiernos.
Sólo Dante conoce el camino;
el sol está escueto
y Ravenna se cubre de olvido.
¿Quién habla de muerte
en el jardín cíclico de las ametralladoras?
¡Tres años de morir todas las tardes
para empujar el sol al día siguiente!
Estas nubes flamencas,
poseedoras de las justas lágrimas.
Silencio, no el dedo sobre los labios
sino la mano abierta y dura junto a las sienes.
Si, yo lo sé, fue junto a este cielo:
entre hélices y ángeles —viento mortal— el héroe.

VI

—La ciudad se construye cada vez menos.
¿Entiende usted?

Pronto quedarán las ventanas
con una mano pensativa,
Días buenos, ve, con porcelanas sensitivas.

—¿No hay peligro de estar?
—El riesgo es de no estar puntualmente a la hora
en que el sol nos reúne, lejos de él, a rezar.
—¿Y los puentes?
—Son preguntas sin respuesta.
—Es verdad, como en Brooklyn, en Londres o en Marsella.

—¿Y el loco? ¿No hay peligro?
—Pintó la muerte de Nuestra Señora
y asistió. Es loco de camino...
Y cayó una de esas horas
que hacia el reloj de Brujas moviliza el destino.

vii

En la estación de los adioses.
¿Cómo se llama ese otoño?

Poeta que otros días, echados en la grama
nos leímos los versos, ciegos de adolescencia;
el bosque suspendía su fruto de presencia
fecunda y musical, ágil de toda gama.

Hoy nuestra juventud toda ideal de drama,
a entablar los barcos se da con noble urgencia.
(Se alude y se comprende...) Nubes. Nube. Una ciencia
que enriquezca el incendio con una fría llama.

A las risas de ayer las sonrisas actuales
incorporan su ritmo de dudas desiguales.
La marea que sube profundiza el estuario.

Templé el metal del áncora porque se pudra menos,
y el mar —el mar, el mar!— generoso corsario,
después del abordaje dirá cantos serenos.

Brujas 1926

EL ENCUENTRO

¿De dónde vienes tú cuyas miradas
crearon para mí nuevos sentidos?
El presagio de límpidas pisadas

dejó en el viento su fecunda huella
y tú surges en medio de mi vida
semejante a un ciprés junto a una estrella.

Y ruedo en la memoria de países
y redondeo el alto itinerario
de las supremas pausas. Y no dice

en qué isla se escucha tu silencio
ni en qué nube se siente tu mirada
ni qué fuego es el que arde con tu inciense.

Átona tu persona me libera
del insistente ritmo de mi vida
que jaspeo en unísona materia.

Y la copa de música insaciable
a tu presencia evaporó la lluvia
de su sed diamantina.

Y me enciendo en tus ojos como un asa
que de un vaso de hierro a uno de oro
sus dóciles arrondilos cambiara.

Y tu mirada tersa me encamina
hacia el estanque intacto, y se coagula
mi sombra en él como la lluvia alpina.

Y así se modeló lo que modula
entre pausas de fónicos mensajes
la ola eterna que el espacio anula.

Y sentí que crecían los paisajes
imprevistos. Y el agua de la onda
subía de raíces a ramajes.

Era el otoño de espigadas lomas
que apiló a la estatura de la brisa
la siega que difunde los aromas.

La estación de colgadas actitudes
cuyo tiempo madura en las palabras
que hechizan evocadas juventudes.

Y el agua inagotable y poderosa
de estanque a nube alzó su claro peso
y retornó esperada y espaciosa.

Acodó la prolífica persona
su inmensa aparición junto al espejo
que crea y no refleja y se corona

de sí mismo. Y el viento de la noche
juntó nuestras miradas. Yo sentía
la alteración sutil de cada brote.

Porque jamás pronunciaré tu nombre
para dejar al labio la espesura
secreta en cuyos hálitos se acople.

Ser extraño que extingues mi destino
bajo la fuerza mágica de darse
a la ignota ansiedad de ser divino.

Surges como un ciprés sobre el camino
que transita la estrella solitaria
de luz profunda y de fugaz destino.

Y en la muda sorpresa de mi sangre
el espejo creador abrió su foco
y salieron del baño las imágenes.

Y cuando todas舞encen a la orilla
el espejo será tan luminoso,
que nada copiará, ni la sonrisa

que presagia la aurora o los sutiles
augurios de la noche. Cuerpo exacto,
amoldará a su cuerpo los perfiles

invisibles de toda cosa creada.
Porque en mí se renuevan los sentidos
como el aroma de una noche alzada
a través de nostálgicos caminos.

Florencia 1927

Hora de junio

1937

A mi hermano

Hora de Junio:
espiga verde aún, fuerza de abril, ligera.
¡Ya de un golpe de remo y a la orilla
de alta mar!
El cuerpo hermoso quiere el infinito
y ya no la belleza. ¡La belleza
sin nombre, oh infinito!

ESQUEMAS PARA UNA ODA TROPICAL

A Jorge Cuesta

La oda tropical a cuatro voces
ha de llegar sentada en la meceda
que amarró la guirnalda de la orquídea.

Vendrá del Sur, del Este y del Oeste,
del Norte avión, del Centro que culmina
la pirámide trunca de mi vida.

Yo quiero arder mis pies en los braseros
de la angustia más sola,
para salir desnudo hacia el poema
con las sandalias de aire que otros poros
inocentes le den.

A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.

La esbeltez de ese día
será la fuga de la danza en ella,
la voluntad medida en el instante
del reposo estatuario,
el agua de la sed
rota en el cántaro.

Entonces yo podría
tolerar la epidermis
de la vida espiral de la palmera,
valerme de su sombra que los aires mutilan,
ser fiel a su belleza
sin pedestal, erecta en ella misma,
sola, tan sola que todos los árboles
la miran noche y día.

Así mi voz al centro de las cuatro
voces fundamentales
tendría sobre su hombros
el peso de las aves del paraíso.
La palabra oceanía
se podría bañar en buches de oro
y en la espuma flotante que se quiebra,
oírse, espuma a espuma, gigantesca.

El deseo del viaje,
siempre deseo sería.
Del fruto verde a los frutos maduros
las distancias maduran en penumbras
que de pronto retoñan en tonos niños.

En la ciudad, entre fuerzas automóviles
los hombres sudorosos beben agua en guanábana.

Es la bolsa de semen de los trópicos
que huele a azul en carnes madrugadas
en el encanto lóbrego del bosque.

La tortuga terrestre
carga encima un gran trozo
que cayó cuando el sol se hacia lenguas.
Y así huele a guanábana
de los helechos a la ceiba.

Un triángulo divino
macera su quietud entre la selva
del Ganges. Las pasiones
crecen hasta padirse. Sube entonces
el tiempo de los lotos y la selva
tiene ya en su poder una sonrisa.
De los tigres al boa
hormiguea la voz de la aventura
espiritual. Y el Himalaya
tomó en sus brazos la quietud nacida
junto a las verdes máquinas del trópico.

Las brisas limoneras
ruedan en el remanso de los ríos.
Y la iguana nostálgica de siglos
en los perfiles largos de su tiempo
fue, es, y será.

Una tarde en Chichén yo estaba en medio
del agua subterránea que un instante
se vuelve cielo. En los muros del pozo
un jardín vertical cerraba el vuelo
de mis ojos. Silencio tras silencio
me anudaron la voz y en cada músculo
sentí mi desnudez hecha de espanto.
Una serpiente, apenas,
desató aquel encanto

y pasó por mi sangre una gran sombra
que ya en el horizonte fue un lucero.

¿Las manos del destino
encendieron la hoguera de mi cuerpo?

En los estanques del Brasil diez hojas
junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas,
de un metro de diámetro
florean en un dia, cada año,
una flor sola, blanca al entreabrirse,
que al paso que el gran sol del Amazonas
sube,
se tiñe lentamente de los rosas del rosa
a los rojos que horadan la sangre de la muerte;
y así naufraga cuando el sol acaba
y fecunda pudriéndose la otra primavera.

El trópico entrañable
sostiene en carne viva la belleza
de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este, y al Oeste
concentran las semillas esenciales
el cielo de sorpresas
la desnudez intacta de las horas
y el ruido de las vastas soledades.

La oda tropical a cuatro voces
podrá llegar, palabra por palabra,
a beber en mis labios,
a amarrarse en mis brazos,
a golpear en mi pecho,
a sentarse en mis piernas,
a darme la salud hasta matarme
y a esparcirme en sí misma,
a que yo sea a vuelta de palabras,
palmera y antílope,

ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.
Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades.
¡Oh trópico!
Y el grito de la noche que alerta el horizonte.

ESQUEMAS PARA UNA
ODA TROPICAL

Segunda intención

La publicación de estos dos poemas es el testimonio de una frustración: no pude escribir la Oda Tropical de acuerdo con el proyecto de hace muchos años. El primer poema no es inédito. Un sentido de secuencia me obliga a publicarlo, considerando esto necesario.

En el primer poema, aludo a Quetzalcóatl, sin nombrarlo, en la anécdota de Chi-Chen Itzá. Es a la mitad de ese trabajo donde hago recuerdo de dos héroes culturales fruto del Trópico: Buda, universal, Quetzalcóatl de nuestra América.

Los dos poemas son una sola imagen con diferentes luces: juventud y madurez.

C. P.

LA SELVA, gran verdad con tanto engaño.
Es una realidad empedernida.
Todo es igual, se suicida la brújula. Se niega
la entrada al sol. Flores y pájaros
llevan en la garganta una penumbra
que acontece en el alma de las cosas
cuando el hombre...
Integridad de un material esbelto.

Lo verde está en el tiempo, en la textura
de los estados de ánimo del bosque.
Lo verde es un incendio que destruye
las oportunidades de la aurora.
Lo verde es la verdad, la deplorable
verdad de tantos verdes, la conjura
de la verde verdad que oculta el sueño,
lo irresponsable del secreto oculto.
El verde es un color hospitalario:
en tanto más oscuro, más humano.
En la lenta explosión del mediodía,
la luz hace del trópico un Sebastián sangrante.
Entre la súplica de los atardeceres,
el verde es tinta china,
es la luz refugiada en lo más negro,
edificada silenciosamente
por la vegetación en libertad.

Con las manos arrodilladas
acato el primer paso de la Noche.
Y en la humilde soberbia que da el cielo
con la sabiduría en las estrellas,
entro en la noche como nada limpio,

en un claro del bosque, abandonado.
Y aquí estoy con el timbre de otra voz
que tuve cuando el viento fue mi cuerpo.
Se siembra en mi garganta una semilla
que algún día
será lo que de mí pueda quedar.

Un charco en que se pudre la luz misma
o inmovilizan párpados de muerte.
El agua en tuberías de bejucos
dada al conocedor del laberinto
de vidrio de la sed.
Fragmentos de jaguar muerto de sed
como una luz jamás amanecida.
En tanta realidad el sueño crea
la muerte de las cosas. Una noche huracán,
el relámpago, jaguar instantáneo que saltó
sobre el mundo, da luz y en la sombra del rugido
se estremece el desorden de la selva.

El problema del bosque es exceso de vida.
Ya no hay donde poner nada.
Hay pequeñas libélulas azules
que hacen de ciertas flores una lágrima.
Las flores solidarias de los pájaros
en el vuelo impalpable de la inmovilidad.
Y hay olores que son
gusanos transparentes con sonido.

Como nunca es de noche ni de día,
el tiempo es medio tiempo.
Hay voces que lo llaman a uno
sin motivo.
Voces parecidas a otras voces
que uno escuchó siguiendo una lectura.

La tierra está debajo de la tierra
y más abajo el tiempo
que ignora a veces lo que está pasando.
Abre una flor sin que lo sepa nadie
y así, no existe el tiempo.

En la selva uno se pregunta:
“¿Y yo qué carajos hago aquí
si no hay adonde ir?
Uno dice sí, para negarlo todo.”

La carcajada de un pájaro
en esta soledad sin garantías
nos avisa del peligro
de pensar en él.
El árbol del pan
o el bejuco de agua,
¿mitología o están?
Es tanto lo que está
que ya urge colocar
los ceros a la izquierda.
Cada hoja que cae es un cero a la izquierda
hasta cifrar la angustia
en la unidad que soy.
Puede acabar el tiempo en un instante
y no tener ya tiempo para huir.

Pero mi piel está quieta;
ha comenzado la fraternidad.
Sumar, Restar. Multiplicar y dividir.
La muerte alimentada con la vida
en el primero y último compás.
El *dónde estoy* va desapareciendo;
es la consigna de la fraternidad.
Luz verde a todas partes
a condición de no moverse.

La estatua incomparable
inaugurada para siempre,
Libélulas azules,
volúmenes enormes, ya destruidos.

Recuerdo una ocasión en que unas flores negras
algo dijeron en mis narices.
Se me nubló la vista,
caí sobre la industria de las hojas,
y un trago de aguardiente con anís
me devolvió mi nombre.

En la noche sale a hablar
todo cuanto uno no imagina.
Mitín de multitudes invisibles,
unos duermen de día, otros hablan de noche.
Se genera una hoja con insectos
que sin verlos hacen daño.
Cunden
y se esconden.

Aquí se aprende a leer
pensando en muchas cosas.
De la idea a la palabra,
un instante milenario.

Sólo en ciegas parálisis,
los hongos, intocables esculturas,
se solidarizan con los miguelángeles.
En inmovilizados cuartos de hora
se proyectan las grandes destrucciones.
¡Ay de los grandes árboles
cuando el rayo volatiliza
las torres de la atmósfera!

Yo recuerdo mis manos inútiles
entre aquel verdor cósmico
que piensa huir
bajo el abismo hostil que a nada escucha.
Lo animal se oculta pavorosamente
y uno es vegetación desesperada.
El venero es azul consigo mismo,
el infinito azul de los orígenes,
que morirán azules algún día.
El bosque estremecido de la vida
a tanto corazón de muerte palpitante.

Y hay que empezar de nuevo
la aventura enraizada
y la guirnalda festival del aire.

Toda la maquinaria del trabajo
es fruto del silencio vegetal.
Aquí todo está fuera de comercio.
Nada tiene que ver con uno. La poesía
es más espacio que tiempo.
Uno dice la palabra poesía
y no sabe lo que dice.

La voracidad de unas hormigas
interrumpió la cadencia del bosque.
Aquí fácilmente la verdad es mentira
y por lo mismo todo está inventado
con lo que a usted le dé la gana.

Cuando después de siglos de enseñanza
se derrumba una ceiba,
el boquete de sol que se construye
crea opiniones sobre la existencia.
Tanta sabiduría a la intemperie
es una inmensa desnudez de sangre.

En medio de la selva
se habla con la mirada a media voz.

Los ruidos industriales de la noche
lo hacen pensar a usted en el dinero
que se gasta para no poder callarse.

El Reino Vegetal cuyos decretos
se firman en secreto.
Útiles despilfarros, atlético desorden.
De un manotazo pumas y jaguares
destruyen las cortinas de una fiesta de orquídeas,
las joyas solitarias que si hablaran
nadie nunca ya jamás hablaría.

Toda intención flamigera
se diluye en las grietas del follaje.
La luz, un verde
puesto a pensar sombrío.

El viento es lo vocal ejecutivo
de una empresa dispuesta a todo trance.
El viento joven que se arriesga a todo
y puede solo contra la vejez.
El viento guarda luto por la muerte
de tantos huracanes fracasados.
El gran viento que agota un mar de oxígeno
que a los pocos momentos se renueva.
El viento que se muere de cansancio
entre el ambiente hipóstilo de caobas y cedros.

El viento sin linaje
entre las dinastías vegetales.

Este desorden construido
por orden superior

autoriza geológicas sorpresas
a la memoria más abandonada.

La lluvia tiene donde aposentarse
a costa de su auxilio inevitable.
Para la lluvia y sigue íntimamente
con tacto de tambores para niños.
Caen enormes gotas por doquiera.
Gratis dineral que cubre el despilfarro
de tanta sangre verde.
De nubarrones verdes se resbala
y musicalizando cuanto toca.

¡Ay del torrente aéreo!
Muere con dignidad entre la selva.

Uno quisiera
collares musicales,
flor en los ojos, fruta abierta nasal,
cierto sabor de olvido del pantano
y lo mucho y lo poco tan desconocido.
El gran imperio de la clorofila
resiste siglos milenarios
con el ejemplo de inclitos insectos.
En tiempo de aguas,
hábiles telarañas de perfumes
languidecen el sueño de los árboles
más viriles. Hay serpientes
como joyas prohibidas
que no se atreven a ofrecer manzanas
a tanta y endiablada desnudez.
Y a tanta soledad la habladuría
de todos los idiomas de la noche.
La noche que habla sola
para olvidar el día.

Y el día que no sabe de la noche
más que el paso de rumores escondidos.
Trabaja el tiempo todo el día
y de noche se olvida de si mismo:
está el tiempo debajo de la tierra
que es la noche.

Lo que antes fuera religioso esfuerzo,
laboratorio de manos floridas,
habitación de sombras inalcanzables,
rincón donde la luz nunca fue vista,
pero si adorada,
cumbre piramidal, cielo a la mano
de inteligencias húmedas de cielo;
lugares predilectos de la Nada
que a todo ha dado vida;
alcobas en que el sueño está despierto
sin que nadie lo vea;
la piedra que tocó la noche antigua
de las memorias inolvidables
está asaltada por la selva,
a los lados, adentro, por encima;
la paciencia implacable que se pudre
pero retoña y sigue retoñando.
Lo que fue población de jeroglíficos,
pavorosamente vacío.
Muertos los constructores,
recuperó la selva sus espacios,
izando su victoria sobre ruinas.

Entre esos árboles me reconozco,
yo, animador de íntimas catástrofes.

Aquí el hombre desnudo se enfloró la cabeza
con las plumas más lindas de los aires.
En su pecho y sus pulso,

los jades a la selva lo asociaban,
y un cinturón con caída central
ocultaba su sexo.

La suntuosa elegancia de los mayas
le dio a la selva un porvenir eterno.
Desnudo y enjovado,
ese hombre nos asombra.

El cielo de los números
embelleció por justa la cuenta de sus días.
Las ideas fueron esculpidas
para congratularse con la aurora.

Tabasco y el cacao: bebemos Xokol-ja,
en todos los pueblos del planeta.

Se desgranaba la sabiduría
como una lluvia de luces antiguas
entre los ojos de aquellos cerebros.

El maya fue el grande hombre de la selva.

Of que unos árboles
de antigüedad espléndida dijeron:
“¿Y tú, qué haces aquí?
Nosotros somos silosamente analfabetos.

Aprende a leer
para escribir sobre nosotros.”

Esto fue todo
lo que pude aprehender. Era un idioma
hecho de viento y hojas secas.

Hay telas de araña
que ni el viento más tortuoso de la selva
destruye su área aérea.

Se ven hilos de luz caminando en las hojas
tan gratuitamente
que les cuesta trabajo caminar.

La vida de esa vida
nos mantiene jóvenes.

Los bodoques de lodo de los sapos
se lanzan al pantano.

Es la protesta del amanecer
por la fealdad de un objeto animado.

Un colibrí en la flor de su premura
saquea en un instante
la gota de un tesoro.

La selva tiene su propio cielo movedizo;
se pudre en ella la apoteosis
de las más solitarias soledades.
Lo verde que se pudre sin tristeza
y hace el color que nunca se había visto.

Mariposas inmóviles que ven volver el aire
y se alimentan príncipes de su propia belleza.
Puede un canto destruir aquel desorden
e implantar el silencio unos instantes
puesta en pie la batuta del jilguero.

Un mediodía en el Usumacinta,
hablé con mis amigos, entre el agua,
todos desnudos en la luz profunda.
Nacían y morían las palabras,
relatando la historia de la vida:
un pueblo, un hombre, realidad plantada,
monumental, sonora, repartida,
piedra y palabra con la flor y la muerte,
calendáricamente organizadas.
En la seda desnuda de las aguas,
dejó el tiempo una flor inolvidable.

Palpitá en mí, con su soberanía,
el bosque, hijo del agua y de la luz.
Creo que en cualquier parte del poema
esto que estoy diciendo soy yo mismo.
Yo, desollado, rejuvenecido,
cada vez que los días dan la hora.
De las raíces sube hasta mis ojos
el vigor permanente de la ausencia.

No hay crimen: sólo voluntad de vivir
dentro de la simetría de cada uno.
La flor, el fruto, el insecto, el pájaro, las víboras, la sierra,
y esos colores, húmedos
guantes de algunos árboles,
y la luz de un instante que el viento hace posible.

Y un flautín en la tarde
que enriquece invisibles amarillos,
y el piano de rumores entre un rugido y otro,
y el silencio
que dirige la orquesta de la selva.
Geometría en el aire de la arena,
Saber. Pensar. Hacer. Destruir. Pasar.
Y el mono,
hombre feliz y arriba siempre.

A ciertas horas se marchita el tiempo,
categóricamente liquidado:
unas cuantas gotas
en unas cuantas hojas.
Tanto glóbulo rojo que se pinta de verde
hace vegetariano al tiempo mismo.

No nos iremos sin decir buenos días
al clarín de la selva que improvisa sus luces.
Oírlo cantar es tener en las manos

un collar de esmeraldas y rubies.
Es el gorjeo del agua
con los colores de un paraje íntimo.
Hay pájaros que huyen de las flores
por no quedarse como ellas...

El bosque es el oído cósmico
que registra el hacer de las hormigas.

Cuando cae una hoja
 se vuelve de metal la indiferencia.
 La indiferencia de las hojas secas.
 Desde una fecha, acaso inexistente,
 huele la soledad a cosa activa,
 al invisible coito de la vida,
 floreciente,
 desde siempre.

El gran tambor del viento
 que antecede a la lluvia,
 en cuyas vidrierías los instantes
 cierran la boca a todo comentario,
 el gran tambor del viento
 perfora los oídos de la atmósfera
 y se queda colgando de un cartílago.

A esos momentos,
 la dinámica furia de los átomos
 pierde velocidad. ¡La Poesía!
 Reina del Reino Vegetal, la cifra uno
 entre los mil millones del ambiente.

Yo te saludo, bosque,
 desde la incomodidad de mi impericia.
 Tú eres
 lo que yo hubiera querido ser:

horizontalmente lejos del mar;
verticalmente junto a ti.

El drama de la vida se hizo para verse,
no para ocultarse.

Absórbeme. Dilátame. Diluyeme.
Pintor y músico,
con remolinos en el corazón:
el sueño de servir a todo el mundo
y el lujo de pobreza que hay en mí.
Víctima del fuego y de la tierra,
náufrago sin el agua ni el espacio.

Yo sé que si me espera la esperanza,
contra toda destrucción voy hacia ella.

Puesta en servicio el alma,
tanta potencia corporal construye
su propia decadencia.

En un claro del bosque un charco pudre
la caída de un genio vegetal.
Un brazo seco
muestra el trabajo túnel del quetzal.

Y en noches luminosas,
la brisa huésped de la madrugada
agitó con la yema de sus dedos
el verdeoro caudal de aquellas plumas,
retorno volador del árbol muerto.

Lomas de Chapultepec
Paseo de Navidad de 1973

INVITACIÓN MARÍTIMA

A un poeta

A cuatro mares tocan los poemas.
Jugaremos los puertos. Jugaremos
la entrada y la salida sobre el faro
que anuncia el espectáculo lucero.

¿Para qué el equipaje submarino
si nuestra desnudez alisa en perlas
la actitud tornasol del baño estío?

Vámonos a la luna mongolfiera.
Tres paisajes de yeso a nadie estorban
a pesar de los tangos y palmeras.

Y el que quiera
se pintará con dramas las ojeras.

Vámonos a las primeras
orillas de la noche, con tijeras
podadoras de estrellas y de espumas,
las facilitadoras de las sumas
del escalante precio de las fieras.

El tigre adolescente
pensativo en la arena se despinta.
Se está borrando ya las tachaduras
con que fue reprobada la lascivia
del gasto de oro de sus carnes duras.

Y es un poco de arena humedecida
que se revuelca entre las miraditas
del polvo litoral a fuego frío.

Saquemos a la noche una tajada
que resbale sabores en la lengua
cuya humedad lamida de luceros
tenga la sobriedad iluminada
del vino desgarrado de los puertos.

A cuatro mares tocan los poemas.
¿Y nos iremos sin la ola cuyo azulante aviso
nos levantó a fugaces monumentos?

(Yo ya crucé el Atlántico en un hilo
de araña y el Pacífico en un hilo
que hizo un hilo de araña con su hilo.)

Tengo a la ola de la mano y subo
a mí país de imágenes do el piso
es de espejo y caoba el cortinaje
del teatro de la aurora.

La función de esta noche en cuatro mares
tendrá control. Las perlas de la entrada
se echan al cuello de las más morenas.
Puntualidad y esmero de sonidos.

Para quien tenga el baño al pie del día
agito estas estrofas en el frasco
verde-vidrio de náutica alegría.

PAUSA NAVAL

Al bajar del tranvía
pisé la estrella náutica y el timo
del pie herido de océanos,
halló la pausa hidráulica deseada
y echó a huir en la voz su tren de voces
vía-libre, vía-libre, vía-libre.

Y el agua a cualquier precio se dejaba
acariciar. Y fue a la altura
veloz de la gacela
que hallé los festivales de la espuma
a raíz de las telas y las pieles.
El mar que parte plaza en las arenas,
el mar a fuego de la China en lujo.
Doña Isabel vendiendo los tamales
de joyas,
y las navegaciones del escándalo
soltadas como esbeltos arrecifes
de alquiler hacia el préstamo de América.
Bajaron las palmeras
de las trescientas olas automóviles
y se bañaron de aire de colinas
al rótulo naval Río de Janeiro.

El mar, de brucea,
adoró los cantiles como altares
y colgaba en sus muros
los torsos apaleados del naufragio
y los trios de hierro de las hélices.
La gran samaritana
se llenaba de cántaros salobres
y a su marido tiburón decía:
¿Te gustan los pescados de colores?

El mar de la ansiedad, el mar cacique
cuyas orejas de coral escuchan
la trácala en sordina de los buzos
y la salida limpia de Jonás.

Y llegaba de azules y de verdes
sombrios y de azules diferentes
y de verdes sin riesgo y sin mercado
y de azules de vuelos colibríes
en el manto y de verdes panorámicos
y de azules
sacados de los senos de las brisas
y de verdes azules y de verdes.

En los acantilados los cantiles
muerden a la península,
le escurren los exágonos de aceite
de las jaibas y rizan la espiral
lenta de las colonias caracoles.
El mar en los cantiles de rincones
entra a buscar sus muebles
y derrumba los pianos apilados
y los sofás enormes y las pailas
y se va como entró gritando en grande:
¡al-carajo-al-carajo!

Y el mar solía
ser el efebo húmedo en el Bósforo,
jardín entre dos mares que lamíanle
las piernas claras y los brazos claros.
Y la gran agua nave
empujando archipiélagos mecía
las hamacas desnudas de los trópicos,
la voz collar del ecuador en nubes
—para los pies de Dios— de los volcanes
que hornean el pan de estrellas de los Andes.

Y el mar tendía
su instante de camisas en la playa.
Blancos. Playas. Tiempo.
Y redoblaba su llegadería
tarde o temprano a las bodas marítimas.
Brazos. Senos. Vientre.
Y se destartalaba
porque en el acto fértil las gaviotas
gritaban y el pelícano
hinchó la naveccilla de su pico
—platas, giros, luces—
con el acuario de la buena pesca.
¡Proas!

Las tardes de la infancia
vieron abandonadas las canoas,
y a la inquietud del viaje
le pasaban la mano por la proa,
miraban a lo largo los paisajes.
¡Proas!

¡El mar, y siempre el mar! El agua tinta
saboreada y tenaz, fecunda y nueva.
¡Proas! ¡El mar, y siempre el mar!

Los mares de Acapulco
me dejaron sus huellas digitales
y en la garganta de la voz caían
los jugos del manglar y era hasta el pecho
la estatura naval de los poemas.

Pausa naval al bajar del tranvía.
A cuatrocientos kilómetros del mar
escribo.
Gracias por la risa y la sonrisa y las marinazas
que al asfalto nocturno me vienes a dejar.

DÓOS MARINOS

A Xavier Villaurrutia

El mar diurno en la sombra de sus naves.
El mar nocturno en el farol de proa.
El mar del día que voltea el día.
El mar de noche que el timón platea.
Los días en el mar nos siembran cielo.
Las olas diarias llan su fortuna.
El mar noche es la rana gigantesca:
crao gárgaras bruscas en las rocas.
El sol arquea peces voladores,
la luz a tiempo es flecha en tiempo claro.
El mar sabe su edad en pleno día.
En las noches marinias son morenos
los andantes espumas del pasado.
El mar de noche es de segunda mano.
El mar de dia es toda la sandía,
la primera tajada es brisa y rosa,
barca lisa en el agua amanecida,
mano de siesta y agua presurosa.
La tinta de los pulpos deja a tientas
el mar que busca la puerta del baño.
La gran noche del mar es vida o muerte.
El mar se busca y se halla y grita y huye.
La sal huele a azúcar en manos mojadas
y el color es nada que nadie miró.
Cuando el mar nocturno, cuando el mar diurno
—¿las sombras desde cuándo?, ¿las luces cuándo?—
vira el viaje a las islas sorprendidas,
el ave del paraíso mueve su reflector
sobre la fiesta enorme de Oceanía.
El agua en la mañana
ciñe a los niños limpia resolana.
Las noches están llenas de piedras usadas.

El mar nocturno, el mar bajo de noche
cuyo viaje aplazó porque es de noche,
y en las noches el mar corre más riesgo.
El mar diurno entre azul y buenas noches
que se comió las perlas y se ríe
con las perlas que valen un gohierro.
El mar cuenta en las noches las ausencias,
su voz tiene una lágrima, otra lágrima,
Dos lágrimas tan juntas que parecen de dos.

Una cualquier mañana
de mar, volvieron los adioses.
Ni quien los despidiera, ni una ventana abierta.
¿Volvería a comprarlos el que ya los conoce?

Y el mar del dia
se metía a caballo en las basílicas
de los cantiles vastos y tan altos
que el águila costera
esnchó los barriles del asalto
y preguntó a las nubes; ¿es o era?
Mar de la noche, mar ciego, mar frío,
cuando los capitanes son más lúcidos
entre la borrachera de los barcos.
En una mano tengo el mar de noche.
En otra mano tengo el mar de día.
La angustia de estar solo un solo día
abre los ojos para mí en la noche.
El mar nocturno traigo en una mano.
Premio al número par dese este mareo.
La voz a nado sube a su deseo.
El mar diurno en la palma de la mano.
Mar de dia y de noche,
abierto de noche y de día,
de perfil y de frente,
sangre al coste, poema y poesía.

HORAS DE JUNIO

Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.

Por ti la misma sangre —tuya y mía—
corre al alma de nadie siempre abierta.
Por ti la angustia es sombra de la puerta
que no se abre de noche ni de día.

Sigo la infancia en tu prisión, y el juego
que alterna muertes y resurrecciones
de una imagen a otra vive ciego.

Claman el viento, el sol y el mar del viaje.
Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.

Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.

Al año de morir todos los días
los frutos de mi voz dijeron tanto
y tan calladamente, que unos días
vivieron a la sombra de aquel canto.
(Aquí la voz se quiebra y el espanto
de tanta soledad llena los días.)

Hoy hace un año, Junio, que nos viste,
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

Álzame hasta la nube que ya existe,
líbrame de las nubes, adelante.
Haz que la nube sea el buen instante
que hoy cumple un año, Junio, que me diste.

Yo pasaré la noche junto al cielo
para escoger la nube, la primera
nube que salga del sueño, del cielo,

del mar, del pensamiento, de la hora,
de la única hora que me espera.
¡Nube de mis palabras, protectora!

GRUPOS DE NUBES

A M. Gómez María

En los grupos de nubes,
a inquietudes mi vida tornasola
su afán de cambio y su ojo de ser cumbre.

Su gran imperio en fuga
organiza la tarde. Cuatro niños
dejan en sed la fuente jardinera
y se llevan el agua con sus tintas jugadas.

En el cielo hay país con primavera.

Su majestad con corona de vidrio
espera en las colinas la llegada
de volcán y volcanes
en viaje ópalo. Hay a través del aire hilos
que arrenglonan la zona disponible
de lo decir poético.
Y al poste divisor del trompo aéreo
ato las aventuras instantáneas
del vivir en cambiar, cielo deseó.

En los grupos de nubes
a inquietudes mi vida tornasola
su alma de cambio y su ojo de ser cumbre.

Terraza a lo alcohol de un valle intenso
y pórticos al sur.

Lo cántico deslumbra entre filetes
de una muralla gris. (¿La ciudadela
tomada por los ángeles?) Jardines
de visible floreo. Se deshiela
la expedición polar y los adioses
tienen dos horizontes. El ejército
lleva las plantas de oro de los ídolos
y en los puentes se opaca. Y otro ejército
se niega a combatir ante el encanto
de una torre de nieve de limón.

¡Los grupos de las nubes!
¡Quién pudiera
ser eterno volándose quietudes!

El cielo sigue.

Playas de moda para el lucero Quetzalcóatl.
Se juegan las fortunas del oriente
contra el imperio en fuga y la mañana
próxima, mendigará. Y la espuma escultórica
no evita reflectores y las venus

para todas las razas, nacen,
El Rey se ha vuelto siembra de repollos
y la Reina
perchoro de los mantos imperiales.
Y los Foros Romanos
se llenan de bisontes
que se vuelven lejanos litorales.
Ya está la mano de ámbar
en que sostiene el gris último toque.
Imperio en fuga lleno de noticias,
la victoria a la par con lo que roce,
guerra y vivac.

¡Los grupos de las nubes!
Naturaleza muerta, fruto excelso
en mi vitrina de cuatro ventanas.
Abandono y guanábana en cada ángulo,
nubes del mediodía de vida incomparada,
un gigantesco coágulo
allí, cerca, a la mano de lo inmenso,
prodigiosas actrices en la tarde,
vaciados en yeso de lo mejor del silencio,
tiempo de aves,
países de alas. ¡Los mejores espejos!
Y fumo para irme en el hilillo
de caminos cambiante al ansia eterno.

GRUPOS DE FIGURAS

A Genaro Estrada

Los grupos de figuras
equilibrio con onzas de poema
—la voz lineal y las palabras mudas.

Los efebos se bañaban en el Eurotas.
La tarde en automóvil detuve sobre el puente,
y entre las aguas rotas
de acantilante labio a veces,
el sudor del estío
refrescaba sus gotas en las gotas
de la caída en arco a hender el río.

Sobre una piedra
deja un joven su ropa.
Se descalza apoyándose
y entra al río saltándolo
y en la mano le tiembla un poco de agua
de lujo y desnudez.

En la prosodia esdtújula y aguda
risas y gritos se bañan tan claros
que a todo voz desnuda.

En un grupo de cuatro las cabezas
siguen el ritmo de las piernas vivas
al principio de un juego.

Se agrupan en la orilla y al dispersarse luego
- brisa en la desnudez del calor ciego—
paraliza el rincón su antigua estrofa.

Aridas, las montañas militares
alertan sus gargantas desastrosas.

Los grupos de figuras
equilibrio con onzas de poema,
la voz lineal y las palabras mudas.

El parque del colegio rueda en sombras;
nubes sobre el estanque y pino intenso.
Al pie de cada paso roen quiebres las hojas.

Yo me tropiezo y caigo y de todos los rumbos
ciñe al parque un coral de veinte risas,
y así el poeta es fruto
comido de mujeres y de prisas.

Primero dos se acercan; luego, todas.
Las preguntas pueriles
como ardillas en lianas tropicales
saltan entre los límpidos abriles.

La rueda de mujeres cuyos senos
bajo el color del vestido,
en la lista frutal que a otoños pido
es fuga de espirales.

Unas por la cintura, las otras por el cuello
se abrazan.
El rojo al amarillo da el destello
y danza
a un oro tan alegre, que el cabello
de aire cambia.

Todas —rueda—, uno,
el anillo nervioso de las bodas.
Pinos. Risa y poema.
Los grupos de figuras
equilibrio con onza poesía
la voz lineal y las palabras mudas.

En el piso cincuenta
las viguetas de fierro, paralelas,
vida cuadrangular dan al espacio.
Dos obreros azules
remachan un amarre. Los martillos
enloquecen los átomos de fierro
y hacen brillar el hongo del tornillo.

La pausa entre dos golpes
da a una figura el par del otro instante.
Los músculos del cuello
hacen eco a los ruidos. Y parte una
canción que cruza el vértigo en la palma
de la mano del aire que la deja
en otro oido que al sentirla piensa
en cinematográficos amores.

Abajo, la ciudad arterialmente
bebe la gasolina.
Y el ritmo microbial que la devora
es un hermoso caos.

Solos, los dos obreros
desmotoran la altura a martillazos
y son, azules y altos, vértigos prisioneros.

Los grupos de figuras
equilibré con onzas de poema,
la voz lineal y las palabras mudas.

GRUPOS DE PALMERAS

A Enrique González Martínez

Los grupos de palmeras
—edad de 20 a 30, estado célibe,
libre oficio— secundan el poema.

Cenir la brisa o desnudar el viento,
inaugurar el mundo cada día,
esas palmeras son Río de Janeiro.

Una tarde en avión las vi bañarse
entre aguas repentina que surgian
del fragmento de tierra de las alas.

Los grupos de palmeras
—idénticos detalles—
siguen las curvas altas del poema.

La mañana que abrí mis corazones
—eterno amor de ti, mujer morena—
cuatro palmeras reales
anunciaron tu amor y tu belleza.

Palmera real, cintura luminosa, rodeos de la danza,
final de todo viaje
a cielo azul. ¡Se pierde la esperanza
y una palmera real es el paisaje!

En las noches de Asuán
sube la Cruz del Sur. Ninguna noche
como esas noches. Llegan del desierto
caravanas de estrellas. Los prismas de alabastro
su eterna espuma aprieta. El silencio
cuenta granos de arena. Tengo vida
para mil años, hoy. Una palmera
le da pausas al verso y lo reúne
al haz de la creación. En un remanso
pule el Nilo el estanque reflector
del objeto infinito. Otra palmera
da el aire de la música.

Los grupos de palmeras
—edad de 15 a 20, estado cílibo,
libre oficio— secundan el poema.

A 90 kilómetros por hora
pasan las palmeras rumbo a todas luces.

Cruje el tren de quietud y echo las manos
al papel tropical que suma y sigue,
de mis grupos de palmas al sarcófago,
la divina inquietud.

Claras, ligeras, jóvenes y ofrenda.
Lloro mis corazones y
cuelgo la hamaca azul en dos palmeras.

Asuán 1929

HORAS DE JUNIO

Junio, jardín de junio, yo no quise
sino sólo una voz de su ternura,
besar el aire que en sus ojos dura
y soltar en mis labios lo que dice.

Aire, junio en los aires ya predice
las imágenes muertas en la oscura
piedad de las palabras que apresura
la sola poesía que no quise.

Agua, en tus lluvias llévame ceñido
al campo de sus ojos, al latido
del corazón que halle en otra sombra.

Róbame a los espacios que su acento
busque al azar, fuera de luz y sombra.
Yo cubriré mi sombra con el viento.

Junio que no cumpliste el prometido
fruto del sacrificio, tú caminas
y a las treinta jornadas avecinas
el ave prodigiosa del olvido.

Yo me quedo más solo que tu olvido
en la imagen creciente de tus ruinas.
¡Yo caminara lo que tú caminas!
¡Yo olvidara el olvido de tu olvido!

Por ti la angustia es llave de la puerta
que no se abrió de noche ni de día.
¡Agua de mis imágenes, tan muerta!

;Noche de la implacable poesía!
Por ti la misma sangre, tuya y mía,
corre el alma de nadie siempre abierta.

POESÍA

Poesía, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos,
en un vuelo de junios pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.

Yo rebosé los cántaros del río,
paré la luz en los remansos viejos,
di órdenes a todos los reflejos;
Junio perfecto dio su poderío.

Poesía, verdad de todo sueño,
nunca he sido de ti más corto dueño
que en este amor en cuyas nubes muero.

Huye de mí, conviérteme en tu olvido,
en el tiempo imposible, en el primero
de todos los recuerdos del olvido.

POÉTICA DEL PAÍSAJE

A Vicente Magdaleno

Todas en el alero,
tornadizo perfil del mensajero
friso de palomar.

A medida que el pie cubre el espacio
el horizonte prometido enseña
su barricada azul, su tiempo lacio.

Muy cerca, a la distancia de un perfume,
una piedra aplastante.
En un charco, adelante,
un buen trago de lluvia se consume.

Ya lejos, unas lomas
de un verde "golf" y bosque a la derecha
y un tajo en carne viva su desnivel aploma.
(Un ocho de palomas
divide mi atención en varias fechas.)

Al fin de la mirada se acomoda
la paloma de un templo en la colina,
A la izquierda la sierra cambia azules
temerosos. Y a veces, se ilumina
y lava sus colores y se pone desnuda
a recordar senderos y relieves.

Antes que se pensara
pasa una nube gruesa y siembra dudas
que florecen en tema de matices.
Y la memoria muda
cuatro templos de azul en gris perdices.

Pasa la nube a tono
con la punta del lápiz quebradiza,
Y está la pausa en trono.
(Tiempo y color: yo les doy un abono
y designo banquera a una sonrisa...)

Una paloma negra
entablara su vuelo y otras cuatro
buscan la aguja mágica del cuento.
Mientras vira la nube yo me ausento
a revisar las cuentas de mi teatro.

El patio lo ocupó el endecasílabo:
el palco y la platea
ciertos traje-de-cola alejandrinos.
En galería
hay uno que otro gratis sin oficio.

Nube y punta de lápiz acreditan:
una: luz por ausencia, y otra: cifra.
Y ya es mecer al aire
ya sin otro contento que el mecerlo,
en una prosa semejante al mar
que abstrae en espiral vidas de perlas.

Ya nada tengo que decir del panorama,
pero algo como el agua en el desierto
roba a todos la sed y queda intacta,
me queda en abundancia y en deseo.
La sobra musical; una delicia
de todo ritmo, de toda danza,
de todo vuelo...

RETÓRICA DEL PAISAJE

A Mauricio Magdaleno

En el tiempo compacto
de los dos mil trescientos metros de la altura,
los paisajes están en un solo acto.
El aire es siempre exacto
en su tiempo tonal; sabe escultura
porque un pintor en tan vastos andamios
puede fraguar los delirantes cadmios
y acompañar geométricas figuras.

(Los claros adjetivos
ecuestres en caballos sustantivos...)

Porque la realidad es cosa mía,
es decir, lo que usted nunca verá,
en un plato le da Santa Lucía
los ojos convenientes. (Cortesía
de la Iglesia Romana que usted devolverá.)

Veamos:

la flora es intocable; en cutis verde
la aguja del tatuaje, defensiva
pienza el tacto a distancia.
Chillan flores carnales
sobre el nopal que sesga sus etapas
rimadas en elipse. Si hundo los pedales
surge en esbelto prisma el cactus órgano,
cuyo bisel alfiletero agarra
pequeñas nubes de heno.
El cactus cuya fálica erección
límite varonil marca al terreno.
El maguey en hileras militares
alerta el armamento y en su espera

endulza al agua de su sed de guerra
y emborracha al ladrón de sus pañales.
Cuando se rinde al tiempo alza una lanza
de heroica flor.

Con su sombra metálica
endosela el mezquite siestas largas.
Un toro y una nube y el arbusto.
(Se hace el ojo al espacio, juega y carga.)

Así es el verde quieto, la esperanza
de escultórico juego en el paisaje.
En los cambios de cielo hay un celaje
inmóvil, que se borra en su constancia.

Sólo el árbol pirú, primo del sauce,
su copa vuelca en el mantel del llano,
y en ramos de coral tiende la mano
junto a los lavaderos de algún cauce.

El verde cae en la trampa de los grises.
Cien pueblos apedrearon este valle
y por eso las casas y la calle
son de una sola pieza.
Se reduce el lenguaje y la tristeza
es sobria como sombra de detalle.
El amarillo seco se encamina,
ya entre la milpa vieja que el viento papelea,
o en la reshaladiza llaga de la mina
de arena.

Si echo la cara atrás de lo que digo,
la cordillera sube hasta las nieves
perpetuas.
Detrás dellas el sol desnuda el cielo
y cuando le abandona sus soberbios harapos,
las dos enormes cumbres echan su historia al fuego.

Y hay águilas que cambian huracanes
por resonantes víboras,
aunque hayan de cogerlas en nopalos.

La prodigiosa juventud del aire
convida a estar desnudo.
Y en un modesto orgullo de silencio
ganarse loterías de momentos
para costear los oros del escudo.

La escenografía de las quietudes.
Ya no importa el color, sino lo claro.
Sola sabiduría de los grises
que está bien en la huerta y en el teatro.
¿Para qué el adjetivo si las cosas
todas, claras, se ven por cuatro lados?

¡Los nombres de las cosas!
Deste valle,
es toda la retórica.

INVITACIÓN AL PAISAJE

A Ignacio Medina

Invitar al paisaje a que venga a mi mano,
invitarlo a dudar de sí mismo,
darle a beber el sueño del abismo
en la mano espiral del ciclo humano.

Que al soltar los amarres de los ríos
la montaña a sus mármoles apele
y en la cumbre el suspiro que se hiele
tenga el valor frutal de dos estíos.

Convencer a la nube
del riesgo de la altura y de la aurora,
que no es el agua baja la que sube
sino la plenitud de cada hora.

Atraer a la sombra
al seno de rosales jardineros.
(Suma el amor la resta de lo que amor se nombra
y da a comer la sobra a un palomar de ceros.)

¡Si el mar quisiera abandonar sus perlas
y salir de la concha...!
Si por no derramarlas o beberlas
—copa y copo de espumas— las olvida.

Quién sabe si la piedra
que en cualquier recodo es maravilla
quiera participar de exacta exedra,
taza-fuente-jardín-amor-orilla.

Y si aquel buen camino
que va, viene y está, se inutiliza
por el inexplicable desatino
de una cascada que lo magnetiza.

¿Podrán venir los árboles con toda
su escuela abecedaria de gorjeos?
(Siento que se aglomeran mis deseos
como el pueblo a las puertas de una boda.)

El río allá es un niño y aquí un hombre
que negras hojas junta en un remanso.
Todo el mundo le llama por su nombre
y le pasa la mano como a un perro manso.

¿En qué estación han de querer mis huéspedes
descender? ¿En otoño o primavera?

¿O esperarán que el tono de los céspedes
sea el ángel que anuncie la manzana primera?

De todas las ventanas, que una sola
sea fiel y se abra sin que nadie la abra.
Que se deje cortar como amapola
entre tantas espigas, la palabra.

Y cuando los invitados
ya estén aquí —en mí—, la cortesía
única y sola por los cuatro lados,
será dejarlos solos, y en signo de alegría
enseñar los diez dedos que no fueron tocados
sino
por
la
sola
poesía.

HORAS DE JUNIO

¿Cuál de todas las sombras es la mía?
A todo cuerpo viene la belleza
y anticipa en los aires la proeza
de ser sin el poema poesía.

Junio dos nubes mágicas me fia
y ya soy ciclo en que la duda empieza.
¿Apoyaré tan pronto la cabeza
en la mano profunda que aún no es mía?

En palabras de amor se va la hermosa
vida junto a la espina y a la rosa
tan alta siempre que cuando la hallamos

antes sangran los dedos con la espina;
y la rosa en la altura de sus ramos
ya es otra rosa que se indetermina.

Era mi corazón piedra de río
que sin saber por qué daba el remanso,
era el niño del agua, era el descanso
de hojas y nubes y brillante frío.

Alguien algo movió, y se alzó el río.
¡Lástima de aquel hondo siempre manso!
Y la piedra lavada y el remanso
liáronse en sombras de esplendor sombrío.

Para mirar el cielo, qué trabajos
ruedan los ojos turbios, siempre bajos.
¿Serán estrellas o huellas de estrellas?

Era mi corazón piedra de río,
una piedra de río, una de aquellas
cosas de un imposible tuyo y mío.

En palabras de amor —paloma el día—
pone y quita palabras palomares
y las pequeñas brises por los mares
viajan con una angustia de alegría.

Riesgo de llamada que se enfriá,
luz que falta en los cuellos a collares,
perdición en los súbitos azares,
dicha de una virtud que no existía.

Si algo hay en mí que valga es la amargura
de un desdenado vaso de dulzura
que una noche lluviosa está secando.

Ha de quedar el agua sin virtudes
agobiada de horribles juventudes,
gloriosamente oscura, recordando.

ESTROFAS DEL MAR MARINO

A Manuel J. Sierra

Al agua la tierra fue,
del agua la tierra vino.
Manos de México —mares—
ruedas dan de mar marino.

En la atmósfera palmera
—pájaros, luces y gritos—
sondea puertos de sol
y ancla golondrina olvido.

De las nubes a las naves
niveas Níñives de espuma
suspenden jardines blancos
que aguas mármoles azulan
ligeras como de baile,
cerca y lejos, flor y fruta.

La primavera del mar
en el viento come y bebe,
al dia los tiempos roba,
de noche su cuello enciende.
Una flor en el abismo
sea la voz de lo siempre.

Vanse del mar las figuras,
vanse vestidas del agua

cuya desnudez arquea
torsos azules de estatua,
Unas estatuas azules...
(Ángel brisa que azul anda.)

El mar marino marea
la voz que en palabras vive.
Se van de lado los tiempos,
lo que quiero, lo que quise.
Lo que ya en mi corazón
con sólo callar se dice.

(Vámonos, palabra, vámonos
del alma que está diciendo
sus ocho sílabas tristes,
ochenta, ochocientas... ¡Vámonos!)

El arcoíris en el mar
—puente a paso de colores—
cerró el círculo en el agua,
puso a flote el horizonte
y en la cumbre de un instante
las siete tintas esconde.

Nadie en el mar, nunca nadie,
los hombres solos se miran,

Acompañarse a estar solos
es la sola compañía.
Compañero en campos de agua
ven a mirar lo que olvidas.

El mar de los mares mar,
el mar playa de los mares,
el que a rayas y volares
vive y muere por estar.

La brisa se fue a parar
junto a la espuma en la arena.

La brisa blanca o morena
—arena, espuma y volar—
lindos barullos va a armar
entre la espuma y la arena.

El mar marino y el mar
marino y el mar marino,
se van al mar a bañar
y mientras, quedan conmigo.

ESTROFAS DE CAMPO Y LLUVIA

A J. C. Patiño

Tan bajas están las nubes
que es la oportunidad
de conocer a los ángeles.

Primero por la pradera,
por la cañada,
y otra vez por la pradera.

Praderas verdes de junio
en que junio sale a ver
lo que se dice de junio.

Desde las lomas, las lomas
parecen sólo praderas
para llegar a las lomas.

De los cerros a las nubes
con los ojos en las manos
llegaremos a los ángeles.

Y los ángeles creerán
que regalamos los ojos
y así nos los tomarán.

Y con los ojos sin ojos
miraremos a los ángeles
reírse de nuestros ojos.

"Estos ojos no son tal:
¡que a un poco de tierra húmeda
lo quieran llamar cristal!"

"Por eso allá
todo es igual."

Con nuestros ojos
los ángeles jugarán.
Se van a llenar las manos
de algo entre amores y mar.
Se van a llenar las manos
de una hora que azul da.
Se van a llenar las manos
de más-acá.

Y nos tirarán los ojos
de las nubes a los árboles,
del árbol a la pradera,
de la pradera al barranco,
del barranco al otro impulso
que salga de nuestras manos
por recuperar,
por recuperarlos
entre las piedras pequeñas
mojadas de junio y mayo.

¡Ah qué recuerdos —futuros—,
los de los ángeles!

Aquel que se me olvidó
ha de ser el que tú sabes
por el que suspiro yo.

Y estaban ya las palabras
tal como en un palomar
cuando de las nubes bajas,
en un abrir y cerrar
de ojos, los ojos sintieron
lo fresco de un buen mojar;
mientras las puertas del cielo,
con gran ruido fue a ocultar
una luminosa mano
húmeda de más allá.

ESTROFAS DE LINDO LINDE

A Rafael Solana

Linderos.
Linderos de toda linde,
¿cuáles son los verdaderos?

[A colindar!
¿Y las manos y los ojos
y lo que se dé en cantar?

Colinde
mi voluntad con mi sueño
y muera yo en esa linde.

Amarrado suavemente
por la brisa
está el paisaje de enfrente.

Todos sus límites son
brisa lindera
con razón y sin razón.

Ven al poema, lindero,
a limitar la hermosura
con tus trazos verdaderos.

Ven lindero
a levantar obeliscos;
discóbolo con tus discos
límites impón a Eros.

Ven, al poema lindero.

El mar espiral desnuda
negro baño sideral;
en la frontera espacial
suelta sus números muda
la nebulosa espiral.

Lindo lindero
cuando lo que linda linda
con la cintura que quiero.

Por la cintura primero,
con la cintura después.
Cintura cinta lindero.

Por sentir esa cintura
junto a la mía,
cánticos en noche oscura;
poesía.

Ay, la cintura morena,
¿mi vida limitará?

Vivo lindero ya está
entre la espuma y la arena.

Vivo lindero;
por vivir junto a ese linde
nada quiero y nada espero.
¡Morir en ese lindero!

Ladrón de límites, ven
a llevarte esquinas de oro;
yo he robado mi tesoro
y tengo en el alma cien.

HORAS DE JUNIO

¿Por qué si ya estoy lleno de mí mismo
quiero de ti la brisa, el agua, todo
tu ser en mí, profundo de tal modo
que yo sea el abismo de tu abismo?

Gloria será de mágico cinismo
ir a tus cielos desde el noble lodo.
Jerarquía: tu codo con mi codo,
encontrarte y decir: tú eres yo mismo.

Fuerza y fusión en que el amor se ahonda
y baja al seno de mayor altura.
Arriba pisa el pie vidas de onda
y abajo, en lo más alto, se enriquece
la unidad de los dos en la figura
de un árbol submarino que florece.

Esta noche mis ojos no se cierran,
esta noche me enciendo como el día,

toda la noche es río de alegría,
toda la noche tú noches encierran,

Déjame ser el blanco en que no yerran
las manos habituales de tu guía;
óyeme sin mirarme en este día
en que cien noches sobre mí se cierran.

Tú eres la inmensidad, el imposible
amor, el dulce amor, amor terrible,
la distancia constante de mí mismo.

Y quiero estar en ti, quiero ese viaje
de infinidad, igual a su heroísmo
de ser la luz, la nube y el paisaje.

Abrí mi pecho cual una ventana
y eras el horizonte, un vago monte
con nubes de oro, nubes de horizonte
compuesto de la noche a la mañana.

;Cuánto tardas allí, cosa lejana!
Veo y busco tu faz de monte a monte.
Nivelé el corazón al horizonte
y está en mi mano cual una manzana.

Si de tanto mirar lo que no miro
cayera de mis ojos la belleza
como la hoja del árbol —suspiro—,

y la llevaran el viento y la brisa
con tal cuidado que toda tristeza
fuera sólo un comienzo de sonrisa.

POEMA PRÓDIGO

A Luis Cardozo y Aragón

Gracias, ¡oh trópico!,
porque a la orilla caudalosa
y al ojo constelado
me traes de nuevo el pie del viaje.
(¡Esquinas de países que anuncian el paisaje!)
En mi casa de las nubes
o bajo el cielo de los árboles,
rodeado de todas las cosas creadas
(oídas espirales del herbíquí mirada),
voy y vengo sin tocar objeto alguno
—poseedor de la puerta y de la llave—
y de la alegre rama del trino.
En la rápida pausa del antílope
se oyen las pausas lentas de la noche,
y en el desnudo torso y en los brazos que reman
tus fuerzas me saludan
brotantes
hacia otra parte siempre nueva.
Gracias,
porque en mis labios de treinta años
has puesto el gusto y el silencio
del fruto y de la flor.
Los grupos de palmeras
me sombrean la sed junto al desierto.
Y el invitado oasis
que brinda el vino siempre de los límites
tiene los labios gruesos de llamarme
y actos de bailarinas en reposo.
Voy en barca
entre arrecifes de granito.
Anelo y salto a una nube de alabastro.
El árbol de la goma

suscita el desbordar.
La hora oblicua se bisela a fondo.
Y yo surjo en el codo del camino
y canto en mí el principio de mi canto
y llego hasta mis labios
y soy mío.
Jocunda fe del trópico,
ojos dodecaedro,
¡justísimo sudor de no hacer nada!
Y el sabor de la vida de los siglos
y la orilla gentil y el pie del baño
y el poema.

NOCTURNOS

A Juan Coto

Nombremos a la luna
alguacila de rondas de los cánticos,

El infinito astrónomo
no es más que un viejo verde
que le echa encima desbordado anteojos.

Ella enseña las pieñas en la fuente
y las diez mil chaquiras del remojo
callan la rana, tilde a las fes, veinte en la frente.

Cada cita
se cumple con su beso y su premura.
¿En dónde está la señorita
que vende vendavales de escultura?
¿Y aquel adolescente
cuya mirada le cambió el destino
a la persona heroica de la frente?

El grillo conectado
con quién sabe qué aparato inoficioso
rehaja el precio del aire plateado
con su aumento metálico, pequeño y armonioso.
¡Como estas noches hemos visto tantas!
¿Recuerda usted? Y la sombra que canta
disminuye en estrellas melodias.

Este es aquel silencio
que cerró a los oídos la suprema
delicia musical y fue perfecto.

¿Recuerda usted? Los lagos en la noche
junto al gato montés de aquel recuerdo.
Y las puertas de mármol y sus goznes
áureos y la ventura de estar quieto
ante los cataclismos pompeyanos
de los amores incompletos.

¡Como estas noches hemos visto tantas!
Y el vaso se adelanta
hacia la mano en sed y el labio húmedo
de la memoria dulce en que se canta
el drama ligerísimo.

¡Porque tanto te quise
y me salió en jardines la garganta,
he de volverte a amar!

Y semejante al mar con pianos cerca,
me puse triste, la mirada antigua,
el codo al ras del horizonte en brillo
y la voz tan delgada que se oía
a través de las puertas de los años.

Así acabó la Luna, la alguacila
de la pierna encharcada y telescópica.

La buena Luna ronda,
la cosa esa redonda,
que quién sabe a qué horas nos anuda
la voz en la garganta de las horas
que con aguas de mar viven desnudas.

ELEGÍA DÉLFICA

A Roberto Meza Jurado

Apolo ha muerto.
Desnudad todas las cosas de la tierra y del mar.
Desnudad la nube hasta entonarla en lluvia,
y el aire de su impalpabilidad.

Los automóviles pasan melancólicos.
Y en la mecánica del tiempo
las poleas elegantizan los ángulos del taller
con una nueva elegancia por el dios desierto.

Apolo ha muerto.
Haced salir la Aurora a medianoche
seguida del divino Quetzalcóatl.
Abrid la tierra y echad las esmeraldas y las voces.

La velocidad camina paso a paso.
La orquesta del mundo ha olvidado sus partituras.
El pulso se adelanta.
Los príncipes ayunan, las llaves se herrumbtran.

Apolo ha muerto.
Verted el vino sobre la mar inmóvil.
Cerrad el libro del otoño.
Partid con la noticia hacia la Dóride.

El bosque negro se adelgaza.
Brilla la Muerte en el horizonte.
Crecen, largamente, las pausas.
¡Apolo ha muerto! Cubrid las liras-hombres
con la Noche desnuda que al pie de la Aurora, danza.

Delfos 1929

HORAS DE JUNIO

Amor así, tan cerca de la vida,
amor así, tan cerca de la muerte.
Junto a la estrella de la buena suerte
la luna nueva anúnciate la herida.

En un cielo de junio la escondida
noche te hace temblar pálido y fuerte;
el abismo creció por conocerte
robando al riesgo su sorpresa henchida.

Hiéreme así, dejándome en la herida
la sangre que no cuaja ni la muerte
—la llaga con la sangre de la vida—.

Ya estás herido por mi propia suerte
y somos la catástrofe emprendida
con todo nuestro ser desnudo y fuerte.

Éramos la materia de los cielos
que en círculos inútiles perece
sin dar el fuego cósmico que crece
sino apenas el ritmo de sus vuelos.

Energía de idénticos anhelos
que aleja y avieina y que los mece,

juntó en choque de fuerzas luz que acrece
la sombra en tierra de sus hondos cielos.

Y buscándose en ambos nuestra suerte
fluyó hacia tu esbeltez la fuerza fuerte
que al fin su espacio halló propio y profundo.

Salgo de ti y estoy en tu tristeza,
sales de mí y estás en tu belleza.
Las estrellas nos ven: ya hay otro mundo.

Eso que no se dice ni se canta
es sólo un nombre ¿acaso es un suspiro?
En la sangre celeste de un zafiro
tiene lugar, y tiempo, y voz levanta.

¿En qué número numen, qué garganta,
qué secreto feliz, a cuál retiro
donde sólo el suspiro de un suspiro
pase, te he de esconder, ventura tanta?

Si estas manos vacías ya están llenas
al pensar en tu ser —leche de arenas
con que las aguas doran su camino—,

donde ponerlas, manos asombradas
de mostrarse desnudas al destino
y levantar al cielo llamaradas.

LA VOZ

I

Cuando en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron,
la voz del universo en cada acto —divina—,
fue de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,
cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.

Aprender esas voces gracia del aire es sola.
Y repetir la sombra de su eco
en palabras de ángeles caídos,
es perseguir desnudos en suelo espejeante,
poema y poesía.

Cuando la voz del ángel mostró al hombre la soledad
(el hombre antes formaba parte de la montaña,
de río y nube y flor y esmeralda y abeja),
la voz primera humana fue de un asombro inmenso;
primero, la distancia de las cosas
y después la terrible belleza de las cosas.

La voz de cada cosa fue enumerando el mundo
y el macho poesía y la hembra poema,
en claridad confusa como de amor presente
oyeron y se amaron bajo un techo de voces.

II

La multitud de un río desde la infancia llega
y el espejo en huida de su presencia igual.
Su noche tuvo acentos de quien pronto se entrega.
Pasaron diez mil años y esa voz es igual.

Mi voz busca de nuevo unificarse al Todo
y yo escucho las voces más lejos cada vez.
Tiene a veces la gracia del milagro en el modo;
juego en el aire negro que sólo juego es.

Sólo al callarme escucho cerca de mí las voces
del universo. ¿Muda ha de valer mi voz?
Y desde una gacela de silencios veloces
aguardo alerta y solo la universal fusión.

III

A la estatua desnuda pregunto:
¿de quién es esta voz?
¿es del viento o del mar?
Y la roca mortal me responde:
no preguntes nada.

Y la voz tenía noticias de tierra
y su desnudez era en espiral.
Sus últimas líneas llegaban al cielo,
azules, moradas, violeta.
Y ésa era la voz del poema.
Y la Poesía
era ante todo súplica, secreta,
y yo era en secreto, poesía.

IV

Yo quise un instante, ser,
para siempre. Quise estar,
para siempre.
Y entre el odio y el amor
oí la voz
de lo que se ha de callar
sólo, para sólo ser.

Un bosque de palmeras para llegar al mar
 y en el camino el ave de un trino. ¡La Belleza!,
 dijo la voz saliendo del alma, y en el alma
 el eco: ¡la Belleza! Mar y trino, un palmar.

Las palmeras danzaron sin moverse y el agua
 que lamía la sombra de la danza,
 iba y venía, iba y venía, iba y venía
 y sin mudar de voz cambiaba las espumas.

En cada espuma el sol tuvo un hijo. La arena
 puso y quitó a los ojos lo que después ponía.
 Y quitaba y ponía y ponía y quitaba
 la luz de cada instante que la espuma servía.

Cayó la voz del trino y en su limpia caída
 la Belleza volvió a encerrarse en el alma,
 nunca más transparente, nunca más bien herida
 por un juego de mar, un ave y una palma.

—
 Cuando en el pensamiento
 de Dios, las cosas y los seres
 fueron, mi voz estaba ya prevista.
 Lejos de lo divino se oye esta voz. Su angustia
 es no saber callar. A todo da un nombre. ¡El mismo
 nombre!
 Grita y la soledad le responde con alto
 eco de soledad.

En la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego,
 su ritmo tiene inercias irremediables.
 Algo de Dios a veces parece que le espera.

**Un tiempo de colores, su mundo es una nube
frente a aurora o crepúsculo. Sabe lo que es Poema.
Y de la Poesía ¿nunca sabrá? ¿Ya sabe
y no sabe qué sabe?**

Voz del ángel caído,
voz de los ángeles en tierra,
voz que en el tiempo da su tiempo
y de pan y agua sólo vive.
La voz de callar nos dé fuerzas
para oír el llamado oportuno
de la abeja y del mar, de la palmera
y la esmeralda y el río
para ser la voz íntegra que al Paraíso
de la voz de Dios vuelva
en la voz de los ángeles que no caerán, jamás.

Exágonos

1941

A José Juan Tablada

¡Exágonos!
Exágonos:
en la fuente colonial
y en la mañana de la joyería.
En el cangrejo crepuscular
y en el farol de la esquina.
En un salón exagonal
el astrónomo viene de otra vida.
Cantos de cantar
—exágonos—
en la latitud del alma mía.
Cantos de cantar.

I

Tengo la juventud, la vida
inmortal de la vida.
Junta, amiga mía, tu copa de oro
a mi copa de plata. ¡Venza y ría
la juventud! Suba los tonos
a la dulzura de la dulce lira.

II

Cuando el trasatlántico pasaba
bajo el arco verde oro de la aurora,
las sirenas aparecieron coronadas

con las últimas rosas
pidiéndonos sandwiches y champagne.
Se olvidaron las islas, y se hundieron las costas.

III

¡La poesía!
Está toda ella en manos de Einstein.
Pero aún puedo rezar el Ave María
reclinado en el pecho de mi madre.
Aún puedo divertirme con el gato y la música.
Se puede pasar la tarde.

IV

Por esta calle pasó don Juan.
Iluminó la acera el puño de su espada.
Por esta calle he de pasar
como una pincelada.
Y tú estarás cantando mi cantar
desde la séptima ventana.

V

¿A dónde va mi corazón
por esta luminosa avenida?
Buenas noches, doña desilusión.
¡Si yo estaba por la provincia
hipotecando puestas de sol
para edificar mi vida!

VI

Amo las máquinas, las grandes máquinas.
Mi cuerpo canta sobre un pedestal
cuando escucho y veo y toco máquinas.

Hay un país con ruedas, gran poeta industrial,
que estremece mis fuerzas tropicales.
(Pennsylvania sentida desde un cañaveral.)

VII

Amar. Toda la vida en llamas.
Sendero de lirios quemados,
amor sin esperanza.
Silencioso y eterno, amor callado
en el mar, junto al cielo. Sola el alma
vertiginosa y trágica, pasando.

VIII

Amada, déjame ver la luna
en tu mirada.
Átame con tus cabellos.
Tienes una estrella en los labios, amada,
Ese beso... Ese beso
estuvo ayer en tu mirada.

IX

Llegad, oh dulces horas,
y tocadle la faz con estas flores
cogidas en la noche. Despertadla
y rodead su lecho. Dad mejores
perfumes a las cosas. Toda el alma,
melodía modulada sobre lentes colores.

X

Alabanza del Amor.
La mariposa prendida en la rosa
aún escucha al ruiseñor.

Esmalte, aroma y melodía,
seda y miel.
¡Alabanza del Amor!

XI

En el mar no hay invierno ni otoño
y las mujeres cumplen siempre cuarenta años.
Los poetas fracasan un poco
y Ulises no fue más que un pobre diablo.
Futuros recuerdos. Languidez. Nocturnos.
En una nube viene la Virgen con dos santos.

XII

BOLÍVAR

¡Padre! Tu vida es la mejor.
Recuerdo tus tristezas, tus enormes
tristezas, tu gran desolación.
Entre todos los hombres,
sólo yo me despierto entre la noche
para llorar contigo tu desastre y tu dolor.

XIII

Gracias, doña desilusión,
Curazao está otra vez enfrente; vive al día
de su fortuna azul y verde.
Pueblos navales en mitad de mi vida,
un poco anclados y tenues
con el agua y el pan de su alegría.

Desde alta mar,
muy cerca de la estrella Polar,
pienso en la Catedral.
Los hombres se suicidan desde sus torres.
La Catedral que se apodera de la noche
y la vuelve colonial.

Patria, oh América Latina,
mi corazón está lleno de angustia.
La noche es honda y la aurora aún no trina.
(La selva avanza, cruce, estrujo.)
Tiembla una voz para anunciarle la vida...
Mi corazón está lleno de angustia.

En la biblioteca
del Palacio del Embajador,
lei los refranes del jardinero
y el Tratado de las Puestas de Sol.
Esa noche perdi todos los trenes
en la vaga hecatombe de mi corazón.

Canto amigo mío
tu llegada feliz hasta mi puerta.
Mi ventana será fuente de aromas
cuando tú salgas a mirar el cielo.
Pluma de cisne o de paloma
para escribir tu antiguo nombre tengo.

xviii

Han llegado a esta playa olas de Nápoles.
 En las nubes está toda Venecia.
 En el mar se baña la familia Tiziano.
 Un empleado aduanal se queja de la primavera.
 Me saluda, desde su avión, Leonardo.
 Un suspiro. Otro suspiro... ¡Atenas!

xix

Frente a Colombia una bonanza insólita
 nos echó a perder el ya próximo naufragio.
 La luna, que iba a pasar de incógnito,
 atravesó como la Venus del Vaticano.
 ¡Bajo la cama estaban muertos de risa
 los salvavidas, inservibles e intactos!

xx

Divina juventud, corona de oro,
 ventana al Paraíso.
 Te poseo total. (La muerte no figura
 en el reparto íntimo.)
 Oíd lo que cantan las musas:
 enciende la noche, ha muerto el destino.

xxi

El buque ha chocado con la luna.
 Nuestros equipajes, de pronto, se iluminaron.
 Todos hablábamos en verso
 y nos referíamos los hechos más ocultados.
 Pero la luna se fue a pique
 a pesar de nuestros esfuerzos románticos.

VUELO DE VOCES

Mariposa, flor de aire,
peina el área de la rosa.
Todo es así: mariposa
cuando se vive en el aire.
Y las horas de aire son
las que de las voces vuelan.
Sólo en las voces que vuelan
lleva alas el corazón.
Llévalas de aquí que son
únicas voces que vuelan.

*Recinto
y Otras imágenes*
1941

Dedico este libro a la memoria
de Genaro Estrada. Gratitud sin
término.

¡Los ojos! Por los ojos el Bien y el Mal nos llegan.
La luz del alma en ellos nos da luces que ciegan.
Ojos que nada ven, almas que nada entregan.

RECINTO

Agosto de 1930 a enero de 1931

Antes que otro poema
—del mar, de la tierra o del cielo—
venga a ceñir mi voz, a tu esperada
persona limitándome, corono
más alto que la excelsa geografía
de nuestro amor, el reino ilimitado.

Y a ti, por ti y en ti vivo y adoro.
Y el silencioso beso que en tus manos
tan dulcemente dejo,
arrincona mi voz
al sentirme tan cerca de tu vida.

Antes que otro poema
me engarce en sus retóricas,
yo me inclino a beber el agua fuente
de tu amor en tus manos, que no apagan
mi sed de ti, porque tus dulces manos
me dejan en los labios las arenas
de una divina sed.

Y así eres el desierto por
el cuádruple horizonte de las ansias
que suscitas en mí; por el oasis
que hay en tu corazón para mi viaje
que en ti, por ti y a ti voy alineando,
con la alegría del paisaje nido
que voltea cuadernos de sembrados...

Antes que otro poema
tome la ciudadela a fuego ritmo,

yo te digo, callando,
lo que el alma en los ojos dice sólo.
La mirada desnuda, sin historia,
ya estés junto, ya lejos,
ya tan cerca o tan lejos, que no pueda
por tan lejos o cerca reprimirse
y apoderarse en luz de un orbe lágrima,
allá, aquí, presente, ausente,
por ti, a ti y en ti, oh ser amado,
adorada persona
por quien —secretamente— así he cantado.

II

Que se cierre esa puerta
que no me deja estar a solas con tus besos.
Que se cierre esa puerta
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.
Esa puerta por donde
la cal azul de los pilares entra
a mirar como niños maliciosos
la timidez de nuestras dos caricias
que no se dan porque la puerta, abierta...

Por razones serenas
pasamos largo tiempo a puerta abierta.
Y arriesgado es besarse
y oprimirse las manos, ni siquiera
mirarse demasiado, ni siquiera
callar en buena lid...

Pero en la noche
la puerta se echa encima de sí misma
y se cierra tan ciega y claramente,
que nos sentimos ya, tú y yo, en campo abierto
escogiendo caricias como joyas

ocultas en las noches con jardines
puestos en las rodillas de los montes,
pero solos, tú y yo.

La mórbida penumbra
enlaza nuestros cuerpos y saquea
mi ternura tesoro,
la fuerza de mis brazos que te agobian
tan dulcemente, el gran beso insaciable
que se bebe a sí mismo
y en su espacio redime
lo pequeño de ilimitas distancias... .

Dichosa puerta que nos acompañas,
cerrada, en nuestra dicha. Tu obstrucción
es la liberación destas dos cárceles;
la escapatoria de las dos pisadas
idénticas que saltan a la nube
de la que se regresa en la mañana.

III

Yo acaricio el paisaje,
oh adorada persona
que oíste mis poemas y que ahora
tu cabeza reclinas en mi brazo.

Hornea el mediodía sus calores,
labrados panes para el ojo
que comulga con ruedas de molino.

10, 15, 20, 30, las parcelas
opinan sobre el verde, sin agriarse;
y los poblados, vida y topa limpia
sacan al sol. Caminos campesinos
suben sin rumbo fijo, a holgar, al cerro.

Los árboles conversan junto al río,
de nidos en proyecto, de otros en abandono,
de la nube servida como helado
en el remanso próximo,
del equipaje de las piedras
que acaso nadie ha dejado en la orilla,
de la avispa hipodérmica,
del aguacero y la joven vereda,
de las ranas deletreadas en su propia escuela,
del verso como prosa
y del viento de anoche que barrió las estrellas.
El río escucha siempre caminando.
El río que se conduce a sí mismo, cómo y cuándo...

Detrás de un cerro grande
va estallando una nube lentamente.
Su sorpresa
es como nuestra dicha: ¡tan primera!
Lo inaugural que en nuestro amor es clave
de toda plenitud.
El aire tiembla a nuestros pies. Yo tengo
tu cabeza en mi pecho. Todo cuaja
la transparencia enorme de un silencio
panorámico, terso,
apoyado en el pálido delirio
de besar tus mejillas en silencio.

IV

Vida,
ten piedad de nuestra inmensa dicha.
Deste amor cuya órbita concilia
la estatuaría fugaz de dia y noche.
Este amor cuyos juegos son desnudo
espejo reflector de aguas intactas.
Oh, persona sedienta que del brote

de una mirada suspendiste
el aire del poema,
la música riachuelo que te ciñe
del fino torso a los serenos ojos
para robarse el fuego de tu cuerpo
y entibiar las rodillas del remanso.

Vida,
ten piedad del amor en cuyo orden
somos los capiteles coronados.
Este amor que ascendimos y doblamos
para ocultar lo oculto que ocultamos.

Tenso viso de seda
del horizonte labio de la ausencia,
brilla.

Salgo a mirar el valle y en un monte
pongo los ojos donde tú a esas horas
pasas junto a recuerdos y río
entre el mudo clamor de egregias rosas
y los activos brazos del estío.

v

Si junto a ti las horas se apresuran
a quedarse en nosotros para siempre,
hoy que tu dulce ausencia me encarcela,
la dispersión del tiempo en mis talones
y en mis oídos y en mis ojos siento.
Ya no sé caminar sino hacia ti,
ni escuchar otra voz que aquella noble
voz que del valo borde de la dicha
vuela para decirme las palabras
que azogaron el agua del poema.

;Dcir tu nombre entre palabras vivas
sin que nadie lo escuche!
Y escucharlo yo solo desde el fino

silencio del papel, en la penumbra
que va dejando el lápiz, en las últimas
presencias silenciosas del poema.

VI

Con cuánta luz camino
junto a la noche a fuego de los días.
Otros soles no dieron sino ocasos,
sino puertas sin dueño, soledades.
En ti está la destreza de mis actos
y la sabiduría de las voces
del buen nombrar; lo claro del acento
que nos conduce al vértice del ámbito
que gobierna las cosas.
Gracias a ti soy yo quien me descubre
a mí mismo, después de haber pasado
el serpentino límite que Dios
puso a su gran izquierda. Sólo tú
has sabido decirme y escucharme.
Sólo tu voz es ave de la mía,
sólo en tu corazón hallé la gloria
de la batalla antigua.

¡Ten piedad
de nuestro amor y cuídalo, oh vida!

VII

El paisaje decía:
“¿Quién iba a sospechar, después de tanto
ir y venir por cuatro mares —sueños—...
que en un valle pintado
por el niño sin nombre, yo sirviera
para el de ojos errantes, teatro amor?
Toda su geografía del paisaje
vino a quedar en un rincón inédito,

en un lugar cualquiera de la Mancha
de cuyo nombre... *

Y el paisaje
cintilaba los Bósforos, las tardes
florentinas, la palma Río Janeiro,
la grande hora de Delfos y el bazar
de las tierras de España y las etcéteras,
y enrollaba los mapas...

Porque sólo
tengo los ojos dioses del paisaje
echados a los pies del valle poco,
inédito tal vez... Y ágil esconde
el lugarcillo esbelto cuya diáfana
desnudez aligera sus contornos,
sus posturas aéreas, sus pueblos de bolsillo,
y sus luces audaces.

Y el paisaje
con su risa de siglos, mi memoria
invadía. Las puertas de las horas
cerráronse y quedó ya solo, dentro
de la errante mirada,
el valle poco —grande con su dueño—
seguro al corazón como una espada.

VIII

Tú eres más que mis ojos porque ves
lo que en mis ojos llevo de tu vida.
Y así camino ciego de mi mismo
iluminado por mis ojos que arden
con el fuego de ti.

Tú eres más que mi oído porque escuchas
lo que en mi oído llevo de tu voz.

Y así camino sordo de mí mismo
lleno de las ternuras de tu acento,
¡La sola voz de tí!

Tú eres más que mi olfato porque hueles
lo que mi olfato lleva de tu olor.
Y así voy ignorando el propio aroma,
emanando tus ámbitos perfumes,
pronto huerto de tí.

Tú eres más que mi lengua porque gustas
lo que en mi lengua llevo de tí sólo,
y así voy insensible a mis sabores
saboreando el deleite de los tuyos,
sólo sabor de tí.

Tú eres más que mi tacto porque en mí
tu caricia acaricias y desbordas.
Y así toco en mi cuerpo la delicia
de tus manos quemadas por las mías.

Yo solamente soy el vivo espejo
de tus sentidos. La fidelidad
del lago en la garganta del volcán.

IX

Yo leía poemas y tú estabas
tan cerca de mí voz que poesía
era nuestra unidad y el verso apenas
la pulsación remota de la carne.
Yo leía poemas de tu amor
y la belleza de los infinitos
instantes, la imperante sutileza
del tiempo coronado, las imágenes
cogidas de camino con el aire

de tu voz junto a mí,
nos fueron envolviendo en la espiral
de una indecible y alta y flor ternura
en cuyas ondas últimas —primera—,
tembló tu llanto humilde y silencioso
y la pausa fue así. —¡Con qué dulzura
besé tu rostro y te junté a mi pecho!
Nunca mis labios fueron tan sumisos,
nunca mi corazón fue más eterno,
nunca mi vida fue más justa y clara.
Y estuvimos así, sin una sola
palabra que apedreara aquel silencio.
Escuchando los dos la propia música
cuya embriaguez domina
sin un solo ademán que algo destruya,
en una piedra excelsa de quietud
cuya espaciosa solidez afirma
el luminoso vuelo, las inmóviles
quietudes que en las pausas del amor
una lágrima sola cambia el cielo
de los ojos del valle y una nube
pone sordina al coro del paisaje
y el alma va cayendo en el abismo
del deleite sin fin.

Cuando vuelva a leerte esos poemas,
¿me eclipsarás de nuevo con tu lágrima?

x

Ya nada tengo yo que sea mío:
mi voz y mi silencio son ya tuyos
y los dones sutiles y la gloria
de la resurrección de la ceniza
por las derrotas de otros días.
La nube

que me das en el agua de tu mano
es la sed que he deseado en todo esto,
la abrasadora desnudez de junio,
el sueño que dejaba pensativas
mis manos en la frente
del horizonte... Gracias por los cielos
de indiferencia y tierras de amargura
que tanto y mucho fueron. Gracias por
las desesperaciones, soledades.
Ahora me gobiernas por las manos
que saben oprimir las claras mías.
Por la voz que me nombra con el nombre
sin nombre... Por las ávidas miradas
que el inefable modo sólo tienen.
Al fin tengo tu voz por el acento
de saber responder a quien me llama
y me dice tu nombre
mientras en los pinares se oye el viento
y el sol quiere ser negro entre las ramas.

xi

La primera tristeza ha llegado. Tus ojos
fueron indiferentes a los míos. Tus manos
no estrecharon mis manos.
Yo te besé y tu rostro era la piedra seca
de las alturas vírgenes. Tus labios encerraron
en su prisión inútil mi primera amargura.
En vano tu cabeza puse en mi hombro y en vano
besé tus ojos. Eras el oasis cruel
que envenenó sus aguas y enloqueció a la sed.
Y se fue levantando del horizonte una
nube. Su tez morena voló a color. De nuevo
fue oscureciendo el tono de los días de antes.
Yo abandoné tu rostro y mis manos

ausentaron las tuyas. Mi voz se hizo silencio.
Era el silencio horrible de los frutos podridos.
Oí que en mi garganta tropezó la derrota
con las piedras fatales.
Yo me cubrí los ojos
para no ver mis lágrimas que huijan hacia mí.
Luego tú me besaste, dijiste algo. Yo oía
llorar mis propias lágrimas en el primer silencio
de la primer tristeza. El alma deseada
llegó de lejos —tu alma— y se quedó en mi pecho.

xii

En el silencio de la casa, tú,
y en mi voz la presencia de tu nombre
besado entre la nube de la ausencia
manzana aérea de las soledades.

Todo a puertas cerradas, la quietud
de esperarte es vanguardia de heroísmo,
vigilando el ejército de abrazos
y el gran plan de la dicha.

Ya no sé caminar sino hacia ti,
por el camino suave de mirarte
poner los labios junto a mis preguntas
—sencilla, eterna flor de preguntarte—
y escucharte así en mi y a sangre y fuego
rechazar, luminoso, las penumbras...!

Manzana aérea de las soledades,
bocado silencioso de la ausencia,
palabra en viaje, ropa del invierno
que hará la desnudez de las praderas.

Tú en el silencio de la casa. Yo
en tus labios de ausencia, aquí tan cerca
que entre los dos la ronda de palabras
se funde en la mejor que da el poema.

xiii

Tu amor es el erario inagotable
que costea el país de los poemas.
Viajes a la garganta de los pájaros,
claridad, y castillos en el aire.

Fiel a jurarse en sí, la ausencia espía
mi pena de horizonte y de ventana.
Regresan por los montes de mañana
las voces claras de tu lejanía.

Hoy te mando mi voz. El mudo espacio
escultóricamente se arrincona.
Sólo en los ojos queda sangre. Ciñe
la casa una cadena de palomas.

Ya no sé caminar sino hacia ti.
Tu ausencia da a mi pie pausas veloces.
Y el pie de nube extiende la extensión
toda oído de piedra y toda voces.

xiv

Cuando mis fuertes brazos te reciban,
las voces de la ausencia, dulcemente
contarán nuestros ocios —dos caminos
sin nadie, con los dos— el nunca y siempre.

Y la pareja de palabras lía
la profunda unidad. Y tanta cifra

se reduce a la orilla del encuentro
con azoro de ser la poesía.

Ya no sé caminar sino hacia tí.
La rosa de caminos de tu ausencia
alerta en mí el aroma del retorno
y la palabra oculta de su ciencia.
Oigo mi nombre en tí, soy tu presencia.

xv

FIN DEL NOMBRE AMADO

Un soneto de amor que nunca diga
de quién y cómo y cuándo, y agua dé a
quien viene por noticia y en sí lea
clave caudal que sin la voz consiga.

Que en cada verso pierda y gane y siga
ritmo a la cifra en luz que el agua arquea,
y suba al esplendor que así desea
música lengua y tacto a flor de espiga.

Ya la línea sandalia del terceto
abre camino al alma del objeto
que adoro y cuyo nombre dicen todos.

Nadie sabe el valor de su grandeza,
pero al decirlo de inconscientes modos
me transfiguran, pues me dan belleza.

xvi

¿Qué harás? ¿En qué momento
tus ojos pensarán en mis caricias?
¿Y frente a cuáles cosas, de repente,

dejarás, en silencio, una sonrisa?
Y si en la calle
hallas mi boca triste en otra gente,
¿la seguirás?
¿Qué harás si en los comercios —semejanzas—
algo de mí encuentras?

¿Qué harás?

¿Y si en el campo un grupo de palmeras
o un grupo de palomas o uno de figuras
vieras?

(Las estrofas brillan en sus aventuras
de desnudas imágenes primeras.)

¿Y si al pasar frente a la casa abierta,
alguien adentro grita: ¡Carlos!?
¿Habrá en tu corazón el buen latido?
¿Cómo será el acento de tu paso?

Tu carta trae el perfume predilecto.
Yo la beso y la aspiro.
En el rápido drama de un suspiro
la alcoba se encamina hacia otro aspecto.
¿Qué harás?

Los versos tienen ya los ojos fijos.
La actitud se prolonga. De las manos
caen papel y lápiz. Infinito
es el recuerdo. Se oyen en el campo
las cosas de la noche. —Una vez
te hallé en el tranvía y no me viste.
—Atravesando un bosque ambos lloramos.
—Hay dos sitios malditos en la ciudad. ¿Me diste
tu dirección la noche del infierno?

—...Y yo creí morirme mirándote llorar.

Yo soy...

Y me sacude el viento.

¿Qué harás?

xviii

Las palabras emigran
y en la huida
los plurales abandonan las *ceses*
y queda así un rumor de viento manso,
de después y adioses,
de la actitud actriz que en nuestras manos
nos convence de ausencias.

Las palabras emigran y abandonan
el buen surco del verso que ya estaba
sembrado y las estrofas
revestidas de oro y las imágenes
frescas aún en el espejo igual
de donde tan difícil es sacarlas.
En todas las ventanas
cuelga el ojo su fuego simultáneo
sobre cuatro horizontes silenciosos,
llenos aún de huellas de la huida
de las palabras que te prefirieron
porque tú eres la causa de su suerte,
tú, poema, mejor que poesía.

¿Dónde pondré el oido que no escuche
mi propia voz llamarte?

¿Y dónde no escuchar este silencio
que te aleja espaciosamente triste?

Yo camino las horas presenciadas
por los dos, en nosotros.

Sé del fruto maduro de las voces
en campos de septiembre.

Sé de la noche esbelta y tan desnuda
que nuestros cuerpos eran uno solo.
Sé del silencio ante la gente oscura,
de callar este amor que es de otro modo.

Mientras llueve la ausencia yo libreto
la esclavitud de carne y sola el alma
cuelga en los aires su águila amorosa
que las nubes pacíficas igualan.

Hoy que has vuelto, los dos hemos callado,
y sólo nuestros ojos pensamientos
alumbraron la dulce oscuridad
de estar juntos y no decirse nada.

Sólo las manos se estrecharon tanto
como rompiendo el hierro de la ausencia.
¡Si una nube eclipsara nuestras vidas!

Deja en mi corazón las voces nuevas,
el asalto clarísimo, presente,

de tu persona sobre los paisajes
que hay en mí para el aire de tu vida.

xx

Amor, toma mi vida, pues soy tuyo
desde ayer más que ayer y más que siempre.
La voz tendida hacia tus voces mueve
los instantes de flor a hacerse fruto.

Ya el aire nuevo su cantar se puso,
ya caminos por ágil intemperie
con la desnuda invitación nos tiende
las manos del encuentro que ambas juro.

Amor, toma mi vida y dame el ansia
tuya, de ti y eterna, ven y cambia
mi voz que pasa, en corazón sin tiempo.

Manos de ayer, de hoy y de mañana
libren a la cadena de los sueños
de herrumbre realidad que, mucha, mata.

OTRAS IMÁGENES

ROMANCE DE TILANTONGO

A Efrain Huerta

1

Cielos de luna y de sol
en rueda de seis semanas
templos serán del camino
desde México a Oaxaca.
Yo que de Tabasco vengo
con nudos de sangre maya,
donde el cacao molido
dio nuevo sentido al agua;
y se ve crecer la yerba
y de lo inmóvil la garza
vive su esbeltez, su ritmo,
sus invisibles batallas.
Yo que de Tabasco vengo
con ríos en la garganta,
no al collar luceros caen
crecidos de una mirada,
ni lunas vistas con ámbares
ni lunas vistas con nada,
es sólo el sol que desgunda
las gigantescas guirnaldas
que entre pájaros y víboras
arriesgan flores y danzas.
Yo que de Tabasco vengo
con dioses a las espaldas,
Quetzalcóatl, Quetzalcóatl
el de la profunda barba,
el de las mejillas verdes

y piernas sacrificadas
con pespuntes de maguey
y sangre como palabras.
Yo que de Tabasco vengo
a mirar altas montañas,
a respirar entre espejos
de atmósfera por las altas
terrazas de altiplanicies
donde se vuela sin alas
y de la traición del tiempo
son cómplices las distancias;
donde números pirámides
en cuerpo y piedra levantan
secretas sabidurías
que maduran en palabras
donde callar es saber
y saber será callarlas,
con pies de luz en la noche
hice camino a Oaxaca.
Seis semanas, luna y media,
lleváronme a otras montañas.

II

Un mediodía ligero
hecho de todo y de nada
en que al pie la tierra es nube
y a los labios la sed agua,
entre pedazos de mundo,
piedras enormes y claras
fui acercándome al abismo
de una sonora quebrada.
Le pregunté a los helechos
cómo el sitio se llamaba.
Respondieron los helechos:
"Aquí le dicen Apoala."

Las lenguas de los helechos
verdemente están calladas.
Las lenguas de los helechos
que no saben decir nada.
Las lenguas de los helechos
que saben decir y callan.
Tostó la siesta el buen sueño
junto a los montes de Apoala
y en esa almohada invisible
en que duermen las estatuas
poblaronme las imágenes
que un tiempo fueron la hazaña.
Los dioses hundían horas
al pie de aquella quebrada.
Inútilmente las piedras
aprietan con manos claras
las tuberías vidriosas
en que se organiza el agua.
Dos miradas de los dioses
y dos árboles levantan
sus cuerpos; tan recio el uno
que anidan en él las águilas
y el huracán a su pie
sueña azules de bonanzas;
en sus brazos cuelga el sol
sombras que luz intercalan
y una savia —savia nueva—
sube por todas sus ramas.
El otro es menor y hermoso
que a él sólo van las calandrias;
brisas de noche lo ciñen,
un arroyo lo descalza
y sus pies de espuma brillan
vivos en medio del agua.
Una savia, savia nueva,
sube por todas sus ramas.

¿En qué hora, de esos árboles
—¿fue una noche, una mañana?—,
surgió, prodigiosamente,
la vida humana?
Los mixteca así lo dicen.
El varón se quitó un águila
que fue a clavarse en un monte.
Gritó tan fuerte y tan alta
fue la voz del árbol hombre,
que al flanco de una montaña
desprendió piedras antiguas
que rodaron por Oaxaca.
La hembra sacó sus pies
del arroyo que los calza.
Flores pintó su cintura
entre flores de calandrias.
No montañas, sí colinas
declives dieron con gracia.
Y en sus senos vivas luces
eran como un par de dalias.
Del amor de aquellos árboles
nació entre hogueras la raza.

III

Tilantongo era una tierra
donde sólo el Sol reinaba.
Era una fiesta frutal
como de mesas muy anchas.
El maíz en la mazorca
reía de buena gana.
Lancea el aire florido
la plenitud de las cañas.
En los cielos aventuras
color corre en nubes blancas
y en un hilo que platea

la luna su vida salva.
¡Ay, color, en qué colores
te metes por la mañana!
El cielo de Tilantongo
vuela en un pico de garza
sus tardes lagunerías
de una charca en otra charca.
El cielo de Tilantongo
vuela en el pico de un águila
vibrando en azul ligero
párpados de la mañana,
El cielo de Tilantongo
vuela en pico de calandria
cuando a obstáculos nocturnos
rodea la brisa y canta.
Vámonos a Tilantongo,
florean la voz del alba.
Y en las orejas del joven
flor de fuego aretes cala.
Cuando llegaron allá,
tras de las negras montañas
héroe de su soledad
saltó el sol sobre sus bardas.
“¡Esta tierra ha de ser mía!”,
gritó el joven. “¡Estas franjas
de tierra en que todo nace
—gritó el Sol— por mí se mandan!”
“¡Yo quiero que en estas tierras
se alce mi progenie clara!”,
—gritó el joven—. “¡Estas tierras
son del Sol y en ellas anda
sólo el Sol sus soledades
como si fueran su casa!”
Arma el arco el joven. Brilla
como una chispa incendiaria
la flecha que así voló,

zumbante luz de batalla.
Y una flecha y otra flecha
y otra flecha zumbó larga.
Fuego a fuego de sus ojos
el Sol fuegos fulguraba,
A veces a medio cielo
flecha y fuego se tocaban
y el fuego se consumía
y la flecha se quemaba.
A fuego y flecha los cielos
áureos éteres exhalan,
cuál jardines superiores
que coronan la batalla.
¡Ah, los paisajes atónitos
y las piedras espantadas!
Sobre las piedras inútiles
las gigantescas iguanas
ven con ojos infinitos,
se tornasolan impávidas.
El cordón de hormigas rojas
se deshiló en la hojarasca.
Por una rugosidad
cambió sus telas la araña.
El viento escondió su boca;
la brisa fue tan delgada
que si pasó no se supo,
y si se supo, lo callan.
La juventud de los árboles
de las flechas que no fallan
el golpe triunfal corea
sudando un poco de savia.
Semejando tejas de oro
que en lluvias oblicuas bajan,
cuál si derrumbara el techo
de finas tejas de lámina
que brillan en ondas, brillan

degolladoras y rápidas,
el Sol ardiendo en pelea
sus fuegos de fuego lanza.
Y el joven a todo instante
sus flechas al Sol encaja.
Y eso que ven los astrónomos
alrededor de su masa
cuando la luna lo eclipsa
—joya digna y joya falsa—
son las saetas que el joven
clavó al borde de su cara.
Todo el dia, todo el aire,
duró la limpia batalla.
Lluvia de tejas oblicua
se escalonan y desbandan
hacia el flechador las furias
que el Sol en sus furias raja.
Lluvia de flechas segura
que de abajo va a las altas
mejillas del Sol enorme
que en suelo de nubes sangra.
El horizonte sangría
desborda tras las montañas.
Isla violetas oscuras,
su archipiélago desgarran
y herido de últimos ópales
dando fuego a lo que alcanza,
por mares naufragos va
tumbado Sol en desgracia.
En la noche los luceros
huellas son de la batalla:
las flechas que a todo sitio
del cielo vació la aljaba.
Debajo de un árbol grande
reposa el joven su hazaña.
La noche telegrafía

con grillos a las montañas
que el hombre nació, que tiene
genio, belleza y audacia,
que pudo alejar al Sol,
y romperá las montañas,
desentrañará la tierra
y alzará en flechas como águilas
vuelos hacia las estrellas,
sediento de excelsas aguas.

IV

Viaja viajero con rumbos
a los cielos de Oaxaca.
Ven a escuchar lo que dicen
junto a los montes de Apoala.
Sueño de la noche hermosa
por silencios despertada,
vuelta a dormir por las flores
que sabiendo callar, cantan.
Noche ceñida y lucera,
profundamente robada
en un saqueo divino
de convenientes palabras.
Sílabas de Tilantongo
que nombran una batalla.
Yo que de Tabasco vengo,
con golpes de sangre maya,
donde el cacao molido
dio nuevo sentido al agua,
dejo mi voz —guelaguetza—
clara y culta, fuerte y ancha
entre los cántaros negros
de las noches de Oaxaca.

1937

LAS CANCIONES DE PEÑÍSCOLA

FAMOSO LUGAR ENTRE VALENCIA Y BARCELONA

A Margarita Quijano

¡Peñíscola,
cabra marítima!
¡Librala y dómala,
cíntala!

Y por escarpas trepó,
con cuatro patas marinas,
la aldea que se ladea
sobre cimas y entre simas.

Vámonos para Peñíscola,
dije al lápiz y al papel
un medio día doncel
en medio de una mar discola.
¡Vámonos para Peñíscola!

Y palabra por palabra
la aldea trepó hasta mí;
rumiò su tristeza cabra,
soltó al ras un limpio sí.
Que con tu voz se abra
mi voz por ti.

A quien ande por el mundo:
que la venga a ver;
de noche sale a pescar,
todo canto y hondo pie.

En sus entrañas los peces
dan saltos de soledad.
Un gran pez que nadie ha visto
le da peces a salar.
Una vez soltó las redes
tan al corazón del mar
que enredó a la luna nueva
que acababa de bajar
y entre los peces la luna
tuvo sombras de puñal.
¡Suéltala Peñíscola,
lunas no tendrás!

Por las peñas de Peñíscola
trepan las cabras del mar.
Chorrean espumas de oro
del día que fue a estrellar
el carretón de botellas
que ya no pudo llevar.
Cuando las cabras se echaron,
rumiaron la soledad.
Sus mandíbulas tuvieron
el viejo ritmo del mar
y en sus barbillas el aire
fina borla fue a colgar.
Bajo sus patas el riesgo
tajó negra vertical;
el siseo de la espuma
burlas claras dio a volar;
pero ellas, las cabras hábiles
eran las cabras del mar.
Cuando arriba de las peñas
el sueño les dio su gas
y un cielo fugaz de junio
peras de luna fue a dar
y el aire, perfil de nada,

al mismo aire fue a parar,
el cabrerío de cabras
que rumia la soledad
se transformó en una aldea
que nadie sabe mirar.
Médico de cabecera,
con cuchara de coral,
un sorbo de poesía
tu tiempo me dio al pasar.
Cristal de la poesía
me vino a transparentar.
Flor de voces dio en la playa
que nunca podré olvidar.

Peñas de Peñíscola
vengo a suspirar
este mediodía
de bárbara mar.
Peñas de Peñíscola,
peñas de un peñar
donde un caserío
se pone a contar
con riesgos nocturnos
cosas de la mar.
Y esta mar de cosas
hoy sale a pescar
algo, una sonrisa,
algo, un suspirar.

Que entre peñascos profundos,
que ya son mi soledad,
hagan ruido de palabras
que yo sólo he de escuchar.

Vámonos a Peñíscola,
corazón,
a llorar.

II

—A dónde vas Peñíscola
con tan gruesa mar?
—A la playa, con las nubes,
a jugar.
—¿Ahí nomás?
Ahí nomás.

Y el mar sacaba la espuma
de donde no la había.
Y la espuma las espumas
y espumas la poesía.
¡Ay, poesía,
que te vienes a bañar
sin saber lo que es el mar!

Fuéramos pechos de arena
donde se ahonda la sal
y un caracol de cristal
saluda a la luna llena
que ya con dicha o con pena
pisa igual el litoral,
húmeda sombra de arena.

Fuéramos pechos de espuma
—espiral y tornasol—
que árabes a lo español
sangre al sol la sangre suma
y lo que parece espuma
es sólo brisa con sol.
¡Fúéramos pechos de espuma!

Cuídate Peñíscola,
ten tu corazón,
todas tus dos manos
le guarden la voz.

Cuídate del agua
que al cinto te da,
que de la profunda
más fácil saldrás.

Cuidate del viento
que sabe decir
las canciones ondas
teñidas de añil.

Vuélvete a tus peñas,
hora es de rumiar
la espuma comida,
la copa de sal.

Entre el mar y tú
suspendí mi voz,
que tú sólo sabes
por quién muero yo.

Y entre mareas soñbriás
el cántico empapelé.
Rumor pueril de otro pie
en el agua parecía.

¡Ay, poesía!
Tan lejos, tan cerca estás,
que con la cruz de lo más
te señalo en este día.

¿A dónde se fue Peñíscola
que no la encuentra la mar?
El sol griego con su disco la
divierte en medio del mar.

¿A dónde se fue
que la luz ya no la ve?
¿Por qué no la escucha el aire
que dio el ritmo de su pie?

La tierra cortó penínsulas,
fue a las islas, no la halló.
De canto por los cantiles
inútilmente buscó.

Y este buscar a Peñíscola
era todo un encontrar
cosas que de muchos años
ya no veía la mar.

Yo sólo quiero a Peñíscola,
el mar se dijo una vez.
Y eso fue ver las penínsulas
entristercerse en un pie.
Allá anduvieron las islas
sin timón ni timonel.
Durmieron donde se pudo,
con litoral o sin él.

Adiós, señoritas islas,
decían los vientos, cien.
Ellas eran señoritas
y apresuraban los pies
calzados con peces de oro
y algas de plata en la sien.

Yo les llevaré al Mar Rojo,
les dijo el viento una vez.
—Escándalo de colores
nada queremos con él.
Yo les llevaré al Mar Índigo,
les dijo el viento otra vez.
—Nos gusta el azul sencillo,
dicen sin alzar a ver.
Nos iremos al Mar Blanco,
les dijo el viento una vez.
—Nada de mares lavables,
dicen ellas pronto y bien.
Nos iremos al Mar Negro,
les dijo el viento otra vez.
—Lechuzas de mar no fuimos.
Y siempre en boca del viento,
todo color era fiel.
Pero las islas buscaban
el marino mar doncel.
Un mar cuya marejada
saltó siempre a la esbeltez,
un mar que en nave fenicia
discóboles dio a traer;
el mar de los mares mar,
siempre desnudo y donecel.
Las penínsulas llegaron
y muchas islas también,
cuando a los pies de Peñíscola
el torrente mar aquél,
todo sonoro y peligro.
plata en flores dio a su pie.

Cores de penínsulas,
de islas coral,
son voces inútiles
en medio del mar.

Queja de las islas,
flotante clamor,
imperio de lágrimas,
naufragio de amor.

Bravas arquerías
sudan lo que dan
sosteniendo instantes
torrentes del mar.

Sobre ellas Peñíscola,
cal anaranjó,
cal de rosa y verde,
cal de corazón.

Ardan los colores
que yo arrinconé,
decía el Otoño
bajando su nuez.

Perros pueblerinos,
los colores van,
suben, bajan, vuelven,
se comen la cal.

Un gris azul pienso y alzo
cual si fuera un alfiler
que hirió a mi dolor, descalzo
de andar tanto y padecer.

Si a las manos de Peñíscola
pájaros colores van,
el pilotín de estos aires
gris azul canto dará.

El gris azul solitario
que en cualquier rincón del mar
con espumas y palabras
su entonación salará.
(La sal que del alma sale
de tanto beberse el mar.)

ESTUDIO

Hambre y sed: iremos a las líneas
a organizar sonrisas.
Cortaremos la música a las ramas
y la danza cerámica del vaso
será posible, sin beberlo nunca.

Hambre y sed que otras veces
partíais de mis labios,
tú eros —tú eras—
a asir locomotoras, primaveras,
viajeros en sus púrpuras de mares
y construcción andrógina de acero.

Partíais de mis labios
deletreando el sabor de los deseos
grupos de aire en el zócalo del tacto
Habéis sido señores y piratas.
Xochiquetzal —Perseo—
y el ángel que ata cintas a las cosas,
mejores, todas, siempre.

Hambre; tú estás siempre desnudo,
casi invisible, fuerte, hermoso,
insaciable de ti, como el espejo,
como el espejo, eterno.

Sed: te visto con la onda
de rozadura tal que nadie sabe
si vive en una orilla, en otra orilla,
en el centro concéntrico,
o en la flauta escondida y suspendida
que bisela los aires.

Hambre y sed, compañía
a tanto el día y en la noche nada,
iremos a las líneas a organizar sonrisas.

ESTUDIO

Ociosidad de la paloma blanca
que en ojos de oro ve volar a la otra
negra. *Por y para*
cuyas alas inútiles ladean
el cuerpo de aire en que el agua invisible
casi sin importar qué es o sea.

La paloma que ve volar, prefiere
la quietud —caminante lejanía—
ánimo azul. Las *erres*
trabajan en el predio infinitivo.
La paloma que ve volar es tiempo
de itinerario fijo.

En el ocio, la cifra de sus vuelos
suma las divisiones del paisaje.
En su ropa no tiene ya un celaje.
Es el rincón barrido de los cielos.
Limpia y ociosa la cabeza inclina,
¿para dudar de una cierta distancia?
De ella misma se aleja o se avecina
como el viento que ronda una fragancia.

El poema en la estancia
echa a volar ventanas campesinas.

ESTUDIO

A Diego Rivera

Diego:

untara sombras nuevas
al trópico monocromo
para sesgar sobre los jades vivos
la aurora negra de las obsidianas.

Brilla la flecha histórica
sobre el ojo sangrante del poema
que ató la ceyba al río
y sube como el agua en una estrella.

Llega un color quemado
hacia el eje del aire horizontal
desceñtrado de pájaros.

La guanábana llena su sedalín deseado
y cae y quiebra el tráfico a la hormiga
que hace entonces sus Bodas de Canaán.

Una gota que mira y acapara
va al teatro a deslumbrar sobre una hoja.

Está creciendo el jacintal.

Y el pulso late en grillos de quinina
que se telegrafian.

Y las pestañas solicitan
el torso fino, el trino que va al río
y se baña. La tristeza grande
que hamacas frescas mecen
tajadas a la puerta del paisaje.

Y el llano, por la brida. ¡Silencio de tropeles!
Ya en el muro de cal del pueblo lento
la lluvia brinca iés y alza *elos*
de acuarelada cosa en movimiento.

LUTOS POR ANTONIA MERCE

A Manuel M. Ponce

Por los toreros y las bailarinas
esta voz de palmeras y marinas
ladea su esbeltez, sus arcos vivos.
Y este baile sombrío
y este río en penumbra,
con poca lluvia y pájaros heridos
pisa apenas la arena de su lecho de muerte
repasando humedades en silencio.

A la cortina escóndela, más plegada que nunca,
teatro al mediodía morado de recuerdos;
yo guardaré mis manos como guantes vacíos;
no seré el palomar de todos los aplausos.

Andaré con la brisa
de baile en baile preguntando, ¿dónde
podrá la brisa estar, que haya otra brisa
que tan de prisa y a mi voz se esconde?

¿Dónde estará la risa
de sus manos maderas en jolgorio,
las urnas claras de gentil emporio,
armas, trofeos de ligera liza?

Como una niña huérfana la brisa
tendrá en sus manos las flores descalzas
del patio abandonado. Y en las losas sin música
la huella de un pie muerto arrastrado entre encajes.

Yo palpo las cinturas y en todas dura
la ineptitud de un pobre barro seco.
Este fuego de julio descendió tan a fondo
que la raíz del ritmo se extrae con los dedos.

Y serán los toreros como ataúdes
donde los trajes, tiestos, sabiéndolo, se pudran;
después, en un museo, las viudas multitudes
dirán con suave gozo su tristeza insepulta.

Por sangres diferentes suiste sonora,
como España es distinta y es sólo una.
La brisa acendra rosas bajo la luna.
Como en ninguna noche hay luna ahora.

Tras el tacón de tu calzado esbelto
fueron mis ojos álgebra y senda mis oídos;
la justicia del número que enigmas ha resuelto
y camino difícil a todos los olvidos.

Luna como ninguna la luna está,
Por los toreros y las bailarinas
—estatua en banderillas y pies primeros—
Luna como ninguna la luna está.
Y esta voz de palmeras y marinas
y este baile sombrío

y este río en penumbra
con poca lluvia y pájaros heridos
pisó apenas la arena de su lecho de muerte,
repasando humedades en silencio.

HORAS DE JUNIO

I

Hora de junio a tiempo fruta viva
dio y a tu mano va de sangre llena.
Cuélgala en tu retoño limpio, llena
tu mano con su fuerza ya cautiva.

Busco y te hallo, profunda y efusiva
gracia viril que nube tan terrena
rasó el área jardín tu voz morena
y llueve rubio tras la luz festiva.

Te digo en estas voces la callada
ventura de sentirme en tu mirada
robando luces y ocultando cielos.

Mi corazón devora tiempos de oro;
pájaros pican límpidos ciruelos
y en ti la hora pierdo y atesoro.

II

A quien trae en las manos la primera
rosa y el primer canto, yo le digo:
toma estos frutos plenos, ven conmigo,
los dos seremos vida verdadera.

Yo quisiera decirte, yo quisiera
ser tu propio silencio. Estar contigo,
seguirte sin que sepas que te sigo;
el alma te esperó, siempre te espera.

Cuando contigo estoy corto al suspiro
su camino de brisa y de palomas.
Te hablo con la garganta en un zafiro
cuyo cielo asombró la noche nueva.
Y el silencio de Junio, por las lomas
dice mi nombre y hacia ti lo lleva.

III

A junio acicalé con honda mano
y siempre en su hermosura hallé tristeza;
hoy que sólo he mirado su belleza,
lejos puso el veneno más cercano.

Junio que así me tiendes hoy la mano,
déjame en esta vez ser tu belleza,
ligame con tus oros la tristeza
que da la dicha del amor humano.

El negro manantial de sus cabellos
la miel que hay en sus ojos humedece.
Junio, mi corazón he puesto en ellos.

Ven a mi corazón, dulce criatura,
y verás, por el viento que lo mece,
la flor doblada y herida en la altura.

AL POETA COLOMBIANO GERMÁN PARDO GARCÍA

Germán, octubre azul, tuyo, sereno,
presencia y poesía de ti dora.
Méjico timbra tu profunda hora
y del nopal hostil haces pan bueno.

Pienso en mi corazón de estrellas lleno;
es un jardín de otoño que se enflora,
es un cielo amistad que hora tras hora
hunde su plenitud en noble heno.

Germán, toma este cielo mexicano
que de un ángulo empuño hasta tu mano
y te lo doy ¡octubre azul, tuyo y tan mío!

Siento la poesía y sin nombrarla
pienso en ti. Sola está. Sólo el rocío
puede, como tus manos, despertarla.

ESTUDIOS

1

Vida,

¿qué me darás si al cabo de los días
hallas tu pie ceñido de poemas,
si se besan sus manos con mis manos?
¿Qué me darás si a tus tobillos de oro
de nuevo me encadeno y encadeno
a mi cadena la cadena suya?

Tuyo, oh vida, reclamo de tus voces
la voz que hiera para siempre el sueño

y lo cuelgue en el vértice que empuña
los caminos radiantes que no vuelven,
los que son sin retorno, los que enfilan
el minuto en ejército inflanqueable.

Dame la voz, el signo de las voces,
la señal de los signos, el secreto
de saber no decir lo que se ansia,
lo que tú sabes dar en poesía
cuando ya tú no eres sino asueto.

II

Apenas te conozco y ya me digo:
¿Nunca sabrá que su persona exalta
todo lo que hay en mí de sangre y fuego?

¡Cómo si fuese mucho
esperar unos días — ¿muchos, pocos? —,
porque toda esperanza
parece mar del Sur, profunda, larga!
Y porque siempre somos
frutos de la impaciencia bosque todos.

Apenas te conozco y ya arrasé
ciudades nubes y paisajes viajes
y atónito, descubro de repente,
que dentro estoy de la piedra presente
y que en el cielo aún no hay un celaje.
Cómo serán estas palabras, nuevas,
cuando ya junto a ti, salgan volando
y en el acento de tus manos vea
el límite inefable del espacio.

SONETOS DE OTOÑO

A Luis Barragán

I

Primer cielo de otoño, primer vuelo
en el desierto azul de esta mañana.
Súbeme sol y bájame lejana
serranía en que el sol cambia de cielo.

Búscame entre lo tuyo, entre tu anhelo,
cielo de otoño y de verdad humana.
Entre el mudo clamor desta mañana
—mano viril—, mi voluntad cíncelo.

Reina el valle de México. Divino
el tiempo se desnuda y encollará
y ciñe al pie sandalia de platino.

Un silencio feliz da a cada cosa
la certidumbre de su imagen clara.
Pausa de otoño, lenta y poderosa.

II

Pausa de otoño, poderosa y lenta,
tu tiempo deslindó limpida zona.
Ya el corazón batallas abandona,
ya la voz de la sed calló sedienta.

Seguirte a media voz, pausa opulenta,
ceñirte a media luz, grave corona;
hallarte a medio mar que me aprisiona,
salvarte al fin de la final tormenta.

Pausa de otoño, nube abandonada
a un cielo tan azul que la mirada
ciega de su mirar, la toma viva.

Que así cuando el otoño se inaugura
la raíz del amor, honda y activa,
perfecta mano es de su ternura.

III

Aquí, rayando sus cristales fríos,
sesgó el otoño su esplendor prudente.
Y antes que el sol su madurez aumente
dejó a la luz los ágapes vacíos.

Voltea el mundo sus lados baldíos;
y con clara sorpresa de lo ausente
hincha el cristal de su profunda lente
y da a su corazón soles sombríos.

La mano sube al rostro y se acomoda.
Y de luces magníficas rodeado
el rostro da a la luz su sombra toda.

Todo un día de otoño bien oido,
tan silenciosamente contemplado,
tan misteriosamente comprendido.

A EDUARDO VILLASEÑOR

ENVIÁNDOLE UNA CACTÁCEA

Al aire serpentin de esta figura
punzó la soledad como a un insecto.

Carne difícil de vibrante aspecto
creció a la sombra de una piedra oscura.

Al pie de su quietud la aurora mura
límites vivos de oro predilecto;
ritmo entre espinas de dolor perfecto,
rincón de melancólica escultura.

Ánimo vegetal de la distancia,
en la aridez de su perseverancia
florea una vez sola y solo vive.

En la sed toma el agua de sí mismo;
y por vivir muriendo se desvive
junto al ser vertical de algún abismo.

ELEGÍA NOCTURNA

1

Ay de mi corazón que nadie quiso
tomar entre mis manos desoladas.
Tú viniste a mirar sus llamaradas
y le miraste arder claro y sumiso.

(El pie profundo sobre el negro piso
sangró de luces todas las jornadas.
Ante los pies geográficos, calladas,
tus puertas invisibles, Paraíso.)

Tú que echaste a las brasas otro leño
recoge las cenizas y al pequeño
corazón que te mueve junta y deja.

Alguna vez suspirarás, alguna
noche de soledad oirás mi queja
tuya hasta el corazón como ninguna.

II

Esta noche de luna y soledades,
¡con cuánto amor el corazón te piensa!
Siento la vida livida y suspensa
en cítricas de esbeltas claridades.

¿Dónde estarás? ¿Por cuáles tempestades
vuela tu corazón? ¿Qué aguas condensa
la nube que te oculta en esta inmensa
noche de soledad en que me invades?

Ay de mi corazón que nadie quiso
llevarse de mis manos y esconderlo
entre el agua más fiel del Paraíso.

Y lo aparto de mí tras este llanto
para que tu alma venga a desprenderlo
del árbol sacudido de mi canto.

III

Pulsé la noche en cítricas sombrías
y dulces luces ondulé en el viento.
Ay de mi corazón que da su acento
a esta noche de inmensa travesía.

Tierra de soledad, hora oceanía,
tus islas de coral y sentimiento,
tu pez faral de oscuridades lento,
tu viajera intemperie todavía.

Noche que eres mi cuerpo y la belleza
por la que está mi carne en la amargura
de un mar movido en cíteras, empieza

a ordenar este caos, esta nada
que el amor deja en mí. Noche en la altura
en que ya el corazón vive de nada.

IV

Nadie llegó hasta mí con ese paso
de tu esbeltez en mármoles reflejos.
Tu sangre lió a sus vínculos espejos
de imágenes ligeras al acaso.

Cristal de sangre cuya luz traspaso,
tu cuerpo enardecido de reflejos,
tu cuerpo de reflejos circunflejos,
tu cuerpo oscuro desenvuelto en raso.

Tendí la voz al horizonte puesto
como el pan en el cielo de tu ausencia.
Me envuelve tu llegar, tu voz, tu gesto,

tu crueldad, tu tristeza y la terrible
certidumbre de estar en tu presencia
lleno de amor y muerte inextinguible.

Las Lomas, diciembre de 1939

TRES RECUERDOS

I

Campo de espigas
por todas partes,
siempre.
En Groenlandia y en Cuba,
en lo actual invariable,
por ti. Siempre, siempre.
Tu esbeltez, es la sílaba ligera
que le da adolescencia a una palabra.
Que esa palabra, sola, sin decirla,
selle mis labios, diga en mí tu alma.
Campo de espigas
deja que mis manos
al estar en las tuyas, siempre, digan.

Junio de 1932

II

¿Dónde encontrar una palabra nueva
para ti, junio, que las traes todas?
Campo de espigas, vasta compañía.
Alzar los ojos y encontrarte cerca,
mover la voz ya para no llamarte,
decirte en todo objeto,
vivir en ti los hombres y las nubes...
Campo de espigas de tus actos. Campo.

Junio de 1932

III

Objetos colocados,
cedidos ya, definitivamente.
Unos pesan las manos y los brazos.
Otros el cuerpo entero.

Sois, ya, proporcionales, claros,
porque sus ojos fueron un instante
la actividad de vuestra sobria incercia.
Hoy os descubro —mar con islas mûsicas.
Objetos colocados,
cedidos ya, definitivamente.

Agosto de 1932

NOCTURNO

Para aquellos que han pasado la vida mirando la dicha & [alma
y sin mirar sus harapos de soledad se han alegrado con la [ajena alegría.
para quienes han llorado con la inocencia del sol del desiér
que no sabe que alumbría los esqueletos de las caravanas;
para aquellos que han gritado en las torres altísimas de la [media noche
sus soledades tan solas que casi nadie puede mirarlas,
recojo mi voz como el último sorbo de sed de mi vida
para decirles de la horrible belleza que el destino me envió
En vano los siglos cargados de historias y estatuas
tendieron tapices de tiempo a mis ojos brotantes de fuerte [eterno.
Yo nací para estar tres mil años y vivir sólo un día.
Tiempos antes que las manos sublimes del Cristo hubiesen [partido los últimos panes
Yo pasé de los órdenes griegos a las pirámides sabias de [América
y escuché los dilemas fatales que a los hombres animaban [propia condición.
Apenas me quedan temblando los nombres de sitios sonoros
Tequendama—Iguazú—Usumacinta—Tzaráracua,
nombres de aguas cuya sed no ha secado la sed que en mí [está.

Tres mil años de vida juntaron igual que un tesoro yo el
[dueño.
Para aquellos que han pasado la vida llorando las soledades
[de sí mismos,
para quienes la temura ha sido infinita como su propia
[esperanza;
mi corazón esta noche de sangre va diciendo la angustia
y el espanto delante la hora de plenitud esperada, temida,
[tal vez.

Porque en la belleza del tiempo de junio
salió como de un espejo el ser esperado de siglos de
[esperanza.

Toda la dulzura del viento nocturno en las playas del trópico
es un ramo de espinas, al lado de su propia dulzura.

Sus manos, sus ojos, sus voces, viven dulcemente.

Yo sé por los cielos de junio
que su corazón tiene mares profundos de bienes.
Las horas fatales que yo había despreciado en el tiempo
ciñeron el cambio aguardado en mi vida
y sólo miré la alegría perfecta, de lejos.

Yo habría condensado las nubes más raras al pie de esa dicha.
No sé por mi sangre que crímenes corran y que hagan indigna
[mi suerte
de ser acompañado siquiera un instante por el fruto fatal
[que el destino
me había deparado. Pero al menos no muero
sin haber mirado los campos de espigas que incitan sus ojos.
Al menos mis manos han estrechado las suyas, temblando,
y he oído su voz mezclarse a mis voces sin que nadie jamás
[lo sospeche.

Aquellos que saben como yo de la gran soledad,
conocerán la profunda amargura del tren del poema
que dice el horror de la horrible belleza que así significa
la vida severa y heroica de una esperanza de pronto-por
[siempre desierta.

A LA POESÍA

Bebí mi sed en tus manos.
En el desierto insaciable
la tea de tres mil años
se echó al seno del oasis.

Y así la sed —reja y ala—
que en tu mano envenenaste,
gota a gota abrió la sala
de la gruta que cerraste.

Al ritmo del corazón,
subterránea y gigantesca
la soledad de tu amor
se hizo a gotas, piedra a piedra.

Bebí en tus manos la sed.
¡Insaciable era el desierto!
¡Sólo la distancia es fiel
al horizonte secreto!

A la orilla de la noche
el viento de la esperanza,
al corazón seducía
con su engañosa balanza.

Pesaba el diamante falso
del día que no vendrá.
Pesaba la luna llena
de la hora de esperar.

Y he visto rodar imperios
y crecer.
Y en ruina o cuna pretexto
lo ansioso que hay en mí ser.

El día va a hacerse antorcha.
Juntas, sombra y soledad,
ceñirán mi viva sombra,
las canciones alzarán.

El domador de palabras
fastuosamente seguido,
quedará en pastor de cabras,
agreste mancha de olvido.

Una estatuaría quietud
y el vicio del horizonte.
Una nueva juventud
entre las nubes del monte.

Y ascensional
la soledad sin palabras,
soltará de un abra a otro abra,
antilopes de cristal.

Del festival de la voz
que otro tiempo coloría,
un arco de luz, la hoz
—vacación de mediodía—,
tendrá en su ritmo veloz
móviles de poesía.

¿La estrella que va a llegar
es la misma que pasó?
(Poned la voz a cantar
sola: dirá del amor.)

Bebí en tus manos mi sed.
Para saciar el abismo
gota a gota, junio fiel,

voy a beberme a mí mismo
sin resucitar la sed.

París 1937

PRESENCIA

...Si en el agua la brisa fue sombra
y la rosa emergente fruición de presencia;
si a la rosa la brisa sombreá
y el agua en la sombra sútiles naufragios abonda;
si en rosas sombrías el agua nocturna suspende su pedo
[inflamante;
si un alto de sombra detiene a la brisa
y el agua sucumbe al saberlo;
si en el brío rosal de la rosa
—rocío que exclaman vitrinas—
y brisas que llevan oculta su S
la tarde en sus yemas de tacto su forma sorprende;
si el agua davídica escoge una piedra y es honda
y dan salomónicas sombras rosales ausencias,
si este sí que no es sílaba,
que es discurso que sigue y persigue y prosigue
se pintara de azul y de rojo,
librarían espejos mis ojos y no dejarían imágenes: todo
reintegrado a la luz primitiva,
porque al agua la brisa en la sombra
fue rosa emergente fruición de presencia.

Rocas de Tepoztlán, 25 de septiembre de 1940

Subordinaciones

1949

A

Gabriela Mistral

HOMENAJE

EL VIAJE

Y moví mis enérgicas piernas de caminante
y al monte azul tendí.

Cargué la noche entera en mi dorso de Atlante.
Cantaron los luceros para mí.

Amaneció en el río y lo crucé desnudo
y chorreando la aurora en todo el monte hendi.
Y era el sabor sombrío que da al cacao crudo
cuando al mascar lo muelen los dientes del tapir.

Pidió la luz un hueco para sellar su cuenta
(yo llevaba un puñado de amanecer en mí).
Apretaron los cedros su distancia, y violenta
reunió la sombra el rayo de luz que yo partí.

Sobre las hojas muertas de cien siglos, acampo.
Vengo de la montaña y el azul retoñé.
Arqueo en claro círculo la horizontal del campo.
Sube, sobre mis piernas, todo el cuerpo que alcé.
Rodea el valle. Hablo,
y alrededor, la vida, sabe lo que yo sé.

4 de noviembre de 1946

DISCURSO POR LAS FLORES

A Joaquín Romero

Entre todas las flores, señoras y señores,
es el lirio morado la que más me alucina.
Andando una mañana solo por Palestina,
algo de mi conciencia con morados colores
tomó forma de flor y careció de espinas.

El aire con un pétalo tocaba las colinas
que inaugura la piedra de los alrededores.

Ser flor es ser un poco de colores con brisa,
Sueño de cada flor la mañana revisa
con los dedos mojados y los pómulos duros
de ponerse en la cara la humedad de los muros.

El reino vegetal es un país lejano
aun cuando nosotros creámoslo a la mano.
Difícil es llegar a esbeltas latitudes;
mejor que doña Brújula, los jóvenes laúdes.
Las palabras con ritmo —camino del poema—
se adhieren a la intacta sospecha de una yema.
Algo en mi sangre viaja con voz de clorofila.
Cuando a un árbol le doy la rama de mi mano
siento la conexión y lo que se destila
en el alma cuando alguien está junto a un hermano.
Hace poco, en Tabasco, la gran ceiba de Atasta
me entregó cinco rumbos de su existencia. Izó
las más altas banderas que en su memoria vasta
el viento de los siglos inútilmente ajó.

Estar árbol a veces, es quedarse mirando
(sin dejar de crecer) el agua humanidad

y llenarse de pájaros para poder, cantando,
reflejar en las ondas quietud y soledad.

Ser flor es ser un poco de colores con brisa;
la vida de una flor cabe en una sonrisa.

Las orquídeas penumbras mueren de una mirada
mal puesta de los hombres que no saben ver nada.
En los nidos de orquídeas la noche pone un huevo
y al otro día nace color de color nuevo.

La orquídea es una flor de origen submarino.
Una vez a unos hongos, allá por Tepoztlán,
los hallé recordando la historia y el destino
de esas flores que anidan tan distantes del mar.

Cuando el nopal florece hay un ligero aumento
de luz. Por fuerza hidráulica el nopal multiplica
su imagen. Y entre espinas con que se da tormento,
momento colibrí a la flor califica.

El pueblo mexicano tiene dos obsesiones:
el gusto por la muerte y el amor a las flores.
Antes de que nosotros "habláramos castilla"
hubo un día del mes consagrado a la muerte;
había extraña guerra que llamaron florida
y en sangre los altares chorreaban buena suerte.

También el calendario registra un día flor.
Día Xóchitl. Xochipilli se desnudó al amor
de las flores. Sus piernas, sus hombros, sus rodillas
tienen flores. Sus dedos en hueco, tienen flores
frescas a cada hora. En su máscara brilla
la sonrisa profunda de todos los amores.

(Por las calles aún vemos cargadas de alcatraces
a esas jóvenes indias en que Diego Rivera

halló a través de siglos los eternos enlaces
de un pueblo en pie que siembra la misma primavera.)

A sangre y flor el pueblo mexicano ha vivido.
Vive de sangre y flor su recuerdo y su olvido.
(Cuando estas cosas digo mi corazón se abonda
en su lecho de piedra de agua clara y redonda.)

Si está herido de rosas un jardín, los gorriones
le romperán con vidrio sonoros corazones
de gorriones de vidrio, y el rosal más herido
deshojará una rosa allá por los rincones,
donde los nomeolvides en silencio han sufrido.

Nada nos hiere tanto como hallar una flor
sepultada en las páginas de un libro. La lectura
calla; y en nuestros ojos, lo triste del amor
humedece la flor de una antigua ternura.

(Como ustedes han visto, señoras y señores,
hay tristeza también en esto de las flores.)

Claro que el clarísimo jardín de abril y mayo
todo se ve de frente y nada de soslayo.
Es uno tan jardín entonces que la tierra
mueve gozosamente la negrura que encierra,
y el alma vegetal que hay en la vida humana
crea el cielo y las nubes que inventan la mañana.

Estos mayos y abriles se alargan hasta octubre.
Todo el Valle de México de colores se cubre
y hay en su poesía de otoñal primavera
un largo sentimiento de esperanza que espera.
Siempre por esos días salgo al campo. (Yo siempre
salgo al campo.) La lluvia y el hombre como siempre

hacen temblar el campo. Ese último jardín,
en el valle de octubre, tiene un profundo fin.

Yo quisiera decirle otra frase a la orquídea;
esa frase sería una frase lapidea;
mas tengo ya las manos tan silvestres que en vano
saldrián las palabras perfectas de mi mano.

Que la última flor de esta prosa con flores
séala un pensamiento. (De pensar lo que siento
al sentir lo que piensan las flores, los colores
de la cara poética los desvanece el viento
que oculta en jacarandas las palabras mejores.)

Quiero que nadie sepa que estoy enamorado.
De esto entienden y escuchan solamente las flores.
A decir me acompañe cualquier lirio morado;
señoras y señores, aquí hemos terminado.

CANTO POR UN RECUERDO GRIEGO

A Benito Coquet

Dime, oh musa, a cuyos pies mis manos
han dejado
olvidadísimas violetas,
si antes que amanezca
mi voz junto al mar lejano
tendré las nubes necesarias
para ocultarme cuando
mi corazón lo ansie.

Antes
que los acentos se sitúen como islas danzantes,
haz de mí cuerpo un cuerpo audifono,

enérgica suma de átomos
que se divida y subdivida para multiplicarse
en los ángulos de cada estrella náutica
que acompaña lo que acontece en la honda superficie del
{mar.

Y siento ya cómo surgen del horizonte de mi sangre,
las tierras de un viaje de mármol
en que los trigales adolescentes,
durán,
y en la reunión de los olivos
el viento se aceituna y se desprende
en un verde plateo de distancias agrícolas.

Una tarde, en 1929,
yo estaba en Delfos; que por tercera vez
el tiempo y el destino me llevaron a Grecia.
Florecían las ruinas en la primavera.
Yo soy un hombre de Tabasco
que ha visitado
los sepulcros andantes de la historia.
Preguntadme por el Tigris y el Eufrates,
y por el Nilo y el Usumacinta,
por el Ilisos y el Alfeo,
por el Tiber y el Arno y el Sena y el Arlanzón y el Río.

Viajar es un tesoro de suspiros
y una copa vacía que ningún vino llena.
Mortalmente se llega, se sale mortalmente
y cuando el sol se ha puesto surge la luna llena.

Sobre el Brasil enorme corre el más grande río;
su lengua es ancha y muda; casi nada sabemos.
Sobre la Palestina corre el mínimo río;
su lengua es honda y clara; por él todo sabemos.

Nuestras vidas son los ríos;
nuestras muertes son el mar.
En los ríos nunca hay perlas.
Sólo en el mar.

Y siento que mi ánimo
por esta voz polifona escaló.
Yo estaba, una tarde, hace años, en Delfos.
Hay, a unos cuantos metros de la fuente Castalia,
una hendidura profunda, formada
por dos rocas elevadas.
Y yo,
que soy un árbol de caoba
que camina,
penetré con raíces y ramajes
y después ascendí por las rocas divinas.
¡Estaba ya en las rodillas
de las Fedriadas!
cuyos inmensos torsos acantilados
sostienen el gran pecho del Monte Parnaso.
Desde allí contemplé
los escenarios apolíneos,
el cielo griego y el mar griego.
Existe un cielo griego como existe un mar griego.
Un cielo en que la luz siempre está de perfil;
un cielo estatuario y desnudo.
Un cielo cenital, siempre recto y cantil.
La luz anda en los ojos con aire de saludo.

El mar en toda Grecia es un viejo marino
que entra hasta la cocina casi sin preguntar.
Esa tarde abundaba el Golfo de Corinto
y sentí en mis pulmones la potencia del mar.
Un gran soplo de viento me estremeció. Una nube
repentina y oscura, de pronta disparó.

Y el trueno despeñaba sus fragmentos de eco
y otro claro disparo la luz estremeció.

Y caía la lluvia
sobre las ruinas.

Sobre el templo de Apolo
y más arriba
sobre los semicírculos del teatro,
y más arriba
sobre las graderas del estadio
y más arriba
y sobre los roquedales fantásticos
de las Fedriadas.

Y abajo
sobre el camino sagrado
en cuyas rampas ondulantes
brillaban las ruinas
de los pequeños edificios
en que hace veinticinco siglos
se guardaban los donativos apolíneos.

Y yo miraba,
entre los desgarrones de la lluvia
el tesoro de los atenienses
con sus dos columnas dóricas
y los muros del tesoro de los reyes de Argos
y los del tesoro de Sicion
y el pórtico juvenil del tesoro de Sifnos,
la aurífera insula
y el tesoro de los espartanos.
Yo estaba adherido a las rocas
resonante de viento y de lluvia
como un árbol de caoba,
impávido y gozoso
y acantilando en mí una sagrada furia.
Nada quedaba ya del Golfo de Corinto.

Casi nada de las montañas y nada de las ruinas;
desapareció la fuente Castalia.
El mundo apolíneo era una gigantesca ruina.
Y yo desaparecí de mí mismo
y me descubrí más tarde en un pequeño bosque de encinas.
(La caoba, cuando llueve mucho,
huele profundamente a vida.)

Dame, oh musa,
la actitud estatuaria y pensativa.
Sin noticias de mis amigos de Atenas,
ni de las de las islas.
Teófilo Salikis era de Mitilene,
yo le conocí en Alejandría,
y en el Cairo, ante los sarcófagos de los faraones
sonreía...
Era un griego insular educado en Atenas
de la que hablábamos todos los días.
Yo le decía cosas que le agradaban,
por ejemplo, que en Atenas el otoño
es una primavera en ruinas.

Gracias, oh musa,
porque a mis labios has traído
la sed opaca y la brillante copa.
Algún día,
mi corazón giróvago y oboe
latirá junto a ti
en Maratón y en Salamís.
La Victoria se ha desatado las sandalias
y mira en un rincón sus alas.
¿Está derrotada?
Tú lo sabes bien, oh musa:
solamente descansa.

POEMA EN TIEMPO VEGETAL

A José Clemente Orozco

En este tiempo en que los árboles
tienen historia
y se acompañan espaciosos
a tiempo en luz,
a tiempo en sombra,
saqueo al aire los flautines
en que los pájaros devoran
la soledad húmeda y viva
de la raíz y la memoria.

Sonoramente en cuerpo y alma
siento el calor
con que de enérgicas prisiones,
la luz solar se liberó.
Y estoy cantando entre los árboles
y en el follaje de mi voz
pican los pájaros del viento
lentos rincones de sabor.

Entrar a un bosque cuando el día
todo llanura
con braseroillos y alfileres
a piernas ricas desanuda,
es desnudar un tronco andante
y echarlo al agua a que se una
con materiales inasibles
de olvido imágenes fortuna.

Entrar a un bosque es adueñarse
de la opulencia
con que la vida en un instante
todas sus márgenes florea,

y da a sentir su cuerpo claro,
hondo a rumores de sorpresa:
la repentina mariposa, la rama antigua que se quiebra,
lo que ceñido y desligado
se toma o deja;
algo que cae y no sabemos
qué fue y en dónde y por qué suena.

Es este bosque en que los árboles
saben hablar
de aquel silencio de obsidiana
que en fuego tuvo pedestal:
joven Cuauhtémoc que algún dia
pudo sus rocas alegrar
con los dinámicos enlaces
de este gran bosque patriarcal.

Joven Cuauhtémoc silencioso,
¿qué amanecer o atardecer
fue aquí en la pluma de tu paso
tu atardecer, tu amanecer,
y en los rumores deshilados
de oculta briña
te suspiraron gigantescos
los ahuehuetes de tu ser?

Joven Cuauhtémoc, este pueblo
de árboles, lleno de vivir,
tierra amarrada con raíces
oculta en ti,
gasta en el sol de su arboleda
tesorería varonil
¿por qué algún día tu persona
ha de volver a estar aquí?

En este bosque en que los árboles
saben callar,
he hablado a solas, he llorado
y hasta mis manos vino a dar
esa hoja que siempre cae
y que es, tal vez, una señal.
Y así en mi pecho empieza a alzarse
entre hojas secas vendaval.

Entrar a un bosque en que los árboles
tienen historia
y se acompañan espaciosos
a tiempo en luz, a tiempo en sombra,
vale como entrar a un huerto
tan lleno de frutos que todo es sombra
y en el que uno pasa sin tocar nada
porque la sed y el hambre habitan siempre nuestra ~~bosca~~.

¡Cuántas veces el joven Cuauhtémoc
vendrá a este bosque
a soñar con un pueblo saludable,
lleno de justicia y no pobre!
Y cuando se retira se estremece
todo el follaje como un pulmón enorme.
¡Hermosos y fuertes árboles!
Como estos árboles han de ser un día
en México, los hombres.

El hombre árbol sus palabras
ha extendido.
La tierra de marzo abre su entraña,
pronto recibirá la semilla...
El maíz erigirá su vara
y en su talle la mazorca feliz
multiplicará su fécula sacra.
Sítuala en el hecho preciso,

oh tierra que, desnuda, te vestirás con el agua.
Porque, como el maíz y como el árbol
se siembra y sonrie y sombra,
también, la palabra.

CEDRO Y CAOBA

A Ramón Galguera Noverola

Cedro y caoba,
la tarde baja
de garza en garza
y ahonda al río,
ligeramente,
lo que se canta.

Cedro y caoba
viven pareja del paraíso
cuya manzana mi sangre moja.

Al pie del cedro,
húmedo aroma.
Por su paloma
torcaz y cielo, subió una rama
sonoramente dodecaedro,

Franjas tardías
queman el cielo de una caoba.
Aire jilguero, y entre sus brazos,
la tarde toma.

;Ay tarde sola
que te desgajas
cedro y caoba!

Sin que se quiera,
vuela una garza,
con tal belleza,
que tal semeja que así volara
por vez primera.

Restira el cielo
mantas azules
para la garza que sigue el vuelo.

Tanto su tiempo la tarde extiende,
que en dos azules
uno despide y el otro vuelve.

Azul en sombra
lucero tiene.

Azul en luces
sus luces vence.

Hora del mundo
que el alma toma,
en soledades
cedro y caoba.

Cedro y caoba,
¡pareja sola!

En mi garganta,
collar recuerdos
junta sus perlas para cerrarla.

(Si hay una queja
no hay una lágrima.)

La tarde cae
ya entre un reguero
de estrella-tardes.

De alguna herida
se oye la sangre.

Tengo las manos sobre mi pecho.
Cruza una garza,
y el viento sale.

¿Salió de un cedro?
¿De una caoba?

Viento que rozas:
¿Por qué rosales llenos de espinas
pasaste ahora?
No aspirarte sería
talar el bosque-cedro y caoba.

Tálamo sólo
—caoba y cedro—.
Un rumor de silencio
brota del pecho.
Y un olor de caobas
bajo los cedros.
abre noches fluviales
habitadas de luces y de luceros.

Tabasco 1943

TALLE Y SABOR

A Joel Santiago

Talle y sabor,
palmeras y tamarindos,
dénsele al río
talle y sabor; dénzalo, río,
líbalo.

Palmeras y tamarindos,
dicen las voces
anaranjadas del mediodía
que el sol madura.
Por mi garganta
verdelimones gotas adulan
sabor dorado que tiene estrías.
Es la saliva
del tamarindo que en lides ácidas
es amarilla.

Hay una sombra de tamarindos
adormecida.

El río escurre
su vidrio tibio
y en sus orillas de vidriería
varó el jacinto su balsa verde
jardín de ojeras
en que una gota de alcohol se quema
al fuego soplo del mediodía.
Una palmera:
acción al vértice
que impulse curvas a todos lados.
Lo vertical
girado en círculos que alcen columnas,

y arcos y flechas
a cielo surjan.

Una palmera
suspende el ramo del mediodía
y lo hechicera.
Talle sin túnica,
cuello sonoro,
palma palmera.

Los palmerales junto a los ríos
en grupos firmes
su vida templan.

Una palmera
es un objeto sin nombre; algo
que el mediodía sostiene y llena.
¡Con cuánto acento
yo lo dijera
si yo pudiera!

Palmeras y tamarindos
viven al río
junto a jacintos.

Se redondea
la luz, y suda
la luz desnuda del mediodía.

Arde la esfera
frutal del trópico.

La banderola de un airocello
promueve frotes
sobre la copa de un tamarindo.

El sol, al centro de cuanto vive,
se paraliza.
En un momento,
no queda nada.

Y en otro instante, todo reinicia,
y el tiempo brota por todas partes
en un tremendo trajín de vida.

Talle que cumple
goce perfecto:
tú eres, palmera,
paisaje esbelto.

Sabor de luces
baja a la tierra:
árbol entero
te saborea.

Algo en mi sangre
se dice dueño...

Palmeras y tamarindos;
aquí los traje, y aquí los tengo.

Tebasco 1943

NOCHE EN EL AGUA

A Francisco Serrano Méndez

Noche en el agua.
Yo te lo dije,
noche en el agua.

Cuatro luceros
clavan el aire,
cuatro luceros.

Por cuatro cielos
la noche vale.

Tiempo y alhaja
se lleva el río,
noche en el agua.

Noche que lleva su enorme cielo;
por lo que tiembla sobre sus senos
brilla en el río
con la caída de algún lucero.

Cayó un lucero.

Toda la noche puse los codos
en barandales iluminados.

Cundió la brisa sus nomeolvides
y el dulce vaho
cimbrea el aire que el viento roba
como sustrae
los colibríes sin una mano.

Noche que sacas
las cuentas claras de tus estrellas
en los papeles que el río cala.
Por los sauzales
pasó la onda que sabe cifras
y se equivoca con las estrellas que surgen tarde.

Con qué mirada
busco a la noche que se me pierde
tras la cosecha
de las estrellas
y a espaldas negras brilla ocultada.

Noche en la orilla de mi presencia
que me diluyes en liquidámbar.

Tiempo que suelta
y luego enlaza.

El aire brilla tiempo y albaña.

A los rincones de las luciérnagas
la noche baja.

Y hay una mano de rayos x
que entra en mis ojos y se los lleva
para ocultarles otra mirada.

Noche en el agua.

Yo te lo dije:
Noche en el agua.

Tabasco 1943

A JUVENTINO ROSAS

Para Rafael Barajas Castro

lo

Lo que vengo a decir, lucientes mis señoras
y bien menos gentiles señores, es la historia
de un vals.

Pueblo pequeño y allá por los ochentas,
Pueblo cuya intemperie dichosa dejó abierta
la puerta del ropero que en un ángulo guarda
unos cuantos papeles con olor de distancia.

Medio siglo circunda la flor de una pareja
que hoy parece más joven que entonces: Primavera
que en el agua de un vals lava el manto de vidrio
con que la noche cubre su desnudez rocio.
La brisa de los pueblos, paloma sin aleros,
se posa en un suspiro y anida en un recuerdo.
Este campo que ando, que canto y que desando,
ondea dulcemente atardecido. Al campo
desta historia, lo ciñe el arroyo pequeño
fiel en su correría que lame todo el pueblo
cuál perro transparente al que le tiran todo.
Pero el arroyo sólo
se come los colores del cielo a todas horas.
Salió de aquellos cerros la tarde y aquí está,
pensando si se queda, pensando si se va.
¡Si pudiera quedarse! Ya detrás de los álamos
el aire se destruye con los últimos pájaros.
Llega un hombre que tiene su cuerpo de sonidos.
Es tan pobre, que toda su riqueza es de olvido.
Su olvido es una flor que entre un libro ha quedado.
(Yo no quiero explicar lo que así está explicado.)
Aqui, cerca al arroyo, una muchacha vive.
Tan linda, que colinda con todo lo que linda
si lo que linda es bello. Cuando sale a lavar
al arroyo, el arroyo al sentirse tocar
se relame en su espejo. Las arenas del fondo
suben a relucir su milésima en coro.
Cuando ella lava, el ritmo de sus brazos acerca
los sonidos, y suena todo lo que no suena.
Y un sonar ondulante hace ondular el campo;
y son ondas, son olas sonoras, son los sones
que al son de la esperanza hacen danzar los claros
corazones.
Mirad las invisibles abejas que al panal
confluyen: Son las notas, son las notas del vals
que sobre el pentagrama el músico puntea.

¡Todas, todas se quedan!
¡Oíd nacer el vals!

2o

Al comenzar el siglo xx —este siglo que parece derrumbarse mucho antes de terminar—, todo México bailó el maravilloso vals de Juventino Rosas.

¡Cuántos amores desatáronse para unirse bajo la fama de este vals! Digámosle, por ejemplo, a quien gobierna nuestro corazón:

Sobre las olas dese vals te digo
la espuma del amor. Sobre las olas
naufragan las espumas de las olas
espumas de las olas que persigo.
Eres el mar temprano, así, conmigo
brisa que en mis palabras enarbolas,
cielo que huyó con trigos y amapolas
y se escondió en las lágrimas del higo.
Aqui, los dos, las manos en las manos,
sosteniendo los cielos que la gente
no ve brillar, hundimos océanos
temores.

En tí soy agua movida
que se espera a sí misma bajo el puente
por salir claramente entristecida.

3o

El vals de Juventino Rosas se baila en todo el mundo. Hace unos años, en Viena, en un famoso café de María Hilfer Strasse, lo escuché tocar con rara perfección. Y ahora, a más de medio siglo de su creación en aquella inolvidable tarde campesina, lo tenemos envolviéndonos con tan irresistible gracia que:

Dicir por última vez
—que siempre será primera—
sabor de manzana y pera,
ola de elegante pez.
Agua de la desnudez
cuyo compás lento o vivo
siempre será persuasivo
en su acuática fluidez
de música redondez
y de sus pausas, cautivo.

NOCTURNO DEL MAR AMOR

Volver a decir: ¡el mar!
Volver a decir
lo que no puedo cantar
sin el corazón partir.

Lo que con sólo pensar
la dulce lengua salé
y al callar
cárcel de espumas sellé.

Noche de naves ancló
y en mi corazón caí.
Lo que desapareció,
ya está aquí.

Vivía un reflejo verde
que enrollaba el agua oscura.
Yo sé que el amor se pierde
junto a la noche más pura.

¡Ay de mi vida!
Puesta a lo largo del mar

sólo le queda mirar
un paisaje con herida.

Media noche fue en el cielo
que una nube fue a traer.
Pérdida de todo vuelo,
tiempo sangrado al correr.

En sombrías sonajeras
el agua su aire mojó
y oleajes desenrolló
ronca de angustias postreras.

Toda la noche a los cielos
mi corazón fui a llevar
por destruir un estelar
horario de desconsuelos.

Entre los dos viva muerte
secamente retoñó
y la luna la enyesó
con calmas de mala suerte.

¡Voces inútiles siempre!
Cuanto en el alma tajé
pudrió la noche septiembre
como quien rompe un quinqué.

Tu perfil en el espacio
pájaros sonidos daba
y el dolor de lo que acaba
puso el mar en tiempo lacio.

Toda la noche la cita
fue muriendo de amargura.

Llorar era una llanura
desde una tarde infinita.

Casi un año, y el puñal
intocable y solitario
gotea el aniversario
con silencioso caudal.

Bella columna sonora,
tu caída partió en dos
la gloria de un semidiós
retocada por la aurora,

Volver a decir: ¡el mar!
Volver a decir
lo que no puedo cantar
sin el corazón partir.

Junio trajo tu recuerdo,
sin querer.
Así gano lo que pierdo
moviendo mi oscurecer.

Junio y el mar tropical
descendido a oscuridades,
soledad de soledades
todo el olvido naval.

Abro el cielo y cuelgo estrellas.
Y aguas con luces remotas
esclarecen mis derrotas
moradas sobre sus huellas.

Puse en tus manos el mar
y del azul rebosante

todo un día declinante
quisiste desembarcar.

Pensar en ti será siempre
la dicha de haber vivido
cerca de ti, tan herido
una noche de septiembre.

Dije al mar: tu sangre es mía,
¡Cuánta amargura en el canto!
(Si fuera por lo que canto,
todo el mar me ceñiría.)

Surge una nube, y la nave
sobrenada; silenciosa,
se distribuye la rosa
de los vientos en que cabe.

¡Ay de mí, ay de la mar
que salió en el horizonte
la esperanza de algún monte
donde lo azul encontrar!

Porque lo azul de la mar
es la distancia del cielo,
la entonación de un pañuelo
que se ha dejado llorar.

Y lo azul en lejanía
monte montaña será
soledad de poesía,
donde la noche vendrá
sin sombra de lo que está.

Digo —y aquí me despido—,
con sonoridad ligera,

que esta voz que nunca cuido
—no me olvides, no me olvido—
cruce cada primavera
siempre fiel a lo que ha sido.

Con sonoridad ligera,
siempre fiel a lo que ha sido.

ODA NOCTURNA A JUSTO SIERRA

Entre la noche del Valle de México
—un espejo en el aire abandonado—,
se escucha el mar.
Despojada del tiempo, desde un árbol barítono,
hay una voz de gran hablar,
Vino del agua pléyade hasta la tierra altura;
coral y estrellas, llegó del mar.
En el mar de Kimpech, mi adolescencia, un día,
supo flotar y atardecer.
Y la luz que escamó tantas aguas vivientes
era una luz morena de mujer,
Esas tierras marítimas
me dieron de comer y de beber.
La hermosa noche,
tiene un hondo barítono en el aire.
Desde la voz clarea
la brisa transparente de aquel mar
y en la mirada honda de una remota frente
sigo escuchando el mar.

En esta hermosa noche de montañas
siento una voz rotunda gravitar.
Despojada del tiempo esa voz incorpora
—así las perlas de un alto collar—

el ansia más esférica que al cielo da la aurora,
en una flor para vivir y en un arder para cantar.
Tan honda voz
vino del mar.

En esta noche montañosa abondo
el suelo de la Patria revivido
desde esa voz cuyas semillas pueblan
las generosas manos con que empieza el estío.

Y me pongo a escuchar
aquella voz bronceada a fuego
que llegó del mar.

¿A qué bondad el corazón ceñía
tanta sangre de bien?

En esta noche de montañas siento
la mirada escondida de la fe.

Pájaros escolares duermen; pero en el sueño
oyen la voz que siembra y el aire de su pie
que fue de vasos griegos e itálicas tribunas
rumbo a la flor de Francia y la divina Italia y el viaje
[portugués.

Ocios e itinerarios.

La suntuosa belleza de los mayas.

Muerto Netzahualcóyotl, en trono funerario
brilla como la noche primaveral en el agua.

El pie de aquella voz transita lejos.

Y cuando vuelve, pálida, del mundo,
tiene el rumor que acaudaló un imperio
acaecido en la gloria de un crepúsculo.

En la tarde naval teatros de cielo
desde la orilla de Kimpech anulan

todo el pasado de la luz y en vuelo
paraíso los ojos acumulan.

En esta noche con montañas
oigo llegar
una voz que espirales redondea
porque viene del mar.

Entrar en esa voz es escuchar los frutos
de la vida crecer.

A la puerta de sus sonidos
hay un hombre desnudo y una húmeda sombra de mujer.
Venid de todas las lluvias
a buscar el prudente humedecer
para todos los paisajes. Venid con el sepulcro de la sombra
a escuchar y resplandecer.
Yo que escuché cuando niño
el timbre campanario de su bondad
lleno esta noche del valle de Anáhuac
reconstruyéndola como una torre sobre colinas y junte al mar.

Cuando echamos la red de nuestro oído
al fondo de esa voz,
se suele recordar el olvido
de angustia colocada más allá del sol.

Y entonces la frente cae sobre las manos
como la luz en el horizonte.
Y así sabemos sin mirar el cielo
que ha comenzado en secreto, la noche.

Y aquí empiezo a callar para decirte,
claro pastor de pública grandeza,
que enciendas fuegos fértiles sobre las almas vírgenes;
que a buena luz playera

se tienda la Nación para volver a oírte,
ciega de fe la sombra iluminada,
la alegre voluntad llena de espigas llenas,
contra la tempestad que al alma de más alma
y entre sus ruidos, pausas agredidas,
los alarmantes gémenes de la energía agrandan.
Oigo tu voz en medio de la altura
que hace la catedral de tus palabras.

Despojada del tiempo,
esa voz augusta siempre hablará.
Vino del agua pléyade hasta la tierra altura.
Honda y brillante. Coral y estrellas. Vino del mar.
¡Y ha vuelto al mar!

SONETO

Junio, voz de la luz, mitad sonora,
negra entraña terrestre en sureo abierta,
eres la desnudez sangrante y cierta,
palomar de mi voz descubridora,

Súmala a tu perfil, hora por hora,
vivela en tu pasión de nube abierta,
cántala en árbol de fragancia injerta,
róbala el día que la noche ignora.

Si en mi brazo alisté la fuerza alegre
de torcer una rama por ver cielo,
tírame el dardo que tu azar integre.

Abro todo mi pecho a tu diamante
y a tí me lanzo devorando el vuelo
de tu anchura perdido en un instante.

SONETO

A un amigo, enviándole un ejemplar de
Visión de Anáhuac, de Alfonso Reyes.

Mirala aquí —ciudad y poesía—,
flor tan viva que en sangre se derrama.
Una mano perfecta le da fama,
música historia de su biografía.

Su ejercicio final de primacía
—quetzal atardecido en una rama—
brilla entre los metales de ese drama
que angustia en oro su mortal valia.

Oro sangró la tierra mexicana
junto al maíz de sus felicidades.
¿Oyes en mis arterias la mañana?

Ven a escuchar entre mis soledades
la caída de un vaso de obsidiana
sobre un muerto collar contado en jades.

SONETO

(Iniciación del monumento a
Bolívar en México)

Piedra que va a crecer, primera y clara,
el peso de su sangre está en mis venas,
hay un trueno en la entraña en que te llenas
y un silencio arenal que en ti cuajara.

¡Cuánta fuerza en tus hombros se prepara!
¡Qué poderosa plenitud ya ordenas!

Te oigo toda en mi ser, piedra que suenas
como el cielo ante el sol que se declara.

A las piedras de América les grito:
pesen su fuerza junto al infinito;
¡súmenla en pedestal que el cielo aguante!

Y oigo en el Continente un trueno claro
que por la luz parece de diamante
y por la soledad, de inmenso faro.

SONETO

Al poeta Hernández Campos

Jorge, sobre las rocas de Tepoztlán, divinas,
sopla un viento geológico que nuestra sangre lleva.
Una ciudad de rocas en terror se subleva
y esa altura mortal se coronó de encinas.

Ladean las coníferas las trampas aquilinas
donde a las nubes nubiles la luz caricia lleva,
y una flor abismal el miedo azul renueva
cuando entre cielo y tierra sus pétalos culmina.

Mire el poeta y cruja, y al viento de la nada
oponga la clarísima verdad de su mirada.
El tumultuoso cuerpo torció nueva raíz.

Su cosecha de pájaros levantó la mañana.
Y abajo, por las calles de la honradez aldeana,
se oyó hablar entre dientes la diosa del maíz.

SONETO

Lahró Junio otra vez en carne viva
el campo del amor, y los terrones
su olor a entraña y húmedos talones
dieron al aire en que el amor cultiva.

Y el surco al horizonte se deriva
lleno de trinos y resurrecciones.
La mañana en las nubes, a jirones
se desnudó desnuda y persuasiva.

Los gérmenes moviéndose en el fondo
hacen crujir el campo grande y hondo.
¿Qué surgirá? Y el poderoso día

pinta de junio su asombrada boca
que rodeará la esbelta melodía
del vivo campo que el amor retoca.

NO QUERER

Yo estoy en tu pensamiento
mientras todo tu ser tiembla en mí.
Eres una ventana de luceros
que yo no quiero abrir.

Cuando la desnudez de tu hermosura
se baña junto a mí,
eres la sed translúcida
que no quisiera abolir.

¿Si yo habitara tu cuerpo,
viviría en tu alma?
¡Qué noche, suspendida de un jardín!

Tú eres la primera tristeza deliciosa
que no quiero sentir.

3 de noviembre de 1946

MADRIGAL DE JUNIO

Si yo te fuera olvidando
todo el amor te daría;
escúchalo y no lo entiendas:
llévelo la poesía:
si yo te fuera olvidando
todo el amor te daría.

El valle en junio señala
nuevas orillas.

Vamos a ellas robándolas,
míralas.

Orillas del mes de junio
que en una estatua se aíslan;
la lluvia después le deja
cadáveres de caricias.

Junio te lleva y te trae
con idéntica delicia.
Pensando en ti, se me va,
de junio a junio, la vida.

LUCIDA ASÍ...

A Mario Alonso

En mitad de la noche habito el tiempo
y me pregunto, ¿dónde?
¿espacio?, ¿sueño?
Oigo correr mi sangre en el relámpago
tórrido de mi cuerpo
y vivo sin morir un solo instante:
ayer, hoy y mañana a cielo intenso,
la sorpresa en el viento y en el mármol
no esclavo ni dueño,
el ritmo increado,
e s o ,
que puede ser la gota de rocío
que hace caer un pétalo
en la remota isla a que desciendo
tan surgida de lirios y ceñida a celajes
que al levantar la mano sobre el cielo
tropiezo el cuadro y se trastorna el fondo
lleno de objetos sin objeto,
y entreabriendo la noche un repentino
lueir de lúcidos luceros.

SEPTIEMBRE

El mediodía de septiembre
sus hondos árboles hojea;
en rumoroso y alto libro
su aliento el aire suspendió.
Es una hoja desasida
que una invisible mano herida
de lo más cielo desprendió.

Aguila joven, sobre rocas
tiene las crías y ha empollado
entre huracanes y tormentas
que el cielo fueron a sangrar.
Cruje la roca en su soporte
porque unas águilas del norte
traen miseria en su volar.

Rodea la roca un nudo de árboles
en que la sombra colectiva
deshabituó lo que fue aroma
y de la muerte va a vivir.
El bosque antiguo se reúne,
De todo mal siempre está inmune.
Goce o pavor tiende a infundir.

A complacerme con su cuerpo
recio de gloria solitaria
donde vilezas y traiciones
no lo han podido entorpecer,
llego y le pongo la mirada
con ansiedades del que horada
oro y zafir de amanecer.

De aquella hora de atropello
y de domésticas ruindades,
él es el ancho tiempo breve
en que se rompe el corazón
para tender un vitalicio
puente de gloria y sacrificio
que dio al abismo salvación.

La joven Águila sacude
de sombras malas su plumaje
y mira al valle-cementerio
en que la tumba es un volcán.

Bajo las alas sus criaturas
sienten las álgidas premuras
de los que el sol alcanzarán.

En Nayarit y en otros cielos
la luz, de luz, hizo más luz,
Y al levantar vuelo en diamante
águila y crías aclaró
de la miseria y de la ruina
las oquedades, y una encina
llena de cantos levantó.

Seis aguilillas vida dieron
al bosque herido. Las esbeltas
sombras hendieron el follaje
bravas en látigo viril.
Y fue una muerte poderosa
lo que a la espina dio la rosa
en una mano juvenil.

Adolescentes misteriosos
que dieron sangre al alto cáliz
y entre las hojas de septiembre
llevan camino de laurel,
Méjico tiene por vosotros
el ritmo fuerte de unos potros
bajo el dominio de un doncel.

Y en esa mano de seis dedos
un rayo joven nos vigila.
¿Tendrá el Destino que soltarlo,
sobre los valles, junto al mar?
Dos veces ya septiembre suena
en esta mágica faena
de hacer la patria y de cantar.

Chapultepec, septiembre de 1947

FECUNDA ELEGÍA

A Eduardo Úbaldo Gómez

Entre el rumor de América,
en el cenit de sus voces gigantes,
cerca de Bolívar,
cerca de Sucre,
cerca de Morelos,
junto al cielo a galope de Martí,
hay un hombre a caballo, tragado por la selva.

Vivió diez años en medio de su pueblo;
murió treinta años a causa de su pueblo.
Ya es una estatua con luz propia.
¿Su dolor es más grande que su gloria?
Hoy he salido a los cielos de América
en busca de alimento,
y he recibido el hambriento pan de las palabras mejores
y un hondaamente sólido vaso de silencio.
Es la historia de alguien que dejó el hambre de la buena cosa
por el banquete de la miseria del pueblo.
Decir su nombre es promover la aurora
entre envidia y traición, de tal manera,
que aquel buen sol ennegreció tan pronto
que nadie caminó sin que cayera.

Que el ángel del dolor descubra un lado
de su rostro y que vea
que aquel rayo del Sur llega hasta el Norte
cruzando el cuerpo herido de su América.
Nada quiebra tanto la voz humana,
como recordar el silencio y la soledad
largamente finales de este hombre.

Treinta veces la selva
se llenó de hojas secas;

treinta veces Artigas
hizo callar a la primavera.

Fue una tormenta de agresiones íntimas,
allá, en la atmósfera delgada de la conciencia;
fue sepultada en carne viva
viviendo oscuramente abierta;
fue silencio de la puerta a media noche,
cuando quizás ya todos han entrado,
o cuando tal vez ya todos han salido.

Nada tanto nos hiere
como la soledad del héroe.

Su patria
es la soledad poblada de imágenes:
la angustia por que todo lo bueno, sea.
Cuando los pueblos no padecen hambre,
el único heroísmo será el de los poetas.

Hoy he salido a los bosques de América
en busca de alimento.

Sólo el árbol en cruz de cada héroe
me dio el amargo fruto de su sombra.

Pero ésta es la sal tónica,
es el sabor energético que arrecia
la sangre espiritual, es lo que en esta hora
todavía nos sustenta.

Fruto de esa amargura
tendrá que dar al hemisferio manzanas suculentas.

Fruto de ese silencio
dará la voz que llene a nuestra América,
cuando la voz Bolívar rompa entre nuestros pueblos
la piedra del egoísmo y surja para todos la primavera.
Cuando a un hombre le sigue un pueblo entero,
es porque el corazón en las manos lleva.

Un día, detrás de Artigas,
salió, dejándolo todo, la ciudad de Montevideo.

Jerusalén será siempre la ciudad más triste,
El llanto de Nuestro Señor
sigue humedeciendo toda la tierra.
¡El cielo y la tierra pasarán
—escuchad y creed—,
pero sus palabras no pasarán!

Después de su desastre,
el general José Gervasio Artigas,
se fue a vivir pobre, entre los pobres, limpida vida
[campesina.

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas,
podían entrar.

La tierra pautada de surcos
oía los granos caer.
De aquel ritmo sencillo y profundo,
melódicamente los árboles pusieron su danza a mecer.

Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos,
el campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.

Sembraba la tierra.
Su paso era bello, ni corto ni largo.
En sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

Una selva de América
cuidó treinta años el silencio heroico

que le dio al Uruguay la voz que hoy tiene.
Se mira el campo hermoso.

La condición humana con menos sangre vierte
allá su ansia de ser humana. El gran río fraterno
es el hondo navío que tripulan países.
Arriba, el Amazonas y el Orinoco, llevan,
igual que el Paraná, la consigna dinámica de unión.

Ya las estatuas grandes el Continente pueblan.
Hay un rumor de sangre nueva en el corazón
de mi América.

Entre el rumor de América,
la gloria y el silencio de un hombre nos congrega.

Junio de 1947

ROMANCE DE FIERRO MALO

A Frida Kahlo Rivera

Mientras la aurora frases
pájaras voces
y se restituye al cielo
su abrir y cerrar de torres,
vívidas caballerías
y nublados indios corren
a un tiempo y en un espacio
que va del verde más joven
a las rozaduras rojas
de tierra y al azul monte.

Abrió el siglo xvi
como sandía la América

y por comérsela viva
y en una llaga bebérsela
saltó en sonajas de viaje
desde el mar hasta la selva.
Los tropeles europeos
descerrajaron la puerta
y a puntapiés se escuchaban
los gritos de una Edad Nueva.

De toda la sed del hombre
ninguna es tan seca y lúcida
como la sed que da el oro
—sol en paisajes de dunas—
y en ceñuda persistencia
perfora lo que no escruta
y entre los labios encierra
una verdad con su duda.
De toda la sed del hombre
y como esta sed, ninguna.

Ginés Vázquez de Mercado
—sed en oros que abren boca—
piensa a caballo y no duerme
y lo que sueña amontona.
Retoña en él la Conquista.
Don Antonio de Mendoza,
buen Virrey pero Virrey,
diole licencias ahora.
Atardecía en Xalisco
y él ya alcanzaba la aurora.

¿Por qué abandona Xalisco
Ginés Vázquez de Mercado?
Un indio, calladamente,
le dijo que caminando
hacia donde el viento enfria

y endurece el agua en claro,
hay un cerro todo de oro
donde con la sola mano
los tejos se resquebrajan
sonoramente contados.

El español se abrillanta
como quien escucha un pájaro
en la mañana primera
del convalecer más lánguido,
y una voluntad de oro
sonó en su cuerpo metálico
al reajustar sus arreos
y al brincar a su caballo
a cuyos cascos el aire
les daba visos dorados.

Palabrerío español
fue atrasando la llanura.
El silencio de los indios
fue precisando esculturas.
Los europeos aclaran
caminos bajo la lluvia.
Los indios hablan de noche
como quien come una yuca; ;
los españoles de día
como quien habla y escucha.

El horizonte los días
fue llenando con montañas
y en la cumbre de una de ellas
el indio que los llevara,
señalando otro horizonte,
erguido de nubes blancas,
le dijo al jefe español
que aquel cerro que buscaban,

cierto, no era un cerro de oro,
sino era un cerro de plata.

Esa tarde ardieron broncos
todos los soles del sol.
Gimió la tarde azotada
en pilares de calor.
Los árboles retorcieron
la ropa de su color
y una desnudez ardiente
brotada de sensación
alió a orígenes lejanos
una lúgubre canción.

Aquella noche en el viaje
se oyó hablar al español.
El indio encerró en su boca
la amarga miel de su voz.
Fue esa noche luna llena
que una nube destapó.
Y un sonar de platería
todo en los brillos sonó.
El español fue callando;
el indio, entonces, habló.

Días después, a la entrada
de un valle de luz extensa,
de extendida luz, tan ancha,
en que si la luz pudiera
ponerle luz a la luz
y a esa luz más luz le diera,
sudando luces de plata
(quien no quiera creer no crea),
el guía señala un cerro
en mitad de una pradera.

Ginés Vázquez de Mercado,
plata en plata fue sintiendo.
¡Dueño de un cerro de plata
y estando el Virrey tan lejos!
Tuvo la lengua plateada
y era su caballo nuevo,
peras de plata comió
y pesó en el aire un reino
en que lo que brille y suene,
por la plata ha de ser bueno.

Al pie del cerro los indios
quedaron el Valle viendo.
Ascendió el grupo español.
El sol estaba en el cielo.
Examinaron las rocas,
le dieron la vuelta al cerro,
y alguien despeñó su cólera
arrojando voz y restos:
Oro y plata fue mentira;
aquí la verdad es fierro.

Los españoles crujieron
metálicamente. Abajo
se vio al grupo de los indios
que estaba el Valle mirando.
Con voces ferruginosas
los españoles gritaron.
Se vio al grupo de los indios
que estaba el cielo mirando.
Las espadas europeas
las luces amenazaron.
Se vio al grupo de los indios
que estaba el cerro mirando... .

Ginés Vázquez de Mercado,
¡qué viaje de tantas tierras!
Ídolos de sol bañaron
de sudor a las esferas
de los cielos en que el aire
fue repitiendo la energética
soledad de tu ambición
de tanto oro y plata hecha.
Largo sol, Siembra de bólidos.
Los cactus entre las piedras.

¡Qué lejos está Xalisco
y más lejos aún, México!
El día daba sus víveres;
la noche sus vastos sueños.
Si en algunos mediodías
paró tu caballo el tiempo,
una que otra tarde fue
casi la aurora y tu dueño.
Don Antonio de Mendoza
te va a castigar en México.

Un collar de plata y oro
tiene el indio que los guiará,
y todos una sonrisa
y todos una callada
postura en que todos queman
en el corazón palabras
llenas de tes y de eles
y de sonidos que saltan
como quien suelta un collar
de cuentas de oro y de plata.

Señor, si el cerro es de fierro,
¡antes era de oro y plata!
Yo con mis manos lo vi

antes de que me casara,
dijo el guía. Yo llevé
plata pura basta mi casa.
Oro y plata yo les tengo,
te lo digo en mi palabra.
Cuando anocheció, un lucero
buscó sombra en la montaña.

La ambición y la tristeza
viven juntas, duermen juntas.
El capitán español
murió después de otra luna.
Dicen que murió de heridas
en el camino que muda
las sierras del aire frío
al sudor de la llanura.
El capitán español,
murió de rabia y de duda.

De toda la sed del hombre,
ninguna es tan seca y lúcida
como la sed que da el oro,
sol en paisajes de dunas.

El corazón me pedía
un romance, y aquí está.
Su sangre sonó en Durango
y también por Yucatán.
No lloro pero me acuerdo.
¡Uxmal y Teotihuacán!
No lloro pero me acuerdo.

¡Ay Señor, lo que vendrá!
¡Por suspirarle a la vida
uno qué cosas no hará...!

Soltar la voz mientras llueve,
una tarde.

Y nada más.

NOCTURNO A MI MADRE

Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Entré en mi alcoba y abrí la ventana.
La noche se movió profundamente llena de soledad.
El cielo cae sobre el jardín oscuro.
Y el viento busca entre los árboles
la estrella escondida de la oscuridad.
Huele la noche a ventanas abiertas,
y todo cerca de mí tiene ganas de hablar.
Nunca he estado más cerca de mí que esta noche:
Las islas de mis ausencias me han sacado del fondo del mar.
Hace un momento,
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma al Señor y mi espíritu
[se llena de gozo para siempre jamás.]

Mi madre se llama Deifilia,
que quiere decir hija de Dios, flor de toda verdad.
Estoy pensando en ella con tal fuerza
que siento el oleaje de su sangre en mí sangre
y en mis ojos su luminosidad.
Mi madre es alegre y adora el campo y la lluvia,
y el complicado orden de la ciudad.
Tiene el cabello blanco, y la gracia con que camina
dice de su salud y de su agilidad.

Pero nada, nada es para mi tan hermoso
como acompañarla a rezar.

Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen
—Torre de Marfil, Estrella Matinal—,

siento en mi que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.

Hace un momento la oí que abrió su ropero,
hace un momento la oí caminar.

Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos,
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
mi madre le ha hecho honores de princesa real.

Doña Deifilia Cámara de Pellicer
es tan ingeniosa y energica y alegre como la tierra tropical.

Oigo que mi madre ha salido de su alcoba.

El silencio es tan claro que parece retoñar.

Es un gajo de sombra a cielo abierto,
es una ventana acabada de cerrar.

Bajo la noche la vida crece invisiblemente.

Crece mi corazón como un pez en el mar.

Crece en la oscuridad y susurra
y sube en el dia entre los arrecifes de coral.

Corazón entre naufrago y pirata
que se salva y devuelve lo robado a su lugar.

La noche ahonda su ondulación serena
como la mano que en el agua va la esperanza a colocar.

Hermosa noche. Hermosa noche
en que dichosamente he olvidado callar.

Sobre la superficie de la noche
rayé con el diamante de mi voz inicial.

Mi voz se queda sola entre la noche
ahora que mi madre ha apagado su alcoba.

Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
y esconde entre mi angustia lo que en mi pecho llora.

Mi voz se queda sola entre la noche
para decirte, oh madre, sin decirlo,
cómo mi corazón disminuirá su toque
cuando tu sueño sea menos tuyo y más mío.

Mi voz se queda sola entre la noche
para escucharme lleno de alegría,
callar por que ella no despierte,
vivir sólo para ella y para ella,
detenerme en la puerta de su alcoba
sintiendo cómo salen de su sueño
las tristezas ocultas,
lo que imagino que por mí entristece
su corazón y el sueño de su sueño.

El ángel alto de la media noche,
llega.
Va repartiendo párpados caídos
y cerrando ventanas
y reuniendo las cosas más lejanas,
y olvidando el olvido.
Poniendo el pan y el agua en la invisible mesa
del olvidado sueño.
Disponiendo el encanto
del tiempo enriquecido sin el tiempo;
el tiempo sin el tiempo que es el sueño,
la lenta espuma esfera
del vasto color sueño;
la cantidad del canto adormecido
en un eco.
El ángel de la noche también sueña.
¡Sólo yo, madre mía, no duermo sin tu sueño!

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR DE MORELOS

A José Clemente Orozco

lo

Imaginad:
una espada
en medio de un jardín.

Esso es Morelos

Imaginad:
una pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.

Esso es Morelos

Imaginad:
una llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.

Esso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.
Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:
La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina,
el huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,
esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.
Esta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan.
¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi corazón
y provocar una grieta en la montaña!
¡Hablar en piedra y escribir en llamas!
La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho:
ni un corazón que surja: todo estaba desierto.
La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado:
era sólo una cáscara y polvo dentro de ella.
El siempre fuego que a la ciudad ardió:
halló sólo papeles, y el humo, no duró...
Estas son las palabras terriblemente buenas,
palabras vivas, hechas de llamas sobre las piedras.

Grité ¡Morelos!, hace quince años desde las rocas de
[Tepoztlán]

¡Olor a Cuautla! Y entre palmeras hechas laureles
salté al abismo del heroísmo; grité ¡Morelos!
Y vi la tierra abajo desde el verde al azul.
Y unas botas sin ruido lo estremecieron todo
y sudaba una frente su pañuelo de luz.
Grité ¡Morelos!, hace quince años en Acapulco.
Y clamoroso mar me atropelló.
Una raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro della enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterias fue mi sangre a parar.
Bajar del monte, querer el mar.
Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho,
acero, piedra, llama.

Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.
Tu fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu残酷 de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.
Gloria a ti, mexicano y hombre continental.
Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magnificat.
Gritar Morelos
es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

20

Un muchacho, de pie, que ha trabajado
de sol a sol, reclina su costado
contra un árbol tan grande que parece
que el cielo abarca y que la tierra crece
en su horizonte azul, tras otro azul nublado.

Masca las hojas tiernas de un retoño
que arrancó sin querer. Cielo de otoño
nubes enormes pinta y abandona.
Un aire de esplendor y de corona,
alrededor del campo.
¿Qué mira que no ve? La luz enciende
dos luces en sus pies, y lo suspende.
Con los ojos clavados, sangró su pensamiento.
El campo agranda la quietud del viento
que a flor de soledad silencio tiende.

De cuando en vez levántasele el pecho
y aun el cercano techo
ligeramente se conturba. Sube
ya en la última nube
ese rumor de corazón maltrecho.
Un suspiro en la tarde siempre aclara
ese otro atardecer que nos separa.

Habla y no se le escucha,
cuál si moviera labios de muy lejos.
Inmóvil, y así se ve que lucha
tal una sombra herida por espejos.

Por entre la camisa
blanquea su persona.
Y es negra por exacta su sonrisa
cuando la luz declarase campeona
como en plena mitad cáliz de misa.
La luz, que sombras lentas ocasiona,
cuelga los papelitos de la brisa
y así el final de su presencia acciona.

¿Qué mira que no ve joven campestre?
Tiene la cicatriz de un día ecuestre:
una bestia y un árbol. Algún día
la yegua enrojecida del combate
sentirá su talón, y su acicate
poderoso, será fuerza que guía.

Bajo un árbol inmenso
crece un varón. Después olerá a incienso,
luego a pólvora. De pronto en una estrella
brilla la voz de Dios. Y en el intenso
anochecer, palabras que maduran huella
salen del joven criollo con silencioso ascenso.
La tarde se abrió el pecho y le acercó su estrella.

Cuernavaca, 9 de mayo de 1946

CUATRO CANTOS EN MI TIERRA

A Noé de la Flor Casanova

I

Tabasco en sangre madura
y en mí su poder sangró.
Agua y tierra el sol se jura;
y en nubarrón de espesura
la joven tierra surgió.

Tus hidrógenos caminos
a toda voz transité
y en tu oxígeno silbó
mis pulmones campesinos.

A puños sembré mi vida
de tu fuerza vendaval
que azúcar cañaveral
espolvorea en la huida.

El tiempo total verdea
y el espacio quema y brilla.
El agua mete la quilla
y de monte a mar sondea.

Pedacería de espejo.
La selva, encerrada, ulula.
Casi por cada reflejo
pájaro que se modula.

Más agua que tierra. Aguaje
para prolongar la sed.
La tierra vive a merced
del agua que suba o baje.

Cuando la selva repasa
su abecedario animal
relámpago vertebral
de caoba a cedro pasa.

Flota de isletas fluviales
varó en flor la soledad.
Son de todo eternidad
y de nada temporales.

El mediodía tajado
de algún fruto tropical
tiene un sabor de cristal
sonoramente mojado.

Hay en la noche un instante
de vida, que si durara,
húmeda la muerte alzara
cual un terrible diamante.

Y a veces en la ribera
es tan fina la mañana
que la sonrisa primera
todo el día nos hermana.

Tiempo de Tabasco; en hondo
suspiro te gozo así.
Contigo, cerca de mí
tiempo de morir escondo.

Arde en Tabasco la vida
de tal suerte, que la muerte
vive por morir hendida,
de un gran hachazo de vida
que da, sin querer, la suerte.

La ceiba es un árbol gris
de gigantesca figura.
Se ve su musculatura
medio manchada de gris.

Es el árbol que hace todo;
yo lo he visto trabajar
y en la tarde modelar
sus pajaritos de lodo.

Ceiba desnuda y campal
cuya fuerza liberó
bosque y cielo y estrenó
su claro de matorral.

En desnudo pugilato
parece que así despejas
el campo y que le aconsejas
a todo árbol buen recalo.

Navegando por el río,
súbitamente apareces.
Te he visto así, tantas veces,
y el asombro es siempre mío.

Cuando en el atardecer
todo Tabasco decrece
y el aire en los cielos mece
lo que ya no pudo ser,
con qué bárbara grandeza
das la razón al paisaje
que con oscura certeza
se adueñó de algún celaje
con que así la noche empieza,

Ceiba te dije y te digo:
colgaré mi corazón
de un retoño de tu abrigo;
tendrá su sangre contigo
altura y vegetación.

III

Una laguna que llega
y una laguna que va.
Si la luz de frente anega
o la luz de lado da,
el jacintal que congrega
su poesía despliega
que en mi voz cintilará.

Hay más laguna que luna
en la noche que es tan clara.
Semeja que el cielo usara
luz modal de la laguna.

Hay más laguna que luna.
Tiempo lagunar que cabe
para siempre en nuestra vida.
Que no se cierre la herida
que por su boca se sabe
la llegada y la partida.

Estábamos la laguna
y yo.
Como esa noche...
Con más laguna que luna
la noche se desnudó.

Sudor de intemperie humana
que el aire sutil saló

y en su humedad levantó
flor luxuria rusticana.

Tu adolescencia suspira
junto a mi pecho velludo.
El tiempo es tiempo desnudo
y su largo cuerpo estira.

Si por besarte viví
con más laguna que luna
fue más luna que bebí
que el agua de la laguna
que a raya en cielos tendí.

Como esa noche...

IV

El agua es laguna o río.
Un espejo se quebró.
Por todos lados miró
la desnudez del estío.

Con el agua a la rodilla
vive Tabasco. Así clama
de abril a octubre la flama
que hace callar toda arcilla.

Si por boca de la selva
largo la verdad su grito,
miente el silencio infinito
del agua que el agua envuelva.

Llueve lejos, por la sierra.
Llueve a tambor y clarín.
Toro del agua, festín
corre por toda la tierra.

Joven terrón cuaternario,
por tu cuerpo de aluvión
sangra el verde corazón
de tu enorme pecho agrario.

Lo que muere y lo que vive
junto al agua vive y muere.
Si en lluvia el cielo así quiere
moje su noche en aljibe.

Más agua que tierra. Agusaje
para prolongar la sed.
La tierra vive a merced
del agua que suba o baje.

Brillan los laguneríos
en la tarde tropical
actitud de garza real
toma el aire de los ríos.

La noche en lluvia y batracio
retiene el nocturno verde
y al otro día se muerde
verde el verde del espacio.

Aqua de Tabasco vengo
y agua de Tabasco voy.
De agua hermosa es mi abolengo
y es por eso que aquí estoy
dichoso con lo que tengo.

Villahermosa, Tabasco, 1943

EL CANTO DEL USUMACINTA

Al Doctor Ad

De aquel hondo tumulto de rocas primitivas,
abriéndose paso entre sombras incendiadas,
arrancándose harapos de los gritos de nadie,
huyendo de los altos desórdenes de abajo,
con el cuchillo de la luz entre los dientes,
y así sonriente y limpida,
brotó el agua.

Y era la desnudez corriendo sola
surgida de su clara multitud,
que aflojó las amarras de sus piernas brillantes
y en el primer remanso puso la cara azul.

El agua, con el agua a la cintura,
dejaba a sus adioses nuevas piedras de olvido,
y era como el rumor de una escultura
que tapó con las manos sus aéreos oídos.

Agua de las primeras aguas, tan remota,
que al recordarla tiemblan los helechos
cuando la mano de la orilla frota
la soledad de los antiguos trechos.

Y el agua crece y habla y participa.
Sácala del torrente animador,
tiempo que la tormenta fertiliza;
el agua pide espacio agricultor.

Pudrió el tiempo los años que en las selvas pululan.
Yo era un gran árbol tropical.
En mi cabeza tuve pájaros;
sobre mis piernas un jaguar.

Junto a mí tramaba la noche
el complot de la soledad.
Por mi estatura derrumbaba el cielo
la casa grande de la tempestad.
En mí se han amado las fuerzas de origen:
el fuego y el aire, la tierra y el mar.

Y éste es el canto del Usumacinta
que viene de muy allá
y al que acompañan, desde hace siglos, dando la vida,
el Lakantún y el Lakanjá.
¡Ay, las hermosas palabras,
que si se van,
que no se irán!

¿En dónde está mi corazón
atravesado por una flecha?
La garza blanca vuela, vuela como una fecha
sobre un campo de concentración.

Porque el árbol de la vida,
sangra.
Y la noche herida,
sangra.
Y el camino de la partida,
sangra.
Y el águila de la caída,
sangra.
Y la ventaja del amanecer, cedida,
sangra.
¿De quién es este cuello ahoregado?
Oíd la gritería a media noche.
Todo lo que en mí ya solamente palpo
es la sombra que me esconde.

Empieza a llover
en el tablado de la tempestad
y la anchura del agua abandonada
disminuye la nave de su seguridad.

Es la gran noche errónea. Nada y nadie la ocupan.
Tropiezan los relámpagos los escombros del cielo.
La gran boca del viento se estranguló en la ceiba
que defiende energúmena, su cantidad de tiempo.

Se canta el canto del Usumacinta,
que viene de tan allá,
y al que acompañan, dando la vida,
el Lakantún y el Lakanjá.

En una jornada de millones de años
partió el gran río la serranía en dos.
Y en remolinos de sombrío júbilo
creó el festival de su frutal furor.

Los manteles de su mesa son más anchos que el horizonte.
Pedid, y no acabaréis.
En el cielo de toda su noche,
una alegría planetaria nos hace languidecer.

Ésta es la parte del mundo
en que el piso se sigue construyendo.
Los que allí nacimos tenemos una idea propia
de lo que es el alma y de lo que es el cuerpo.

Se me vuelven tiendas de campo los pulmones,
cuando pienso en este río tropical,
y así en mi sangre se pudre la vida
de tanto ser energía
en soledad antigua o en presente caudal.

Cuando me llega el ruido de bachazos
de la palabra Izankanak,
me abunda el alma hasta salirme a los ojos
y oigo el plumaje golpe de un águila herida por el huracán.

Un mundo vegetal que trabaja cien horas diarias,
me ha visto pasar en pos de la noche y del alba.

Reconoció en mis ojos el poderoso espejo;
reconoció en mi boca fidelidad madura.
Vio en mis manos la caña que astautó el aire húmedo
y le mostré mi pecho en que se oye la lluvia.

Mirando el río de aquellos días que el sol engríe,
al verde fuego de las orillas robé volumen
y entre las luces de lo que ríe, lo que sonríe,
es un jacinto que boga al sueño de otro perfume.

El pájaro turquesa
se engarzó en la penumbra de un retoño
y entre verdes azules canta y brilla
mientras la hembra gris calla de gozo.

Mirando el río de aquellas tardes
junté las manos para beberlo.
Por mi garganta pasaba un ave,
pasaba el cielo.

Mirando el río
di poca sombra:
todo era mío.

Todas pintadas, jamás extintas,
son estas aguas, río de monos, Usumacinta.
En tu grandeza
con esplendores reconfortaste savia y tristeza.

Te descubrí,
y en ese instante
tras un diamante
solté un rubí:
de asombro existo,
preclara cosa;
sangre dichosa
de haberte visto.

Robé a tu geografía
su riqueza continua de solemne alegría.
El que tumbe así el árbol de que estoy hecho
va a encontrar tus rumores entre mi pecho.
Y es un cantar a cántaros,
y es la nube de pájaros
y es tu lodo botánico.

En las sombras históricas de tu destino
cien ciudades murieron en tu camino.
Atadas de pies y manos
están esas ciudades.
Entre una jauría de árboles desmanes
se moduló la silaba final de esas edades.

Los hombres de un tiempo del río
la frente se hacían en talud;
y el resplandor terrestre de sus avíos
les dio una honda gracia de juventud.
Sonreían con las manos
como alguien que ha podido tocar la luz.

¡Ay, las hermosas palabras,
que si se irán,
que no se irán!

Lo que acontece ya en mi memoria cunde en mis labios,
con Uaxaktún,
con Yaxchilán.

Después fueron los paisajes sumergidos
y el sagrado maíz se pudrió.
Y en las ciudades desalojadas,
el reinado de las orquídeas se inició.
Así, cuando llueve socavando sobre el Usumacinta,
aun en la corteza de los viejos árboles
se encoge el terror.
El hombre abandonado que ahora lo puebla
fulgurará otra vez poderoso entre la muerte y el amor.

Eres el agua grande de mi tierra.
La tormenta dinámica del ocio tropical.
El hombre en ti es ahora la piedra que habla
entre el reino animal y el reino vegetal.
Por el hueco de un árbol podrido
pasa el verde silencio del quetzal.
Es una rama póstuma.
Es la inocencia deslumbrante que nada tiene que declarar.

La sapientísima serpiente,
lo llevó un día sobre su frente cenital.

¿En dónde está mi corazón
partido en dos por una flecha?
La garza blanca vuela, vuela como una fecha
sobre un campo de concentración.

¡Ay, las hermosas palabras,
que si se van...
que no se irán
de este canto del Usumacinta,
que brotó de tan acá,

y al que acompañan, dando la vida, desde hace siglos,
el Lakantún y el Lakanjá.

Porque de el fondo del río
he sacado mi mano y la he puesto a cantar.

9 de mayo de 1947

TEMA PARA UN NOCTURNO

Cuando hayan salido del reloj todas las hormigas
y se abra —por fin— la puerta de la soledad,
la muerte,
ya no me encontrará.

Me buscará entre los árboles, enloquecidos
por el silencio de una cosa tras otra.
No me hallará en la altiplanicie deshilada
sintiéndola en la fuente de una rosa.

Estoy partiendo el fruto del insomnio
con la mano acuchillada por el azar.
Y la casa está abierta de tal modo,
que la muerte ya no me encontrará.

Y ha de buscarme sobre los árboles y entre las nubes.
(¡Fruto y color la voz encenderá!)
Y no puedo esperarla: tengo cita
con la vida, a las luces de un cantar.

Se oyen pasos —¿muy lejos?...— todavía
hay tiempo de escapar.
Para subir la noche sus luceros,
un hondo son de sombras cayó sobre la mar.

Ya la sangre contra el corazón se estrella.
Anochece tan claro que me puedo desnudar.
Así, cuando la muerte venga a buscarme,
mi ropa solamente encontrará.

31 de octubre de 1945

Práctica de vuelo

1956

SONETO A CAUSA DEL TERCER VIAJE A PALESTINA

¿Por qué, Señor, a tus paisajes tomo
de nuevo entre mis brazos? ¿Por qué ordenas
—pájaros en abril, noches serenas—
que a mí desciendan nubes de tu domo?

Y al abismo cordial mi sombra asomo
y te digo mis gozos y mis penas.
Y con lágrima grande las arenas
jardines brotan y en mi fe te aroma.

La cuna y el sepulcro. Piedra y cielo.
Paisajes de Israel. La sed fecunda
la Samaria de piedra. Y desde el vuelo

del Tabor, pesca y ara Galilea.
Y le abrí el corazón agua que inunda,
para que el Sol en sus entrañas vea.

Monte Tabor, Palestina 1929

SONETOS BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

I

Alcé los brazos y la cruz humana
que fue mi cuerpo así, cielos y tierra

en su sangre alojó. Su paz, su guerra,
su nube palomar, su piedra arcana.

¡Cómo sentí en mis brazos la campana
del aire azul! Y el pie que desentierra
su pisada en la tierra que lo encierra.
Del corazón salió la mañana.

Y cuerpo en cruz, el corazón abierto
—pájaros de diamante en aire vivo—
brotó y el aire fue el más claro huerto.

De aquella libertad quedé cautivo.
Bebiéndome la sed planté el desierto
y del sol en el cielo fui nativo.

II

Una vez, una noche en Palestina,
el cielo cintiló y alcé el oído
y abrí los brazos y oculté al olvido
la nube de su pálida cortina.

¡Jesús, tú que eres Dios!, dije y divina
la sangre derramó su vaso herido
sobre la mesa festival crecido
como rosa alcanzada por su espina.

Aquella noche llena de luceros
oí mi voz por vez primera —aleros
de la primera voz—. Y el alma cupo
en el paisaje inmenso. Poesía,
mira, calla, ven, ve, vuelve a tu grupo
y escucha la perfecta melodía.

Cuando tenga en mi voz el agua clara
de ser con los demás como conmigo,
del agua montañosa seré amigo
junto al hermoso mar que se acitara.

Citará el huracán tendrá por cara
y azul la mano de rozar el trigo.
Toda criatura me dirá: "contigo",
cuando en el agua escuche mi voz clara.

¡Si yo pudiera levantar los brazos
y abrirlos como en fruto bien maduro
hace el árbol al sol! A tus bachazos,
oh vida, mucha rama está cayendo.
Tal vez queden las dos que el tronco oscuro
entre sombras y estrellas va pidiendo.

Las Lomas, noche del 23 de enero de 1940

SONETOS LAMENTABLES

EN PRISIÓN

I

En el dolor gigante ¡cuánto aspira
el dulce corazón oír tu gloria!
Lloró lágrimas nuevas la memoria
y el dulce corazón su infierno mira.

La soledad montañas le suspira,
la libertad veloz —rota victoria—
está en él humillada hasta la escoria.
El santo horror humano en él se mira.

Agonía de todos los sentidos;
se combaten en muerte los olvidos.
¿Ir hacia Ti?, no encuentro sino abismo.

¡Alzará el viento de mis hombros vuelo!
Yo vivo todo en tierra. Tú eres cielo.
Tú azul, y yo en el hueco de mí mismo.

II

Esplendor que a mis voces apasiona,
¿para qué el acordar con tanta lira?
Hoy que te hablo, Señor, sólo suspira
la lira de caudales y corona.

Todo un cielo auroral se desmorona;
el gran lucero cae. De engaño se azafira
la cordillera y el poema expira
porque nunca tocó la excesa zona.

Sólo mi voz en Ti sus voces halla.
Señor, la primavera pronto calla
y en el campo de espigas, junto al río,

iré a buscarte. Que las amapolas
me dirán lo que es tuyo y lo que es mío
y por qué las espigas no están solas.

m

¿Qué agua de Tí mi corazón anega?
¿Por qué el viento me empuja hacia la orilla?
Al lago que bajé —noche que brilla—
su ser afín mi corazón entrega.

No senda que pausada en maravilla
a Nínives y a Uxmales sólo llega.
Es el paisaje de Jesús que entrega
puertas de una ciudad que sin sol brilla.

Ningún bagaje, ligadura o nudo;
el corazón tan libre y tan desnudo
que lleve las pasiones como estrellas.

Desaparezca la Esperanza y solas
la Fe y la Caridad dejen sus huellas.
Se podrá caminar sobre las olas.

Prisión del Cuartel de San Diego, Tacubaya, febrero de 1931

SONETOS DE ESPERANZA

I

Cuando a tu mesa voy y de rodillas
recibo el mismo pan que Tú partiste
tan luminosamente, un algo triste
suena en mi corazón mientras Tú brillas.

Y me doy a pensar en las orillas
del lago y en las cosas que dijiste...
¡Cómo el alma es tan dura que resiste
tu invitación al mar que andando humillas!

Y me retiro de tu mesa ciego
de verme junto a Ti. Raro sosiego
con la inquietud de regresar rodea
la gran ruina de sombras en que vivo.
¿Por qué estoy miserable y fugitivo
y una piedra al rodar me pisotea?

u

Y salgo a caminar entre dos cielos
y ya al anochecer vuelvo a mis ruinas.
Últimas nubes, ángeles divinas,
se bañan en desnudos arroyuelos.

La oscura sangre siente los flagelos
de un murciélagos en ráfaga de espinas,
y aun en las limpias aguas campesinas
se pudren luminosos terciopelos.

La poderosa soledad se alegra
de ver las luces que su noche integra.
¡Un cielo enorme que alojarla puede!

Y un goce primitivo, una alegría
de Paraíso abierto se sucede.
Algo de Dios al mundo escalofría.

SONETOS DE LA LUZ

I

¿Cómo sabiendo que Tú eres la vida,
ando en la muerte lleno de alborozo?
Me inclino sobre mí como ante un pozo:
¡y en sombras bajas, la estrella encendida!

Qué espesor de silencio en esa herida
tan desangrada como un calabozo.
Pero allá abajo chispea con gozo
esa punta de sol jamás partida.

Si te quiero cubrir, pequeño abismo,
sería sepultarme así en mí mismo.
Pero al cerrar los ojos, en mis ojos
la inescondible luz allí estaría.
Y entre la destrucción y sus despojos
deja esa luz su cordial joyería.

II

La luz descubre la verdad que es vida.
¿Estoy amaneciendo muy despacio?
El cuerpo, tumba en luz, será un palacio;
la copa, con el agua confundida.

Quiero ver sin los ojos, descendida
e invasora de cuanto en mí es espacio
la jocunda explosión de ese topacio
que en la luz esconde su verdad cumplida.

Illuminarme luminosamente
como el agua que sale bajo el puente
y en el instante que el cenit ordena,

La luz descubre la verdad que es vida.
¡Cristo, Dueño y Señor, pon la azucena
sobre el sepulcro de la ceiba hendida!

SONETOS TODO UN DÍA

I

Siento en mi desnudez, rampa y ceniza
por donde suben ángeles de fuego,
carr la lluvia con tendido apego
y en cada poro ballar luz llovediza.

Y soy la nube que en volcán se iza
aparentando sólido sosiego,
y el clima azul del aire solariego
con impalpable don la encoleriza.

Tal pensé y escribí. Y a medio cielo,
el sol igual a mí, desnudo y fuerte,
acompañó mi material desvelo.

Y el campo y yo temblamos de tal suerte
como si en un jardín, a trino y vuelo,
cruzara un ruiseñor lleno de muerte.

II

¡Qué campo, qué esplendor! ¡Con cuánta anchura
se abría el horizonte! En cada hoja
de hierba que palpé, la vida moja
de esbelta sangre la campal cultura.

Y el alma iba hacia Dios, llena de holgura,
sin la tristeza que la vida arroja.

Si pudiera contar hoja por hoja
fuera suma menor a mi ventura.

Al rumor temporal siguió la eterna
contemplación. El cielo se prosternó
ante Aquel que es Pre-Esencia y es Misterio.

Qué hermoso estaba el aire de aquel día
en que lo más azul del planisferio
fue un ruidoso fulgor que se pudría.

III

Al regresar del campo, atardeciendo,
hallé a mi madre junto a la ventana,
y al besarla sentí la fuerza arcana,
lo que hoy a luces sin clamor trasciende.

Y estuve en Dios con ella. Y hoy extiendo
toda mi vida en esta noche humana
en que relampaguea y acampaña
mi voz que en el "Magnificat" suspendo.

Dios y Señor: levanta en mi camino
poderosa espiral, y en torbellino
esta ceniza en fuego que has creado

llegue a tu pie. Habitame y señala
mi pecho como el sueño abandonado
al que de pronto le surgiera un ala.

IV

¡Si otra vez fueran dos! ¡Si yo pudiera
ser el ángel que fui! ¡Si en cada mano
llevara yo los puños de ese grano
misterioso que al monte es primavera!

Si delante de mí se detuviera
el árbol que camina por el llano
y con la voz fratal dijera: hermano,
¿cómo puedes sembrar la primavera?

A veces siento que con poco ahínco
y en la fertilidad de un hondo brinco
podré saltar del mar a la otra orilla.

Y entre soberbias y lujurias canto
sabiendo que del roble soy astilla
y del desorden el bestial encanto.

SONETOS A LOS ARCÁNGELES

MIGUEL.

Al riesgo y la virtud libró su vuelo;
y el pie que alzó entre brisas luminosas
tocó la oscuridad y las ruidosas
orillas donde el monstruo hunde su suelo.

Se oyó el abismo de la tierra al cielo.
Y ante el mundo sangrante de las cosas
cortó el arcángel las pestilenciosas
cabezas de volcánico flagelo.

La Virgen de las vírgenes subía
del cielo que enfloró con nuevas voces
a otro cielo de incógnita alegría.

Suspendiendo los coros de la vida
pasó el arcángel —nube y luz veloces—
punzando estrellas con su espada henchida.

GABRIEL

Abrete, rosa, danza, lirio oscuro,
vengan los aires en rondas doradas.
Abajo las raíces enlazadas
fiestas profundas lian bajo el muro.

Cayó, de sólo miel, fruto maduro;
el rocío salió de sus miradas
a recibir las primeras pisadas
que al jardín anunciaron el conjuro.

Perfumes y palomas espirales
ala de aroma a la noticia dieron.
Silencio en el planeta. Matinales

manos abrieron pequeña ventana,
y a la mano los pájaros vinieron
abandonando la viril mañana.

RAFAEL

Hundió el arcángel la brillante mano
en el agua y el pez fue prisionero.
Del hígado fluvial sacó el lucero
que hizo el eclipse de los ojos vano.

Y la sombra cayó del cuerpo anciano
y amontonó su manto pordiosero
al pie del joven cuya voz primero
calló en sus ojos y apretó su mano.

El arcángel de pie junto a la puerta
miraba las miradas y en sus ojos
brincó la luz en peces descubierta.

La noche en cantos familiares vino
cuando el arcángel con los dedos rojos
tomó sus alas y salió al camino.

SONETOS SUPPLICANTES

I

Una vez —en Asís— robé al camino
esa mirada que se va hasta el fondo
del alma, y la soberbia que allí ahondo
arrastré, desangrando mi destino.

Fui roble corporal; cantante encino
y en el ojo el azul lleno y redondo.
Me miré el corazón: ya estaba hondo;
y al vaciarlo de inercia fui divino.

¡Con qué alegría la humildad fue bella!
Cristo: vuélveme a dar esa mirada
que barrió de mi ser lo que descuella.

La soberbia animal vuelva a su lodo
para que mi humildad, siempre habitada,
nada me dé porque lo tengas todo.

II

Cristo, Nuestro Señor, haz que yo entienda
que Tú has vivido en mí por un instante.
Lo que brilla en mi barro es un diamante
que pierdo a voluntad en sombra horrenda.

(Alguna vez la noche que yo encienda
perpetuará una rosa rozagante;

veré a Nuestro Señor, jamás distante,
mirar la flor y señalar la ofrenda.)

El tiempo que yo soy, eternamente,
se podría estrellar sobre mi frente.
¡Resultar la Verdad y la Belleza!

Haz que te adore, oh Dios, de Ti poblado
y yo amanezca al fin, con tal destreza,
que nadie sepa que voy a tu lado.

SONETOS NOCTURNOS

I

En el tiempo espiral que ansiosa vida
voltea y hunde en el azul conciencia
pasa de lapislázuli experiencia
a la perfecta sombra inconocida.

Frialdad oscura, oscuridad fluida,
búsqueda de la suma subsistencia;
gloria submar, de negra transparencia
por intacto silencio esclarecida.

Cartílago en atmósferas presiones
el ritmo espiritual intersecciona
agua en arcos por ondas corazones.

Flecha pez —uno o todos convergidos—
encenderá la luz que perfecciona
la divina ansiedad de los sentidos.

Tiempo soy entre dos eternidades.
 Antes de mí la eternidad y luego
 de mí, la eternidad. El fuego;
 sombra sola entre inmensas claridades.

Fuego del tiempo, ruidos tempestades;
 si con todas mis fuerzas me congredo,
 siento enormes los ojos, miro ciego
 y oigo caer manzanas soledades.

Dios habita mi muerte, Dios me vive.
 Cristo, que fue en el tiempo Dios, derive
 gajos perfectos de mi ceiba innata.

Tiempo soy, tiempo último y primero,
 el tiempo que no muere y que no mata,
 templado de cenit y de lucero.

NOCTURNO

I

Buena cosa es alzar los ojos, grande
 la mirada en los cielos, cuando altera
 la noche su terrible primavera
 y su idioma abismal cántico expande.

Si el alma quiere, que así se desbande
 —guías de estrellas que el tiempo acelera—:
 alas ponga en mi lengua y alto ablande
 tanto pavor de inmensidad cantera.

Dios y Señor, mi soledad es urna
donde instalo la perla de adorarte
y ante ella un ángel su presencia turna.

El gozo poseido y tan aparte
—árbol frutal de la estación nocturna—
que prodigiosamente se reparte.

II

Pie de la noche, mano de la aurora,
cabeza cenital, pecho tardío,
toda mi voz fluvial dada en plantío;
poderosa presencia agricultora.

El tacto azul del aire que cerciora
su cómoda penumbra en el vacío;
la belleza insaciable del rocío
que colocó jardines a deshora.

Si tanto tengo y tanto me hace falta,
venado que solté, chorro que salta,
búsquenme entre la selva, en la perdida
soledad del encuentro, en esa hora
de todos los relojes detenida,
ya un poco intemporal y desertora.

III

Entre la selva enorme de la hierba
la hormiga y una gota de rocío
—todo el cielo y la tierra— mudo espío
y alguien inmóvil y voraz me observa.

¿Adónde va la hormiga? ¿Qué reserva
a esa gota de cielo? ¿A qué albedrío

pertenecen mis ojos? ¿Soy ya mío?
El tiempo entre los ángeles me observa.

Nada y Eternidad. Un haz de viento
desordenó la hierba. Aquella hormiga
perdió el campo y el mínimo aposento
celestial, escurrió su clara migaja.
Surgió el alma y el cielo corpulento
la levantó, profundo, de una espiga.

IV

La desnudez del campo, su sonora
musculatura, su reposo esbelto,
la lluvia con que ve su azul disuelto
y la distancia con que se incorpora;
su caminado pie que da la hora
en el fácil reló de ruido absuelto
y su poblado mineral revuelto
por geológica sistole agresora,

todo el campo en su cielo y en su cueva,
varón de sombras y de luces tanto,
que la luz, noche y dia, dól se eleva.

Yo le canto y el canto que le canto
sube en el remolino que se lleva
la devoradora soledad del canto.

V

Al hallar el otoño, qué sorpresa
de ver lo que fue oscuro ya amarillo.
El mismo sol, aerógrafo y caudillo,
con aire de ganado que regresa.

El agua se estancó y en todo espesa
su hondura sospechosa y su ancho brillo,
En lugar de ingenioso jardínillo,
el huerto en que la luna se embelesa.

Con los brazos cruzados, la mirada
bien más allá que acá; tan desolada
la mano que empuñé bajo mi frente

creyendo entre sus dedos un tesoro.
¿Qué haré si ya está seca la simiente,
el agua sin andar, el sol ausente

y el corazón con huéspedes que ignoro?

vi

Joven otoño de antigua belleza,
lo que sembré, aquí está. Guarda y no mires.
Será muy poco a lo que bien suspires.
¡Cuánto esplendor para ocultar pobreza!

Ya casi no hay habitación. Firmeza
ya sólo en la ventana porque aspire
lo que te den los ojos y delires
sólo con ver y sin tocar grandeza.

Ésa ha sido mi flor: mirar muy lejos
y tan cerca de todo lo que miro.
Entre el cielo y el mar hay un zafiro

que jamás descubrí. Son los bosquejos
de lo que al fondo encontrarás. Te miro,
joven otoño, cargado de espejos.

La soledad ha visto una por una
la ruina de mis tórridas ciudades.
Me queda el campo con sus soledades:
acumulado rédito y fortuna.

Acaso entre las piedras hay alguna
que recuerde costosas nimiedades.
Tú misma a mí, ya casi nada añades,
¡oh soledad acústica y hombruna!

Desarruga la frente, Bien soñada
vivirás junto a mí. Siempre esperada,
todo sorpresa soy. Tiene mi pecho

la húmeda penumbra del helecho
en que hallaste mi espera mutilada
por un oscuro sol siempre en acecho.

Ninguna soledad como la mía.
Lo tuve todo y no me queda nada.
Virgen María, dame tu mirada
para que pueda enderezar mi guía.

Ya no tengo en los ojos sino un día
con la vegetación apuñalada.
Ya no me oigas llorar por la llorada
soledad en que estoy, Virgen María.

Dame a beber del agua sustanciosa
que en cada sorbo tiene de la rosa
y de la estrella aroma y albahero.

Múdame las palabras, ven primero
que la noche se encienda y silenciosa
me pondrás en las manos un lucero.

ix

Noche en el arenal de las ausencias
cosmogónicamente deplorada,
si te enlutó la ausencia más aislada,
gozas con sus exactas transparencias.

En la sequía de tus residencias
te beberé la boca abandonada.
Sólo Dios puede verme en esta nada
de huecos en que crujen mis potencias.

Ya no sé cómo vivo y cómo muero.
La jaula muerta vive del jilguero
que cruzó por mi pecho tantos días.

Noche, por tus ausencias sin caminos,
vamos tú y yo con las manos vacías,
despacio, como hermosos asesinos.

x

Señor, tenme piedad, bajo el escombro
desta noche de púas y venenos.
Relampaguea, mírame en qué cienos
pudro la voz con que al azul te nombre.

Haz que vaya otra vez hombro con hombro
con la alegre verdad que hiciste llenos
mis ojos peces de amargados setos
que miran sin belleza y sin asombro.

Una callada tempestad asoma
y se lleva la sombra. Una paloma
vuela sobre las brújulas destruidas.

Se ve el retoño entre mi pecho fuerte,
y un ángel con las alas compungidas
se interpuso entre mí y aquella muerte.

x1

Ciego, sordo, sin dedos, insaboro,
sin el acento que tu nombre dijo,
atesorado por un rayo fijo
que hace cumplir mi ser poro por poro,

águila con león, ángel y toro,
la Altísima Paloma, Padre, Hijo,
lo Total concretado y tan prolíjo
cruzó mi cuerpo con fragor meteoro.

La esfera de mí fe rueda a tu planta,
segura en su unidad única y tanta.
Con la luz inocente del diamante

—impacto de tus ojos en la hondura—,
creo en Ti. Silencioso y centelleante,
cierro la noche para hacer altura.

SONETOS FRATERNALES

"HERMANO SOL", NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO

A Jaime Sabina

I

Hermano Sol, cuando te plazca, vamos
a colocar la tarde donde quieras.
Tiene la milpa edad para que hicieras
con puñados de luz sonoros tramos.

Si en la última piedra nos sentamos
verás cómo caminan las hileras
y las hormigas de tu luz raseras
moverán prodigiosos miligramos.

Se fue haciendo la tarde con las flores
silvestres. Y unos cuantos resplandores
sacaron de la luz el tiempo oscuro

que acomodó el silencio; con las manos
encendimos la estrella y como hermanos
caminamos detrás de un hondo muro.

II

Hermano Sol, siquieres, voy mañana
a esperarte en la sombra. Tengo el canto
que prefieres, y el cielo que levanto
desde mi pecho, te sabrá a manzana.

Quiero estar junto a ti. De ti dimana
la energía de todo lo que planto.
Tu tempestad de luz busco y aguento
con limpia desnudez y abierta gana.

Y fui desde la ceiba que da vuelo
hasta el primer escalafón del cielo.
Canté y mi voz estremeció mi muerte.

Hermano Sol: para volver a verte,
ponme en los ojos la humildad del suelo
para que suban con tu misma suerte.

III

Fraternidad solar, uva y espiga;
con el vino y el pan tendí la mesa.
Comenzaba la noche de una ilesa
jornada a toda suerte flor y amiga.

¡A cuánto amor el corazón obliga!
Con la frente divina su sorpresa
divina da la noche, y se profesa
con lirios la lealtad a sol y a hormiga.

Hermano Sol: mi sangre es caloría
de tus entrañas que el Poder Divino
concretó lentamente un ancho día.

Si quieres, a la puerta de mi casa
voy a esperarte. Beberás el vino
y comerás el pan. Enciende y pasa.

Las Lomas, 29 de agosto de 1948

**SONETOS PARA EL ALTAR
DE LA VIRGEN**

AVE MARÍA

I

¿Con qué mano de luz —y así no leve--
las manos arcangélicas llevaron
el gran lirio de Dios y deliraron
bajo la luz que en su presencia llueve?

Late inmensa la noche y todo mueve:
árboles que los ángeles plantaron,
silabas que las aves ocultaron,
el agua azul y su tardanza breve.

El aire que su túnica despliega
baila ligeramente; se despega
de todo objeto la engañosa tara.

El mar coordina su paisaje a fondo,
Y un lirio submarino se declara
y sube, lentamente, desde el fondo.

II

Brisa que biseló la oscura rama,
nube que ciñe prístinas colinas,
brisa que alzó la rosa sin espinas,
nube inicial de sorprendida flama.

Nube como la mano que se inflama
y arborea odoriferas resinas.
Brisa como las manos que avecinas
—brisa—,
cuando el silencio en el jardín exclama.

Ave María. Nube y brisa fueron
nube el arcángel, brisa lo que oyeron.
Se movía la nube, luminosa.

Aire de oro escaló, nueva, la brisa,
cuando María, Rosa Misteriosa,
con pie dichoso las praderas pisa.

III

Abril que en Nazaret cipreses toca,
imán de cantos en su boca tiene.
Ya está el día moreno. Su alma viene
toda en las luces que le da su boca.

Acodó pensamientos en la roca
feliz como el azul que lo retiene.
Cuando la Virgen a la fuente viene,
un lucero en sus hombros se coloca.

Mientras llena sus cántaros, el viento
mueve su cabellera. (El joven viento
de abril.) La tarde canta y enmudece.

Canta y enmudece. Canta y mira
a la Virgen que vuelve y que suspira
y a las primeras sombras resplandece.

MATER AMABILIS

I

Guindó la noche la última hora
y el campo amontonó blancos tropeles.

Queda un viejo pastor con tres donceles
en el establo en que la Luz azora.

Besó la Virgen al Niño que llora.
José añade con ramas los canceles.
Asombradas ovejas ojimieles
entibian su presencia mullidora.

La Virgen en sordina al Niño canta.
Comienza a amanecer. La yerba crece
con alegría humildad. La noche santa

duerme... sueña. Se marchan los pastores.
La llegada de un ángel estremece
la colina, que cambia de colores.

II

Un fastuoso silencio, de rodillas,
oro en diademas humilló entre incienso.
Nubes universales en ascenso
la luna instalan sobre sus orillas.

Un collar congeló sus maravillas;
el camello de un rey está en suspenso.
De un vaso roto librase el extenso
perfume de remotas florecillas.

La madre muestra el Niño a los viajeros
como el cielo a los hombres sus luceros.
Brilla bajo la luna un pie del Niño.

Muévese la palabra entre esplendores
y a esbeltas voces la cintura ciñó
entre un rumor de mágicos rumores.

Pirámide solar de calor vivo
faraónicos cielos les señala,
Todo el cielo taló viento que exhala
muerte a la nube y al dejado olivo.

Maria adora al Tesoro Cautivo;
brisa le da su mano igual que un ala,
y su sonrisa, que la flor no iguala,
nubla a los cielos su fulgor nativo.

Aisló en su sombra al grupo una palmera
que la arena lijó. La Virgen moja
su sed y el agua vencela, ligera.

Al asno cuelga el ánfora el esposo
y Maria da el seno al Niño, roja
toda hasta el pie en su manto cauteloso.

MATER DOLOROSA

I

En un trueno se hundió la empobrecida
grandeza de los cielos. El tumulto
habea el pus en su semblante estulto,
sangra en su hocico la sangre podrida.

Cunde la muerte repleta de vida.
Hiede el odio cadáver insepulto.
Del Gólgota el altar, tremendo culto,
cruje bajo la cruz enriquecida.

Al pie del Árbol del Eterno Fruto
que sombra excelsa da, vivo Atributo
de su eterno esplendor, está María.

Su corazón de lágrimas jardines
arrancan invisibles querubines
que hunden entre relámpagos el día.

II

Calla, silencio y tú, muerte divina;
hiélate sangre que en la sombra acudes;
al viento de la tierra que sacudes
su voz de hierro el horizonte mina.

Una montaña que cayera en ruina,
junio que destruyera sus laúdes;
puñales sobre todas las virtudes,
nadie en la tierra y en los cielos ruina.

Todas las soledades no surgidas
llegaron en sus piedras escondidas.
Un harapo de luz cuelga del cielo.

Se desplomó el silencio en la hondonada,
y en ángeles broncíneos apoyada
la Virgen pisa el deshollado suelo.

III

Sepúltame, virtud que das las voces
y así veré en la oscuridad sangrante
el Cuerpo de Jesús hecho diamante.
Bájame, voz, al mar que desconoces.

Hilame en el silencio de esos goces
el manto con que cubra mi semblante.
Sombra de tal sepulcro, deslumbrante,
sus labios me dirán eternas voces.

Tarda el sol en salir. La noche alarga
el horizonte de su lenta carga.
La Virgen Madre está junto a la tumba.

Solloza el mundo en sus entrañas. Luces
de un sol mendigo duelen tras las cruces.
Y el oriente nublado se derrumba.

REGINA COELI

I

Ojos para mirar lo no mirado;
oídos para oír lo nunca oido.
Ritmo de más nivel no fue sonido;
el sol de junio, teatro desolado.

Tacto para tocar lo no tocado;
olfato para oler lo nunca olido.
La mano que rocé, un dia herido.
Abril en flor jardín jamás plantado.

Lengua para decir aquel lenguaje
que oiga la luz en el primer celaje.
Cuerpo para encerrar otros sentidos;

sangre que en las arterias se amotive
por correr en el aire que origine
eternos corazones sin latidos.

Mudado, demudado, ya en la linde,
sin otra voluntad que tu hermosura,
movida mi corpórea arquitectura
al ciclo de tu pie toda se rinde.

Que en árboles sin luz lámparas guínde,
que sostenga con nardos mi ternura.
Púrpura que en mis voces se empurpura,
la aurora en don a las espinas brinde.

En un aire sin par, donde rumore
el mismo aroma que su danza enflore,
aire seré de flores nunca abiertas.

Mi cuerpo miraré ya sin sonido,
los ojos blancos, las manos desiertas
y el corazón dichosamente huido.

Coronación, espíritu y presencia.
Reflejo del Espejo sin distancia.
El color imposible y su fragancia
y su tacto y su eco y su cadencia.

Era el color de la innombrable Esencia,
centro de la espiral que es la Sustancia,
orden que multiplica su abundancia,
perfección de divina consecuencia.

Todo lo que es capaz de ser anuncia
su nombre. ¡Cuánto y cómo lo pronuncia!
Se enciende un nuevo sol. El Universo

siente la vibración; y la conciencia
tiembla en cada palabra, y verso a verso
busca su punto en la circunferencia.

Las Lomas, mayo y junio de 1940

OTROS SONETOS

ANDO en mi corazón como en el fondo
de un pozo abandonado que enronquece
la sequía y de noche no merece
ni una estrella en su antártico redondo.

Muevo mi corazón flaco y hediondo
y la fealdad de un sapo lo abastece.
El infeliz ignora que amanece
y en ese ojo nublado bien me esconde.

Empieza a atardecer y el horizonte
sacude entre relámpagos el monte.
Acaso lloverá y el pozo crezca

y se derrame y ruede por el suelo.
Sabrá lo que es la luz y así le ofrezca
cubrir la tierra por beberse el cielo.

ESTA noche alojada entre las cuatro
paredes de mi vida, la ventana
llena de estrellas y la sombra humana
en el rincón mezquino de su teatro.

Todo lo que imagino que idolatró
cae con un rumor de agua malsana.

Huele a tierras de olvido la manzana,
clave desnuda deste pobre teatro.

La noche en fundición destruye y quema.
Se cerró la ventana y en la extrema
solidez de la sombra, todo muerto

del terror de no estar, sueño que vivo.
Y el ángel de la ausencia infinitivo
entreabrió la ventana hacia el desierto.

UNA mañana que asilé en mi boca
—todo el cielo en el mar y aire escondido—
y en cada mano el invisible nido
que canta y al silencio me provoca:

una de esas mañanas en que toca
a menos porque es todo lo sabido,
una mañana antigua que se ha herido
con la hermosura que su abril coloca,

te miré inmensamente. ¿Me escuchaste?
¿Esperarás que mi luxuria aplaste?
Yo te miré como jamás se mira.

A orillas de una próspera mañana
dejé mi corazón hecho de ira.
Y oí en mi pecho un eco de manzana.

Oigo toda la casa: ya estoy solo;
llena de soledad se abre y se cierra.
Es un sepulcro que la dicha encierra.
La comunicación de polo a polo.

Hueca y profunda, todo yo me inmolo
ante el pálido rostro de su guerra.
Es el rincón más hondo de la tierra;
todo lo que yo soy aquí acrisolo.

Cristo Señor, si tú me acompañaras
una tarde quisiera... si lloraras
un instante conmigo... ¡si vinieras
a verme cómo vivo y cómo muero!
Ven mañana, Señor, que yo te espero
seguido de profundas primaveras.

Como perro sin dueño, a ver qué sale
y enlodado y hambriento y con alguna
sospecha de acercarme a la fortuna,
sin que nada se oponga o me acorrale;

ninguna soledad que a tanta iguale.
Arenales aislados por la luna,
una noche olvidada. Una por una
las arenas de un mar que el mal propale.

¿A dónde voy? ¿Será? ¿Por cuál camino?
¿Entre tantas estrellas hay alguna
que brille para mí? Todo divino
se verá el horizonte y en mi boca
verbal y poderosa la fortuna
hará saltar el agua de la roca.

Si alguna vez yo te amo, qué hermosura
poder andar contigo junto al río
y estrofa que te diga en el estío
cantarla por otoño en la espesura.

Y decirte: Señor, ven a la hondura
del bosque a que escuchemos lo que es mío.
Y Tú llenando el campo bien vacío
mágicamente callarás l'altura.

¿Cómo será el silencio cuando toda
tu presencia lo enciende y lo sitúa
tan acerca del que te ame? Se acomoda

la voluntad en un instante claro
y al tiempo-espacio su inquietud valúa
surgiendo de un terrible desamparo.

SONETOS DOLOROSOS

¿DÓNDE estarás, creatura de delicia,
la que en dos primaveras repetiste
flamígera y frutal tu gloria triste
entre la oculta luz de la caricia?

¿Dónde el alud de fuego que desquicia
y ruge silencioso y se reviste
la más hambriona desnudez que existe?
Ave de abismo, sombra alimenticia.

Yo acariciaba las estatuas rotas...
Quise encender el fuego en una de llas
y bufó el huracán de las derrotas.

Cubrí la estatua con mi cuerpo fuerte
y desaparecí, lleno de estrellas
que arañaron el cielo de la muerte.

Y TE busco y en todo te deseo.
Y soy como la música lejana,
que tornasola de inquietud la humana
desnudez del ardiente mausoleo.

Lo que mi mano modeló tacteo
más allá del suspiro y la liviana
redondez temporal de tan humana
jardinería que hoy amarilleo.

¡Con cuánta libertad al fuego dimos
las arboledas que reconocimos
como sombras frutales! La evasiva

misteriosa del tiempo nos atrae
y es la manzana que a la tierra cae,
madura y de gusanos sucesiva.

No quiero llegar solo. Mucha gente
cunda junto a mi sombra en el camino.
Y el cielo que nos vuela dará un trino
que se divulgue sin estar presente.

En cada mano corazón ardiente
y en los ojos el gozo campesino
de haberle hallado lirios al camino
livido de reposos de serpiente.

Si estoy soñando nadie me despierte.
Un ansia de vivir, en plena muerte,
le da a mi sueño realidad tan clara
que en donde se descuide la fortuna,
tendré iluminaciones en la cara
mejor que las del sol y de la luna.

Si la muerte soy yo, si en ella vivo,
¿por qué hablar de la muerte a cada paso?
¡Dcir y de sí mismo en tan escaso
momento y ser de sí tan fiel cautivo!

La tierra habla del agua y sensitivo
el fuego, de los aires; ¿por qué raso
la tierra en vez de estar sobre el ocaso?
¿Cuándo me encenderé sol sustantivo?

Pasar cantando siendo sólo muerte
es empezar a no morir. Ven, vierte
tu corazón que siempre estará lleno.

Da a beber de tu sangre a todo día
y escucharás dentro de ti ese trueno
misterioso que anuncia la alegría.

Si entre el bullicio de mis soledades,
dulce Jesús, tu misterio me hiere,
es porque sólo en Tí mi vida adquiere
la fe que rehabilitan tempestades.

Tú sólo sabes cómo vivo: horades
o mures el clamor en que se muere
mi vida por hallarte y que hoy sugiere
desordenada flor de soledades.

Cuando al adobe que sostengo apenas
acerques tus profundas, tus serenas
manos que diamantizan lo que tocan,

cargaré la techumbre de los cielos.
Y al sueño que los ángeles colocan
subiré entre magníficos abuelos.

IGNORAR siempre más de lo que sabe
es el destino humano. Maravilla
miserable y audaz, dorada arcilla
olvida que es creatura y que no cabe

más que en la gota de agua que no sabe
dónde evaporará mundo que brilla,
si en una rosa o en una cuchilla
o sobre el labio que a su Dios alabe.

¡Ay!, que mirar el cielo anochecido
es sentirse inocente, estar perdido
en una dicha sin palabras. Toda

la Indescifrable Gracia se presenta
y el alma en el silencio se acomoda
como en nido de rayos la tormenta.

ENTRE todos los cielos el más alto
es el del mediodía. El aire ciega
de altura luz y el corazón se entrega
a manos verticales de cobalto.

Y en ese azul seguro como un salto
para salvar el tono que sosiega
suena el día tan vasto que congrega
sobriedades profundas de contralto.

Y con el pecho a toda sangre abierto
y la mirada húmeda de huerto
mirado de rocío y con las manos

sobre mi boca que gritar quisiera,
siento cerca de mí los más lejanos
sucisos de la luz en la pradera.

ORDÉNAME, Señor, que yo te siga.
Grítame, estoy muy lejos, no te veo.
Me deslie este largo veraneo;
este afán de *no ser* da sólo ortiga.

En donde a la belleza por amiga
tengo, poca luz hay. Si te olfateo,
las tempestades que capitaneo
muelen la perla que tu pie prodiga.

Y tengo que ir a Ti de un modo o de otro:
a pie, en avión, locomotora o patro.
¿En dónde estás? ¿Por dónde está el camino?

No sé qué voy a hacer cuando te vea.
Que no sea un encuentro repentino
para que así me luzca la tarea.

SEÑOR, ¿por qué estoy solo, por qué impides
que me acompañe tu visión serena?
¿Olvidas una tarde nazarena
en que lloré junto a los nomeolvides?

¡Vieras mi corazón! Si lo divides
hay por Ti y para Ti, de sangre llena
la arteria más cordial; tendrías pena
de no llegar... ¿Por qué tus pasos mides?

Cierto, a veces la sangre está enlodada;
pero es cosa de echarle agua salada...
¡El mar que todo asea y todo esconde!

En pleno día corporal te digo,
¡toma mi corazón, Cristo; responde...!
Y a mi primer traición ya estás conmigo.

Dios y Señor que creaste la nada
y la vivimos misteriosamente;
sostén mi tiempo como claro puente
que hoy cruce sobre el agua desalmada.

Haz que mi nada-tiempo sea alzada
hasta Ti como forma del oriente;
óyeme, ven a mí, toca mi frente,
mueve mi lengua siempre equivocada.

Con alegría hiéreme y cantando
te podré conocer y andar ya eterno
sobre la piedra que en celaje ablando.

Tengo ya el corazón atesorado;
diamante de humildad y llanto tierno
a la entrada del pecho inusitado.

Tú eres la Luz, la Verdad y la Vida.
En flor de eternidad habló tu boca,
Sombra, mentira y muerte es lo que toca
la flor que empantané semidormida.

De ayer a hoy, ¡cuánta noche caída!
¡Qué bofetón el del mar a la roca!
¡Qué tristeza después de boca en boca,
toda cobarde, sucia y forajida!

¡Ay, el odio y el miedo a la grandeza!
¡Qué hermosura será ser fortaleza
que poderosa la miseria ataca!

¡Qué temor de llegar a ser tan bello
que ya nadie nos mire entre la opaca
soledad en que tocan a degüello!

Si yo llegara a amarte, ¡qué manera
tan distinta será de verlo todo!
Todo tendrá tan fácil acomodo
como en el campo todo primavera.

Tal vez el nombre de la vida entera
lo sustituyo con cualquier apodo.
Tal vez yo encontraría exacto modo
y propio, si te amara donde quiera.

¿Tan difícil será seguir tu rumbo?
En cuerpo y alma todo yo sucumbo
con la facilidad de la belleza.

A las cumbres mis piernas han llegado.
Soy un fuerte animal suelto a destreza.
Mas no recuerdo nada haber mirado.

He pasado la vida con los ojos
en las manos y el habla en paladeo
de color y volumen y floreo
de todos los jardines en manojos.

¡Con cuánta agilidad robé cerrojos!
No conoció la lengua titubeo;
y después de geográfico cateo
amoraté el azul desde altos rojos.

Ya con las piernas de un camino hermoso
sudé para sentir en el reposo
los hilos de la brisa humedecidos.

Si mi sombra a mi cuerpo corresponde
es que el silencio aconteció entre ruidos
y ha sabido saber cómo y adónde.

QUIERO los ojos en el alma ahora.
Telescopicamente afortunada,
disparará mirada tras mirada
para destruir la noche historiadora.

Y con el pecho abierto a lo que ignora
y con los tragaluces deslumbrada
y una sonrisa seria y bien hablada
y posada en el hombro de la aurora,

mirando, atravesando y devorando
todos los cielos que la Fe levanta,
y apoderada de un humilde mando,

dando a la luz tan calladas señales,
madurando un diamante en la garganta
estallará de gozos espontáneos.

Si todo lo que dicen que he mirado
fuera de oro tocante a la Belleza,
yo tendría grabado en mi corteza
las cicatrices de lo bien sangrado.

Tengo todo en los ojos olvidado,
la mirada frutal soy con rareza:
miro hacia afuera con rica pobreza
con el ojo saeta del venado.

Si alguna vez puedo tener mirada
la pulcritud antigua de la rosa
en la humedad más óptica habitada,

la forma le daría a cada cosa
tan verdadera cuanto así encantada:
mirar, saber mirar, y ser la rosa.

Si alguna vez mi corazón pudiera
surgir como la noche en la montaña,
festejar con estrellas la cabaña
de próspera humildad y luz primera.

Si entre la gloria con que anocheciera
júbilos de silencio desentraña
y en el hueco silbado de una caña
su pájaro flautín joyas ardiera.

Si en el azul de una paloma blanca
al girasol del cielo vuelo arranca
y ya sin una nube se coloca,

¿podrá llegar a Ti, Cristo encendido?
Si el silencio saliera de mi boca
igual a un ave que buscara el nido.

Las Lomas, septiembre de 1950

SEÑOR, haz que yo vea. Nunca he visto
sino aquello que es y acaba luego.
Me estoy quemando en un oscuro fuego
y por verte algún día sólo existo.

Con sombría pujanza a todo embisto
con ánimo de ver y al golpe ciego
caen los candelabros y congrego
ruidos y ruina de que estoy provisto.

Jesús, Hijo de Dios, abre mis ojos
como quien saca frutos entre abrojos.
No me dejes gritando entre los gritos

de tantos ojos que no ven. Clarea
con el clarín de tus ojos y escritos
mis ojos queden a tus pies y vea.

SEÑOR, óyeme, ven, dame la vida,
búseame entre las cosas que se pierden.
Todas mis fuerzas las angustias muerden,
mi sangre se aclaró por tanta herida.

Todo en tu mano tiene alta cabida.
Que los sentidos que me das concuerden
en un solo sentir y así recuerden
tu olvidada belleza escarnecedida.

Aunque anochezca esperaré tu paso.
Hay una estrella siempre en el ocaso
que da a la oscuridad un hondo vuelo.

Si andrajoso huracán mi cuerpo viste,
cuando pases oirás que un arroyuelo
te llama alegre entre su canto triste.

SEÑOR, mira mi sangre, qué negrura
la espesa y la envilece; ya señala
mi frente con tus ojos y acaudala
tanta miseria mugre de amargura.

Sácame desta infame sepultura
que la mentira de un prestigio encala;
mándame caminar donde se exhala
toda la flor de tu temperatura.

Lléname como a un ánfora calmante
donde al agua más alta se adelante
la luz que baja de tu pie escondido.

Yo puedo ser, si Tú así lo quisieras,
un poco de agua dejada al descuido
donde beban las aves y las fieras.

¿A DÓNDE y hasta dónde y en qué sueño
se detendrá mi noche? ¿Con qué clara
palabra rayará la oscura cara
que enmascaró de sombra invicto dueño?

¿Tendré un día en los labios el risueño
tesoro? ¿Tanta nube que apesara
levantará la aurora en algazara,
la del Supremo Sol que ahora desdeño?

Estoy mirando el cielo y su grandeza
sobre mi frente a desbordar empieza.
Va haciéndose el silencio. Todo toma
un aire delicado de flor dada.
Y algo como decir una paloma
se da en el aire sin llegar a nada.

Joven de eternidad, soplé la llama
y la noche pendió de un solo hilo.
Y oí caer el fruto del sigilo
como el rocío sobre de la grama.

Como quien abre una granada, el drama
que a toda buena sangre le da asilo
desgarró la ansiedad de alzar en vilo
toda la sombra y convertirse en flama.

Quemarme iluminando ese deseo
que en lo más faro de mi ser rastreo:
estar en tu mirada sonreido.

Sólo en este sigilo deshilado
podré tomar la forma del olvido
y estar en tu memoria reposado.

Y me quedo mirando el infinito
para escuchar la noche. La cabeza
ligeramente degollada empieza
a morirse en la sombra sin un grito.

Oigo que crece el corazón. Incito
un buen tiempo de sangre y la maleza
del no saber, se ahonda de belleza
con la humilde verdad que necesito.

El campo en los luceros humedecerá
la yema de sus dedos. Aparece
como perla perdida, la alegría.

¿Se acercará invisible la victoria?
Joven de eternidad, la Poesía
comienza a amanecer entre la escoria.

Yo nada sé de mí, ya sólo canto
y no sé lo que canto y si lo digo
no sé si es que respondo o que prosigo
sin conocer el agua en que me encanto.

Tal vez por el camino que adelanto
me sangrarán la voz que desperdigo.
Solo entonces sabré que ando contigo:
bajo tu pie, Señor, camino y planto.

Andar bajo tu pie sin saber nada
todo será saberlo, porque a cada
paso que des sobre mi polvo, toda
la voz que se ignoró perdidamente
se reconcentrará como en la boda
el silencioso Sí resplandeciente.

RESUCITAR, diciéndole a la Vida,
aquí estoy, para siempre. Ya soy dueño
del aire en que algún pájaro risueño
sus tesoros de altura dilapida.

Si yo te enjardiné con la lucida
gracia de lo que ciñe a lo pequeño;
si en la línea olvidada del diseño
me escondí en el color de una partida

por darte la sorpresa de otro tono,
no fue amor, fue ignorancia que amontona
y no es más que un puñado de ceniza.

Si alguna vez yo resucito, nada
de lo que fui seré y hoy agoniza.
¡Oh noche entre las rosas conservada!

No lo sé, pero un día bueno y sano
y hermoso de estar lleno de alegría,
sangrando todo un fruto de energía,
saldré a buscarte con el sol mediano.

Seré de tus palabras artesano,
tan silenciosamente que ese día
junto al mar o en profunda serranía,
veré la luz saliendo de mi mano.

Y te diré: Señor, yo nada entiendo;
por Ti la sombra de mi vida enciendo
como Tú de la noche das el día.

Y si me miras un instante apenas
sembraré entre las rocas azucenas
y junto a mí estará la lejanía.

LOS SONETOS DE ZAPOTLÁN

I

A Juan José Arevalo

Un amarillo estar de otoño al día.
Sus olvidadas comunicaciones
abrieron los antiguos corazones
que junio en otros junios exprimía.

Triunfos de corporal idolatría
desnudan sepulcrales posesiones.
Las perlas, amargadas, las acciones
atléticas, vejada fantasía.

¿En dónde estás, eterna primavera?
¿Por qué perdi tu claridad ligera
y en flores amarillas te descubro?

Y devorado por mi boca herida,
con las palabras que te digo cubro
la muerte más hermosa de mi vida.

II

A don Alfredo Velasco

Fiesta, ¿de cuál color?, ¿con qué sonido?
La fiesta de mis ojos, la turgente
mañana matinal que dio a mi frente
la primera figura del olvido.

Si alegre como el viento desprendido
de las alas de un niño; si candente

como la boca que mordió el urgente
fruto de un cuerpo pronto y esculpido.

Fiesta del agua a la cintura escasa
cuando en el río el palmeral ondea
y el tiempo cae cual ceniza en brasa.

Fiesta de no saber lo que se ignora
aunque en el horizonte parpadea
el porqué sin saber qué se deplora.

III

A don Antonio López Castellanos

Hay algo en mí que surgirá y reviva
la primavera sin sus veleidades.
Un día de animadas soledades
encarnará la rosa indicativa.

Me faltarán en la boca la saliva;
tan lejos sentiré mis tempestades
que apenas luminosas oquedades
cerrarán sin ruidosa comitiva.

Entre rumores y amistad campea
mi esperanza. Un volcán sus líneas sube
y el valle con la tarde se ladea.

¿Vendrás, oh Primavera, la Esperada?
Y al cuello del volcán, plácida nube,
divide en dos la roca apasionada.

Zapotlán de Orotzco, octubre de 1951

SONETOS POSTREROS

Mi voluntad de ser no tiene cielo;
sólo mira hacia abajo y sin mirada.
¿Luz de la tarde o de la madrugada?
Mi voluntad de ser no tiene cielo.

Ni la penumbra de un hermoso duelo
ennoblece mi carne afortunada.
Vida de estatua, muerte inhabitada
sin la jardinería de un anhelo.

Un dormir sin soñar calla y sombrean
el prodigioso imperio de mis ojos
reducido a los grises de una aldea.

Sin la ausencia presente de un pañuelo
se van los días en pobres manojo.
Mi voluntad de ser no tiene cielo.

Villahermosa, mayo de 1952

Haz que tenga piedad de Ti, Dios mío.
Huérfano de mi amor, callas y esperas.
En cuántas y andrajosas primaveras
me viste arder buscando un atavío.

Vuelve donde a las rosas el rocío
conduce al festival de sus vidrieras.
Llaga que en tu costado reverberas,
no tiene en mí ni un leve calosfrío.

Del bosque entero harás carpintería
que yo estaré impasible a tus labores
encerrado en mi cruenta alfarería.

El grano busca en otro sembradío.
Yo no tengo qué darte, ni unas flores.
Haz que tenga piedad de Ti, Dios mío.

Villahermosa, mayo de 1952

Esta barca sin remos es la mía.
Al viento, al viento, al viento solamente
le ha entregado su rumbo, su indolente
desolación de estéril lejanía.

Todo ha perdido ya su jerarquía.
Estoy lleno de nada y bajo el puente
tan sólo el lodazal, la malviviente
ruina del agua y de su platería.

Todos se van o vienen. Yo me quedo
a lo que dé el perder valor y miedo.
¡Al viento, al viento, a lo que el viento quiera!

Un mar sin honra y sin piratería,
excelsitudes de un azul cualquiera
y esta barca sin remos que es la mía.

Villahermosa, mayo de 1952

Nada hay aquí, la tumba está vacía.
La muerte vive. Es. Toma el espejo
y mírala en el fondo, en el reflejo
con que en tus ojos claramente espía.

Ella es misteriosa garantía
de todo lo que nace. Nada es viejo

ni joven para Ella. En su cortejo
pasa un aire frugal de simetría.

Cuéntale la ilusión de que tú ignoras
dónde está, y en los años que incorporas
junto a su paso escucharás el tuyo.

Alza los ojos a los cielos, siente
lo que hay de Dios en ti, cuál es lo suyo,
y empezarás a ser, eternamente.

México, 8 de septiembre de 1950

A CRISTO

Cuando ya endemoniada y pequeñita,
bajo su carcajada vencorosa,
la nueva humanidad abra la fosa
de la ciencia que al caos necesita

y en ella diga que te deposita
con funerario júbilo, fogosa
los brazos abrirá, y eterna rosa,
verá en ellos la Cruz jamás proscrita.

¡Ay dese tiempo desolado y frío!
Como fieras geniales y en manada
en sepulcros ruidosos, sin estío

y sin otoño, toda procesada,
llorará la creatura a mares río
y rebullirá en su llanto tu mirada.

Cuerdas, percusión y aientos

1976

CUERDAS, PERCUSIÓN Y ALIENTOS

Ver agrupados estos poemas en un libro, fue mi deseo desde hace años. La ocasión se presentó gracias a la gentil solicitud de la Universidad Juárez de Tabasco; precisando, a su distinguido Rector el Ing. Civil César O. Palacio Tapia.

Liga a estos poemas de juventud y madurez, una tónica general: el elogio, el homenaje, mi pasión por el heroísmo y la belleza misteriosa del heroísmo, mi protesta permanente, desde siempre, por la injusticia social. Poemas con frecuencia escritos en voz alta. Pero no todo es percusión y aiento: también se oye el sonido de las cuerdas, recordando así, el instrumento invisible del poeta.

CARLOS PELLICER

Lomas de Chapultepec, en vísperas de Navidad, 1975.

DISCURSO POR EL INSTITUTO

En un alud de tiempo, hoy tallado en diamante
pongo a mi voz el tono vivaz de una variante
en que lo joven tiene la inconstante actitud
de un pájaro cantante o de un cuerpo desnudo.
Esta casa es lo joven que en toda ciudad vive.
Vive de la presencia de una ilusión futura.
Fuera prescribirá. Dentro jamás prescribe:
la desnudez de un día todo musculatura.

Su enfermedad de tiempo se le ve al tiempo afuera.
Aqui dentro se quema de juventud la hoguera
de alistarse a la vida con la cabeza clara:
luces para la sombra que a tumba se equipara.
Tres veces juvenil de veinticinco años,
no pierde el ritmo esbelto de sus nobles peldaños,
ella atesora el tiempo de aquel primer noviazgo
que después es leyenda de nuestro propio hallazgo.
A los selectos números o a la vibrante historia
se abre como una playa tropical la memoria.
La ciencia deshojada ligeramente cae
cual un otoño joven que al tiempo se sustrae.
Toda la simpatía o el rencor al estudio
marca indeleblemente nuestro humano preludio.
Un brotar de conciencias como nuevo plantío
da los primeros grados de calor o de frío.
Auras magisteriales recorren este día
con las voces solemnes de su cronografía.
Hay nombres envidiables pero entre todos uno
da el goce inaugural de hambriento desayuno.
En sombras vegetales se acomodó la ciencia
y entre la rectitud de su verde milicia,
juntó la fría mano de vertical pericia.
El verde ramo antiguo de elegancia sin par
Es la fecha sonriente de un numeral tan grave
que cuesta mucha sombra llegar hasta su clave.
Quien ve la alternativa de sus hojas, escucha
lo silencioso y fino de su atinada lucha.
Entre las sepulturas minerales dibuja
la figura cimbreante que su línea encarruja.
Dada su antigüedad, su juvenil presencia
es laurel del planeta por el arte y la ciencia
con que se ha colocado
como una irrevocable presencia del pasado.
Y entre un bosque de helechos sin edad, Rovirosa
pasea su mirada fiel y voluminosa

Bien haya la arboleda que lo alojó nocturna:
era como un tesoro guardado en una urna.
Viajando por Tabasco, por el monte y el río,
he leído su nombre húmedo de rocío.
¿Qué mucho que al diamante de esta fecha reúna
los caudales de luz de su nombre y su cuna?
Sólo un hombre a Tabasco le da gloria señera
y es el suyo. Parece cosa de primavera
sin otoño. Parece
que el Reino Vegetal entre sus manos crece.
Gente de toda edad que este día congrega
en esta casa grande donde nada se niega,
donde dar es consigna, reforzad estos muros
con voluntad de árboles cuyos frutos seguros
pan den al hambre pura de la sabiduría.
Amar también es ser sabio. Y es la alegría
triunfante de la envidia y del rencor que puede
hallar el corazón que todo lo concede.
Tabasco es joven tierra y hace miles de años
los hombres de La Venta subieron por peldaños
que sólo el genio puede transitar. Y después
de lo maya al través
se supo del prodigo del tiempo calculado:
resuelta fue en los cielos la ecuación. ¿De qué grado?
Un imperio esculpido junto al Usumacinta:
se modela en Jonuta y en Bonampak se pinta.
Venados y tortugas en color se comió
y la bebida príncipe que se achocolató.
Más tarde en Centla gente tabasqueña fue lava
que entorpeció un instante de la Conquista traba.
Por fin en una noche de luces tenebrosas
Cuauhtémoc en Tabasco vio acabarse las cosas.
Gente de toda edad que este dia congrega
en esta casa grande donde nada se niega:
con generosa mano la casa haced más grande:
será como sentir que el corazón se expande.

Quien tenga corazón siempre tendrá qué dar.
El que es buen hijo luego del padre es tutelar.

Amigos: mis palabras ya están de despedida.
Yo soy bien pobre cosa, mas Tabasco es mi vida.

Las Lomas, 29 de diciembre de 1953

Poemas en homenaje a las Bodas de Diamante del Instituto Juárez
Tabasqueño

LÍNEAS POR EL "CHE" GUEVARA

Era la llama andante de la Revolución,
Es la llama en la mano de todos nosotros,
Era el hombro que sostiene la tempestad.
Es el árbol desnudo de todo fruto ocioso.

Vamos a condensar el humo de nuestro cuerpo
para darle materia al tiempo,
para no ser tan pronto un recuerdo,
para vivir encendiéndonos.

Su muerte viva nos llama a todos,
es la llama que anuncia el fuego nuevo,
es la participación necesaria y dichosa
para no morir de sueños.

La abolición de la noche
pero no de las estrellas.
Todo lo que haya de luz en nosotros,
que oiga y que vea.
Que vea y que oiga,
que oiga y que vea.

Bolivia es Bolívar y el Sol es Bolívar.
Los Andes amontonan la soledad de la altura
y la aglomeración de la selva sesiona día y noche.
Ideas.
Acciones.
La selva está allá abajo con sus fábricas de vida
y en muy altos subterráneos se construye la muerte.

Campesino y minero:
en tus manos ha dejado su sangre
el que lo quiso y el que lo quiere,
el que lo quiere siempre,
el que aunque tú no llegues
él siempre viene.

Estamos en la aurora de los pueblos
que quieren ser un solo pueblo.
La Cruz del Sur abre la luz de sus brazos.
Queremos ser un solo deseo.
Ella se arroja a nuestro pecho
desde el Techo magnífico de Bolivia.
Nos mataría si no nos diésemos prisa
en trabajar por éstos, por esos y por aquellos.

Necesitamos ser todos los pueblos.
Bolívar y San Martín
y el "Che" Guevara son los ejemplos.

Lomas de Chapultepec, 1967

SURGENTE FIN

Quien le puso al amor una estrella en el pecho
llenó de árboles tristes la tarde y el barbecho.

¿Qué mano pensativa le dejó a la ventana
esa luz entreabierta que no tendrá mañana?
¿Es el amor que abre o es el amor que cierra?

Todo en mí pecho ha sido amor de mar y guerra.
Entrando a la belleza me dolieron las águilas.
¡Qué pálido era el cielo y la tierra qué pálida!
Mi vida a sangre y fuego, contra mi propia muerte
decidió echar los dados a espaldas de la suerte;
un te adoro de día y un te quiero de noche
son la puerta enlutada de mi propio reproche
(de un suspiro te alcanzo, mujer cuya mirada
tengo siempre en mis ojos, un poco desolada).

El río de la noche con su habitada estrella
culminó en una llama la sombra de su huella.
Ese río de día pasea un jacintal
que en la noche es horror juvenil.
Es un río de sombras que en mi recuerdo acato
porque dio a mis arterias brios de pugilato.
Y calenté mi sangre y desbordé mis músculos.
No fui sino un atleta cercado de crepúsculos.

Pero algo, un sueño vivo de antigüedad actual
reorganiza en mí sangre su gloria intemporal.
Y quien amó en silencio la juventud eterna,
hoy bebe a flor del agua la inmensa luz fraterna
Date, dice al día cubierto de amapolas,
date profundamente, y en tu llama alcoholas
lo azul de una palabra que se resuelve en olas.
Y una invasión de sales cintilantes y tónicas
despunte la hermosura de renovadas crónicas.
Date al hermano lobo con virtud de diamante,
encamínate claro, cifrate caminante.
Siente el aire telúrico destos días tremendos.
La desnudez del mundo llena está de remiendos.

Que se desnude el sol para todos los hombres,
caigan las jerarquías, polvo sean sus nombres.
En el paisaje humano falta la juventud.

El África negra su desnudez prolífica,
mares de clorofila le dan sombra magnífica.
El desierto rodea con su fragilidad
y es el templo ambulante de nuestra soledad.
Allí donde la arena muda su alegoría,
tempestades humanas hacen la lejanía.
Fogatas aborigenes van fundando la aurora
que en sucintos flautines, tambores devora
como devora un crótalo la oquedad donde mora.
El África es espejo de lo que va a pasar.
Cuéntalo y canta. Cuenta que a la orilla del mar
los hombres que se bañan cerca de algún palmar
—hambre del mediodía— se ponen a cantar.

La romboidal jirafa ya recibió en su antena
el rumoroso alerto de toda una colmena.
La mañana camina dromedaria y serena.
Su horizontal recuerdo la arena desvalija
y se ve una mirada de libertad tan fija
que ni con rayos x —así la claridad—,
se ven sistole y diástole rojos de cantidad.
El corazón del África me bulle en la memoria
porque los de las costas tenemos larga historia.
La colossal cabeza de un joven que sonríe
fue a parar a un museo junto a un río que crece.
El África profunda amarró con los trópicos
sus torsos orográficos.
En África y América el sol quemó culturas:
Tebas murió de día; Palenque se ve a oscuras.

El África plantea la cuestión animal.
El África plantea la cuestión vegetal.

El África plantea la cuestión mineral.
Adán rinoceronte, fango que se levanta
todo, raíz y copa, el sicomoro canta
y el diamante del Sur, en su fulgor se encanta.
Los europeos tienen ánimos de conquista.
Mi América y el África ¿me permiten que insista?
Allá un oscuro látigo y aquí con el dinero.

¡Qué desnudez urgente la que tiene el acero!
¡Qué avidez de sus formas tiene la libertad!
Yo he salido esta noche de mi gran soledad.
Mi América y el África —cerca y lejos—, entiendo
que el corazón del mundo es hoy bosque tremendo.
Que el corazón del mundo tiene en mi corazón
todo un grano de arena para su fundición.
La arena, fundidores, es cosa necesaria:
el metal se corre en la arena moldearía.
Soy un grano de arena que le da al horizonte
la figura increíble de gigantesco monte.
Soy un grano de arena, sólo un grano de arena,
ni siquiera el rumor de la exacta colmena.
(La arena es sólo un punto y en ese punto es buena.)

Tengo en mi sangre gotas de sangre negra, siento
crecer ríos y árboles, unificarme, siento
el desierto de sed que en mi destino instala
un mundo de agua nueva con que inunda y propala
para África y América la mano que señala
un límite a codicias y egoismos. Yo veo
la fuga desangrada de gringo y europeo.

Yo, que salí esta noche a recordar amores,
a deshojar estrellas y a reencender las flores...
toda una geografía de suspiros. La noche
tuvo en su consonante para mí, reproche.

Y en los cuatro luceros de cardinal dominio
pulsé la sorprendente sombra de un vaticinio.
Sombreada de luceros viaja la noche entera.
Inminencia de alas el aire tenso espera
detrás de un aflautado amanecer con árboles.
(Para esta consonante voy a sembrar más árboles.)
Mi pecho tiene un grito que no da: La esperanza
es enorme y boscosa. Su bienaventuranza
esmeraldinamente huele a campo cruzado.
Es la primera noche que no estoy en pecado.
Bautismo de luceros a mi cabeza baja.
Oigo en mi cuerpo el río de un taller que trabaja.
Soy un campo de acción. En mi maderería
el tablón de la selva tiene de frutería
mi nariz y mi boca.
Miro a vuelo de pájaro un huracán de rocas
que va a venirse abajo. La libertad humana
huele con infantil aroma de manzana.
El mundo será joven cuando un poco de Cristo
se nos familiarice cual paloma en el hombro.
¡Y tanta hipocresía y tanta vanidad!
Ser lirio como Príncipe y a pie por la ciudad.
Nos falta la alegría
que da la mano abierta cuando principia el día.
El puño en alto ahora es rencor y amargura.
¿Serán así los frutos de la historia futura?
Ya estoy cerca del día.
La noche bambolea su barco en la posfísia
de un oleaje profundo.
Hay un rumor tan grave, como si todo el mundo
después de callar tanto se hablara de repente.
Hay quien tenga en la frente
un lucero. La estrella
por África y América deslizará su huella.
Señor: mata en mí los afanes de singularidad:
pluralizame, dame

la fe de andar descalzo sobre el agua y Te aclame
y en Tu nombre los hombres vean el asidero
único. Yo te alargo mi mano. Y algo tuyo
brille en toda mi América y en África. Destruyo
mi ociosidad y veo
lo que necesito ofrecer: es tu deseo.
Nos parece imposible la ciencia del amor
y qué fácil ha sido la ciencia del horror.
Haz, Señor, que en justicia y en belleza yo vea:
que mi mano se quemé como una antorcha viva
y arda yo todo entero, todo fuego, todo locura activa.

Lomas de Chapultepec, 1959

NOTICIAS SOBRE NETZAHUALCÓYOTL Y ALCUNOS SENTIMIENTOS

El día que el Rey murió
—año de mil cuatrocientos setenta y dos—
sus amigos viejos recordaron su nacimiento.
Y sus contemporáneos su niñez sangrante
al ver caer al suelo
asesinado a su padre,
desde un árbol de capulín, a orillas de Texcoco.
En los jardines los ojos
vieron las nubes desintegrarse por el viento.
Y por eso el agua de las fuentes se quedó pensativa.
Aquel hombre había hecho tantas cosas,
que las conversaciones brotaban como flores silvestres.
Las horas comenzaron a desvestirse
para llenarse de estrellas.
En la cumbre de Tetzcotzingo,
el Rey mandó tallar en una roca,
el trono de la Noche

y él a sus pies escuchaba dentro de su boca
el rumor de la sabiduría que al hombre la noche propone.
Yo soy un hombre pequeño, nacido como pocos
para disfrutar de las cosas grandes.

El Rey había compartido su desnudez
con muchas mujeres,
y como amaba la belleza,
todos sus hijos hermosos fueron.

El calendario del Rey no tuvo días inútiles.
Era la imagen misma de la vida
que realizaba de día
lo que había visto en sueños.

Coleccionó animales vivos como nadie lo había hecho.
Coleccionó plantas vivas, como nadie lo había hecho.
El jaguar, el águila y la serpiente.

Los pájaros músicos y los de sonoros colores.
Aves del cielo y del agua que también son del cielo.
El venado de alas invisibles.

El armadillo mecánico
—por cierto tan sabroso con jitomate verde—.
y las hojitas de aire de la libélula.

De la libélula al jaguar pasa el tiempo
como de la brisa al trueno.

¿Pudo el colibrí florecer prisionero?
Las flores raras junto a las plantas medicinales,
convivían con hondo sentido.

El cerro de Tetzcotzingo es un pequeño cono ovalado
que el Rey se adjudicó para estas cosas
y otras más importantes.

Allí se colecciónó así mismo
en la mística y en la poesía.

Allí se forjaron las leyes
iguales para todo el mundo.

Un día uno de sus hijos
cometió algo muy grave que no sabemos,
y los jueces, con las leyes de su padre,

le condenaron a muerte,
En Tetzutzingo hay una roca
cuya mitad da al vacío.
Allí la atmósfera
pesa más que la piedra.
El Rey ordenó trabajarla
en forma de bañera,
y pedía sentarse entre el agua,
y volar con los ojos
llenos de sol, de madurez y de fuerza,
Perseguido político, su atletismo fue entre los bosques
y su entereza observando las estrellas.
Ahora hace quinientos años
que el Dios Desconocido, que él tan luminosamente adivinó,
desapareciéndole,
determinó su recompensa.
A aquella gente
cuya sabiduría llevó no solamente en los ojos,
supo poblar de imágenes
horizontales y verticales dentro del círculo.
Este Príncipe que hoy recordamos
es la síntesis absoluta del hombre
por el cuerpo y el alma.
La naturaleza residió en él
tal vez más que él en ella.
El agua en sus manos fue acaudalada de bienes,
y la cuestión de la tierra,
una panadería bien entendida.

Ser joven, a pesar de la astronomía,
es jugarse la muerte
sin tener tiempo para más.
Así fue este trabajador nobilísimo
—que, sin quererlo,
suspiraba con tristeza por el más allá.
Y es que había muchas flores en su cuerpo.

El Dios Desconocido, fue sólo para él.
Enorme intimidad a la intemperie.
La voz entera, a solas.
La voz eléctrica en el páramo
de cualquier soledad a media noche,
El esférico ámbito de la revelación.
El terror saludable de estar vivo
frente a Dios.
El no saber decir lo que se sabe
después de aquello. Tanta sabiduría
puesta al servicio de toda ignorancia.
Una ansiedad de todo para nadie.

Cuando uno va a Tetzcotzingo
y encuentra los pequeños acueductos,
el agua niña de jardín de niños,
recuerda las manos levantadas
en metros cúbicos de piedra con que el Príncipe
salvó de inundaciones la ciudad de Cuauhtémoc.
El agua nos refiere cómo fue derivada
desde el pie duro de Chapultepec
hasta el sitio simbólico del águila.
Las manos principales,
manos hidráulicas,
fueron también las que en esto operaron.

Vamos a tu poesía,
del brazo de una noche totalmente encendida.
Allí se pinta el día
con los colores minerales
con que una flecha espiritual da en el blanco
de lo más bello, un poco triste, ardiendo.
Es un cielo terrestre, florecido
sin el cuidado de ninguna mano.
Eso fue consecuencia de la lluvia
que llega obscura y se deshace en luz.

Salgo de tus poemas
pensando que en las flores está el canto.
Y vuelvo a ti con la flor olvidada
que brota entre pirámides octubre.

La esperanza en el hombre, sí,
aún entre los desórdenes de la inteligencia;
sí, una vez más, lleva tu nombre.

Tepoztlán, Morelos, 14 de octubre de 1972

A JUÁREZ

I

Toda a fuego la Patria te siguió como en onda
de lava, lentamente, como quien va a triunfar.
Un nopal de paciencia por tu vida responda
y detrás de unos robles se escuche siempre el mar.

Méjico entró en el ámbito de tu ambición redonda.
Bajo del cielo indígena tu destino fue andar.
La historia a cada sol vio cómo se desfonda
todo el pantano infame que te quiso atajar.

Unas cuantas palabras para siempre dijeron
los que, como palomas, de tu pecho salieron
a volar en un cielo de blancura viril.

Y esas pocas palabras, como enormes diamantes,
son también la desnuda verdad de los amantes
que ante un estricto cielo se miran de perfil.

II

Sobria de barro indígena la verdad de tu vida
tuvo niñez de espigas y maduró en maíz.

Ganaste tu destino por la oveja perdida
y le diste a los árboles una nueva raíz.

Yo miro junto a un lago tu pobreza zurcida
y la mano del día que te dio su barniz.
La justicia en tus labios sus torres consolida
y tu solemnidad tiene un aire feliz.

Eres el Presidente vitalicio, a pesar
de tanta noche lúgubre. La República es mar
navegable y sereno si el tiempo te consulta.

Y si una flor silvestre puedo dejarte ahora
es porque el pueblo siente que en su esperanza adulta
tu fe le dará cantos para esperar la aurora.

III

Mirando las fachadas de Mitla —nunca nada
fue más bello en el mundo que esos muros sin fin—
pensé en la geometría de tu existencia y cada
greca me traducía tu gesto paladín.

De precisión y ajuste tu vida fue jornada,
por la montaña siempre; jamás por el jardín.
Un silencio telúrico y una mano empuñada.
La columna secreta de esbelto polvorín.

Hace apenas cien años la pólvora de un día
mortal, Guadalajara mojó. La jerarquía
del hombre sobre el tigre al trueno degolló.

Pienso otra vez en Mitla y en sus fachadas leo
lo que hay en tu mirada cuando en tus ojos veo
los caminos de México que tu mano apuntó.

México, 1960

LAS ESTROFAS A JOSÉ MARTÍ

Estás, adolescente, encadenado.
Estás, joven maestro, desangrado.
Estás, íntimo sol, abanderado.

Entre cañaverales,
la estatua sudorosa de algún negro
bebe tu nombre fino de cristales.
Todo el mar de la isla se congrega
al hilo de tu nombre
y con los blancos niños de tu palabra juega.

¡Con cuánta holgura
cabe tu sombra
bajo la tarde de tu ternura!
El ángel de la guerra
habla
y desde cualquier nube la lucha entabla.

Se oye la tierra
bien predisposta al mar y al sol de fuego
planta en el aire tu sueño andariego.

La estrella solitaria de tus ojos
salta de un cielo a otro
soltando águilas rojas entre sus vuelos rojos.
Tu mirada estrellada de amanecer de petro.

La independencia juvenil
y tan cubana y tan gentil
que hay un poeta fusilado.*
Se oye en su pecho encantado
la pequeña legión de un tamboril.

* Juan Clemente Zenea.

¿Adónde con la muerte
va tanta vida?

Una vez más mi América se juega su suerte;
Águila o sol levantan vuelo en noche escondida.

;Cuánta vida a caballo en un instante
va a morir!

;Cuánta manera de vivir
esa sangre al galope tuvo en su trueno atlante!

La música por dentro
llevada y tan oída,
que un Continente entero la encuentra toda al centro
de un cielo libertad a todos encendida.

Te necesito en esta hora
en que la militarada
una vez más a Bolívar destierra.

Te necesito en esta hora
en que el cadáver de Sandino
en mi corazón se quema.

Te necesito en esta hora
en que el petróleo y el estano
han principiado a entrar de nuevo en mis venas.

Te necesito en esta hora
en que mi lengua cristiana
pregunta a los ricos por tanta miseria.

Te necesito en esta hora
de horizontes que huyen
y el horror glorificado por la ciencia.

;Libranos de la ciencia
en manos de los déspotas y de los millonarios!

Tu boca llena de Dios, tu heroica decencia
nos haga esbeltos ríos con generoso estuario.
Que la América mía se unte de tu presencia
y haga de tus palabras su nuevo abecedario.

Hermosa vida tuya tan joven como el cielo
cuando una estrella nueva le da nuevo lugar.
Yo te he seguido en México sin que tú lo sospeches
y he tenido la dicha de ponerme a llorar.

¡Qué amistad es la tuya que en la América mía
electrifica el aire de extraña simpatía?
Y tiene tu maestría la actitud fraternal
del agua cuando toma la forma de cristal.

Y sí; tu gloria es grande, pero tu corazón
tiene un pájaro preso
y un color de embeleso
sale al joven aroma de su dominación.

Yo te digo maestro, pero no sé por qué
se me ocurre tomarte del brazo y todo fe
al fuego de tus ojos de horizonte naval
confiarle mis angustias tan llenas de esperanza,
y en mi desesperante pasión por la bonanza
de América, mirarte sonreír matinal.

Bueno, después de todo, qué profunda alegría
saber de ti. Releo tus libros. Tu retrato
honra mi casa. Eres Poema y Poesía.
¡Qué gusto de sentirme suela de tus zapatos!

Tal vez en nuevo día te encontraré en Caracas
delante del sarcófago del Héroe sin segundo,
te escucharé: ¡qué idioma que entre diamantes sacas!

(Libertad, Dignidad: Me opondré a las resacas
de la marea helada que hace crujir el mundo.)

Las Lomas, a 20 de enero de 1953

GRAN PROSA POR EL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

Pero no es sólo con la palabra,
con la palabra a solas,
con lo que quiero recordar a los hombres y las cosas.
La voluntad no es solamente un árbol,
también es cielo
que abre y cierra sus luces
derribando los abismos invisibles del trueno.
La voluntad está en el agua atmosférica
y en el clima tornasolado que modifica
en millones de instantes los volúmenes del suelo.
La voluntad que abre el túnel del insomnio
por donde avanza
locomotoramente una idea. Yo tengo
que declarar en imágenes
toda la jerarquía de un ejército
en que la voluntad no era solamente militar
sino también civil, es decir, el impulso de todo un pueblo.

Con litorales de poética anatomía
y enormes músculos que sostienen un clima esbelto,
el hombre cultural, desde hace muchos siglos,
atesoró la realidad envidiable que es México.
La ambición que hace de la Historia
su infierno y su cielo,
desgarró el cuerpo de los mexicanos
al que, también, como hacia entonces quince años,
lo destrozó miserablemente otro extranjero.

Y éste es el mismo que desde hace más de un siglo
ha cubierto de luto casi todo lo americano que es nuestro.

Lo indígena es nuestra agua entrañable,
es lo que históricamente colinda entre nosotros con el mis-
[terio.

Es un honor lleno de solemne alegría
que hablemos de Teotihuacán y de Mitla y de Uxmal
con los ojos luminosamente abiertos,
y también del hombre,
que unas veces se llamó Quetzalcóatl
y otras Nezahualcóyotl
y otra vez, maravillosa vez, se llamó Cuauhtémoc.

Lo indígena,
en el tiempo que ahora conmemoramos,
se demostró humanamente
con la voluntad y con el sentimiento.

Y Juárez y Altamirano y Ramírez y los zacapoaxtlas
que con Zaragoza estuvieron,
desangraron su mente, su corazón y su cuerpo
y empuñaron a la República
como a una espada, sola en el horizonte,
que fuera todo de luceros.

Juárez es un puñado de tierra
dentro del cual hay un diamante,
porque allí están el sol y el maíz
que contienen la misma sangre
y expresan la voluntad de ser
como alimento para todo y para todos sobre la misma base.
La voluntad monumental
es una forma de heroísmo que nosotros llamamos Benito

[Juárez.

Nació con la pérdida de una oveja y termina
para otro --con la consecuencia funeral de un equivocado
[viaje.

Juárez es nuestro Presidente vitalicio y en él reconocemos la herencia fastuosa de nuestro linaje.

Vaya nuestra voluntad y nuestro corazón a mejorar la vida de nuestra gente del campo.

El niño Benito Juárez fue campesino, niño pastor, y esto también debe obligarnos con los que nos dan de comer y que aún no viven según merecen y es nuestro deseo más [anhelante.

La voluntad es el motor de toda victoria.

Triunfemos sobre el egoísmo y sobre la envidia.

Mexicanos, pero como Juárez,
mexicanos de América.

Lomas de Chapultepec, julio de 1967

MEMORIAS DE LA CASA DEL VIENTO

1. ESCALERA AL MAR

A Lola Olmedo

En la casa del viento,
hay una escalera que conduce al mar.

Abajo, entre sus chácharas de espuma,
el mar acude a sí mismo para no naufragar.
Y entre pérdidas y ganancias
redondea su acontecimiento
de no llevarse lo que olvidará.
El despilfarro con que se mueve
nos turbiniza en tal forma que comenzamos a trabajar.
Y la máquina del deseo cruza sus fábricas mejores,
un poco tzentzonle y un poco jaguar.

En la Casa del Viento,
hay una escalera que conduce al mar.

Ayer que fui a bañarme en una fuente
que se deslizó inútilmente cerca de la mitad,
hallé los peldaños cubiertos de hojas
como si el otoño le llevara al viento
la máquina rota de su soledad.
Mientras yo me bañaba,
el mar la dio por decir a gritos que yo no tenía allí nada que
[buscar,
como si mi encuentro con el día desnudo
fuera el último robo de mi tacto sensual.

A mí qué me importa la espuma dilapidada,
ni el rostro de la roca,
ni el aprendizaje de catarata de cada ola del mar;
ni la publicidad de tanto ruido
para invitarlo a uno a meditar.
Hay una cítara escondida
que me llama en la oscuridad,
que sabe la historia de todos los peces muertos
de la boca del viento que baja
por la escalera que conduce al mar.
Y ella es el testimonio de que hay alguien
escondido en la roca de la que tan entrañablemente
hace su aparición el manantial.

En esta Casa del Viento
los ojos son más grandes que los oídos,
que bajan por la escalera que conduce al mar,
y sin decir palabra nos están diciendo
que aquí vivió una vez la mano*
que entre el agua y la tierra y el aire y el fuego,
se puso a pintar.

* Diego Rivera

2. MIRADA AL MAR

Cuando estoy frente al mar,
el tiempo es un ángel que esconde las horas
y ya no se recuerda lo que se va a olvidar.

Toma la vida la postura
de un gran camino horizontal,
donde perderse es llegar siempre
a la línea ambulante de nuestra bien construida soledad.
Hermoso mar que viene de tan cerca
y nunca acaba de llegar.

En el sonido son sonoro
de la sonaja resonante de su explosiva actividad
que masca el tiempo desde el fondo
de la mañana elemental,
es como un tianguis que acapara
y a precios de alma nos ofrece
la propia sangre que en nosotros no hemos podido aprove-
[char.]

Vivo en la Casa del Viento,
pero mi corazón está en el mar.

El horizonte alza sus nubes
como veleros colosales que aire escuadrón disolverá
y el auge intacto de las luces
cantea el verde de los árboles con aparato general.
Con cuánto acero el mar concurre
—buen paladín hospitalario—
a restaurar en mis pulmones la garantía tropical.
En cada músculo recibo la bofetada saludable
con que la sal redonda en oro
la travesía fraternal.

Millón y pico de silencio
en un instante enarbolido
sombrea el tálamo infecundo deste decir todo arenal.
Y un rebotado espumarajo
destruye en claro el buen silencio en que me quise acomodar.
Acto seguido, las palabras
con que reanudo estos vitrales
en los que apenas filtra un filo de lo que ansiara declarar,
se vuelven lápidas de espuma
y así perdura en cada sílaba
mi desbordante soledad.

Yo vivo en la Casa del Viento,
pero mi corazón está en el mar.

3. NO SÉ POR QUÉ PASÓ

Si es de un jalón,
que venga el mar.

Acomodemos los ojos
y en cada mirada obtengamos una semilla que sembrar.
Todo papel apalabrado
debe ser para figurar
en el callejón de las imágenes
que afarolé de propios ojos y nunca pude transitar.

Pero si es de un jalón,
que venga el mar.

Qué alegría la de las olas en la playa con las que hemos
[venido a jugar.
Formar parte de la ola,
y salir desembuchado de un gran bulto de espuma
y redoblar,
es meterse en camisa de once varas
cosida y descosida por el mar.

La contra ola de regreso
nos da el jalón con la arena
y con los ojos en agua de sal,
nos cuesta erguirnos ante el horizonte
medio asturizado de tanto reventar.

Sube la noche sin preguntar por nadie
y todas las cosas se empiezan a arrinconar.
La desnudez se vuelve antigua
y la luz de la noche se llena de humedad.
Hay dos estrellas dentro de mis ojos
de las que hago nacer la oscuridad
y del tumulto sin testigos
va quedando solamente una deshabitada oquedad.
Tras la huella de mis pasos
siento que se acerca un gran viento animal,
como si me pusieran sobre los hombros un manto de mur-
ciélagos
y yo no pudiera hablar
sino de mariposas tragadas por tiburones
y de palmeras reales flotando sobre el mar.

Las montañas se acercan al cielo
y la noche se hace mar.
Un rayo de horror hace crujir mi sombra,
pero invoqué al Arcángel San Miguel y en mis ojos
distribuyó la luz como la montaña en un cañaveral.

Yo no sé nada de aquello
y esto, que no sé dónde está
pasó lejos de la Casa del Viento
donde hay una escalera que conduce al mar.

Ehecatlcalli, Acapulco, noviembre de 1958

13 DE AGOSTO, RUINA DE TENOCHTITLÁN

Me da tristeza,
no por mexicano,
sino sólo por hombre.

Estoy mirando la ciudad destruida,
flor aplastada por un pie sombrío.
Estoy mirando el agua en los canales,
vacía, ciega de tanto ver
lo que jamás debió haber visto.
Es la enorme catástrofe florida.
La garganta del canto estrangulada.
Los colibries desaparecidos
a unos cuantos milímetros del Sol.
El Destino escondido entre las ruinas
parece más presente en todas partes.
Hay un hedor de gritos
entre la sangre heroica de la fecha.
La fecha funeral. Los funerales
de todo un día immense y destronado
a puntapiés y sin por qué se sepa.

Me da tristeza,
no por mexicano,
sino sólo por hombre.

Bueno, sí: ¡la ambición!
Destruir, matar para obtener y poseer.
Esta es la razón de tanto duelo,
de tanta ruina, de tantas lágrimas oscuras,
de tanto pecho destrozado y aún vivo,
de tanto estar mirando el horizonte
y sin nada entender. Y no es posible
entre tanto desorden estar muerto.

Alguien tiene que hacer en medio a tanta
desolación. No veo a nadie
pero escucho sus pasos tropezándose
entre la cara rota de las ruinas.
Más que de andar, parecen aletazos
de alguna águila herida.
No sabe a dónde quedó el nido.
Mira y todo es igual. La destrucción florece
negra de tanto mal. De todos modos
me pregunto el por qué de este desastre.
Y me responde lo que me rodea.
Pero... ¡no puede ser! Y lo estoy viendo.

Me da tristeza,
no por mexicano,
sino sólo por hombre.

Ya sé que todo se perdió.
Que todo es nada.
Pero que de esa nada todo había.
¿Cómo puede matarse todo un hecho
que existía, y así, de todo a todo?
Siguen los aletazos entre las pobres piedras.
La sangre se estancó; ya no circula.
Ya por el rumbo de Texcoco viene
la tempestad y yo no tengo
a dónde ir. Se deshojó
la flor de cuatro puntas cardinales.
Se mojarán las lágrimas con la lluvia que viene.
La noche será horrible.
(Después llovió toda la noche
y amaneció lloviendo sobre las ruinas.)

Trece de Agosto. Bronce.
Me da tristeza,

no por mexicano,
sino sólo por hombre.

(¡Dios mío!)

13 de agosto de 1964

PALABRAS Y MÚSICA EN HONOR DE POSADA

La luz que a cada noche dio su sombra,
escondida en la mano del artista
buriló y dibujó, pintó a ocasiones.

Era una mano poderosa
que sin ningún titubeo
fue de lo hermoso a lo feo
y de la espina a la rosa.

La mano que estrujaba entre sus dedos
la vida diaria de la Poesía
surgida de los limpios basureros.

Mano de un pueblo entero,
consecuencia de un par de ojos
que alegrías con enojos
ponían sobre el acero.

Los ojos que miraron frente a frente
—uvas repletas de agrí dulces gotas—
bosques de formas dieron a la gente.

Los ojos que tanto vieron
dentro y fuera, como espigas,
fueron espigas amigas
de todo pan fuera y dentro.

Una mirada de sus ojos, una
sola mirada y una sola
daban toda la vida de una ola:
impulso, curva y festival de espuma.

Su corazón en la mano
a ojos vistas fue pasión.
Y siempre tuvo razón
su corazón en la mano.

Esto de la razón fue su locura,
el pan nuestro de cada día:
el día claro con la noche oscura.

Tuvo razón su corazón
cuando a la vista de los hombres
su corazón se desnudó.

El corazón y la razón, paseo
por todos los abismos de la vida
dieron, también, sin ningún titubeo.

Su corazón se veía
en sus líneas y entre-líneas,
fueran pablos y virginias
o el horror que se reía.

La muerte con el ruido de sus huesos
le contaba las cosas de la vida
y todo aquello terminaba en juego.

Y con el alma en un hilo,
sin saber por qué será
la vida que pasa está
pidiéndole siempre asilo
a la vida que se va.

Porque esto de vivir junto a la Muerte,
aunque nos la comemos con azúcar,
sabe a tiempo perdido, a azul silvestre.

Si me dices con quién andas
yo te diré con quién voy.
Yo no te diré quién soy
ni si me llevan en andas.

La cosa de vivir es cosa rara:
lejos de lo más cerca estamos siempre
y todo el mundo rie en nuestra cara.

Mató a su lira con un puñal.
Si la mató a puñaladas
es por ver ensangrentada
la tristeza sideral.

El cielo en las estrellas se coloca
y sigue más allá de las estrellas
y las estrellas cantan en su boca.

Pero es muy triste saber
que hay un minuto en el cielo
que destruye nuestro anhelo
de vivir para entender.

El pan de muerto y su sabor sabroso
un día en cada año lo comemos.
El pan de cada día no es sabroso.
¿Está en lo que no vemos?

La calavera de azúcar
y el pan de muerto
nos regresan a la cuna
del misterio.

El niño muerto que se desayuna
con la luz de la aurora,
sabe que un pajarito, cada hora,
transporta sus juguetes a la Luna.

Vámonos a la pulqueria
donde está la cosa seria
pues millones de miseria
dieron a tu alma y la mía.

Ya viene la Bejarano,
la que atormenta a los niños.
Vamos haciéndole guíños
y le cortamos las manos.

Un hijo mató a su madre;
ya viene la policía.
Se lo dijo a mi comadre
la vieja que se vendía.

Toda la flor de la calaverada
baillará con nosotros esta noche
aunque nos lleve a todos la tiznada.

Y a mí qué, que me lleve.
Sí... pero no.
Que si conmigo se atreve
ya veremos quién soy yo.
Y por matar a la muerte,
don Chepito se peló.

Y el pueblo se reía
de tanta risa que en las calaveras
veía, escurridizo, noche y día.

Y entre la risa y el llanto
Posada al pueblo miró.

Con su buril acusó
con vivo y terrible encanto.

Con los Flores Magón y Cananea
el pueblo pobre levantó la vista
y gritó en la ciudad como en la aldea.

La riqueza en las manos de unos cuantos.
Y el que trabaja para los que comen
viva de su tristeza y su quebranto.

El grabador del pueblo mexicano
tomó el partido de las justas iras
y puso el corazón entre su mano.

Y de aquella protesta en blanco y negro
mirando escucharán, en buena música,
lo que vale un andante y un allegro.

Entre pájaros trinos esta tarde
en que avecina junio sus clamores,
arde el amor en el altar del arte.

El gran artista y el artista humano
tiene en el corazón de la Belleza
la clave de lo simple y de lo arcano.

Sin más amparo que su inconsuelo,
solo en un cuarto solo, el buen Posada,
genio de día y de noche —en blanco y negro—
dio al cielo de sus ojos la mirada,
la que es de la ceniza y no del fuego.

Con mis ojos de niño vi sus ojos
detrás de una vidriera.

Era un taller pequeño en que los rojos
ácidos daban a la primavera
sobre el acero, la verdad del día.

Junto a Nuestro Señor crucificado,
el repertorio de las emociones
de cuanto da la vida
era así un almacén de corazones
con su gota de sangre suspendida.

Ahora que con pluma siempre pobre
pongo palabras como rayas duras
sobre el papel,
en la plancha de acero, en la de cobre,
en una más de oro, yo quisiera,
buen maestro Posada,
dejar tu nombre y silenciosamente,
disfrutar de tu risa y de tu Hanto
más allá de la sombra de mi frente.

México está contigo, con tu gente.

Tepoztlán, Morelos, el 27 de mayo de 1963

ELEGÍA APASIONADA

A José Vasconcelos

¿Cuándo empezaron a volar las flores
y a inmovilizarse las mariposas?
Con esta idea sonriente de la muerte
transcurrió la mañana como un ave en la sombra.

Entre lo vertical del mediodía,
soltando las palabras como astillas ardientes,
me dijeron:

Vasconcelos ha muerto,
Y el sol, que era ya todo el cielo,
me pareció una inmensa boca enmudecida
en cuya soledad las palabras
sin saber por dónde, se perdieron.

La tierra, la devoradora de hombres,
la que nunca habla,
absorbería unas horas después
a quien habrá pasado la vida en el uso de la palabra.

Yo estuve cerca de ese hombre
en la tierra y en el aire, en el fuego y en el agua,
yo presencie la grandeza y la miseria de sus elementos;
la fragilidad de su cuerpo
y la solidez de su alma.
En la historia de Nuestra América
fue, durante un largo instante,
la estrella de la mañana.

Años después aparecía
cuando el sol descansa,
pero su brillo
no era ya el mismo.

Dame, oh Señor Jesucristo, la gracia
de tener siempre presente
sus cosas buenas y sus cosas malas,
porque él fue verdaderamente un hombre
en toda la raíz de la palabra.

Yo sé, como pocos,
lo que en él habla,
lo que en él canta
y lo que en él calla.

Cuando el maestro José Clemente Orozco
pintó en Guadalajara su Hombre-Fuego,

yo, agua de las tierras tórridas,
pensé, todo quemado, en Vasconcelos.

77 veces la primavera
le dio su alegría profunda de belleza.
77 veces el estío
le dio su agilidad y su brillo.
77 veces el otoño
colocó su mano pensativa en el rostro.
77 veces el invierno
le negó la gracia submarina del silencio.

Así lo miro y así lo siento.
Así me alegra y me entristece,
y así, como junto a un árbol, le recuerdo,
bajo un pedazo de cielo.

Cuando abro sus libros
es como cuando uno a la vuelta de un camino
descubre el mar.
Porque Vasconcelos es un entusiasta de la vida
y el origen de la vida —perla y tiburón— está en el mar.

Yo entro en sus libros
y siento el oleaje y el viento y la sal.
Y cuando no estoy de acuerdo con lo que dice
me salgo del agua y al sol me pongo a secar.
Recuerdo que una noche al llegar a Florencia
me llevó rápidamente a la Plaza de los Señores
y entre el David y Savonarola desató la tempestad.
Era el triunfo de la justicia por la violencia:
David puso en órbita su piedra desnuda;
y de su propio incendio, el monje feo, se salió a quemar.

Una vez en el Brasil me dijo:
Vaya usted a bañarse a la playa de Guarujá.

Y cuando fui a Santos caminé sobre arenas de oro
y estuve a punto de quedarme azul entre las
deliciosas arbitrariedades
que fabrican los ángeles de aquel cielo hecho mar.
De nuestro planeta lo que más le gustaba
fueron siempre el desierto y el mar.

Una noche en Egipto, frente a la Esfinge,
misteriosamente derrotada,
me habló del desierto
como si él hubiera colaborado en hacerlo.
Después nos alejamos uno del otro
como dos astrónomos un poco desesperados
con la esperanza de recoger alguna estrella
y ocultarla en el corazón de cualquier hombre desalmado.
Al otro dia, muy poco faraónicamente,
nos encontramos de nuevo en El Cairo.
(Viajábamos en tercera porque no había cuarta.)
En el café de la estación del ferrocarril
nos confundieron con meseros de ciertos barcos.

Recuerdo que al pasar por la estación de Siut,
le desperté, pues él dormitaba.
y le dije: maestro, aquí nació Plotino.
Y él bajó rápidamente para tocar la tierra clara,
me dijo, de aquel cuyos escritos
cinco años hacia que en México publicara.

Siento, como en un cuadro de Velasco
que se me va, espaciosamente la mañana
deste último dia de junio, cuya noche
es una antigua fecha de victoria mexicana.

Último día de junio en que hace un año,
la muerte arrancó el corazón lleno de fama
de quien nació para encender hogueras

muchas veces buenas, pocas veces malas.
Dios mío, perdónalo.
Te pido también por los que murieron por su causa.
Te pido también por la hermosa mujer
que se suicidó por él una catedralicia mañana.

;Dios mío! Ten piedad de aquel hombre
que llevaba estrellas en las manos
y un jardín de luxuria en la cara.
Por su soledad llena de estrellas,
perdónalo, Señor.
Por su atormentada ansiedad de ternura,
perdónalo, Señor.
Por la noble mujer que lloró tanto a su lado,
perdónalo, Señor.
Por su placer en las contradicciones,
perdónalo, Señor.

Una noche en Jerusalén, en la casa de los franciscanos,
tocó la pared que se interponía entre nuestras celdas
y yo acudi y me dijo: "El libro que tengo en las manos
me aclara por fin una duda terrible:
¿Recuerda usted, me dijo, aquella parábola
de la mujer que se casó muchas veces
y alguien entonces le preguntó a Jesús,
con cuál de aquellos hombres quedaría
el día de la Resurrección? Y el Redentor
respondió: con ninguno, porque entonces
todos serán como los ángeles."
Vasconcelos agregó: "Usted me comprende,
¿no es así?"

Yo regresé a mi celda
y recordé la historia de su pobre Adriana
y pensé que aquel hombre era todo de fuego
por fuera y por dentro.

Al dia siguiente, en la tarde,
nos sentamos sobre unas piedras
en el Valle de Josafat,
frente a la tumba de David.

En el tesoro de mis sentimientos
hay una geografía vasconceliana
cuya nomenclatura no es siempre de ciudades y campos
sino más bien de archipiélagos de palabras,
en que los hechos incumben
a la composición espiritual de las manzanas.

En tal parte Vasconcelos me dijo...,
así podria yo organizar toda una asamblea de páginas
en que la amistad y la sabiduría
toda su pedrería fastuosamente engarzaran.

Los que en él miran nada más sus eclipses
es porque son pobres imbéciles, pobrecitas gallináceas.
Casi todo lo bueno que en México tenemos ahora
es resultado de su genio y de su vastísima mirada.

Con cuánto horizonte y cuánto cielo,
con el corazón en la mano le sigo esta mañana.

Contempla, oh Madre América,
a uno de tus hijos más luminosos.

Universal y nuestro
hay un diamante que a veces brilla como una esmeralda
en su camino fragoroso.

Te vaticinó una raza cósmica,
se te quedó mirando con el amor más hondo
y fue tuyo, con tus abismos y tus cielos,
con tus jaguares y tus cóndores.

Es difícil acostumbrarme a su ausencia,
a ese malestar benéfico de mar de fondo
en que nos complacíamos con su conversación
de mar y cielo en un litoral bronco.

Cuando acariciaba a los niños
satisfacían su ternura todos sus poros.

Ha comenzado la tarde
y la hora de Dios se acerca para todos.
El corazón que va a detenerse
ha sonado en todos los tonos.
El héroe que va a morir
es dueño de este atardecer sinfónico
en que las campanas de todas las torres
y los consonantes números pitagóricos
tienden las invisibles guirnaldas
para la recepción eterna de un hombre
que nos pertenece a todos.

Las Lomas, 30 de junio de 1960

POEMA EN DOS IMÁGENES

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

La primera

No es para contarse,
pero el poeta, que murió joven y soltero,
vestía siempre de negro
cuál si llevara luto por sí mismo.
Esta es una opinión de tranvía
por eso hasta hoy la pongo por escrito.
Dicen que era fuerte y hermoso.
La muerte taladró su juventud
pero lo que se llevó fue muy poco.
Él quedó acá en el uso de la palabra
y con el corazón en la mano.

Un corazón de amatista
húmedo de diamantes y rubies.
Como los mayas, no conoció el oro
y esperó siempre en jades, inútilmente,
la llegada de la alegría.
Fue un joven al servicio de una ventana
en un atardecer
que nunca pasó a más.
Dicen que era moreno y en sus labios indígenas
el pueblo sonreía con tristeza.
Lo que movió en su sangre
fue más humano que divino.
Pero un ángel le cuidaba las manos
para que no arrancara más rosas que las que le cabian.

Este habitante de jardines descuidados
y de casas sin dueño,
vio que las nubes entraban a sus ojos
y se quejó públicamente en la intimidad más desierta.
¿Por qué, Dios mío, la mujer que tanto quiso,
buyó hacia ti, dejándole desnudo
en su nueva soledad?
Era la dama de los guantes negros.
Un lirio lleno de recio
al pie de un cielo tan azul que nada
fue tan azul como ella.
Dicen que en lo que un dia fue cementerio
se encontraban los dos al medio dia.
Donde la muerte se pudrió,
ellos plantaron luces como estrellas de dia.
Dicen que ella florecía
como el dia, a todas horas.
En ese parque, cuántas cosas,
se dijeron los dos, eternamente.

No sé, pero con nadie

puedo hablar tan a soles
como con las palabras deste poeta.
Las encuentro sentadas en la sala
rodeadas de familia en las paredes.
Los domingos, al regresar de misa,
una flor se acomoda en cada una.
La guirnalda silvestre
para el retrato de los guantes negros.
¿Ella es la Virgen de la Soledad?
Pero si me han contado que ella se fue con otro
y ese otro era el Señor Crucificado
y que ese fue el amor que tuvo siempre,
pero quiso al poeta
con quien hablaba muchas horas por teléfono
sin que nadie lo supiera.
Me dicen las palabras,
del agua natural y misteriosa
de aquella dama de los guantes negros.
Me dicen las palabras tantas cosas,
que a veces no entiendo.
Estoy escribiendo y las palabras
se me quedan mirando,
como si me preguntaran
que por qué las escribo,
que por qué no las invento.
Sí, porque para cada cosa
y para cada quien existe un nombre.
Cuánto, cuánto me falta por saber,
yo, que he viajado tanto y oigo que dicen
que los viajes ilustran...
Con las palabras de López Velarde
me convenzo
que la noche está siempre junto al día.
Las palabras, saben mi nombre;
yo no sé el de ellas.
Decimos que el teléfono está descompuesto.

Es que no hay comunicación.
Todo está tan lejos.
O gritamos: ¡no oigo!
Pero, ¿es que hablamos con alguien?
¿Quién habla en tu poesía,
por tu devota sangre que zozobra al son del corazón?
¿Hablas tú, solamente?
Hablamos muchos por tu voz y somos
el minátero de un reló cumplido.
Estoy recordando que me contaron
que la que te dejó por El que vive siempre,
por el Resucitado, el Eterno,
dejó flor en la tumba de Fuensanta.
Siempre la dama de los guantes negros...
¡Cuánta vida en el sol del cementerio!
Sí, somos las palabras
sin saberlas decir.
Cuánto cielo terrestre necesito
para entenderme contigo
sobre los asuntos que más nos hieren
y que son los que más necesitamos.
Cierro el libro y zozobro unos instantes,
lo necesario para naufragar
y también para salvarse.
Con la ropa desgarrada,
el viento ha hecho de mí muchas banderas
que coronan la torre
que espera el rayo a entenderlo todo.
Toda tu poesía,
tiembla en mi ser: el campo, la lluvia;
el trueno
que parte en dos la tempestad nacida
lógicamente del amor; el viento
que de la oscuridad sale en el día.
Qué ganas de decirte: ven a cenar conmigo;

también hablaremos de política. Qué ganas de contarte
lo que me ha sucedido.
Sí, de todos modos conversaremos
porque hay algo tan hondo que nos liga...
... es esa dama de los guantes negros.

La segunda

La Patria que en el agua de tus ojos
se desnudó, no tiene sino esa misma imagen.
Entrañas opulentas que el extranjero
saqueó durante cuatro siglos.
Las dos costas desnudan su belleza
y la alegría tropical y el aire
que libera sentidos y razones
dan al sexo jaguares, girasoles.
Plataformas centrales
construidas a la altura de las águilas
ponen fuego a la luz y el cielo crece.
El hombre-campo guarda un dejo de pirámide
aun cuando su pobreza
arrincona inconsciente una sonrisa.
Las lenguas poesía milenaria
dicen lo necesario, sobreviven.
La Patria necesita hombres más hombres
que le hagan ver la tarde sin tristeza.
Hay tanto y lo que hay es para pocos.
Se olvida que la Patria es para todos.
Si el genio y la belleza entre nosotros
fue tanto y natural,
que el recuerdo del hombre de otros días
nos comprometa para ser mejores.
La patria debe ser nuestra alegría
y no nuestra vergüenza por culpa de nosotros.
Es difícil ser buenos.
Hay que ser héroes de nosotros mismos.

Conversamos, Ramón, a piedra y lodo,
Es el barco que habla por lo que fue en la mano
de quien nos hizo enteros.
Víspera de tu ausencia
te fuimos a llevar una magnolia
a tu cuarto de agonía,
mis amigos y yo.
Hoy hace cincuenta años
que eres más joven.
Flor y canto en los labios deste día,
en los labios de México,
en todo el corazón de nuestros labios.

Lomas de Chapultepec, Pascua de Resurrección de 1971

TEOTIHUACÁN

La palabra pirámide, tocada por el cielo,
levanta nuestros brazos y eleva nuestros ojos.
Hay en su corpulencia vertiente de taludes:
la operación del día derramando la luz.
El hombre la truncó para asentar el templo
y el misterio confiara su poder a la vida.
La cumbre crea el simbolo que el hombre mira a solas:
la noche está en el cielo y habla sólo de altura.
Pero empuñando al Sol en las manos del día,
la tierra nace a pie y en planta horizontal
halla la idea del vértice con que culmina el Sol.
Hay noches como días, lánguidamente hechos:
la pirámide baja y da sol a la Luna.

Es tan jaguar el Sol, que pasa silencioso.
Las horas son las manchas de su piel. Y en el hombre
un tragaluz se abre para poder hablar.

¡Qué población de estrellas en este cielo vive
desde que el Héroe antiguo se transformó en estrella!
¡Con qué aguja el nopal teje la luz del dia
desde que la serpiente llegó del mar lejano!
¡Cuánto maíz en boca de Septiembre y Octubre
dio vida a las palabras que sembraron bondad!
Feliz astronomia la del Sol y la Tierra
que hizo al hombre nacer entre rocas y llamas.
Conos de sombra explican su angustia, pero el fuego
ha de abolir un dia sus eclipses mortales.

El hombre dejó aquí los volúmenes claros:
conjuguó el horizonte con la montaña: dio
líneas horizontales cortando los taludes;
dio nido a la penumbra, movimiento al color.

Su material de ideas, sólidamente puras,
conglomeran espíritu: la Tierra, el Sol, la Vida.
Hay una geometría cuyo ritmo congrega
lo florido del dia con el fruto nocturno.
El hombre amó la paz en este enorme juego
de volúmenes.

Tengo, desde niño, en los ojos,
la luz destos trabajos que hoy miro con la misma
sorpresa. La mañana de pechos vegetales
se alimenta a si misma con el fulgor antiguo
que dio vida a estas cosas que hablan para ellas solas.
Pero es obra del hombre y nos incumbe a todos.
Dioses oscuros dieron en una sola idea:
dar luz a cielo y tierra. Y convocaron sombras
y eligieron a dos que, arrojándose al fuego,
después de penitencia,
tornaron de la hoguera cual dos soles divinos.
Pero una de las sombras dio a estellar un conejo
sobre la faz de uno,

y ese sol, disminuido, fue la Luna.
Con la creación del día, la noche encendió estrellas.
Pero la más brillante, llave de los crepúsculos,
fue el corazón de un hombre, convertido en estrella.
Prudente y refinado, para darse completo,
fue el héroe. De su cuna se habla en los huracanes del
Golfo y en las brisas del Valle. Mariposas
y flores quisieron que fueran la ofrenda pura.
Si por flor fue terrestre, por el agua es de cielo
y de lluvia sus ojos se llenaron y dieron.
Tierra y agua calmaron hambre y sed. El maíz
fue la pluma adherida a la culebra de agua
que a veces serpentea sobre los campos. Agua
que da luz subterránea, caída de los cielos.
Vuelvo a la desnudez de las ideas puras
y divinas. El hombre descifra elemental
la Lengua a la intemperie de los cuatro elementos.
Y ya es en escultura, en pintura o palabras
que comunican el alma de las cosas supremas.
(Máquina y aparato dice igual a lo antiguo.)
Teotihuacán es honra del hombre y de su tiempo.
Antes que Europa fuera flor de cultura, México
flores de maravilla dio a la cultura. No:
 trajeron su cultura, no la cultura, aquellos
 que por áurea ambición destruyeron lo antiguo
 aquí, que florecía maravillosamente.
(Sin rencor ni amargura cuelgo en este poema
 las palabras que dije.)

También los elementos
serán un día causa de paz y no de guerra.
Quien ha puesto pasión por la tierra y el agua,
para dar agua y tierra a quien más necesita;
fuego en su corazón por el pobre y el débil;
quien con orgullo ve la gloria aquí presente
de hombres de genio anónimos cuya gloria aquí está

y ordena detener la ruina material
de obras que ha dos mil años eran cumbre del mundo;
quien cubrió de caminos y escuelas nuestro espacio
territorial y humano, salió al mundo a decirle:
México existe, vive; quien siente que es hermano
de su hermano y le tiende la mano cuando todos
le dejan solo, reciba en las manos de México
la flor y el canto Henos del México de siempre.

Lomas de Chapultepec, septiembre de 1964

ANSIA DE LAS ROSAS

Una rosa en las manos de la Noche
nos llevará a la faz de la colina.
Una rosa en la faz de la colina
nos llevará a las plantas de la Virgen.
Ella es el Universo: las estrellas
anidan en su manto y todas cantan.
Un plantío de plumas de quetzales
florece en instantáneos colibries.
Un aire acuchillado de obsidianas
transparenta lo oscuro de sus filos.
Las manos mexicanas de las rocas
tienen rosas nocturnas que han salido
de la pequeña escuela subterránea
donde todo es proféticos aromas.
Una rosa en las manos de la Noche.

La Noche con sus manos en la rosa
dice el nombre de un Lirio que se anuncia
con el silencio espléndido de un Ángel
que vuela entre perfumes y palomas.
El año se enfloró para ausentarse
como si no quisiera despedirse.

Y todo el aire indígena afilado
con olor a turquesas sobre el pecho,
se perfila tan claro, está tan cerca
que aquí no hay tiempo para las distancias.

La rosa con la Noche entre sus pétalos
consuela su garganta con rocío
y esclarecidas y húmedas alhajas
lujosamente se hacen al espacio.

La rosa con sus dedos en la Noche
llamó a Puerta del Cielo, y la Estrella
de la Mañana en Torre de Marfil
llenó la Casa de Oro del oriente
con Salud para todos los Enfermos.

Y la Noche en la rosa amanecía
huyendo a los sepulcros, y las rosas
que empuñaban las rocas mexicanas,
leves delirios dieron al rocío.

Desde la faz de la colina
todo el sagrado despertar del Valle.
En pocas geografías la grandeza
tiene tan alto ejemplo, tanta historia
geológica olvidada en las cumbres aéreas
que en esculturas de pasión heladas
hacen mirar el cielo con los ojos
de un amor terrenal que subió al cielo
en un millón de lágrimas heroicas
despeñadas del pecho del Destino.

Y la mañana fue en la rosa esbelta
que dijo su perfume sonrojada
porque un Ángel de espléndido silencio
anunció entre palomas y perfumes
la llegada de un Lirio.

Cuando habla el Lirio todos los perfumes
se ocultan en rubies y esmeraldas
y los topacios y las amatistas
callan bajo esmeraldas y zafiros.
Hay en todo el diamante de la atmósfera
un paro general de acatamiento
y la luz con las manos en la cara,
entre sus dedos mira, apenas mira...
La luz es una sombra iluminada.

Cuando habla el Lirio que anunció el Arcángel
la luz es sólo sombra iluminada.

Méjico lo escuchó. ¿Con cuáles ojos
viste paisano andante sus miradas?
¿Con qué oido escuchaste sus perfumes?
¿Con qué labio dijiste que escuchabas?

Por ti la sangre renovó su canto
en todo el pecho del poblado pueblo.
Por ti los corazones ofrendados
volvieron al final coronados de espinas
conjugando su elíptico retoño
y dándole al sediento en aguas dulces
con los tropezoneitos semilleros
tal como en los caminos de la dicha.

Cuando tu casa sea nuestro pecho
Lirio de primaveras en diciembre,
¿qué rosa va a ser todo el corazón,
qué rozagante surgirá esa rosa
del corazón de Méjico, elevado
hasta el pecho de manta que se cae
para mostrar tu imagen, claro Lirio moreno
soltado en rosas que la Noche impuso?

¡Sólo cuando tu casa sea el pecho
de cada hombre de México, la rosa
que se adiamantará con tus latidos,
entrará cual Juan Diego por su casa,
diciéndole a la aurora: ven a mí,
llévate cuantas rosas quepan entre tus manos
y la luz del perfume y la oración
del ser de la rosa humana generosa,
la rosa a voluntad de cada instante,
la rosa pensamiento adivinado,
a todo dar la rosa dadivosa
que da el aliento y la garganta entera
para decírnos, llévate el rosal!

Sobre la faz de la colina el Lirio,
habló, y el pueblo lo ha escuchado. Vive.
Y quiso que su casa fuera suya
y el Lirio, aquel moreno lirio Lirio,
fue estandarte en las manos destrozadas
de un huracán de fuego con sotana.
Y entre la tempestad que está vigente,
el Lirio en pie, madura su rocío...

Algún día el maíz será de todos.
Algún día las cosas de la tierra
estarán en las manos juveniles
de otros hombres más hombres y las rosas
guadalupanas multiplicarán
los panes y los peces en los lagos,
y la inocente y poderosa milpa,
y en el taller de la ciudad profunda,
las palabras del Lirio -abrirán rosas nuevas,
más rosas, todas las que necesitamos,
y Tú, Señora de todos los cielos,
Madre nuestra, Lirio nuestro, Rosa nuestra,
estarás en la rosa de nuestros propios pechos,
Anunciada y Divina, Amanecida, Eterna.

DISCURSO A CANANEA

No he de hablar de la sangre
ni de su prodigioso contenido;
ni del puño cerrado que gobierna
del lado izquierdo el regadío exacto
para que todo el cuerpo se alimente
sin que órganos o músculos carezcan
de cuanto equilibrando necesitan.

No he de hablar de la sangre,
viajera silenciosa,
el invisible y entubado pez,
vivo millón de gotas líquidamente augusto,
disciplinado al ritmo aparatoso
de un pequeño universo,
origen de razón y poesía.

La sangre,
la de los vasos siempre generosos,
la energía circulante a cada instante,
la que hereda zafiros, lodazales,
crepúsculos llorados en recuerdo
de amanecidos truenos militares.

No he de hablar de la sangre,
la aurora injustamente derramada
como el vino que espera al invitado
que va a llegar, pero que no ha llegado
porque un tzentzontle ha muerto en su ventana
cuando él iba a salir...

No he de hablar de la sangre
con que el niño al nacer mancha
su acto de nacimiento.

La sangre oculta en la mirada
del hombre socavón que circula en la mina,
la sangre que sudá todos sus minerales.

La sangre oculta en la mirada
del hombre derrotado
en el salón de vidrio de la "justicia" humana.

La sangre oculta en la mirada
del minero dilapidado como riqueza anónima,
razonado por la avaricia,
glóbulo empobrecido
en la arteriosclerosis de la mina.

La sangre oculta en la mirada
del que después de la protesta inútil
—los niños, la mujer, la calandria y el perro—
regresa al tiro envuelto en sombras miserables,
en trombas minerales,
en laringes de gases
y entre gallos de amanecer
así arrastrados como perros muertos
al rico basurero de la mina.
Dentro del gran oído de la mina
se escucha el ritmo de los hombres
que necesitan ocio y poesía;
hombres fragmentos de escombros,
hombres mendrugos
debajo de la mesa de capital jauría.

Canana, Cananea,
de tus tiros partieron
los primeros alientos de una aurora
que no ha dado la luz que necesito
para decir, de pueblo en pueblo,
que ya no hay tuberculosis producida por hambre

ni banquetes de bodas de ciento diez mil pesos;
que ya no hay grandes puercos
que hocenean entre la sangre y la traición
—¿verdad, Señor y Dios mío Jesucristo?—
que así Pérez Jiménez y Trujillo y Somoza y Batista
y Rojas Pinilla y Castillo Armas
—el inefable “azul” de Guatemala—
(¡sean, pues, más bandidos pero menos ridículos!)
me impiden con su estiércol caminar por mi América.

Canana Cananea, ¿imaginas el día
en que venga a decirte a tu oído de cobre,
que no habrá más reuniones con visos de naufragio
en Panamá, donde el primer Roosevelt
cometió el panamá
que dejó sin su brazo glorioso a Colombia?
¿Allá, donde Bolívar llora más aún que en Caracas?

Tu sangre y tu protesta son el árbol que aguarda
su banderín de pájaros,
rodeados girasoles de salud y belleza
poblados de palabras que convengan al hombre.

Canana Cananea,
tu nombre suena a arenas movidas por el agua
en que se baña el día surgido de tu pecho,
joven como el tumulto que agrupa tu escultura
apretada de brazos con que abrazas a México.

Sobre muros que duelen pintó Diego Rivera
la entrada y la salida de la mina.
Chorrean dolor y rabia y vergüenza. Yo vi
pintarlos, cuando el día brotaba de mis manos
y entre huracanes de águilas rompi mi corazón.

Para encumbrar luceros tengo la voz a ti.

Tus noches minerales acarrean relámpagos
que abren en un fulgor las tormentas del mundo.
Llevo la cuenta en túneles de avaricia y cansancio
y en el rayo de sol que de Tabasco tengo,
he de contar un dia, cuando vuelva a Tabasco,
lo que pesa el diamante que arrancaste al subsuelo:
huelga de Cananea,
¡alborea! ¡alborea! ¡alborea! ¡alborea!

{1956}

CIEN LÍNEAS PARA TI

Esta noche se me ha ido como un barco
que se enciende y se apaga
pensando en Bolívar.

Durante el día estuve en su casa y en su tumba.

La noche se me volvió codos en una ventana
desde una colina.

Y desde la altura desnuda
y con la historia hecha trizas,
miré destruirse el tiempo y elaborarse el espacio
en pleno ejercicio espiritual de Bolívar.

El día anterior recogí una hoja
del árbol gigantesco que fue el samán de Güere,
y al volver a Caracas me deshojé en tristezas y alegrías
por lo que hay ahora y por lo que también no tiene.

La noche se me iba
como un barco que se apaga y se enciende
y en cuya lista de pasajeros la tempestad se hacia pasar
como una rosa oscura bajo el puente.
El viaje se ahonda como una pintura
que se transformara mágicamente en un aguafuerte.

Como el anuncio de un ideal maravilloso, la palabra Bolívar
en mi horizonte se enciende y se apaga,
y en el parpadeo de siglo y medio
mi corazón trabaja
impulsado por el gas
saludable y antiguo de la esperanza,
pero unas nubes que de pronto empiezan a ocultarme el cielo
me hieren el hígado que como un vaso oscuro
desapaciblemente se derrama.

¿Por qué hay todavía en mi América
tantos vendepatrias? ¿Somoza, Trujillo?
¿Y tantos que no tienen nombre resonante?
¿Por qué en lugar de tantas liras
no tenemos más espadas
para acabar con todo lo que hay en nosotros mismos
de cómplices de la miseria y de asesinos de la esperanza?
¿Por qué el que canta
mejor no habla?
¿Por qué tener escondidas las palabras
como si viviéramos solamente de noche
y pasáramos el día en la cama
aceariciando un hermoso cuerpo
y devorando ésta y aquella otra manzana?

La hiel goteaba sobre el reló cada vez más negro
y en su viaje la soledad lícitamente se poblaba.
Empiezo a sentir la alegría
de quien a todas horas ama,
desde la raíz que no se ve
hasta el sol del que soy
la partícula más pequeña de su llama.

Hace doce años en las soledades estruendosas del Caroní
motoricé industrialmente mi esperanza,
y en todo escuché el pensamiento de Bolívar,

que de todas nuestras voces
es la más justa, la más hermosa y la más clara.
¿Pero hasta cuándo nosotros seremos como nosotros mismos
como él, que quiso que fuéramos
justos, bellos y claros como su palabra?

Toda la noche se llena
gloriosa y dolorosamente de Bolívar.
Ayer me quedé unos buenos y largos instantes
en su sepulcral orilla
y tuve la sensación que da la ceiba
cuando el cansancio del viaje nos hace olvidar la vida.
Todos los que como yo somos casi nada
debemos reunir nuestras briznas
y entregarnos a la lucha
contra toda injusticia
para decirnos seria y humildemente a nosotros mismos
que en realidad hemos vivido la vida.

Este poema es como el pan sin levadura:
ayuno de poesía.
Prosa como la soledad del que está solo
porque ha sido un vaso comunicante
sin otra consecuencia que desbordar a todas horas
su alegría.
La noche amenaza con destruir el horizonte;
la tempestad se inicia.
Y aunque no soy sino un poco de tinta
riego con ella
la raíz de este día
en cuya noche sólidamente embarcado
pensé, como siempre,
con toda mi alma,
en Bolívar.

Caracas, 1º de mayo de 1960

FUEGO NUEVO EN HONOR DE JOSÉ CLEMENTE OROZCO

Hoy, como todos los días, le recordamos.
Pero hoy es un día amurallado.
Y entre luces escondidas,
vamos.

El promotor de fuerzas plásticas,
el hombre que se encerraba como el huracán,
el generoso ayudante de la justicia,
paralítico por el egoísmo y la avaricia;
el que dio libertad al fuego para incendiar,
para destruir la sombra construida con mentiras;
el capitán de los colores con voz y volo,
el que en medio de la noche hizo estallar el sol,
el dueño de luces a medio color,
pasa frente a nosotros esta noche, encorvado
por el peso y la fuerza de su corazón.

Que los altos hornos respiren bien
para aquilarar el acero,
que los engranes y las poleas de todas las máquinas
sigan alimentando la velocidad del silencio,
que el camarada aceite alivie la fricción
de la maquinaria numerosísima
que plantea el conflicto de la razón y el corazón.

Entre el galope sin horizontes de las máquinas,
no hay palabras que valgan para decir su gloria.
La tempestad alerta sale de sus bolsillos
a condenar el prestigio de las rosas
en esta hora en que casi no hay tiempo
para mirar las rosas.

Ya va a subir la aurora que desató sus
manos con redondez mundial.

Ningún color reposa, todos corren o vuelan;
la dinámica del espacio tiene historia de mar.
Es el tiempo motor el que lleva en su
mano y hace luz en el humano lodazal
y resuelve en el caos de brazos y cuchillos
la operación exacta de la verdad intacta.
Fue el gigantesco obrero que un fino pararrayos
articuló en su sangre la tempestad humana.
Con ladrillos de luz alzó su torre al viento
y desde ahí miró todo el color del drama:
un mundo sin honor y sin palabra.

Hidalgo es todo un día del cielo que se enciende
para hablar entre un agrio silencio de injusticia.
Aquí está en sus palabras
quemando la conciencia de toda la nación.
Libremos al hombre de la pobreza
causada por nuestro egoísmo y nuestra ambición.
Así nos libertaríamos de ser esclavos de la injusticia.
Es la alegría cristiana la que tiene la razón.
Quien obsequió estos muros hace más de cien años
tenía el corazón entre las manos.
Los niños son los pájaros del episodio humano.
Aquí viven y cantan, aquí estudian y sueñan.
Las manos luminosas de quien fundó esta casa
dan el pan y la sal y la caricia anónima
y se abren en la noche como la flor del día.
Si las paredes oyen, también hablan aquí.
Es el lenguaje enorme de quien hablaba poco,
la palabra de honor de un hombre todo hombre:
capítulos forjados apasionadamente,
ideas y metáforas, narraciones y juicios.
Lo que se ve y palpa o se sueña y se entiende.

Del canto elemental traigo las voces.
Que un rayo de silencio truene en mi corazón;

que el aire todo cúpula tenga el azul más fuerte
para integrar la luz de la ambición más pura.
El agua que dio origen a las primeras células
suba en trombas oceánicas;
que el agua torrencial desintegre las rocas
del mal impedimento;
que la lluvia zahiera
el vientre a veces duro de la tierra.
Que de la tierra brote la sombra vegetal
que ha de dar al camino cita y meditación.

La tierra que reúne y que dispersa,
la que nos alimenta y nos encanta
con su horror de pedestal y su belleza.
La tierra humana siempre provocativa,
habitada y sola, bodega mineral.
La tierra amanecida y sepultada,
hembra y varón,
—todo el color de los colores—,
despojo sideral
camino en el abismo,
—sin el color de los colores—,
con su enaguilla de serpiente y su pie de jaguar.
La tierra codiciada sin medida,
la tierra de la guerra en que se entierra
la estúpida ambición bañada en lágrimas.
Todos robamos fuego aunque somos de fuego,
cuerpo de fuego y espíritu de fuego.
De incendios delirantes,
frios diamantes estrellados;
la llamarada simultánea del pensamiento,
del odio a la alegría,
emporio de la sangre,
vida imperial de instantes devorados
por la velocidad de la materia.
El hombre en fuego que ilumina al fuego,

el domador de montes y de átomos,
que salga del sepulcro
después de tantos terceros días.
Que hagan presencia urgente las palabras de Cristo,
—El Cielo y la Tierra pasarán—,
pero sus palabras no pasarán,
y de fuego con fuego se levante venciendo
el misterioso mal que hay en su dicha.
Y hermosamente elemental,
abra los brazos
para darse
y para dar.

Maestro que me escuchas:
si he robado tu fuego,
aquí está.

Lomas de Chapultepec, a 4 y 6 de septiembre de 1963

BREVE INFORME SOBRE MACHU PICCHU

A Miguel Mágica Gallo

I

La lluvia cae sobre los siglos
y en una gota,
se oye el rebumbio del Urubamba.
Con sus motores anaranjados
el río arde su espuma a piedra
y desbarata mirada y tiempo.
Los andarines árboles trepan
su vida joven
y haciendo abismos de luces sólidas
el sol arruina sombras sonoras
en un torrente de elevaciones acuchilladas.

El ajetreo de la catástrofe
construye líneas
y el cielo llega con el galope que un trueno guía.

Siento en mis manos
el poderio que da la nada.

Naturacosa tartamudea
ante el desfalco de su riqueza.

Huesos del dia quedan tirados
en un recuerdo.

Mis manos huyen de la esperanza
y se refugian en una fecha.

El Urubamba se dice a solas.
Mi nube viaja con rumbo fijo.

Tiros abiertos de golondrinas
tachan errores en el espacio.

Suspendo el vuelo de esta escritura
por pulsaciones del Urubamba.
Hay un convenio con los arcángeles
en cada cima.
Lo enorme con lo fino del dibujo
me está desalojando de mis ojos.
Junto al abismo instalan las orquídeas
su pequeño reinado.

Yo arriesgo una mirada a lo increíble
y siento azul la soledad del tiempo.
Encaramados en cualquier palabra
los dedos abandonan el teclado.

¿Con quién estoy, que siento las preguntas
como un llegar de pájaros?
Una presencia inútil, una mano
que sonríe en mi hombro
¿pudiera convencerme de que todo esto
es seriamente realidad? Las cumbres
me ven sin ojos y el aire sin cielo
respira lejos de lo que yo soy.

Nada tengo que hacer en esta
piedra que fue habitada. Todo está exacto como estaba
salvo los techos que el agua pudrió.

La ausencia se llevó modos y sombras
y sólo quedaron la noche y el día.
¿Por qué construir aquí? ¿Qué decisión
de aislamiento tan alto y rebosante?
Todo a la luz del cielo y a la sombra
de todas las estrellas. Toda entera
la consideración del Urubamba.
Una vida alegórica rodeada
de una especie de injusta perfección.
Nada supimos ni sabremos nunca.

Nadie está aquí y aquí nadie quisiera
ser víctima de nadie.
Hay un reposo viviente.

Hay una hermosa sobriedad
preferida en la piedra; la palabra
no es lo mejor para comunicarla.

Es la Naturacosa la que estalla,
aquí; estas piedras
son la elegancia y la moderación.

Ser piedra es ser aquí lo más humano;
Tienen todo lo bueno, ¿también todo lo malo?
La mano alimentó de humanidad
a estos muros hablados como yo nunca he oido.
Dicción tan silenciosa que para bien oírla,
hay que encender el fuego
de un pensamiento obscuro.
Junto al templo más hondo
se mira una pared
con las tres ventanas más hermosas del mundo.

Hay sitios en que nadie
podrá saber por qué se construyeron.
Es todo el hermetismo
de cuando el Hombre y la Naturacosa
se entienden solamente con miradas;
una piedra gigante
es la mitad de una obra maestra.
Los arquitectos
vieron los cielos antes que la tierra.

Y si a veces la mano está en la piedra,
—en tanto que escultura—
en otras, se desnuda el absoluto
—monumentalidad de noche obscura—
acompañando arriba al Urubamba.
Los templos a la piedra son de piedra
y están llenos de manos invisibles.
Se vive con tendencias a lo intacto
y entre lo envejecido de la tarde
una flor que ha nacido para siempre,
se esconde en nuestros ojos.

Por el agua sabremos
que el tiempo es agua.
Las primeras palabras del abismo

de cada día,
se dicen con nubes creciendo en el aire
como algo que abajo cortó una tijera.
Prestidigitación con humo blanco;
reconstrucción de nada con nada.
Una sola alegría
en el antiguo rostro de los tiempos.
¿Estoy interviniendo en este drama
a raíz de palabras nunca dichas?

Torre del medio día
se va inclinando.
La lluvia estrena nuevas palabras
y el Urubamba,
y entre el rebumbio del Urubamba
guardo mis manos
con la certeza de las espumas
que nada han dicho, ni dicen nada
ni nada han visto,
y una pedrada,
rompió los lirios de la memoria:
ni de los cielos, ni de la tierra, ni de la nada
no queda nada.

PIEDRAS Y NUBES

A Carlos Pellicer López, mi sobrino

II

Entre las nubes
de una mirada que apenas nace
suben las nubes.
Fruto de abismo,
buscan la cumbre de las montañas
hechas de abismos.

Suben las nubes entre sorpresas
de cosas grises y cosas blancas.
Es la maniobra de enormes manos
que da la industria del Urubamba.
Las nubes siguen itinerarios
desconocidos para los pájaros.

Abajo el río conduce a cántaros
su tecla rota que se repite.

De alguna cima cae una piedra
como el silencio
cuando el silencio era una aldea.

El cielo se alza
sobreexcitado sobre las nubes.
Las nubes vuelan sus edificios interminables
y en un espacio de tiempo instante
descubren cielos y geografías.

Nubes de ideas
inútilmente rozan las ruinas.

Como las nubes,
las ruinas vuelan en la conciencia de los insectos.

Cae un insecto sobre una orquídea:
el hombre sabio sobre las ruinas.
Del Urubamba salen imágenes
de aquella tecla
que se repite sin ser la misma.

De aquel sonido,
piedra por piedra se hace la acrópolis.

Nubes de tiempo se lleva el río.
Ya es la mañana

como una piedra que se hizo nube
multiplicada por otras piedras.

Piedras y nubes.

La flor aérea de algún sonido,
 pierde la vida
 cayendo al fondo de algún oído.

Nubes y piedras.

La piedra es bulto postal dejado
 en direcciones equivocadas.
 El que lo toque
 tendrá las manos equivocadas.
 En la piedra se esconde
 lo que no es nube.
 Las nubes se complacen en su volumen.
 Por servir en la tierra
 yo no soy nube.

Para hablar de los cóndores
 hay que ser nube.
 Por cincelar la piedra
 yo no fui nube.

Piedras y nubes me dan las horas
 en este mundo de Machu-Picchu.
 Mis ojos y mis manos
 ponen de acuerdo mis sensaciones,
 mis emociones,
 mis destrucciones.

Pero el agua está viva y el tiempo es agua
 y declino en la tecla del Urubamba.

Machu-Picchu y México, abril de 1968

Reincidencias

1978

Advertencia

ESTE volumen, un proyecto que la muerte de Carlos Pellicer interrumpió, aparece ahora gracias a su sobrino Carlos Pellicer López. Se trata, pues, más que de un libro que el poeta hubiera completado y definido, de una valiosa constancia poética de los últimos años de su vida. Aunque sabemos que pensaba llamarlo *Reincidencias*, desconocemos el orden que debían seguir estos poemas. Si bien en los textos que guardaba Pellicer eran claras ciertas líneas generales de organización —que se han respetado— había, también, un buen número de poemas dispersos en revistas, y otros más, incluso sin mecanografiar, que hemos procurado incluir en las secciones correspondientes trazadas por el propio Pellicer. Más que a la intención de una labor completa de rastreo, estas páginas responden a una voluntad de recoger, en un volumen accesible, la obra de la última parte de la vida de Carlos Pellicer que permanecía dispersa o inédita.

UNO

El campo y yo estábamos ya listos
para que tú y yo
pusiéramos la mano en una flor cualquiera.
Cada cosa en su sitio, sin nosotros,
equivale al desorden.

Va a terminar la tarde y nada tiene
ya que esperar el dia,
Comienzan a cerrarse las ventanas
y los pasos resuenan ya sin nadie.
El espejo está fuera de la vida
y los muebles, vacíos,
comienzan a salir. Por las paredes
el tacto de la noche va pasando.
No tengo nada que decir. Regresan
las pálidas palabras:
Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta;
nube de mis palabras, tan desierta,
sombra de la implacable poesía.

Las Lomas, junio de 1967.

Mañana el campo y tú serán conmigo
igual que una ventana sobre un lago.
Estaremos a solas y la vida silvestre a nuestro lado.

Natural como el tiempo, tu hermosura
así, florecerá sin que se vea.
Las flores en secreto se dirán
cosas que para ti son conocidas.

Habrá momentos en que el colibrí,
que en estos días coincide con mieles,
rozará tu mejilla
con la seguridad de que tú eres.

Mañana el campo con nosotros dos.
El árbol de la vida
dorará las penumbras del follaje

y sorprendido por mi nueva herida
le cerrarás los ojos al paisaje.

Las Lomas, junio de 1967

Si sólo de tus ojos yo tomara
la actitud para ver, sólo a tí viera.
Si yo a tu corazón pudiera entrar,
saldría bien poblado de luceros.

Hay en tu corazón cielo de noche,
lo dicen alto tus ojos; yo lo veo.
Y paseo el destino de mis ojos
sobre el jardín de toda tu persona.

Horas de Junio pensando en tus ojos,
en tu sangre tan bella.
El medio día
y su inmenso estandarte
se inclinan para tí. La poesía
calla, sólo en tí su lluvia cae.

Las Lomas, junio de 1967.

LÍNEAS PARA UN RETRATO Y SUS CONSECUENCIAS

Cuánto cielo en tus ojos.
Todo el aire se llena para tí. Todo el día
trabaja para tí.
Hermoso ver el mundo desde el cielo
tan lleno de silencio de tus ojos.
Estás en tu esbeltez y a toda línea
tu cuerpo mide el canto.

En las penumbras de tu voz decaen
sonrisas como luces olvidadas.
Te alojas en la nube
en que hace el viaje toda adolescencia.
Tu timidez y tu belleza
promueven la esperanza a todos lados.
Vuelvo a tus ojos y en ellos te dejo
este apunte a lápiz que no dice nada.

Las Lomas, junio de 1967.

Toda la luz en un instante largo,
y esta otra tarde, se va.
El recuerdo se asoma a una mirada
y me acomodo en mi nuevo desastre.
Ya sin el pésame de todas las sombras.

Está perdiendo peso la arboleda.
Lo presente se ausenta.
Y en este tiempo en ruinas
quedá el instante largo
como puñal pequeño desangrado en la noche.

Las Lomas, junio de 1967.

Estoy como una fiesta a la que aún
no llega el festejado y en la que alguien,
como nadie, le espera.

Junio está en la mañana como el joven
que mira al sol en un relieve de Palenque.
Toda la desnudez de la mañana
se desborda en el aire. Nadie canta
para escuchar lo verde entre las luces.

Altera el pulso de la luz la enorme
llegada de las nubes. Mi memoria
nada recuerda así. Todo inaugura
la sensación de un nuevo centro de las cosas.
¿Y si tú no llegaras y el tiempo y el espacio
modificaran movimiento y área?

Por el aire ondulante de la duda
cayó la piedra de la mala idea.
Junio, jardín de Junio, yo no quise
sino sólo una voz de su ternura.

Las Lomas, junio de 1967.

Se fue la tarde llevándose al día.
Y en el encendido lugar de tus ojos
la luz funda un imperio de alegría.

Es la noche que aclara tantas cosas
sin streverse a hablar. Sola es un duó
que esconde los diamantes a las rosas.

Tu mano entre la mía nada indica
de cuando te despides a mi puerta.
Como un pequeño antílope
pasa ese instante que casi no sea.

Junio está en el camino de tus ojos
y yo siento en la yema de mis dedos
la de los tuyos como algo muy poco.

Me dices algo más y todo es bueno.

Las Lomas, junio de 1967.

TRES POEMAS Y OTROS

1

Del silencio no quedaba
sino un pequeño hueso transparente,
La huella de una mano en la puerta
y el viento desheredando muy famosos papeles.
Yo busco entre mis ojos los ojos de aquel rostro
que me vio cual si viera una casa caída.
Frutos de luz en una esquina,
en lo más navegable de mi vida.

Si se pudiera no agregar palabra:
estar en las miradas de la espuma.

2

Estaba el viento sentado en una piedra
cansado de ser invisible.
La luz apuñaleada del medio día
quedó tirada en la hoguera de mis ojos.

Todo era inútil y maravilloso.
La ventana, destruida,
dejó salir mi ausencia,
y en la perforación de los viajes antiguos
se me quedó mirando lo que fui,
lo que yo era.

3

Nada más que yo tenga
tiempo para mentir, haré la escala
inolvidable en tus ojos.

Yo quisiera decir con labios rojos
tu nombre a cada pozo desde este instante.
Y estoy ya tan al fondo de la vida,
que ni por razones primaverales
me volvería a vertir de nuevo.
Quiero pasar frente a tus ojos
—es natural—, sin que me veas.

4

Del árbol junto al río
tomo el ejemplo: vienen por la tarde
a sus ramas los pájaros.

5

Uma herida olvidada
va siendo ya mi vida.
Hay un enorme girasol en medio
de un prado silencioso de violetas.
La integración —para la que naci—
se mira indeclinable. Vivo apenas
para enseñarme a no morir sin vida.

6

La mañana está fresca
como esta llama
que sale de mis ojos
para mirarla.

Un silencio de pájaros ausentes
predomina
y con el cielo metido en mis ojos,
la mañana me mira.

Alegrémonos en nuestra sangre
de ser un poco el árbol de la Vida.
Se mira sin deseos, con la sola
mirada de mirar sin ser mirado.

Nadie me ve que estoy mirando.
Y siento que mi sangre
es la sangre del mundo que es mi sangre.

Lomas de Chapultepec, 20 de febrero de 1967.

COMO UNA ESPADA ROTA

A H. G.

Diosa de la Noche,
instante
de una estatua de arena.
Todo muere en el mismo momento,
todo vive para siempre.
Detén a todo cielo
esta alegría de ignorarlo todo.
Este —por fin— hablar siempre de nada,
esta promesa rota en cada luz que nace,
tanta ternura inútil para cada mirada.
Mucho de mí quisiera morir en esta noche
en que nada se olvida,
en que todo me empuña
como una espada rota,
derrotado, perdido,
sin ojos y sin lengua.
Llévate este silencio que no me deja oírme,
llévate los diamantes que no me dejan verte.

Búscame a solas,
sin un solo recuerdo y en un bosque de olvido.
Diosa de la Noche.
Instante
de una estatua de arena.

Las Lomas, 21 de mayo de 1967.

En esta tarde cuando yo te esperaba
—por vez primera—
para verme a solas en tus ojos
y para escucharte en silencio.
¿Quién puede olvidar tus ojos?
Sólo la noche es más bella que tu mirada.
Pero la luz en la noche de tus ojos
tiene ansiedad de instantes anteriores al alba.

Esta tarde en que desde ayer sé que no vendrías
es como un templo vacío,
como una mano sin dedos,
como un grito que nadie oye
en esta ya lejana tarde de estío.

Yo te esperaba con la heroica cortesía
de quien no puede esperar de ti
nada que no sea intrascendente.
Tú habrías sido por algunos minutos
el adorno más bello y frágil de mi soledad.
Nuestro saludo pudo tener la alegría
de un antiguo lago que ve nacer la aurora.
Y aquí me tienes, mirándome sin ojos
y oculto en las palabras que mueven estas cosas.

Viernes 7 de julio de 1967

PEQUEÑA MÚSICA ESCONDIDA

Los verdaderos ángeles
no tienen alas.
El viento está en la cumbre
de la mañana.
Por encender las flores
de una mirada
perdí las alas
y pude seguir a un ángel
escondido en la flor de una palabra.
Qué asonantes tan limpias
hallé en la estancia
cuando me dijo a ciegas:
“¿Tú dónde estabas?”
Yo miré que en sus labios nacían las luces
de unas flores caídas al agua.
Yo aligeré la brisa
como para empezar una danza.
El tiempo estaba desnudo
y todo era tan real que no había nada.
Era que, por fin, el amor sonreía
desde la herida fresca de una manzana.
El ángel parecía junto a mí
como una noche profundamente despertada.
Y escuché que detrás de las nubes pasaban diciendo
que los verdaderos ángeles
no tienen alas.

18 de agosto de 1969

Una pequeña música escondida
en los labios de un ángel.
La ventana ocupada
con la imposibilidad de tener árboles.

Mire Ud., oiga Ud., toque Ud.,
es el aire
que flota en la yema de los dedos
porque nuestra vida
pudiera ser tocada por un ángel
nacido de una mirada
que anduvo por mi casa
como nada y como nadie.
Un ángel sin alas
que tiene mi corazón en sus manos
y lo hiere, ocultamente, como un ángel.

Por la ventana
hay movimientos que pueden ser de la tarde.
Con los ojos cerrados veo luz en mis manos
y siento amontonadas mis soledades,
como muertas
sin derramamiento de sangre.
Cerca de mí están oscureciéndose las alas
que fueron de un ángel
que empieza a estar junto a mí como si nada
porque así es todo cuando uno se distrae.
Con cuánta luz he visto
que no tienen alas los verdaderos ángeles.

18 de agosto de 1969

Una flor amarilla
que tus manos cortaron al otoño,
trae la luz tardía
suavemente benéfica
que pones en mi vida sin saberlo.
Mirándote llegar, resplandeciente,
hoy sin los ojos tristes,

tus ojos con rocío que no cae,
tu mirada florida
hoy como nunca;
tu voz hecha en el agua de una tarde desnuda,
y entre las palabras de la bienvenida,
tus manos y las mías
diciendo silenciosas,
unidas, muy unidas,
lo que a veces con palabras no se dice.
Vienes en compañía,
y la conversación como siempre me protege
para que nadie note lo que dentro de mí
tan saludablemente me desangra.
Yo traigo el vaso lleno de agua
donde dejo la flor que tú has traído.
A veces una pausa
me deja a solas contigo en medio a todo,
y la flor amarilla,
que vivirá en la vida y en la muerte,
sonríe tan azul
que en el vuelo del día
anuncia un no sé qué de vida inmensa.

Lomas de Chapultepec, 25 de octubre de 1969.

En este asunto del amor, que a veces,
uno quisiera
que no acabara nunca de empezar,
parece que alguien dice:
“¿Dios es eternamente joven?”
Es tanta la alegría, que uno ignora
catástrofes y duelos,
Ud. dice que sí a toda
la enorme y tan humana tontería;
sólo hay un pensamiento.

sólo una idea sola
que es multitud, y uno quisiera
leerlo todo con los ojos cerrados
y no tener noticias de uno mismo,
ni recuerdos de nada ni de nadie;
un ágape de luces
a través de las horas inmortales.
Yo había puesto
encima de mi pecho,
un pequeño letrero que decía:
“cerrado por demolición”.
Y aquí me tiene Ud. pintando las paredes,
abriendo las ventanas,
adornando la mesa con la flor amarilla
con que paga el otoño sus encantos.
Nadie te dijo, amor, que yo existía.
El amor es silvestre,
uno lo encuentra en todas partes,
en los días sin cielo,
en las tierras sin flores,
lo mismo en la mañana que en la tarde.

Lomas de Chapultepec, 25 de octubre de 1969.

Sin darme cuenta, pero sí he llorado.
Es como cuando llueve y no se oye.
Pero el agua ha caído,
pero rodó una lágrima sin que nadie viera.

¿Por qué lloré si tú
nada sabes de mí?

Escuchábamos música.
La sala estaba llena.
Tú no estabas muy cerca de mí.

¿Por qué te quiero tanto?
Tú no sabes por qué te quiero tanto.

No tengo prisa de que tú me quieras,
bueno, por el momento, porque así...

Cuando nos encontramos,
nace otra rosa junto con su espina.
Pero es la rosa la que más se ve.

Te veré en estos días; no sé cuándo.
Y me siento feliz de haber llorado
así como cuando llueve y no se oye.

Las Lomas, 27 de octubre de 1969.

SOPLO NUEVO

Hay algo más en el jardín, disuelto
bajo el imperativo de tu nombre.

Nunca he visto en la luz sombra tan bella,
ni en todo el mármol de una noche antigua.

Cuerpo a tu desnudez doy al camino
que no encuentro hacia ti.

El tiempo me tiene las manos destruidas
para hacer del galope de mi sangre
un homenaje a tí.

Eres lo junto al agua que amanece
puntual a la belleza.

Tengo al otoño por hermoso testigo
de que te necesitan mis potencias

y que al tocar tu cuerpo tocaría
cielos terrestres a todo lenguaje.

En estos cualquier día
voy a cerrar mis labios al silencio,
y sin que tú lo veas arderán nuestras vidas
dándole a la ceniza un soplo nuevo.

Mi vida está en tu vida
como la llama al viento.

Lomas de Chapultepec, 23 de enero de 1971.

Mirándote en mis ojos
con la ternura que mi carne puede,
destruyo el tiempo y me encarezco intacto
y salgo a la ventana
como si fuera por primera vez.

Cuánto cielo y cuánto horizonte;
qué poder en las cosas;
qué esperanza tan blanca;
qué líquido el metal de la experiencia;
qué timbre en las cantantes arboledas;
qué soledad en todo lo pasado.

Si fueras tú lo que al pasar se queda,
si me escucharas sin oírme hablar
si todo lo que tengo
te pareciera lo mejor; si el mundo
nos recibiera lleno de rocío.

Estoy con el diamante
de ti en la palma de la mano;

no me quiero mover dese momento,
ni esconderme de mí de tanto encanto.

Lomas de Chapultepec, 24 de enero de 1971.

Quiero verte en la sombra para que me ilumines.
Quiero manzanas de ocio para ponerme a trabajar.
Nunca te he buscado; siempre te he encontrado.
Te hablé siempre de lejos, como a la tierra el mar.

Cuando pienso en ti
soy todo amor a tu intocable persona.
A todo digo no, equivalente a sí.
En verdad de verdad, vivo huyendo de la aurora.
Mi amor a ti, siempre fugaz,
me obliga a vivir.

¿Qué hacer con tanta sangre que derramó sobre mí mismo?
¿Para qué tanto sol si mis ojos no ven?
Soy el árbol a solas; pero llegan los pájaros.
Pierdo el tiempo en la noche
y a toda pregunta hermosa, digo: no sé.

Esta noche es tan noche que no se ven estrellas.
La hélice del día suena lejos.
Inclino al sueño la tangente oscura
y abro la puerta al vacío que tengo.

Con los ojos cerrados, veo.
Señor, tú me estás viendo.

Las Lomas, 15 de octubre de 1971.

El roce de tus piernas en las mías,
nuestras bocas mordiéndonos el cuello,
la sed jaguar en nuestras dos malezas,
el tacto universal de nuestro cuerpo.

El tiempo que abandona sus orillas
va en la sangre animal tan dulcemente,
que amarse un largo instante es robo al tiempo,
es salir de la luz a sombras frescas.

La vida está sentada a nuestro lado
y nos ve sin mirarnos.

El tiempo que está afuera se condensa
tan lejos de nosotros,
que todo lo que pasa se establece
en la caricia inacabable, nuestra.

Noche en tu cuerpo, en nuestro cuerpo. Día
con la sombra en el aire necesaria.
Es el amor calladamente hablando,
la riqueza adquirida con nosotros.

Dejemos la ventana
ni cerrada ni abierta.

Villahermosa, noviembre de 1971.

En una de esas tardes
sin más pintura que la de mis ojos,
te desnudé
y el viaje de mis manos y mis labios
llenó todo tu cuerpo de rocío.

Aquel mundo amanecido por la tarde,
con tantos episodios sin historias,

fue silenciosamente abanderado
y seguido por pueblos de ansiedades.

Entre tu ombligo y sus alrededores
sonrefan los ojos de mis labios
y tu cadera,
esfera en dos mitades,
alegró los momentos de agonía
en que mi vida huyó para tu vida.

Estamos tan presentes,
que el pasado no cuenta sin ser visto.
No somos lo escondido;
en el torrente de la vida estamos.

Tu cuerpo es lo desnudo que hay en mí:
toda el agua que va rumbo a tus cántaros.
Tu nombre, tu alegría...
Nadie lo sabe;
ni tú misma a solas.

Villahermosa, noviembre de 1971.

DICHA ANÓNIMA

Nos entregamos a la misma tierra
humedecida por nosotros mismos.
Es la materia espiritual que encuentra
toda la libertad de su diamante.

Somos parte del cuerpo que nos da
sus plantas caminantes y sus cielos,
el lago en que se mira nuestra sombra
y la riqueza de la soledad.

Vendrás mañana y nos encontraremos
con voces nunca oídas,
con las señales permanentes
de nuestro amor al mundo de nosotros.

Ni una sola palabra nos dijimos;
creció la planta sin espinas.
Una flor invisible está en nosotros.
Es nuestro el cielo-tierra.

Somos la misma tierra iluminada
con la intención de nuestra propia tierra.
Perdimos nuestros nombres
en una dicha anónima.

Villahermosa, noviembre de 1971.

Cuéntame tu sueño
antes que el día lo destruya todo.
Dime que el día en que nos conocimos
tuvo la noche más hermosa.
Estoy contándome tu sueño
sin saber del tiempo.
Límite de las luces de la noche,
lo encendido en la sombra no se apaga.
Lo que se dice con los ojos
la noche solamente lo descifra.
Yo teuento mi sueño sin decírtelo,
lejos de ti, mirándote.

Agosto de 1973.

Era tanta la luz, la de tus ojos,
que todo lo que veía

se medio desvanecía
en recuerdos de mármoles despojos.

Cuando la desnudez le sonreía
las líneas de su cuerpo desirían
toda la soledad de la belleza.
Yo la enseñé a morir entre mis brazos.

Nunca supimos cuándo fue de noche
ni cuándo fue de día.
Una ventana
que hizo a veces de puerta
para el sol y la luna estuvo muerta.

Cuando nuestros sexos llenaron nuestra boca,
éramos polvo en suspensión
y también éramos.
La luz trataba de identificarnos
pero nosotros nunca concedimos.

Hoy nuestras vidas están de perfil
y ya no nos miramos con los ojos.

Si yo quisiera más recordar
no podría volver a ver el Sol.

La vida sólo a veces tiene vida.

17 de febrero de 1976.

ESTO SOY

Naci de olmecas y mayas
y gente española de la montaña y el mar.
Por eso
las cosas saben más de mí
que yo de ellas.
Mi abuela materna
era de sangre indígena.
Mi bisabuelo paterno era peruano.
Soy más agua que tierra
y más fuego que cielo.
Navega en mi sangre
lo más antiguo de México.
Y por el puente de Quetzalcóatl
llegué al taller divino de Jesucrito.
Cristo es Dios; lo demás
es solamente interesante.
Amo más el agua que la tierra
porque ella duplica el cielo.
El viento es mi jirón elemental
y el fuego está en mí
como en el centro de la Tierra.
Gracias a la noche
puedo llevar la cuenta de los días.
He crecido como un árbol
para necesidad de los pájaros.
El jaguar y la serpiente me conocen.
En la piel de uno
el jeroglífico del otro
inscribo. La iguana y yo somos hermanos verdes.
Hay algo en mí de lo que no hablaré

sino hasta el día en que mi corazón enmudezca.
El día en que esto
sea aquello.
El juego saludable
del cielo y la tierra.
Pero pasando
a lo deliciosamente transitorio,
declaro que vivo en mí
para todo y para todos.
El odio animal
se echa a los pies de la Poesía
y descansa un momento
oyendo invisibles coros.
¡Ay de nosotros
si no fuera por la Poesía!
Aunque la realidad, magnífica y sola,
está solamente en Cristo.
Es el Amor
que ha creado el amor.
Yo soy el mendigo de todas las cosas
enriquecido por el Amor.
Flor y canto.
Bolívar
es la montaña de mis ascensiones,
para ver el mundo.
En mi corazón,
está alegramente escondido
Francisco de Asís.
Cuauhtémoc,
enorme diamante sin lágrimas,
que todo lo vio.
Me destrozo y me reintegro con él.
Lo que sea el amor está en mis ojos
para volverme nube en la llanura.
Cuando la sombra está en el cielo
renazco siempre para no olvidarme.

Ella, la Noche, la que me enseña
a ver el Universo.

Aquí estoy, despoblando de sueños,
yendo a la realidad sin conocerla.

México. D. F., a 9 de julio de 1972.

La tierra está en el mar para Campeche.
Es la luz hecha pez que paladea
y da a su corazón temperatura.

El mar espejo de la noche antigua
en la que se desnudan los recuerdos
con un aire de estatuas olvidadas.

El mar del viaje azul. La adolescencia
puesta en venta a los sueños. La gratuita
riqueza de la tarde que nos deja

sin un solo centavo de admiración. Se pule
la luz sobre los peces y da al esmedregal
sabor de amaneceres submarinos.

Aquí vine a nacer a la poesía.
Me llenaba los ojos de palabras
en sacrificio al Sol de cada día.

Todo se inauguraba ante mis ojos.
Todo era abrir el cielo a todas horas.
La mano estaba a punto de ser flor.

Barrio de San Román con su tranvía
cuadrúpedo y la casa con un pie
casi en el agua negra de arrecifes.

Éramos de otra parte. Vi a mi abuela
—de esbelta sangre maya— hacer su baño
de mar, casi a la entrada de la aurora.

En el monosilábico astillero
la madera engullía cada clavo
como si la escuchara el mundo entero.

Con cuánta desnudez sudaba el dia
su claridad. El agua, el aire, el sueño,
sólo un fulgor de gran pescadería.

Cinco eran las Carpizo y nunca nada
ni nadie fue más bello que estas jóvenes
en las que yo miraba el Infinito.

Una estrella de mar puse en la mano
del cielo dese tiempo. Nadie supo
que yo encontré la perla de su encanto.

Una capilla con un Cristo negro
me puso muchas veces en la orilla
de un mar de luz y arcángeles luceros.

El Cristo negro de humo y toda el África;
negro como el marfil entre la noche,
como la muerte al sol que el dia mata.

Dios negro, Dios de todos, Dios de selva,
Dios de aurora boreal, Dios latitud
de todas latitudes. La jirafa
le mira; el ruiseñor le canta. En el quetzal
tornasola el silencio su Belleza.

¿Qué puede haber sin ti que valga un poco?
Tú eres la Luz, la Verdad y la Vida.

Ilumina la sombra de los locos
que allá en el Mississippi abofetean
tu espejo de igualdad. Tu piel tan negra
brilla como la noche diademada.
En tu cuerpo la noche hace posible
mirar el universo sin medida.

En África del Sur Tú eres diamante
que triunfará sobre los blancos ciegos.

Barrio de San Román. El Cristo negro
y la capilla pobre. Las ofrendas
de los hombres del mar. A la salida,
el agua de guanábana y la tarde
que llena el mar con su naufragio inmenso
y la desolación de nuestras almas.

Cuatro siglos tu imagen, Cristo negro,
le da a Campeche lámparas de gozo.
La nave que negó traerte, cruce
y se hunde en el mar todas las noches.

Duerme un pez en tus ojos. En tus redes
aprisionanos siempre. La blancura
cosa es del corazón. Que no haya ricos
ni pobres. Vendrá el día resplandeciente, sin clavos ni cruz,
serás blanco, amarillo, rojo, negro
y Tú estarás por siempre entre nosotros.

Tepoztlán, Morelos, agosto de 1965.

ESTOY TODO LO IGUANA QUE SE PUEDE

Estoy todo lo iguana que se puede.
La tierra es como el cielo. Todo es fruto
de una máquina de soledad. El viento
campea displicente. Nada tiene
sino una enorme juventud. El tiempo
carece de estatura. Por el día
pasa la flecha que todo lo hiere.
El lugar de las cosas sobrevive
a cada instante. De una palmera
salen altas sonrisas y en el agua
sonrie la tristeza. Quieto a fondo,
míro la destrucción de mi espesura.
Y es la tierra, mi tierra, el polvo mío,
el árbol de la noche sollozada,
las puntuales blancuras de la garza,
las luces de mis ojos, el trayecto
de una mirada a otra mirada. El cielo
que vuela de mis ojos a los cielos
de unos ojos terrestres y las nubes
que desbordan el canto.

Nada vive
para morir sin dar. En todo encuentro
algo de mí y en todo vivo y muero.
Estoy todo lo iguana que se puede,
desde el principio al fin.

Hay ya un lucero.

Villahermosa, una vez de octubre de 1966.

1

Me da miedo hablar de mí mismo.
No estoy seguro de existir.

Bajo un cielo de piedra levanto mi escultura.
Habita en mis ojos el diamante feliz.
Si soy humo de fábrica amorosa,
¿para qué llorar, para qué reír?

Yo me voy con las nubes a deshacer la vida,
a seguir deshaciéndola para volverla a hacer.
¿Pero soy yo, o mi otro yo de hace mil años?

Estoy sin noticias mías y sin ninguna ilusión de volver.

2

La mañana sacó a pasear todos sus árboles.
Les dije: "Yo también estoy aquí".
¿Pero no te da miedo hablar de ti mismo?
¿Estás seguro de existir?

De las plumas de un pájaro cayó una piedra preciosa.
De modo distinto, en cada flor intervino la luz.
Palabras palpitantes por mi sangre anduvieron
diciéndose sin verse, ¿Si? ¿No? ¿Yo? ¿Tú?

Esa mañana duró toda la vida.
La tierra era muy negra y el cielo muy azul.

Tepoztlán, 10 de julio de 1966.

LA NADA ES COSA SERIA

Es lo que no se busca, lo que se halla.
De aquel atardecer con mármoles caídos
revolví soledades y construí una esperanza.
Todo estaba tan lejos, las palabras destruidas,
la luz a medio destejer, el tiempo en la miseria,
que el río que en mi pecho anda descalzo
tropezó con el ruido de unas cosas
sin origen. En el moho del búho
mi fragmento de noche
comenzó a resbalar. El pulso daba
la uva del minuto picoteada
por algún colorín sin voz ni voto.
Yo que a todo color he dado siembra,
ví que la nada no tenía nada,
Vi que a mi lado no tenía nada
y que no estaba para ver la nada.
Serio, como el no ser, me fui quedando,
y comencé a vivir para la nada.
Pero alguien que espió el texto oí que dijo: ¡Gracias!
Yo apenas pude responder: ¡De nada!

San Salvador, octubre de 1967.

Yo naci jóven.
Esto lo saben los árboles más viejos
y las nubes que empiezan a formarse.
Sigue lloviendo,
pero la tierra está tranquila
y el viento se ha refugiado
en las alas de un pájaro serpiente.
Por mi ventana veo tanto cielo
que mis ojos se van y a veces no regresan.

Yo veo y oigo y huelo y toco y paladeo.
Y esto me ocurre como el agua natural
que nadie ve.
Estoy perdiéndome sin horizonte,
y cuando me tropiezo con el tiempo,
creo que la muerte tiene tanta vida
como yo en ese instante.

Madrugada del 8 de noviembre de 1969.

POEMA AISLADO

Hay días en que me quedo mirando la vida
con ganas de no seguir viéndola.
Cansado ya de tantas descripciones,
de tanta fruta agusanada,
de tanta luz inútil.
A veces me respondo sin preguntarme nada.
Días de soledad en que apenas existo.
Relámpagos de gloria para exaltar la nada.
Rodeado de todo lo que no necesita.
Incendio en la memoria y el olvido.

Pasan
los semi-dioses desnudos
con pata de palo, tuertos;
diamantes y zafiros machacados;
el ritmo, roto; el agua, seca.
Serfa horrible morir en este día
en que ya todo está muerto.

El viaje a la luna y el cirujano en el corazón.
El laboratorio hierve de ingenio
para suprimir la vida.

La vida que se muere sin que el hombre la toque,
invisible y surgente, adhesiva.
Y la soberbia,
la soberbia del que todo ignora de sí mismo.

Días paralíticos, sin puntos cardinales.
¿Para qué los rumbos, para qué las tumbas?
Es inexplicable tanta soledad,
tanto reino vacío,
tanto esplendor ausente.
Apenas tengo fuerzas para morir.
Apenas tengo fuerzas para decir: Dios mío.

Lomas de Chapultepec, 6 de julio de 1970.

MOVRIENDO LAS PALABRAS

Por todo lo fluvial y lo lacustre
que soy, puedo ser árbol
a cuya sombra se proponga todo.
Animal vegetal y sombra ilustre
para el ladrón de joyas.
El girasol cuya atención redonda
obedece a los tornos que lo cercan.
El colibrí incendiado en un instante.
La abeja con el néctar de su vuelo,
y lo que no se vea en el vacío.
Yo, por debajo de las cosas,
moviendo las palabras.
Ahora estoy sin trabajo,
buscando quien me lleve al socavón
donde arde frío el diamante
y pueda yo vendarlo entre mis ojos.
Sí. Trabajar para ver lo no mirado.

Noche del 16 de abril de 1973.

DESPERTAR

Desperté y ya las cosas no estaban
como cuando me pertenecían.
El viento de la noche
y la ceniza comenzaron a caer.
Grité dentro de mí sin que me oyera
la sangre que pasaba.
En los suburbios de un pulmón apenas
respondieron a mí grito.
El corazón marchaba sin saber adónde.
Era otra vez la soledad
con la mano extendida y los ojos abiertos.
Era la música destruida
en el rincón de un cuento
en que toda propuesta
se fue sola solamente diluyendo
sin que nadie la viera,
sin que nadie supiera,
sin que nadie viviera,
y a quedarme en los ojos de la noche
como algo antiguo que no pudo ser.

Noche del 16 de abril de 1973.

SIN SABER LO DEMÁS

¿Que si vengo de lejos?
Lo sé por la belleza
que puedo actuar en la historia del día.
Lo sé por donde quiera
que yo esté en plenitud.
Es como un pie en el aire
para dar la libélula.

Por saber que la noche
era madre del día,
perdi el conocimiento
de todo lo demás que me importaba,
y entonces me di cuenta de que estaba tan solo,
que no tenía palabras para nadie.
Es una de esas noches en que el alma
pugna por ser alma en cuerpo y alma.
Siento el ritmo espiral y estoy naciendo
para desarrollar las energías
que no tuvieron forma.
Siento el lugar,
mi lugar en el espacio.
Es la materia que entra en materia,
materia errante sin color de dueño.
Estoy dejando mi presencia
en el ritmo espiral,
viviendo para todo,
viviendo para nada,
sin saber lo demás.

Noche del 16 de abril de 1973.

Sé de mi cuerpo
que es una llama sin noche que se apagará.
Nada sé del alma, porque es eterna.
Mi cuerpo que fue hermoso
como todo lo perecedero.
Lo de adentro no tiene forma,
ya se dijo: es eterno.

La alegría de vivir me persigue,
como el viento al viajero perdido.
Soy fruto del calor del agua
en la que en mi tierra se baña el Sol.

Encuentro al Sol en la noche
cuando me despierto.
Sin él no sería yo
sino una piedra escondida.

Nunca he podido encontrar la soledad;
siempre estoy conmigo mismo, yo solo.
Por eso en el bosque, todo, soy yo.

Del lujo subterráneo,
mi esplendorosa mineralogía,
mis ojos son depositarios
ante atléticos jueces invisibles.

Soy un fruto silvestre,
que a pesar de todo,
no ha dejado de serlo.
La esencia de lo puro
maravillosamente inservible.

Y ahora voy a cantar
como el clarín de la selva:

Ésta es la voz que se encuentra
a la mitad del camino
entre la flor y la nube.

INSTANTE Y LÍNEA PARA ALFONSO RUISOTO

Iba el día despoblándose.
Las manos, solas, tocando sólo el aire.
La voz de lo que iba a ser la noche,
diciendo apenas, vagamente, un nombre.
Casi nada en la nada.

Las manos a la nada de la nada
sin tocar ya ni el aire.
El cielo que en los ojos de ese día
se iba poblando sin decirnos nada.
Las manos, blancas, de no tocar ya nada.
Ni la palabra,
menos la palabra.

Las Lomas, 2 de agosto de 1973.

PARTIR DE CERO

El hombre pájaro-serpiente
—cielo y tierra,
luz y sombra,
ojo y boca—
abrió el sueño a los lagos de la noche
y puso al día su mirada absorta.

El hombre pájaro-serpiente
vio orillas tan lejanas,
¿agua? ¿tierra? ¿cielo?,
que la amapola de su soledad
creció de nuevo entre la ausencia oscura.
El hombre pájaro-serpiente
quiso ver y saber aquella noche
sobre los lagos de la indiferencia.
Vio la flor invisible del desierto
de lo que nunca vio. Sus ojos negros
vieron la nada y se cerraron negros.
Aquella noche
que en el recuerdo cabe con ángeles difíciles,
no tuvo sombra que lo acompañara;
su sombra se rindió a la antigua fatiga.

Y quedó suspendido de una lágrima
que ha de dar el Sol que nunca ha visto.

Las Lomas, 15 de octubre de 1973.

Las montañas se reflejan en el lago
como las frutas en el barniz de la mesa.
Por eso el reloj dejó de latir
y yo escondí en él mi corazón
para que la noche sobreviviera.
"Al fin solos", me dije a mí mismo
y comenzaron los relámpagos
a sustituir al pulso.
"Le ofrezco mi mano"
me dijo el pintor que no tenía más que una.
Yo la conservo
en el papel que él hizo siempre en la vida.
¿Por qué pienso del mar el avalúo?
Pues sí: es por el dúo
de la luz con la espuma.
La multiplicación me da la suma.
El mar siempre desierto
es de cierto político la fama.
El Mar Muerto
para todo el que ama.
(La pobre con sonante
perdiendo el tiempo en esta noche hermosa.
Para servir a usted: La rosa
con su amante.)
Pasó el torero herido
y el lujo de su traje iba al olvido
por la sangre regada.
Todo mi cuerpo fue mirada
y abuso de espectáculo.

Así es la vida.
El cuadro es la ventana:
doña Sed y sus hijas las granadas.
Y yo sin corazón inscrito en el partido
de los fieles a toda nada.
Y los pájaros que murieron en mi pecho
gracias
al aviso oportuno del cartero.
¿En memoria de quién estoy hablando?
La noche está en mi cuarto
analizando todo lo que puede.
Era mi corazón piedra de río.
¿Y para qué seguir si está lo mismo?
Cuando usted quiera puede usar el teléfono.
Para Nueva Zelandia quiere irse un poeta.
La isla en lentejuelas y rugidos.
Prefiero mariposas
del plato más costoso de la lista.
Y pensar que pudimos
sacar la castaña, ¡con qué cosa?
Esta campaña de desgaste,
sin hora fija,
me da tiempo para todo.
Yo ya perdí la cuenta
de los años ganados al olvido.
Nombres. Fechas. Paisajes.
Era mi corazón piedra de río.
Toque Ud. la puerta con la mano
y échela abajo si nadie contesta.
Verá Ud. hasta el fondo de la casa
y se echará a llorar.
La ventana es el cuadro de mi amigo:
Doña Sed y sus hijas las granadas.
Ya la sangre no importa,
hay que vaciar la herida
para vivir un poco más tranquilo.

¿Cómo poner en paz a Israel y a Vietnam?
Late el relo
como si fuera yo.
Inútil todo. ¿Todo? No creo.

Era mi corazón piedra de río.

Las Lomas, Cuaresma de 1973.

SOLFERINOS DE MEDIANOCHE

1

Vivo en una nube,
sin dirección,
desde hace ya algún tiempo.
Oigo nacer las hojas y los pájaros,
por la espiral que todo comunica.
Prefiero ver y oír, ya que el idioma
es apenas el eco
de lo que pudiéramos decir
con el puño cerrado.
(La mano abierta es para ver las líneas
del pacto nunca escrito por mi mano.)
No sé de altura ni horizonte:
vivo simplemente ALLÁ.

2

La permanencia es el instante,
leo en el chorro de la fuente.
Por lo preliminar, cuando amanece,
creemos que algo nuevo ocurre.
Para el relo de la cardiología
las 24 horas son iguales.

Siempre se vive a tiempo.
Los ríos pasan
y el mar llega sin pasar.
Así, quisiera ser.

3

La noche es más día por dentro y fuera,
eso sí yo lo sé.
Sin puertas ni ventanas,
sin techo ni paredes.
La sombra está desnuda
mucho más que la luz.
Hablo con todo sin mirar a nadie,
irradio sin moverme, estoy en todo.
Así vivo sin antes ni después.

4

Todo en la noche
está siempre joven.
Acompaño a la noche en su tarea
de no contar con nadie ni con nada.
Veo en el entreslío de una persona
que alguien me espera sin saber por qué.
Creo sorprender a la noche con alguna esperanza
y me hago pedazos al recordar un nombre
que me destituyó de mi propia dirección.
Alaridos lejanos
de meter la llave
para cerrar.

5

Siempre la confirmación
y los ojos en las manos

y las manos junto a la puerta.
¿Dónde está Dios?

Las Lomas, 27 de febrero. Cuaresma de 1973.

HONDO CANTO DEL DESIERTO

Toqué la puerta del desierto
y salió a recibirme nadie.
Nos cruzamos los ojos llenos de cielo
y al decírnos nada,
ví en el aire la llama vacía
de lo que no tengo.

Como si acariciara una esfera,
me doy cuenta de lo que estoy escribiendo.
El ritmo sale
naturalmente de sus hormigueros
y ferrocarrilea sobre el papel
para dirigirme la palabra.
El tiempo
está despoblando el cerebro.
Tengo
lo que no tengo.
Ya es la hora de todo esto.
Al perder el conocimiento,
todo lo recupero:
Intacto el cactus intocable.
La Luz,
que todo lo sabe,
recomienda la personalidad
del atardecer de un lucero,
cuya novedad consiste
en que aquí, nadie lo ve.

Aquí todo siempre es nuevo.
La muerte no envejece.
Es como un jilguero
que reserva su canto para el último día
que ni siquiera
es un recuerdo.
Jilgueros en el desierto:
Tengo lo que no tengo.
No sé qué hacer con tantas cosas
que inauguran mis ojos. Veo.
No descubro nada. Veo.
La colocación de las palabras
está en el itinerario del desierto.
Pero volvamos a la luz
cuya ausencia se detiene a mirarnos.
Es la soledad de la geometría descriptiva.
Todo va de un lado a otro sin moverse.
En todo hay una invisible sonrisa
que nosotros destruimos
por incompatibilidad con la vida.
Intacto el cactus intocable.
No sé qué es esto
ni aquello
pero acarrea mis nervios.
Todo es mío por ser de nadie
y nadie tiene derecho a quitármelo.
(Aparece el primer síntoma
del harapo ambicioso.)
Hay un enorme campamento de antenas
para recoger las ideas del desierto.
Hay piedras colocadas en la oscuridad
para que se tropiece el silencio
y se pueda oír que algo pasa
en medio de todo esto.
Esto es lo que tengo,
lo que quiero y no quiero.

Me voy y después vengo,
¿o me quedo?
(Mire usted, doctor,
ésta es la única enfermedad saludable.
Abra usted su consultorio en el desierto.)

Va a salir el sol;
tenga usted cuidado con sus recuerdos;
siquí los perderá usted todos.

Qué le cuento,
doctor,
que anoche en el hotel
estuve clasificando mis sueños
y no tuve alfileres para tantas mariposas,
y ésas, claro está, se fueron.

¿Se figura usted al poeta
inútilmente persiguiendo? Pero todo esto es un
jardín
en que las flores no se alcanzan,
a veces, ni a ver. Hay flores que se cierran
al paso del hombre.
Hay flores que se ven de noche,
por casualidad.

Este desierto, el más instantáneo almacén
de casualidades nocturnas.

La noche en el desierto nos rodea
y ya en su paladar el justo aroma,
un diamante, una flor, una paloma,
lo que la noche en sus entrañas vea.

Lo que en nosotros solamente sea
algo que diariamente se desploma,
aquej anochecer desde la loma
en que el lucero diario parpadea.

Somos la noche con su oculto encuentro;
saber lo que está adentro, lo que el centro
de lo profundo es. De pie se mire,

todo lo que se ve. Señala el viento
el color de la noche; en lo que gira,
vive y muere la vida en su elemento.

En el desierto la botánica
es un libro abierto
cuyo hermetismo
nos obliga a hablar en voz alta.

Las palabras asisten a sus propias esculturas
con la frialdad de una presencia olvidada.

Todos los objetos que aquí se exhiben
crecen con la lentitud de que no pasa nada.

Usted habla
y nadie le contesta
pensando siempre en otra cosa.

Como nadie está aquí,
cuenta usted con alguien.

No pienso escribir la palabra paisaje.
Se queda en el aire.

El color de los sonidos aquí en este desierto,
se coloca distraídamente.

Es el gran negocio de la serenidad
sin recurrir al canto llano.

Usted abre la mano
y es una estrella que no tiene cielo.

La mano que toca la belleza
de las nubes humanas.

Aquí todos los caminos
llevan al mismo destino.

Librenos Dios de la nada
por si quiere usted salir a buscarla.
Aquí la tiene usted por todas partes,
ocupada.

Y a espaldas de mis ojos:
¡el mar!

22 de noviembre de 1974.

POEMA

Me percato
de que no soy el gato
ni el ratón.

Soy la carrera
de los dos.

Y ante la lámpara que se desvive,
me reduzco, confino, y ya entre todo,
salgo de la mañana como el fruto
que no hay que comer sino quedarse viendo.

Ni con la niña de mis ojos puedo
dejar de morir por esas luces.

Y el viento, el viento, el viento,
se lleva lo que el viento se aniquila.
Me quedo sin la aguja
para poder continuar
y la palabra para dar.

No estoy, pero mi sangre vierte
el chorro que hace fuente y hace prado.

No sé si vuelva a estar,
pero no hay tiempo
para estar sin estar.

No sé del día
que comience sin luz.
Yo estoy a tiempo.

Lomas de Chapultepec, febrero de 1975.

POEMA

Saber que uno no sabe,
es comenzar a saber.
Y aquí está ya la lluvia que sí sabe
lo que me viene a devolver.
Ay, lo que yo quisiera
saber y no saber.

Y hay en el cielo de mis desnudeces,
con el ritmo de las noches y los días,
el piano de la infancia y el abismo de hoy.
Y el péndulo consigue
que el Árbol flote sobre el horizonte
y se mueran los días sin el luto de ayer.
Arrecia el agua contra la vidriera.
Siento en mi sangre el sol y el trueno me da luz.

Y entre las carcajadas de la lluvia
y la voluntad del atardecer,
me digo alegre y humilde:
saber que uno no sabe
es comenzar a saber.

Lomas de Chapultepec, febrero de 1975.

TLALPUJAHUA

A don Pedro Román

El pueblo olvidado,
recuerda en oro y plata
su porvenir antiguo.
Montañas de tú y usted y de excelencia,
llenan el horizonte.

Como estar entre senos femeninos,
el pueblo se desnuda.
Sus entrañas indígenas
y el frío de sus árboles
equilibran el clima,
y el cielo endurecido en azules muy hondos,
alojan a las nubes descriptivas
que son así en la tarde mausoleos
de príncipes dorados.

Las almas cuatro mil que aquí concurren,
deshojan su existencia,
igual que un libro que ya nadie lee.

Página en blanco:
nacimiento y muerte.
Y son tantas las flores
que tiene el pueblo entre sus manos,
que el pasado es presente y es futuro
en todos los colores del noviazgo.

Su templo dieciochesco
no se parece a nada y es magnífico.
El estilo neo-clásico
asesinó su intimidad,
pero sigue siendo cabeza enaltecida
con la esperanza que nos da la fe.

El maestro Olay
con plumas en las manos,
vuela,
y baja,
y realiza sueños plumíferos,
como cuando teníamos
nuestra propia cultura.

Una familia principal,
madre e hijos de solidez heroica,
da monumentos en el pueblo, en el bosque,
y su apellido, como enorme rayo,
dio trueno y luz
en la guerra contra España.

La familia Rayón, con don Ignacio al frente,
nos da en las soledades deste pueblo
el aliento encendido de servir a la Patria.
En dos días fuiste mío
pueblo que amo.

Dejé mis pasos en tus empedrados,
la mirada en tus cielos,
el pecho abierto en sangre por tus flores
y en los ojos de alguien
la ventana abierta de regresar.
Hoy dejo el tiempo entre tus manos;
fecunda soledad de piedra y roble.

Lomas de Chapultepec, 18 de octubre de 1976.

SEÑAS PARA UN RETRATO

UNA

Soy fiel a mi palabra;
lo diga el colibrí de florido momento.
Que se desnude el dia y lo declare,
Que se agriete la tierra
para emitir su voto.
Que si hay un día nublado,
él sabe lo que me cuesta callarme.

Nunca he dicho no a nada,
Aunque sí:
 siempre he dicho no a la traición.
Me duele el alma
del apóstol vendedor.
¡Cómo habrá sido
la mirada de Cristo aquella tarde!
¡Con cuánta alegría
soy fruto de humildad!
Ando por todas partes,
libre,
sin que nadie me vea.

Lomas de Chapultepec, 25 de marzo de 1972.

DOS

Camino firme
y con la cabeza
hermosamente en su lugar.
Trátese del mar o del cielo,
llevó siempre
la cabeza en su lugar.
Al encender el día,
mis manos esconden
lo que de estrella haya tenido mi sueño.
Y la vellosidad
de mi pecho y de mi vientre,
indican la orientación del viento.
Mi sexo es fruto variable
de las órdenes del día
y la hechura de mis piernas
es cosa habida en la montaña.
Siempre mi boca

anda por mis ojos.
Mi voz es la del viento entre los árboles.
Acto de presencia al medio día,
y a espaldas de la tarde,
me llevo lo que puedo
para esperar la noche.

26 de marzo de 1972

TRES

Si al tocar la puerta
veo que nadie sale,
camino un poco más y pido
la limosna que me corresponde.
Lo que pido,
es porque creo que me pertenece
así sea
de la noche a la mañana.
Cuando hablo no pido
porque me están mirando.
Cuántas puertas se cierran
para dejarme abrir una ventana.

Lomas de Chapultepec, 26 de marzo de 1972.

Y CUATRO

La medianoche cae sobre mis labios.
¡Ni hablar! digo como todo el mundo.
Que el sueño tenga la categoría
de la media noche.
Que todo lo que sea para mí,
lo tenga yo sin dármelo.

Que amanezca en mis ojos,
tan luminosamente,
que me quede mirándola
dormir,
la poesía.
Que yo sea su sueño
en el agua más limpia de la luz.
Diamante enorme de la medianoche.
Ancla que tocó el fondo.
Voluntad absoluta
de cuánto soy.
¿Una palabra más?
Ni una palabra.

Lomas de Chapultepec, 9 de mayo de 1972

TRES

DOS SONETOS DE JUNIO

A Elias Nandino

1

Junio trae en el hombro la paloma
que otro tiempo fue un águila. Sus manos
señalan horizontes tan lejanos
que apenas dan la altura de una loma.

Comienza a atardecer y el aire aploma
su antigua iniciativa. Con desganos
aún señalan caminos por los llanos
las vivientes angustias del idioma.

Junio en la tarde muestra su hermosura
páldamente antigua. Noble causa
da en sus ojos la flor de su figura.

¿Aún hay tiempo de amar y ser amado?
Y un pájaro es el ritmo de una pausa
que da el valor del sueño y lo soñado.

¶

Junio, si con tus manos desbaratas
el cielo acumulado de otros días,
la algarada naval, ganaderías
del gran cuerno abundante que aquilatas;

si lo que no sabías lo relatas
sin haberlo escuchado; si tus crias
tienen las luminosas energías
que a la noche en el viento le arrebatas;

si estás de pie en la cumbre panorama
donde a un lirio un antílope amalgama
la esbelta soledad de un joven triste,

toma la mía, que en su flor de fuego
distingue la verdad de lo que existe
y seriamente se dedica al juego.

Las Lomas, junio de 1958

UNOS SONETOS A GERMAN ARGINIEGAS

I

No es posible con tantos argumentos
que le da a usted la rosa. Si usted quiere
ser el viento, verdad o lo que fuere,
le son palabras que se lleva el viento.

Entre lo amarillento del momento
mira usted la penumbra que se muere
por ser luz y así todo cuanto hiere
se vuelve luz luciérnaga al momento.

Estoy en mi ventana que es un sueño
que va de lo más grande a lo pequeño.
Y mire usted las cosas de la vida:

Tanta argumentación —que no retiro—,
contradice las causas de la herida.
Son como un colibrí sobre un suspiro.

II

Mire usted, cuantas veces me he sentado
a contarme los cuentos a mí mismo,
me he dado cuenta que no hay tal abismo
entre la realidad y lo soñado.

No hay voluntad para vivir. Lo hallado
es por casualidad. No hay heroísmo
para cuando no hay, sacar el sismo
de las entrañas de lo no creado.

Parece que exagero. Dejo en manos
de usted lo que usted quiera. Son hermanos
de madre, no de padre, estos asuntos.

Allá usted y yo y nosotros. Usted sabe
con qué afecto tan hondo estamos juntos
en esta eternidad que en todo cabe.

III

Volvamos a la rosa. No es la rosa
la verdadera causa del motivo.
No es por la rosa por lo que yo vivo:
por lo que está detrás de cada cosa.

Nunca he podido ver esa porosa
cuestión que todo absorbe. Y lo que escribo
parece que me acerca y me prohíbo
yo mismo en ese instante ahondar la rosa.

Ve usted lo fácil destas negaciones.
Tan revitalizadas emociones
estimulan inútiles esfuerzos.

Vamos a lo que vamos, yo dijera.
Y así en toda la prosa destos versos
reinará sin reinar la primavera.

IV

No tengo inconveniente en este día
de una convalecencia que me esconde,
decirle que yo empiezo siempre donde
suele terminar toda alegría.

Sólo así entonces siento que es mía
la realidad, y así, por más que ahonde,
queda sólo ceniza y me responde
la pregunta que siempre está vacía.

Vivimos en el polvo que es tan nuestro
y tan de nadie. El aire nuestro
modifica las líneas vegetales.

Soy, al tesoro luz de mi ventana,
brizna de las virtudes temporales,
fuego de una catástrofe lejana.

v

Hablándole de usted —a quien tuteo
sólo por elegancia callejera—,
pensando si yo soy o si yo era,
si soy el juez o sólo soy el reo,

aquí hallo pausa por lo que ya veo.
Si logro proseguir, si yo pudiera
contar lo que no he visto y lo perdiera
entre mis mismos ojos... Pero es feo

hablar de lo posible y prodigioso,
de lo que no sabemos y es ocioso
llamarle por su apodo. Estos poemas

te dirán cuánto soy hormigueante
obrero de la vida y no de gemas,
sol en el corazón, sombra en la frente.

vi

Aquí está Simonetta. Está en mi casa,
cansada de la vida de Florencia.
Le gustó Xochimilco. Su inocencia
ha llegado a ese extremo. Ni con gasa

quiere cubrirse y anda por la casa
desnuda como el aire que es su esencia.
Tú sabes con qué lánguida cadencia
vive esta flor la vida que no pasa.

Le regalé unos ópalos nacidos
entre un cofre moderno harto de olvidos.
¿Nunca has visto un ocaso al microscopio?

Te ha escrito varias cartas, dice ella.
Le gusta más lo ajeno que lo propio:
sucede con la fuente y con la estrella.

vii

Entre estudiantes caribes te veas
y no te quedará ni la camisa.
Y así otras muchas cosas que en la brisa
de tu hermoso recuerdo bamboleas.

La vida que te da lo que deseas
te guarda un rincóncillo. Y no sumisa
te parezca al pasar. (Es más sonrisa
tu vida. Así a la postre, no me creas.)

Te releo estos días escondidos,
convalecientes. Bogotá encendidos
nuestros programas veinteañeros crecen.

Una montaña de amistad. Qué hermosa
—a pesar de pesares que estremecen—
es esta tarde que olvidé a la rosa.

Tepoztlán, 10 de agosto de 1969

FLOR EN LA LUZ

A Nina Coronil de Pagelson

Mirate tú primero, antes que el día
te robe el tiempo de la luz que tienes.
La prisión que en tus ojos encadenes
verá la libertad de la alegría.

Todo en ti es hora de jardinería,
El plumaje del canto que sostienes
en el aire de todo a lo que vienes,
es un cielo de esbelta joyería.

Lo encendido que en ti mueve las horas,
Bolívar nos permite ser mejores.
Todas trasciendes las horas sonoras.

Dichosa luz la que en tus ojos vive.
Tú se la das al día como flores
y como flores a quien esto escribe.

Lomas de Chapultepec, 1º de junio de 1969

A Luis Barjau

Mira, Luis, no es por nada, pero hay días
que me quedo mirando cualquier cosa,
y me pregunto si la mariposa
viene o va o si soy yo el de sus guías.

Entre conformidad y rebeldías
el árbol soportó la dolorosa
tarea de crecer, y cuidadosa,
mente bajo la lluvia ve sus crías.

Hay un fruto: es un pájaro. Prefiero escucharlo en la tarde, cuando muero de todas las maneras que es posible.

Y aquí me tienes sin decir palabra por miedo de encenderme combustible y cuidar que una puerta no se abra.

14 de junio de 1969.

ESTE LIBRO

La inútil rosa
de una herida abierta.

ALAFÉ FOPPÀ

Pero es de todos modos una rosa,
Tiene la flor de todas las edades
y en todas las vigentes soledades,
fiel a toda verdad y a toda cosa.

¿Quién no sabe la sangre y lo costosa
que es conservar en todas las edades
la rosa y el rocío en soledades
en que se puede marchitar la rosa?

Sí... yo comprendo... es natural... ¿Qué cosa
no es natural? Con todas sus crueidades,
llenamos de bondad la misteriosa

tarea de vivir. *Edad y edades*
en una soledad de soledades
... pero es de todos modos una rosa.

Lomas de Chapultepec, octubre de 1969

SONETO FRATERNAL

A Herminio Ahumada

Herminio hermano, cuánto sentimiento
de lagos y arboledas de hermosura.
Te estoy diciendo sin arquitectura
que anda mi corazón por ti en el viento.

Un cielo de amistad es puro cuento
si el rostro al desnudarse no es llanura
y un horizonte de temperatura
le deja siempre hablando el sentimiento.

Ni tú ni yo sin Vasconcelos puede
la vida suceder como sucede:
la vida con montañas y banderas,

la vida sin temor a tempestades.
La vida hecha un montón de primaveras
y con sus repentinñas soledades.

4 de diciembre de 1969

SONETO CON UNA QUEJA Y UNA AFIRMACIÓN

Escrito para el doctor Samuel Fastlicht

Se lo he dicho, Doctor, usted lo sabe:
la distancia que hay entre el idioma
y nuestra propia realidad, si asoma,
por ejemplo, en mi caso, Dios lo sabe.

No averiguo lo dulce del jarabe
ni el vuelo azul de la cualquier paloma;

ignoro, en fin, la esencia del aroma
y lo que es la cornisa al arquitrabe.

Entre amigos, Doctor, y entre enemigos,
decirnos la verdad es ser amigos.
Hablarle a usted de mi pobreza en todo

es signo fraternal: tanto nos une.
Jerusalén es nuestra. Y de algún modo,
nuestra unidad está de daño inmune.

Lomas de Chapultepec, 4 de diciembre de 1969

SONETO EN QUE SE REGALA LO QUE UNO CREE QUE ES MEJOR

Dedicado al doctor Samuel Fastlich

Se pintaron las nubes un instante.
Yo quise, como siempre, que usted viera
aquella cósmica Primavera,
frágil como la dicha de un atlante.

Aquella luz no tuvo semejante.
Me pareció ser así la luz primera:
el nacimiento de la Primavera,
la Primavera de la luz errante.

No sé, Doctor, pero desde ese día
el agua en que nací tiene más cielo
y el cielo más montañas de alegría.

Regalarle un momento, ese momento,
es darle lo mejor que tengo al vuelo:
una llama que crece con el vuelo.

Lomas de Chapultepec, 8 de diciembre de 1969

SONETO DEDICADO A ANDRÉS IDUARTE

Para tu niño revolucionario,
todo el mar de Martí, más otras cosas,
y tantas, la amistad, las altas rosas
de la Belleza y su vocabulario.

Estamos lejos de lo relicario;
se trata de alusiones luminosas,
tu palabra arterial que hace las cosas
como cuando se escucha un campanario.

Entre el agua y el sol el árbol mira
cómo la tierra en él habla y estira
la aventura de ser a ritmo nuevo.

Por eso en nuestras voces se conjuga
cierto Tabasco por el que me mueve
a recordarte lo que en él subyuga.

Lomas de Chapultepec, el 25 de febrero de 1975

PARA UN FOTO-POEMA DE MANUEL ÁLVAREZ BRAVO

La tarde embalsamándose en el lago,
pudre algo sus colores, solitaria.
Todo dúo, imposible. Es sola un aria
de silencio tan vivo como el lago.

Si todo se entregó ¿por qué un rezago
de la máquina mínima y sumaria
oigo, si aquí no estoy? ¿Hospitalaria
tanta desolación? Cierro y apago.

Veo en mis ojos la visión. Heredo
para toda la noche y muchos días
cielos de soledad con que me quedo.

Hay una barca muerta y otras cosas
muertas hace un momento. Simetrías.
Nacieron esa tarde muchas rosas.

Lomas de Chapultepec, 12 de junio de 1975

A HÉCTOR CRUZ

1

Y así voy, con los ojos en las manos,
diseminándome por tu pintura,
en que el color es puro, sin blancura,
desnudos primaveras y veranos.

Hay un hondo sentirse, y entre hermanos
me encuentro en tu paleta con la holgura
que se da en la belleza cuando es pura:
la mano se abre por soltar los granos.

Muy poesía traigo de tu obra:
en ella nada falta y nada sobra.
Se cumple un ideal: la poesía.

Me retiro envidiándote. Quisiera
decirte un algo más; tal vez sería
desbaratar en mí tu primavera.

Pero algo más debo decir a punto:
 pintando poesía ;es más deveras?
 Qué gas tan impalpable el que encendieras,
 —violeta y amarillo— en el asunto.

¿Por qué me quedo un poco cejijunto
 pensando en las palabras? Como quieras.
 Si yo anduviera por donde tú anduvieras,
 ¿se podría ejercer el contrapunto?

Tanto me inquieta lo que de tu mano
 vuela a mis ojos, lo solfeo al piano
 de la pradera con dedos de brisa,

que melódicamente vi el follaje,
 y como todo lo que se improvisa,
 fui un elemento más en el paisaje.

Lomas de Chapultepec, 26 de enero de 1976

DICIÉNDOLE A JOSÉ GOROSTIZA

UNO

¿Te diste cuenta de que en Junio el día
 tiene algo de la noche? La pregunta
 lleva en la flor de tu presencia adjunta
 el fruto silencioso deste día.

Algo de subterránea idolatría
 alcanza al cielo que el amor conjunta.

Y entre el día y la noche se barrunta
todo eso que no sé y es cosa mía.

Pasa por la alegría un soplo obscuro
que fácil pudo unirse a lo maduro.
Desharé con mis palabras eso

que nunca supe lo que es. Y sigo
diciéndote de Junio... Libre y preso.
Si te das cuenta de lo que yo te digo.

DOS

La ventana soy yo. El todo afuera
está dentro de mí. Te sigo ardiendo
sin que nadie lo vea. No destruyendo
la luz de piedra de tu cordillera.

Dentro de mí se ve crecer lo afuera.
La luz que no fue mía ya la enciendo.
La flor cuya belleza nunca entiendo
me da en los ojos su fulgor ceguera.

Me dices que así es Junio. Yo quisiera
desnudarme en sus ojos. Desde afuera
verme por dentro. Sin decirme nada

volver a las antiguas geometrías.
Y estoy entre mi nube y tu almohada
viendo caer las noches y los días.

TRES

Tu ausencia es para siempre. Te quedaste
para siempre también. Juntos hallamos

lo que nunca se encuentra. Embalsamos
lo frutal de la vida. Todo amaste

sin decírselo a nadie. Tu desgaste
fue propio de la luz. Si nunca estamos
en donde todo el mundo, es porque estamos
con nosotros y en todo. No hay contraste.

El papelito de la mariposa
que cayó en una rosa, por descuido,
sólo nosotros lo leímos. Cosa

que nadie toma en cuenta. Noche tuya
fue día para mí. Lo prometido
es deuda. Que anochezca y que concluya.

Lomas de Chapultepec, 17 de junio de 1973

SONETO CON UN VELASCO PARA MI SOBRINO JUAN

Juan de la Luz, que te siga inundando
como a Velasco su naturaleza.
Basta un rayo de sol y todo empieza
para saber vivir multiplicando.

Esta pintura, lejos de lo blando,
es energía de pies a cabeza.
En su iluminación hay la belleza
de la palabra cuando está cantando.

La fuerza de la luz aquí en la tierra
está en la libertad de lo que encierra.
Se va la luz y aparece el lucero.

Que así sea para ti. Miro que llegas,
y al mirarte llegar, digo en jilguero
que no he vivido para siempre a ciegas.

Las Lomas, 31 de mayo de 1968

SONETOS ESCRITOS EN ATENAS

A mis hermanos Juan y Blanca

I

Visible la invisible primavera,
dedos de harpa en las cosas, simple encanto,
lujo gratuito, desnudez de tanto
que cuanto estaba adentro ya está afuera.

Siento mi corazón por dondequiera.
Entre un silencio y otro se oye el canto
que se guarda en silencio cuando es tanto
lo que no hay que cantar en primavera.

Entre los mármoles las amapolas,
tan vivas que parece que están solas,
distribuyen su sangre a todo el día.

Y libre ya, sin puerta ni ventana,
me llena de mí mismo esta ambrosía
y el fresco un poco azul desta mañana.

II

No era la primavera. No era nada
a semejanza de la primavera.

Era lo que tal vez no fue ni era.
Una tarde entre mármoles pausada.

Casi nadie en el alma. Una alejada
realidad que, de estar, si yo pudiera,
no la transformaría en primavera.
Una tarde entre mármoles hablada.

No ser una amapola en un momento,
siquiera en un momento, una amapola
nacida entre los mármoles. Intento

sentir cómo sería. Y una ola
de vida sin igual, da el elemento
de sentirse entre el mármol amapola.

III

Vivir a sangre y fuego entre la fría
integridad del mármol y al instante
morir y renacer fertilizante
fabricante invisible de alegría.

Vida a sangre de sol, noble cuantía
de siempre dar, no siempre fulgurante.
Hay grises tan amables, luz distante
que enriquece poder y poesía.

Frente al mármol del mar joven y quieto,
miserable de flor y de alfabeto,
me escondo entre mi voz. Mármol y flores

cifran una ansiedad. La noche llega,
y olvidada de formas y colores
silencios delirantes nos entrega.

Atenas, abril de 1970

Envío:

No sé si estos sonetos, poesía
de piedra y flor y luces diferentes,
les den, a ti y a Blanca, las corrientes
que pasan por mi sombra y mi alegría.

Todo lo que pasó nos sonreía
y éramos frente al mar sus nuevas fuentes,
de voluntad, de amor, las más frecuentes
alusiones a toda poesía.

Dichosa nuestra sangre que se vierte
a cada instante, generosa y fuerte,
Juan, en tu corazón todos se encuentran,

es la cita del sol a todas horas.
Y tanto los que salen que los que entran
tienen de ti tus fáciles auroras.

Lomas de Chapultepec, 2 de julio de 1970.

A CARLOS Y A CORINA

Extendiendo la luz hasta esa hora
en la que el cielo es ya de otro modo;
y cuando el corazón lo encierra todo
por algo indescifrable que atesora;

cuan do la realidad se deteriora
para que la ilusión tenga acomodo;
y una flor invisible sobre el lodo
da testimonio de una nueva flora,

en esa hora en que se va la tierra
siquiera un poco al cielo y nos encierra
entre sus propios labios, digo a ustedes

cuanto no digo aquí y ustedes saben.
Que no haya jaulas ni delgadas redes,
los sueños verdaderos no se acaban.

Lomas de Chapultepec, junio de 1974.

LA DANZA

A Gloria Contreras

Círculo y triángulo. Punto. Movimiento.
La estatua, liberada en el vacío.
Instante en llamarada o en rocío.
Hoja que cae o grito en el cielo.

Un pájaro tan claro de alimento.
El equilibrio de un escalofrío.
Las mil pausas continuas. Lo que es mío
cuando con nadie estoy: deslumbramiento.

Es hablar con el cuerpo. No está muda
la música del cuerpo. Se desnuda
la inmaterialidad de la materia.

Estoy pensando en ti. En ti he aprendido
que no hay tanta riqueza en mi miseria.
Silencioso clamor de cielo herido.

Lomas de Chapultepec, 4 de septiembre de 1976.

CUATRO

Junio, todo lo flor que nos enlaza
nos sitúa tan lejos del olvido,
que aun ante el sentimiento más destruido
nuestra ternura sola se solaza.

Lo mismo que una fuente en una plaza
nuestro amor está a todos ofrecido.
No moriremos por haber nacido
sino por no vivir siempre en la hornaza.

Junio a fuego es mi atmósfera. Te quiero
para quererte siempre como quiero.
A ti que sin saberlo me acompañas

te doy toda mi sangre. Yo te digo
que si te buscas entre mis entrañas
verás que entre tu sombra yo te sigo.

18 de junio de 1969.

TRÍPTICO

I

Ya es otra primavera y es la misma
que me enseñó a buscar lo que no encuentro.
Si estoy fuera de mí, si estoy adentro,
¿cómo mirar en otro el mismo prisma?

No es tan difícil burlar lo que abisma.
Es el abismo que no tiene centro.
Es no saber decir si salgo o entro.
Ya es otra primavera y es la misma.

Distinguir los colores, no las luces,
es la equivocación. Puente que cruces,
detente a la mitad. La primavera:

¿estarás en la otra orilla? ¿y si en sentido
contrario alguien te ha visto? Dentro o fuera,
¿dónde estarás, primavera que olvido?

II

Vamos anocheciendo, que ya es hora
de pensar en la luz. Oí ventanas
que cerraban los ojos, tan humanas,
tan flores, como flor que se desflora.

La puerta abrió sin ruidos, proveedora
para entrar o salir. Eran hermanas
las puertas, las ventanas más lejanas
de cuanto vi sin consultar la hora.

Hay que encender la luz. Ver lo escondido
que ocultamos de día, poseído
sólo por nosotros. Si podemos

encontrar lo perdido tan a mano,
la luz tendrá las luces que queremos;
nos tratará la noche como a hermano

III

Esta noche el encanto de la vida
es ya casi terrible y me pregunto

por qué no me pregunto si estoy junto
a todo o tan lejos? Tan florida

como toda esta noche está la herida
a la que doy la vida. Es este asunto
que cuando creo que lo entiendo, adjunto
una duda en violetas escondida.

La noche es la belleza. Veo mis ojos
y a través de los ojos de mis ojos
desmiento lo que vi. Algo me mira.

Busco la soledad en la belleza,
y oigo en mi voluntad que algo delira
y me invita a creer en que algo empieza.

30 de abril de 1971.

PENTÁMERA

I

Poesía es un descubrimiento,
pero hay que hacerlo siempre con las manos
de no hacer nada, y cerca de lejanos
manantiales que dan entendimiento.

Del centro de las cosas al momento
del hallazgo, palabras como hermanos,
de parajes hermanos tan cercanos
al rostro vienen con su cargamento.

Estoy sobre la yerba, al mediodía,
desnudo como el sol, oyendo el canto
de los pájaros. Vástago del día.

Oigo nacer lo que por fin levanto
de una brizna de luz, que así me guía
ciego de tanto amar sombras de encanto.

II

Entró la Primavera y el Imperio
se puso en pie: los pájaros, las flores
y las luces de todos los colores
dividieron la flor del hemisferio.

Nada se puede, aquí, tomar en serio
por la falta de tiempo. No hay errores
de perspectiva. Todo son amores
para ensanchar las fugas del Imperio.

Es todo el bien terrestre el que reúne
lo fácil y difícil ser inmune
a mejores venenos cada día.

Entró la Primavera y toda puerta,
que tras ella cerró, quedó sombría
al mirar que la luz no estaba muerta.

III

Hoy mataron al fresno por tan alto.
Su dueño lo mató por peligroso.
Toda cuestión de altura es de coloso.
Y el árbol era esbelto como un salto.

Nunca se acompañó de azul cobalto.
Eran inmensas rocas su frondoso
cielo de piedra, siempre peligroso,
que el huracán tomaba por asalto.

El fresno y yo sumamos una cifra
que fue para los dos la que descifra
el ser o no ser vegetal —supimos

callar bajo inconformes tempestades.
Si no fuimos hermanos sino primos;
bueno, familia de las soledades.

IV

No quisiera morir sin verme a solas
con mi sombra; saber cuánto he olvidado.
Tenerla tan presente, que lo andado
no tuviera final: el mar, sin olas;

el jardín sin la fuente y sin corolas;
la melodía sin flautín; el dado
sin la mano y la mesa y el candado
sin la llave y la puerta. Todo a solas.

Un no morir a solas. Me acompaña
ella, mi sombra, la que en la montaña
me enseñó a suspirar por lejanías

a que nunca llegué. Despues de todo,
me queda entre las noches y los días
la sombra de haber sido de otro modo.

V

En mi mano posó la mariposa
la voladora flor de su figura.
El aire fue un instante de escultura
y la luz una flor en cada cosa.

Comunicada con esa mariposa
quedó la posesión de mi ternura.

Un secreto delirio, una postura
de increíble pasión fue aquella rosa.

La rosaleda de la dicha quiso
coronarme de luz, sin tener piso,
ser un soplo de atmósfera divina.

Cuando los dos nos separamos, todo
volvió a ser la pobreza y la rutina
y yo polvo ya seco que fue lodo.

Tepoztlán, 1º de mayo de 1972.

DUALIDAD NOCTURNA

Los caminos destruidos del insomnio
que van a dar a donde ya no hay nada;
los pasos tan voraces del demonio
sobre la arena más abandonada.

Víspera poderosa llamada
que enciende las ciudades del insomnio;
la muerte joven que se da el demonio
a la luz de una espléndida mirada.

¿Va a llegar un arcángel? Tengo el río
para la desnudez de su hermosura.
Busco lo que no es suyo y lo que es mío.

Todo parece estar naciendo apenas.
¿La novedad de una antigua escultura?
Todo parece estar naciendo apenas.

Lomas de Chapultepec, noche del 5 de diciembre de 1974.

NI LA LUZ NI LA SOMBRA

Solo y a solas con todas las cosas.
Un momento presente en todo instante.
Jamás ningún momento es semejante;
solo y a solas con todas las cosas.

La luz en las montañas misteriosas
da una flor, una vez, determinante.
Nunca la mano encajará en el guante:
podrá tocar la luz sin ser las rosas.

Si amanecemos sin que nos despierte
ni la luz ni la sombra, si se advierte
nuestra presencia en todo lo creado,

qué instante para siempre es nuestra vida,
qué momento sin muerte hemos tocado,
qué nueva sangre cerrará la herida.

ANSIOSO TODAVÍA

Sí, pero no, porque entonces sería
agregarle al otoño una vidriera.
Una intemperie más, la primavera,
con el rocío de la algarabía.

Si hay en tus piernas la alegría entera,
si eres horizonte de alegría
que en tu mirada enorme se confía
y hace de la montaña una pradera;

caminar con el canto entre las manos,
soltándolo en palabras como granos
que al brotar dieran voces nunca oídas

y descubrieran silvestre riqueza
para olvidar las costosas heridas
encendiendo un diamante en mi cabeza.

Lomas de Chapultepec, 29 de junio de 1975.

POR ESO

I

Por eso, porque sólo una sonrisa
fue suficiente. Todos los objetos
temblaron suavemente. Los objetos
que la presencia del amor ilumina.

Por eso, porque sólo una sonrisa
destruyó los oscuros amuletos
y entregó, luminosa, los secretos
que el más carnal de lo deseado avisa.

Fue tan azul la circunstancia y tanta
la alegría de lo que no se canta
por otra circunstancia silenciosa,

que se quebraron los horizontales,
cuando aquel lirio se volvió una rosa
entregada a los tiernos vendavales.

II

Por eso este poema, tan abierto,
como la mano en que se da la mano,
es la desnuda tarde de verano
en que la lluvia niega lo más cierto.

Si pudo lo increíble ser tan cierto
y estar de lo más lejos tan cercano,
que por eso, por ser eso está a la mano
el agua incomparable del desierto.

Al abrir las ventanas de este día
cerré los ojos cuando sonreía
la flor de lo que pasa inesperado.

Por eso, cuando el sueño me despierta,
desaparezco de uno y otro lado
y me inclino a esperar que abran la puerta.

Tepoztlán, 4 de mayo de 1976.

TRES SONETOS

1

Al recoger la hoja deste día,
cuánto he vivido ya, que poco queda...
Todos los sueños y lo que suceda.
Unos ojos con cielo es la porfía.

Atrás, perseguidora polvareda.
Ahora, soledad con fraternía;
un trono de humildad en la vereda
y unas campanas en la lejanía.

Un nuevo amor, a solas, tan celeste,
tan lirio, tan jardín y tan agreste,
prorrumpe entre las ruinas. Y es acaso

la estrella que esperé y el sol amaba.
El árbol que amanece en el ocaso,
pájaros limpios a lo que esperaba.

Tepoztlán, Morelos, el 31 de julio de 1976.

2

Si me quedo mirándote, las cosas
se vuelven misteriosas. No se sabe
por qué el misterio cabe donde cabe.
Es saber algo ya, cosa de cosas.

Y me pongo a pensar: de azul y rosa
tienes tu vida esbelta y no lo sabes.
La aurora y dos violetas. Cuánto cabes
en la rápida curva de la cosa.

Así es el mundo: cosa para todos.
Cosa de buenos y de malos modos
que desdoblan la cosa de estar vivo.

Nunca sabrás del naufrago que sueña.
Tu libertad de invisible cautivo
está en el Sol que a deslumbrar enseña.

Tepoztlán, Morelos, el 31 de julio de 1976.

3

Esta alegría de mirarte llena
de sombras luminosas cuanto veo.
La luz es tan azul como un gorjeo;
me da en el pecho como herida buena.

Lo que te escribo lo escribo en la arena.
(Esto, que es cierto, además lo deseo.)
Ocultar un tesoro es raro empleo
que de estrellas se cubre lo que llena.

Vuelvo a quemar el solitario incienso
que pisotearon bárbaros hombres.
Sonrío ante el destino y lo que pienso...

Con mirarte mis ojos enriquecen
las soledades y las alegrías
que desde tus miradas se estremecen.

Tepoztlán, Morelos, noche del 31 de julio de 1976.

UN SONETO

El material de la noche florea.
Estoy luminosamente escondido.
Tiene el jazmín de Arabia tanto fluido
que así es la perfección que redondea.

Algo que nace, como que aletea.
Un átomo de vida se ha encendido,
y el universo ejerce su tarea.
¿Dónde estará la fuente del olvido?

En el incendio inútil de una rosa
pereció perseguida mariposa.
La noche puso en pie nombres callados.

Todos los sueños estaban despuestos;
y la vida con los ojos cerrados
y la muerte con los ojos abiertos.

Lomas de Chapultepec, 4 de octubre de 1976.

Poemas no colecciónados

1922-1976

LICENCIADO:

Ahí le va la Primavera
con su candor divino
y su danza ligera.
La Primavera florentísima
que mece su alabanza en la dulzura
de la arboleda rítmica.
Leves tallos de mujeres floridas
ondean la danza triple y una
que prende la gloria de la vida.
El Amor, dispendioso azucarero,
hervía corazones y manzanas
para probar su dardo lisonjero.
Canta el pintor y dice: libre sea
la Musa que al pincel desnuda vence:
soltemos libertades a la idea.
Y un nuevo mar de nuevas olas
le regaló distancias y huracanes.
(Boticelli siguió a Savonarola.)
Pero volvamos a la sonrisa
de la celeste Primavera;
ayudemos la misa
de la Bondad y de la Belleza.
Las florecillas del suelo
parecen trinos cuajados.
Céfiro es leal porque es bello
saber soplar la música del campo.
La Primavera baila y ofrenda.

El tiempo es azul y potentes los brazos.
Dancen las Horas en Primavera
para Pitágoras y Prometeo profundos y altos.

México, el 18 de marzo de 1922.

Hermano, si a tu vega solitaria
días de hierro derrumbaron penas,
rayos de fe desde mis manos llenas
dorarian tu sombra solitaria.

Sobre mis tempestades oigo tu aria
que adelgaza tu mar a ondas serenas.
Y la Luna perfecta y estatuaría
elegantiza fuentes y poemas.

Una mujer esbelta como el día
sabe de tu inmortal melancolía;
ella y yo dialogándola, tendemos

a tu tristeza puentes y paisajes.
Por ti suspendo el ritmo de mis remos
y me lleno los ojos de celajes.

México, el 25 de abril de 1923

ELEGIA HEROICA

{Cantemos el bosque!
Bajo las alas verticales, oh serpientes de las águilas,
cantemos el bosque!
Desde sus raíces y sus troncos gigantescos

a sus follajes liberados
por la gloria y por el viento.
Aquí se festejaron desbordados
los monarcas paternos.
Aquí Cuauhtemotzin
aprendió a llenarse los labios de silencio.
Cantemos el bosque
de cuyas entrañas sale el tiempo.
Los siglos se desnudan entre mis manos
iluminadas por antiguos luceros.
Un día mi sangre circulará por estos árboles
y volverá a sentir su onda
en el espacio y en el tiempo,
y de una rama generosa
habrán de caer lentamente los versos,
hoja por hoja, con intervalos de siglos
hasta acentuarse otra vez en mis labios con el mismo vuelo.
Un día conquistadores septentrionales
ametrallaron estos árboles y cien jóvenes murieron.
La República naufragó por nuestras culpas.
Sólo en esa colina la juventud aró muy hondo
la tierra de un sagrado recuerdo.
Dianas de sol y suaves vigilancias de luna
ruedan sus girasoles y cautivan el tiempo
para esa juventud que apretó en un laurel solo
la gloria dese día, como una fuente en el desierto.
Recordemos los ojos juveniles
que la mano de Dios clavó en los cielos;
las manos nuevas
que agotaron el sacrificio
con una larga belleza;
las bocas pueriles
que repetían las lecciones bajo las aulas mañaneras;
el proyecto romántico
roto, como la nube que trae a la Primavera,
la tristeza dulcemente recogida

en las manos de la novia primera;
el asueto ruidoso de los que poseían
la muerte como una guirnalda fresca.
Dame, oh bosque, tus profundos pedales
para hacer resonar toda la orquesta.
Apodérate de mi brazo
para que el tono augusto de tus follajes mueva,
y organizar la sinfonía
de la heroica alegría
que un remoto esplendor suscita y alza,
toda ayuda de sol y trinos verdes
toda trompas rotundas
y violín amarillo
y violoncelos de esperados oros
y en que una pausa militar prolongue
como el aire otoñal tus soledades,
su suave meditar.
¡Cantemos el bosque!
Bajo las alas verticales, oh serpientes, de las águilas
¡cantemos el bosque!
Desde sus raíces y sus troncos gigantescos
a sus follajes liberados
por la gloria y por el viento.
Aquí se festejaron desbordados
los monarcas paternos.
Aquí Cuauhtemotzin
aprendió a llenarse los labios de silencio.
Cantemos el bosque
de cuyas entrañas sale el tiempo
y en cuyo ritmo
rama, tronco y raiz son tierra y cielo.

México, el 27 de agosto de 1924.

ANUNCIO

Lápices como pinceles,
pasaremos el día
jugando con los mágicos papeles
que mi voz entintara en los patios del día.

Dóciles panoramas
que entran y salen por las ventanas
de la casa en los aires que mis ojos alertan
y que sobre el espejo de la evocación levantan
la rueda de colores del poeta.

Tengo tu olido luminosa montaña y grandes manos
para robar colores, oh mar;
tactos sutiles,
oh nube de alto paso.

Escuchan, ven y tocan los ojos serafínes.
Alas que ven el vuelo de una mirada y saben
ser la orquesta del mundo, eternidad y tiempo,
de color y de música de todos los deseos.

Bazar, sala de alquimia.

La corbata del pueblo
la traigo yo. Juguetería,
yo he sembrado trigo en invierno
y he echado la casa por la ventana.

No olvide usted la esquina del Infierno
no está completamente iluminada.

Moneda 12: se regalan noches de luna
con equipo completo.

Melodías, Melodías para todas y ninguna,
el área del amor perfecto
y las ontologías de la luna.

Se venden colores para todos los amores.

El que no tiene nombre está a punto de agotarse.
Desconfíe de las imitaciones.

Juguetes de Curaçao, y exquisitos recuerdos de Colombia.
Litros de agua del último naufragio

y estuches de seda con difíciles cosas.
El Trópico va a cambiar de local
para instalarse en un cómodo abismo.
Vendo toda la América Latina
excepto las Antillas-Nicaragua,
(El corazón sacude con alas aquilinas
un orgullo de mil metros con grandes ruidos de agua.)
Lápices como pinceles,
azules y verdes
para las ajenas melancolías.
Tornasolados para las cartas que van muy lejos;
lápices con melodías
y con reflejos.
Lápices blancos y amarillos
para el papel de las tinieblas;
papeles de fantásticos brillos
para el lápiz sonoro de las fiestas.
Por qué es la zona de mi corazón
floresta silenciosa y colorida orquesta;
un lápiz muy fino para mi meditación
tendré;
juguetes para la esperanza
y libros en blanco para mi fe.
Jugaré y juraré.

Noviembre 1924.

BALADA DE LOS CUATRO CANTARES

Dedicada al poeta José Gorostiza

La Luna y el campo,
La Luna siempre oportuna
como su consonante.

La Luna en mi corazón como una
gota de agua sobre un lago.
La gota de agua que no cupo
en el mar.
¿Entienden ustedes señores árboles
este cantar?

II

Otro cantar:
El disco de la Luna
en el viejo fonógrafo del cielo
hace repetir a las brújulas
las conversaciones de los marineros.
He visto el Brasil. En mi tienda de belleza
de Río de Janeiro
perdí mis créditos de sorpresa.
Oh, fue sólo un sueño.
He visto el Iguazú. Mi sordera sinfónica
me obligó desde entonces a dirigir orquestas.
He visto New York.
Mr. Whitman and Comp.
resucitaron en mí
el demonio terrible del amor.
Dijo un otro: He visto Xochimilco;
florean el agua y mueve la razón a cantar.
Es el puerto del ritmo
estilizado sobre un pequeño mar.
Mire usted: estas amapolas
y estos claveles...
...son cosas de la aurora.
Se cosechan pinceles
y se retocan
paisajes holandeses.
(Sin molinos naturalmente.)
Las oportunidades

de la Luna
son una
serie de soledades
en el tráfico azul de la laguna.
La tristeza viaja en jacintos
recordando países distintos.
Pero una nube
echó a pique la conversación.
Este cantar decía:
 La Luna estaba en el campo
 como en mi corazón.

III

Otro cantar:
A la Luna se la lleva el viento
al otro lado del mar.
Sus tripulantes:
Jasón, Magallanes y el Dr. Eckner
viven todavía en Bagdad.
Y están contando el último cuento
de las tres noches y media al turista Simbad
que hace escribir el próximo itinerario
para ponerse después a fumar...
(Sociedad Anónima de los sueños
a domicilio.)

Así decía este cantar:
 a la luna se la lleva el viento
 al otro lado del mar.

IV

Otro cantar:
Noche de luna en la biblioteca;
una carta de Bolívar,
cosas mías y cosas toltecas.

Y la estrofa soberbia se avecina.
Y así como en la ola japonesa
va la nave debajo, va divina
el alma libertada en la belleza.

Y al escribir
este cantar,
doy en decir:
es un soñar,
es un soñar para el cantar.

México, marzo de 1925.

ODA A SALVADOR NOVO

La luna no es República
—afirma el Padre Ripalda en su edición secreta—.
Esto es lo único que te faltaba saber
¡oh poeta!
¡Oh querido poeta
chofer!
En la bailada luna de la fuente
naufragan los rollos de música
del siglo xix
y casi todos los del siglo xx.
Una huelga de adjetivos
paraliza el tráfico en mis versos
y todo es —¡al fin!— ya, como es:
montañas: montañas; ciprés: ciprés.
Mucho gusto, le digo a la basura
que me saluda fraternalmente.
La noche conspira a puertas cerradas
un nuevo despotismo retórico,
pero las piedras a boca cerrada
me lo comunican todo.

Supresión de pensiles
serenatas, pianos sumamente lejanos
y otras cosas azules, como marfiles.
El hipérbaton será fusilado
por la espalda
para justificar sus traicioncitas.
Morirá también el "hado"
y una gran cantidad de princesitas.
Magnífico, dicen las piedras.
Espléndido, dice la basura.
Y si la luna se sigue poniendo pesada...
Pero si no es la luna,
esa pobre mujer nunca ha hecho nada
¿verdad, señor Schubert?
¡naturalmente! esa hija de la nada...
El silencio aplaudía a rabiar,
¡Ah! ¡si se nos escapaba el silencio!
Señores, un momento, he organizado un jazz band
soy el silencio jr.; mi padre
será el que morirá.
Y a todo esto, la luna,
que administra todos los recuerdos,
deshojó margaritas, abrió cartas,
"erró por el azul del claro cielo"
y las flores cerraron su broche
cuando —precisamente— se oyó pasar un coche.
La luna no es república, pero será. Tú solo
sairás en un fotingo hasta el cero del polo.
Es el tiempo del tiempo maravilloso. Viaja
la retórica en ondas aéreas. Una caja
de zapatos es suficiente. Napoleón
volvió a perder en Rusia su sangrienta ilusión.
Gloriosa la basura que alzó tan alto el fuego
y ha despejado a X para mirar mi juego.
Joyería de basuras pondremos algún día.
Quien la robe será nuestro aliado; sería

como poner en venta el infinito. Alguna vez los dioses vendrán a comprar su oportuna cuelga. Después, después, estos son los después, siglos, años, fonógrafos y mesas.

La luna no es República, y esto es lo que me puso a cantar —un buen canto, naturalmente—. Uso tacón de goma y otras cosas por el estilo.

(¡Qué buena consonante para Venus de Milo!)

Luna republicana, tus manos estadistas harán. Los adjetivos van a ser comunistas.

¡Qué maravilla! El triunfo mayor de la basura, hilachas con rocio a precios de montañas.

Un momentito: también cáscaras de cañas, Salvador, salvarás a aquella pobre gente de la filosofía. Serás el Presidente de la luna. Impondrás los automóviles marca Chopin para familias gordas
¡oh Novo Salvador!

inaugurarás el garage del amor con películas incaico siberianas.

Serás el único y su propiedad en medio de una cosa destatilada.

Ya te he dicho pues lo único que te faltaba saber: lo que dice el padre Ripalda en su edición secreta, ¡oh poeta, oh querido poeta chofer!

[1925]

ELEGÍA

En las tardes
ahedariamente desleídas
sobre el cuaderno triste de la aldea,

tú me decías
las cosas eternas
con la dulzura de tus ojos
que perseguían mis palabras por parejas.
Yo te contaba el cuento de mis viajes
cuál si te recitase una balada;
porque entre Río de Janeiro y Buenos Aires
hallé tu nombre escrito 100 veces sobre las casas.
—“Es que el mundo se llama como tu novia”,
me decían mis amigos.
Y yo salía a regalar tu recuerdo
ciego de ti.
Y enjardiné mi soledad
entre las muchedumbres.
Y a las vocales del mar
entraba yo desnudo como una L.
Un día descubrí una isla
(naturalmente muy cerca de la playa),
y se me fueron las lágrimas en plena geografía
al saberla con tu nombre y mi abundancia.
Y esa noche yo grité tu nombre
y me respondió la muerte cada vez más joven
caminando sobre el recuerdo de tu sonrisa.

* * * *

En las tardes
abecedariamente desleídas
sobre el cuaderno triste de la aldea,
yo te contaba el cuento de mis viajes,
y tú alzabas en tus ojos el poema.

París, 1927.

PEQUEÑA ODA ESTIVAL

Píntate tu tarde
poseyendo tu espejo de plata
o tiñendo de rosa el estanque.
Píntate tu tarde
desnudándote —siempre— delante
de mí.
¿Llevas colgada una lira
a la espalda?
Suelta tu elegancia,
moldeáte en el agua de mis brazos.
Si tu equipaje se perdió en Florencia
ya en el salero del Rey de Francia
se desnudó de oro Benvenuto Cellini.
Te desnudaste,
y tus hombros estaban cantando.
Tu vientre perdonó todas las cosas
de la luna y los litios.
Y mis manos,
recorrieron tus piernas, convencidas.
La ventana se abrió para mirarte,
y un azul de aviación
cuadró tu desnudez.
Píntate tu tarde, desnúdame los ojos.
¿Y la selva?

Palermo 1928.

SONETO

Un laurel ha crecido entre ruinas. Las manos
se estrechan solas, íntimas, y el corazón se anuda.
Si desligó murallas el líquen de la duda,
la gloria coronó los mármoles humanos.

Alzo a inútiles órdenes el recuerdo. Lejanos,
los siglos como efebos en actitud desnuda,
juegan en la memoria. Toda canción es muda
cuando suben silencios a la memoria.

Los ojos buscan algo sin querer. El mar brilla.
Cielo y naves ahondan la silenciosa quilla
y de la pausa queda la quietud suspirada.

La pena del retorno quiebra el nivel de ensueño.
Laurel entre las ruinas... silenciosa pisada
sobre la antigua nube de la gloria y el sueño.

Atenas, 1929.

Para que tu sandalia luminosa
en mí deje su huella, tu divino
camino seguiré —claro camino—,
Jesús del cielo azul y noche hermosa.

Nunca cortéle espinas a la rosa,
tomé en mis manos mi destino.
Te hablo al fin, pescador y campesino,
en la ciudad antigua y veleidosa.

Ante el mal seré humilde; cuánto suenan
estas palabras en la nueva vía!
Los odios anteriores se envenenan,

mueren... Acaso la melancolía
adelgaza mis ojos que se llenan
de una invisible y mágica alegría.

Febrero de 1930. Prisión, Cuartel de San Diego.

Padre — Señor, te digo que tú eres
el Padre... Soy tu hijo que regresa.
¡Qué hastio y qué locura en toda empresa!
Padre, te digo que tú sólo eres.

Iré mi vanidad a todos seres
cenírme a la ambición y fui su presa.
Semejante a una fruta en rica mesa
me devoró el orgullo. Porque eres

el Padre, lo digo, y en tus manos
dejo el rico tesoro del regreso
lo que no te trajeron mis hermanos:

harapo y hambre, la boca de yeso...
Deja que en gloria de tus pies cercanos
del polvo que ellos pisen sea mi beso.

1930

ESTUDIOS

1

Poema,

ser extraño,
de voz sin voces y lleno de manos
como Coatlícué.

Me vestiré con los caminos de las serpientes
y pediré perdón por no haber tenido los ojos ~~fijos~~
de turquesa en tí solo.

Si yo pudiera atarte con mis propias arterias
y ya libre echarme a buscar la sangre
—tu sangre—
esmeralda en la garganta del aire
de las praderas hábiles.

Si yo pudiera, oh sangre!
te bebería
para dejar de ser espacio
y encontrarme de nuevo,
yo, escapado de mí —Poema—
hace un millón de años.

2

Yo sé que te amo
porque nunca las ausencias fugaces
me dejaron el viento tan vacío,
tan ciego y silencioso.

Yo te veo los lunes y los miércoles.
(Los martes son perfectos,
porque te vi la víspera y al día
siguiente voy a verte.) Pero en los
días adelante
el color de tus ojos, tus cabellos
a fuego lento —miel en sombra—,
tu figura
que a cada instante es escultura y tiene
la belleza infalible de las manos
puestas a hacer el mundo, mejor siempre...
En esos días siguientes,
en que todo es domingo por la tarde,
hipótesis y espacio,
tiendo la cuerda floja desos días
y echo a bailar el adjetivo heroico
que sirva a tu persona, sin mirarte,
obediente, adivino, enamorado,
virrey de tu esperanza y tu deseo,
velocidad, nivelación constante,
de tus pies y tus manos,
espejo poseído, y en mis manos,
orilla de tu sombra, rebosante.

Tú nada sabes.
Si alguna vez me vieses con mis ojos!
Si a ti perfecto fuera el martes
por lo mismo que a mí! . . Si fueras tú
quien pusiera palabras al silencio
que yo vierto ante ti, porque hoy no puedo
sino callar, y apenas en la rueda
colegial encender una mirada
para apagarla pronto y estrechar
tu mano y despedirte con las mismas
palabras que les digo a los demás!

Julio de 1931.

Yo compraría tus ojos
para mirar el desierto.
Qué desierto ni qué nada:
jardín claro y alto huerto.

Yo compraría tus labios
para saber lo que entiendo:
sólo con ellos sabría
lo que es cántico y silencio.

Yo compraría tus manos
para robarme los sueños
y a los lados del camino
sembraría semillas de sueño.

Yo compraría tu voz
por decir sólo: te quiero;
sólo tú te escucharías
lo mismo vivo que muerto.

Yo compraría tu oído
para escuchar lo que pienso,
como sólo pienso en ti
música es mi pensamiento.

Yo compraría tu estatura
toda esbelta de árbol nuevo.
Sentir las distancias integras,
lado, parte, fuerza y centro.

Yo compraría tus pies
para entrar de noche al mar
dejando estrellas de sombra
en la viva voz de andar.

Yo compraría tu alma
y yo no sería yo
y así yo sería mío
para nunca yo ser yo.

Abril de 32.

Oigo que hablas de amor y se corona
de espina el corazón de mi amargura.
Una tarde de Junio, la más pura
de todas mis pasiones me aprisiona.

Tú eres mi libertad, íntima zona;
librame de mis mármoles, la dura
riqueza solitaria que me mura,
la luna que me mata y me corona.

Si quisieras tener por un instante
mi corazón entre tus manos; si una
noche del corazón —como ninguna

sombra de la belleza— desbordante
cayera sobre mí... Deja que cante,
deja que calle... Déjame la luna.

6 de junio de 38

¿Quién que venga a decir: "tu cruz es mía",
no levantó en la palma de la mano
la estrella —que da sombra— del humano
corazón y a su cielo no se fía?

¿Quién que entona el silencio de alegría
para decir en cuerpo y alma: ¡hermano!,
no iluminó de pronto el océano
que atesora una perla todavía?

A levantar la mano desangrada
y a ponerla en el pecho, limpia y liada,
impeleré mi mano de ocio lleno.

La mano pensativa corra y lleve
líquidamente el vaso y a la arena
hurte los brillos y su sed breve.

[Marzo 15 de 1940]

LETRA PARA UNA CANCIÓN

Letra para una canción pedida gentilmente
por el admirado compositor Gabriel Ruiz.

Cuando tú te despidas
no me digas adiós.

Ya en tus ojos no encuentro
nuestro cielo de amor.
Ya prefiero el silencio
cuando escucho tu voz.
Lloro sin que lo sepas,
muero en tu corazón.
Cuando tú te despidas
no me digas adiós.

[1942?]

A LA ORILLA ESBELTA

Cuando tú me quieras, por todo mi cuerpo
correrá la sangre de todos los tiempos.

Cuando tú me quieras, me desatarás
y un lazo desnudo, mojado de mar,

ceñirá el oleaje que hay en tu belleza
y la tierra fuerte que mi brazo eleva.

Cuando tú me quieras, en mi pecho abierto
tendré nido de águilas y horizonte en vuelo.

Arderán tus ojos dentro de los mios;
serán aguas diurnas tu beso y el mio.

Vivo de la vida que tú plantarás
a la orilla esbelta de un agua lineal.

Cuando tú me quieras, seré lo que quiero:
raíz adherida a un poco de sueño.

(Las algarabías de lluvia de noche
abren el silencio y ocultan mis voces.)

Ardo a cielo en junio; llegas en abril.
Arde una montaña; y ave hay en mí.

Hoy estás más cerca. Cuando tú me quieras,
qué sangre tan honda tendrá este poema.

En cada palabra la vida alteró
silabas y acentos lúcida de amor.

Soledad en lluvia, la noche pasea
las cuatro palabras: cuando tú me quieras.

La mano y el lápiz van sobre el papel
y una extraña esencia, y saben por qué.

Mucho sé de nada, algo sé de todo.
El amor acude a la cita, solo.

Cuando estoy contigo, ¿qué has visto en mi sombra?
Estrellas errantes siempre solas, solas.
¡Si tú me quisieras! Cuando tú me quieras
correrá mi sangre por tu vida entera.

Que cuando me quieras, en todo mi cuerpo
secaré la sangre de todos los tiempos.

Las Lomas, 29 de mayo de 1943.

TRES SONETOS

Dedicados a Salvador Novo

¶

Serás el Presidente de la luna,
yo te dije una vez, y tus finanzas

pusieron rojas verdes esperanzas
al ingenioso ardor de tu fortuna.

Y eres el Presidente de la luna.
Dado un azul calificarlo en danzas
y en paisajes de inútiles labranzas
abanderar de nada una laguna.

Nádala, Salvador sin noche alguna.
De orilla y claridad surgen las lanzas
que un remoto esplendor meció en su cuna.

Cráteres solitarios y mudanza
te dieron el Gobierno de la luna
fiado al azar de tu desesperanza.

n

Niégasle ministerio a tus amigos.
Ministro sin cartera, aunque así fuera
—Ministro a pie es decir— yo te dijera
pálidos horizontes de oro-trigos.

Helar la luz limón de tus abrigos,
y entre esa deshallada Primavera
de la Luna cantarte la primera
canción de recompensas y castigos.

Si tienes ya a la luna en patrimonio
(el consonante aquí se va al demonio)
pásala de una vez. Hay quien por ella

dé una estrella a la mitad del cielo
que si en este momento traspapelo,
de cualquier sombra sacará una estrella.

Luna presidenciable es el poeta
que en voz nocturna el corazón impele
y entre engaños lunares se conduce
de estar desnudo y de no ser atleta.

Y verso y prosa su Águila decreta
sin que nadie sus plumas encarcele.
Sabe que hay un jardín que a sombra huele
y al que se accede sin llevar tarjeta.

Salió de su mentira prodigiosa
con qué elegancia el porvenir conjura
en mitad de un candil y de una rosa.

Y así hay noches de luna sin gobierno
en que para decirnos su amargura
arroja paráisos al infierno.

Lomas de Chapultepec, enero 4 de 1944.

Junio, Gabriel, anunciación florida
en que un arcángel sin las alas llega.
Viene en su pie la voz que me doblega
y el silencio en la boca de mi herida.

Mírate en el espejo que no olvida
y en sus luces la luz que al dia aniega.
Cielo de junio su esplendor despliega
para el que al sueño su virtud le pida.

Yo te digo, Gabriel, toma en el viento
la flor que sube y con seguro acento
suspéndela y desátala. Descubre

lo que junio anticipa del otoño:
una nube tardía es todo octubre
y un suspiro la muerte de un retoño.

Junio, 1944.

SÚPLICA

Quédate con nosotros,
Niño Jesús,
mientras al pecho de mi madre,
vuelve la salud.

Febrero 2, 1949.

LAUDANZA DE LA PROVINCIA

Quien quiera estar más cerca de sí mismo,
viva en ciudad pequeña
o mediana a lo más. El cuerpo en equilibrio
mide las consecuencias
de un paso en el vacío
y lo cortés, no quita lo valiente,
cuando en la esquina de un lunes cualquiera
le quitamos los ojos a otros ojos
y hacemos en otoño primavera.

El pecho se conduce con esa clara hombría
con que va la provincia a todas partes
y en mangas de camisa
se codea con santos y con ángeles.
Algo de parentesco inconfesado
mueve las amistades
y el apretón de manos
destruye las posibles soledades.

(Mi madre nos vestía
a mí hermano y a mí como a dos príncipes,
y cuando la acompañábamos a las visitas
todo era flor para sus nomeolvides.)

Tiene esa vida familiarizada,
sabor a los primeros desayunos.

Se nos va la mañana
de las manos, igual que una manzana
que pueden comer todos o ninguno.

Yo pienso en la provincia
como si fueran unas vacaciones
en el estudio inútil de la vida.

El nombre de mi novia
fue de un verde esmeralda, tan callado
que apenas se le escucha en las orillas
de las aguas que pasan con cuidado.

La provincia es una buena tía
con canas, pero joven y con lavandería.
Eso del patriotismo
le sale tan bonito,
que nunca necesita de las flores
y los gritos de todos los dolores
los oye siempre, honda, sin dar un solo grito.

Patriótico terruño
que cuando se te pide das la vida:
la estrofa embanderada que te acuñó
sangró con la eficacia de tu herida.

Yo soy de un pueblo chico
donde ya casi nadie me conoce
y si eso me entristece, hay cierto goce
que con mi soledad lo multiplica.

Me ven como a fuereño
pues hace muchos años
dejé de ir a mi pueblo que, aun cuando es pequeño,
ha sufrido mayores desengaños.

Y así es como un amor que nadie sabe
llevó en mi corazón sin quien lo quiera.
Agua territorial que sólo cabe
en el pecho de un grupo de palmeras.

La provincia es fratal con patio grande.
Se ladran los colores
como pequeños perros que persiguen
un ruidito de sol. En otro tiempo
yo fui novio oficial. Ella tenía
la belleza del cielo y de la tierra.
No puedo decir más. Me quiso tanto
como la tierra al cielo, como el agua
al cauce que la cuida, como el tiempo
a lo que puede parecer eterno.

Nuestro amor era famoso
como el viaje a la luna. Yo he sabido
llorarlo en todo el mundo. Y he viajado
sin moverme de ti ni de la hermosa
mujer que me dio vida.

Quepo con mis tesoros
en uno de esos pueblos moribundos
de tanto ser tan lindos.
Quiero vivir la muerte que me queda
en mi pueblo natal. Nacer de nuevo
y ser un niño viejo que camine
hablando en voz baja, precisando el día,
la hora, el instante de aquello, de todo
lo que es cuerpo y alma; ser esa alegría

de universal rocío que por modo
misterioso da Dios.

Quien quiera estar más cerca de sí mismo,
viva en ciudad pequeña
o mediana a lo más. Porque allí nada
se deforma: el volumen, la luz. Se late a tiempo
y el corazón se llena y se vacía
de acuerdo con la tarde o con la noche.

Si es provincia costera
y el mar nos dice: "escúchame", callarse
para saber lo que hay que hacer y entonces
ser un poco naval y un poco lejos,
desapartar profundidad de ruido
y en el sepulcro vivo de las perlas
guardar toda una historia que es entrañable olvido.

Si en el altiplano,
mirar lo que hacen las montañas. Una
noche de serenata consultar
los astros en los ojos y dar luego
camino a lo que han dicho las miradas,
llegar a casa y encender el fuego
a unas cuantas palabras...

Los que te visitamos,
novia provincia, clara amiga, hermanas,
sácanos a la luz, como a esas plantas
que están sólo en penumbra. Todo inútil
ha sido. Yo te digo
al oído, pues quiero que todos lo sepan,
que aquí te dejo el desdichado anillo
que rescaté en las aguas de mi tierra.

SONETO

Tocan los amarillos y lo verde
se mueve a sol viril. Todo ladea
con fulgurado ritmo y pajarea
la luz del tiempo que un azul recuerde.

Dos cielos. El de nubes gana y pierde
su gloria embanderada de azotea:
país de falsos ángeles que ondea
y en veleidades se deshace y pierde.

El gran lujo terrestre todo incendia,
vida que en mariposas se compendia
y al vacío señales distribuye.

Bajo el motor brillante deste día
la muerte fatigada se recluye
entre mis ojos muertos de alegría.

Tepoztlán, Morelos, septiembre de 1949.

*A propósito de una aguafuerte de Julio Ruelas.
Para Enrique Rodríguez Alday.*

...Y de las aguas la cuantiosa mano
estremeció el perímetro sonriente
por devorar la desnudez vehemente
de una perla afligida en el pantano.

Y toda la mujer clamó al anciano
cielo que se recluye en el poniente
y aire monstruoso galopó valiente
varón surgido de amoroso grano.

Con el paisaje asesinado muere
la odiosa mano y en el aire adquiere
la luz desigualdades prodigiosas

que escalonó la gloria del rescate.
Y el agua retorcida y negra late
bajo un clamor de nubes silenciosas.

Las Lomas, el 13 de noviembre de 1949

SONETO

Para José Manuel Ascanio, afectuosamente. En Villahermosa, Tab., a 10 de enero de 1950. Por un soneto que le sugirió el "Nacimiento" que "logré" en la casa del buen amigo Ángel Gil.

Gracias, querido Ascanio. El "Nacimiento"
es cada año mi mejor poema.
En el árbol anual la mejor yema
brilla y oculta mi desbordamiento.

Y voy de sentimiento en sentimiento
hecho cruces y en cruz que abraza y quema.
Si alguna vez estoy en el poema
es muriendo muy hondo el "Nacimiento".

Salgo a vivir en tan hermosos días
con la fuerza del Sol que en Villahermosa
vuela tras ignoradas alegrías.

Y así acampé mi corazón cruzado
bajo la ceiba libre y poderosa
que asume mi virtud y mi pecado.

SONETO

*A Carlos Rodríguez Alday,
regalándole con un dibujo del Dr. Atl.*

Este valle que ves, taller de fuego,
fábrica de volcanes, todo altura,
es hoy la gigantesca arquitectura
de lo que furia fue y es ya sosiego;

da a quien lo mira el prodigioso juego
de ser y de no estar. Monte o llanura,
la mano con mirada de escultura
le da a la luz tactilidad de ciego.

Quien así dibujó lo que te envío
es del Valle de México alhedrio,
mágica voluntad de su grandeza.

Su nombre en el deshielo milenario
es un clamor de la naturaleza,
sencillo, fraternal y planetario.

Las Lomas, el 8 de septiembre de 1950.

ANTONIO MAGDALENO

Este joven pintor en cuya mano
se da el color como se da la aurora
en la mano arboleda que atesora
frutas y luces de sabor cercano;

Saquea las vitrinas del verano
y se lleva la luz transformadora

que baja por sus dedos tan sonora
que al silencioso gris lo hace manzano.

Tocar con la mirada lo que pinta
es seguir el camino de una cinta
que conduce al color de una mirada.

Y entre su luz a paladar despierto
gozan de un paraíso pincelada
húmedos labios junto al ojo abierto.

Las Lomas, octubre de 1950.

LÍNEAS EN MOVIMIENTO

La mañana en la milpa rumorosa
tuerce el hilo de brisas con que ciñe
su talle al día porque el día aníe
su altura cenital, su luz frondosa.

Hilo largo él camino minuciosa
la hormiga y si un obstáculo la riñe,
su rapidez de agilidades tiñe
y prosigue su prosa misteriosa.

En su telar tramposa y como muerta,
la araña está. El aire es tan delgado
que miro sus dedos. Boquiahierta,

la charca de antenoche traga el dia
que como un pez se esconde en el nublado
que vuela con pesada lejanía.

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1951

SONETO

A Joaquin Bates Caparraso

Todo el cielo y el río y la grandeza
de estar a solas hecho cielo y río,
En las luces quemadas del estío
la sombra de los árboles empieza.

Palpé en mis manos frutos de destreza
para reconocer mi poderío.
Y al cuerpo deslizado del Gran Río
la jícara del sol fue su cabeza.

Ya entre el agua, formado de agua y cielo
tomé la forma del andante vaso
y levanté en los ojos vivo vuelo.

Día de río y cielo. Enorme dia,
víctima de una aurora y de un ocaso
en el estar ya siendo lejanía.

Balam-Kan, Tabasco (Río Usumacinta), agosto de 1951.

AL MAESTRO

A Enrique González Martínez en su octagésimo aniversario

Saqué del agua la profunda estrella.
Y mi pecho saltó, y el agua herida
se obscureció como niña escondida
y el dedo silencioso que la sella.

Y el agua sin su seno de doncella
secó los ojos que la luz olvida,

y la estrella en su noche desmedida
en las noches más íntimas descuella.

El agua sin la estrella cayó al pozo,
y ojo de prolongado calabozo
salvó en la sombra su ceguera clara.

Porque la estrella que saltó a tu pecho
dio a los cielos que llevas en la cara
profundo campo y elevado techo.

1951

HE OLVIDADO MI NOMBRE

He olvidado mi nombre.

Todo será posible menos llamarse Carlos.

¿Y dónde habrá quedado?

¿En manos de qué algo habrá quedado?

Estoy entre la noche desnudo como un baño
listo y que nadie usa por no ser el primero
en revolver el mármol de un agua tan estricta
que fuera uno a parar en estatua de aseo.

Al olvidar mi nombre siento comodidades
de lluvia en un paraje donde nunca ha llovido.

Una presencia lluvia con paisaje
y un profundo entonar el olvido.

¿Qué hará mi nombre,
en dónde habrá quedado?

Siento que un territorio parecido a Tabasco
me lleva entre sus ríos inaugurando bosques,
unos bosques tan jóvenes que da pena escucharlos
deleteando los nombres de los pájaros.

Son ríos que se bañan cuando lo anochecido
de todas las palabras siembra la confusión
y la desnudez del sueño está dormida
sobre los nombres íntimos de lo que fue una flor.

Y yo sin nombre y solo con mi cuerpo sin nombre
llamándole amarillo al azul y amarillo
a lo que nunca puede jamás ser amarillo;
feliz, desconocido de todos los colores.

¿A qué fruto sin árbol le habré dado mi nombre
con este olvido livido de tan feliz memoria?
En el Tabasco nuevo de un jaguar despertado
por los antiguos pájaros que enseñaron al día
a ponerse la voz igual que una sortija
de frente y de canto.

Jaguar que está en Tabasco y estrena desnudez
y se queda mirando los trajes de la selva,
con una gran penumbra de pereza y desdén.

Por nacer en Tabasco cubro de cercanías
húmedas y vitales el olvido a mi nombre
y otra vez terrenal y nuevo paraíso
mi cuerpo bien herido toda mi sangre corre.

Correr y ya sin nombre y estrenando hojarasca
de siglos.
Correr feliz, feliz de no reconocerse
al invadir las islas de un viaje arena y tibio.
He perdido mi nombre.
¿En qué jirón de bosque habrá quedado?

¿Qué corazón del río lo tendrá como un pez,
sano y salvo?

Me matarán de hambre la aurora y el crepúsculo.
Un pan caliente —el Sol— me dará al mediodía.
Yo era siete y setenta y ahora sólo uno,
uno que vale uno de cerca y lejanía.

El bien bañado río todo desnudo y fuerte,
sin nombre de colores ni de cantos,
Defendido del Sol con la hoja de toh.
Todo será posible menos llamarse Carlos.

Villahermosa, a 15 de mayo de 1952.

TRES SONETOS A FRIDA KAHLO

I

Si en tu vientre acampó la prodigiosa
rosa de los colores, si tus senos
alimentan la tierra con morenos
víveres de espesura luminosa;

si de tu anchura maternal la rosa
nocturna de los actos nochebuenos
sacó tu propia imagen con serenos
desastres en tu cara populosa;

si tus hijos nacieron con edades
que nadie puede abastecer de horas
porque hablan soledad de eternidades,

siempre estarás sobre la tierra viva,
siempre serás motín lleno de auroras,
la heroica flor de auroras sucesivas.

México, D. F., agosto de 1953.

Como quien tiene flores en la mano
y se queda mirando un pueblo entero
para entregarle el corazón, te quiero.
(No pude ser tu buen samaritano.)

Nada en nuestro dolor ha sido en vano;
que vengan los pinceles: el primero
teñido en sangre te dirá en jilguero
su lágrima ambulante por el llano.

Estás toda clavada de claveles.
Fuego a la sangre pegan los pinceles.
Un niño ensangrentado sube al cielo.

Yo acampo en un abismo de ternura,
seco de sed. Tu corazón, al vuelo,
dejó caer un poco de su altura.

Villahermosa, Tabasco, agosto de 1953

*A Frida, enviándole un anillo
adornado con el cero maya.*

Cero a la izquierda, nada. Yo te digo:
toma esta nada, pótela en un dedo.
Nada en un dedo llevarás sin miedo.
La nada poderosa del mendigo.

Te veo por la nada de un postigo
y eres la cifra que alcanzar no puedo.
Ante tu fuerza saludable quedo
igual a un árbol hueco y enemigo.

Cero sin fin a la derecha es tuyo.
Si pienso en ti —robándote—, destruyo
toda la cobardía que me llena.

Nada soy. Todo tú. Con nuestra vida
llena de soledad, yo soy la arena
y tú la raya horizontal sufrida.

Las Lomas, D. F., octubre de 1953.

Camino, vuelvo a ti; mira mis manos
inquietas. El silencio que prodigas
tiene la desnudez de las espigas
ante el sol o la lluvia más hermanos.

Juntos contemplaremos los lejanos
paisajes. En la ruta que prosigas
encontrarán mi sed y mis fatigas
el agua de tus ojos franciscanos.

Dora el sol las colinas. Dulcemente
el viento entre la milpa se engacela
y pronuncia un poema transparente.

Y yo que he vuelto a ti de la campaña,
contemplando la pródiga parcela,
retorno tristemente a mi cabaña...

Noviembre 28/53.

Yo ya no estoy para decir "te quiero"
y mucho menos que alguien me lo diga.

Mi corazón, que a todo se prodiga,
es nieto de la lluvia y de un jilguero.

Latió en la noche de un azul primero
y fue desde el lucero hasta la hormiga.
Ya todo lo que diga o que prosiga
lo vio la hormiga o lo escuchó el lucero.

Yo sé que algo me falta y que no puedo
morir sin conquistarlo, y no me excede
por adquirirlo. ¿Cuándo, y hasta cuándo?

Nadie me espera. Canto y nadie sabe
que lo que canto en todo el aire cabe...
... y sigo entre la tarde caminando.

Las Lomas, a 23 de febrero de 1954.

SONETO

*A un gran dibujante francés que me
regaló una de sus obras*

Roberto Block, con árboles camino
y voy hacia el paisaje de tu encuentro.
La luz es todo; periferia y centro.
La luz que dio a tus lápices camino.

Desde tu poderoso cristalino
vives universal afuera y dentro.
Todo sueño y mirada reconcentro
para no desnudar lo que adivino.

Todo el terrestre amor que a cielo llega
cuando la grama su humildad entrega
y sin más despilfarro que el rocío

nos dice a todo dar que de una nube,
lo mismo en el invierno que en estío,
el ojo baja y dibujando sube.

Las Lomas, septiembre de 1954

ESTROFA A ADAM MICKIEWICZ

Óyeme, camarada, estás herido;
por causa de esa herida nadie muere.
El que sepa tu nombre y se atrincheré
en tu nombre, dará muerte al olvido.

Llamo a tu corazón y es todo oído.
El cielo de la noche lo sugiere.
La historia de la luz en ti prefiere
tu oceanía de hombre desmedido.

Yo me quedo mirando tus heridas
y veo cómo brotan las cien vidas
que de cien muertes desnuda y sangrante

Polonia entre tus brazos y tus cielos
surge a la voluntad como un diamante
llevado por magníficos deshielos.

Las Lomas, 1955.

*Para el joven matemático Victor Neumann
enviándole el manuscrito de los
Esquemas para una oda tropical*

I

Si apuntalé con tiempo de madera
el cielo destos árboles; si el canto
que desnudé en lo hondo de su encanto
se oye bajo la luz de una palmera;

si en el camino de su enredadera
el día de la selva suda tanto
que con las humedades de su manto
baño su rencorosa primavera;

si sientes que aquí estoy como la hoja
diezmillonésima que se deshoja
del árbol de la vida que he vivido,

recógela y alísala, y abierto
el libro abandonado del olvido
viva con la ilusión de que no ha muerto.

II

Victor, te estoy diciendo y una honda
de la gran vida tropical afluye
como gota de sótano y construye
la secreta verdad ya en mí, redonda.

¡Cuánta espesura de estrellada fronda!
El tiempo en el espacio se diluye.
Nada está. Todo duele y todo huye
en una extraña y aparente ronda.

La gracia de los números, humilde,
lame a la eternidad como una tilde
y así estará mientras la vida viva.

Si la muerte está viva en nuestro pecho,
mañana morirá, toda despecho,
si somos toda Luz de AMOR activa.

III

¿Moriremos? No sé si moriremos.
Si moriremos sólo Dios lo sabe.
Cuerpo chico, y es tanto lo que cabe.
¡El día con la noche en los extremos!

Si es fuerza que acabemos con los remos
en las manos del agua, si la nave
ha de llegar, que no la menoscabe
la sombra soberana que veremos.

Hay que encender la hoguera antes que acabe
la poca luz que queda. Ya se sabe
que la hoguera es incendio y luminaria.

Quemarse es resurgir. Si un ángel llega
como una Primavera voluntaria,
para empezar a ver, estará ciega.

Lomas, 1955, Enero

RECUERDOS

I

Amanece en mis ojos
con la luz ya redonda.

Miro tu lecho vacío
y mi soledad se esponja
como una dalia encontrada muy lejos
y un poco en la sombra.

Digo tu nombre a las cuatro paredes
en que no puedo encerrar tu persona.
Y la columna armoniosa de tu desnudez
a la que yo amarro toda mi forma,
tiene de luz, tiene de color,
tiene el esplendor de una esbelta corona.

Amo tu cuerpo desnudo
como a una nube reflejada en el agua.
Muero y renazco estrechando tu cuerpo
rebosante de noche estrujada.
Tempestad en un vaso de sangre
que estremecen abrazos y besos. Tu espalda.

Por la enorme ventana del día
aviento mis ojos —puñado de pájaros—
y te guardo mis voces de ausencia
cantando este canto.

■

¿Me deja un momento
reclinarme en su hombro?

Me dijiste y por unos instantes
yo fui tu tesoro.

No volvimos a vernos.
La ausencia furiosa pobló mis contornos.
Yo estaba entre ríos y bosques.
Tú entre altas montañas de luces mirándolo todo.

Los días abrieron sus rosas
no obstante que al día caía el otoño.
Y otra vez al volver de una cena,
te besé silencioso.

Después de otros días
nos dimos frenéticos ya el uno al otro.

Y desde entonces, semanas y meses,
con tajos sangrantes de ausencia,
uno solo
y todo,
somos.

Pero hay una sombra sobre nuestra dicha
a pesar de todo.

Unas veces el llanto está a flote
y otras veces muy hondo, muy hondo.
Cuando nos encontramos,
ya la herida brillaba en el fondo.

Nuestro amor está un poco escondido
en un dulce rincón del otoño.
Pero hay algo más fuerte que el día
y así llenas de suspiros mi cuello y mi hombro.

III

Antes era Junio. Ahora es Septiembre.
Pienso en ti y mi amor es tan grande,
pienso en ti y el amor es tan fuerte
que la luz deslumbrante de Junio
es el jugo fratal de Septiembre.

Llueve el hondo pesar de la dicha
que ha llegado tal vez a deshora.

En tanto que afuera la lluvia nocturna
anticipa plenitudes a las rosas.

Y te adoro y tu ausencia me da
la certeza de un día sin vida.
Deslio tu nombre en mi nombre
y cierro los ojos a todo,
dejando en un lago de olvido la flor de tu isla.

Tepoztlán, Morelos, a 13 de julio de 1955

A. G. S. T.

CANTO DESTRUÍDO

¿En qué rayo de luz, amor ausente,
tu ausencia se posó? Toda en mis ojos
brilla la desnudez de tu presencia.
Dúos de soledad dicen mis manos
llenas de ácidos fríos
y desgarrados horizontes.
Veo el otoño lleno de esperanzas
como una atardecida primavera
en que una sola estrella
vive el cielo ambulante de la tarde.
Te llamo, amor, y nada estoy diciendo
para llamarla. Siento
que me duelen los ojos de no llorar. Y veo
que tu ausencia me encuentra con el cielo encendido
y una alegría triste de no usarla
como esos días en que nada ocurre
y está toda la casa
inútilmente iluminada.

En la destruida alcoba de tu ausencia
pisoteados crepúsculos reviven
sus harapos, morados de recuerdos.

En el alojamiento de tu ausencia
todo lo ocupo yo, clavando clavos
en las cuatro paredes de la ausencia.
Y este mundo cerrado
que se abre al interior de un bosque antiguo
ve marchitarse el tiempo
despolvorearse la luz y mira a todos lados
sin encontrar el punto de partida.

Aunque vengas mañana
en tu ausencia de hoy perdi algún reino.
Tu cuerpo es el país de las caricias,
en donde yo, viajero desolado
—todo el itinerario de mis besos—
paso el otuño para no morirme
sin conocer el valor de tu ausencia
como un diamante oculto en lo más triste.

FLORA SOLAR

A Tomás Díaz Bardell

En cada uno de mis poros, el Sol.
Cuando al salir del agua
la luz humedecida brilla sobre mi cuerpo,
con qué oído de luces siento llegar los pájatos
del ansia terrenal
que hay en la desnudez.

El lodo fulgurante de mis músculos
chorrea vida fluvial.
Yo soy el viejo río de juventud eterna
que aplaza diariamente su llegada al mar.

En cada uno de mis poros,
el Sol.

El Sol enorme de la primavera tropical,
marzo y abril;
huayacán y macuilis.

El huayacán se desnuda
y hoja por hoja de su desnudez,
audazmente florea sus amarillos juveniles,
todo un color hecho pueblo de horizontal amanecer.

El macuilis se desnuda
y hoja por hoja su desnudez,
es una sola rosa gigantesca,
la rosa pálida del trópico, de un niño enorme amanecer.

Y estos dos árboles desnudos,
el huayacán y el macuilis,
son las dos flores colosales
que por el campo se pasean sudando sol marzo y abril.

El Sol desnudo se echa al río
como un leopardo que calentó su sangre
al pie de la esbeltez de una palmera.
Y en la próxima curva de la historia del río,
buscó la orilla íntima que da la primavera.

El huayacán y el macuilis.
¿De qué país adolescente,
siguiendo el Sol, marzo y abril,
con sus colores festivales
—el Sol, el Sol— van a teñir
la boda silenciosa de las garzas,
llegaron al espejo donde van a morir?

Campea el Sol sobre Tabasco.
Sudan todos mis músculos —el Sol—, viven de fuego.

**La primavera en rosa y amarillo
surge —el Sol, el Sol— toda en mi pecho.**

Pradera de sulfuros
que hornea el pensamiento de la ceiba,
la joven de los siglos —el Sol—, el monumento
a las diez mil verdades vegetales,
novia del tiempo —el Sol—, hembra grandiosa
encantada a la orilla de lo que no se sabe...

Todo el cielo es el Sol. La Primavera
tiene un ojo amarillo y otro rosa.
Oigo un antiguo grito, que allá por mis arterias
con paisajes —el Sol, el Sol— implantaron sus horas.

Sobre unas ruinas de caoba
la pareja de iguanas consume su escultura.
Y en un rayo de Sol parpadean sus ojos
el pequeño relámpago de sus ausencias bruscas.
¿De quién es esta luz, este calor, este fuego cuerpo?
Bajó desde mi pecho a la orilla del río.
Suda el día en el mundo su libertad de fuego
—el Sol—,
marzo y abril de rosa y amarillo.

No preguntéis por flores; aquí se trata de árboles.
Los árboles son flores en escuadrón desnudo.
Yo estoy al día y suelto la voz al palmeral.
Palma palmera el Sol al Sol le da su rumbo.

Y la laguna que se baña sentada
y el río que se baña pasando
y el pozo del patio
convertido en telescopio del Sol,
y el agua hasta el pecho
y el baño que nada con su brazo de color

y el color que pide auxilio
porque se lo está llevando el Sol,
y el Sol que cumple sobre mi cuerpo
su antigua juventud universal
poblada de primaveras seculares
donde un lodo juvenil y patriareal
sonríe para siempre la fiesta de la Tierra,
—tú, la fecunda y la devoradora—,
dado al Sol en la sombra de una palabra eterna.

Dada la claridad, viva el misterio.

—Mis hermanos los ríos, mis hermanos los árboles,
los pájaros —el Sol—, mis hermanos los sueños
lo digan por la boca de los cántaros,
—el Sol—
lo digan por los niños de los cuentos,
lo salven de la soledad
—el Sol—, en que profunda vive.

Salvemos al misterio de ser siempre misterio.
Salvemos al hombre de ser solamente hombre.

Salvémonos de no ser sino la primavera siempre
y entremos de nuevo al río,
desnudos de agua,
inocentemente audaces,
hirvientes de Sol —el Sol— con la sangre tan ancha
que en ella quepan todas las aventuras
por la gracia y la gloria del hombre,
todo marzo y abril
—el Sol, el Sol—
huayacán y macuilis,
todo paz y amor —el Sol— el corazón.
Y en cada uno de mis poros el Sol.

Villahermosa, Tabasco, 2 de abril de 1956

LA BALADA DE LOS TRES SUSPIROS

Cuando la palabra ocaso
se presentó:
estábamos aún sentados a la mesa
y no éramos aún trece, ¡no!

Pero sí noté que en mi sangre
algo se despedía,
y dije tu nombre
como quien pide un poco de fruta
para que sólo yo me diera cuenta de mi vida.

Entonces irrumpieron los suspiros
como niños desobedientes
que regresan callados.

Uno traía ya roto el zafiro
robado a la ingenua fuente
en la que todo se calla por sabido.

Otro volvió desnudo,
le robaron la ropa una noche de luna,
sin que los ruiñones
opusieran resistencia,
y era tan bello que no pudo
librarse de una ancha mirada
del más severo de los árboles.

El otro había perdido
la creencia en sí mismo
y daba, nada a manos llenas.
¿Por qué se acercaron a mí
para pedirme..., qué?

Entre las flores desmayadas de la mesa,
una volvió en sí,
y se metió en mi pecho, del lado izquierdo,
en tanto que la ventana
con traje de luces
repitió la palabra ocaso
sin poder dar ya
un solo paso
más.

19 de julio de 1956

SONETO

*Al pintor Best Maugard, artista,
ahora más allá del arte*

Adolfo, si en tus ojos o en los míos
anda la luz buscándome, te ruego
que escondas en la sombra de tu fuego
las soledades de nuestros navíos.

En el mar de los ojos hay plantios
de peces luminosos que en el ciego
recinto vertical le ponen fuego
a cuanta sombra viene con sus bajos.

Tú que pintas miradas que no has visto
y ellas te ven, enciélate y rodea
de luces numerosas lo imprevisto.

Pinceles que a los ojos abren paso
te dan —sin que lo busques— una idea
del agua sostenida, sin el vaso...

SONETO

*A un amigo incomparable,
regalándole un reloj*

El tiempo que nos une y nos divide
—frutal nocturno y floreciente día—
hoy junto a ti, mañana lejanía,
devora lo que olvida y lo que pide.

Cuidar en él lo que al volar descuide
será internarse en su relojería;
y minuto a minuto y día a día,
sin quererlo, aunque poco, nos olvide.

Olvidados del tiempo, esos instantes,
serán de eternidad; los deslumbrantes
momentos del instante de lo eterno.

Junio en tus manos su belleza afina;
el otoño es su dócil subalterno.
Tiempo y eternidad tu alma combina.

SONETO

*Para Adolfo Best Maugard, después
de contemplar sus últimos cuadros*

¿Con qué mirada he de mirar lo visto
con tus ojos que ven lo no mirado?
¿En qué luz estaré, y qué teclado
he de tocar, seguro de que existo?

¡Qué mundo el de los ojos! Imprevisto
como la ordenación de lo creado.

La luz que alimonó festín brocado
surge descalzo día lleno de Jesucristo.

Pintar con ojos y mirar con manos
para ver de tocar los más lejanos
cielos del corazón. El Universo

es sólo un ojo immense; su mirada
se ahonda en lo ordenado y lo disperso.
Desde la luz se mira hacia la nada.

A RUFINO TAMAYO

El que ve, oye, toca, huele y gusta.
Dadme el color y el mundo os será dado.
Cuando Santa Lucía
llevó los ojos en las manos
amaneció en palomas tornasolada guía,
la luz se vio de canto
y se oyó en los rosales la opinión de aquel día.
Vive Santa Lucía
metida en ojos molídos a piano
y si la ventana algarabía
que la aurora enjauló ruisenforea,
es porque el gris al rosicler desea
tras el limón partido en pleno día.
Hay que ver desmayada a una sandía
para poner los ojos en blanco
y poéticamente no caer al barranco
de una muy indeseable compañía.
La atmósfera en antílopes viviendo
sus proyectos cristaliza
y si escribe con zeta una sonrisa
con sonante al pasar salió corriendo.

Traiga usted a los niños magenta
al verde cómodo del parque
y que la fuente marque
el alto al aire libre que ha perdido la cuenta.
En grandes gotas cuenta la granada
su claustral homicidio.
Con dulzura la envidia
cuando veo su sangre derramada.
Una vez la granada y la sandía
se dijeron tan fuerte
que por mi buena suerte
yo fui uno de los ojos de Santa Lucía.
Lucero en el frutero
me anochecí cantando pradería.
Arrime al gris la noche y déjeme amarillo
dormir. Todo turquesa mi párpado animal,
almohadilló penumbra y a la lija del grillo
quemó el cadmio invisible de un duó pasional.
En buena zoología
llegue usted a este bosque de rugidos
sabiendo el A B C de los olvidos
que hay en los ojos de Santa Lucía.
Ya empiezo a estar azul y a desnudarme
por el hambriento cero de un adarme.
Tengo la sangre azul de un arquínado
paisaje palacial medio incendiado.
Labios crepusculares
dicen que no, por pares.
A un par de labios la paloma vino
y les leyó la carta
y el silencio que aparta
deshojó su perfume paulatino.
El que sabe mirar lo que no mira
es como el que suspira
dentro de un ruiseñor y quieto vuela
de un trino a otro y astro que encarcela

cae por las laderas de la lira.
Si con las yemas de los dedos
pinto la claridad, no tocar nada
será la mejor música. La Nada
lleva en la mano todos sus enredos.
Lo que hay que ver, es todo.
Con los ojos cerrados
muy mirada a mi modo,
la vida me persigue con sus senos templados.
Estar en el color es estar vivo,
de todos los olvidos olvidado.
Inmóvil, fugitivo,
entre violetas escondí un morado.
Por Tamayo, pintor de la pintura
brindo al sol esta luz un poco oscura.
Y vista Santa Lucía,
ya no hay nada que ver
ni de noche ni de día,
...y se lo dice Carlos Pellicer.

Las Lomas, a 12 de septiembre de 1956

TODO DE NADA

Para dolores, el río
cuando atardece de largo
y pierde ese dulce amargo
crepúsculo en pleno río.

Para dolores del río
la luna con sus sauzales
tiene médicos florales
en los amores del río.

La Virgen de los Dolores
es la selva junto al río.
Su prodigioso extravío
sangra de todos colores.

Para el río de Dolores
la vida canta hacia el mar
y no parece pasar
sino entre nuevos rumores.

Mira a Dolores del Río
tan fina que el lápiz da
la atmósfera en que se va
bebiendo el viaje de un río.

Dolores del río aquí
son soledad de mis ojos;
dolores, aun en manojo,
dulces son si son así.

Vamos Dolores al río
para ver que si se va
nos deja lo que ya está
salvado de todo hastío.

Tu belleza y tu talento,
como quien no quiere nada,
tienen la noche estrellada
del agua para el sediento.

Para dolores el río.
Para el río los dolores
si ya no son sino flores
para Dolores del Río.

Las Lomas, 16 de octubre de 1956

SONETO

A Carlos Becerra y Ramos

El tiempo es sólo una necesidad. Mi vida
cabe dentro del día por vigilia y por sueño.
Cuántas veces lo grande cabe entre lo pequeño:
la flor que se recuerda en mis manos se olvida.

Alié pétalos últimos a espina endurecida
y de lo material que dio al jardín su dueño
doy al sueño lo grande que cantó en lo pequeño
la estrella, cielo y punto, de un seno nueva herida.

Necesidad de cupo son el sepulcro y cuna.
El tiempo es sólo una necesidad. Ninguna
medida se reduce a su diamante roto.

Yo sé por el espía que hay en mis ojos claros
que en la mirada sucia que da alimento al loto
la noche se acomoda para encender sus faros.

Villahermosa, Tabasco, a 5 de noviembre de 1956

Siete sonetos para Gabriela Mistral

A Palma Guillén

1

Gabriela, si hay dos muertes en tu vida,
tu muerte se ha poblado de luceros.
Copas de luz con vino de jilgueros
surgen del horizonte de tu herida.

Todo lo que recuerda y lo que olvida
mi memoria de ti, tiene floreros.
Salí a pulsar crepúsculos primeros
y te estoy escuchando entristecida.

Comunicado con tus tempestades
de pecho adentro, te oigo y me persuades
de tanto corazón y tanto duelo.

Algo falta en el mundo, y ya se sabe:
cerraron la ventana que da al cielo
y en su limosna mi riqueza cabe.

Las Lomas 21 de enero de 1957

II

Cualquiera de tus nombres: si es Lucila,
se piensa en una estrella con cipreses.
Perfil de atardecer, collar de meses
de todo un año luz que se deshila.

Cuando digo Gabriela, se perfila
la mañana más joven, los corteses
saludos entre lirios e intereses
divinos y la luz como una esquila.

Si Gabriela y Lucila dan un cielo
diferente, es igual su mismo anhelo:
nacen, anuncian, brillan y enlazados

se abrasan entre brasas de braseros
donde los días son aniquilados
por una alta presencia de luceros.

21 de enero

Gabriela, cuanto mar te traigo ahora:
 barcos de arena y sal y perlas vivas.
 Se ablandaron las rocas corrosivas
 que destruyeron negras a tu aurora.

Te he sentido morir hora por hora
 y me llené de manos pensativas.
 Tres tardes con ventanas exhaustivas
 se arrancaron la estrella precursora.

Y eso fue anochecer sin que se viera
 nada en la oscuridad. Una extranjera
 calma inundó los mármoles del sueño.

Y eso fue amanecer en el vacío
 donde todo lo grande es tan pequeño
 que el mar es como el ángelus de un río.

22 de enero

Tala y desolación. Pero palpita
 la tierra bajo el cielo degollado.
 En unos ojos verdes, el nublado;
 pero la sangre es fiel y es manuscrita.

El desierto que todo necesita
 lo tiene todo: agua y arbolado.
 El sol es un activo antepasado
 que silenciosamente nos visita.

Bueno, Gabriela, son tus propiedades.
 Y un pájaro en un mar de soledades
 canta por la garganta de algún viaje.

Yo te veo partir sin horizonte
y dibujo en las ramas de un paisaje
los azules lejanos de algún monte.

25 de enero

v

Tú me miraste siempre como a un niño,
yo fui Carlitos siempre en tu llamada.
Yo me quedaba viendo tu mirada
y entonces sí, de veras, yo era niño.

Me conociste aún barbilampiño,
y cuando de septiembre la granada
su sangre desgranó bien desgranada
tú me seguiste viendo como a un niño.

Gabriela, estoy tan triste que no creo
que te hayas muerto. Callo y burbujeo
como en esas lagunas de mi tierra

en que sin que se sepa por qué pasa,
un pequeño rumor que nos aterra
como a un niño la noche, nos traspasa.

25 de enero

vi

Dios y Señor que por boca de Cristo
hiciste realidad lo que era sueño.
Por descender de todo lo pequeño
te pido en grande lo que no conquistó.

Ante la muerte de tu sierva asistí
a un suceso tan claro y lugareño,

que es hermoso sentirse tan pequeño
como dentro de un ámbito imprevisto.

Ella tuvo en la cara la figura
de un buen atardecer desde una altura
donde el mar se domina. Cuando veas

el prado de sus ojos, yo te pido
que si como deseo lo deseas
los nomenclvides no le den olvido.

27 de enero

VII

Y ahora el corazón goza su pena.
Lo pediremos todo en voz muy baja.
Que cierren el jardín y la migaja
música del gorrión sea una azucena.

Han quedado unos pies sobre la arena
y se oye la caída de una paja.
Y el tiempo que sus árboles desgaja
tiene sobre los ojos la melena.

Mañana hay que bañarse y estar listo
para besar los pies a Jesu-Cristo
por si se detuviera en nuestra casa.

La pluma y el papel para un recalo
por si algo se me olvida. Lo que pasa
pasará sin pasar. Ya estoy callado.

27 de enero

OXTOTENPAN

Rodea el mediodía con su diluido acero
de luz, la devorada plenitud de la fecha.
El viento en las montañas acaudilla su flecha
y el pecho de la altura tiene el poder primero.

Ahondó el tiempo un abismo con circular esmero
y el miedo de caer al material acecha.
Es un ojo cuya apagada mecha
recibe las pedradas de un aprendiz de alero.

Un encinar ejército sobre la cima acampa.
Los árboles bordean la prodigiosa trampa
en que ocho segundos de piedra dan la hondura.

Y entre el gozo severo que da flores y espinas
la soledad distiende su alta musculatura
al pavor y la gloria con abismo y encinas.

Aliaca, Guerrero, octubre de 1957

COMO NUNCA

Estábamos al pie de una mañana
de mirada tan honda, de tan viva
superficie fluvial, que la saliva
era del tiempo que la flor emana.

¡Cómo decir de la estructura humana
que es la voz imperial de la incisiva
Naturaleza, una y colectiva,
que azul verdea en su quietud de iguana! . . .

Yo me metí en la luz tal como el sueño
se hunde en la sombra. Si pulsé el ensueño
toca hasta hoy el aire de mi oído.

Esa mañana ante el Usumacinta
la viví como nadie la ha vivido:
ni igual, ni semejante, ni distinta.

Recuerdos del Piedral, octubre de 1957

CUATRO SONEPOS PARA EL PINTOR ALBERTO GIRONELLA

I

Puesta al búho, la noche fue una estrella
y un viaje antiguo a sus desolaciones.
Enteraba el silencio sus cañones
y todo se miró sin dejar huella.

Ser la noche en un vuelo que descuelga,
caer sin desperdicio de talones,
entrar al corazón de los leones
como la noche en la primera estrella.

¿Entiendes por qué digo, Gironella
que el silencio enteraba sus cañones?
El origen también está en botella.

¿Destaparla es morir? Los corazones,
que se sirvan calientes. La doncella
debe morir cargada de ilusiones.

Un día el búho se miró de frente
y se enganchó en el pico de una idea.
Desierta y astronómica asamblea
dio a la mirada el cielo más candente.

Y aquí empezamos misteriosamente
a no salirnos de la chimenea.
¿Quemar?, cuánto haya qué: lo que jaspea
o lo que es de una vez, gris o fulgente.

Yo estaba en la paleta aquella hora
y vi que el amarillo sonreía
sin más azul que su olvidada aurora,

Negro y ocre dejaron en mis dedos
el vuelo solitario de aquel día
contado como un cuento entre viñedos.

III

Búho lleno de moho, lira rota
que suena mal sobre el mármol pulido,
te afinaré en la curva del olvido
hasta oírte cantarme gota a gota.

Para poder llamarte compatriota
le entregarás al sol tu necio ruido,
serás de las tinieblas fruto herido
y de la luz el seno que deseota.

En tu plumaje esconderé mi brasa
y así serás el cielo de mi casa.
¡Siempre la noche en luminosidades!

Sueño, te estoy pintando; sueño, pinta.
Que de la noche al día te traslades,
así al correr la sangre como tinta.

IV

Alberto, si a la luz de la pintura
en un rayo invisible te concretas
y tomas de sus luces las saetas
y la guerra en la noche de la altura;

si en tu alegría está la cuadratura
del círculo; si todas las ruletas
te dan el cisne con sus ondas quietas
y la guerra en la noche de la altura;

haz de la vida el haz de la belleza
que puedes empuñar y abrir la mano
como se suelta una paloma. Empieza

a saludar la Noche desde el Día.
Verás con qué verdad germina el grano.
¿En qué color está la poesía?
Hay voces en los dedos de tu mano.

Las Lomas, 13 de julio de 1958

CONFESIÓN

Yo, materia inflamable, codicioso de luz,
muevo en la sombra el fruto que no he sabido dar.
Si un día me tocara lo que espero
desde antes de nacer,
qué rocío de estrellas va a tener la mañana

y hará cambiar de sitio los árboles más viejos
y desnudar de nuevo
al tiempo.

Yo, materia inflamable con alusión a pájaro,
rodeo de esmeraldas mi centro de vacío
y busco entre las garzas que se van
la que regrese un día con el sol en el pico.
Si con lengua de fuego yo pudiera
destrozar las entrañas de la noche,
salir de la espiral del caracol
que babea la tumba del tiempo;
si con la estructura de la tempestad
yo me reconstruyera
y en lugar de sonrisa, con el fuego en los labios
yo me dijera a mí mismo
lo que nunca he querido decirme.
El quetzal está mudo de ser tan hermoso:
la belleza perfecta nada tiene que decir.

Yo, materia inflamable abandonada
cerca de un arpa,
en una sola muestra de miedo,
sin más rumor que el día que diariamente pasa
con su mentira
y su angustia escondida.

¡Cuánto tiempo en el centro de una nuez!
¡Cuánto tiempo ganado a lo perdido!
¿Cuánto tiempo roto sin restauración posible?
Morir viviendo de un momento a otro
con el arma en la mano para matar al antislope.
Repasso el monólogo con máscara y sin ella
en un teatro semidestruido por la ausencia.
Y continúo escuchándome:
"Yo, materia inflamable..."

¿Cuándo caerá la chispa que necesito para quemarme?
El tiempo,
como un bloque de hielo
tirita en silencio.
El horizonte hace gestos lejanos.
Nos seguimos yendo.
Nos seguimos descendo. Nos seguimos muriendo.

Las Lomas, 23 de agosto de 1959

A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

Señora:
como una primavera de puñales
míro tu corazón que parpadea
al pie del árbol sangre.

Tu soledad sin horizonte alcanza
la original potencia elemental,
y el pálido perfil que perece en tu manto
me seca la garganta con el llanto olvidado
en mitad del desierto.

Sin una lágrima, sin un sollozo, sin una sombra
tu rostro hecho de espinas y de clavos
me mira al pie de tus pies apagados.

Soy un poco de tierra amoratada
que azotó el huracán de caballos desnudos.
Soy un poco de nada puesto al servicio de la noche
para que se consuman los jaguares
de mis fuegos antiguos.
Soy lo que pudo ser un mediodía nublado
lleno de pájaros muertos.

Soy el eco de tu soledad, Señora,
Reina de reinas de las soledades.

Yo te acompañó en este no decir nada.
Yo te acompañó en esta sangre santa.
Yo te acompañó en este fruto quieto.
Yo te acompañó allá muy hondo
en tu virginal sabiduría.

El cielo tiene la hora de un reloj descompuesto.
Las piedras son como sílabas dispersas.
La soledad sin fin es como un cuello
lleno de collares estrangulados.

Yo no tengo en las manos nada,
ni siquiera tengo mis manos en las manos,
éstas, todas manzanas y peras,
esas pequeñas bestias del tacto.

Estamos solos en medio del mundo,
divinamente misterioso y terrible,
Reina de reinas de las soledades.
Yo soy el perro hambriento que agusanó la noche,
huérfano y prodigioso, todo nadie y estrellas,
seco de sed y harapo oculto de ladridos
en el hueco de algo que no sabré decirte
si está en mí, en los demás o en algo
que si existe no existe sino en tus ojos vírgenes.

Tabasco es un ancho río
con ganas de trabajar,
Desde la sierra hasta el mar
todo tabasqueño mío
trabaja y sabe cantar.

Se cumplen nuestros deseos
de que Tabasco sea grande
porque lo quiere y lo mande
Adolfo López Mateos.

Nunca tuvo un presidente
México tan generoso:
Todo un continente en gozo
le brilla sobre la frente.

También en el corazón
de Adolfo López Mateos
mira los grandes deseos
de realizar su ilusión
sin ambición de trofeos.

El que a Tabasco se arrima
y entre tanta agua se ve,
no sabe —porque lo sé—
dulce de naranja y lima
lo que es aquí la mujer.

Yo también así lo creo
cuando de noche la franja
de luna en el río veo,
señora López Mateos
Ud. es de lima y naranja,

1959?

UNAS LÍNEAS PARA DANIEL ROBLES, POETA

Si tu nombre rodeado de leones
en la cárcel de roble de tu cuerpo
fuera un día al encuentro de la noche,

daria nuevo nombre a las estrellas
y se enarbolaría
como señal de amor entre palomas nuevas.

Se ve que hay en tu aurora
una ansiedad de estrellas
entre un diálogo de águila y paloma.

En la hondonada de tus ansiedades
las piedras juveniles gotean el rocío
que compone en silvestres soledades
una leyenda de árboles perdidos.

Todo el caudal que viaja por tu pecho,
sube contra corriente a los parajes
donde un cielo está cerca de otro cielo.

Daniel, si entre los robles destos días
crece el árbol del pan, danos a todos,
vendrá un día la noche, y como el día,
cantará el corazón con nuevos modos.

Tú tienes la esperanza y la alegría.

Villahermosa, Tab., a 26 de julio de 1959

TRES NOTAS PARA UN RETRATO DE ALFONSO REYES

I

La palabra a la mano y en la mano
toda la flor de la sabiduría.

Era un bosque y hablaba como el día;
noche de lucidez tuvo su arcano.

Fue como un príncipe republicano;
un diamante de toda garantía.
Un diamante engarzado en la alegría
de tener siempre cerca lo lejano.

Si de la Poesía los confines
alcanzó, los antiguos paladines
le vieron junto al mar armando el viaje

que entre sirenas y constelaciones
colocó, a la manera de un paisaje
lleno de misteriosas relaciones.

II

En el espacio de una perla, cabe:
es todo el mar y sólo es una gota.
Escribe con ternura de gaviota
poniéndole la sal a su jarabe.

Hay un rincón en el que todo cabe:
el arpa abandonada y lo que brota
de tanta soledad. De odio, ni iota.
Nada que la armonía menoscabe.

Si con los ojos la palabra hechiza
y sonrie al mirar, su voz maciza
de pájaro barítono clarea.

¡Ay, Alfonso, qué hermoso haber estado
contigo tantas veces! Lisonjea
toda una vida haberte siempre amado.

Si sacar las palomas del sombrero
 aun cuando en el sombrero no hay palomas...
 Esto fue así ¿no es cierto? Las palomas
 a veces fueron águilas primero.

Toda Tenoxtitlán y todo Homero
 y diagonales límpidas de aromas.
 Y las Grecias, las Francias y las Romanas
 le dieron de sus luces el lucero.

Si Cóngora y el Cid —alma y diadema—
 diéronle conjunción y no dilema;
 si habitar el idioma fue su silla

y comprender, el drama de su juego,
 Alfonso Reyes, hombre y maravilla
 tuvo del sol la luz y el amor ciego.

Las Lomas, junio 4 y 5 de 1960

SONETO

*A Raúl Carrasquel y Valverde, por
 una perla que me regaló, aquí en
 Caracas, 1960*

Perla de viva voz, pequeña cosa
 que tiene tanto de ilusión cumplida;
 acústico silencio de escondida
 felicidad en que la luz reposa.

La oscuridad cuyo escondite endiosa
 una perla en sus noches adquirida,

secretamente concretó la vida,
y a ciegas fue sencilla y prodigiosa.

Raúl, si al devorarme a todas horas
lúcido mar de impenetrables horas
me encamino a la perla de un instante

que luminosamente me dejara,
la perla, convertida en un diamante
tendrá en la sombra su virtud más clara.

NOTAS PARA UN CANTO A RÍO DE JANEIRO

Esta ciudad, geológica sirena,
—una cuestión de perlas y diamantes—
es la puerta del mundo.
Estar con ella es estrenar la vida
—un salón en el mar tendiendo a bosque—
y un deslumbrante riesgo de alegría.
El paisaje es tan joven que a cada mañana
echa la casa por la ventana
para construir el porvenir. El día
se desnuda en la calle y en su pecho y sus piernas
la vida empuja el émbolo de la hermosa energía.
Nunca el mar ha sentido la tierra tan esbelta
como aquí. Nunca el día
ha regalado tanto su cuerpo y su paseo
como aquí. Nunca la noche
ha encendido su sombra tan decididamente
como aquí. Nunca el deseo
de estar en todas partes como en una granada
cuya sangre geométrica se encierra dulcemente
como aquí.

Yo me quité los ojos para mirar mejor
porque yo sé que en ella está
lo que amo más, lo que me gusta más:
la tierra y el día, la noche y el mar.
Ciudad que corrobora la existencia de la vida
mágicamente animal.
En el iris de tu mirada
te dejo mi vida
como una buena jugada.
Tus 24 horas
son como un relato dejado en una mesa
y a fuego en el principio de la forma.

Y es que la forma de tu modo
tiene la parte y el todo.

Una tarde con tranvía,
tus colinas llenas de itinerarios
me llenaron el pecho de palomas
y los ojos de pavo reales.

Subí ya con el día cejijunto
—a los pies de la Estatua
en cuyo rostro la eternidad se complace
como el pez en el agua.

Seguro que así vieron a Nuestro Señor
hace dos mil años,
—aun los espíritus más huraoños
y el lago con su espejo y su rumor.
El lago con su espejo
se lo quedaba viendo
cuando en la red de sus palabras
el Amor de amores sufriendo
caía entre las alas
llenas de luz y de esplendores ciegos.

Yo recogí mi diáfana limosna
y me quedé prendado de un lucero.
Prendado por prendido,
divinamente herido,
pulsé la noche así toda laúd
y escuché que mi antigua juventud
se negó a pronunciar la palabra de olvido

Y tú, ciudad mía, te fuiste haciendo día
en medio de la noche levantada,
y fue en el iris de tu mirada
que yo tomé la gota de la eterna alegría.
Lágrima poderosa
para toda una noche y todo un día:
la vida así, como una eterna rosa.

México, marzo de 1961

DOS ESTUDIOS DE JARDINERÍA

(Huésped de Carlos Chávez en Acapulco
16 y 17 de abril de 1961)

I

En el área de un sueño
el jardín aletea perfumes.
Su tiempo invisible la noche decanta.
Nada está ni detrás ni delante.
Uno es todo y abierto a perfumes que hablan
a puerta cerrada.
El amor está oculto en aromas
que recuerdan, recuerdan, recuerdan.

Una torre con equis y zeta
desnudos
mirando la noche dorada de lágrimas.

El futuro se ciega de luces,
Todo un mundo naval sus acordes golpea.
Y esta noche de esbeltas fragancias
y este aroma que sube hasta el cielo de un día
y este lirio tan lleno de llagas
que es mío
y este trueno en silencio que rompe los mares del pecho
y esta inútil oferta de hermosas materias
y la atmósfera
de altísimos pájaros cóndores trámites
y el pequeño tumulto de un día
lisiado por sueños atlantes
y la sana propuesta
corazón que en las manos llevaba
recibido a puñales tan negros
que la noche volvió las espaldas
diciendo "no estoy en el juego"
y toda una vida transida de ritmo
y enormes ventanas-paisaje
y el agua en un clima de fuego
y el aire en la cima de un sueño
y la tierra en la nube de un día
y el fuego que a voces de fuego los cuerpos asalta
respondiendo a este coro de aromas
que en este jardín aprovecha mi sombra
para ir como sombra de humo
para oír los acordes navalcs
de un mar.
a mí pie.

Un jardín entre rocas
y un palmo de selva entre palmas y helechos.
Rítmicas pausas de escalinatas mueven a rocas entre los
{ árboles
teclas hundidas, largos pedales
que se levantan junto a amarillos y verdes negros
vibrando al soplo de una palabra
que se entintó
a la caída de cualquier hoja fuera de elenco.

En monolíticos volúmenes
las rocas plantan su tiempo en cantes rodados,
cantes que ruedan siglos como hormigueros
cuya tarea recoge el día sobrado de ansias
en el espejo de los cristales con que el granito
se justifica.
Jardín al hombre, jardín al canto, jardín al vuelo.
La forma del sonido
puede estar en mis ojos, puede estar en mis manos, puede
[estar en mi lengua.

La forma del sonido que se canjea por una imagen.
Las piedras truncan cualquier ascenso fuera de escala.
Río de formas suena en las piedras.
Por cada piedra, cada momento, cada lucero,
cada propósito.
Una agua niña desnuda sombras con ojo al sueño.
El agua dice lo que no digo
con pequeñas palabras de oscuridad.
Coce desnudo que se desnuda todo a la estatua.
Una hoja cae.
Hoja por hoja la vida cae.
Un paso angosto,
y una asamblea de árboles jóvenes.
Son los laureles que glorifican el horizonte.
Por encima del mar, laureles nuevos,

por encima del mar,
Larga, muy larga la raya está.
Un jardín que da al mar
por encima del mar.

Acapulco 16 de abril de 1961

HIMNO DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL

CORO:

Todo un cielo de ciencia en mis manos
a mi hermano del pueblo daré.
Dame, Patria, la luz de tu sol
y la luz de tu sol yo seré.

ESTROFAS

Como el fuego de un horno gigante
quemará mi pasión de servir.
Quiero ser una torre de fuego
y la noche egoísta abolir.

En las alas del aire mi esfuerzo
lleven sólo el placer y la paz
y que el aire de ti, Patria mía,
me dé a todas horas la dicha de amar.

A la tierra mi frente transforme
para unir, para dar, para ser
la alegría de todos los hombres
y la flor de un sagrado valer.

Que en mis manos el agua obedezca,
la beban los campos, la impulse el matar

o mi cuerpo entre espejos vivientes
con pecho valiente la cruce veloz.

Máquinas, libros, talleres,
laboratorios de buena voluntad,
domadores de los elementos
por el amor y por la paz.

México, D. F., junio 20 de 1961

SONETO DEDICADO A LAURA CORNEJO DE MARTÍNEZ NEGRETE

Laura, si los laureles de la vida
arden como papel; si en cualquier rosa
el papelito de la mariposa
cayó impalpable y es al fin herida;

Si a cada anochecer está encendida
la luz y así miramos cada cosa
aún en su lugar; si tan vidriosa
la esperanza nocturna está servida;

Si la vida es tan tenue; si en el río
nada está y todo es, en qué momento
puedo gritar que todo y nada es mío;

Que tengo el imperial adiestramiento
para llorar mi necio poderío
y la distancia que recorre el viento.

Las Lomas, Navidad de 1961

AL POETA ABIGAIL BOHORQUES

Joven, toma de ti la poesía
y jura —en vano— que el amor no existe.
Lo que amorosamente no dijiste
alimenta a los pájaros del día.

Cuando la realidad es fantasía
(La noche en un salón estaba triste...)
es porque al fin, de todo lo que fuiste
se coronó de espinas tu alegría.

Tú ya empiezas a ser para el abismo.
Libralo como el viento que ladea
con su anchura delgada su espejismo.

Todo lo que te une y te rodea
es como el mar que sale de ti mismo
y a pesar de la sal su dicha ondea.

San Francisco de Campeche, a 17 de febrero de 1962.

DOS SONETOS A JUAN JOSÉ ARREOLA

con un ejemplar del *Material Poético*

1

Esto que pudo ser y es casi nada
y aquí ves en montón y ya en tus manos
—la noche con suburbio de gusanos—,
es voluntad por ti dilapidada.

Cumplida está la cita apalabrada.
—¡Ay la palabra con mundos livianos!—
Tú sabes cómo brillan los pantanos
cuando la soledad está habitada.

Me queda el corazón lleno de fuego.
Sé que habrá más ceniza y más apego
al heroísmo de vivir, Dios sabe

lo que yo sólo sé. Y aquí te dejo
al pie de tanta letra. En lo que cabe,
estoy ya ni más joven ni más viejo.

II

Tú, que dices las cosas desde el vaso
donde se bebe el día entre diamantes:
las islas son para vivir errantes
llenos de desnudez y paso a paso.

Las manos siempre pones sobre raso
y allí están las palabras fabricantes:
unas que no se ven, otras atlantes.
Pululan las que dejas al acaso.

Es hombre de palabra el que a tu lado
invisible y gentil, con grandes alas
tu sombra guía con amor cuidado.

Estoy atento a lo que tú señalias.
Puede estar el jardín sin ser tocado
si en un instante la Belleza instalas.

Las Lomas, 9 de mayo de 1962

PARA LA SEÑORA LOLITA RABELO DE ROSADO

Abril, aquí en Tabasco, mi señora,
en rosa y amarillo se festeja.
Con calor y color la vida deja
su belleza inmortal en cada hora.

Con macuilis y guayacán se enflora
territorial el día que se aleja,
y en rosa y amarillo se despeja
la incógnita floral de nuestra flora.

Usted y su marido y el retoño
nada tienen que hacer con el otoño;
a larga primavera están unidos.

El macuilis le da su inmensa rosa,
el guayacán sus cantos encendidos
y yo esta voz, que es tan pequeña cosa.

Villahermosa, Tabasco, 5 de abril de 1963

DOS PEQUEÑOS CANTOS

Para H. C.

1

Del color de tus ojos
es esta hoja.

El color de tus ojos
está en mi sombra
como un poco de luces
en una alcoba.

Uña noche en tus ojos
yo fui una lágrima
que se volvió rocío,
canto y palabra.
Esa noche en mis ojos
yo te miraba.

Me duele el corazón
con tanta vida,
que un bosque de silencio
—fruto del día—
suelta todos sus pájaros
como quien vuelca un cántaro
sobre una lira.

Mis ojos en tus ojos
viven por todo.

π

Marzo se va mañana,
pero se queda.
Cuando dejé en tu boca
mi vida entera,
marzo nos florecía
y apenas era.

Marzo ya está en tu vida
como en mi sangre.
Es un joven desnudo
que al viento sale
y se quema en mis ojos
como un diamante.

Marzo está con nosotros
y así estará

mientras mi vida tenga
lo que tú das.

1963

EL SAN JUANITO DE INGRES

A Guillermo Fernández

I

Es el jordán adolescente. Viva
la tristeza inclinada está en el cuello.
El mediodía muere en el destello
que hay en sus ojos de verdad activa.

Se ve en su nueva desnudez la esquiva
languidez con que un lirio es el más bello.
Y hay en la flor de su figura aquello
que nos deja la mano pensativa.

Su cuerpo es un topacio traslucido
al fulgor la profética hermosura.
Si de tanto mirarlo estoy herido

es porque el agua del bautismo dura:
gota entre el recuerdo y el olvido
y nos salva en el vuelo de su altura.

II

Hay en la desnudez de su tristeza
la dicha familiar de haber servido:
la Luz de la Paloma en ti ha hecho nido;
te fortalecerá con su grandeza.

En tu cuerpo amanece la belleza,
en tus ojos el agua no hace ruido.
Todo a tu alrededor tiene el sentido
del aire solitario de una pieza.

Tu reposo infantil anuncia el rayo
de tempestad adulta. Cielo y mayo
dan a tus ojos la pausa florida.

La noche en el desierto va a escucharte
y la muerte de ti toma la vida
para cuidar tu cuerpo, parte a parte.

1º de julio de 1963

III

Vamos por la pintura y el dibujo
a hablar con el silencio. Yo le digo
que me dé las palabras de un amigo
y estaré modelado por su influjo.

A tanta luz la soledad condujo
que de la noche no quedó postigo
sin invasión de estrellas. Soy testigo
de que puedo callar sin ser cartujo,

Así por el dibujo y la pintura
la desnudez de tu ejemplar figura
acampa a la intemperie de mi asombro.

Y en claridad a cuanto estoy diciendo,
con el diminutivo que te nombro
humildemente mi emoción refrendo.

Tepoztlán, Morelos, el 1º de julio de 1963

SONETO

Escrito para un libro del
famoso novelista Agustín Yáñez

Puede al filo del agua, con su prosa
saciar su sed de luz. Tantos cristales
tienen sus primaveras otoñales
en la profunda edad de cada cosa.

Este hombre en el papel, maravillosa
hace vivir la letra. Sus caudales
se empobrecen en dar. Bienes y males
levantan su estatura poderosa.

Si aquí por cada mes la mano pule
lo que se da mejor y confabule
jardinerías con negros amagos,

es porque el corazón que aquí se viente,
vive, como las tardes de los lagos,
su heroica condición de vida y muerte.

Las Lomas, 24 de enero de 1964

RECUERDO Y PRESENCIA DE AMALIA CASTILLO LEDÓN

No es que fuera la luz, que la luz era.
Es que, cuando la noche se encendía
toda la voz que en el silencio había
llenaba la montaña y la pradera.

Y si la voz de su mirada, afuera,
a toda noche nos amanecía,
al interior de nubes de alegría
se organizaba toda primavera.

Decíamos, decímos, lo decímos:
está su sol tan lleno de racimos,
todo lo que es azul sus ojos tienen.

Y hay en su nombre tanta lluvia fina,
que todas las estrellas sobrevienen
como en una materia cristalina.

Las Lomas, el 6 de febrero de 1964.

ESTO QUE AQUÍ TE DIGO

Esto que aquí te digo, no lo digo
sólo por no decirlo sin besarte.
Una palabra más y todo el arte
de no decir con las palabras sigo.

La noche es como el sueño de un mendigo.
Tu nombre por el cielo se reparte,
Tengo la soledad para encontrarte
y saber que mi sueño está contigo.

Esto que aquí te digo, nadie sabe
que en todo el día de mi vida cabe
y desborda a la noche, y es la hora
que se persigue igual y es siempre mía
porque es tuya la luz con que se enflora
esto que no te digo y te diría.

1964

ESTRELLAS SOBRE EL MONTE

Cuando mi corazón no tuvo cielo
para poner la luz, nuestra mirada
tocó la luz de sombras olvidada
y a pájaros de luz movió su vuelo.

En la sombra del pie, fuga del suelo,
ví la firmeza de nuestra pisada.
Mi sombra, por tu vida iluminada,
brilla como el pasar de un arroyuelo.

He llorado por ti con tanta vida
que en la estrella del llanto está la herida
que me deja vivir. La luz fecunda
de tu amor nos enciende. El horizonte
acerca lejanía tan profunda
que somos las estrellas sobre el monte.

1964

SONETO

A Elvira Gascón

Hablar a toda línea, en todo instante
la línea que en tus manos se fabrica.
Humo de sencillez claro complica
tu línea, prodigioso navegante.

Línea que a toda flor es semejante,
contorno floreciente, comunica
su leve hilo que se multiplica
sin que nada lo impida o lo quebrante.

Para alinear una palabra puede
medir el ritmo que a su flor concede
con la mano más fácil y sonora.

Sólo con la mirada de tu mano
puede la línea ser y estar, señora
de un aéreo lineal tibio y humano.

Las Lomas, 27 de julio de 1964

PARA EL XOCHIPILLI DEL PINTOR CORREA ZAPATA

Cielo de mariposas en su mano;
toda la desnudez de la Belleza.
El campo horizontal y la riqueza
invisible del aire sobre el llano.

En todo está lo tibio y lo temprano.
Todo es flor en la luz. La vida empieza
su vuelo en cuerpo y alma. La proeza
de ser la flor al vuelo está en la mano.

Si el pensamiento enjoyan los horarios
primaverales como relicarios
que guardan el instante de un destino,

las consecuencias en que se desata,
flor y canto a la noche prende y ata
y pájaros y estrellas da al camino.

Las Lomas, 12 de agosto de 1964

A Claudia Correa en sus once años

La niña que sabe danzar,
es como flor al aire
y a la orilla del mar.

Cuando esta niña baila
se mira el mundo así:
un reflejo de luz,
la flor y el colibrí.

Qué linda es esta niña
con cabellos de luz.

Y en su mirada
de cielo azul,
hay florecitas
que dan salud.

Va a bailar una niña,
lo dice el día
desde los lirios.
Cuando la niña baila,
los gorriones descienden,
pican sus trinos.

Porque la niña sabe danzar,
es como flor al aire
y a la orilla del mar.

Las Lomas, 14 de agosto de 1964

MARÍA ICAZA DE DÁVILA

A thing of beauty is a joy for ever.
KEATS

Es en la flor de la memoria el canto.
Era lo natural de la Belleza.
En el azul de la naturaleza
Era la flor nacida de su manto.

Era como una tarde sin quebranto.
Y así como en la tarde la belleza
es el azul de la naturaleza,
era su rostro azul, florido encanto.

No sé cómo decir de su sonrisa:
Si era la flor tocada por la brisa
o una mirada entre sus labios puesta.

La veo entre las flores y le digo:
María, eres enflorada fiesta,
la más bella verdad está contigo.

Tepoztlán, Morelos, 27 de septiembre de 1964

TODA, AMÉRICA NUESTRA

Medio cielo y dos mares y agua buena.
Tierra altísima y baja. Sol de soles.
El hombre cóndor y sus arreholes.
El hombre azul y la noche serena.

La Historia en el diamante y en la arena.
Silencioso rumor de caracoles.
Tiempo y eternidad en sus crisoles
de antigua juventud hacen cadena.

Los tres reinos devoran despilfarro.
La mano modeló candente barro
y en toda destrucción la geometría

dejó sus huellas. Tierno está el olvido.
Campanario a pirámide se alia
y se espera en la Luz nuevo sentido.

Tepoztlán, Morelos, junio de 1965

ODA CÍVICA

En la inauguración del monumento a
Benito Juárez en la República de Guatemala

Canto este viejo tronco de la montaña azteca
poblada ancestralmente de genios y vestigios;
y el torbellino alado de su hojarasca seca,
que levanta en los aires su columna de siglos.

Canto este viejo tronco de heroicas cicatrices,
erguido entre el tumulto de las banderas rojas;
canto al sudor de sangre que baña sus raíces
y el viento de cien años que pasa por sus hojas...

Y fue en la medianoche de América. Y el coro
de todos nuestros héroes se reunió en un puño.
Imperativamente sonó un clarín de oro;
y otro héroe, en cuyas sienes el Sol grabó su cuño,
llegó, con tal reposo por largo derrotero
como si en cada paso midiese un siglo entero.

En ese coro estaba Bolívar el primero,
enarbolando el iris de su bandera. Un día

saltó a la peña que abre, como si fuese un brazo,
del crespo Tequendama la majestad bravía;
y recogió del fondo del agua aquel chispazo
de que hizo la bandera que luego, en su osadía,
clavó en las irisadas nieves del Chimborazo.

Y el dios recibió en júbilo al héroe que venía.
Traía él las sienes opresas entre abrojos,
el rayo, el tibio rayo de la melancolía
en las alucinantes cavernas de sus ojos,
y la fatiga eterna del heroísmo vano
en las desnudas plantas, que, por la selva umbría,
supieron de la piedra, la zarza y el pantano
y entraron en la gloria sangrando todavía...

¿Quién era aquel trasunto de la vetusta raza
digno de que, en la pompa de un medallón guerrero,
pusiérase en su diestra la abrumadora maza
y en su siniestra el disco de un gran broquel de cuero?
Él era como un tronco que tuviese conciencia
en una florescencia de heroicos desengaños:
era la copa viva que recogió la esencia
filtrada por los indios en novecientos años.

Él entonó los himnos con que cantaba al Sol
la imperativa musa de Netzahualcoyotl;
él recogió las flechas finas como miradas
que dejó en diez mil troncos Quentlatohuatl clavadas;
él aprendió la frase sin protesta ni ruego
con que Cuauhtémoc puso las plantas en el fuego;
y él soñó en una Patria que fuese como una
Zochipapalot, hecha de Sol y algo de Luna...

Se le obstinó la suerte como un corcel salvaje
que se encabrita al borde del antro; y sin rendaje,
sin espuelas, cogido de la gran crin sonora,

jinete de los siglos, está corriendo ahora...
Y el ritmo de los cascos de ese galope arranca
chispas para sus ojos, flores para su frente:
clavó la última flecha de la estirpe, en el anca;
y, así, partió hacia el viejo nopal de la serpiente.
Después del día en que hizo girar sobre su gonce
las puertas de la gloria, volvió a las soledades;
y, eternamente encima de su corcel de bronce,
aún corre por las selvas atravesando edades...

Juárez: no has concluido; Juárez: corre a lo largo
de este mar de Balboa no vanamente amargo...
Ya ves tú cómo el Istmo de Morazán te aclama:
retumbos de volcanes son trompas de tu fama.
Corre, corre, atraviesa todo mi Continente:
Poeta del Sur, hago que mi alabanza vibre
para invitarte al éxodo hacia mi patria ausente.
¡Oh el Caballero Andante de la Conciencia Libre!
El día en que el Estrecho llegue a escuchar tus broncas,
todos seremos fuertes, todos seremos grandes;
y, cual soñó Bolívar, han de formar ya entonces...
la misma cordillera los pueblos que los Andes...

[1966?]

EN ESTA SOLEDAD

En esta soledad de oro molido
llega la noche transitando sola,
y el mar, sin una estrella ni una ola,
me encuentra sin color y sin sonido.

Busco mi corazón y es sólo un nido
de luciérnagas. Algo de corola,
deshojada, en mi mano. Y esta sola
delicia al tacto, me desborda, herido.

Enciendo así el motor, y las bujías
no me abandonarán en cualquier parte.
El camino es eterno y siento mías

todas las soledades. No estoy solo,
por consiguiente. Pienso aquí sembrarte
campo de libertad, de polo a polo.

Villahermosa, 20 de abril de 1966

UN MONÓLOGO

A. H. G.

Dentro de un rato —pienso—,
me llamarás por teléfono.
Y empiezo a darme cuenta de todo,
a despifarrar el silencio,
a mí que me gusta tanto hablar a solas
como la arena en el silencio.
No puedo hacer nada sin pensar en ti.
Me parecen inaceptables el espacio y el tiempo.
Anduve siempre con el corazón en la mano
y una vez —unos días— lo pusiste sobre tu pecho.
De tí para mí no queda ya sino muy poco:
si no fuera por el teléfono...
Yo, en cambio, estoy plantado en una fecha
sin hacer caso del tiempo.
El día es hermoso porque pienso en tí a todas horas.
Tú estás en mi corazón
como la realidad en el sueño.
Yo quisiera decir tu nombre en voz alta,
pero ahora no ballo el momento.
(Si, hay un momento en todo instante, que es tuyo
como la tierra es del cielo.)

Las Lomas, mayo 21 de 1967

TEXTO PARA EL HIMNO DE LA ESCUELA NACIONAL
PREPARATORIA, EN SU PRIMER CENTENARIO,
SOLICITADO POR EL DIRECTOR DE LAS
PREPARATORIAS OFICIALES

El amor sea el motor de nuestra alma.
Orden sea el camino mejor.
El progreso es trabajo con honra.
Destruyamos envidia y rencor.

Juventud contra toda injusticia
es profunda alegría social.
La mayor alegría consiste
en la flor generosa de dar.

El estudio es amor a la vida.
Somos plantas de fruto solar.
Que no sea el ingenio homicida;
que la ciencia sea vuelo de paz.

Si a belleza y verdad entregamos
heroismos de claro vivir,
la nación será fuerte y hermosa
y jamás cesará de existir.

La desnuda verdad de ser joven
dure siempre con fuerza y salud.
Respetemos la vida y sus dones.
¡Juventud! ¡Juventud! ¡Juventud!

El amor sea el motor de nuestra alma.
Orden sea el camino mejor.
El progreso es trabajo con honra.
Destruyamos envidia y rencor.

Las Lomas, a 3 de diciembre de 1967

ARQUELES VELA

Arqueles, vela. Vela su soledad,
frente de poderosas energías;
frente de batalla.
La soledad no está sola,
junto a ella estamos siempre los poetas.

Son las seis de la tarde
y la lluvia chorrea en mi ventana.

El acto de pensar se vuelve canto
y nuestra vida al borde de la noche
comienza a despertar.

No hay que volver a nada.
Ya casi hemos llegado a nube firme.
La tierra está quedando abajo:
los móviles son otros, diferente
el arreglo atmosférico.
Por comenzar a individualizarnos
hemos dado la vida.
Individuo plural de aguas tan fértils
que establece la vida
aun en las piedras más abandonadas.

Lindero de la tarde
con lluvia de septiembre.

México, D. F., Lomas de Chapultepec, septiembre de 1968

HO-CHI-MIN

Ho-Chi-Min ha salido de su cuerpo
para quedarse en las trincheras de nuestro corazón.

Seguirá enriqueciendo nuestra sangre
y por eso veremos en los árboles
la plenitud del Sol.

Tenía muchos años pero era tan joven
como la mañana de todos los días
y como la luz en una sola flor.

Hace dos años en Cuba,
mi amigo Pita Rodríguez que lo conoció,
me hablaba de él y yo lloré después en mi cuarto
con la alegría que a veces da también el dolor.

Frente al crimen que la guerra de Vietnam significa
veo mis ojos en la sombra, y veo más,
mis manos tiradas en el suelo
como objetos desdichados de esterilidad.

Soldado vietnamés, de nada te sirven mis palabras,
mi rabia y mis lágrimas, siempre me ignorarás.
Te doy todos los días mi corazón como un poco de agua
que para tu sed no servirá.

Yo no soy sino un idiota, un sapito que goza su pantano,
un jarro de agua que quiso ser el mar.

El poeta Ho-Chi-Min ha salido de su cuerpo
para repartirse
entre los hombres como una nueva comunión.
Yo, cristiano, estoy diciendo su nombre en silencio
y por haber sabido de él, le doy gracias a Dios.

Washington, D. C., 7 de septiembre de 1969.

¿POR QUÉ?

Estoy lleno de luz y la noche no es mía.
Las palmeras llegan de todas partes
y se posan cuidadosamente
como el pájaro en la rama.

¿Por qué?

Abro los ojos en la oscuridad
y tu voz me sonríe
y soy como una espiga
que se está devorando a sí misma
sin que tú lo sepas.

¿Por qué?

Y la noche es un diamante,
—en el fondo de la memoria—,
incomparable como tu belleza.

¿Por qué?

Está amaneciendo en mis ojos
y todo duerme
con el sueño necesario para vivir por ti.
Hay en tus ojos
una flor que no encuentro en la tierra.
Es la flor del tiempo y el canto.
Pájaro nuevo
que yo no creía haber escuchado nunca.

¿Por qué?

Eres la luz que se abre en mí
después de haber visto morir una manzana.
Eres el agua
que me trae ánades
que vinieron de muy lejos.
Eres la luz
cuya juventud es tan antigua
como la desnudez.
Eres por fin una vez
que no podrá ya nunca repetirse.

¿Nunca sabrás cuánto te quiero?
Y si yo lo supiera, moriría,
por ti, por mí... ¿Por qué?

Madrugada del 8 de noviembre de 1969

Octubre me ha dejado una ventana
que entreabre un cielo de mirada hermosa.
Si yo puedo pensar en cada cosa,
si yo puedo decir que la mañana

tiene sobre la mesa una manzana
que acude al paladar de cada rosa
y encuna en su tibiaza deliciosa
un recuerdo soluble de campana,

es porque abrazando la mirada al día
como quien ha encontrado lo perdido,
la Vida y yo decimos: tuyo y mío.

Y el papelito de la mariposa
que cayó en una rosa por descuido,
deja mi corazón en cada cosa.

CON FUEGO VEGETAL

LÁZARO CÁRDENAS

El gran árbol cayó.
Era un gran árbol.
Bajo un cielo a media asta
la estrella de la tarde
dio la noticia a todo el horizonte.

De raíces muy hondas
hablaba generoso su ramaje.
Y a su sombra los hombres
alzaron voluntades y conciencias,
de que volaron pájaros
soltando el grano y esperando el fruto,
con la lluvia en los ojos.
Era un árbol enorme
y como a todos los grandes árboles,
la sencillez del día
le abrió todos los campos campesinos,
y con palabras de oro dejó a la pobreza
que pronto los diamantes sucumbirían
y que el rocío
se instalara sonriente
en cada hoja y en cada pétalo.
Con la mano tendida,
cada rama del árbol
espera a quien le encuentra;
con el viento solar trabaja el día
y a fuego vegetal
prepara el desayuno de la Aurora,
que es un momento tierra y es un momento árbol
y en un instante dice eternidades.
El día campesino
come angustias y bebe agua pequeña.
En su vida silvestre,
nada con lo que el hombre se embellece
de su ingenio divino,
llega a los ojos de su entendimiento.
Lo misterioso de la Poesía,
el poético pan,
nunca llega a su mesa.
La ciudad egoista
toma del campo salud y reposo.

[1970]

¡AY QUÉ NOCHE TAN LINDA...

¡Ay qué noche tan linda
la de tus ojos!
Cuando clarean
viéndolo todo.

Tanta luz en la sombra
me da el aliento
de los días desnudos
con cuatro líneas para un recuerdo.

El Sol piensa en la noche
con tu mirada.
La noche está en tus ojos
contando con la estrella de la mañana.

¡Ay qué noche tan linda
la de tus ojos!
Yo quisiera volverme
fragmento y todo.

Tus ojos en el día
donde se fijan encienden toques.
Viven de flores
que sólo se abren cuando es de noche.

Hay días en que pienso
en noche diferentes de mi vida,
y ahora que te toco y que te veo
abro y cierro como una flor
la hermosa herida.

Villahermosa, julio de 1971

COMO UN RELOJ...

Como un reloj salvaje
transcurrió aquella noche
en que bebí la leche negra
de mi desgracia.

Tu decisión
me dejó a la deriva
y fui un mar arruinado
sin cielo y sin orillas.

Se derramó mi sangre
entre tanta obscuridad,
entre tanto destierro.

Escuché
que para mí no había suelo,
que el viento que salía de mis manos
era un artefacto descompuesto.
Que todo lo que era mío
ya era de nadie.

Vivi la muerte
de todo lo que se sabe.
Esa noche nací para saber
que sólo tú me quisiste
y que la flor y el fruto
son de sangre.

Diciembre 17 de 1971

20 DE NOVIEMBRE

¿La Revolución?

No se detiene nunca, siempre tiene qué hacer.

Es la lucha de todos los días contra nosotros mismos.

Contra el egoísmo, contra las ambiciones desmedidas.

Contra la indiferencia, contra la hipocresía.

La verdadera alegría es dar,

pelear por los que tienen hambre,

regar una planta,

apartar una piedra en el camino.

Formar parte de la Revolución

es no estar nunca al margen de lo que se necesita.

Abrir la ventana para que entre la luz,

cerrar la puerta a la traición

que de todo lo malo será siempre lo peor.

Aunque parezca hermoso, el pantano es traición.

La Revolución somos nosotros

porque nosotros somos México,

porque somos Nuestra América,

una inmensa nación a la que dio Bolívar

la orientación eterna, de unidad y de amor.

Unir a Nuestra América por la Revolución

que quiere para todos la justicia social.

Mientras el campesino viva mal

es porque nuestro egoísmo

es tan grande como su pobreza.

En toda Nuestra América los campesinos viven mal.

Ellos nos dan de comer,

sus dedos son de trigo y de maíz,

ven nacer el becerrito. . . ,

y comen mal y viven mal.

Nuestro egoísmo

es del tamaño de su pobreza.

Hidalgo y Morelos,
Madero y Zapata,
Aquiles Serdán y Flores Magón,
murieron por dar vida
a los que casi no la tienen
porque nuestro egoísmo
es del tamaño de su pobreza.

De los huesos de los mártires,
una tarde de verano, después de la lluvia,
siempre hay una mata de maíz que nos dice,
¿por qué de todas nosotras
solamente unas cuantas se quedan aquí?

Quiero con toda el alma
que algún día estas palabras
no sigan escribiéndose.

Lomas de Chapultepec, noviembre de 1973.

SONETO POBRE

Dedicado a Emma Gedoy por su pobre amistad

La estrella, una paloma y unas flores,
es todo, como siempre, si se agrega
la espina entre las uñas del que llega
a la materia misma de las flores.

No un amor, el Amor de los amores
—está en los ojos del Señor— trasiega
nuestra sangre, la cambia y la congrega
a la estrella y al vuelo de las flores.

El lirio en labios del Señor no toca
ni al mismo Salomón. En nuestra boca
cuando decimos flor, algo sucede

para bien, aunque surja de una roca.
Que en ti y en mí esa ansiedad se quede:
aroma, vuelo y luz en nuestra boca.

Pascua de Novedad

Lomas de Chapultepec, marzo, 1974
Sierra Nevada 779
México 10, D. F.

DICIENDO

La niña que se gana
la vida
viendo llover,
no es una mujer.

La lluvia sale del cielo
para presentarse en público
borrando el pasado.

El día ha comenzado a marchitarse
para no pertenecer a nadie.

Como esta tarde nunca vimos otra
ni en tus ojos ni en los míos.
Olvidémonos de esas cosas.

La lluvia y el viento cambian de ritmo
sin retirar
las manos
del pecho del piano.

Eso del pecho del piano
también pude decirse
oscureciendo la mano.

Cuántas cosas se pueden decir
sin necesidad de huir.

Me gusta pensar en tus ojos
porque así me veo
de todo a todo.

La niña que se gana la vida
viendo llover,
es más hombre que mujer.

Lomas, 1975

Cosillas para el Nacimiento

INTRODUCCIÓN

GABRIEL ZAID

ESTAS "cosillas para el Nacimiento" (casi villancicos, aunque no son para cantar, ni se ajustan a la forma tradicional) permanecieron mucho tiempo dispersas. Pellicer no les daba importancia como poemas independientes (de ahí el nombre), sino como textos anciliares, subordinados a la verdadera obra que era el Nacimiento. Aunque los escribió desde 1946 (o un poco antes) hasta 1976, no los editó separadamente, ni los incorporó a sus libros, fuera de quince que incluyó en los "poemas no colecionados" de *Material poético 1918-1961*.

Pellicer puso en su casa el Nacimiento durante más de medio siglo. Hasta mil novecientos cuarenta y tantos fue un Nacimiento tradicional, aunque especialmente artístico; el ponerlo ejercía su vena de pintor. Por esos años, empezó a introducir elementos inusitados, que crearon de hecho un tipo de obra nueva, sin género conocido: una especie de auto sacramental de la luz, que expresa su religiosidad personal, que a nadie se le había ocurrido y que sin embargo resulta profundamente tradicional, porque reinventa el origen mismo de las fiestas de Navidad.

Las celebraciones navideñas incluyen representaciones del nacimiento de Cristo, que varían de la figura pintada a la de bulto, la teatral, la ritual, la sacramental; en la misa de Navidad, especialmente la de Gallo; en la celebración de las Posadas; en la representación de pastorelas; en pinturas y esculturas de muy diversas clases, especialmente el Nacimiento. Pellicer introdujo una nueva representación: la experiencia del amanecer.

La concepción teofánica del amanecer es universal y milenaria. Ha inspirado cultos solares que, al avanzar los conocimientos astronómicos, se han extendido al calendario anual. La misma lucha del sol con las tinieblas que puede verse en el curso del día (nacimiento, apogeo, muerte y renacimiento), puede verse en el curso del año. A partir del solsticio de invierno, los días crecen hasta el solsticio de verano, cuando empiezan a decrecer hasta la "muerte y renacimiento" del sol cada 21 de diciembre. En el antiguo Egipto, en Grecia, en Roma, diversas religiones místicas celebraron por estas fechas (25 de diciembre, 6 de enero) fiestas de renovación, que más tarde fueron adoptadas por los cristianos, con nuevos simbolismos: Cristo como sol, luz del mundo, nuevo adán, renovador de la Creación.

No deja de haber cierto equívoco entre el renacimiento (cíclico) y la resurrección (histórica, definitiva). La verdadera fiesta "mística" del cristianismo es la resurrección. La celebración de la Navidad tuvo un desarrollo tardío. Tiene algo de afirmación "pagana" de este mundo. Fue criticada en la patriótica griega como una fiesta no muy cristiana. Empezó a celebrarse oficialmente el siglo IV, y en el calendario eclesiástico quedó en cuarto lugar, después de la Pascua, Pentecostés y Epifanía. Sin embargo, ha llegado a ser la fiesta más popular del cristianismo. Se enriqueció con el árbol (de origen germánico, que simboliza el nuevo árbol del nuevo paraíso del nuevo Adán) y otros símbolos universales de año nuevo y vida nueva (la alegría, el desprendimiento). Recibió un impulso decisivo de San Francisco, que en 1223, en Greccio, inventó el Nacimiento: hizo participar a los animales en la misma, llevando un burro, un buey, un pesebre. (Celano no menciona más, aunque es de suponerse que, si no entonces, la Sagrada Familia llegó a ser representada). Para San Francisco, la Navidad era "la fiesta de las fiestas". Sin negar la cruz, tomó en serio la figura de Cristo como nuevo Adán, que encabeza el nuevo nacimiento de este mundo, reconciliado con el otro.

Hay también en el Nacimiento algo de jardín japonés, que parece acentuarse en el caso de Pellicer. Llegó a representar no sólo el mundo sino aun el tiempo a escala. Y realizaba esa especie de práctica Zen que busca revelaciones en las piedras y otros elementos dados en la naturaleza: salía al campo y tenía el don de ver en una rama caída lo que luego en el Nacimiento parecía un vetusto bonsái. Toda su preparación del Nacimiento tenía algo de confianza en la inspiración, en la improvisación, en el "no busco, encuentro", al mismo tiempo que de ascética y hasta previsora disciplina. Para las figuras, encargaba piezas únicas a un artesano. Después de encontrar piedras y ramas en el campo, hacia trabajos de carpintería, de pintura, de electricidad, de sonido. Seleccionaba música. Escribía. Antes de que se inventaran las grabadoras, se tomaba el trabajo de ir a grabar un disco con los versos para ese año. (Todo cambiaba cada año, dentro del mismo formato general.)

Puesto el Nacimiento, Pellicer se sometía a la disciplina de estar personalmente disponible de seis a nueve de la noche (más o menos) todos los días. Se tocaba el timbre de la casa de Sierra Nevada 779. Abría la vieja ama de llaves y pasaba a los visitantes a un recibidor junto a la escalera, por donde bajaba, nunca de inmediato, con esa mezcla suya de cordialidad bromista, de humildad y teatralidad. Conversaba, recibía los regalos, de haberlos, y seguía manteniendo la expectación. Por fin, abría la puerta a la cochera que nunca usó como tal. Todo el espacio, fuera de un pasillo al frente para los visitantes, estaba ocupado por una especie de escenario que, a través de una bóveda que representaba el cielo, cerraba al fondo con un horizonte curvo, espectacular. La inmensidad del espacio se acentuaba con diversos recursos de perspectiva: la alineación, el tamaño de las

figuras, los colores, el tema de las "escenas" próximas y remotas. No había un árbol típico de Navidad. El conjunto recordaba más bien un gran paisaje del Valle de México pintado por Velasco. Y, como en los cuadros de Velasco, la luz era el personaje central. No el Niño, ni el portal que, sin embargo, estaban perfectamente puesto. La luz, la Luz del Mundo era el verdadero Niño presentado a la adoración. La adoración se producía. El silencio irrumpía entre los comentarios, las exclamaciones, las preguntas, hasta imponerse por completo. Entonces, cuando la visita parecía terminar, empezaba la parte culminante. Pellicer desaparecía tras una cortina lateral (nueva expectación) y ponía música. Empezaba a atardecer en el escenario, tan lentamente que los visitantes de primera vez tardaban en descubrirlo. El silencio era absoluto. Se producía una reverencia espontánea ante la inmensidad y misterio de la Tierra, vista de muy lejos, perdiéndose en la sombra, como si el espectador se hubiera desprendido, se hubiera vuelto música entre los ángeles, como si hubiera muerto y se despidiera con nostalgia. Luego venía la noche total. La bóveda estrellada daba frío. Y entonces, como una compañía inesperada, empezaba a oírse la voz, profunda y cálida al mismo tiempo, de Pellicer. Palabras conmovedoramente fraternales, que no rehuyen la inocencia, ni el balbuceo. Palabras franciscanas de comunión con todos en una naturaleza abierta al más allá misterioso. Del sol hundido de la soledad, empezaba a brotar el nuevo sol de la alegría. La luz encarnaba, se iba volviendo Niño. La tierra volvía a ser acogedora y habitable.

La idea de publicar esta colección y la recopilación de los textos dispersos son del pintor Carlos Pellicer López, que continúa la tradición de poner el Nacimiento, después de ayudarle durante muchos años a su tío. Los textos proceden de grabaciones, manuscritos, publicaciones en periódicos y de *Material poético*. Se ordenan cronológicamente. Es posible que haya algunos (muy pocos) anteriores a 1946, pero no han aparecido. Tampoco han aparecido los de 1947, 1949, 1950, 1963 y 1964. Los tres primeros se dan por perdidos. Para algunos años hay más de un texto, lo cual se explica porque llegó a leer más de uno en el programa, o porque llegó a poner un segundo Nacimiento, en otra parte. La presentación se toma de *Material poético*, con la ligera modificación que introdujo al reproducirla en su *Primera antología*.

Los pequeños poemas que siguen hablan de mi pasión por todo lo cristiano. Creo en Cristo como Dios y la única realidad importante en la historia del planeta. Todo lo demás —arte, ciencia, etcétera— es accesorio, secundario y anecdótico.

Desde siempre organizo "El Nacimiento" cada Navidad en mi casa. Estoy seguro que es lo único notable que hago en mi vida. Es casi una obra maestra. He podido conjuntar la plástica, la música y el poema, así, cada año. Miles de gente van a mi casa durante cinco o seis semanas, un largo rato de noche a mirar "El Nacimiento". Los poemas que forman esta sección se escribieron siempre horas después de haber terminado mi trabajo anual.

Mi madre, tan humana cuanto religiosa, me inició en la divina práctica de "El Nacimiento". Gracias a Dios y a ella, pude, puedo, hacer cada diciembre lo que dura un mes y parece eterno.

C. P.

1

Señoras y señores,
hablad silencio,
que aquí están las estrellas
y los luceros.

Cuando el campo levanta
todo su cielo
por hacerle a la noche
puente ligero,
el árbol con follaje
vende su sueño
al árbol sin follaje,
por algún cuento
en que se oigan los pájaros
salir al viento
cantando lo que cantan
sombra y lucero.

La ronda de los ángeles
cerró su vuelo
y en un hueco de luz
abre los cielos
rotos del buen pesebre
cuyo alimento
es un niño que sueña
sin tener sueño.

Cuando tenga palabras,
pondrá en el tiempo,
la eternidad con gloria
de su misterio.

Este niño en la noche
bajó un lucero
y se está iluminando
todo por dentro.

Cuando este niño diga
su nombre entero,
el que escuche, entendiéndolo,
será lucero.

Señoras y señores,
volved a hablar.
Con los ojos del día,
voy a soñar.

14 de diciembre de 1946

2

Quiero decirles
mis queridos amigos
que en el Valle de México
Cristo ha nacido.

¡Ay, cuántas espinas
y cuánta piedra!
¡Lo que sufren las águilas
cuando no vuelan!

Del horizonte al cielo
nubes y ángeles,

y del día a la noche
reúne el campo
su cosecha solemne
del tiempo santo.

Del alma del Ajusco
formas de lava;
más allá los volcanes
pintan su fama.
¡Ay el Valle de México
quién lo cantara
sin decir ni una sola palabra!...

¿Se caerán los adobes
que apuntalé?
¡La pobreza del pueblo
rica de fe!

En el Valle de México
Cristo ha nacido,

Vamos a ser muy hombres
frente a ese Niño.

Vamos a ser muy hombres,
es decir, buenos,
como un árbol antiguo
que dé luceros.

Con la primera estrella,
Niño Jesús,
juraré que en mi pecho
se hará una luz.

La noche está encendiendo
caminos reales

y entre un lucero y otro
se va la tarde.

En el Valle de México
Cristo ha nacido.
Quien tenga corazón
no lo tenga escondido.

México, D. F., 1948-1949

3

Entre los pinos andan los ángeles,
como la brisa, como los aires,
entre los pinos, como las luces
que fueran pájaros
entre los pinos.

Se ven los montes
lejos azules, desde los pinos.
Bajo el pinar
Dios ha encendido la dulce hoguera
del Niño Dios
como un cantar,
como un cantar de inmensa voz.
El Niño Dios
bajo el pinar.

¡Quién pudiera ofrecerle
buen corazón!
Un corazón
como una flor.

Florecía la mañana
su antigua flor

y es una flor tan nueva
como otra flor.
Y entre flores alegres
de alegre estar
yo quisiera algún día
bajo el pinar,
alegremente, calladamente,
llorar, llorar.
Una lágrima honda
del corazón
para esa flor
del Niño Dios.

Amor a toda cosa,
amor cantar
junto al Niño Jesús,
humildemente, bajo el pinar.

Cantar amor
como una flor
bajo el pinar.

[1951]

4

Todos los girasoles que fueron pájaros
cantan y alumbran.
La mañana se dice
como ninguna.

Lo que pasa es tan claro
y es tan enorme
que con sólo cuatro árboles
se tiene un bosque.

Si al pequeño planeta
le nace un sol

*es porque todo es fuego
su corazón.*

*Quemémonos y ardamos
entre ese fuego
como la sombra limpia
que da la alhomada
del mejor sueño.
La colina desnuda
se viste a solas
con toda la mañana
que la rodea y atesora.*

*¿Quiénes son estos Reyes
de ámbar y oro
que en un rayo de luz
han llegado sonros?*

*Al hijo de un obrero le llaman Rey.
Es el Rey de la Vida,
es la Paz y el Amor.*

*El mundo pequeñito
se ha vuelto enorme
porque Dios ha nacido
para los hombres.*

*Porque Dios ha nacido
bajo la noche,
la noche será el pozo lleno de estrellas
que nos asombré.*

*Saltará el corazón
en la paz de la noche*

[1952]

Esta noche en el campo
lleno de estrellas
vengo a encenderme.
¡Qué más riqueza quiero
que ver el cielo!

Mira amigo, la noche que silenciosamente va despertando cosa por cosa.

Y todas hablan en sueños lejos del tiempo.

¡Ay, las cosas del alma que son tan mías y parécenme ajenas! ...

Dame, Señor que haces tus alegrías.
Danos la paz que da el acatamiento de Tu voluntad.

¡Qué más riqueza quiero que ver el cielo!

¡Abatir la soberbia y la envidia y tanta vanidad! ...

Hay una sola alegría y está en Tu verdad.
Una verdad tan poderosa que está llena de humildad.

Señor en esta noche
de estrellas en el campo,
oye estos sones
que yo te canto.

Yo muero cada año;
Tú siempre naces.
Mi guerra es contra Ti;
Hagamos paces.

¡Ay qué noche! Parece
que ya es de día.
Y es que nos está mirando
la Virgen María.

Las Lomas, diciembre de 1953

6

Ya ha juntado sus manos
la medianoche
La oración en silencio,
¡qué bien se oye!

Dile al Niño Jesús
que desde ahora,
una estrella en tu pecho
tendrá su forma.

Ni envidias ni rencores
ni ambición loca.
¿En tu vida no has visto
un jardín en la sombra?

Un jardín en la sombra
te da su aroma.

Míralas, de los labios,
todas las rosas.

El lirio de la noche
cuajó luceros
porque el amor de Cristo
no tiene dueño.

Nadie lo quiere.
Nos da miedo ser buenos.
Ven ahora que nadie nos oye
a escuchar sus divinos luceros.

Ven ahora que nadie nos ve
a mirar sus profundos espejos.
Ven ahora que nadie nos toca
a llevarte sus dádivos dedos.

Ven ahora que nadie es perfume
a envasar sus aromas de fuego.

Si te decides,
si me decido...
¡Qué memoria tan dulce de olvido!
Ya el corazón parece
que entra en la sombra
para robar luceros
a una Paloma.

Parece que cantamos
diciéndonos de veras
que nos amamos.

Fuera de Cristo, nada.
Dentro de Cristo, todo.
Tenemos que decirlo

y es de este modo.
Va a amanecer,
¡Alegría, alegría!
Salgamos de nuestro lodo.

1954

7

La espuma de la noche
subió tan hondo
que se estrelló en el cielo.

El cielo abrió los ojos
y está soñando,
porque el Niño Jesús
lo tiene en sus brazos.

La antigua noche tiene
rostro de niño.
Que así por vez primera
ríen los siglos.

Y aunque fría y antigua
es noche universal de Primavera.
¿Qué rumor en la tierra
da sentimiento?
¡Son los ángeles, son los ángeles,
son los ángeles! ...

1955

8

La noche entre las rocas
del pensamiento

ha dejado un pastor olvidado.
Olvidado y un perro.

¿En qué cielo de ideas árboles
pastorea el pastor sus ideas?
Detrás dél hay un ángel,
un ángel que piensa.

El pastor es oveja olvidada,
pero el ángel lo cuida ¿comprendes?
Si comprendes, su boca callada,
sonreirá suavemente.

Un pastor que olvidó sus olvidos,
olvidado en los ojos de un ángel,
a pesar del olvido en que vive,
surgirá sin que nadie lo vea
como un canto en el aire.

Un pastor y la noche. ¿Quién viene
diciendo, estallando, "¡Alegria, alegría!"?
La espuma de la noche
subió tan hondo,
que se estrelló en el cielo.

1955

9

Místico paisaje de piedra y cielo
siémbrame en ti, hazme tu suelo,
tu cielo,
tu sueño.
Atesórame en una hendidura
desde donde yo sólo pueda ser tu dueño.
Te oigo en cada dificultad de colores

que desnudan tu fragoroso cuerpo.
Estás hecho de lava, de pavor antiguo
y de natural esfuerzo.

Desde mis músculos tropicales he roto
la inocencia volcánica de tu pecho
y con mis manos que huelen a sol
te he traído aquí
gigantescamente pequeño.

Sobre tus carnes magnéticas
he puesto el oído de mis ojos.

Tú eres la escultura del tiempo
y la soledad de un antagónico lodo.

Cristo nace ahora
debajo de una ola de tu paladar poderoso
y es como una hoja pequeña de cielo
que ha venido a salvar tu naufragio
brutalmente silencioso.

Abreme tu pecho, místico paisaje,
que tu embravecida paz me llene de alborozo,
que tu respiración azul me acompañe,
que tus espinas ardientes me saquen los ojos
para que yo forme parte de tu cuerpo
y sea yo, alegremente y al mismo tiempo,
huella candente de los pies de Cristo
desafiando a la guerra con la paz
como tu suelo,
como tu cielo,
como tu sueño.

1955

10

Dale a tu corazón el sentimiento
de nacer como el día.
Vivir siempre haciendo
para toda alegría.

Mientras tengas rencores,
amargura serás.
Para tener amores
hay que vivir en paz.

Amar es perdonar.
Cristo te mira.
Cuando un hombre perdona,
Cristo suspira.

Tú eres un árbol
junto al camino.
La Vida está pasando:
dale una flor, una pausa dichosa y un trino.

Y la vida sin Cristo,
ya no es camino.

Si eres el árbol que perdona al rayo
y a la sequía,
tendrás siempre en tus manos
el pico de los pájaros
picando el día.

Límita tu ambición
a la alegría.
Ninguna riqueza es tan grande;
ser alegre es amar a Cristo:
serás dueño del día.

Dale a tu corazón el sentimiento
de volver a nacer
como el sol deste dia.

Cosilla poética para el "Nacimiento" que organicé en el
templo de San Lorenzo. Las Lomas, 1955, Navidad.

¿Podría brotar la luz
 de una perla nacida en la garganta de un pájaro?
 ¡Una perla nacida de un pájaro!
 ¿Podría levantarse la aurora
 de los ojos de un ángel dormido
 a la orilla de un lago olvidado?
 ¡La aurora en los ojos de un lago!

¿Podría entreabrirse de pronto un jardín
 y quedarse mirando la dalia al jacinto
 y el lirio a la rosa
 y el nardo a la sombra de un lirio?
 ¡Un jardín como un ojo entreabierto y enorme, de pronto!
 ¿Podría la estrella que surge
 del pecho sangrante del día
 volar a través de un suspiro y posarse
 en el hombro de un sueño hecho manto
 que asila a cuantiosas criaturas que lloran?
 ¡Una estrella prendida en un manto que salva a los hombres!

La luz de una perla nacida de un pájaro
 y la aurora en los ojos de un ángel
 y el jardín entreabierto y atónito
 y la estrella en el manto de un sueño que salva a los hombres,
 son apenas la voz que en el alma nos dice,
 que mucho antes que el cielo y la tierra y el agua y el fuego
 fue creada la Virgen María.

Y la perla y el ave
 y la aurora y el ángel
 y el jardín y la estrella,
 son la huella que deja a su paso la Virgen María.

¿Nadie sabe que un día
puede convertirse en un lago
lleno de estrellas?

Y de la copa
llena de ansiedades,
y del salón
donde muere la fiesta,
pasar al agua-nave
y a manos de la luz
vivir la deslumbrante soledad
—flor de los frutos—
para servir a todos.

¿Nadie sabe que un día
junto a un lago en la noche
podría escuchar, asombrado,
su verdadero nombre?

Ahora, calladamente,
sin el testimonio escultural
de los ángeles
sin las mejillas del color
que desde las piezas del camino
van a dar al horizonte.
Sin la garza que quiera volar
para demostrar que es
verdaderamente blanca.

Ahora, en esta hora de estrellas
dentro y fuera del agua
es muy bueno atreverse
a no decir nada
y a abrir no sólo los ojos
sino toda la cara,

para promover —humildemente—
dentro de nosotros,
la silenciosa catástrofe de ser
como un lago lleno de estrellas,
en cuya oscuridad deliciosa
podamos decir:
“Señor y Dios mío
todavía no te he visto,
pero jamás podré olvidarte”.

¿Empezaremos ahora a ser
como un lago lleno de estrellas?

1956

13

Por el agua y la tierra,
noche en el aire.
Por el agua del día
vienen los ángeles.

Apenas en el mundo
un Niño cabe:
pedacitos de cielo
son sus pañales.

Como un pájaro nuevo
la noche canta.
Hay palabras y estrellas
en su garganta.

Lo que dice la noche
del agua sale.
Porque nadie lo ve,
todo se sabe.

Se sabia del Niño,
se sabía del aire,
de la noche en el agua
cítara y ángeles.

[1957]

14

¿Quién me enciende una lágrima,
y en esta noche?
Es por Diego Rivera
lo que se llore.

Cuando hace dos años
vio el Nacimiento
le oí en el corazón
un hondo acento.

Y aquí está con nosotros
tan en silencio
que yo lo estoy oyendo.

Y la noche en mi pecho
tiembla de Dios
porque de mis entrañas
algo del Sol
ha de salir un día
aunque lo impida yo.

1957

15

Aquí está la mañana,
cuerpo del día

bañándose en el agua
de la alegría.

Aquí está la Alegría
con los brazos en cruz.
Aun de la piedra brota
sudor de luz.

Ha nacido la luz.

Joven pastor que guías
al pastor ciego:
¿no me miras los ojos,
los que no tengo?
Yo palpo las luciérnagas
y no las veo.
Joven pastor, mis ojos
se ven de ciego.

A la luz, a las Luces,
pan de mis ojos,
ponle un poco de luz,
dásela pronto.

1957

16

Al color de los pájaros
y de los peces;
y de tus sienes
por los dedos del día
que todo tienen,
joven pastor que guías
sombra que duele,
sácame de los ojos

lo que me biere,
lo negro del diamante
que no se enciende,
y del pez y los pájaros
y de la luz del día
que corra en mi corazón como la tinta
deste paisaje azul que con los árboles
sostiene el alma deste ¡inmenso día!

1957

17

¡Ay, qué rocas tan altas
las del silencio!
¡Ay, qué estrellas tan claras
las deste sueño!

De la vida lo real
es poesía.
La verdad desta noche
es como el día.

Si una oveja se cae,
¡cuántos luceros
me ayudan a buscarla
mientras la veo!

Si la oveja que cae
resulto yo,
¡cuánta sombra salvada
será por Dios!

De la sombra pudiera
brotar un sol.

De peñascos cerrados,
agua salió.

La esperanza está sola,
tanto, que canta
porque nadie la mira
puesta en su barca.

¡Qué hermosa es la esperanza!
¡Con cuántos ojos
la salgo a ver ahora
que brilla en todo!
Cuando bien amanezca
y el horizonte
ponga a mi corazón
un nuevo nombre,

seré al pie de las rocas
piedra tan chica,
que pastor ni rebaño
la tocarian.

La luz que a todo llega,
siendo invisible,
desbordará sus lagos
 llenos de cisnes.

Y en el aire del día
serán los ángeles
los más esbeltos números
que cuente nadie.

Una piedra tan chica
que ni el rocío
podrá verla en el suelo,
soy yo, Dios mío...

¡Si desta noche hermosa
fuera mi día!
¡Si de tantos luceros
tomara vida,
y en un lago de luz
—diamante y brisa—
un embereo de cisnes
la esbelta mira
picotearan estrellas
de amhas orillas!

¡Si al fin de las palabras
la acción creciera
y de entre tanta piedra
flores de piedra,
pero flores, nacieran... !

La paz está en nosotros.
Para encontrarla,
esta noche es muy corta,
también muy larga.
Tómala de la mano
y entra en tu casa.

Navidad de 1958

18

La noche se ha encendido
sobre el desierto.
Arde la soledad
como un corazón bien abierto.
La roca blanca de la soledad
habla, desintegrándose en silencio.
La soledad blanca de la roca
fluye como un hermoso recuerdo,

como la memoria de un jardín visitado en la noche
y llevando en las manos
quién sabe por qué, un espejo.
En el espejo ha nacido un Niño,
Bueno: ha nacido el cielo.
Se oye nacer todo lo que ha nacido
y lo que seguirá naciendo.
Para nosotros los pobres de espíritu, estas palabras
se dicen humildemente en silencio.
Los pobres más pobres
porque hemos dilapidado el tiempo,
el tiempo diamante,
el tiempo amor, el tiempo sueño.
¿Qué vamos a darle a este pobre Niño
cuya riqueza se riega sobre el desierto,
como un río de diamante,
como un río de amor, como un río de sueño?
Ángeles y pastores
me pongan a cantar,
porque he visto el oasis
bajo del palmeral
y si bebo una estrella
la noche me dará
corazón de diamante
y el amor que vendrá
realidad hará el sueño
con tanta realidad
que yo diré que es sueño
por no decir verdad.
Pobreza que repartes
tanta riqueza, da
a mis ojos la Aurora
y a mi sangre la paz.
Ángeles y pastores
pusieronme a cantar.

[1959]

La noche es como un árbol
lleno de estrellas;
como un árbol que cubriera
con sombras de diamantes
toda la tierra.

En la flor de los cielos
hay una estrella:
de ella vienen los ángeles
que hay en la tierra.
Son las luces terrestres
que le dan a esta noche
toda su fiesta.

Ángeles bajo los árboles,
un ángel trae dos ángeles
como dos niños.
Angelizarse es gracia
que da infinito.
La noche entre los árboles
hojea un libro.
Sílabas en sus páginas
son como niños.
Las sílabas son ángeles
que van entre los árboles junto a los niños.

En la paz de arboleada
que hay esta noche,
los caminos del cielo
—pueblo de soles—
se llenan de alegría,
una alegría sin número para todos los hombres.
La paz está en el alma
que da el amor.

La paz no está en la ciencia
que da el horror.
Paz al árbol y al aire
que nos dan vida.
Paz al aire del Hombre,
lleno de heridas.
Paz en toda la tierra,
paz en la muerte
que por nuestros egoísmos
no tiene descanso,
ni noche tiene.

Cristo vuelve a nosotros
y en Cristo está
todo el campo profundo
como este campo
que da la Paz.

Las Lomas, diciembre de 1960

20

Entre árboles y rocas
pasa mi vida.
Un canto flor de frutos
y una sombra durísima.

Entre rocas, a veces,
surge una planta.
¡Qué armamento difícil
por conservarla!

El aire de la noche
—con pie sombrío—

deja un susto pequeño
por los caminos.

El árbol de mi impulso
sube sus cítaras.
Las rocas no responden,
sólo las miran.

Tal vez cuando amanezca
las rocas canten.
Un silencio de pájaros
habrá en los árboles.

Dios diamante entre rocas,
Dios en la Tierra,
dame por fin la angustia
de tu Belleza.

Que mi mano germe
—raíz al aire—
que yo tenga en los ojos
buenas imágenes.

Dios de estruendo y silencio,
Cristo-Jesús,
degúéllame en el canto
que no sea luz.

¡Danos la luz de dar!
¡Cuánto tenemos!
¡Cuántos casi no tienen!
¿Estamos ciegos?

El rencor es la muerte
viva en la tierra.
Aplastémoslo entero,
Cristo. Así sea.

Lomas de Chapultepec, 23 de diciembre de 1961

La noche está encendida
 para pedir la paz.
 La paz se queja abora
 cual paloma torcáz.
 La paloma está herida,
 salvémolas en su vuelo
 —la miran con tristeza
 los ángeles del cielo.
 Pero esta noche tiene
 tanta salud,
 que el canto triste
 de la paloma
 se ha llenado de encanto.
 Los árboles destruyen
 la orfandad de la tierra,
 porque Nuestro Señor
 ha encendido
 una guerra de paz;
 así, una guerra
 de paz tan poderosa,
 que sólo no queriendo
 deja uno ser la rosa
 de los vientos de paz.
 Porque Cristo es amor,
 es también alegría
 con espina y con flor
 —la espina es cosa nuestra,
 no de Nuestro Señor.

La ambición y la envidia
 dan espina y no flor.
 La ambición sin medida
 va a parar a la guerra:
 chocan el aire, el fuego

y el agua por la tierra.
Seamos como el árbol,
como el agua que ve
crecer su sombra líquida
esté el sol o no esté.

Esta noche alojemos
en nuestro corazón
las palabras tan simples
desta clara canción.
No digan de nosotros:
“Fue el genio de la guerra”;
que de nosotros digan:
“Trajo la paz a la tierra”.

[1962]

22

No estamos solos,
es la ambición sin medida
que nos angustia y da la soledad.
No estamos solos.
Nuestro Señor está siempre con nosotros
aunque le neguemos amistad.
El que frecuenta la lectura de sus palabras
no podrá quejarse nunca de soledad.
Ser generoso es ambicionar mucho menos,
es estar dentro del espejo de la realidad.
Dar es hermoso como el amanecer
que todo lo saca de la noche y lo da.
Nuestro Señor nos dio sus palabras
que son la Luz, la Vida y la Verdad.
Fuera de las palabras de Cristo,
todo es el vacío, el abismo y la soledad.

Cuando nos acercamos a Él,
 descubrimos que la belleza
 es la forma perfecta de la bondad.
 No, no estamos solos: abramos la puerta a Cristo
 y la casa, se volverá de cristal.

Lomas de Chapultepec, 23 de diciembre de 1963

23

Se fueron ya los árboles
 se hundieron ya las rocas
 y estamos, como el cielo,
 sobre todas las cosas.

Con árboles dorados
 como estrellas terrestres,
 ha caminado el día
 largo y breve.

Ansiosamente rocas
 las rocas dan abismos
 adonde chorrea el aire
 sus invisibles niños.

La noche es como un sueño
 volando tras un niño.
 Durmo y al despertar
 ya nada es siempre mío.

La noche tiene a Dios
 tan cerca de nosotros,
 que entre una estrella y otra
 nos encontramos todos.

El niño de la noche
es el dueño del día,
un diamante en los labios
de una palabra íntima.

Si el niño que ha nacido
naciera en nuestro pecho,
ni rencor ni egoísmo
nos destruyera el sueño.

Sólo Cristo es la paz
porque él es sólo amor.
Sólo siendo amorosos
seremos siempre flor.

El amor a la vida
sea amor a la paz.
Hermano mío, ven:
la LUZ se anuncia ya.

Las Lomas, 25 de Dic. 1965

24

Ángeles en la tierra
nubes y rocas
música y danza.

Arboles de alegría
le dan al aire
diamantes verdes
y el agua antigua
de la laguna
su azul de niño.

Pastor que arreas
nubes de ovejas;
joven labriego
de tierras negras.
Los leñadores
queman sus brazos
con el fruto
de la madera.

Esta es la noche
del mejor día,
esta noche se adquiere
sin una sombra
de lejanía.

Ha nacido la dicha
y es para todos.

Cambiemos todos
la plata en oro.

Ha nacido la paz
para ganar la guerra.

Dios está entre nosotros,
lo saben todos
los que lo niegan.

Guerra a nosotros mismos,
el mal está en nosotros.

Cuando amanezca
seremos luces
para la noche
de las estrellas.

Nuestro Señor dijo un día:
“El cielo y la tierra pasarán,
pero mis palabras, no pasarán.”

Esta es la noche
del mejor día.

La paz está en nosotros.

Seamos desde esta noche
La mejor noche
del día.

1966

25

Está la noche para hablar cantando
de toda luz a toda luz.
Todos tenemos un lucero entre los labios
para el Niño Jesús.

Esta alegría tiene una tristeza
que no puedo ocultar,
y es por la raza negra
y por todos los niños de Vietnam.

Un viajero sin nombre y con su perro
hondamente se ve.
¿Regresa o va? ¡Con cuánto cielo
se ilumina su fel!

Los niños de Vietnam asesinados,
sus pájaros, el bosque, los torrentes.
Niño Jesús, ven a nacer ahora
entre aquellos adobes mutilados.

Cuando venga la aurora,
sangrará el corazón por nuestros labios.
Tu aurora será también la nuestra,
¡Oh Vietnam bien amado!

Las Lomas, diciembre de 1967

26

La verdadera alegría
está en Cristo, Nuestro Señor...

Su palabra,
grande como el cielo,
es todo amor.

Y amor
es perdonar
en todo instante.

Todo el amor,
la perfecta alegría,
es compartir la luz
como el diamante,
que no conoce
de rencor, ni de envidia.

La envidia y el rencor
construyen las tinieblas
y la soledad.

Seamos el amor
que todo lo da.

Los lagos en la noche
se llenan de estrellas.

La luz del día
tiene flores de agua
Las lejanías han traído
a los ángeles
que son fruto
de la atmósfera
y del sueño.

¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Aleluya, alma mía!

Enciende en mí el amor
que da la alegría
sin envidia o rencor
con la flor en los labios.

Y con los ignorantes
y los sabios,
Cristo Señor, ¡Aleluya!
¡Aleluya, alma mía!

1968

27

Con cuánta noche duermen los árboles
y se despierta
toda la noche de las estrellas.
Lados de sombra tiene la luz.
De la espesura del universo cuelga una lámpara.
Del cuello atado del universo
cuelga una lámpara
de lo indecible,

lo impenetrable,
lo que tiene en su nombre —sólo Dios sabe—,
las alegrías de la alegría.
Si se guarda el silencio
dentro del pecho,
se oirá la lámpara.
Gloria a los árboles
cuya madera tuvo en sus manos
adolescentes y juveniles
la Luz de Luces.
Entre los árboles
tiene la atmósfera sus asambleas;
el espíritu oxígeno
y otros espíritus
salen del África de enormes sueños,
y en la pureza de un lirio
y en la Virgen de una mirada
tiene su origen el Niño
del que nacen los ángeles
y las montañas.
En esta noche somos los niños
sin una lágrima.
¡Cuánta alegría! ¡Cuánta hermosura!
Somos el agua de la belleza
sin una lágrima.
Somos la dicha que en esta noche
dio el universo sin una lágrima.
Somos las lágrimas
que en esta noche, si lo queremos,
seremos siempre como esta noche, sin una lágrima.

18 de diciembre de 1969

Cuando ha caído un árbol
 lo sabe el viento que lo tocaba.
 Así nosotros.
 Si dijera algo más, lloraría...
 Pero el gozo me enciende la noche
 y en cada lucero recuerdo a mi hermano.
 un hombre entre hombres.
 Me quema una llama de fe,
 la Luz hecha Hombre,
 la alegría de saberse cristiano.
 Renacer para siempre esta noche
 olvidando egoísmos, rencores,
 ésta es la alegría cristiana,
 el único gozo diamante del Hombre.
 La roca y el árbol,
 el cielo,
 el día y la noche,
 se llenan de nuestra alegría,
 de nuestra belleza
 si somos hermanos de todo y de todos,
 dando siempre el tesoro de nuestra alegría.
 La noche se llena de luz esta noche
 como nunca.
 Llenémonos todos de luz.

Diciembre de 1970

Esta noche en el agua
 canta la tierra.
 Con el alma en los ojos
 van las estrellas,

húmedas en la sombra
que el tiempo deja.

El sol en un pesebre
volvió a ser niño,
es lo mismo el pesebre
que el infinito.

El pesebre es el cielo
del sol nacido.

La Virgen: La Vía Láctea,
José el carpintero
regresó de los árboles
con un lucero
que nació entre sus manos
como un sueño.

Todo es luz,
todo es lujo de luz
tan nueva,
que la luz que nos ciega
parece ciega.

Feliz el que sin ojos —Jano—
lo vea.

Quien quiera ver la luz
no es cosa fácil:
debe encenderse en llamas,
ser como el aire,
propagando el incendio
y odio que arrase
dará más luz al fuego
con propia sangre.

Esta noche
la luz se ofrece a todos.
Tómala para siempre
y en vez de lodo
distribuirá diamantes
de todo a todos.

1971

30

Esta noche y nosotros
entre los árboles,
bajo los ángeles.

Si la noche me dice:
toma tu estrella,
ponla a los pies del Niño.
No dije nada.

La noche entre los árboles
oyó mi sombra,
llena de indecisiones,
sin una rosa.

¡Ay, qué noche esta noche!
Nos da en el alma
lo que todos queremos
y nadie alcanza.

Cuando el día está en manos
de los ladrones,
la noche va a buscárselo
con sus luceros.

Muere la luz que muere,
queda la eterna.
Es más día la noche
por dentro y fuera.

Ver la luz en la sombra,
¡cuánta belleza!
Mi corazón
—Vietnam lleno de niños—,
¿será una estrella?

Y es por eso diciembre
—todos lo ignoran—,
da en lo que nace,
la primavera.

¿Pondré mi corazón
al pie del Niño?
¿Será una estrella?

Navidad de 1972

31

Esta noche la Noche
sueña en su sueño
lo que nunca ha soñado.
El campo canta
lo que en un sueño
no fue cantado.
Desde su modo,
en maderas,
hablan los árboles
de estar, para siempre,
cortados, un día,

con los brazos abiertos,
para siempre, para siempre.
El Amor que ha nacido,
tendrá siempre los brazos abiertos.
Ese Amor, como el cielo,
espera amor.
Vivimos a espaldas
dese Amor.
¿En qué jardín
como ese Amor
habrá una flor?
Amor sin celos,
amor de dar,
amor de amor.
Este amor es la paz.
La luz es abrir,
no cerrar.
Cristo es la paz y el amor
porque quiere,
para todo y para todos,
amor.
Esta es la noche profunda
del Señor.
Esta es la noche de luz
del amor.
Señor, haz que te amemos
para merecer la paz.

Las Lomas, 23 de diciembre de 1973

La palabra en la noche,
fuego sin llama,
profundo acorde.

Lo que se quema,
va en la palabra
junto a una estrella.

Arde en el alma
la luz de un rayo
de sol que canta.

Incendio a oscuras,
lengua de Cristo
que se empurpa.

Junto a los árboles
se ve la música
que son los ángeles.

Sólo el amor de Cristo
tiene montañas
con vistas al infinito.

Entre altos riesgos
salva el pastor
todo su anbelo.

Así nosotros,
a flor de cielo
dar fuego a tierra.

Fuego de Cristo
que a toda hora
lo necesito.

Señor de Cielos y Tierras;
¿cuándo seré
diamante de humildad
para ver tu grandeza?

Víspera de Navidad de 1974

Nada como la noche
para llenarnos de todo.
Entonces no soy yo:
somos nosotros.

La Luz que se ha encendido
nos ayuda a entender
lo que es la eternidad:
es un acto de Fe.

Porque antes que el átomo
está Dios,
en esta noche humilde
Pan diamante nos dio.

En la Luz desta noche
levantó la señal.
Dios es amor,
amor-eternidad.

La Creación
es un acto de Amor.
También entre las rocas
nace la flor.

El árbol de la noche
y los lagos del día,
caminan con nosotros,
son el guía.

Con árboles y pájaros,
con agua y lejanías,
ofrezcámonos perdonar para siempre:
sólo así tendremos
la eterna alegría.

Así nos lo dijo
el Joven Obrero
de carpintería:

Jesucristo — Dios,
alegría, alegría, alegría.

24 de diciembre de 1975

34

El águila y el vuelo
consideran la Luz de la Estrella
esta noche de Luz.
Después volarán a Patmos.

La federación de las piedras
me dice que un día
tendremos en manos
al Niño Jesús.

Todo es luz en la luz
esta noche de luz.

La gente que viene de lejos
viene a acercarse a la vida.
Lo eterno aparece en el tiempo.

Esta noche es el día más alto:
perdonar es matar a la muerte
y es nacer de una flor y de un canto.

Francisco de Asís inventó el Nacimiento
La Tierra fue
su primer Cielo.

La alegría está en Cristo.
Francisco sangró de alegría
por Cristo.

La Paz está en Cristo.
Sólo por Él seremos
espacio infinito.

Contra el odio el amor.
Contra el odio el amor.

Día de Navidad de 1976,
Lomas de Chapultepec

Primeros poemas

1913-1921

BALADA DEL CREPÓSCULO

La tarde iba a morir. Sobre las olas,
el Sol una mirada postrema envió;
cerró los párpados... ya sus corolas
de luz abrían los astros cuando murió.

En oceano
vense cirios
cual entierro
en procesión.
En los lagos
no se agitan
ya las ondas
como antes,
y se escucha
un dulce son.

Envuelto en sombras de melancolia,
el fantasma de la noche apareció,
traía búhos en las manos, y tenía
el rostro negro... y el viento suspiró.

El poniente
es océano
purpurino
y sin confín.
En los lagos
no se agitan

ya las ondas
como antes,
y se escucha
un retintín.

Sobre el verde de los prados ya el velo
del fantasma de la noche se tendió,
La luna que brillaba sobre el cielo
las espumas en diamantes convirtió.

Un misterio
es el valle
y los lagos
y el jardín...
En los lagos
no se agitan
ya las ondas
como antes,
y se escucha
el retintín.

México, octubre 17 de 1912

BACANAL

A Guillermo Dávila Román

Al pie de un pebetero de bronce a cuyos lados
se prende una guirnalda de clásicos laureles,
un hombre con los brazos desnudos y cansados
se aduerme al son de una canción de cascabeles.

Helena, bailarina de muslos cincelados
cabellos obsidianos y labios de claveles,

avanza sobre el mármol do yacen desmayados
nenúfares, y ensaya la danza de las pieles.

Al fondo, decorado con trágica elegancia,
parejas embriagadas de orgiástica alegría,
dan risas y lamentos de rara resonancia;

y el vino que en el suelo rodaba, parecía
la sangre de una diosa de mármol que en la estancia
vejase rota y era sacrílega armonía.

Noviembre, 1913

RONDEL GALANTE

Señora:

Vos sabéis que os adoro,
Vuestros ojos me han dado un sorbo de dolor.
Yo sufro en el silencio de un crepúsculo de oro
y entre la sinfonía de mis versos de amor.

Os conocí una tarde, ¿lo recordáis, señora?
Diciembre era un enfermo como lo soy yo ahora;
sabéis ya vos por qué...

No hubo locas llamas...
La tarde fue serena como un paseo de damas...

Al ver vuestra belleza, deslumbradora y rara,
sentí cual si me hubiese dado luz en la cara.

Vuestros ojos divinos chocaron con los míos,
mas con la indiferencia con que a un extranjero
mirarais, tal vez me visteis. Mis ojos altaneros
sintieron en sus círculos la fuerza de mis ríos...

Y yo os miré tan larga, tan larga largamente,
que, cual los esquimales que cuando ven el Sol
con ansia —santa ansia— se descubren la frente,
tuve ese gesto ártico, y con gran devoción
rendí culto al orgullo que alzabais en la frente.

Yo amo vuestros ojos que son dos impolutas
y obscuras perlas sobre las cuales un chispazo
deslumbra y corta y hace siga yo sus rutas
al tiempo de sus llamas y al fuego de sus brazos.

Yo amo vuestras manos porque ellas son piadosas;
yo amo vuestros labios porque ellos son dos rosas.

Y amo también el porte de duquesa española
con que soberbiamente cruzáis por los salones
dejando en cada paso que dais, una amapola
que la recojo y guardo dentro de mis canciones.

Vos lo sabéis señora
que ocupáis el castillo de mi alma sonora,
que, desde aquella tarde sin prodigios de fuego,
amo más al Grijalva y a la ciudad que adora,
porque hallé en vuestros ojos un pretexto de ruego...

Fui gladiador, mas hoy dejo mi argente espada
a vuestros pies. Señora, vos que me habéis vencido,
dejadme la esperanza que sea un escudo para
defender al Amor del puñal del Olvido...

Vos sabéis que os adoro.
Vuestros ojos me han dado un sorbo de dolor...
Yo sufro en el silencio de un crepúsculo de oro
y entre la sinfonía de mis versos de amor...

San Juan Bautista, marzo 2 de 1914

CANTO AL MAR

A Enrique Ortega Flores

{Padre Océano!

Que entre tus cóleras ruede mi canto
serenamente.

Que tus espumas

pongan sus claras convexidades
sobre esta roca que se adelanta tranquila y negra,
y que un instante tus poderosas agilidades,
paren su espléndida fiesta de iras
cuyas barbaries y solemnizadas
enloquecidas,
ban animado sensaciones que dan en gritos
o en rimas locas, como la gloria de tus cruidades.

Torció una ráfaga su rumbo aéreo
y en vez de olas que provocara,
sonrió en las varias banderas altas
que se arrugaban
sobre los mástiles de las barcazas.

El sol ardía en un delirio de fuegos vastos.
Sobre los cielos iban las nubes en caravana
llevando el oro que se desborda
del áureo cofre que Ocaso guarda.

Señor magnífico:

En tus leyendas de espuma y golpe
vibran los ecos de una epopeya,
como en las crines del potro alado
vibran los sueños de las estrellas.

Amo tus tercos cantos salvajes, porque en sus notas

de bronce a veces de cristal otras,
ballo las iras de tu elocuencia
y las grandezas de tus victorias;
sobre los rasos grises de alguna playa,
vibran las notas en una escala
que se desdobra,
serenamente, como una ala.
Tú que levantas
entre epilépticas ondulaciones
tu voz enorme que se desgarra;
tú que combates contra las rocas,
cuál una eterna gigantomaquia;
tú que a los vientos que te dan vida
ofreces tantas rosas de espuma
que se disuelven
con fina gracia;
¡y en la locura de los crepúsculos te desbaratas!,
¡señor magnífico!
tu alma nerviosa que se giganta,
que adora el cuento del Sol que acaba,
es como mi alma que se desborda
cuando la tarde pone su lágrima.
Tú que conoces la "selva oscura" de tantos siglos,
dime en las claras convexidades de tus espumas
que desenvelven sus risotadas
en un alarde de fina gracia,
por qué no subes,
y en un arranque de soberana
grandeza trágica,
callado raptas a la princesa que se ha burlado de tus
hazañas.

Brutal la garra de fiera ola
se afianza sobre la negra roca
que alta y recia se adelantaba.
Y las espumas que se rompieron sobre mi cara

me descubrieron el gran secreto del regio monstruo que
[llena el mapa.]

Mi juramento voló sobre una
gaviota blanca...

Un coro de olas volcó sus fuerzas
sobre la espalda de la gran roca que se afirmaba
con la fiereza del heroísmo de mi gran raza...
Estupefacto fijé mis ojos sobre las aguas
que se arrugaban y se arrugaban...

Cerró el Ocaso
su cofre de oro que desbordaba
sus refulgencias sobre las nubes que se alejaban.
Sólo un recuerdo de aquella tarde
brillaba solo cual una espada
sobre el abismo de grises gasas.

Tembló un relámpago.

Mis pies chocaron contra los riscos de la escollera
en secos golpes que armonizaban
con el delirio gesticulante de aquellas voces que retronaban.

Serenamente,
dejé el espléndido paisaje. Una
canción marina,
daba a las brisas
sus amorosas
estrofas vagas...

¡Salud, Océano,
mi padre hermano!
¡Gloria a tus cantos de soberana grandilocuencia!
Una estruendosa

frase de olas
fue la respuesta...

Corrió la espuma sobre los riscos de la escollera,
y el eco sordo que se alargaba,
voló a perderse sobre la noche cual una risa que palpó
[taba.]

MOMENTO MARINO

Cae el Sol vertical
y el nervioso cristal
de las ondas se ofusca y parece que reta
a las flechas de luz que combaten la sal.

Las burbujas que saltan fulgen má que el diamante:
dignas son de engarzarse en diadema de quiméricas sienas.
Y al mirar el delirio del mar beligerante
y fulgurante,
digo al mar unos versos supremos de Juan R. Jiménez!

Veracruz, marzo 25 de 1914

NOCTURNO

Es la noche de fausto sobre el llano marino.
El milagro de plata se retuerce en las ondas;
y a los flancos del buque prende un verso divino
que chispea en espumas sus palabras redondas.

Anfitrite consagra su mirada al océano.
Ha pasado en su carro y ha dejado las huellas.
Sobre el nítido campo que es rítmico océano
sus tropeles antiguos se han cuajado en estrellas.

Es la noche de fausto, es la noche imposible
que define en las olas y define en el cielo
el instinto soberbio de ese monstruo sensible
de las voces hieráticas y del fúnebre anhelo...

Hay visiones que hielan. Hay marinos que cantan.
La bandera del barco se sonríe en dobleces.
Hay un buque fantasma que las olas delatan.
¡Qué espirituales ideas nos rodean a veces!...

Yo sonrío y me espanto y otra vez me sonrío.
Anfitrite va sola con los brazos en cruz...
De repente hay un arco volador, y sonrío,
es un pez luminoso que da saltos de luz.

Y en el vasto lirismo de la noche divina
se desdoblan los versos ondulantes del mar,
con el tono magnífico de una clásica rima
que cantaran las olas en un largo cantar!

Golfo de México, 1914

NOCTURNO

A Eduardo Chávez

Yo no sé qué ternura a mi instinto corrompa.
Se oye el presagio viento de la Isla lejana...
Sobre el mármol potente se cincela la pompa
de las lubrificas líneas de una estatua pagana.

Yo no sé si es la Aurora, yo no sé si es la Tarde,
yo no sé si es la Noche la que venga quitando
ese velo entumido que me ha hecho cobarde...
Se oye el presagio viento, se oye el presagio viento que
aleteo cantando.

No es tu llama la que arde. Es el fuego maldito.
Es la fiebre que agobia y que dura un instante.
La probable terneza que corrompa a mi instinto
es el viento que pasa y que viene triunfante.

México, 1914

TARDE TABASQUEÑA

Acodado en la barda, miro el gran espectáculo.
La sangrienta cabeza de Holofernes gotea.
El pavor de las nubes más hilvana lo trágico,
Y en el agua escarlata una barca pasea.

Acodado en la barda miro el gran espectáculo.
La llanura se alarga y está solo el camino,
y en la pompa vulcánica del crepúsculo mágico,
una tropa de pájaros se desprende de un pino.

México, 1914

YO

Soy sonoro y adverso y trigueño;
tengo un cofre de amor y dolor;
y si a veces se quiebra mi ceño,
otras veces deshojo una flor... .

En mis ojos palpita el paisaje
de una vida que no conocí,
y a través de mis ojos salvajes
a manera de faro que ostenta
vigorosas pupilas —así,
tras mis ojos veo arder la violenta
llamarada que llega hasta mí... .

Enamoro ya ha tiempo un lucero
(ya lo sé que jamás llegará);
la virtud está en ver que lo espero
y ¡quién sabe si acaso vendrá!

Un secreto de orgullo en mi cara
se trastoca queriendo estallar.
¡Si el secreto de orgullo estallara!...
Esperemos.
¡En las tardes el Sol va triunfal!...

Por
septuagésima vez mis jardines
ya presienten perder su color.
Una tísica veo en los confines.
Llega y dice: ¡Cupido es traidor!

Si el rondel que transita en el bosque
del palacio que guarda mi afán,
un suspiro no arranca de los que
me parece que quieras llorar,

en lugar de los ruegos que ronden,
¡mi tristeza tendrá que cantar!...

México, 1914

FUNERAL DIVINO

La cueva era negra, pavorosamente negra.
Los hombres entraron sudando y encendieron las teas
que alzaron sus plumas incendiarias
trémulas de pavor ante la escena.

El filósofo, yacía mostrando
la arruinada grandeza de sus manos.

La sangre en el cabello descompuesta,
detenida en el cráneo desolado,
guarnecía los rizos de la frente
cuál ideas que perdieron
su esplendor a la hora de las iras
que rugió la ideal Naturaleza...

La gruta, estupefacta,
amontonó sus estrofas de piedra
entre la sombra
donde flotaba un hálito de gloria...

Un rostro demacrado,
de estatuarios contornos,
puso un beso en la frente del filósofo.

Una cabellera rubia
se agitaba
en el temblor de llanto de diamantes.

El Silencio,
destapó sus perfumes de misterio
cuál simétrica ofrenda.

Otro beso estalló.

Un suave ruido,
se oyó en el fondo del sepulcro
al resbalar el cuerpo del maestro.

¡Los hombres cobijaron con mármol al gran muerto!
y se alejaron.

Las antorchas hablaban en su lengua de fuego...

Vésper puso su lágrima temblando...

Y en la tragicidad de aquella noche,
agitaba el planeta su gran cráneo...

México, abril 10 de 1914

CANTO DE AMOR

¡Salve Primavera!

¡Salve luz divina de la vida, alba!

Eres ave blanca que su vuelo ensaya, eres la primera
flor que desenvuelve su alegría pura dentro de las almas.

¡Primavera Amor!

Instinto que enciende la estrella que guía;

gracia del Señor,

único esplendor

que en casta bandera nos traen los ángeles cantando alegría.

¡Salve Primavera,

gloria de la vida!

Esperanza sola que a la luz postrera

sólo comprendemos

cuando no tenemos

savia en nuestras manos para sujetar la brida.

Riges la armonía,

reina que un esclavo

loco enamorado

de tu poesía,

te hunde su daga. Por eso no vives sino sólo un día.

Cuando a la sorpresa

de unos ojos negros se enciende tu anhelo,

cuando la sonrisa de una boca fresa

se prende a tus ojos como sutil velo,

naces, virgen loca al soplo de un vago suspiro que llena
tu copa de vida, cual si se posase una mariposa
brillante y nerviosa
sobre una azucena...

Ya están en mi pecho
quemados los lirios de la edad primera
que ofrendo a tu culto, a tu culto estrecho
ornado de estrofas ligeras.

Sobre los despojos níveos de esa vida,
se yergue tu rosa
que de ser tan roja
semeja una herida.

Ya mi rosa eslo, y quizás al soplo de tu brisa leve
renueve
el brindis vibrante que el alma commueve.

Ojalá que torne a sentir hervores mi amorosa copa.
Que su aurea boca
invada la gloria
de tu raro vino;
que con el sonoro clarín de victoria
cantará mi alma tu verso divino.

Primavera Amor. Amor que presagias lo eterno futuro,
si tu llama quema
y quema en dos lámparas, serás esa gema
que aclara el enigma tallado en el muro...

De las almas hondas, ¡Salve, Primavera!
¡Salve luz divina de la vida, alba!
¡Eres blanca ave que su vuelo ensaya, eres la primera,
y eres la postrera
flor que desenvuelve su alegría pura dentro de las almas!

México, 1914

SU NOMBRE
ESPERANZA

No es de timbre de oro vuestro nombre, ¡oh señora!
Vuestro nombre es el ritmo que presagia mi aurora,...
es el bronce precioso que en su hueco vacío
la palabra del Tiempo que en vocablo alargado,
nos anuncia las cosas de un futuro anhelado,
que siempre suponemos plétórico de frío...

Vuestro nombre es la nota de esa bella campana,
de esa heroica campana que de mi alma es hermana,
porque es fuerte como ella y ha sabido cantar.

En mi torre de bronce las campanas en coro
vuestro nombre repiten en estrofas de oro
que es mi elixir de fuerza y es mi sueño de mar.

Méjico, abril 15 de 1914

TARDE LÍRICA

I

El jardín bulle en rosas y en pensamientos negros.
El jardín como un cuento de niñas candorosas
arrulla en sus arriates los nítidos "allegros"
de surtidores que alzan flores esplendorosas.

Los cristales se rompen contra las piedras duras
que se empapan y enjoyan sus agrietadas caras,
con los lirios de agua que envidian las alturas
y se deshojan luego sobre las lozas claras.

La tarde, silenciosa, va abriendo sus jardines
que bordan sus arriates allá por los confines
del templo del adiós...

El jardín de la tierra cierra su florescencia
y el jardín del ocaso abre transparencia
en rosas de fulgor.

Van abriendo las rosas sus cálices rojizos
sobre la casta sierra de contornos plomizos.

En el jardín de rosas y oscuros pensamientos
enciende la tristeza de mi lámpara azul,
que levanta su llama como un fino lamento
que hace temblar el viento y hace temblar la luz.

Los fulgores se rompen más allá del ocaso
que pinta sus vacíos,
con los lirios de fuego que en un estrecho abrazo
se funden en las sombras de un océano frío...

III

Junto al borde de la fuente
alabo la gloria del crepúsculo,
que deshoja sus rosales,
largamente,
suavemente...

Y en la gloria del ocaso
digo un rezo calladito,
tan callado,
que no sé si yo lo digo
o lo dice el infinito...

México, abril 30 de 1914

LA ELEGÍA DE TUS OJOS

A. J. S. C.

Ojos que adoro con la candidez de una fuente,
Ojos que son los faros de un océano de vida
que aguardan a algún naufrago que vendrá del Oriente
a fundirse en la gloria de sus lampos de vida...

Ojos que son dos lagos hechos de Sol y bruma
en una inmensa tarde de paz y primavera,
ojos que cuando quieren, rién como la espuma
que salta y que palpita sobre la roca fiera.

Tus ojos son las quejas de un alma que no existe,
son dos espejos mágicos, son almas del paisaje
de la barbarie azteca que es bella y es muy triste
y entre la piedra embute su escultural encaje.

Tus ojos son la queja de la perdida raza;
quizás serán los versos de Netzahualcoyotl
a su luz pasan héroes, doña Marina pasa,
pasan los sacerdotes de la Luna y del Sol.

Y pasan las visiones de los paisajes viejos:
Tenochtitlán la diosa del valle, sus canales
empolvados de luna, de nerviosos reflejos
que dibujan las quillas en sus regios cristales.

La princesa encantada sobre el volcán coloso
su desnudez que besan las tardes, las auroras
que coloran su carne, velan por su reposo
y los vientos que cántanle en estrofas sonoras.

Geometría de pirámides y de templos; deidades
que piden corazones para absolver cruelezas.

Quetzalcóatl que predice la caída del Sol
azteca y del águila altiva y vencedora
que rodará en su nido de civilización
cuando alcen los cañones su voz atronadora.

¡Y las postreras horas de esa paz mexicana!
espléndida es la corte, soberbio Moctezuma,
el valle siempre joven, la campiña lozana
y sobre las cabezas la simbólica pluma.

El quetzal, el quetzal,
el pájaro que luce su mágico plumaje.
El quetzal,
que al desdoblar sus alas se lleva otro paisaje...

Ya llega don Hernando, la escena ya se pierde
entre el clamor inmenso de los conquistadores.
El quetzal ya no vuelve, y en su plumaje verde
hacén eco los ecos de todos los dolores.

Y así, entre los lampos de tus ojos divinos
pasa el recuerdo cálido de mi raza de gloria
que vive hoy en tus ojos su enigma vespertino
y canta en mi memoria.

En el jardín te dejo;
la fuente de ilusión que juega con puñales,
serene su reflejo
para copiar la gracia de tus ojos triunfales.

Que si rodaren lágrimas, las ondas reverentes
llorarán sus espumas largamente;
que la fuente
sea triste como tú, así, serenamente.
Ojos que son los faros de un océano de vida

que aguardan a algún náufrago que vendrá del Oriente
a fundirse en la gloria de sus lampos de vida.

Méjico, junio 29 de 1914

EL ENTERRO DEL CONDE DE ORGAZ

La escena es magnífica, la escena es serena.
Cual una azucena
puesta tras topacio pálido y luciente,
pero muy serena, muy serenamente,
tal es el semblante del Señor de Orgaz;
que viva en su sueño, que descanse en paz.

Yace envuelto en férreas claras armaduras
que chocan con los juegos de los cirios,
y con las escamas de las vestiduras
plenas de figuras de los arzobispos.

De los arzobispos que con blanca mano
y en los rostros una postre reverencia,
bajan al sarcófago rico pero vano
el cadáver noble que pide indulgencia...

Nobles caballeros en torno del conde
yerguen sus figuras de fina elegancia
y alargan sus cuellos para ver en donde
quedará el despojo lleno de fragancia...

Espumosas golas, ajustados trajes,
aguzadas barbas y bigotes rubios;
dolorosas caras y estirados pajes,
y divagaciones entre los efluvios...

En el grupo unos hablan de la vida,
de caballerescos casos y de amores,
de duelos y damas, de esperanzas idas,
de castillos viejos y torvos señores...

Otros hay que miran fijos las alturas,
se diría que rezan a alguna figura
de expresión divina y de suelto manto,
o que sueñan en la mágica tristura
de las soledades de la sepultura
y en su desencanto...

Y me siento como presenciando el acto;
frío de silencio, rostro estupefacto:

Los hombres que hablan en secreto, el paje
que señala al hombre de plateado traje.
Venerables rostros de arzobispos viejos,
círios que retiemblan líricos reflejos.

La escena
serena
cual una azucena
puesta tras topacio pálido y luciente,
pero muy serena, muy serenamente...

Y a mi lado el Greco, pinceles, paleta,
armonía de luces, cantos de un poeta,
y un perfume suave como de violeta...

México, julio de 1914

TRÍPTICO AZTECA

I

TZILACALTZIN

De entre el vistoso grupo de aquellos hombres fuertes,
saltó un hombre, desnudo, como un puñal de muerte;
y fue un puñal.

Los blancos rieron al ver tanto
valor. El héroe, altivo, se irguió. Quizás un canto
hierático cruzó cuando la piedra ruda
hizo rodar a un blanco en una muerte muda...
Un haz de proyectiles respetó la figura
de aquel hombre solemne como una escultura.

Y dos piedras volaron en pos de otras dos vidas
que con su rendimiento completaron la hazaña
del tal héroe, cual símbolo de la raza escondida
que tuvo la grandeza de las huestes de España.

Y así, en nuestra urna de condecoraciones
antiguas, aparece desnudo y altanero
Tzilacaltzin; en su ojo relumbran escuadrones
y su brazo es a modo de un gran puñal certero.

II

NETZAHUALCÓYOTL

Es una corte espléndida. Es tal el colorido,
que se diría en pedazos un arco-iris prendido
a la nobleza aquella, que envuelta en su tesoro,
parece que se incendia en una tarde de oro
entre un jardín de plumas.

El rey es un poeta
y es un bravo guerrero; soberbia es su silueta.
Tan pronto hace girar sus flechas prodigiosas,
como cincela una estrofa hecha de rosas.
En su cabeza juegan las gracias del quetzal
(el alma de la selva); y en su manto real,
deslumbra un apretado concuerso de diamantes
que, al desenvolverse la regia vestidura,
simulan una ola de espuma sollozante
que en leves contorsiones desdobra su figura.
Y pasa aquella ola elegante y fastuosa,
que es verso y es diamante y es carcaj y es rosa.. .

III

CUAUHTÉMOC

A veces me figuro que eres griego o romano
y eres las dos cosas; cual si una roja mano
las fundiese en la lumbre del azteca volcán.
Una heroica agresión, una frase divina,
una llama angustiada que duplica tu ruina
y una noche espectral.. .

Y una noche de selva, la noche de tu vida.
La selva se agiganta, ella nunca te olvida;
tu vida es una selva y la selva convida
a sus árboles viejos a llorar y a cantar.

En la inmensa epopeya de las albas sus liras
soltarán el flechazo de una estrofa solar
vibrarán como vibran las estrofas del mar.

Y la selva rugió.. . Y era su voz sagrada
la queja del Anáhuac. Un águila se hirió.. .

Las estrellas oraban desde el mar de la Nada,
y el quetzal para siempre su canción apagó...

México, agosto de 1914.

VESPERTINA

En la estancia hay una vaga resonancia
de suspiros. Una lámpara juega
con su llama leve que se estira y llega
a besar a una prisión de fragancia...

Las cortinas suaves se inflan fácilmente
con la brisa. Tienen las cortinas tales
un rumor de frondas que pausadamente
choca secamente sobre los cristales.

¿Qué roja tristeza recubre las cosas?,
los libros, la estatua, las flores, la mesa,
como si de sangre empapado hubiesen una casta rosa
y temblar la hicieran sobre de los libros y sobre la mesa.

El reloj parece que se hace pedazos:
da siete timbrazos, como siete nombres
breves y sonoros; y de entre las torres vuela un campanazo
que ruega un momento de paz a los hombres.

México, agosto 29 de 1914.

FANTASÍA OTOÑAL

En medio del Parque la estatua de Diana
espera que un sátiro la vaya a tentar.

Los álamos tienden su sombra en ufana
caricia que envuelve la estatua de Diana
que lleva una cabra cogida al azar.

Las fuentes que lloran su risa de gotas
que tira una vara graciosa y triunfal,
aguardan tropeles de músicas rotas
que el paso de Diana fugaz soltará.

El sol desparrama
su lujo de oro sobre la ciudad;
y oro por la gloria de su viva llama
y por la duquesa que aún no me amó
y por los lirismos de mi terquedad...

¿Cuándo vendrá el sátiro y entre la arboleda
avance pisando la hojarasca y la
charquería de plata sobre cuya seda
observan las nubes sus gestos de paz?
En medio del Parque la estatua de Diana
espera que el sátiro la vaya a tentar.
Los álamos tienden su sombra en ufana
caricia que envuelve la estatua de Diana,
que lleva una cabra cogida al azar.

No sé, pero creo que el hombre que espera
la diosa del parque,
mirándola está.

Y veo que la estatua corre. En su carrera
carcajean las fuentes, tiembla la pradera
y las gotas mojan la arruga del chal...
La cabra va en fuga.

Me dicen las fuentes
en un alborozo frases de cristal.

Y traduje en verso que era yo el ausente
que por mí la diosa dejó la sonriente
boca de la fuente,
y que por mis ojos nunca volverá...

México, septiembre de 1914

EN LAS SERENIDADES DEL CREPÚSCULO

TARDES DE OCTUBRE

A Guillermo Dávila

1

Serenidad de los crepúsculos
llenas mi espíritu
de tus místicos encantos
y de tus rojos instintos.

En las horas móricas de tu vida
llego mis ánforas antiguas
de tus bellas melancolías,
que vierto sobre mis nocturnos
y sobre mis alegrías.

Tú que eres la hermana
de mis angustias líricas,
acepta el homenaje
que te ofrendo en mis rimas.

¡Oh espíritu mío, melancólico espíritu
adora
la augusta serenidad de los crepúsculos!

Pienso en una cabellera
que no tiene
las ondulaciones de los mares.
Que es a la manera
de la nube que se interpone
para ofuscar el fuego de la tarde...

Esa cabellera es más obscura que todos mis pesares
reunidos en el silencio
de mis estupendas soledades...

Cabellera que amo
como mis fulgidos lugares,
ve como la nube que se interpone
para ofuscar el fulgor de la tarde,
y desfleca tu sombra
justo a mis ojos y justo a mi alma
para que un momento
olvides mis tristezas
y se comporten con tu calma.

¡Oh la cabellera que amo
como mis fulgidos lugares
y que no tiene
la epilectica curva de los mares!

Esta tarde es mía,
porque es la confirmación
de una eterna alegría.

Esta tarde es mía
porque en mi corazón
vierte su melancolía,

y en un rosal ardiente
se quema la locura
de mi gran tontería...

Tarde potente,
tarde que fulguras
como una coqueta que tenía
un pesar más hondo que los cielos
sobre sus pediterías.

Tú eres mía, oh tarde,
porque eres otra página
de una eterna elegía,
que es sublime como esta hora
y bella como mi tontería...

IV

¡Qué glorioso crepúsculo!
¡Qué recuerdo me trae!
¡Cómo se llena el cielo
del dolor de esta tarde!

¡Oh las tardes tabasqueñas
para mí siempre llenas
de dolorosas verdades!

El cielo es el jardín del purgatorio:
en estas solemnidades
purifíco mis penas en interrogatorio
que cruza como las aves,
del puente de mi alma, el jardín de la Tarde.

¡Qué glorioso crepúsculo!
¡Qué magnificencia de plumajes

tienen las nubes
que avanzan sobre los paisajes!

¡Oh las tardes tabasqueñas
por siempre inolvidables...!

v

Tu recuerdo me persigue
siempre
en el incendio de la tarde.

Tus recuerdos son más crueles
que todos los cardos que he encontrado
en el sendero de las casualidades.

Tu recuerdo me persigue
torturándome siempre
porque siempre me diste
en copas repujadas el amargor de tus hieles.

¡Qué serenidad cunde en el paisaje!
Sobre los volcanes
se ha cometido el crimen de la tarde.
La mujer chorrea sangre de los senos
y con manos sangrientas
ha huído el cobarde.

¡Si en mis delirios vespertinales
cometiera yo el crimen de la tarde!

v1

Sobre las estatuas del Paseo
se prenden
rosales y claveles.

Y coronados de flores
los héroes aparecen.
La tarde es una maga
que vende un cariño en sus fulgores,
un cariño misterioso
como todos sus colores...

Yo siento que a mi lado
va la mujer que en mis ensueños veo
pero no puedo tocarla
porque es sólo el recuerdo del deseo...

La única verdad en esta tarde
es la mentira de las rosas
que están sobre los héroes del Paseo.

VII

La hora de la muerte
fue gris y algo violeta.
Yo daría mis diamantes para verte
y se resignaría tu poeta
con la suerte
de ver en la penumbra tu silueta.

Oh la arboleda que interrumpe
con su gangoso hablar mis soledades
cree así que tentaré mi poema
para cantar sus curvas, se equivoca
porque hoy pienso en la sangre de una boca
que aborrece la carne de la mía...

El sol fue en esta tarde un héroe viejo;
se hundió en el almohadón de una gran nube
mas ya mi planeta vierte su reflejo
y hallo en sus oros para mí un consejo
que como el astro, hasta mi alma sube...

Y escuché que decian:

"¡Oh poeta
soberbio como el roble y agitado
como la mar inquieta,
tú eres el rey de nuestra vida roja
que a tu carro triunfal hemos atado
el rosal de una erótica congoja
si quieras que llevemos tu recado
cincelado en un verso alejandrino
jura que regarás todos los días
con tu llanto argentino
la visión del encanto vespertino
que sobrepuja tus melancolías!"

Yo quedé en el silencio suspendido.
Tuve miedo de hablar, con mi cabeza
hice una señal; fui comprendido,
y vi pasar volando a la tristeza...

Lo recuerdo, fue así:

Sintió ella
sus ojos oprimidos por los míos
y no quiso mirarme la doncella,
tuvo miedo de ver algo bravío
que eternamente a mis pupilas sella.

Y quedamos así:

ella venciendo
sus curiosidades femeninas
y yo, con mis dos lámparas ardiendo
en una obscuridad siempre divina.

Qué amarga anécdota. La siento
vivir en mi cerebro todavía;
no la arrebatará jamás el viento;
es un dístico más para ese cuento
que preparamos yo y el alma mía.

La tarde fue un ensueño que tenía
el temblor de una llama puesta al viento.

x

Estoy en un balcón que da al Poniente
y pienso en un placer que fue una rosa.

Entre las claridades del ambiente
vuela mi verso como mariposa,
sorprendo en la cara de la fuente
la emoción vespertina que la roza.

¡Qué sensibilidades y qué glorias!
La lucha del color doblega su impetu
y flotan vaguedades religiosas
y el recuerdo inmortal de Jesucristo.

Yo estoy impávido. Mi quietud marmórea
adquiere indiferencias que se pierden...
Da el ángelus su música estentórea
y entonces vuela sobre mi memoria
la evocación sagrada que no hiere... .

Qué sublime quietud hay en las cosas.
La tarde es un gran templo. La corriente
de vida de mis lámparas de rosas
orna el altar mayor que brilla enfrente.
Y desde mi balcón que da al Poniente
deshojo un pensamiento en mis estrofas... .

Llueve,
casi no ha habido tarde...
El agua tiene
una música amable.

Sobre el humo de cielo
un rayo desnuda
su sureo sable
y en su luz que fulgura
hay un verso cobarde...

El agua no es sincera:
cae miedosa
y al caer por la acera
me parece oír palabras amorosas;
luego se me figura que son rezos
que repiten dos niñas candorosas
y después me imagino que son besos.

Como todas mis cosas ardorosas
hay en esa tarde silenciosa
la locura de un preso
que reclama una joven...

¡Qué incendio,
qué visiones,
qué delirio dantesco,
qué rumor en las frondas,
qué cantar en las fuentes,
cómo mueven las ondas
un deseo birviente!...

¡Qué furor en mi alma
de dolor y de flores!
¡Qué alboroto!
¡Qué tarde
de visión y de incendio
que ha inventado colores
clarando un misterio!

¡Cómo corre el tranvía,
cómo pasan los pájaros,
cómo hay rebeldías,
qué tropeles tan raros!

¡Qué furor en mi alma!
¡Qué delirios de ensueños,
cómo pasan los pájaros! . . .

XLI

Tarde, serena tarde,
tarde tranquila
que te he dado mis versos por amarte
y vivir la tragedia
de tu inmensa pupila...

Tarde, serena tarde,
que me has enseñado
la flor roja del bien
y la flor roja del pecado.

He adorado fervoroso
(con fervores de poeta, que son grandes)
tu silencio maravilloso
y tus rojos arranques.

He vivido en la serenidad
augusta de tus horas y me ha dado tu claridad
toda la seguridad
de tu mística flora.

Hoy que has venido
como jamás extraña,
de ti me despido
y hago sonar mi caña

Ojalá que mis notas
lleguen hasta tu alma,
mis notas que no saben
lo que valen tus lámparas.
Y así evoques al poeta
que ha vivido en tu alma.

Tardes de octubre de 1914

Tenía que nublarse.
Habían pasado azules muchos días,
—bueno, algunas horas—.
Nunca sabe uno, en realidad,
por qué suceden las cosas.
Se fue la luz y se escondió la sombra.
Cosa de no entender.
Yo preguntaba a todo:
¿por qué la primavera se deshoja?
Si los días
siguen teniendo 24 horas,
¿por qué atardece a medio día?
Y si mis piernas siguen siendo fuertes
¿por qué prefiero estar sentado,
obscurecido,
brotando nubes que lo cierran todo?

Tu imagen está en todo
y no la veo, no quiero verla.
Hoy no quisiera ser
ni siquiera el puñado de viento
—que enmudece en mí
lo que quisiera y no quisiera ser—

1914

EN EL JARDÍN DE LA TRISTEZA

I

—Tristeza, ¡buenas tardes!
—Que las tengas, viajero.
—¿La gracia me concedes de entrar a tu jardín?
—No gusto de etiquetas, ¡si fueras el primero!
Pero han entrado tantos y nunca ven el fin..

Y entré yo pensativo. La tarde era opulenta
sultana que ostentaba sortijas de rubí.
Y tuvo la alegría de ver la amarillenta
violeta en una copa de ónix y de marfil.

II

Ahora ya conozco el carmen silencioso,
paseo mis dolores por todos los vergeles.
Y en medio de los prados, la estatua del Reposo,
me ofrece por las tardes sus mágicos pinceles.

La Vida afuera inquieta mi instinto con placeres
y llego a la portada con ánimo de ir...
mas oigo que reclaman mi ausencia otras mujeres
y torno, que aún hay rosas que hallar en el jardín.

México, octubre de 1914

A OSCAR WILDE

Salomé danza,
Salomé avanza,
Salomé alcanza
la orilla helada de una esperanza:
una cabeza que es el ensueño de una tristeza...
Una cabeza que es el delito de una terneza...

La luna mira
y en un desmayo de luz suspira...

Salomé danza,
Salomé alcanza
la helada orilla de una esperanza,
de una esperanza que es pavorosa,
será un misterio de perla y rosa...

La luna mira
y en un desmayo de luz suspira...

Salomé avanza.
La danza
cansa
ya la cadera,
y en su elegancia

ya se presiente
sangrientamente
la Primavera...

[La Primavera del cristianismo!
La Primavera.

México, octubre 22 de 1914

NOCTURNO

En la pena regia
de esta noche obscura,
hay frialdad de perlas
y arden en mi llama lúbricas ternuras...

Noche de deseos
impuros y llenos
de irritados fuegos.

El viejo de Teos
dice a mis oídos
orgiásticos versos,
 llenos de osadías,
 llenos de embelesos,
 que suenan a besos
 y a monomanías...

Bocas que se empapan
de vinos añejos.
Vinos que retiemblan
en copas de oro
y ufanos enlázan
labios tentadores
que insinúan cantos y hablan de unas flores.

Octubre de 1914

A PERICLES

Grave señor egregio de la cabeza oblonga,
te adoro como el más que brilla en nuestro Libre,
quizá nadie en tu templo una ofrenda te ponga,
por eso estamos locos, por eso yo te sirvo,

si no el pérsico aroma, la música del lloro
por tantos que se han ido, por tanta infamia nuestra;
que caiga gota a gota en tu vaso de oro
nuestro lloro
para que así nos libres de la fatal palestra.

México, 1914

TRÍPTICO LATINO

A Francisco Xavier Piñón

I

ROMA

Bajo el lívido amago de una noche plateada
helaban las legiones sus recias armaduras.
Escudos cuadriláteros mostraban aventuras;
los gestos eran señas de ola alborotada...

¡El triunfo de la noche y el triunfo de la espada!
La espada fue cometa prendido a las cinturas,
y, sobre la terneza del mármol, las figuras
pulían una sombra solemne y animada.

¡Magnífica la noche de tal triunfo romano!
El casco fue corona; la lanza fue la mano
que aguda y estirada logró verde diadema.

Y al grito de victoria que da el pueblo embriagado,
responde de los antros del circo abandonado
un grupo de leones que fúnebre, blasfema.

PARÍS

Alegria, alegría, alegría y tristeza.
 La Gioconda sonríe, rivaliza Hugo a Océano.
 Alegria, alegría, alegría y belleza,
 y una lira de oro que reclama a Juliano.

Con el Arco de Triunfo Napoleón se confiesa:
 queda el épico sello como un eco lejano...
 Por un bosque galante va la musa francesa
 deshojando claveles entre un canto pagano.

Y es la hípica fiesta. Los caballos gentiles
 entre un vértigo olímpico dejan ver sus perfiles.
 Las mujeres aplauden; se abanican y pasan
 ya luciendo la gracia de una pluma ligera
 o alardeando ese porte que se impone doquiera.
 Y Alegria y Tristeza en la calle se abrazan.

SEVILLA

¡Oh el jardín de mujeres, oh andaluza morena!,
 en tus tardes de ensueño yo quisiera beber
 esa copa de vino que al amor nos condena,
 a la luz de los ojos de una linda mujer.

Tus canciones vibrantes como una áurea cadena
 de eslabones sonoros, me duplican el ser,
 y así una ánfora tengo que de luna está llena
 y de sol tengo otra que quisiera vencer...

La nostalgia que siento por vivir tu ventura
es la antigua esmeralda que en mi pecho fulgura.
Yo que tengo en mi cara tu calor y color,

te cincelo un soneto; por tu fina elegancia
por vivir tus nocturnos y adorar tu fragancia
que aunque no te conozco, ¡ya conozco tu amor!

Méjico, 1914

NOCTURNO SEVILLANO

A Luis Enrique Erro

Por la calleja tortuosa
complaciente y ondulante
en donde vive triunfante
la morena de "la rosa",
mientras la luna es esposa
desta noche sevillana
y va despidiendo ufana
los perfumes de su amor
como la argentada flor
de una aventura lejana...

Camina él por la calleja
rebosando esa alegría
que da una cita sombría
y que pienso que semeja
en el jardín la pareja,
un claro obscuro de amor,
cuyo mágico color
no guarda paleta alguna:
esta acuarela es de luna
con carbonazos de ardor...

Allá tiembla un farolillo.
Su ventana es más allá
y ya imagina que está
aguardándole el chiquillo
que agitará el latiguillo
que anunciar ha su llegada,
como anuncia la alborada
un fulgor pálido y breve.
Ya sonó el látigo y mueve
su ala el balcón de la amada.

"Carmencica de mi alma,
mujer me has hecho una hería
por la cual toa mi vía
está goteando, calma
con tu mirada esta alma
que llama a tu corazón
y vive por la ilusión
de viví junto a ese tuyo,
que será toa mi orgullo
porque es toa mi pasión!"

Y ella no le dijo nada.
De la olorosa maceta
quitó una rosa. Y secreta
palabra dio en su mirada...
La rosa cayó, callada...
"Adiós niña encantaora",
se deshojó. La sonora
ala de la ventana
dijo un lento "Hasta mañana"
que sonó como una hora...

Por la calleja tortuosa
complaciente y ondulante,
en donde vive triunfante

la morena de la rosa,
mientras la Luna es esposa
desta noche azul, pagana,
él con sus pasos profana
hasta la luz del candil;
y en su figura gentil,
va la gracia sevillana.

México, 1914

MADRIGAL

Con la pureza de Evangelina
y con el fuego de Tabaré,
te haré una rara flor matutina
y vespertina.

Te haré una rara flor vespertina
y matutina
con la pureza de Evangelina,
y con el fuego de Tabaré.

México, 1914

TRÍPTICO PORTADA

I

Yo tengo un lápiz que a pintar incita,
también es flauta y es batuta de oro.
Un milagro de amor, estalactita
en la caverna ideal de mi tesoro.

Su ritmo ausculta viejos corazones
y hace vibrar la sombra que persigue
la ilusión de una magia de visiones
que aunque me espanta yo le digo: ¡sigue!

Yo tengo un vaso repujado y viejo
 que en Tanagra me dieron mis abuelos...
 también es boca, paladar bermejo
 que lo guardo en el humo de mis velos.

Vaso que tienta a derramar el vino,
 pensar en rosas de jardines rojos;
 aún no brindo con él, mas por él brindo
 mil gotas de esperanza a mis abrojos.

III

Y aquí en el pecho tengo una varita
 como la de los cuentos de las hadas
 que no he visto jamás, estalactita
 en la caverna ideal de mi azulada

Psiquis, que adora la verdad que miente
 y la Luna y el Sol, y el mármol griego
 y el Crucifijo de marfil que siente...,
 y la aflicción olímpica del ruego
 que complace a mi bella sonriente!

México, 1914

CORTESANÍA

A Mlle. Elmira Espejo

Permitidme señora que vuestro porte alabe.
 No os sorprenda mi franco carácter tabasqueño.
 Entre el vals ondulante vais lírica y suave
 con la satisfacción de un impulso halagüeño.

Vuestras manos de raso sobre el obscuro traje
del dichoso mancebo que vuestro talle ciñe,
semejan un ornato de perlas. El oleaje
de notas, commueve vuestra alma que el beso de Eros tiñe,

¡Oh el tinte de ese ósculo que no borra la lluvia solemne de
[las horas!]

Prendido a vuestra psiquis es iris de alegría.
Permitidme que llame a vuestras seductoras
virtudes un prestigio de paz y de armonía.

México, 1914

SONETO DE NAVIDAD A LA SEÑORITA
ANA MARÍA GABUCIO

Mientras el lindo niño de cera
duerme en su cuna sin despertar,
una fragancia de primavera
das al invierno cuando te acercas a suspirar...

Se oye la gracia de la carrera
de los pastores para llegar,
Y hay una audiencia de enredadera.
Será una estrofa que en la ventana quiere colgar.

Sobre la arena da la palmera
su breve sombra. La luz lunar
tiene un perfume de vinajera

que da un misterio de alborear...
Y una fragancia de primavera
das al invierno cuando te acercas a suspirar.

1914

SONETOS ROMANOS

A Javier Piña y Palacios

ORGÍA

En un triunfo de copas se enloquece la orgía.
Gestos dóciles, bellos, oro luz y laurel.
Procesión de columnas. Pasa con la Alegría
la Muerte y en su boca se deshoja un clavel...

De los tímpanos brincan notas finas y breves
que en sus juegos impulsan una danza genial.
Y es un plástico símbolo la quietud de las leves
silentes luces de oro de expresión funeral...

De los tripodes vuelan cien ensueños de arena;
con la gracia de Grecia y la fuerza de Roma,
bailarinas helenas y sájenos latinos

riman lúbricos besos, mientras mueren las rosas...
Y en un ángulo, solos, van hilando sus prosas
amorosas los dos corazones divinos.

II

Divinos corazones que importuna otro vino...
Bajo el lino ella muestra su alboreante piel;
él, violento, retiene actitud de felino
y otras veces retiembla cual nervioso corcel.

¡Qué tristeza en los ojos de la bella cautiva!
En el óvalo puro hay desdenes sagrados...
Coronada de rosas es una estatua viva
que tuviera la gracia de una rosa en rejados...

Tras la mesa imperial, imperialmente moña
Nerón a la pareja que reclama pincel.
De repente, Petronio dice bello una estrofa.

Cruzan dos por la sala en un terco tropel.
Y en un triunfo de copas se enloquece la orgía
y con la Muerte va temblando, la Alegría...

LIGIA Y ACTEA

Aquella desnudez intacta y aromada,
y albeante en la victoria de su clara opulencia
era el ritmo plasmado de la ideal cadencia
soñada por Vinicio

Cuando la vio hecha Venus, la querida pasada
de Nerón así dijole, singular advertencia:
“Más bella que Popaea tú eres...” Y una esencia
de religión naciente su amor vertía alada.

Al íntimo recinto el sol occiduo su oro
en dádiva fulgente enviaba; hubo un sonoro
cruzar de castas aves entre los peristilos.

Sobre la piel de una pantera, en pie, desnuda,
fue Ligia bello símbolo... ¡Divino triunfo! Muda
pasaba una paloma con aleteos tranquilos...

LA CORTE

Chispean luz y música. La Gula obesa rie.
Las perlas se enternecen en cuellos de alabastro.
Estuches de pestañas esconden fuegos de astro.
De las erectas ánforas el vino se deslie.

Las horas danzan ebrias. Y el gran concurso gastronómico entre el hervor del vino, rie, rie...
Deslumbran camaseos olímpicos cual rastro de cinceles famosos, "¡Que la Muerte no espie!... .

secretan comensales en el ágape regio.
De pronto blancas manos endulzan un arpegio y Séneca el ibérico triunfar ve a Tigelino.

Revuela un epigrama de Petronio elegante; Lucano dice exámetros y el imperial felino retiene la heptacorde sintiéndose cantante.

PARÉNTESIS

GRECIA

Ella es la fiesta de las líneas
y de las rosas soñadoras
y las diademas apolíneas
entre la flor de las auroras.
Tropa de dioses pecadores...
Píndaro canta, dicta Aspasia.
... Y un atropello de visiones
en los suspiros de la magia...
Solemnidad de columnata.
Y en las mandíbulas de plata
del trípode, alza sus esfuerzos
la lividez de los aromas,
como una ráfaga de versos
en un encanto de palomas.

México, 1914

GLORIA — LUJURIA

Aquella esclava d'Hélade que amaba ardua y secretamente al gran marsellés de los versos carnales, ríe mostrando sus bellos senos triunfales en los brazos ardientes del amado poeta.

¡Diamante del amor, luces nueva fasceta!...
¡Revientan en rubies las caricias bucales!...
el beso es la oración que repite el esteta
de la corte soberbia y las cien bacanales.

Un estanque en el fondo. Mármol, césped, cortinas;
ella envuelta en caricias de sedosas neblinas,
—tal los velos—, reclina su áurea testa en la d'él.

Apostrofa Vinicio la intención de Epicuro...
Las palomas revuelan y el rosal en el muro,
brinda en copas rosadas el aroma y la miel.

El árbitro era ausente. Y la esclava elegante que adoraba en secreto al gran gallo-romano, tuvo el gesto sutil de abrazarse al tonante mármol en que Petronio podría serle ufano... .

Y, ¡oh indiferencia clásica de aquel mármol! Amante enlazóse ella a su héroe desnuda, y soberano un beso humedeció los labios del profano retrato del poeta suntuoso y lujuriente.

¡Oh esplendor helenista refinado y sonoro!
Los mármoles sin mácula al ósculo de oro
del Sol, vibraron de citreas alegrías... .

¡Y el beso que en la boca marmórea se había helado,
pensó la loca esclava que en las pupilas frías
del árbitro, era luz y la veía encantado!...

Bajo la columnata que la fuente rodea,
el grupo de romanos platica. La soltura
de la fuente que tira su chorro, se recrea
en decir al jardín palabras de ternura.

Soberbios los cipreses levantan su figura
tan firme como las columnas que orea
el sol de medio día, y el chorro que fulgura
guarda el aspecto fúlgido de una argentada tea.

Vinicio lanza el fuego de sus ojos a Ligia;
Petronio, en cuya toga su arte se prestigia,
tiene gestos galantes, elegantes y bellos.

Los demás son los dueños de esta mansión cristiana.
Un niño tiene sol de oro en los cabellos
sus padres tienen la cabellera cana.

Así la aristocracia rotunda y exquisita
del podium: las columnas ideadas en Corinto
sostienen elegante dosel cóncavo y tinto
en oro que sorprende, por juegos que suscita.

En pliegues las cortinas rodean la pequeñita
creación de seda y mármoles y bronce; un instinto
de trípodes, aroma la luz que rie en distinto
gesticular aurino sobre el mármol que excita,

del fuerte y bello grupo de homéricas posturas
que animan en bizarros impulsos sus blancuras.
En los preiles blancos la seda persa arruga

sus finuras purpúreas y su fleco sonoro,
De pronto, en las arenas, una sonora fuga
de cuadrigas levanta una niebla de oro.

Templos solemnizados por los griegos estilos,
geométricos remates de las columnas dorias;
hojas de acanto que arqueando sus filos
las corintias columnas diademan con sus glorias.

Volutas impecables que en junios peristilos
airosas se retuercen; y en mármol las memorias
de Césares famosos se plasman. En tranquilos
divinos templos blancos se adoran ilusiones

deidades de Saturnos y Vestas y Dianas.
Monumentales mármoles atestiguan lejanas
glorias de Emperadores... Jardín de arquitectura.

Albean entre sus togas los viejos senadores,
y enfrente, dominantes, solean sus esplendores
de Júpiter los mármoles en la sagrada altura.

EL INCENDIO

I

Y fue así aquel capricho maldito y estupendo:
Como a un león ardiente tuvo a sus pies Nerón
a la ciudad romulca. La Muerte iba sintiendo
tener hermano en el Imperial León.

¡Oh Júpiter! ¡tus mármoles olímpicos, rugiendo
derrumban las siluetas pulidas al frontón!
¡La majestad insigne de tu ciudad, latiendo
agonizante escúchase como un gran corazón!

¡Corazón de los siglos pasados, alma fuerte,
que adoraste el capricho de la gloria y la muerte,
blasonando al planeta con tu gesto inmortal!

¡Pues siempre has sido fúnebre, olímpica, grandiosa!
¡A una fosa le pones una rosa, otra rosa!...
¡Flor de orgullo divino, oda siempre triunfal!

II

Era un vasto crepúsculo la ciudad hecha hoguera,
¡Nerón de pie en el éxtasis supremo del pecado!
Fue la ciudad combusta de la Augustal Pantera
el altar más propicio para el Apostolado...

Tomó César la lira; de la pauta ligera
soltó notas de fuego rampantes al loado
romano cielo como si huyera un asustado
concurso de aves músicas a su región austera.

Ruge la plebe loca, ruge roja y tremenda.
El fuego con la sombra sostiene alta contienda.
Junto a un león de mármol Petronio, mudo y solo,
enciende un pensamiento de cólera y nobleza...
¡Desnudo y bello y negro un gran bronce de Apolo,
diríjase un cortesano, rindiendo la cabeza!

III

¡La cabeza humillada! La divina escultura
alzábase en su zócalo, vencida y expectante...
A la melancolía de la bella escultura
aunábase la trágica tristeza fulgurante
del fuego tempestuoso, diabólico y tronante
que de la columnata, la cincelada albura,

martirizaba al beso de la negra e impura
caricia suave de la humareda violante.

Simbólicos cipreses erectan su verdura
adustos y sonoros a la racha tirante
de formidables chispas que la pira fulgura.

Ruge la plebe abajo, monstruosa y delirante,
y, sólo, ante la selva de luz, desconcertante,
se envilece en su gesto la divina escultura...

Bajo la arcada negra, subterránea y adusta,
mágica en estupores de frialdad y de sombra,
donde la virgen Ligia su cuerpo en paja incrusta,
calenturiento y nábil, y dulcemente nombre

al celestial Jesús, Vímicio arrodillado
ante el lecho en que el ave del dolor aletea,
desespera sollozos; por su torso combado
la frágil mano lírica de Ligia se pasea...

¡La hipocresía sangrienta de César ruge arriba!
¡Oh cómplice soberbio, oh circo! pensativa,
te guarda la Sonámbula que besa una vez sola...

¡De muerte un apoteosis celebrará la enorme
y recia mole oval, en donde la deformé
figura de Nerón en sangre se arrebola!

Y lentamente irguióse del suelo, fúnebre hoja.
¡Terrible calma! Era cual mandibula infame.
Saltó un león anémico, y fue palabra roja
de horror y de venganza! ¡Un trágico derrame

de tremantes felinos decoró las arenas;
y las vírgenes blancas, estatuarías y puras,

envolvieron sus carnes en las blondas melenas
que los leones cediéronles al querer sus alburas!

¡Oh crueidades cesáreas! A través de la lente
pulida en esmeralda, creía Nerón, demente,
como en una esperanza romper la cristalina

cristiana copa; pero en vez que fuese tal,
la copa fue perdiendo su virtud argentina,
y pronto fue de bronce, magnífica y triunfal.

¡Orad por vuestras almas! balbuceó Cristo agónico,
Perforaba la sombra del antro en haz solar,
que era entre el paupérrimo concierto polifónico
de aquellos extenuados que van pronto a llegar... .

el signo de la paz que después del martirio
que coronan las palmas al placer de morir
ha de blanquear; divina floración del gran lirio
en que se torna la sangre del existir... .

Entre el montón la rubia cabeza de un pequeño
es bello punto de oro que alegra aquel diseño
de sombras, de repente, tocadas por la luz.

El circo aguarda pleno, radiante, hecho coloso,
gozando sol; mas otro sol esplende en el foso:
¡la luz de los espíritus amados de Jesús!

LOS GLADIADORES

Uno acerado, el otro muestra el acero vivo
de su carne. Saludan al que rige el imperio.
Y luchan. Y la lucha era como un cauterio
al Apóstol por cada gran impetu agresivo.

Mientras la espada fulgida brilla en golpe ofensivo
la red vuela, y dijérase, efímero hemisferio;
y la espada se enreda y ante aquel cautiverio,
sin ella, el gladiador su escudo luce altivo.

Recobrada la hoja, nuevo lance. La Vida
y la Muerte combaten en suprema partida...
¡Ha perdido el retiario la red! Vence la espada.

De pie sobre el vencido el gladiador de acero
blasóna locas épocas. No hay gracia... ;Y a un certero
golpe al cuello, desátase una roja cascada!

LA MUERTE DE PETRONIO

Al fin venció la Envidia. Así llegó la Hora.
Recibiósele como si fuera un triunfador.
Y Eunice, aquella griega de amor fascinadora
pensó que era el crepúsculo divino del amor.

Era la escena mágica en la fiesta sonora;
eran las litas de oro y rosado el dolor...
Silenciosas caían las ofrendas de Flora;
era como el desfloro de una suprema flor.

De los brazos de ambos, el poeta y la ninfa,
inició sus desbordes la sombra de una linfa
de líquidos rubíes pasionarios y cálidos.

Y se fueron quedando como dos marfilinos
vasos rotos que fueran derramando sus vinos
hasta quedar exangües, tímidamente pálidos...

Y hubo un tropel salvaje de esplendores felinos.
Sobre un aurochs indómito, desnuda y admirable
y atada, iba la virgen cristiana y adorable
al aire la belleza de sus senos divinos.

La bestia en epilépticos temblores repentinos
lucía el bello trofeo. Desnudo como un sable,
apareció el esclavo gigante, ¡y espantable
combate armóse rudo de dos monstruos pontinos!

¡Fue lucha de las bárbaras! La espuma era la bella...
Brutal querella; a veces,
de la arena barrida por los dos gladiadores...

Fue breve el paroxismo. El Hércules esclavo
dio en tierra con la testa y el bravo
cornudo rodó, inerte, vencidos sus furores.

Y el delirio rugió... ¡La gradería plena
vibró en un solo grito volcánico, logrado
al calor de los ímpetus de la hárbara escena
del capricho imperial por el fiel profanado!...

El vencedor llevaba su trofeo. La serena
faz lívida de Ligia, lirio martirizado
por aquel huracán, a Vinicio enajena:
y a la Pantera Augusta pide el perdón ganado.

Se levantan las diestras; el insulto fulmina;
Nerón ante aquel gesto, confundese... e inclina
la cabeza con aire de perdón y de ira...

A la amante pareja la bendicen las fuentes,
y los pájaros cantan y las rosas, sonrientes,
danzan maravillosas al cantar de una lira...

Con audacia el esclavo giganteaco y altivo,
entró y robó de brazos del Patricio a la bella.
El palacio imperial era ensueño lascivo...
Apenas si en el cielo quedaba alguna estrella.

Y llevaba en silencio su tesoro, cautivo
de él entonces; corría, y en el mármol, aquella
pujante sombra iba con gesto decisivo.
Y voceaban los ebrios que a su paso atropella.

Y corre y pasa y llega gigantesco y
las mujeres cristianas ven a Ligia más bella;
cruz de nieve en el templo del furioso lascivo.

¡Allá, ruge Vinicio la amorosa querella,
suena el lírico grito de una copa que estrella
al sentirse desde hoy de la Ausencia cautivo!

Ondulantes los cuellos de los cisnes flotantes,
ondulantes los muslos de las ninfas de rosa,
en los cisnes las ninfas y los cisnes galantes
ondulando el espejo de las aguas. Curiosa

y anhelante la risa del estanque de plata
copia en círculos ágiles la pagana visión:
luz, vestales, palomas, música aurea. Y recata
su figura felina bajo el palio, Nerón.

De las góndolas tiran cisnes blancos oscuros,
el rendaje en sus cuellos le sujetan las manos
de las bellas mujeres. Verdes, hondos, los muros

de los árboles se alzan con orgullos romanos.
El excelso concurso de los gestos impuros
fue el milagro supremo de los dioses paganos.

1914-1915

LA DANZA DE LAS ROSAS

A César Pellicer

I

Es un paso tranquilo. Ni el tablado lo sabe,
Como el baile sonámbulo de una blanca ilusión
Hlevaba las rosas en su cuerpo ondeante
la danzante, entre el velo de su sacra pasión.

¡Qué inconsciencia era el baile! Una lira escondida
se reía en un trino que era gama de azul.
Y el ensueño era tanto que asombraba a la vida.
Era un soplo de muerte en un soplo de luz.

Oh la danza de un bello gran silencio de rosas.
Era rosa la bella y era rosa la luz,
y era rosa el instante de esa vida suntuosa
como un fausto de tarde que se esfuma en azul.

II

Sobre el prado felpudo iba ella dormida.
De sus brazos colgaban sus frescuras las rosas,
y en temblor de cadencia bamboleaba la duda
de si era mujer hecha de mariposas.

Mariposas volaban en un coro de círculo
al redor de los ímpetus de la rosa sensual
y era el oro sereno de sus trenzas un lírico
reventar de chispazos en un verso triunfal.

Sobre el prado iba ella toda desnuda,
en sus manos las rosas aleteaban cual si
en su esfuerzo quisieran remediar la alegría
de este baile esfumante como bello reir...

Por el labio geométrico de la fuente, camina,
hecho el traje de pluma de los cisnes pasados,
aquella bailarina,
sonámbula que hizo soñar a los tablados.

El estigma sangriento de la muerte al plumaje,
da un aspecto botánico, tal florece un rosal,
en la monotonía de una blancura grave
la alegría nerviosa de un rosal de coral.

Y al redor de la fuente se retuerce la danza,
los jardines lejanos de la tarde, en la fuente
se renuevan, mas tienen el temblor de las aguas,
y así es como un morir de rosas dulcemente.

ENVÍO

En el humo de mi sueño vi bailar esta danza.
Y hoy has visto a la bella de mi jardín bailar,
y mientras que tus rosas animan su fragancia
yo le digo a tus rosas mi rosado cantar.

Xalapa, abril 2 de 1915

FRINÉ ANTE EL TRIBUNAL

(J. L. Gerome)

Y de cada ojo insigne se escapó una mirada...
La verdad del placer se irguió en lúbrica rosa.
En un gesto supremo floreció la acusada,
¡la divina desnuda de la curva radiosal!

Los ancianos sintieron que su sangre cansada
(de arder en misma lámpara) volvíase esplendorosa:
¡al lascivo fulgor una mano impetuosa
había arrancado el lino y había hecho llamarada!

Un brazo de ella angúlase sobre la cara griega.
El oro por la espalda a desbordar se niega;
tal los bucles que insisten en la testa turbada.

Y en la escena de asombro que enloquece al consejo,
ella es como un misterioso reflejo
que importuna la paz una celda sagrada.

Jalapa, mayo de 1915

BALADA INÚTIL

Muchas veces
voy con mi abuela a ver la tarde
al banco de la playa donde a veces
pienso en una mujer como la tarde.
El horizonte viste
la púrpura imperial solemnemente.
Y ante el magno poniente
se duerme el viejo mar déspota y triste.
Cerca de un barco viejo
un muchacho se viste.
Y allá, cerca del muelle, hay un reflejo.
Mi abuela me platica alguna cosa
feliz, pero pasada.
De pronto una gran nube luminosa
me llena la mirada:
El apogeo crepuscular. Llorosa
hay una estrella sola y plateada.

Y mi abuela prosigue esa gran cosa
feliz, pero pasada.

Habla apaciblemente como cuando
conversa una mujer y está bordando,
y al par que una puntada,
dice alguna palabra mesurada.

Me aconseja y acepto.

Tiene tanta razón, que no discuto.

[Y es tan dulce el precepto!

Mi abuela y yo vestimos el gran luto
de la noche que vuelve. Ella suspira
por algo que no sé... La brisa fresca
guía a la nave de nocturna pesca.

[La cuerda del amor canta en la lira!

Mi abuela alaba mi bondad con creces.
Mi corazón brutal siento que se arde
porque a veces,

[pienso en una mujer como la tarde!]

Campeche, Agosto de 1915

FRENTE AL MAR EN LA TARDE

Aquella tarde el mar estaba voluptuoso:
tenía serpenteos de joven musculoso,
y en flexibilidades a propio tiempo elásticas,
retorcía sus formas, como ideas fantásticas...
De cuando en cuando había espumarajes blondos
(el Sol iba poniéndose) y a los tumbos redondos
de las lánguidas ondas, el reflejo poniente
daba aspectos de tigre lascivo y prepotente.
El mar se arqueaba, y era su languidez, lasciva.
Venus celeste y áurea, estaba pensativa...
Había un no sé qué de lujuria, tan raro,
que se tornó en galante lo insolente del faro...

Las lejanías eran lechos para hacer vida...
Las nubes ofrecíanlos... La penumbra era égida.
El mar seguía ondulándose lúgicamente. Era
aquella tarde un lúbrico deseo de Primavera...
Y era la playa tersa y era morena y linda;
Y a veces, serpenteaba; y como cuando se brinda
emocionadamente una copa y el vino
salta y moja los bordes de la copa, así el mar
humedeció los límites de la playa. Un marino,
desde un barco velero despilfarra un cantar.
Poco a poco, arrastrándose, cual joven musculoso,
abrazó, suavemente, a la playa, el coloso...
¡Y fue un abrazo inmenso! A la playa morena
poseyó el mar. Aquella larga tarde serena...

Veracruz, 1915

PAISAJE DE OLAS

El mar se revolvaba como en la lid el toro
después de la estocada que un rayo le sesgó,
multiplicando el auge de su temblor sonoro
que el viento con sus ágiles empujes desbandó.

Era la tarde última de un otoño anegado
en deshojar los árboles y en provocar el mar...
¡con esa hipocresía de un dux bien educado
que sabe sonriendo cabezas derrumbar!

El tumultuoso tiempo rezongaba y mugía.
Grupos de nubes negras rompieron el motín,
desollando en lluvia su negra rebeldía
como quien echa a abajo un palacio sin fin!

Y fue el chás-chás eufónico del caer de las ruinas
del celeste palacio construido de cristal,

armonizando el ruido de las olas andinas
gigantescas y ávidas de juventud triunfal.

Desconcertadamente luchaba el agua loca
lanzando al aire el diáfano momento de su espuma,
y al embestir al faro, la larga luz que afoca,
idealizó las cosas con su dorada pluma.

¡Yo cobarde, veía escondido el combate!...
Sobre el poniente muerto Venus se encandiló.
¡Y en mi Abstracción de ídolo de Silencio y de Vate,
mi corazón unánime la luz vaticinó!

1915

LA OLA

Se alza la ola túrgida con ruidosos arqueos
y al intento rotundo se va en vueltas rodando.
Choca y brinda la espuma que va el agua enjoyando
con graciosos temblores y afinados pandeos.

Otra ola retuerce su agua azul, en deseos
de golpear la faz ruda de una roca; y cantando
su poema monótono de un gran golpe a los feos
flancos negros y ásperos de la roca, tronando,

En las playas de raso, suavemente, las olas
desenvuelven la gracia de sus líricas golas
y la espuma en la arena, bajo el sol diamantea.

Comulgando silencio en mis horas románticas
una ola me dijo: “¡Hombre, ríete, crea!...
Van las olas diciendo las leyendas atlánticas.

1915

ESA NOCHE MARINA

Era una noche llena de penumbras plateadas,
el mar fosforescía como de ira azul...
Unas rocas tenían, como blancas espadas,
largas líneas de luna en el flanco oblicuadas.
Conspiraban las rocas contra la noche azul.

Como si las estrellas desertaran del cielo
ante el incendio mágico que enloquecía la mar
fueron fondeando pálidas sus puntos hasta hacerlos
gradualmente mínimos como en vago volar.

Se diría que era el último paisaje de los tiempos
aquej paisaje lleno de mortal sensación...
La frialdad de la luna y el raro movimiento
con que irritaban el agua su crespa ondulación.

En la brisa sonámbula se respiraba muerte.
Se rompían en el alma los hilos de la fe...
¡Naufragaría la luna y la roca paciente
hablaría al derrumbarse, del silencio que fue!

Campeche, 1915

ALBA DEL PUERTO

Desmesuradamente se abría la mañana
como un alma sincera ante una multitud.
Las velas de los bares eran de porcelana
y el mar se despertaba como una juventud...

El azul fue aclarándose hasta quedar sonriente.
Naves fuera de rada comenzaron a entrar.
Venían sobre los mástiles pájaros indolentes
que el ruido de las áncoras se dieron a volar.

Era la fiesta diaria de la vida porteña
llena de rostros pálidos por el sol tropical.
Desdoblando la sábana de su dorada enseña
un opulento barco llegaba al litoral.

Hombres de gruesos músculos iban al muelle viejo.
Alguna vez un grito despararamó su voz,
llevaba una mujer un enorme cangrejo
de su cesta rota se escapaba el arroz.

Yo me alejé. Y allá, en una playa sola,
dejé mis blancas ropas y al agua me lancé,
para sentir la túrgida palmaada de la ola.
El mar, de bien talante, dijo una "fuga en re".

Campeche, 1915

NOCTURNO

Las estrellas veladas mistifican el huerto.
Soledad plateada, soledad que convierte
en sonámbula fiesta de visiones lejanas.
Hay un vago clamor de gloriosas campanas
que cantarán un dia mis amores, hermanas.
Toda la bella historia, todo el cuento sonoro
de amor, se desvanece sobre el fondo plateado
que decora un reloj como un signo malvado
moviendo silencioso, un péndulo de oro.
¡Oh sagrado recuerdo de mi amor, mi fortuna!
El silencio nocturno decorado de luna
glorifica mis ansias y comprendo y suspiro.
¡Cuántas noches como ésta de rimado retiro!
¡Cuántas noches suntuosas! ¡Oh mis noches amargas!
¡Largas noches nostálgicas que por mí sois más largas!.
Mas largas y más solas y más desencantadas,
en que hasta las estrellas me parecen hastiadas...

Mi sagrado recuerdo de ese amor sin fortuna
que el enigma conoce de las noches de luna,
en el huerto comulga con el pan de su vida.
¡Y mi vida se asombra de sentirse sin vida! . . .

Mérida, Yucatán, 1915

Es el fuerte paisaje de las noches andinas.
El Cielo está de fiesta y la Tierra también...
A veces nieblas tenues cuelgan sus muselinas
queriendo hacer más vírgenes las selvas que se ven... .

Las luciérnagas pasan cual visión de retinas.
seres fantasmagóricos, volando sobre el tren,
inútil y silente. Se oyen las mandolinas
de unos viajeros ebrios sobre del terraplén... .

¡Y siento el gran asombro de la Creación! Y siento
la senectud del Hombre: ese refinamiento
de las cosas modernas viendo el oscuro tren.

Montañas horadadas... Los rieles, simetría...
¡Pero allá hay campos vírgenes! ¡Dulce y sana alegría
en la gran noche andina nadie sabe quién!

Camino de Colima, México, 1916

El silencio está solo; pide un alma que ame
la delicada síntesis de su solemnidad.
¡Dame tu mansedumbre, Hora de Vésper! ¡dame
tus penumbras románticas y tu serenidad!
Y el ángel adorable del ensueño, el Silencio
que nos hace divinos, animó un sonreír.

"Para toda la vida yo a mi alma sentencio
a callar en las horas del mal..." Y sin decir
mi pensamiento altivo lo adivinó el Augusto
Silencio. La sonrisa volvió en su boca a estar.
Y el paisaje poníase tan, tan serio, tan adusto,
cuál si todo el pasaje quisiera meditar.
Y en las esfumaciones del crepúsculo lento,
el pálido Silencio oyó a mi corazón
y puso la dulzura de un vago pensamiento
de bien y de armonía en mí, lleno de amor.
Y no recuerdo nunca nada tan en silencio,
nada tan suavemente como su leve adiós...

México, 1916

ARIA DE LA SOMBRA

Se dormía el crepúsculo: y el vago
avance de la sombra era en el lago
afán de somnolencias victoriosas.
La palma en la erección de su elegancia,
permaneció sagrada y silenciosa
en la inmensa quietud de la distancia.

Y en la hora de fáciles teorías
pensé que eran los lagos y las palmas
príncipes magos de melancolía.
Y yo adoré el secreto de sus almas
en una breve y pura melodía...

Se queda el oasis; la laguna
en la inmovilidad de su tristeza
supo de la llegada de la luna
halagando en temblores la proeza.

Yo viajaba despacio. Absoluta
era la soledad que se oía
como claros tintines de sonajas de oro
en la ruta, la inquietante virtud de mi poesía.

Porque yo iba cantando la armonía
de mi flaca figura que en la arena
era más pura porque ennegrecía...

Sombra que eres la única que en la magia serena
de mis noches de luna desconciertas mi intento
yo no sé por qué creo que meditas mi pena.
Cuando creo estar solo, me castiga la luna, y te siento,
te siento...

Nunca puedo estar solo bajo el sol o la luna,
nunca puedo estar solo;
si medito, meditas, y eres siempre oportuna
en las selvas del trópico y en las nieves del polo.

¡Largas meditaciones, hondas meditaciones!
Lo sabes todo... pero jamás me has respondido.
Tú eres el fantasma de todas mis visiones
y me veo en ti misma, y en ti misma me olvido.

Y aunque yo evolucione y otro rumbo decida,
como tú nunca cambias veo en ti mi pasado;
¡y unas veces te odio, y otras veces...! La vida
ha querido que siempre mire yo mi pecado...

Sombra que eres la única sombra que me persigue,
responde a la pregunta fatal que te pregunto.
Y una palabra pálida, como de seda: "Sigue".
La sombra iba adelante y era como un difunto...

Nunca puedo estar solo bajo el sol o la luna,
¡nunca puedo estar solo!

Si sonrio, sonrio, y ella es siempre oportuna
en las albas espléndidas y en las noches de dolo.

Después de aquel festín en que a las rosas
adoré entre los labios de las diosas,
y en las copas tranquilas y ligeras,

recordé en el desierto la osadía:
¡fue primero mi sombra a las hogueras
de las bocas, que yo! ;“Sigue”, diría! . . .

México, a 19 de enero de 1916

NOCTURNO

Plenilunios paganos, áureas horas felinas
junto a las pecadoras insomnes y malvadas
que el suspiro romántico de un amor que declina
responden con un juego de negras carcajadas.

¿Por qué el contraste ebrio de colores malditos
impera tanto tiempo y abate tanto suerte?
La vida, loca siempre de letanía de ritos
que preparan al hombre para amar a la muerte. . .

¡Oh qué horrible momento de la noche pagana!
Qué imborrable el minuto, qué tremendo aquel toque
parece que golpearan una ilustre ventana
con la fúnebre punta de un sacerdote estoque.

México, a 20 de enero de 1916

EL POEMA DE LA GIOCONDA

I

LOS OJOS

Tienen la evocación consoladora
de un futuro que diga: No he podido
vencer esa hermosura triunfadora
de esos ojos que burlan el olvido.

Y mientras el Anciano Silencioso
se abate al encontrar un poderoso
afán de vida sobre todo, ellos,
los ojos adorables y famosos,
encienden un jardín todo de estrellas
donde canta la fuente de los gozos!...

II

LAS MANOS

Urnas de suavidad. Si Luis Urbina
hubiera acariciado aquellas manos,
la ilustre soñadora florentina
hubiera oido la canción divina
del más triste genial de mis hermanos.

Por cada dedo, el trovador profano
hubiere escrito un verso, y soberano
el madrigal en décima estupenda
lo habrían desdoblado aquellas manos.
Y bajarían los ojos a la senda
del rimado retrato de manos.

III

LA BOCA

No ha habido jamás quien se sonría
como esos labios de pasión. A veces
le digo a la Gioconda: hermana mía
mientras río yo tú te entristeces.
Y no ha habido jamás quien se sonría
como esos labios de pasión, a veces...

IV

EL PAISAJE

Es el camino por donde Leonardo
su hacedor, a la dama florentina
trajo a la eternidad y por él guardo
una gran devoción pura y tranquila.

Qué osadía de forma. Contorsiona
su línea aquel sendero. Una montaña
se diría que sella y que blasona
el orgullo de Vinci en tal hazaña.
La paz de las lagunas y una extraña
brisa primaveral su encanto dona...

V

EL MISTERIO

Cuando creo descubrirlo me parece
que ha cambiado el instinto de la risa.
Y así me desconcierta y entristece
no saber el porqué de la sonrisa.

Y sonríe en mis ojos Monalisa,
Y si no en sus labios aparece
un rictus de dolor que se improvista.

VI

ENVÍO

¡Para que en una noche de luceros
tengas que meditar! quizá en la Vida,
te envío esta canción llena de "peros"
que inspiraron el cuadro de la Vida.

(Que sea en una noche de luceros...)

México, 1º de febrero de 1916

NOCTURNO IX

I

Elogios de la vida, simbolismos abstractos
a veces. La canción, la canción de la vida,
música el desarrollo de todos nuestros actos
al paso de las horas ligeras o abatidas.

Todos hemos cantado lo presente; mas uno
que fue Alighieri, ese rimó lo Venidero.
¿Verdad? Creo como él. ¡Y cuando estemos juntos
allá! ¿Dónde?... ¡Oh terrible futuro verdadero!..

Elogiemos la vida, sin sentirlo, cantando;
al instinto de liras en el fondo es igual...
Adorando el crepúsculo y la aurora adorando
y riendo en el jardín de lo sentimental.

A ratos, ¿qué pensar de nuestra existencia?
 Mejor es no pensar. ¡No somos! ¡Y aún pienso!...
 La sensación de vida no es aún pura creencia.
 Ni pensando, ¡Oh Descartes! La vida está en silencio.

Salgo al balcón: deslumbran floridas las estrellas;
 la calle está vacía de gentes; y la luna
 semeja un gran cerebro de luz; arriba de ella
 hay una estrella ínfima más bella que ninguna...

México, febrero de 1916

NOCTURNO XI

*A la señorita Estefanía Chávez,
 homenaje de alto respeto*

ENVÍO A LA SEÑORITA ESTEFANÍA CHÁVEZ

¿Recuerda Ud. estimable amiga aquella noche de concierto en que incidentalmente me mostró Ud. la espiritual belleza de su alma? Como hay analogía entre nuestros espíritus, por un postigo de mi corazón salieron aquellas palabras que le hicieron comprenderme. De tal incidente, surgieron estos versos que escribí al llegar a mi estudio. Los alejandrinos han soportado las ideas musicalizándolas. No he corregido el Nocturno para que el espontáneo placer de cantar meditando, luzca la virtud de su pureza en la hora de la contemplación interior que alumbraron las estrellas.

México, 10 de febrero de 1916

Noche. Mar de silencio. Van las meditaciones
desenrollando lentas sus claras devociones.
El faro del espíritu clarea esas ondas suaves
que van ampliando el círculo de sus evoluciones
para regir el curso sereno de las naves.
La paz del alma que sabe cantar sus horas
vela esa vida íntima de tramas seductoras
en que el dolor se ama. ¿Por qué? Resulta acaso
que ese dolor es sombra de un cariño? Las horas
te dirán en silencio, camina paso a paso...
Mienten las horas, mienten, huye a la indeferencia
que no sabe del triunfo de una linda cadencia;
si paso a paso vas por la vida, jurando,
que has vencido, te engañas; esa pobre creencia
guardamos los que siempre vivimos adorando...
Adora el desaliento de tu melancolía;
no huyas de la grata penumbra que concede.
¡El ave del crepúsculo canta la melodía
de lo que pudo el alma, de lo que el alma puede!
Alegria, una gota, que esa gota bendita
habrá caído al vaso que gozará la flor...
¡Brindasela a tu alma para toda la vida
en el regio festín que presida el dolor!

México, D. F., a 10 de febrero de 1916

"Era la hora de la melodía",
dijo Rubén Darío en una hora
en que cantaba su melancolía.
Y yo, desde un jardín avaro en flora,
animo ante el crepúsculo la mía,
mi tristeza de joven seductora.

No sé por qué me afano en sorprenderme:
gozo de la tristeza del paisaje,
y en lugar de una fuente para verme,

y hallar el ritmo que me satisface,
conquistó una ilusión, para creerme
más soñador, más puro y más salvaje.

Tarde pálida y quieta, educativa,
que enseña a amar el fruto del Otoño,
que entre la soledad contemplativa,
casi para dejar que algún retoño
haga pensar en vótores de vida...

Yo he pensado en creer aun no te olvido;
retorna mi pasión, vuelvo a quererte,
revivo lo pasado, lo vivido;
tres meses que triunfaron de la Muerte.

Estoy alegre, estoy envenenado
de ilusión, de esperanza y de alegría;
esa hipnotización que me ha espantado
con el secreto de su fantasía...

Torno a la sala en la que el pianista
recuerda a Liszt, a Schubert, a Beethoven;
tal apunta la lista.

Y, antes que me roben
mis pensamientos estos brujos, rimo
los primeros compases de este ensayo.

Y en los encantamientos del desmayo
vesperal
se inicia una sonata en si menor
de aquel hondo Chopin espiritual.
¡Y aún puedes decir que soy tu trovador!..

Méjico, 27 de febrero de 1916

NOTA: Inspirado en la tarde de ese día en el primer intermedio del concierto que en su casa de San Ángel dio el artista Ogazón en esta fecha.

NOCTURNO XIV

A Fernando Velázquez y Subikurski

Lámparas encendidas a la sombra,
para la sombra sois, lámparas inquietantes,
que en esta hora vaga, bajo las naves combas
levantáis vuestros fuegos, sin querer, profanantes...

Lámpara colosal de silencio es el templo,
lámpara sigilosa,
que tiene un no sé qué de vanidad de ejemplo
y una tristeza única de enceñizada rosa.

Meditación. El Cristo. La osadía
de una consolación vertiginosa;
¡orar!... La voz de la melancolía
de vivir una vida de ineptitud. La Gloria
de escucharse psicológicamente,
de adorar el mutismo de un enigma en la lira,
de vencerse al oír levantarse un, "¡detente!"
De hacer alba la tarde por terror de agonía...

¡Oh divinos engaños!
¡Oh alegría de vivir cantando el oro
viejo de los Crepúsculos! y a la voz de los años;
adelante, adelante, a buscar tu tesoro.

La agonía de una lámpara. Las horas
salian de un reloj pegado al muro.
Y la sombra era ya tan opresora,
que el ambiente era duro.

El coro de las lámparas eta pavor flamante.
¡Lámparas encendidas a la sombra...!

Y en la cristiana soledad, orante,
rondé el templo de sombras rebosante
cual si yo fuera el alma de la sombra!

México, a 20 de marzo de 1916

SONETOS A GUILLERMO DÁVILA

I

La amada primavera te saluda y te dice:
hombre, la vida es tuya, tuya es la primavera,
mira el jardín espléndido al cual yo satisfice
de todos sus caprichos: la rosa o la palmera.

Tú que has complacido tus sentidos, espera
que el próximo rosal que mi beso bendice,
goce su plenitud en otra primavera
y entonces, al desfloro, tu sendero se irise...

¡Arbar, vivir! Amar el fresco son del trino
del ave joven que despierta el alba loca.
¡Vivir primaveral a pesar del destino!

Y ante el idilio adorable y sentimental,
pensar que es el ensueño del amor una boca
que a cada beso enciende su gloria de coral.

II

Noche de amor en el jardín. Regresa
mi pensamiento de sus soledades.
¡Es una caridad de caridades
la que hago a mi vida en cada empresa!

La distraigo; y a fuerza de crueidades
debilito mi instinto; a veces esa
victoria me fascina y me embelesa,
me adora el coro de vanidades.

Guillermo que conoces mis paisajes:
no creas absurdas las reflexiones
de esta noche de amor; que a los follajes

de mi jardín complacen mis canciones
a son de fuentes, y meditaciones
al leve ritmo de sus engranajes.

III

Lámpara de oro tiembla en el ocaso.
En la tarde augusta van mis alegrías
paso a paso siempre, siempre paso a paso
con la egregia túnica de sus fantasías...
Integras y raras, débiles acaso,
van en la insondable hora de los días
a gozar del vivo fuego del ocaso.
¡Oh triste capricho de mis alegrías!

Insinúo en la lira la canción del oro;
de Rubén Darío el cuento sonoro
preludio: cantemos, cantemos el oro...

Y en la paz augusta de la hora vaga,
tiembla allá en los cielos áurico tesoro:
impuesto de estrellas que la noche paga.

ENVÍO

Por estos tres sonetos ves, Guillermo,
que mi soberbio espíritu está enfermo
de vivir, de cantar, de fantasearse.
Te los regalo; que yo sé ofrecerte
un vaso de ilusión, para encantarse.
Y una copa de vida... Sé quererte.

México, 31 de marzo de 1916

SALOMÉ

A Agustín Loera y Chávez

PRELUDIO

Salomé, la maldita danzadora,
medita el ritmo de sus lineajes.
Glorifica el ocaso los paisajes
entre las lentiitudes de la hora.

La magia de la tarde seductora
preludia los espléndidos pasajes
de una fúnebre fábula que enflora
con su gozo de horror sacros follajes.

¡Bíblica fronda! La homicida regia
trama una sutilísima estrategia...
Sirio palpita como un seno de oro
que hubiese traspasado una saeta
de sol... Y en los ojos de la quieta
virgen, reina la envidia de un tesoro...

TRÍPTICO

I

Suavidad vespertina de la danza. Desflora
linda gama una lira, leve ritmo que ondea.
Ella trenza la danza, a desliz. Triunfadora
va en la lenta figura que su vientre pandea.

Azul ráfaga en impetus de una extraña marea
—tal el velo que vuela—, a la faz se incorpora;
en los ojos fatales una lágrima implora;
más intenso fue el baile y más loca la idea...

La alegría de las liras era bello delirio.
Un gran lirio danzando sobre mármore tirio
semejaba ella sobre las purpúreas alfombras.

El estante silencio del jardín, reflexivo,
presagiaba terrores... Salomé, ¿no te asombras?
dijo el rey. Era un rayo de la Luna furtivo.

II

Raro efecto de Luna sobre el cuerpo. Quedaba
suave sombra entre los senos, copas de vida.
Aún veíase un lampo de la luz abolida
como gota de sangre que en la sombra temblaba.

El Furor había roto lampadarios. Danzaba
entre el frágil reflejo de la luz descendida,
Salomé; lentamente, lentamente bailaba.
Suspiraba la Muerte presintiendo una herida...

¡Saltaría la sangre de la fina garganta
del apóstol...! Al claro arpegiar de las liras
bambolea su cuerpo la doncella; adelanta

el vientre emperulado que simula una ola.
El rey, beodo, le dice: Salomé, ¿qué suspiras?
En el rayo de Luna iba pálida y sola.

III

En un ángulo había tres armados donceles;
devoraban sus ojos la suprema elegancia
del danzar principesco a la noble constancia
de la Luna. En el viento había olor de laureles...

¡Funeraria victoria! Burlones cascabeles
musicalizarán sus risas en la estancia,
y mientras que las fuentes acoplen sus rondeles
publicará la Noche la fúnebre ganancia...

¡Haber ganado por una danza la testa
del Bautista! ¡Hacer del despojo, la fiesta
del beso y la caricia sobre la hosca melena...!

La danzante virginea, ondulante, sumtuosa,
a los gritos egregios de la línea, condena
el encanto divino de su cuerpo de rosa.

INTERMEDIO

Cuando Salomé hubo danzado, púsole Herodes en las manos una copa de marfil en la cual las perlas y las esmeraldas tenían el sutil y sencillo encanto de lirios y praderas. El escándalo de aquella corte depravada sonaba entre la noche como una carcajada entre una sepultura. El refinamiento orgiástico era admirable. En aquella sala alumbrada de luna, veíase, entre restos de lámparas preciosas, rosas deshojadas y sangre de uvas, el torso magnífico de una mujer, en el

mármol tendida, sobre el que una serpiente encantada hacía figuras aéreas y a la que un hombre azuzaba con una varilla de oro.

Aún resonaba el eco de los alejandrinos de la danza.

MADRIGAL

Fueron sus dedos vértices de infinita terneza,
más finos cuando se deshojaron
como flechas de Luna en la cabeza
de San Juan, que era noche. ¡Y se vengaron..!

NOCTURNO

En mi alcoba romántica medito sobre aquel
desgarrador de espíritus, nocturno. Cascadea
tropel de tragicómicos pensamientos, y en él,
el apogeo fantástico de una pasión se crea.

La virgen abrazando la cabeza bautística
es una bella tigre que después de bailar
alcanzó del domante la presa cabalística;
¿por qué?...
¡La presa que ha soñado hoy ha de desgarrar!

La misteriosa presa tiene en sus garras finas.
(Parenthesis: la noche baja sus argentinas
fulguraciones lívidas, pálidas de estupor.)
¡La mujer con la testa del Bautista en las manos
es la bella y malvada rosa de los pantanos
sangrientos de su culpa que perdona el Amor!..

El instante del beso que la Luna satina.
La sensación brutal, devorante, felina
que asesina los labios con su llama asesina.

El esplendor argenteo de la luna en la tez
del apóstol fue algo visto sólo una vez.

¡Qué blancura! ¡qué tono de palidez tan rara!
Aperlado ascetismo era el de aquella cara.

El Tiempo, el viejo Tiempo, tembló ante la escena:
pasó su mano escuálida sobre su gran melena
en un gesto de asombro tan grande que hasta ahora,
todavía su espíritu de luz no se serena
y en cada nuevo año recuerda aquella hora.

En mi alcoba, romántico medito. Y evidencio
que el amor por San Juan de aquella danzadora,
nació en las soledades augustas del silencio...

FIN

Cuando yo me expliqué la fábula opulenta
de joyería bíblica y de rara locura,
senti pavor y quise divagar. Lenta, lenta
iba la Luna trágica, dejando la llanura.

... debajo los paréntesis de las cejas había
dos palabras de fuego, dos ojos de admiración!
quizá síntesis lugubre de la melancolía...
¿Qué vieron? ¿qué sintieron? Tramas de la razón...

Alta noche en mi espíritu. También en el planeta
es media noche. Siento los horrores del miedo.

Oro, púrpura, sangre, ansia de amar secreta.
Parece que hasta el viento volara leve, quedo.

La soledad es bella bajo la Luna. Cada
estrella es una herida de oro sobre el cielo...
En la paz dolorosa de la noche, cansada
mi alma continúa la exégesis del duelo...

Cada astro es en el dombo una herida dorada...
Y treman como almas en lúbrico desvelo.

México, a lo. de abril de 1916

(Continuación del "fin".)

Era media noche en el planeta y en mi espíritu. La sonrisa
estampada en el retrato de un gran poeta entró por mis ojos
hasta mi alma, duplicándola. Los tres búhos de mi tintero me
parecieron más horribles que nunca; tenían la inmovilidad de
mi espanto satisfecho y horrible.

Después... ¡no sé! ...

México, D. F., lo. abril de 1916

CROTÓN

Crotón fue el más famoso de aquellos gladiadores.
Su busto es la barbarie de músculos suprema.
La boca gruesa y amplia incita a los horrores,
el reto está en sus ojos y en el casco su emblema.

Felino, humano, enorme, en sus labios se quema
la fiebre de la sangre; confusos resplandores
incendian las escamas que a un brazo van y truenan
su pecho con la ansia de trágicos olores

¡Oh imbéciles denuedos en la arena sumisa!
Cuando la tarde el triunfo de la noche que vuelve
brinda con sangre, loca de sangre como él.

Crotón al anfiteatro con su instinto electriza.
Melpómene la histérica de Grecia lo absuelve.
Y ha visto el circo múltiple la leyenda de Abel.

1916

¡La Paz sea con vosotros! Clamó el apóstol viejo.
Cristiana era la paz en aquel subterráneo.
En tierra había una lámpara, y la unción del reflejo
de lleno daba en el apostólico cráneo.

Las actitudes místicas, las almas consoladas,
las pálidas facciones de los rostros cristianos;
la plática solemne que a todos sus hermanos
daba el Señor San Pedro de las manos amadas

y los alientos fúnebres de los sepulcros nuevos,
animan y decoran la insigne horadación.
Entre la sombra fulgen miradas de mancebos,

vuela el divino hábito de la resignación.
Pronto las testas de convertidos efebos
rodarán en la arena del pítico Nerón.

1916?

SONETO QUE RECUERDA UNA PUESTA DE SOL

Miro desde la ondeante languidez de mi hamaca
la esbeltez animada de una garza real,

que en las verdes planicies moviliza y destaca
los linajes sutiles de su calma ritual.

En el río, los ópalos de la tarde que opaca
las distancias, encienden un jardín de cristal.
Y de todos los árboles la sombra adusta saca
penumbras y las cuelga con un duelo ideal.

Mientras que a manera de un péndulo con alma
en la hamaca collúmpio me, por detrás de una palma
una nube se aleja como adiós de mujer.

Vuela, vuela llevando la pasión de la hora
y el silencio que sube —suavidad incolora—
adormece mi lira y se duerme él también.

1916

DEL MAR

Sol de abril. Canta el mar. Triunfa su turbulencia
sobre la audacia impávida del malecón grosero,
pulidos ya los ángulos por la brutal presencia
del oleaje múltiple, salvaje, azul y artero.

La voluptuosidad del aguaje altanero
de golpear donde ruda calla la resistencia,
recuerda la terrible y apolínea impaciencia
con que golpea las puertas de un amor lisonjero.

Cómo se encanta el mar irritado. ¡Qué hermoso
es contemplar la ira suprema de un coloso
marino y epiléptico, bello, artista, asesino!

Sol de abril, canta el mar y el paulatino

acorde va alargándose, conjuro victorioso,
rajando el consecuente silencio vespertino.

1916

PENUMBRA

*Para mi muy amado hermano
Guillermo Dávila que me pidió
esta tarde un soneto.*

Se atardecen los lagos. El crepúsculo llora...
Los fondos son divinos paisajes de ilusión.
Abril en las penumbras místicas de la hora
es príncipe romántico que adora la visión...

Adolescente húbrico que sus sueños enflora
con las rosas nostálgicas de una meditación
de amores no sentidos, en las tardes que dora
él ve, como un capricho de otoñal tentación...

Abril en el crepúsculo busca melancolía;
por eso es adorable, porque la fantasía
de su vida, no es sólo alegría de cantar;

Poeta de las rosas y de las violetas
que expande sus pasiones y en sus ansias secretas
busca su alma el sendero de algún tenue sonar...

En México, tarde de Primavera de 1916

OFRENDA A DON JOAQUÍN D. CASASÚS

Poeta; tus jardines están plenos de oro,
el apogeo del Sol da su gloria de gemas;
las rosas y las fuentes —perfumes y poemas—,
al aire tibio y leve regalan su tesoro.

¡Qué triste es que tú faltes! Mas yo el altar enfloro.
Ya estás tú con Virgilio cuyas rosas supremas
supiste trasplantar, como a un huerto sonoro,
al castellano idioma al que has brindado gemas.

¡Dichoso tú que eres glorioso! Fue tu vida
el ejemplo más claro del hombre. Y la Vida
que diademó tu frente de Laureles y Rosas,

te dijo: "Eres eterno pues tu jardín ya es mío;
tú supiste el sagrado designio de las cosas.
La Envidia y la Blasfemia no tocan tu navío!"...

México, a 13 de abril de 1916

A CARMEN

Lo que más me seduce en las mujeres
es el paso cadente y voluptuoso.
Eres de mis princesas, Carmen, eres
un lirio imperial y sumuoso.

;Ese dengue incitante! Tu figura
me interesa a tal modo que jurara
que por ti prescindiera una escultura
de su blanca quietud y caminara...

Ritmo tranquilo. Vas despectativa
ondeante el cuerpo y al mirar esquiva
que te ven los que pasan, la cabeza

yergues para mirar allá, delante
que a otros enloqueces, como si Su Alteza
reposara en salón siempre triunfante.

México, abril de 1916

Palmas rotundas se abanicán lentas
con principesco orgullo. Gravedades
de su soledad de ancianos. Somnolientas
hipnotizan las verdes soledades.

Una soberbia de solemnidades
regias decora el occidente. A tientas
se iba el día entre las sombras. Cenicientas
se han quedado unas rojas vanidades.

Eran nubes muy altas... Eran nubes,
Y le digo a mi alma: Ya no incubes
ideas crepusculares. Tienes veinte
años en esta vida... Mira cuánto
oro tiene ya el cielo... ¡Falta tanto
para pensar así! Sueña, sueña y presente...

Abril de 1916

TRÍPTICO

*A Esperanza,
por la vuelta de la alegría*

I

¡Mujer: tú eres la vida, la flor extraordinaria,
el blasón ideal de la belleza suma!
Un pájaro vecino desgrana en breve aria
tu elogio, en el jardín la fuente de su espuma.

Mi espíritu vibrante su viejo goce exhuma:
el que le diste un día, pues su tristeza diaria
la había ocultado dentro de un cofre... Solitaria
vive esa dicha; a veces la alegro con mi pluma.

Inútil es decirte que te adoro. Consagro
mi lámpara de amor al lírico milagro
de tu belleza ideal y de tu alma pura.

¡La vida de mi sangre, la sangre de mi vida
son tuyas, Esperanza, la primavera augura
que gozaré su gloria, que vendarás mi herida!

II

Y fue la Primavera en cuya luz rescató
la que el dolor ha tiempo me robó, silencioso.
Ayer la Primavera me ofreció tu retrato
y fue a mí tu sonrisa como el sol es a un foso.

Enjoyaste el recinto immenseo y penumbroso
de mi alma, y yo que tu capricho acato,
(tu esclavo soy) sentí el placer, el gran gozo
de verte sonreír divina como Erato.

Gracias, dije a la amable y esbelta Primavera,
Esperanza es la rosa de las rosas; espera,
respondióme fragante la sin par lisonjera:

Hace días que vivo como nunca he vivido
feliz como los pájaros que trinan en el nido
cuando la aurora vuelve deslumbrante y ligera.

III

Oh la lira magnífica que el amor canta. ¡Canta
a la rosa morena que ennoblecen el jardín!
Danzan las rosas rojas con los lirios y encanta
en harpas los follajes la brisa de satín.

Suave brisa galante, madrigal de la brisa
que repasa los prados en aleteo sin fin.
Brisa en que van los versos, velo en que va la risa
dorada de la virgen de rosado festín.

Oh Primavera virgen, gracias te da el poeta
que a una morena adora y a esa morena va.
Ha volado de Eros la afilada saeta.

¡El surtidor creariase un lírico profeta!
El fausto de la hora bajo el sol vivirá.
Esperanza, este tríptico que te ofrece el poeta
tu poeta, es la música de la fiesta en que está.

México, 16 de mayo de 1916

A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

I

Yo no sé qué poder de tristeza pagana
tienen tus versos, arias hechas para el dolor.
Guarda tu alejandrino la música lejana
de una canción ideal en las lunas de amor...

Tanto te he comprendido que mi pena se hermana
a la tuya sin ser tan profundo su horror.
Tanto te he comprendido que mi alma se ufana
en quererte con cierto cariño de menor.

Como un niño te quiero; siento que me entristece
el pensar que en tu espíritu ya tal vez anochece;
pero pienso: la luna le dará su fulgor...

¡Y en las noches, la luna, oh Juan R. Jiménez,
pondrá el beso enigmático de su luz en tus sienes
con su dulzura antigua hecha para el dolor!

II

Tu retrato en mi mesa; rostro de nazareno.
Ven tus ojos un vasto crepúsculo de estío...
Hay interrogaciones máximas...; mas sereno
mi instinto de saber do desemboca al río.

¡Oh río de la vida, dónde irá! yo confío...
Todas tus amarguras me hacen entrar de lleno
en estas reflexiones, poeta; enajeno
mi juventud pagana y este laúd que es mío.

¡Qué tristeza tan honda en tu rostro se advierte!
Como un rey melancólico te hallo; ¡fue tu suerte
gozar para sufrir, sufrir para cantar!

Tu tristeza entristece mi corazón henchido
de vida, de ilusión, de abril lírico. Nido
de cuervos y palomas que se saben amar.

III

Triste es tu aristocracia, egregiamente triste
con la tristeza noble de la luna. Contagia
el claro atardecer mi espíritu que asiste
a la contemplación de la víspera magia.

¡Y siento la elegía de la tarde opulenta:
sus mistificaciones hablan de abnegación!
Vuela sobre los campos la brisa leve y lenta
como el errante eco de una antigua canción.

Tarde estival y clara. Leo tus elegías
bardo andaluz enfermo; oigo las melodías
de tus canciones lindas como la tarde. Dejo

que mi alma pasee tus jardines, ansiosa
de ver tus margaritas, galantear la rosa
que se abre bajo el místico lunático reflejo.

IV

La rosa de tu ensueño nostálgico y amado
abre a la luna el hueco de su copa ligera.
Silente como un tenue soñar desencantado
pasa por el jardín la blanca Primavera.

Con el goce de un cuento que de entusiasmo fuera,
la fuente tira el ritmo de su esfuerzo emperlado
que la luz de la luna encanta, lisonjera,
haciendo de las sílabas un poema embrujado...

Divagación sutil en el florido huerto,
bella divagación, adorable inconsciencia
de soñar jardín lírico lo que aún es desierto...

Y mientras que desgrana la fuente su cadencia
canto un himno de vida, toda el ánfora vierto
entre la soledad que la Luna ensilencia.

V

¡Todo lo que la Luna argente, en el mutismo
se hallará! - Esta noche leo "Poemas mágicos
y dolientes". Creeríase que los reflejos, trágicos,
vuelan sobre el volumen como sobre un abismo...

Francina en el jardín que ofreces el lirismo
de tus jóvenes carnes, al Triste Aristocrático,
canta canciones de oro para que el ascetismo
pagano del poeta sonría a lo socrático.

¡Serenidad: Serena felicidad, anima
los labios que han dictado fascinadora rima
en medio del camino, como un divino llanto!

Y sonrió tu retrato; mas con esa tristeza
con que sonríe a veces tu alma en algún canto,
de esos cantos extraños de suprema belleza.

VI

Poeta: Este cariño que en mis versos te envío
es puro como el aire de los tuyos. Quisiera
recitarte estos francos sonetos; mas espera
mi anhelo, que dé frutos el campo labrantío.

El trigo está sembrado a la orilla del río
potente del Ensueño de Ser... En la ribera
está mi albergue, humilde, mas pasa por mí vera
la Primavera reina con su dorado Estío.

Soy de América, soy del México anhelado
por los bárbaros ricos. Tú que sabes, amado
poeta, del idilio divino con la gloria,

recibe estas canciones silvestres y sencillas
como una leve ofrenda, como una rara historia
de mi harmonioso amor por las tus maravillas.

Méjico, 31 de mayo de 1916

NOCTURNO

Fray Luis de León, el Príncipe dorado
por la infinita luz de la alegría
de su alma cristiana, está sentado
junto a mí. Plenilunio. Fantasía.

Una inmensa quietud, desas que haría
pensar que se estaba el Silencio desmayado,
nos vela con sus gasas. El sagrado
misterio de la luz. Melancolía.

¡Qué descansada vida! ¡qué suprema
paz nos adora! Él dice un poema
que me conforta el ánimo... Adona
el opio luminoso de la Luna
su amado sueño. Y un pensar se quema
en oración intensa y oportuna...

México, mayo de 1916

EL ELOGIO DEL PAN

Es bueno y es sencillo como una alma aldeana.
Áureos son los trigales, que es de oro el Estio.
Las espigas sutiles en la fresca mañana
hacen temblar sus líneas por la brisa del río.

De gentil abolengo es el pan; todo un lio
de preciosas historias guarda él. En lejana
época en que la vida no era aún tan humana
descendió, goce Bíblico, cual un divino envío.

Por sencillo y por bueno y por ser para todos
nos lo encontramos siempre en los arduos recodos
del camino inconstante. Esta noche serena

adoro el pan, adoro los lirismos del trigo.
¿Recordáis el capítulo de la última cena
en que Jesús quedó, por el pan, nuestro amigo?...

México, a 10 de junio de 1916

Este vaso que brindo repujado y sonoro
es la obra más pura del cincel de mi esfuerzo,
cada línea es el ritmo de su sursono verso.
Este vaso contiene mi secreto canoro.

Fluya el vino sonriente que en su boca atesoro,
por relieves descienda, que en el mármol más terso
del altar correrá como corre un tesoro
de palabras leales; la virtud que yo ejerzo.

Con la Luz ser leal, ser leal con la Somera.
Con la Aurora que alegra, con la noche que nombra
nuestros nombres con cierto desconuelo divino.

La deidad de la noche es romántica. Dejo
esta copa luciente con un trago de vino.
Pues yo quiero que alguien me agradezca un reflejo.

México, a 11 de junio de 1916

A THAIS

El jardín silencioso de tu cuerpo desnudo
en los rojos crepúsculos es de rosas malditas
bajo los plenilunios florece en margaritas
y es misterioso siempre porque siempre está mudo.

Cuando en algún poema su rara flora aludo,
en contorsiones lúgubres y en ansias infinitas
vive mi pobre espíritu. Oh encantadas varitas
del Deseo, que hacen polvo los bronces del escudo.

Huerto maravilloso, fascinador terrible,
donde se oye la voz de una fuente invisible
que dice queda el cuento de la Muerte y la Vida.

¡Las dos hermanas Dueñas del jardín, las dos Dueñas!..
Y al encanto silente del jardín abro herida
con un beso ¡oh material ¡oh materia que sueñas!

México, a 11 de junio de 1916

SERENATA DE ABRIL

*Deshojando rosas, deshojando rosas
te ha dicho a Esperanza mis duelos de amor.*

Lira, ya oí tus rimas de sedosas
palabras suaves dignas de la Flor.
Rosas del Ensueño rosas, rosas, rosas
aromen la música que dicta el Amor.

Oh damita amada de la bella risa,
oye la canción de mi serenata

bajo la arboleda, timbre de la brisa,
mientras que en la fuente semejan las ondas sonrisas de plata.

Bajo el plenilunio canto la osadía
del orgullo regio con que te diademas.
Que las mandolinas cuenten la alegría
de los diecisiete años que paseas.

Lira, ya oí tus rimas de sedosas
palabras suaves dignas de la Flor.
Rosas del Ensueño rosas, rosas, rosas
aromen la música que dicta el Amor.

Lentamente van yéndose mis rosas...
En la vida toda de todas las cosas
hallo algo del ritmo de tu vida altiva.
Cuando tus morenas manos cariñosas
me den su cariño volverán las rosas
mi princesa esquiva.

Y se van las horas y otras horas llegan;
y en las encantadas noches del Estío,
mis meditaciones a tu amor entregan
sus vuelos cansados, mis perlas de hastío.

Tú sabes princesa de la bella rosa
que por estas notas de mi serenata
bajo la arboleda donde ríe la brisa
pasa un duelo noble y te digo quedo, muy bajito: ¡Ingrata!

Méjico, a 11 de junio de 1916

TRÍPTICO

Al ilustre General tabasqueño don Andrés C. Sosa, que me ha querido como a un hijo y a quien yo venero como a un padre.

I

Es la noche intranquila que presagia un combate.
El campamento sueña sus sueños de osadía.
El viento infla las lonas y cada lona late
tocada por el viento, como una alma bravía.

Fulgura la esperanza de una nueva alegría...
Cuando la Aurora vuelva esperará a que ate
la Victoria a su carro otra sombra... Ansía
herir la bayoneta que brilla entre el zacate.

Aguardará la Aurora llevar la nueva esclava
de una derrota; ¡sombra del enemigo! Trabaja
la luna nueva su garra en un árbol seco.

El campamento sueña sus sueños de victoria.
¡De pronto, un clarinazo, alarga ronco su eco
que va hasta los distantes castillos de la Gloria!

II

El aire huele a pólvora. ¡Solemnizan las dianas
la llegada del Triunfo bajo el triunfo del Sol!
¡Los laureles, ya viejos, tienen ramas lozanas
que agitan, ofreciéndolas al héroe vencedor!

Cantan todos los árboles, rie la caravana
de las ondas del río. La bandera sonrió...

¡La alegría está loca en la épica mañana!
¡Fiesta de los clarines, júbilo del tambor!

¡Todo es voz delirante, todo ríe, todo canta!
¡Santidad de ser libre! ¡Libertad que levanta
su copa, y brinda el vino consagrado por Dios!

¡Libertad es el gozo, el gozo es estar libre!
¡Vibren todas las cosas! ¡La Luz, el alma, libre!
Mar y bosque y poeta desataad vuestra voz.

III

A vos estas canciones, caballero y soldado,
van; son ellas las rosas que un poeta os envía.
Evocan esplendores de vuestro gran pasado
lleno de sol, de triunfo, de amor y de alegría.

Tenéis de cicatrices el rostro blasonado,
y hoy gozáis de esa amable sutil melancolía
de los héroes insignes que vieron algún día
su pecho con la cruz de Honor, condecorado.

Escuchad los clarines: os saludan; despliega
el águila, en la insignia, sus alas; ved, que riega
rosas a vuestro paso un poeta, ¡Parece

que el Sol brilla con luces más vivas y más claras
y áureo y victorioso, junto a las patrias aras,
un himno de clarines que crece, crece y crece!...

Méjico, a 14 de junio de 1916

IMPERIAL AGONÍA

En la noche de luna. Duelos de otoño. Lejos
vense las puntas gélidas de los volcanes viejos.
Es un encantamiento el paisaje. La senda
sufre como un sagrado silencio de leyenda.
En algunos follajes rutilan las luciérnagas.
Y en el aire se sienten frías pestes de ciénagas.
Y la noche en sus tristes devaneos de luna
platea sus horas lánguidas despacio, una por una...

Cerca, en su palacio, Tezozómoc se muere.
Octagenario el rey, la vida pide, quiere.
Su aspecto es repugnante; parece que tiritá,
está en la zona helada de su agonía infinita.
Y es fiera decadente que todavía se irrita...
Está solo; avecinanle armas abandonadas
suyas tal vez, quizás, por la luna argentadas.
Las ve y llora y retiembla y se angustia y lo amaga
un recuerdo terrible: la perspectiva aciaga
de una infamia tan cruel y tan negra, tan negra,
que ella sola es el símbolo que la maldad integral
¡Se vengará! se dice. ¡Se vengará!... ¡Quién sabe!
¡a qué plan de venganza dará vida esa ave
cuyo vuelo me obstina, oh Netzahualcóyotl!
¡habrás muerto mañana, cuando aún no venga el sol!
Y vuelve hacia sus armas los ojos... Aun espero
que vivirá la próxima soñada primavera...
Y como si temiere de alguien, ruge un grito.
Llegan los cortesanos con espanto infinito.
Pregúntanle, abanicánle y requieren yerbajos
que un hombre de la selva a gran súplica trajó.
¡Pero nada, ya nada!... La agonía va hilando
la tela de sus fúnebres abetos, rezongando
Tezozómoc se muere... En la noche la luna
y de otoño, el tiempo le esconde una a una

las horas... Vense lejos,
las pirámides álgidas de los volcanes viejos.
Y las hojas doradas que el viento suave arranca
y en sus vuelos las trae, con los tenues reflejos
creeríanse mensajes de la Princesa Blanca...

Venus en el zafir, vigila siempre, lejos...

México, junio 15 de 1916

MI VIDA...

Mi vida va pasando sin clásicas prescas,
silente en sus penumbras a júbilos extrañas
de todo vano estímulo, no sabe de hazañas
absurdas y grotescas ni rumbos de Odiseas.

Es joven y es cristiana; a veces las mareas
del golfo de la duda la inquietan; mas mil cañas
a músicas agrestes la invitan; ¡y con sañas
divinas, va y combate las tétricas ideas!

Adora las mañanas y el fuerte mediodía,
el triunfo de los ópalos y la melancolía
gloriosa de las tardes, el mar, la rosa, el oro.

¡Mas nada es a mi vida tan hondo y tan divino,
como un rayo de luna dormido en el sonoro
follaje de un ensueño gozado en el camino!

México, a 16 de junio de 1916

UNA VEZ...

Daba el Sol en los muros de obsidiana. La Muerte
era joven y bella, era dulce y pagana.
(Rara época). Ella, sonrió a la caravana
de mi ensueño y me dijo: "Aún no puedo quererte"...

¡Gracias! dijéle amable. Me sentía yo tan fuerte
que no juzgué el peligro de verla tan cercana.
Ella sonróme desde los muros de obsidiana
de su jardín de enigmas, prisión gris de la muerte.

Desto apenas recuerdo; ¡hace ya tantos años!
Mis dromedarios hoy son débiles y huraños
y llevan cuidadosos mis tesoros de Ensueño.

He perdido el sendero y quién sabe si acaso
dé yo con los jardines aquéllos... Paso a paso
voy en la tarde de rosa como en viaje de sueño.

Junio de 1916

ENSUEÑO ROMÁNTICO Y TRIUNFAL AL POETA SALVADOR DÍAZ MIRÓN

¡Jesús, tú también fuiste en la tierra
y supiste por eso de un supremo dolor!
Tu adolescencia fue divina flor secreta
que armó los silencios de tu amado candor.

Con larguezas la tarde unge las lontananzas
con sus aromas místicos hechos para excitar
sentimentales sueños, vagos, como esperanzas
entrevisadas en una festividad lunar...

Consolaciones sólo presentidas apenas.
Mientras una melancolía, un pesar de vivir
una vida muy pobre: lodo en las azucenas,
duelos en la alegría, miedo para el morir.

Tanto he pecado, ¡tanto, que me asusta el panteón!
Como si la existencia no fuera sepultura
de mis pequeños goces, dentro del corazón
prematuro otoñal, ataúd de amargura...

Este dolor sin fondo nació conmigo, tiene
locas extravagancias que saben adorar
las desapariciones... ¡para que se serene
tengo que ir al campo y ponerme a cantar!

¡Decir bellos sonetos que luzcan muchas notas,
que canten o que rujan, pero que siempre vibren!
¡versos del mar que suenen como aleadas notas
que asombren a mis penas y que a mis goces libre!

Versos quizás absurdos, pero que sean rotundos,
que tengan lo imponente de una elevación
apolínea y espléndida que asombrará a los mundos
por su avidez de triunfo y su sed de ascensión.

¡Señor! ¡Tú también fuiste en la tierra poeta
y supiste por eso de un supremo dolor!...

México, a 20 de junio de 1916

NOCTURNO XVI

Sí, para saber sonreír, primero
hay que saber llorar.

Sin el rocío
las rosas no sonriean.
La tierra no podría fecundar-
se sin el río...
¡Qué divina sonrisa la del Alba
después de los terrores de la Noche!
Las lágrimas en los labios de la rosa
encendiéndole el goce
de otro día de frescura y de alegría,
brisa, sol, claridades y temblores.

Después de un gran dolor, que he llorado,
interior, hondamente,
una puesta de sol me ha confortado
y he sonreído a su agonía silente...

¡Oh la luz y la sombra! ¡Oh la sonrisa
pura, después de una gran pena!
Bella es la pena que, sumisa
se sonrie y serena.

¡Yo ya sé sonreír; sé lo que vale
una dulce sonrisa!...

23 de junio de 1916

TRÍPTICO LUNAR

1

EN LA FUENTE

Iba soltando el aire, rafagueaba la fuente
el fugaz diamanteo de mi galantería.

La Luna caprichosa, urdia tan paciente
magia de somnolencias desde la lejanía.

Diríase que la Luna ante la melodía
desvaneció un supiro lánguido por silente
y engarzó en el delirio fontanal y potente
una vara de nardos de la Virgen María.

Virginales aromas a la fuente encantaron;
fue ideal el capricho; de la unión resultaron
triunfos de polen diáfano. ¡Era en aquel jardín

la fuente una gran boca que anhelante soplaban
el surtidor que en perlas luminosas lanzaba
su idioma cual si fuera un divino clarín!...

II

EN EL DESIERTO

Intimidades únicas quedan sobre el desierto.
Las desconsoladoras líneas horizontales,
tienen en su expansión, como un cálculo incierto,
las preocupaciones de los sueños fatales...

Lentamente, la Luna, sube, sube. Y astrales
melancolías se observan... Milagroso concierto
hace del panorama una ilusión de muerte...
La Luna hilera los velos de los incorporeales...

velos de los espíritus de los que ahí han quedado.
Arenas. Luna. Cielo. Pavores de quietudes
misteriosas. Creeríase al paisaje pasmado.

La Luna y el Desierto... Una vez: ¡Y no dudes
que a pesar de la Muerte aquí existe el pecado!
Blanca, blanca la Luna, Reina de las Quietudes.

EN LA MELANCOLÍA

¡Reina de las quietudes, escultura sin ruido
de las horas románticas! Luna del viejo amor
haces fascinadora la tristeza al vencido
con las altas leyendas de tu noble dolor...

Ya lo ves: hoy me afano en creer que has venido
elegiaca. Presiéntese como un vago estupor
en las cosas... Tú eres en el amor perdido
la siempre amable intrusa, que nos trae una flor.

Mientras que la deshojas, nuestra Melancolía
se distrae ingenuamente, pues que tu fantasía
hace que en nuestros labios las sonrisas se den.

¡Reina de las quietudes que en mis noches tremendas,
a estos mis pobres ojos pones todas las vendas
para ver más de cerca los peligros del Bien!

ENVÍO

A vos que conocéis la mitad del Camino,
viajero sabio y bueno que guardáis la esperanza
que lucís a manera de la Clásica lanza
con que venciera Alonso Quijano el peregrino,

envío estos sonetos hechos bajo el divino
embeleso lunar que mi psíquis no alcanza.
Son tres copas distintas que con el mismo vino
os darán la impresión de mi lunar mudanza.

Cataj mi vino: es generoso por viejo.

hace soñar por fuerte. Yo díl nunca me quejo:
por él mi alma será siempre joven y alta.

Guardad si os place algún sorbo deste vino
que luego hay partes rudas que andar en el camino.
¡Que sea usted dichoso y como ahora viva!..

México, 1º de julio de 1916

ADIÓS

Adiós belleza antigua que dejas en mi estilo
la lírica tristeza que dan las emociones
serenas y emblemáticas que da el amor tranquilo
con todo su albo séquito de múltiples visiones.

Las rosas que me llevo prendidas en el hilo
ligero de la lira, retuercen sus canciones
de pétalos en vueltas altivas, pero un pino,
—romántico silencio— como en iridiscencias

sutiles entristece sus frescas llamaradas.
Las rosas que me llevo con deseires atadas
son las dolidas y hondas reminiscencias

de tus ojos —halago de festines—
mieles de palma, trinos de ausencias
que enriquecen mis líricos jardines.

1916?

EN UN ATARDECER DE JULIO

Tiene mi adoración ese silencio
de las adoraciones vesperales,

ese terrible e íntimo embelisco
del Bien sobre sus males.

Quién sabe si la tarde piensa o sueña.
¡Mármol de la quietud, tranquilidades
de sagrada penumbra, en follajes
atardecidos!

Reposas de crepúsculos vencidos
sobre la longitud de los paisajes.
Tiene mi adoración ese silencio
divino. ¡Aquerencio
a mi espíritu joven a esta vida
como un vuelo de adioses a la Vida!

Es la hora indecisa
de perfecta penumbra;
intención silente, la sonrisa
vespertina sin dolor y sin triunfo que se encubra
a una estrella.

La tarde es una lámpara opalina...
¡Quiero tanto a la lírica Morena!
¡Ella a mí no; lo sé! Por ello pienso.
¡Por ello pienso!
Como mi adoración, hora serena
eres. La suprema ironía
del silencio...

México, 8 de julio de 1916

ODA A CAMPECHE

*A Don Manuel G. Revilla,
mi ilustre maestro*

Dulce ciudad de la melancolía
amable, silenciosa.
Bendigo tu silencio bella esposa
del mar azul.

Goce tu aristocracia y tu tristeza
y tu loable paz y tu belleza.
Y si en las albas eres radiante
bajo el amor de Apolo,
en la noche semejas
una princesa lánguida y amante
que no sabe de dolo
a pesar de sus clánicas consejas.

Dulce ciudad de la melancolía
pensativa en las tardes; estupendas
puertas del sol en que la luz estría
las aguas que no saben de contiendas
por ser ellas tan buenas y tan suaves.
¡Qué lindas son tus áureas madrugadas
goza el sol sonriéndote! ¡sonrie
a tus murallas y a tus plazoletas
y a tí toda Campeche! y que trine
dice al pájaro.
¡Y vieras como un triunfo de poetas!

No sabes de huracanes los castigos
brutales y aleivosos.
Los vientos son idílicos amigos
que te complacen y que te acarician
como intangibles esposos.

Cuando la anciana Luna
te hace palidecer divinamente,
jamás otra ciudad, ciudad ninguna
será como tú con luna:
Pálida, principesca, azul, silente.

Como si hubieras sido la niñera del silencio,
guardas terca y ufana
sus ropajes pequeños y sutiles

de cuando era
niño... Y fue así tan cercana
la su vida a la tuya, que te hiciste
como él, y quizás,
más...
¡Que vivas siempre así! ¡Que no "progreses"!...
¡Te libre San Román de todo ruido
moderno! Muchas veces
muy grandes ansias he sentido
de vivir a tu vera,
de adorar tus mujeres
(Joyas en tu corpiño),
¡oh cuándo vendrá el día
que me lleve hacia ti. ¡Va mi cariño
musicado!
¡Dulce ciudad de la melancolia!

México, 8 de agosto de 1916

NOCTURNO XIII

¡La Muerte!
¡La Muerte!
La obsesión eterna.
Fiera en la caverna
de la Vida.
La Vida es Todo, es Siempre. Ella nunca es ida.
Todo vive.
Nada ha muerto.
¿De cómo y por qué existe
todo?

¡Hombre!
¡demasiado es decirte!...

¡Por idéntico modo,
por qué vives!
¡La Muerte!
La inventaron los hombres por el hombre
pusilánime y triste.
Por cosas que no sabemos
decir hemos de la muerte...
¡Oh tremendo delirio de poesía!
¡La Muerte!
Es la más violenta forma de la Vida.

En México, a 10 de agosto de 1916

TRÍPTICO DEL TRIUNFO

:

EN EL AMOR

Rosas de regocijo tiene el jardín; ya somos
una alma sólo, una alma divinizada,
dijeron los dos príncipes debajo los aplomos
de un portal de granito, en la noche azulada.

La noche era muy bella. La arboleda callada,
pero se sonreía... La fuente con sus lomos
de mármol extasiados de luna era a los domos
espléndidos el ánfora de la noche sagrada.

Sentáronse en sus bordes los príncipes ungidos
por el amor. (La Luna llegaba a los níños.)
Los dos eran morenos. El besó a ella las manos...

¡Ya somos solo una alma! ¡Te adoro! ¡Y yo te adoro!

¡La noche era tan bella! ¡La noche! Y los lejanos
paisajes repitieron; ¡Te adoro! ;Yo, te adoro!

México, 17 de agosto de 1916

II

EN EL HASTÍO

Una suntuosidad de palacios de Italia.
Una dulce princesa célibe, morirá.
El trovador que besa la dorada sandalia
no llora. Mas su próxima canción se enlutará.

Ha querido la dama cerciorarse... La dalia
de su vida era mística... ¿En qué góndola irá?
Amalia en madrigales y en romances. Amalia.
Suave nombre de nácar que ya no se usará.

¡Bandolinas galantes, serenata postrera!
Fiestas que eran las fiestas llenas de primavera...
Libros de encantamientos, noches de ruiseñor...

Pero una tarde pálida de más meditaciones
la princesa, cansada, ansía distracciones
extrañas... ¡y Allá piensa que encontrará un amor!

México, a 17 de agosto de 1916

III

EN LA LIRA

Las Liras vibrantes, las Harpas divinas
la gama del júbilo mecián, la mágica gama.

¡Laúdes. Laúdes. Laúdes de amor, argentinas
canciones ligeras preludian enhonor de la Fama!

¡Es triunfo de Liras, es triunfo de Harpas! ¡La llama
del Sol apolíneo deslumbra ilustres retinas!
¡Tu triunfo, poeta! ¡La espléndida corte avecinas!
¡Oh joven tu vino sagrado que brindas, derrama!

¡La épica y lírica selva saludé al que llega!
¡Los árboles vibran! La Raza tus dones te lega.
¡Ya está tu cuadriga de blancos corceles ruidosos!

¡Y piafan los potros y corren y el Verbo Latino
saluda al lirista de versos de fuego, suntuosos,
que alegran los viejos laureles del áureo camino!

México, a 11 de junio de 1916

MÁGICO AMOR

Ante la formidable masa deslumbradora
de aquel fuerte crepúsculo consagramos al rito
vesperal, nuestras almas con un canto infinito
de pasión al loable amor que nos devora.

Fue la oda más bárbara al mar; la sonora
canción de temas rojos que expansionó el delito
capital de humano espíritu proscrito
a la Sombra; por eso, siempre enloquecedora...

En la suntuosidad del templo vespertino,
(el paisaje), el himno resonó solamente.
Se desgarró el silencio con el placer rugiente.

¡Viviremos de amor! ¡Nuestro amor al destino
burlará! ¡Ven mujer! ¡Ven a amar! ¡Canta, siente!
y el paisaje tornóse... matutino!

México, a 28 de julio y 15 de agosto de 1916

TRÍPTICO DE LA TRISTEZA HEROICA

I

NOCHE

Anáhuac. ¡Una noche toda magnificencia,
que a la augusta desigualdad de las montañas
hace traición mostrando los pasos y las mañas
para burlar el valle despreciando paciencia!

Tenochtitlan real, hegemónica; esencia
de civilizaciones y de barbarie, extrañas,
duerme; el aire estría las aguas con violencia.
Una canoa llena de amapolas y cañas.

Una angustia de ahogos se presiente... Quién sabe...
¡Quetzacóatl, Quetzacóatl, se decifra la clave!
Un cometa ha estampado su áureo gesto en el cielo.

Anáhuac. Una noche mágica. Una de esas
noches para iniciar las más bellas empresas
o para meditar el milagro del cielo.

México, Chapultepec, agosto de 1916

ÁNTIMA LOCA

No recuerdo si fue en la sombra o de día;
sólo recuerdo que era tanto el silencio,
la quietud tan serena que sin duda evidencio
que yo estaba muy cuerdo o que el tiempo sufría...

Una vieja leyenda de genial fantasía
trastornóme la tarde que la supe. ¡Un inmenso
desplacer!... Se diría q'engendraba un descenso
mí ilusión de ser águila... Yo no sé qué sentía.

El profético dicho me hirió honda y terrible-
mente. Más yo creía que mí fe era inflexible
y en un rapto de audacia y de cólera enormes

Rugí así: "¡Quetzacóatl, Quetzacóatl, sé maldito!...
Y creí la existencia y el paisaje deformes...
Y era el Valle de México, de belleza infinito.

En México, a 21 de agosto de 1916

III

ÚLTIMA TRISTEZA

¡Cuitláhuac, Tzilacaltzin, Cuauhtémoc!... Victoriosa
fue la derrota indígena como una tarde bella.
Rugió el Popocatépetl cual máxima querella
y dicen que no hubo ya otr'alba luminosa.

Quedó una gran penumbra constante y silenciosa como una novia triste... Y la ciudad aquella suspiraba nostálgica el amor de su estrella pálida entre los velos de una faz angustiosa.

Es de noche. La luna viaja desorientada...
Tlaloc llora a la vera de un canal. Pincelada de luna se ve sobre un teocalli ultrajado.

Plumas en los senderos. Grito de hispanas locas.
Y en la tristeza bárbara de las razas ya locas,
en aletazos de águila desespera, asfixiado,

¡un sentimiento trágico que hizo rugir las rocas!

En mi casa. En México, a 22 de agosto de 1916

EGLOGA VESPERTINA

Sol de agosto, en el bosque. La quimera de una vana alegría pasa, vuela sobre el paisaje aún de primavera.

Los árboles tiemblan conmovidos ante la tarde suave y linda.

Como una melodía misteriosa la brisa va, gozosa, entre la luminosa hora última y trémula de la luz. Vagamente se va decolorando la crisis del poniente. Y hay en los desolados perfiles de la sierra una nostalgia de oro. Parece que la tierra todavía se entristece a pesar de los siglos...

Es la forma en que ligo
todos mis sentimientos de mística alegría
en el instante íntimo de la Melancolía.

Las arboledas tiemblan conmovidas
cual si ellas sintieran atraer otras vidas.
El paisaje se ha puesto mate en su dominio
se diría que vive un antiguo infortunio.

¡Égloga vespertina!
La penumbra romántica sostiene
una reunión de amor que me fascina
y que en las tardes como esta viene.

Chapultepec. México, a 23 de agosto de 1916

PRELUDIO HÍMNICIO A LA AMÉRICA LATINA

¡Tierra de los asombros!
¡Reina de las selvas y de la sacra barbarie!
¡Ya el futuro te señala con su dedo distante,
para que seas su campo de gloria y de salud!
¡Ya la salvaje
manifestación de tu vida
se torna en alba grandiosa de justicia!
Ya tus hombres
han trocado sus plumas decorativas y bárbaras
por las del progreso y la justicia
que magnifican el alba...
¡Plumas incoloras! ¡Plumas sabias!

Tierra de los asombros,
reina de las selvas y de la sacra barbarie,
México es tu espíritu y Argentina es tu boca,

que anuncia al mundo tus grandesas
y tus sabidurías y tus gracias
con voz de poeta...

Tu aliento formidable advierte Europa
y el falso aristócrata de tu región Norte.
¡Ya tus repúblicas se dan las manos
como en un juego de niños...
y todas tus banderas sonríen y alelean
y son águilas
que derrumbarán a las estrellas!...

Del grande maestro peruano
tomo este ritmo áspero y pujante.

Este verso que mena
como las piedras desprendidas de los cráteres
que van rodando, rodando
y de repente chocan con otras piedras
y siguen rodando.
Metro sonoro y pujante
como la voz magnífica y rotunda
de un orador salvaje.

¡Nosotros seremos mañana!...
Lo dicen tus ciudades
llenas de catedrales
donde los ritos de la ciencia
de la Vida y del Arte
se explican y se cumplen,
y así se combate
a la enjuta ignorancia madre del desaliento
y reina maldita hasta por sus hijos los males!...

Y mientras que a los Andes perforan locomotoras
y se burla a los mares,

tus sacerdotes del divino culto
(buril, lira o pincel),
allá, más allá de los Andes,
resultan como ellos, tan fuertes y tan grandes
que hombres llegan de todo el mundo en ávido tropel.

¡Tierra de los asombros!
¡Reina de las selvas y de la sacra barbarie!
¡Ya el futuro te señala
con su dedo distante
para que seas un campo
de Gloria y de Salud! Ya la salvaje
manifestación de tu vida se torna
en alba grandiosa de justicia.
Ya tus hombres han trocado sus plumas
decorativas y bárbaras
por las del progreso y la justicia
que magnifican el alma.

¡Plumas incoloras! ¡Plumas sabias!
¡Tierra de los asombros!
Reina de las selvas y de la sacra barbarie,
México es tu espíritu y Argentina tu boca
que anuncia al mundo tus grandezas
y tus sabidurías y tus gracias
con voz de poema.

Tu aliento formidable advierte Europa.
¡Ya tus repúblicas se dan las manos
como en un juego de niños
y todas tus banderas sonríen y aletean
y son águilas que derrumbarán a las estrellas!
Tierra de los asombros,
de la sacra barbarie y de las insignes selvas.
Los pueblos son como sus paisajes:
¡Suiza! Princesa de la Paz vestida de nieve
y de tranquilidades de éxtasis.

¡Francia, la de llanuras humildes y de montes ásperos
llenos de sol frívolo y de rosas sonrientes!
Divina Italia de líricas y épicas bellezas:
golfos azules y temibles volcanes.

Tú, tierra de los asombros,
tienes océanos y Andes
y ríos elocuentes y selvas milagrosas
y pampas y lagunas y simbólicos volcanes.
Tu oro y tu plata
y todos tus metales
bastarían para hacerle un casco al planeta
o unos estupendos !...
No pasará este siglo
(como todos lleno de vanidades),
sin que tus Estados se unan
pues aunque ya eres una patria
todavía no estás tranquila
porque aun hay hombres que te estragan...

¡Divina bandera de la Esperanza!
¡Bandera divinal ¡el Sol del trópico te aclama!
La América Latina,
simultáneamente magnífica,
ha visto la estrella de la mañana.
¡La América Latina está frente al alba!
¡Oh América Latina! ¡Oh Patria inmensa!
¡El Cristo de los Andes te bendice
con su gran bendición de Su Majestad eterna!

México, a 2 de septiembre de 1916

SINFONÍA DE SEPTIEMBRE

A Carlos Chávez Ramírez

¡Era la tarde, la soñada tarde...
hecha para cantar intimidades!
Era la tarde, la soñada y honda
tarde consoladora.
Todo tuvo un gran gesto de paciencia
como para escuchar una fuerte conciencia,
y era tan honda la quietud, tan suave.
la sonrisa otoñal, tan reflexiva,
que anclé en la soledad mi augusta nave
y me puse a soñar.

¡La poesía
ruidosa de mis Crótalos amados!
¡el tumulto salvaje de mis versos
de música de selva! Los tajados
alejandrinos firmes y rumbosos
cuál bellos gladiadores; la sonora
pujanza de mi audaz ritmo; los gozos
hallados en la bárbara armonía
de un ciento de sonetos retadores
de las olas del mar! Loca alegría
que de tanto cantar hace que calle
la fontana jovial y la gloria del día.
¡Pase esa procesión y el ruido pase
de mis timbales rudos!
Descanse en la penumbra mi silencio,
mis clarines triunfales que permanezcan mudos.

La tarde ya se va y en este inmenso
atardecer tranquilo
quiero dejar la frase del estilo
e iluminar la ruta del ascenso... .

a mi jardín sin fuentes y sin Venus de Milo...
(Oh Reina de las Rosas, Primavera)
Filosofa el Otoño... Ya la tarde
se ha puesto como yo: sencilla y pálida.
En el dulce lirismo que me invade,
que me conforta el ánima,
hallo el diáfano acorde confortante
de una vieja canción que nunca he escrito
y que siempre he escuchado allá muy hondo,
en mi interno infinito:

"Sé tú mismo tu ensueño; sé tú mismo
tu blasón ideal. Cuenta y asciende."

Así sonaba en el abismo
de mi espíritu inmenso que no tiene
más que la enfermedad del cristianismo.
Ser nave y ser sencillo y ser amado
por las Siete Virtudes y los Siete Pecados...
Ser un San Sebastián bello y poeta
y estar atravesado por todas las saetas.

Y en este irregular paralelismo:
de un lado los rosales y del otro el abismo
hacer rodar el carro de la vida. Cantando
la canción del Silencio cuando estemos penando.
Ser humilde pues todo
lo demás al caer se ahondará más en lodo.

Se han ido ya las brisas; y la tarde
agitó en una nube su alma pálida
para decirme adiós. Se va la tarde
dejándome más solo que el ensueño
que dejé en mi provincia. En mi página
habrá anotado Dios, mi amado Dueño
mi sueño vespertino.

Se va Septiembre
y solo, yo me quedo en la llanura,

lleno de amor y de silencio, Viene
una paz otoñal, llena de luna...

México, septiembre de 1916

Divierte tu malvada tristeza con la mía,
poeta de los versos satánicos, divierte
la horrible decadencia de tu melancolía
con mis poemas blancos que ignoran a la muerte.

Haz que tu alma inmensa de esos campos deserte
y vuelve a tus jardines de sueño y de alegría
hermano que en la obscura sonora lejanía
de los goces del mal te hallas. No es tu suerte.

Te ofrendo mi tristeza para que la medites,
un suave son de oro, si heráldico lo admites,
te anunciará los vagos poemas que la encienden.

Y todas mis nostalgias, ingenuas y profanas,
como un grupo de párvulos volaron a las llamas,
silentes soledades que los horrores tienden.

México, 6 de octubre de 1916

Vaga el crótalo trémulo por rampante camino.
Un preludio de lluvia suavemente se quiebra
al rumor majestuoso de un llegar aquilino
se ensortija en un árbol la sonora culebra.

Un espléndido ocaso se enloquece en su quiebra...
Y es el águila un ramo colosal y ambarino
que se cuelga en el árbol que semeja un destino
de esperanza opulento... Y la lluvia se enhebra.

El ofidio abandona —retorciéndose en fácil
descender— la varilla do creeríase un grácil
ornamento bucólico desguindado a una niña.

Y a través de la lluvia, retadora y burlada,
se dijera que el águila va a buscar una riña
con elástica nube cual serpiente dorada.

México, a 15 de octubre de 1916

TRÍPTICO

A ESPAÑA

I

¡Se desnudó el Orientel Alba Real. Subordinó
la Gloria a la Península su eternidad sonora.
La Osadía ha llegado épica y triunfadora
y la alegría suena de una voz argentina.

La escena tiene margen de fuerza azul pontina
y el desfile de héroes que el Sol inmenso dora,
hace sonar las harpas de América divina
que grita delirante, salvaje y soñadora...

Y son tantos los héroes, tan fastuosas las ropas
y tan insignes que, es el blasón de Europa,
la antonomasia enorme del Furor y la Hazaña.

¡Corre el mar, llueve sol, y allá lejos desfila
la visión tumultuosa de los siglos de la España
que ve soberbia al mundo con eternal pupila!

México, octubre 1916

INTERMEDIO

¡Traed guirnaldas frescas de rosas y laureles
y ornemos las tres naves con laureles y rosas!
Hoy que el mar ha dormido sus ruidosos lebreles
y está la tarde llena de nubes misteriosas.

Las proas insolentes sonrían con luminosas
rosas llenas de sol; quedarán los bajoles
como aquellos bajoles en que iban las diosas
a las Islas Sagradas con los blancos donecles.

Poned ramos de palmas en el velamen. Quiero
que me tendáis las manos y en un danzar ligero,
al redor de las naves, entre el agua marina,

que apenas si nos toque los pies, que deshojemos
una canción de Gloria, llena de abril, divina,
queloe los brazos fuertes que animaron los remos.

México, octubre 18 de 1916

CHOPIN

MOMENTOS

I

La penumbra, el Silencio, las rosas y el paisaje...
Una canción muy íntima de belleza y de Amor...
Las liras del crepúsculo sonando entre el follaje...
Las mujeres de Ensueño y el eterno Dolor...

Duerme el jardín. La Luna, pone en la Sombra el traje
sutil de sus hechizos... Hay para cada flor
una estrella... Mi alma, olvidó que la traje
a un idilio sonámbulo... Se sonríe en la fuente que se ha
vuelto fulgor.

¡Qué triste está el Otoño! Amiga mía, ¿qué tienes?...
Ven a llorar aquí... Lloraremos... ¿No vienes?
Nuestras vidas son astros... ¡Amiga mía, ven!

Serenidad, penumbra, puesta de sol, tristezas...
Una emoción profunda de amor y de belleza...
Muere una marcha fúnebre... Federico Chopin...

México, a 17 de noviembre de 1916.

NOCTURNO XVII

¡Ya no sé qué cantar! ¡Ya no sé qué decir!
Es tan bella y tan lírica mi inmortal juventud
que me siento encantado de mi amable existir.
¡Mi cuerpo todo vibra con enorme laúd!

¡Amor! Eternamente he de amar a la vida
a pesar de la muerte que me aguarda... Yo sé
que ella me dará una leal bienvenida
diciéndome: ¡Poeta, te ha salvado tu fel!...

Seguiré siendo joven. Y allá en el Paraíso
hallaré como Dante a la amada mujer,
que con palmas y rosas me aguardará... Indeciso,
absorto, casi incrédulo penetrará mi ser.
Oh edad de oro mágica. ¡Oh edad de la elegancia!
¡Nada es tan elegante como la juventud!
Oh adolescencia mía llena de la fragancia
¡Primavera! ¡Te adoro! ¡Tú eres mi laúd!

México, a 21 noviembre de 1916, en una noche de gloria íntima,
antes de cumplir veinte años...

LAS MENINAS

En el salón donde Velázquez pinta
el gran retrato de Sus Majestades,
con sus enanos y su perro, linda
se ve a la Real Princesa de las blondas beldades.

Doña María Agustina de Sarmiento
le ofrece un rojo vaso arrodillada;
y en el vuelo de luz de su mirada
patentiza el galante sentimiento.

Isabel de Velasco, se diría
que va a bailar. Doña Marcela Ulloa
es la Monja que habla al guardadamas
y en su palabra, mesurada los
lo que lleva Don Diego dibujado.

La enana Mari Marbola está a un lado
y con otro rival de su estatura.
Al fondo del salón y del saliendo
un real aposentero su figura

destaca en fuerte luz. En un espejo
se reflejan los Reyes. Las sonrisas
están llenas de un íntimo reflejo.

México, a 21 de noviembre de 1916

LAS HILANDERAS

En el taller de la tapicería
devana una hilandera encantadora.
Otra está al torno y es conversadora...
Hay una diaria y lírica alegría.

En el fondo una luz de Epifanía
diafaniza la estancia que colora,
un tapiz de pagana fantasía
que contempla una idílica señora.

Visitas bellas. Junto de la dama
que contempla el tapiz, un violoncelo
se entristece, dejado... ;Y es la gama

de luz que enjoya el fondo con su vuelo
un gozo aéreo de color que clama
que se lo lleven de regalo al cielo!...

México, noviembre de 1916

ENSUEÑO TRÍPTICO

Que mi verso sea fuerte, que sea claro y sonoro
que desdoble en sus ráfagas como un sueño inesperado!
Que eternamente sea de Rosas y de Oro.
Ser sinfónico, sueños, como ahora auroral.

¡Mi raza fue de bronce! ¡Yo a mi lira incorporo
sus tamboriles bárbaros cuyo ritmo brutal
recuerda el de los ábregos trastornando el canoro
esplendor de la selva suntuosa y maternal!

Mis paisajes son grandes. Todo aquí es gigantesco.
Hay grutas estupendas de un arte plateresco
y volcanes y lagos y sol; un sol de abril...

¡Que mi verso sea digno de mi idioma y mi raza!
Que sepa yo lo mismo que derrumbar la masa
pulir diamantes prístinos y labrar el marfil...

México a 21 de noviembre de 1916

EL ARTE EN EL SIGLO XX

Creedme amigo mío, creedme; por el Toro
más sagrado de Egipto yo os digo: ¡el arte ha muerto!
¡y no sigáis terqueando que el tiempo, el tiempo es oro
y el tiempo, sólo el tiempo es lo único cierto!

¡Son responsos al arte lo que hacemos! ¡Yo vierto
mis llantos en la copa de un soneto insonoro!
¡Se acabó la Retórica! ¡Con ella el arte! Llora
hasta en la risa... ¿Véis? ¡Todo por un injerto!...

¡Somos decadentistas! ¿Qué opináis vos del mote?
Vuestro silencio, hermano, más duro hace el azote.
Un injerto de Francia... ¡Pobre Rubén Darío!

Y aquél imbécil blanco, acongojado y serio
a pesar de su herencia comprendió. ¡Y el misterio
huyó a las carcajadas del buen hermano mío!

México a 25 de noviembre de 1916

OTRO SONETO

Estas indecisiones de la tarde festejan
mi dulce sensación de mentir. En el Arte
el que al humano hilo más mentiras ensarte
será el mejor joyero que los dioses protejan.

Esa Quimera múltiple cuyos dientes enrejan
la voz, la voz divina que a las fuentes reparte
es la Reina de reinas, en sus ojos se alejan
lo vulgar y lo real. Mentir. Divino Arte.

Mentir divinamente como esta tarde inmensa;
hacer del alma una irrealidad propensa
a todas las verdades químéricas ¿Me explico?

¡Es lo único que salva del montón! ¡Es muy bello
arrancar a la sombra un auroral destello!
Así me dicen muchos: Tú eres un pobre rico...

México, a 25 de noviembre de 1916

REFLEJOS EN EL AGUA

En flor, el medio día, las aguas enloquecen
y los móviles hilos que la corriente lima
pespuntean de fuego los prados, y parece
que en el agua, está el Sol, decorando unas rimas.

Poema de reflejos que el aire suave anima
y en rutilante risa su vibración ofrece;
ens instantes de oro se atropellan... Encima
dél van a veces nubes y lento, se ensombrece.

El agua queda en onces un poco desganada
para seguir corriendo con el empuje de antes.
Quedó la escena pálida... La brisa entusiasmada

se siente bien... Frescura... ;Y las frondas distantes
se iluminan de nuevo, y la corriente nada
al sol, chispeando en líricos minutos sus diamantes!

México, 26 de noviembre de 1916

TRÍPTICO DE LAS CONFIDENCIAS

¡Escribis en sonetos y de libre ostentáis!
Ay señor, perdonadme, fue falta de respeto.
Aunque yo os aseguro que escribir un soneto
es para mí más fácil que lo que vos pensáis.

En esta forma he dicho mis sentires a Thais;
y es tan libre mi grito, que no se encuentra reto
entre pensar y formar... Yo poseo el secreto
de fingir una cosa que veo que vos no halláis.

Yo gusto de beber en vasos muy costosos;
mas bebo lo que quiero; mis labios orgullosos
gustan de regios vinos en copa reluciente...

Y el soneto es tal vaso. En él dioses bebieron.
Yo, esclavo, pero dellos. Perdonad si me oyeron
yo soy un inconciente.

México, noviembre 1916

NOCTURNO XIX

Nada en esta noche para mi alma.
Nada.
El mutismo de la sombra
como caridad hermana.
El misterio de los libros
de las páginas blancas,
y la serenidad augusta
de la venus blanca.
Nada que me conturbe,
nada que me examine.
El Silencio está contigo
y con su mano me opriime...
Vaguedad de mis ensueños,
unificaciones santas.
Mis odaliscas enfermas
y mis momias extranguladas.
La arena de mis relojes
en el suelo regada.
Nada en esta noche para mi alma,
nada.

Noviembre, 1916

El dolor del otoño te embellece, alma mía,
vístete de oro viejo y diadema tu sien
con las hojas doradas; dale tu melodía
a las rosas románticas y dile al Ensueño: ven.

El crepúsculo dora —vieja melancolia—
la elegancia autumnal de una torre... ¿Con quién
platicará la fuente que siempre se reía,
que dice hoy tan monótona su Balada del Bien?

El dolor del otoño, lento noble y divino
es un suave perfume que nos insta a dejar
lo vulgar de las cosas; ¡y nos lleva a un camino

donde uno se siente, tan regio peregrino!
Todo es dorado y lánguido y parece soñar...
El dolor del Otoño, noble, suave y divino
que es resignado antes y después de llorar.

Méjico, noviembre de 1916

INTERMEDIO OTOÑAL

En las tardes lentas
en que perezosamente van perdiendo
sus líneas las cosas,
esas tardes suaves, lánguidas exentas
de instantes grotescos y fuertes alardes,
en que una indolencia
de colores tenues, tenues, tenues, vagos
de resignaciones, de paz, de paciencia
ponen la dulzura de sus goces pálidos...

Pienso en una de esas damas elegantes
que después que llegan de algún festival,
quítanse el vestido de lujo sonante,
y se ponen una blusa tenue y suave.

Sin querer se ponen después a soñar...

Pues así, las tardes lentas y nostálgicas,
se ponen la brisa de un velo sutil
y tienen ideas borrosas, muy áridas.
Tardes del otoño pensando en Abril...

Tardes de oro viejo, románticas horas
de poemas lentos, de lentos poemas,
que el áureo recuerdo, el recuerdo amado de un amado aroma
perfuma agonías de paganas penas...

Casi no se piensa viendo esos ponientes
que olvidan la muerte...

Casi no se piensa.

Ese es el momento de las almas, tenue...

Semitonos... nubes que lejos se alejan...
últimos ponientes...

Casi no se piensa...

[Las coloraciones de Eugenio Carrière!...

Silencio. Silencio. Languidez. Pereza...

Puntos suspensivos, puntos suspensivos...

Que no indiquen nada, que no indiquen nada... Un suspiro
apenas...

Pensativas damas... Hombres pensativos...

Las penumbra salen de las esperanzas que se van

[muriendo...

Las penumbra salen...

Todo va poniéndo-
se como dormido...

Y del pensamiento las hojas se caen...

Se creería que queda uno sin sentido...

Así es esta tarde,
en
que
las
palabras
no hacen
ru
ido...

Méjico, noviembre de 1916

Y era la tarde clara... El Otoño decía
mi canción más serena y mi dulce canción
se repetía dentro de mí, se repetía,
llenándome de vida serena el corazón.

Era la amable fiesta de la melancolía,
las rosas se pusieron a soñar su ilusión...
Yo tenía las manos pálidas, y quería
recitar el poema de la sacra ficción...

La divina mentira de mi vida sonora
la dijo un gran silencio; y fue en aquella hora
cuando mi alma entera fusionó mi pesar,

a la Tarde que iba desnudando estrellas.
Pero reí después... Y las rosas más bellas
fui presto a mis jardines más nuevos a buscar.

México, a 2 de diciembre de 1916

;Diafanizarse hermano, diafanizarse! Bella
tarea es gritar las veladuras... ;Clara
tener el alma y única! Desguindar una estrella
y hacer que aquella estrella, cantara, sí, cantara...

Sacrificio divino en nuestra misma arena.
Ya la suprema síntesis que la verdad estrella,
disponer una urna que se cristalizara
bajo la luz más íntima de la virtud más bella...

;Mira cual tengo el alma! Mira cómo disgrega
mi corazón lo malo... ;Todo lo que me ciega
lo guardó, pues que es la luz! Bendice a Dios y canta.

¡La estrella que descuelgas es tu propia conciencia,
cultívala y verás que cantará! Si canta,
será cuando haya huido su roja adolescencia.

Méjico, diciembre 2 de 1916

¡Amigo mío, qué dices! Me agobia tu sentencia
mi adolescencia adoro y mi alma está ya pura.
¡Y es tan dulce ser joven! Y es dulce mi existencia.
¡Jura que me has mentido! Que me has mentido jura.

¡Si por mi risa audaz tú juzgas mi estructura
espiritual, te engañas! Que la máxima esencia
está en lo que me callo. La universal dolencia
es vivir conociéndose... y el "yo" es mi desventura.

¡Yo me conozco tanto, que ya quiero olvidarme!
¡Quiero viajar muy lejos! en fin, quiero alejarme
de mí mismo... ¡Ya ves!... Qué noble soy conmigo.

Que mi alma triste, llora. ¡Que la otra alegre cante!
Dos almas tiene este poeta rebosante
de juventud. Recibe mi verso, caro amigo.

En Méjico, a 2 de diciembre de 1916

ANSIA DE LA PENUMBRA

¡Cómo tarda en llegar el crepúsculo!...
Ya me está ahogando el sol.
La Tierra morirá si no llega presto el crepúsculo...
Las hojas se desprenden en "adiós"...

Mi corazón necesita descansar.
¿Dónde estará el Silencio? ¿Y la Penumbra?
Se diría que la luz, zumba...
La tierra quiere llorar...

¡Oh tardes de Campeche que no he hallado aquí!
¡Cómo tarda el crepúsculo!
¡Oh soledad de las playas melancólicas!
Vi un refugio silente hacia donde partir...

Mi corazón se ahoga y necesita
penumbra y soledad...
Mi corazón herido por una daga infinita.
Mi juventud y mi fuerza
me hacen sentir más hondo el mal...

¡Que la Penumbra venga
para difundirme en ella!
¡Novia eterna y amable!
Única hermana de la tarde...

¡El Otoño se ha llevado las hojas
y los árboles no dan sombra!
El Crepúsculo se demora...
¡Se va mi corazón!
Ansia de la Penumbra de la divina hora.
¡Con la luz veo y siento aún más mi dolor!

México, Chapultepec, 3 de diciembre de 1916

SOLEDAD

Mi cuarto era muy pobre: ¡mi silla era la mesa,
y mi lecho también!...

Sólo mi alma era espléndida,
mi corazón cristiano y endiablado a la vez

El recuerdo del mar me tenía nervioso...
Y tuve la osadía de sentirme orgulloso
por haber soportado aquella enorme escena.
Era la noche fría y serena,
y el aire del mar estaba oloroso
a cólera vencida.

Yo tenía el alma llena
como nunca, de vida.

¡Y sentí que una luz que no veía
me iba dejando una dulce melancolía!

Ante aquella sorpresa
salté de mi lecho mesa
y escribí este soneto.

La gran furia del mar me ha dado calma y fuerza,
entre aquella barbarie vi a la espuma sutil.
La gracia de la espuma que baila y que conversa.
la intimidad del mar como una flor de abril.

He visto que a pesar del recio tamboril
se oye el ritmo ligero del alma que es la tierra.
¡Que una cosa que es única, nueva aun entre mil!
¡Yo soy espiritual a pesar de mi fuerza!...

El mar tiene su espuma; y yo hallo que tengo
una íntima rosa, una alma de abolengo.
En medio de mis músculos está una hoja de lis.

¡Y el mar me lo ha enseñado! ¡Por su espalda ruidosa
una vez destruyó de su voz la aurea rosa
el hermano divino San Francisco de Asís!...

Méjico, a 6 de diciembre de 1916
(De un apunte en prosa que escribí en Manzanillo en enero de
1916)

NOCTURNO XVIII

Soledad de la Luna en el cielo de Otoño,
íntima noche blanca llena de soledad.
Música evocadora de un hondo vals de amor,
caridad desas notas, ¡sonora caridad!

El pensamiento vuela, como un sutil mensaje,
con su intangible idioma llena todo el amor.
¡Nocturnas esperanzas a la luz de la Luna!
¡Tristeza de mujeres en mi meditación!

¡Y no sé qué entusiasmo súbitamente agolpa
su incontenible triunfo sobre mi alma de mar,
devastando mi duelo y mi tristeza toda,
vistiéndome de ensueño y haciéndome temblar!

Y al apoteosis pálido del nocturno silencio
contagio de mi súbita alegría de clarín.
¡Y la noche de Otoño, llena de luna y sueño,
fue una gran sinfonía de sol blanco y zafir!

Méjico, a 7 de diciembre de 1916

AL PINTOR MATEO HERRERA

Artista; vuestras manos han violado el secreto
de mi vida, pues ellas repitieron mi "ser".
El lápiz silencioso, delineó mi discreto
dolor que hay en mis ojos, que "llega" sin querer...

Si el tiempo con sus rosas o su audacia de abeto
no hubiese puesto un lánguido vibrar de atardecer
en mi ánima, mi vida, exenta de respeto
no hubiese comprendido la luz de la mujer...

Tengo mucho de selva, y un algo vespertino...
Hay una ave sutil en mi cráter andino.
Vos habéis sorprendido mi soberbia y mi amor.

¡Y en mi gesto de hombre melancólico y serio,
pusisteis la visión del divino misterio
de Arte que en mi espíritu abre su inmensa flor!...

Salón de Actos de la Academia de San Carlos, el día 9 de diciembre de 1916

POEMA DE NAVIDAD

I

Júbilos pastoriles llenan de sal la noche.
La dulce paz agreste llena de amor se da.
Una estrella que ha ido a prenderse en un árbol
iluminó el sendero enflorado de paz.

Los tropeles bucólicos en cuyo sordo ruido
a veces una risa suelta su leal tropel,
deshilan largamente la tela del silencio
colgada de los cielos como de un dosel.

Las siluetas desfilan llenas de ruido; brisas
sonoras de las cúspides y frías de emoción,
van en tropeles diáfanos a cantar sus canciones
al Dios desnudo y niño como un divino amor.

II

Nuestra Señora y Madre, blanca Virgen María,
se había quitado el manto y había puesto al niño.
Descendió una nevada su florecer de arniño,
lenta y calladamente con serena armonía.

El blanco ángel del alba pinta en la lejanía
panoramas de oro. Y de entre el desalíño
de dos árboles secos, la canción del cariño,
dos pájaros dijeron en gloriosa alegría.

Pinceladas de sol encendían la nieve,
y ella se sonreía, deshaciéndose. Leve
era aquella frialdad para tanta alegría;

La tierra habíase puesto sin mancha, inmaculada;
todo era puro y bello. Fue en aquella alborada
cuando rendido y trémulo vi a la Virgen María.

III

ENVÍO:

A mi madre

Madrecita adorada, madrecita
llena de amor y de virtud: Mis manos
que han besado la gloria de tus manos;
y en la visión de tu alma infinita
he llorado y cantado,
y te he amado intensa, inmensamente,
este poema de la Navidad,
te compuse una noche de diciembre
en que la noche era tan linda,
como si el tiempo fuera de cristal.

México, a 24 de diciembre de 1916

Es esta mi primera ofrenda lírica que dedico a mi incomparable mamacita.
Se la ofréci el dia 3 de Enero, día de mis compleaños.
México, 1917.

FINAL SINFÓNICO

Yo estaba aquella noche lleno de orgullo. Nada
he encontrado en mi vida como esa noche... Si.
Mi juventud enorme oyó la voz del Hada
de la Vida, cantar versos de frases.
Era un canto magnífico, suntuoso y desbordado.
Sacro, como los himnos de alguna acción ritual,
Retrocedía la sombra escondiéndose en los árboles
su pasmosa y aérea vieja solemnidad.
Las estrellas tuvieron fulguraciones raras.
De vida nueva y pura un árbol retorcíó
una rama vibrante de hojas bellas y largas;
y el campo todo estaba lleno de la canción.
El aire desgreñaba las nubes. Una encina
tremolaba un retoño con delirante ardor.
¡Y la canción que ondeaba invirtió las espinas
y era todo feliz como un grito de amor!
Yo estaba aquella noche lleno de orgullo. Ama,
me gritó el Hada. Y ámame lleno de rojo abril,
le dije yo a la vida, loco, loco de ensueño...
¡Ven a mí! ¡Ven a mí! ...
Y fue en aquella noche cuando mi corazón
abandonó el raquíctico jardín de una virtud,
y me dio sólo tedio... ¡Amanecí, y el Sol,
me encontró con la vida que era mi juventud!

En México, 11 de enero de 1917

A GUILLERMO DÍVILA

Amigo mío, la vida no hay que tomarla en serio.
Es una vieja broma de Dios; que te diviertan
mis pobres versos jóvenes ya que en ellos injertan
la Virtud y el Pecado su pasmoso misterio... .

¿Ves? puntos suspensivos; ya no al canza el salterio
para decir sútiles cosas... Y que lo advierten
tus ojos y tu alma... Estos puntos despiertan
ciertas curiosidades dignas de tu hemisferio
frontal. Amigo mío: nunca te desesperes;
espera siempre algo de lo que nunca esperes.
(Y no es cábala, conste.) ¡Tiene a veces la Vida
ciertos bellos caprichos como divagaciones,
que nos hacen cantar con el alma transida
de un inmortal deseo de actuar en sus acciones!

[26 de abril de 1917]

A MAMACITA

Si yo tengo a mi madre, qué me importa que el mundo
sea peor de lo que es, ¡si mi madre es la vida!
Nadie tiene una madre como yo! Es tan profundo
el mar de nuestro amor, que allí es otra la Vida.

Es la única Reina a cuyos pies, rendida
mi alma se hace tarde y se postra. Me hundo
en mi orgullo mejor; que yo por ella fundo
mi templo del Dolor frente a mi alma encendida.

Ella siente su otoño; yo que soy Primavera,
poniendo en cada rama nostálgica mis rosas
divinizo ese otoño y así encanto su vera.

¿Sentís que caen las hojas en la dulce pradera?
Son las nobles palabras de mi madre... Y mis rosas,
por cada hoja que cae, más dicen: ¡Primavera!

En México, a 3 de Enero de 1918.
Santo de mamacita

LA GITANA

MÚSICA DE ENRIQUE GRANADOS

Esta es la gitana, la soberana
gitana del mantón y alta peineta.
Aquí está la gitana, mala gitana,
con su paso que adulsa cuando no reta.

La floreada bata con arandelas
se ciñe al cuerpo recio bárbaramente.
Parece que a requiebros la mujer quema
los ritmos de la danza tan insolente.

En los ojos, rencores tiran su flecha;
en los labios audacias preponderantes,
rebeldías publican de la deshecha
alma de los gitanos alucinantes.

El mantón se descuelga y entra en la gracia;
los dedos hacen ruidos de castañuelas,
y es de ver el desplante, la bella audacia,
todo el juego vistoso con que se quiebra.

Con la espalda a la gente sube las manos
y palmea las manos con gracia tal,
que ella misma sonríe de aquel encanto.
Bella gitanería del bien y el mal.

Con un gran desparpajo toma el extremo
de la cauda del traje, señala a un tío,
y le da una sonrisa con tanto gesto,
que hasta un río detuviera con ser un río.

Es Tórtola Valencia la tal gitana.
 Lo que describo han visto los ojos míos.
 El traje es de un apunte que hizo Zuloaga.
 Lo demás... nunca importa... que yo fui el río...

Julio 11 de 1918

PAISAJE DE JOAQUÍN SOROLLA

El jardín de naranjos bajo el sol de las doce.
 La sombra corre tenues morados bajo ramas.
 Naranjas de oros mate y de oros sobre llamas
 ofrecen la dulzura de su sencillo goce.

Si alguna de las brisas deslizara su roce,
 ya estarían los frutos desasidos de tramas.
 Tal se cuelgan a punto de descolgarse a granas.
 ¡El jardín de naranjas encantado a las doce!

De tierra enrojecida sendero hay en la huerta,
 Y en él, vestida de blanco, una mesa desierta.
 Juega el sol en el lino. Alguien se fue o vendrá.

Hay cien verdes en los árboles y hay en frutos cien oros.
 La luz dice en matices los felices tesoros
 del jardín de naranjas que a la sed se dará.

Nueva York, octubre 24, 1918

Después de ver un cuadro hermosísimo de Sorolla y Bastida.

CUANDO TE PONES TRISTE

Cuando te pones triste
el dia se atardece
más pronto y con un vago
temor de irrealidad.
Cuando te pones triste
la tarde se entristece
con la estrella más alta
de su inmortalidad.

Si gustaras del frío
de ver cómo perece
lo diáfano del mundo
por tu inserenidad,
tendrías la sublime
piedad de que carece
lo rojo, contrastando
cualquier tonalidad.

Cuando te pones triste
dejo incompleto un vaso;
yo tendría cien ánforas
como ofrendas de ocaso.
Cuando te pones triste
suelto mi verso tal,

que casi desconozco
mis maneras de artista.
Cuando te pones triste
mi poema se atrista
quedando en claras ánforas
de súbito cristal.

Enero 20 de 1921

FESTÍN... , SU MAJESTAD

La Fiesta en la Casa del Rey
se prolongaba por trece horas ya.
¡Qué laberinto era cada mujer!
Todos los hombres estaban demás.
El Rey estaba sentado en su trono.
En su mano diestra tiene el cetro real
(lleno de molestias como de diamantes)
y en la siniestra, la esfera mundial.
Si el cetro pesaba, aquel orbe de odio
tenía irritadas las reales sortijas:
13 horas de estar sentado en el trono,
13 horas de estar sonriendo sonrisas.
Un loro pintado de noche de luna
mascó una frase obscena cuando empezó a escuchar
música de Chopin.
(La corona del Rey
se principió a apagar...)
El Rey, aburrido y magnífico
dejó caer su orbe, casi sepulcral,
sobre la cabeza de un filósofo
incisivo e intestinal.
(Naturalmente por esto
nadie dejó de bailar)
Mas levantóse el Rey con grandes voces.
(El loro se puso a reír.)
Y el ministro de Suecia que estaba en la fiesta
con su cara de carnes frías dijo: Sí, Sí.
El jardín lleno de calabazas florecidas
se arrinconaba de meditación,
cuando pasó el Rey en su bicicleta restringida
seguido de un dragón y de otro dragón... .

NOCHE

Noche, tu poderio fue superior al mío.
(En pliegues me caía la sombra del amor.)
Mi corazón, más joven que las rosas futuras
trina las melodías de un trágico dolor.

Lágrima perdurable que me arrancan tus lunas
cuelga de la arquería de mis tardes de ayer.
Noche, desde la orilla deste claro de Luna
liberté el ruiñor que me dio una mujer

Por la desolación que me diste cantando,
gentil lirio desmaya mi amar sobre su fe.
Y el diamante sin par de tu seno encantado
se encenderá en mi frente para regir mi ser.

Noche, con tus suspiros encenderé la llama.
Noche, con tus silencios escucharé mi voz.
Mas sembraré de estrellas el camino del Alba
renovando mis manos sobre el ara de Dios.

Méjico, mayo de 1921

I

¡Poemas! Si pudiera yo escribir los poemas
en que mi sangre canta como el sol en el agua.
Poemas de mi vida, sin redobles ni gemas,
sin acordes atlánticos ni apogeos de danza.

Decir la melodía de mis horas sin rumbo.
Lo que jamás ninguno pudiera sospechar.
¡La Voluntad tremenda y el corazón desnudo!
¡Cantar! Divino canto que nadie ha de escuchar.

¡Si tú estuvieras viendo desde el pinar plateado
 la ciudad encendida! Muerte y Resurrección...
 Cuánto el alma no diera por llorar a tu lado.
 La ciudad a lo lejos me llenaba de horror.

Nuestras vidas intactas sobre un fondo de ausencia,
 donde una estrella sola sobre la catedral
 apagó mi destino una noche de robos
 y me entregó el hastío de la vieja ciudad.

Si desde los pinares de la montaña oyeras
 cómo calla mi sangre como si fuera el mar.

México, mayo 28 de 1921.

EL PAISAJE DE CÓRDOBA

Córdoba, te conocí
 en una tarde mal pintada
 pero llena de Abril.

Fiero deseo de montañas
 desde un jardín,
 eso eres, Córdoba la mexicana,
 selva y jazmín.

Te contaré tus cosas:
 como en un libro de estampas
 una fábula toca
 su realidad maravillosa.

Mira; en esta página hay tres montañas:
una verde, una azul y una morada,
una detrás de otra.
Un horizonte de ojo de águila.
En otra página
el sol no sirve para nada
y no se ve lo que hay en ella.

Pero en esta otra
todo es dorado:
los plátanos y las naranjas
y todas las cosas
que yo quiero que haya.
(Quizás son demasiadas cosas
y sin embargo alguna me hace falta.)

Córdoba,
fíjate en esta lámina,
mira esta lámina maravillosa:
el mundo se ha quebrado
y en la rotura hay agua
y en las orillas hojas:
largas, redondas, mínimas y anchas,
que con ellas podríamos
cubrir la Patria.

Las piedras del río
están siempre acabadas de lavar
y como todo parece que es mío
no me lo pienso llevar.
¿Comprendes, Córdoba, lo que significa tu río
tan lejos del mar?

Córdoba,
mira esta lámina:
floresta azul y verde

y aire oscuro entre las ramas,
una nube que va a Veracruz
y otra que va a Orizaba.

Si quieres ver las otras páginas,
ven a la "serenata",
que de los ojos de tus sobrinas,
hadas,
surgen las palabras divinas
para ponerle títulos a las otras estampas:

Córdoba, cálida Córdoba
jardín en la montaña.

[Agosto, 1921]

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

POESÍA

- Colores en el mar y otros poemas*, Ilustración de Roberto Montenegro, México, Librería Cultura, 1921 [78 hojas sueltas y 3 dibujos sin foliar. Dedicado a Ramón López Velarde].
- Oda de junio*, México, La Pajarita de Papel, 1924, 4 pp.
- Piedra de Sacrificio*. Poema Iberoamericano. Prólogo de José Vasconcelos. Retrato a lápiz del autor por Juan D. Hoyos, México, Ed. Nayarit, 1924 [28 hojas sin foliar].
- Seis, siete poemas*, México, Atlántic-Editores, 1924 [60 hojas sin foliar].
- Hora y 20*, París, Editorial Paris-América, 1927, 124 pp.
- Camino*, París, Ediciones Estrella, Talleres Tipografía Solsona, 1929, 75 pp.
- 5 poemas*, México, Suplemento de Barandal, 1931, 8 pp.
- Esquemas para una oda tropical*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933, 3 pp. [Dedicado a Jorge Cuesta].
- Estrofas del mar marino*, México, Imprenta Mundial, 1934, 11 pp. [Dedicado a Manuel J. Sierra].
- Hora de junio (1929-1936)*, México, Ediciones Hipocampo, 1937, 102 pp. 2a. ed., Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Exágonos*, México, Nueva Voz, 1941, 23 pp.
- Recinto y otras imágenes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, 181 pp. (Colección Tezontle) [Dedicado a la memoria de Genaro Estrada]. 2a. ed., Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Discurso por los flores*. Poema con ilustraciones de Roberto Montenegro, México, Editorial Cultura, 1946 [s. p.] [Dedicado a Joaquín Romero]; 2a. ed. con grabados de Vicente Gandía, Partido Revolucionario Institucional, 1976, 12 pp. [Edición de José López Portillo a los floricultores del país].
- Subordinaciones. Poemas*, México, Editorial Jus, 1949, 130 pp. [Dedicados a Gabriela Mistral]. 2a. ed., Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Sonetos*, México, Editorial Cultura, 1950, pp. (Los Presentes, 3. Primera Serie).
- Práctica de vuelo*, México, Fondo de Cultura Económica, 153 pp. (Colección Tezontle). [Dedicado a Alfonso Reyes]; 2a. ed., 1975

- [Edición especial para los amigos del Fondo de Cultura Económica]. 3a. ed., Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Carlos Pellicer* (Disco), México, Dirección General de Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960 (Voz Viva de México) [Voz del autor. Prólogo de Juan José Arreola].
- 2 poemas, La Habana, Ediciones So. Regimiento, núm. 1, 1962, 7 pp. [Contiene: "Estrofas a José Martí" y "Discurso a Cananea", este último publicado en hoja volante en 1956].
- Con palabras y juego*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 30 pp. (Colección Tezontle).
- Material Poético, 1918-1961*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, 663 pp. [Retrato del autor por Diego Rivera].
- Teotihuacan y 13 de agosto: ruina de Tenochtitlán. Poemas*, México, Ediciones Ecuador O°O'O", 1965 [s. p.].
- Primera antología poética*, Selección por Guillermo Fernández, prólogos de José Alvarado, Gabriel Zaid y Guillermo Fernández, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 366 pp. (Colección Popular); 1a. reimpresión, 1977.
- 50 años de quehacer poético, Villahermosa, Editores: José Isabel García Jiménez, Felipe de Jesús Andrade Castillo, Martha Olga Alpuche Baldizón, José Ángel Ruiz Hernández (Edición mimeográfica), 1969, 114 f., s. p.
- Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 1972, 47 pp.
- Cuerdas, percusión y aientos*, Villahermosa, Universidad Autónoma Juárez de Tabasco, 1976, 248 pp.
- Breve Antología*. Introducción y selección de Guillermo Hernández, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Difusión Cultural, 1977, 36 pp. (Material de lectura. Serie Poesía Moderna, núm. 1).
- Miniantología poética*. Prólogo de Marco Antonio Acosta, s. l., 1977, 92 pp.
- Reincidencias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 138 pp.
- Cosillas para el Nacimiento*. Introducción de Gabriel Zaid, México, Editorial Latitudes, 1978.
- Poemas*. Selección de Mónica Mansour, México, Promexa, 1979.

EDICIONES, OBRAS EN COLABORACIÓN, PRÓLOGOS, ENSAYOS,
CONFERENCIAS, HOJAS VOLANTES Y POESÍAS EN LIBROS
DE OTROS AUTORES

- Ignacio Manuel Altamirano: Discursos, crítica. Selección y palabras de Carlos Pellicer Cámara*, México, Imprenta Victoria, 1916, 87 pp.
- Antonio y Manuel Machado: Poemas. Selección e impresiones de Carlos Pellicer Cámara*, México, Cultura, T. V. núm. 3, 1917, 71 pp.
- Bolívar*. (Contribución y homenaje al primer centenario de la creación de Bolivia, 1825-1925), México, Subsecretaría de Educación Pública, 1925, 31 pp. Reproducido en *Lecturas clásicas para niños*. Ilustraciones de Roberto Montenegro, México, Subsecretaría de Educación Pública, T. 2, 1925.
- Salvador Novo: Ensayos*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1925 [se incluye de Pellicer, "Oda a Salvador Novo", pp. 87-89].
- Simón Bolívar*. Selección de Carlos Pellicer; Nota Preliminar de Salvador Azuela, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1937, 96 pp. (Serie Pensadores de América).
- Monterrey*. Historia y poesía. (Juegos florales de mayo por Alfonso Teja Zabre, Miguel N. Lira y Carlos Pellicer.) México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1937 [Pellicer colabora con "Romance de Tilantongo", pp. 27-37].
- José María Velasco (1840-1912)*. Catálogo, Philadelphia, Museum of Art, 1944-1945 [El artículo de Pellicer: "El Valle de México"].
- Julio Castellanos (1905-1947)*. Museografía de su obra; con notas de Carlos Pellicer y Salvador Toscano, México, Editorial Netzahualcóyotl, 1952, 84 pp. [El artículo de Pellicer: "Opinión entre dos paisajes"].
- Discurso a Cananea*, 1956, hoja volante [poema escrito para el cincuentenario del drama y repartido entre los obreros de la mina].
- Gabriela Mistral. Homenaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957 [Pellicer colabora con "Siete sonetos por Gabriela Mistral", pp. 1-6].
- Señor Dulles*, 10. de diciembre de 1958, hoja volante.
- Señor John Foster Dulles*, México, 10. de diciembre de 1958, hoja volante.
- Museos de Tabasco. Guía Oficial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959, 51 pp. [La edición en inglés en 1961, 42 pp.]
- La pintura mural de la Revolución Mexicana, 1921-1960. Introduc-*

- ción y antecedentes por Carlos Pellicer, México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1960.
- El trato con escritores*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1961 [Ensayo de Pellicer en páginas 187-205].
- ...*En un país lejano...* Imágenes de Francisco Martínez Negrete. Alusiones poéticas de Carlos Pellicer, México, Foto-Illustradores, S. A. de C. V., 1961, 77 pp.
- Norma Carrasco: *De ser, amor y muerte...* Prólogo de Carlos Pellicer, México, Ediciones Ecuador O°O'O°, 1962.
- Salvador Novo: *18 sonetos*, México, S. edit., 1963 [se incluye de Pellicer: "Tres sonetos a Salvador Novo", pp. 7-8].
- Anahuacalli. Museo Diego Rivera. Catálogo*, México, Banco de México, 1964.
- Señor Doctor Fulton Freeman, *Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica en México*, México, noviembre 4 de 1965, hoja volante.
- Simón Bolívar*, México, Secretaría de Educación Pública, 1965, 67 pp. (Cuadernos de Lectura Popular, 5); 2a. ed., 1966.
- Raúl Leiva: *La serpiente emplumada*. Prólogo de Carlos Pellicer, México, Ediciones Finisterre, 1965.
- José Tiquet: *Marzo de labriegos*. Prólogo de Carlos Pellicer, México, Cuadernos Americanos, 1965.
- José Vasconcelos, Carlos Pellicer y Manuel M. Mora: *Geopolítica de Tabasco* (Visión retrospectiva), México, Editorial Política Nueva, 1965 [El ensayo de Pellicer: "Discurso en la Escuela Tecnológica", pp. 30-39].
- José López Bermúdez: *Canto a Morelos*. Introducción de Carlos Pellicer, México, Secretaría de Educación Pública, Subsecretaría de Asuntos Culturales, 1966. (Serie La honda del espíritu.)
- Alfredo Perera Mena: *Cosecha de sombra*. Prólogo de Carlos Pellicer, México, Editorial Libros de México, 1967.
- Leonardo Nierman*, México, Artes de México, 1967.
- Fulvio Roiter: *Méjico*. Introducción de Carlos Pellicer, Ediciones Atlantis, S. A., 1969.
- Marco Antonio Flores: *Muros de Luz*. Prólogo de Carlos Pellicer, México, Siglo XXI, 1968.
- José María Velasco. Pinturas, dibujos, acuarelas. Con un prólogo y tres sonetos de Carlos Pellicer, México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1970.
- Elvira Gascón*, México, Galería de Arte Mexicano, 1970 [se incluye un soneto de Pellicer].
- Letras Vivas; páginas de la literatura mexicana actual*. Lecturas

por Carlos Pellicer, Juan José Arreola y María Luisa Mendoza, México, Secretaría de Educación Pública, Setenta, 23, 1972.
Las manos del mexicano, México, Financiera Comermex, S. A., 1972 [El texto de Pellicer: "Está en mi mano"].
Juan Pellicer Cávara: *Cartas taurinas. Palabras familiares de Carlos Pellicer*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974.

TEXTOS EN CATÁLOGOS DE EXPOSICIONES

- Esther Hernández de Guzmán y Esther Luz Guzmán*. Palacio de Bellas Artes, México, 20 de diciembre de 1946.
- José Jayme*. Edificio Guerra. San Luis Potosí, 20 de agosto de 1950.
- José Luis Aguerrebere*. Galería Arte Moderno. México, 18 de abril de 1952.
- Nicolás Moreno*. Salón de la Plástica Mexicana. México, 22 de junio de 1964.
- Gómez Ventura*. Salón de la Plástica Mexicana. México, 29 de julio de 1965.
- Héctor Xavier*. Salón de la Plástica Mexicana. México, 7 de octubre de 1965.
- Gómez Ventura*. Instituto de Arte de México. México, 18 de agosto de 1966.
- Rina Lazo*. Galería de la ciudad de México. México, 27 de abril de 1967.
- Ceferino Colinas*. Instituto Nacional de Bellas Artes. México, 17 de octubre de 1967.
- Alfonso Ayala*. Salón de la Plástica Mexicana. México, 22 de noviembre de 1967.
- Alberto de la Vega*. Instituto Nacional de Bellas Artes. México, 5 de diciembre de 1967.
- Miguel Conde*. Galería de Arte Moderno. México, 15 de abril de 1968.
- Tebaldo Rómulo Hernández*. Instituto Nacional de Bellas Artes. México, 6 de octubre de 1970.
- Roberto Montenegro*. Galería de Arte Mistachi. México, 10. de diciembre de 1970.
- Alfonso Ayala*. Salón de la Plástica Mexicana. México, 12 de noviembre de 1971.
- Xavier Guerrero*. Museo de Arte Moderno. México, 4 de enero de 1972.
- Leonardo Nierman*. Museo de Arte Moderno. México, 20 de enero de 1972.

HEMEROGRAFÍA

Abside, México, D. F.

"Ocho sonetos" ("Sonetos de esperanza: I: Cuando a tu mesa voy y de rodillas". II: "Y salgo a caminar entre dos cielos"; "Buena cosa es alzar los ojos, grande"; "Ninguna soledad como la mía"; "Cuando tenga en mi voz el agua clara"; "Brisa que biseló la oscura rama"; "Señor ¿por qué estoy solo, por qué impides" "Dios y Señor que creaste la nada". Vol. XV, núm. 2, abril-junio, 1961, pp. 219-226.

"Pensando en Arriola Adamo". Vol. XXVII, núm. 2, abril-junio, 1963, pp. 234-235.

"Soneto pobre" (Dedicado a Emma Godoy por su pobre amigo). Vol. XXXVIII, núm. 1, enero-marzo, 1974, p. 64. [Al calce: Pascua de Navidad. Lomas de Chapultepec, Sierra Nevada 779, México 10, D. F.]

"Cosillas para el Nacimiento". Vol. XXXVIII, núm. 4, octubre-diciembre, 1974, pp. 433-434. [Al calce: 23 de diciembre de 1973. Sierra Nevada 779, Lomas de Chapultepec, México 10, D. F.]

Alcancia, México, D. F.

"Pausa naval". Núm. 4, abril, 1933, pp. 53-56. [Al calce: México, D. F., 15 de mayo, 1932.]

"Estudio". Núm. 4, abril, 1933, p. 57. [Al calce: 1931.]

América, México, D. F.

"Natividad", V, núm. 60, p. 1.

La América Española, Bogotá.

"A Bolívar", agosto 7, 1919, p. 3.

Antena, México, D. F.

"Trópico". Núm. 2, agosto, 1924, p. 7.

La Antorcha, México, D. F.

"Oda", "Uxmal", "Iguazú", "El cielo", T. I, núm. 1, octubre 4, 1924, pp. 18-19.

- "Sembrador". "Segador". "Deseos", T. I, núm. 8, noviembre, 1924, p. 13.
- "Simón Bolívar", T. I, núm. 10, diciembre, 1924, p. 15. [Al calce: México, noviembre de 1924].
- "Una nota sobre Tablada", T. I, núm. 24, 1925, p. 21 (prosa).
- "Poema en el comedor de mi casa" (A Carlos Chávez), T. I, núm. 29, abril 18, p. 16. [Al calce: 1925]. [Se titula "Estudio" en *Hora y 20*.]
- "Balada de los cuatro cantares" (A José Gorostiza), T. I, núm. 29, abril 18, 1925, pp. 16-17. [Al calce: México, marzo de 1925.]

Anuario de la Poesía Mexicana, México, D. F.

"Tres sonetos a Frida Kahlo", 1955, pp. 162-164.

"Memorias de la Casa del Viento", 1960, pp. 86-89.

"Cien líneas para ti", 1961, pp. 124-127.

"Elegía apasionada", 1962, pp. 103-107.

Artes de México, México, D. F.

"Mater amabilis" (Tres sonetos: I: "Guindó la noche la última hora"; II: "Un fastuoso silencio, de rodillas"; III: "Pirámide solar de calor vivo"), núm. 2, enero-febrero, 1954, pp. 13-15.

"La pintura mural en México" (Ojos murales), núm. 5-6, diciembre, 1954, pp. 5-8 (prosa).

"Retórica del paisaje", núm. 11, enero-febrero, 1956, pp. 5-6.

"El Valle de México", núm. 11, enero-febrero, 1956, pp. 16-18 (prosa).

"La mayor alegría de mi vida", núm. 72, 1966, p. 5 (prosa).

"Anahuacalli", núm. 64-65, 1966, pp. 9-13 (prosa).

"Un poco, un poquito de muerte", núm. 145, 1969, p. 5 (prosa).

Azulejos, México, D. F.

"El pintor Diego Rivera", T. II, núm. 2, diciembre, 1923, pp. 20-25. [Al calce: México, D. F., agosto, 1923] (prosa).

El Bachiller, México, D. F.

"Poesía", Año I, núm. 1, junio, 1951, p. 7.

Bandera de Provincias, Guadalajara, Jal.

"Estudio", núm. 7, agosto 1o, 1929, p. 1.

Bellas Artes, México, D. F.

"Opiniones", Año I, núm. 1, enero, 1956, hoja suelta (prosa).

"Canto destruido", Año I, núm. 2, febrero, 1956, p. 18 (prosa).

"José María Velasco", Año I, núm. 2, febrero, 1956, p. 18 (prosa).

Boletín del Centro Latinoamericano de Escritores, México, D. F.
"A todo cielo", núm. 4, junio, 1969, pp. 6-7.

Boletín del Consejo Nacional Técnico de Educación, México, D. F.
"A Juárez", Año III, núm. 7, julio, 1960, p. 8.

Boletín Mensual Carta Blanca, Monterrey, N. L.
"Roberto Montenegro", Año IV, núm. 4, junio, 1937, p. 2.

Caminos de México, México, D. F.
"Elogio de José María Velasco", núm. 2, abril 30, 1953, pp. 1-2.

Casa de las Américas, La Habana.
"En el centenario de Rubén Darío", núm. 42, mayo-junio, 1967,
pp. 15-16 (prosa).
"Carta al Embajador de los Estados Unidos", núm. 34, enero-
febrero, 1966, pp. 111-112 (prosa).

Catálogo de Exposiciones de Arte (Anuario), México, D. F.
"Nicolás Moreno" (Salón de la Plástica Mexicana. Del 22 de
junio al 10 de julio de 1964), 1965, p. 73 (prosa).
"Gómez Ventura" (Salón de la Plástica Mexicana. Julio 29 de
1965), 1966, p. 99 (prosa).
"Héctor Xavier" (Salón de la Plástica Mexicana. Del 7 al 28 de
octubre de 1965), 1966, p. 127 (prosa).
"Veinte acuarelas del paisaje tabasqueño. Exposición de Miguel A.
Gómez Ventura" (Instituto de Arte de México. 18 de agosto al
5 de septiembre, 1966), 1967, p. 106 (prosa.)
"Rina Lazo" (Galerías de la ciudad de México. Del 27 de abril al
23 de mayo de 1967), 1968, pp. 64-65 (prosa).
"Ceferino Colinas" (Instituto Nacional de Bellas Artes. 17 de octu-
bre de 1967), 1968, pp. 149-150 (prosa).
"Alfonso Ayala" (Salón de la Plástica Mexicana. 22 de noviembre
al 5 de diciembre de 1967), 1968, pp. 165-166 (prosa).
"Alberto de la Vega" (Instituto Nacional de Bellas Artes. 5 de di-
ciembre de 1967), 1968, pp. 171-172 (prosa).
"Miguel Conde" (Galería de Arte Moderno. Abril 15 de 1968), 1969,
p. 93 (prosa).
"Teódulo Rómulo Hernández" (Instituto Nacional de Bellas Artes.
Octubre 6 de 1970), 1971, pp. 152-153 (prosa).
"Roberto Montenegro" (Galería de Arte Misrachi. 10 de diciembre
de 1970), 1971, p. 175 (prosa).

- "Alfonso Ayala" (Salón de la Plástica Mexicana, 12 al 30 de noviembre de 1971), 1972, pp. 132-133 (prosa).
- "Xavier Guerrero" (Museo de Arte Moderno, 4 al 28 de enero de 1972), 1973, pp. 7-8 (prosa).
- "Leonardo Nierman" (Museo de Arte Moderno, 20 de enero al 20 de febrero de 1972), 1973, pp. 13-14.

Comercio, México, D. F.

- "Mixquic; Noche de muertos", Vol. 14, núm. 145, noviembre, 1972, pp. 4-6 (prosa).

Comune, París.

- "/Discurso/ ante el Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas/", núm. 49, septiembre, 1937, pp. 78-79 (prosa).

Contemporáneos, México, D. F.

- "Grupos de figuras", T. VIII, núm. 26-27, julio-agosto, 1930, pp. 55-56.
- "Estudios", T. XI, núm. 40-41, septiembre-octubre, 1931, pp. 171-174 [Al calce: julio de 1931 y septiembre de 1931].

Cuaderno del Congreso por la Libertad de la Cultura, París.

- "Bolívar sin límites", núm. 82, 1964, p. 18 (prosa).
- "Teotihuacán. Trece de agosto (Ruina de Tenochtitlán)" núm. 94, marzo, 1965, pp. 21-24.
- "Toda América nuestra", núm. 100, septiembre, 1965, p. 3 [Al calce: Tepoztlán, México, junio de 1965].

Cuadernos Americanos, México, D. F.

- "Sonetos" (I: "A dónde y hasta dónde y en qué sueño"; II: "Tú eres la luz, la verdad, la vida"; III: "Joven de eternidad, soplé la llama"; IV: "Entre todos los cielos el más alto"; V: "Señor, mira mi sangre, qué negrura"; VI: "Y me quedo mirando el infinito"), enero-febrero, 1951, pp. 282-285.
- "Líneas por el Che Guevara" (En Memoria de Ernesto Che Guevara), marzo-abril, 1968, pp. 105-106 [Existe sobretiempo].

Cuadernos de Bellas Artes, México, D. F.

- "Tres notas para un retrato de Alfonso Reyes", Vol. I, núm. 1, agosto 10., 1960, pp. 17-18.
- "Salvador Fernando", Vol. II, núm. 8, agosto, 1961, p. 33 (prosa).
- "Elegía apasionada", Vol. II, núm. 9, septiembre, 1961, pp. 5-10.
- "Dos sonetos" (A Juan José Areola con un ejemplar del *Material Poético*) (I: "Esto que pudo ser y es casi nada"; II: "Tú que

dices las cosas desde el vaso"), Vol. IV, núm. 2, febrero, 1963, p. 4.

El Chicote. Herbario de Poesía, Puebla, Pue.

"Soneto" (Para Adolfo Best Maugard, después de contemplar sus últimos cuadros) 2a. época, núm. 1, mayo, 1956, p. 3.

El, México, D. F.

"Cosilla para el Nacimiento de 1972", núm. 51, diciembre, 1973, pp. 84-85 [Al calce: Navidad de 1972].

El Despertador Americano, México, D. F.

"Discurso de bienvenida", Vol. I, núm. 2, mayo, 1967, p. 1 (prosa).

El Día, México, D. F.

"Proyecto para un mural", *El Gallo Ilustrado*, núm. 1, julio 10, 1962, p. 1 [Al calce: Tepoztlán, junio de 1961].

"A Bolívar", núm. 1, julio 10., 1962, p. 1.

"El premio a Octavio Paz es un triunfo y un honor para las letras nacionales", septiembre 11, 1963, p. 3 (prosa).

"A Elvira Gascón" (Soneto), *El Gallo Ilustrado*, agosto 9, 1964, p. 1.

"Cosilla para el Nacimiento de 1965", *El Gallo Ilustrado*, enero 16, 1966, p. 1.

"Elegia ditirámica". "Estudio". "A todo cielo". "Grupo de palomas", *El Gallo Ilustrado*, diciembre 29, 1974, pp. 6-7.

"Un entierro desairado". *El Gallo Ilustrado*, abril 2, 1978, p. 5. (prosa).

Diario del Sureste, Mérida.

"Hora de junio" (I), diciembre 15, 1968, p. 1.

"Con palabras y fuego" (Fragmento), diciembre 15, 1968, p. 4.

España Peregrina, México, D. F.

"Antonio Machado" (Palabras en el homenaje al poeta celebrado el 24 de febrero de 1940), T. L. núm. 2, marzo 15, 1940, pp. 65-66 (prosa).

El Espectador, México, D. F.

"Estudio", núm. 13, abril 17, 1930, p. 1.

Estaciones, México, D. F.

"3 sonetos a Dios", Año 1, núm. 1, primavera, 1956, pp. 8-9 [Al calce: Villahermosa, mayo de 52].

- "Amanece en mis ojos", Año I, núm. 1, primavera, 1956, pp. 10-12
[Al calce: Tepoztlán, Morelos, 23 de julio, 1955].
- "Para el joven matemático Víctor Neumann enviándole el manuscrito de los 'Esquemas para una Oda Tropical...' Año II, núm. 6, verano, 1957, pp. 155-156 [Al calce: Lomas, 1955, enero].
- "Dos sonetos de junio" (A Elías Nandino), Año III, núm. 12, invierno, 1958, pp. 374-375 [Al calce: Las Lomas, junio, 1958].

Estilo, San Luis Potosí, México.

"José Jayme, el pintor" (Versión taquigráfica de la conferencia que dictó el poeta de *Recinto* con motivo de la magna exposición del pintor potosino, en agosto de 1950), núm. 16, octubre-diciembre, 1950, pp. 219-226 (prosa).

El Cachetero, Guadalajara.

"A la Virgen de la Soledad", núm. 9-10, enero-diciembre, 1952, pp. 60-61.

"Soneto a Carlos Rodríguez Alday, regalándole un dibujo del Dr. Atl", núm. 15, julio-septiembre, 1953, p. 192.

"Eterna es María", núm. 21-22, enero-junio, 1957, pp. 1-2 [Al calce: Las Lomas, vísperas de Navidad, 1956] [Publicado sin título en "Cosillas para el Nacimiento", núm. 12].

Europe, París.

"Heures de Juin" ("Faucheur", "Schèmes pour une ode tropicale"), (Trad. de Jean Camp), Año 37, núm. 367-368, noviembre, 1959, pp. 75-81.

Examen, México, D. F.

"Dioses marinos", núm. 2, septiembre, 1932, pp. 11-13 [Al calce: junio, 1932].

Excelsior, México, D. F.

"El Neruda que yo conocí", Diorama de la Cultura, Supl. de *Excelsior*, septiembre 30, 1973, p. 3 (prosa).

"He olvidado mi nombre", "Nocturno a mi madre", "Horas de junio (I y II)", "Oda al Sol de París", "Esquema para una oda tropical", Diorama de la Cultura, febrero 20, 1977, pp. 4-5.

"Dos cartas a Ricardo Fuentes", Diorama de la Cultura, febrero 20, 1977, p. 6 (prosa).

Fábula, México, D. F.

"La puerta", núm. 1, enero 1934, pp. 11-12.

Frente a Frente, México, D. F.

"Discurso pronunciado por el escritor mexicano Carlos Pellicer en la sesión final de París", núm. 11, agosto, 1937, p. 6 (prosa).

Fuensanta, México, D. F.

"Dos sonetos" (I: "Ojos para mirar lo no mirado". II: "Y me quedo mirando el infinito"), Año III, núm. 1, 1951, p. 1.

"Soneto" ("Tocan los amarillos y los verdes"), 2a. época, núm. 1, julio-agosto, 1952, p. 1 [Al calce: Tepoztlán, septiembre de 1949].

La Gaceta, México, D. F.

"Contestación al reportaje de Francisco Zendejas: Críticas y elogios", Año I, núm. 1, septiembre, 1954, p. 3 (prosa).

"Para el Nacimiento que hice en mi casa en este año de 1955", Año III, núm. 19, marzo, 1956, p. 1.

"Gabriel", Año III, núm. 24, agosto, 1956, p. 4.

"Tres sonetos a Juárez" (leídos en la Alhóndiga de Granaditas) núm. 156, agosto, 1967, p. 7.

"Pentamería", Año VII, núm. 78, junio, 1977, p. 5 [Al calce: Tepoztlán, mayo 10, 1972].

"Tres poemas", Año VIII, núm. 90, junio, 1978, pp. 13-14.

Gladios, México, D. F.

"Orgía". "La muerte de Petronio". "Los gladiadores". "La corte de Nerón". (De "Los Sonetos Romanos"), Año I, núm. 1, enero 1916, pp. 66-68.

"Grecia", Año I, núm. 2, febrero, 1916, p. 13 [Al calce: México, 1914].

Guion Literario, San Salvador.

"Rafael Heliodoro Valle y su último libro: *Viajero Feliz*", diciembre, 1959, p. 48 (prosa).

El Herald de la Raza, México, D. F.

"/Presentación de *El Herald de la Raza*/" Año I, núm. 1, septiembre 10., 1921, portada (prosa).

"Caballero Águila/", Año I, núm. 6, 1922, p. 5 [Al calce: México, el día 20 de enero de 1922].

"A Bolívar", Año I, núm. 8, abril 15, 1922, p. 5 [Al calce: En la América Española, el 7 de agosto de 1919; primer aniversario del triunfo de Boyacá].

- "/Bienaventurados los que sufren/", Año I, núm. 9, mayo 15, 1922, p. 4 [Al calce: Inéditos. De "Las elegías humorísticas"].
- "/Crepúsculo venezolano/", Año I, núm. 11, julio 15, 1922, p. 6 [Al calce: Inéditos. México, el 24 de junio de 1922. Aniversario 101 de la 3a. Batalla de Carabobo].
- "/Gabriela Mistral/", Año III, núm. 17, febrero 15, 1923, p. 1 [Al calce: Veracruz, el dia 27 de julio de 1922. Primer Centenario de la Entrevista de Guayaquil] [Firma Servando Ríque, pero Taracena, editor del periódico, aclaró que este seudónimo lo utilizó Pellicer] (prosa).

El Hijo Pródigo, México, D. F.

"Noche en el agua", T. II, núm. 8, noviembre, 1943, pp. 80-81.

Hoy, México, D. F.

"Libros y autores" (Dice Carlos Pellicer sobre su último libro: *Hora de Junio*), núm. 12, mayo 15, 1937, p. 58 (prosa).

"Crónicas de viaje. Nueva York ¡Miserable Maravilla!", núm. 22, julio 24, 1937, p. 17 (prosa).

"París el cínico", núm. 46, enero 8, 1938, p. 21 (prosa).

Humanismo, México, D. F.

"Elegía" (A Germán Arciniegas) (Robia sombría), núm. 21, julio, 1954, pp. 111-114.

"Soledad", núm. 28, febrero, 1955, en p. 89.

"Estrofas al viento de otoño" (A Gabriela Mistral), núm. 30, abril-junio, 1955, p. 243.

leach, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.

"De la naturaleza", núm. 15, julio-diciembre, 1965, pp. 1-2.

Ideas de México, México, D. F.

"Mater Dolorosa", Año II, núm. 2, marzo, 1951, p. 9.

Impacto, Guatemala.

"Dónde estarás creatura de delicia". "Esta noche alojada entre las cuatro". "Señor ¿por qué estoy solo, por qué impides". "No lo sé pero un dia bueno y sano". "Ordéname, Señor, que yo te siga". "Señor, oyeme, ven, dame la vida". "Si la muerte soy yo, si en ella vivo". "Nada hay aquí, la tumba está vacía", junio 14, 1970, p. 13.

La Justicia, México D. F.

"Rivera" núm. 346, febrero, 1959, pp. 4-5.

Las Letras Patrias, México, D. F.

"Tres sonetos a Frida Kahlo", núm. 2, abril-junio, 1954, pp. 87-89.

Letras de México, México, D. F.

"Horas de junio", I, núm. 1, enero 15, 1937, p. 1.

"Poesía" (Si en el agua la brisa fue sombra), II, núm. 23, noviembre 15, 1940, p. 3.

"Soneto" (Tiempo soy entre dos eternidades), IV, núm. 3, mayo 15, 1943, p. 3.

"Del homenaje a Porfirio Barba Jacob" (Fragmento de un discurso fúnebre), V, núm. 120, febrero 10, 1946, p. 220 (prosa).

El Libro y el Pueblo, México, D. F.

"Bolívar sin límites", núm. 25, septiembre-octubre, 1956, pp. 10-11 (prosa).

"Sonetos para Gabriela Mistral" (I: "Gabriela, si hay dos muertos en vida"; II: "Cualquiera de tus nombres: si es Lucila"; III: "Gabriela, cuánto mar te traigo ahora"; IV: "Tala y desolación. Pero palpita"; V: "Tú me miraste siempre como a un niño"; VI: "Dios y Señor que por boca de Cristo"; VII: "Y ebora el corazón, goza su pena"), núm. 28, marzo-abril, 1957, pp. 48.

"Elogio de un canto a Morelos", *Época* VI, núm. 11, diciembre, 1965, pp. 25-26 (prosa).

"Una estatua en el viento", *Época* VI, núm. 18, julio, 1966, pp. 24-25 (prosa).

"Gran prosa por el triunfo de la República", núm. 34, noviembre, 1967, pp. 13-14 [Al calee: Lomas de Chapultepec, julio de 1967].

"Tres sonetos a Juárez", marzo, 1970, pp. 24-25.

El Maestro, México, D. F.

"A los estudiantes mexicanos", T. I, núm. 1, abril, 1921, p. 37 (prosa).

"El Sol! El Sol! El Sol! . . .", T. I, núm. 2, mayo, 1921, p. 204 [Al calee: La Habana, 1918].

"Encumbraba la tarde las estrellas primeras... " (A Luis Norma). T. I, núm. 2, mayo, 1921, pp. 203-204 [Al calee: Campeche, 1915].

Mañana, México, D. F.

"Romance de Fierro Malo" (A Frida Kahlo Rivera), diciembre 27, 1947, p. 68.

"A Juventino Rosas", julio 31, 1948, p. 79.

"Laudanza de la provincia", noviembre 12, 1949, p. 42.

Mensaje, México, D. F.

"Oda a Cuauhtémoc" (Fragmento), núm. 9, septiembre, 1956, p. 40.

"Soneto" (Poesía, verdad, poema mío), núm. 6, junio, 1957, p. 49.

Mexican Life, México, D. F.

"Rhetoric of the Landscape", abril, 1931, pp. 15-16.

Méjico en el Arte, México, D. F.

"Sueño dominical en la Alameda Central de la ciudad de Méjico", núm. 1, julio, 1948, s/p. (prosa).

"6 sonetos" (Soneto a causa del tercer viaje a Palestina. Elegía feliz [I, II, III]. Dos sonetos nocturnos), núm. 4, octubre, 1948, pp. 25-32.

Méjico Moderno, México, D. F.

"Poemas" (I: "Soy de viento en las palmas". II: "Yo no sé qué tiene el mar". III: "En negro se desafina". IV: "Recuerdos de Iza". V: "Homenaje a Amado Nervo"), T. I, núm. 5, diciembre 10, 1920, pp. 305-311.

"Santiago de Chile. 1920", T. II, núm. 8, marzo 10, 1921, p. 125 (prosa).

"Romanzas interiores de Ángel Corao", T. II, núm. 8, marzo 10, 1921, p. 125 (prosa).

El Nacional, Caracas.

"La cueva de Guácharo", marzo 31, 1960 [Sobre Ollín Ugarte Pelayo: *Canto de la cueva del Guácharo*].

El Nacional, México, D. F.

"La puerta", Suplemento, abril 16, 1937, p. 2 [Sin título en Recinto].

"Invitación marítima", Suplemento, agosto 14, 1938, p. 3.

"Fecunda elegía", Suplemento, quizás y después de junio, 1947, p. 5.

"Cosilla poética para diciembre", Suplemento, abril 22, 1956, pp. 8-9.

"Discurso a Cananea", Suplemento, junio 24, 1956, p. 16.

"La danza" (A Gloria Contreras), febrero 18, 1977, p. 17 [Al calce: Lomas de Chapultepec, 4 de septiembre de 1976].

El Nacional de Antioquia, Colombia

"Discurso pronunciado en el Cementerio Universal, en homenaje a Barba Jacob", octubre-diciembre, 1945, pp. 293 y 297 (prosa).

Nivel, México, D. F.

"Proyección inmediata en la obra del joven pintor mexicano Carlos Pellicer López", septiembre 30, 1974, p. 6

"Sonetos" (De *Práctica de vuelo*), *íd*em, p. 6

"Palabras familiares de Carlos Pellicer al libro *Cartas taurinas de Juan Pellicer Cámara*", octubre 31, 1974, p. 1

Nosotros, Buenos Aires

"Iguazú", Año XVII, núm. 169, junio, 1923, pp. 206-207 [Al calce: Brasil-Argentina, Cataratas del Iguazú, el 23 de octubre de 1922].

Novedades, México, D. F.

"Poemas de Horas de Junio" ("Epígrafe"; "Labró junio otra vez en carne viva"; "Junio, voz de la luz, mitad sonora"; "Vuelvo a ti, soledad, agua vacía"; "Junio me dio la voz, la silenciosa"; "Hoy hace un año, junio, que nos viste"; "Junio, jardín de junio, yo no quise"; "Agua, en tus lluvias llévame cenido"; "Junio que no cumpliste el prometido"; "Poesía, verdad, poema mío"; "Era mi corazón piedra de río"), *Suplemento Dominical*, junio 20, 1948, p. 2.

"Sonetos. Todo un día" (I: "Siento en mi desnudez, rampa y ceniza"; II: "¡Qué campo, qué esplendor! ¡Con cuánta anchura"; III: "Al regresar del campo, atardeciendo"; IV: "Si otra vez fueran dos! ¡Si yo pudiera"; V: "Señor, ¿por qué estoy solo, por qué impides") *Méjico en la Cultura*, núm. 1, febrero 6, 1949, p. 3.

"Contradicción a la encuesta ¿De qué vive el escritor mexicano?", *Méjico en la Cultura*, abril 24, 1949, p. 2 (prosa).

"Contestación a la encuesta ¿Existe una crisis en la poesía moderna de Méjico?", *Méjico en la Cultura*, julio 3, 1949, p. 2 (prosa).

"Un nuevo poeta: Tomás Díaz Bartlett", *Méjico en la Cultura*, marzo 5, 1950, p. 3 [Al calce: marzo 1950] (prosa).

"Un artista extraordinario: José Jayme", *Méjico en la Cultura*, septiembre 10, 1950, p. 4 (prosa).

"Nocturno" (I: "Buena cosa es alzar los ojos, grande"; II: "Pie de la noche, mano de la aurora"; III: "Entre la selva enorme de la hierba"; IV: "La desnudez del campo, su sonora"; V: "Al hallar al otoño, qué sorpresa"; VI: "Joven otoño de antigua belleza"; VII: "La soledad ha visto una por una"; VIII: "Ninguna soledad como la mía"; IX: "Noche en el arenal de las ausencias"; X: "Señor, tenme piedad, bajo el escombro"; XI: "Ciego, sordo, sin dedos, insaboro"), *Méjico en la Cultura*, septiembre 24, 1960, p. 3.

"Al maestro Enrique González Martínez", *Méjico en la Cultura*, abril 15, 1951, p. 3.

"Las estrofas a José Martí", *Méjico en la Cultura*, marzo 8, 1953, p. 3 [Al calce: Las Lomas, a 20 de enero de 1953].

"Los sonetos de Zapotlán" (I: "Un amarillo estar de otoño al día"; II: "Fiesta ¿de cuál calor? ¿Con qué sonido?"; III: "Hay algo en mí que surgirá y reviva"), *Méjico en la Cultura*, abril 5, 1953, p. 3 [Al calce: Zapotlán de Orozco, octubre de 1951].

"Flora Solar" (Al poeta Tomás Díaz Bartlett), *Méjico en la Cultura*, mayo 22, 1955, p. 3 [Al calce: Villahermosa, Tabasco, 2 de abril de 1955].

"A Frida" (I: "Si en tu vientre acampó la prodigiosa". II: "Como quien tiene flores en la mano". III: "A Frida, enviándole un anillo adornado con el crero maya"), *Méjico en la Cultura*, julio 17, 1955, p. 1.

"Ansia de las rosas", *Méjico en la Cultura*, enero 10, 1956, p. 1.

"Dolores del Río", *Méjico en la Cultura*, diciembre 2, 1956, p. 1.

"7 Sonetos por Gabriela Mistral (A Palma Guillén) (I: "Gabriela, si hay dos muertes en tu vida". II: "Cualquiera de tus nombres: si es Lucila". III: "Gabriela, cuánto mar te traigo ahora". IV: "Tala y desolación. Pero palpita". V: "Tú me miraste siempre como a un niño". VI: "Dios y Señor que por boca de Cristo". VII: "Y ahora el corazón goza su pena"), *Méjico en la Cultura*, febrero 10, 1957, p. 1.

"En memoria del poeta mártir Tomás Díaz Bartlett", *Méjico en la Cultura*, marzo 10, 1957, p. 3 (prosa).

"Méjico en la pintura de Diego Rivera", *Méjico en la Cultura*, agosto 18, 1957, p. 10 (prosa).

"Méjico en la pintura de Siqueiros", *Méjico en la Cultura*, septiembre 8, 1957, p. 10 (prosa).

"Diego", *Méjico en la Cultura*, diciembre 15, 1957, p. 3. (prosa).

"A Frida y a Diego", *Méjico en la Cultura*, diciembre 7, 1958, pp. 1 y 7 (prosa).

- "Narciso Bassols: su carácter", *Méjico en la Cultura*, agosto 16, 1959, p. 1. (prosa).
- "Cien líneas para tí", *Méjico en la Cultura*, septiembre 25, 1960, p. 1.
- "Un entierro desairado", *Méjico en la Cultura*, abril 25, 1962, p. 9 [Al calce: Méjico, D. F., 1962] (prosa).
- "Dos sonetos" (A Adolfo Best Maugard), *Méjico en la Cultura*, septiembre 6, 1964, p. 7.
- "Visita al taller de Raúl Anguiano", *Méjico en la Cultura*, octubre 26, 1969, p. 3 (prosa).
- "Soneto fraternal a Herminio Ahumada", *Méjico en la Cultura*, marzo 10, 1970, p. 3.
- "Las manos del mexicano", *Méjico en la Cultura*, enero 28, 1973, pp. 1 y 7 (prosa).
- "Poemas", *La Onda*, mayo 18, 1975, p. 10.

Nuestro Méjico, Méjico, D. F.

"Exágonos", T. I, núm. 6, agosto, 1932, p. 46.

"Grupos de palmeras", T. I, núm. 6, agosto, 1932, p. 47.

Número, Méjico, D. F.

"Sonetos" (I: "Vuelvo a tí, soledad, agua vacía". II: "Junio me dio la voz, la silenciosa". III: "Junio que no cumpliste el prometido". IV: "Hoy hace un año, junio, que nos viste". V: "Junio, jardín de junio, yo no quise". VI: "Poesía, verdad, poeta mío"), núm. 2, invierno, 1933-1934, pp. 25-27.

Occidente, Méjico, D. F.

"Nocturno del Mar-Amor", Año 1, núm. 3, marzo-abril, 1945, pp. 29-42 [Al calce: Las Lomas, junio de 1944].

La Pajarita de Papel / (P. E. N. Club), Méjico, D. F.

"Oda de junio", 1924, 4 pp.

"Al señor J. Sánchez M. C., enviándole un ejemplar de *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes", 2a. época, núm. 35, noviembre 7, 1944, p. 4 [Al calce: Las Lomas, 10 de agosto, 1943].

"Soneto" (A Francisco Orozco Muñoz), 2a. época, núm. 37, enero-febrero, 1945, p. 4.

"Pequeño canto por un recuerdo griego" (A Benito Coquet), 2a. época, núm. 39, abril-mayo-junio, 1945, pp. 3-6 [Al calce: Lomas de Chapultepec. Serie de 1942] [Con el título de "Canto por un recuerdo griego" en *Material Poético*].

Papel de Poesía, Saltillo
"Sonetos de los Arcángeles" (A José Bergamín), núm. 6, octubre
10, 1942, p. 2.

Pegaso, México, D. F.
"A Guillermo Dávila", T. I, núm. 8, abril 26, 1917, p. 4.
"Mi más caro amigo", T. I, núm. 20, julio 27, 1917, p. 7.

Plural, México, D. F.
"Poemas" ("Envío", "Hondo canto del desierto", "Sonetos escritos en
Atenas", "La dualidad nocturna", "Cosilla para el Nacimiento de
1974", "Ansioso todavía"), Vol. V, núm. 3, diciembre, 1975, pp.
40-42.

Poesía, México, D. F.
"Poema de los Arcángeles" (I, II, III), núm. 2, abril, 1938, pp.
13-16.

Poetry, U.S.A.
"Fragments" (Trad. de L. Mallán), Vol. LXIII, núm. 2, mayo, 1943,
p. 114.

El Pueblo, México, D. F.
"La cohesión del alma de la juventud literaria", agosto 27, 1916,
p. 3 [Pellicer firma este texto colectivo].

El Rehilete, México, D. F.
"Soneto a Juan José Arreola en un ejemplar de *Material Poético*",
núm. 6, octubre, 1962, p. 16.
"Otro soneto a Juan José Arreola", núm. 6, octubre, 1962, p. 16.
"La gitana", núm. 13, abril, 1965, pp. 27-28.

Relator, Cali, Colombia.
"Mensaje", febrero 11, 1946, p. 1 (prosa).

Repertorio Americano, San José de Costa Rica.
"Tercera vez". "Desde la terraza del Hotel Gloria". "Amaneció",
T. VII, núm. 3, octubre 8, 1923, p. 3 [Al calce: Río de Janeiro,
1922].
"Vacaciones". "Paisaje". "El Recuerdo". "Grupo de palomas".
"Paisaje (I y II)", T. XIV, núm. 24, junio 25, 1927, pp. 374-
375. [Al calce: París, 1926].
"Elegía ditirámrica" (Simón Bolívar), T. XX, enero 11, 1930, p. 5.

"Del libro *Camino*" (Estrofa neoyorquina, Estudio, Fragmentos. La Prosa de David) T. XX, febrero 8, 1930, pp. 93-94.
"Romance de Pativilca", T. XX, junio 14, 1930, p. 350.

Revista Azul, Bogotá.

"Colores en el mar" ("Ayer el mar, lleno de represalias", "Jugaré con casas de Curazao"), núm. 5, octubre 16, 1919, pp. 83.

Revista Bolivariana, México, D. F.

"Elegia ditirámica", Año I, núm. 1, julio 24, 1946, p. 21.

Revista de América, Bogotá.

"Romance de Fierro Malo", núm. 15, marzo, 1946, pp. 305-310.
"Cuatro breves cantos en mi tierra", núm. 16, abril, 1946, pp. 280-284 [Al calce: Villahermosa, Tabasco, 1943].

Revista de Avance, La Habana, Cuba.

"Poema pródigo", "Grupos de palmeras", Vol. 4, núm. 39, octubre 15, 1929, pp. 299-302.

Revista de Bellas Artes, México, D. F.

"Pablo [Neruda]", 2a. época, núm. 11-12, septiembre-diciembre, 1973, p. 33 (prosa).

Revista de las Indias, Bogotá.

"Estrofas de Lindo Linde", Vol. II, enero, 1939, pp. 223-226.

Revista de Literatura Mexicana, México, D. F.

"Ara virginum" (I: "Ave María", II: "Mater amabilis", III: "Mater dolorosa", IV: "Regina coeli") (Para Antonio Caso), Año 1, núm. 2, octubre-diciembre, 1940, pp. 214-225 [Al calce: Lomas, México, D. F., mayo-junio de 1940].

Revista de Revistas, México, D. F.

"Grupos de palomas" (A la señora Guadalupe Medina de Ortega), septiembre 27, 1925, p. 23.

"Lotos por Antonia Mercé", agosto 23, 1936, s. p.

Revista Mexicana de Literatura, México, D. F.

"He olvidado mi nombre", núm. 3, enero-febrero, 1956, pp. 197-198 [Al calce: Villahermosa, a 15 de mayo, 1952].

"A Rufino Tamayo", núm. 7, septiembre-octubre, 1956, pp. 27-29 [Al calce: Las Lomas, a 12 de septiembre de 1956].

Revista Nacional de Cultura, Caracas.

- "Tempestad y calma en honor de Morelos", núm. 59, noviembre-diciembre, 1946, pp. 79-82 [Al calce: México, 1946].
"He olvidado mi nombre"; núm. 140/141, mayo-agosto, 1960, pp. 209-211.
"Aria de sueño", núm. 153, julio-agosto, 1962, pp. 169-170.

Romance, México, D. F.

- "Cuatro sonetos bajo el signo de la cruz", Vol. I, núm. 4, marzo 15, 1940, p. 9.

Rueca, México, D. F.

- "Elegía feliz" (I: "En el dolor gigante, cuanto aspira". II: "Esplendor que a mis venceas apasiona". III: "Qué agua de ti mi corazón aniega,"), Año II, núm. 8, otoño, 1943, pp. 3-5 [Al calce: Prisión del Cuartel de San Diego, Tacubaya, D. F., febrero de 1930].

Ruta, México, D. F.

- "Las canciones de Peñíscola", núm. 1, junio, 1938, pp. 20-27.

San-cu-an-k, México, D. F.

- "La gitana", T. I, núm. 1, julio 11, 1918, p. 4.
"La bayadera", T. I, núm. 1, julio 11, 1918 p. 5.
"/Presentación de Enrique González Rojo/", T. I, núm. 3, julio 25, 1918, p. 4.
"Amado Nervo" ("Leído en la sesión solemne que el Ateneo 'Rubén Darío' ofreció a Amado Nervo", T. I, núm. 4, agosto 10., 1918, 1918, p. 8 (prosa).
"/Presentación de José Gorostiza Alcalá/", T. I, núm. 5, agosto 8, 1918, p. 8 (prosa).
"/Presentación de Luis de Heredia/", T. I, núm. 8, agosto 29, 1918, p. 6 (prosa).
"/Presentación de Bernardo del Águila F./", T. II, núm. 9, septiembre 5, 1918, p. 6.

Los Sesenta, México, D. F.

- "Fuego nuevo en honor de José Clemente Orozco", núm. 1, 1964, pp. 35-58 [Al calce: Lomas de Chapultepec, a 4 y 6 de septiembre de 1963].

Siempre!, México, D. F.

- "Notas para un canto a Río de Janeiro", *La Cultura en México*, junio 6, 1962, p. II. [Al calce: México, marzo de 1961].
- "Dos estudios de jardinería" (Huésped de Carlos Chávez en Acapulco) (I: "En el árca de un sueño"; II: "Un jardín entre rocas"), *La Cultura en México*, junio 6, 1962, pp. I-II.
- "Mirando el río", *La Cultura en México*, enero 23, 1963, pp. XVI-XVII [Le llama "El Canto del Usumacinta"].
- "Tempestad y calma en honor de Morelos" (A José Clemente Orozco), *La Cultura en México*, septiembre, 1963, p. XX [Al calce: Cuernavaca, 9 de mayo de 1946].
- "A Frida", *La Cultura en México*, diciembre 11, 1963, p. I "Gabriela Mistral", *La Cultura en México*, agosto 19, 1964, p. XVIII [Al calce: Las Lomas, junio de 1964] (prosa).
- "Soneto dedicado a Laura Cornejo de Martínez Negrete", *La Cultura en México*, diciembre 30, 1964, p. III [Al calce: Las Lomas, 1961].
- "Estrofa a Adam Mickiewicz", *La Cultura en México*, diciembre 30, 1964, p. III [Al calce: Las Lomas, 1955].
- "Dos sonetos de Junio" (A Elías Nandino) (I: "Junio trae en el hombro la paloma"; II: "Junio, si en tus manos desbaratas"), *La Cultura en México*, diciembre 30, 1964, p. III [Al calce: 1958].
- "Oda a Salvador Novo", *La Cultura en México*, diciembre 30, 1964, p. II [Al calce: 1925].
- "Opinión entre dos paisajes", *La Cultura en México*, julio 19, 1967, pp. VII-VIII (prosa).
- "A Juventino Rosas", *La Cultura en México*, febrero 7, 1968, pp. II-III.
- "Nuevos poemas" (I: Poesía es un descubrimiento. II: Hoy mataron al fresno por tan alto. III: No quisiera morir sin verme a solas), *La Cultura en México*, junio 7, 1972, p. II [Al calce: Tepoztlán, Morelos, mayo 10 de 1972].
- "Diciéndole a José Gorostiza", *La Cultura en México*, septiembre 19, 1973, p. III.
- "Homenaje a Amado Nervo", *La Cultura en México*, octubre 30, 1974, p. VIII.
- "Manuel y Antonio Machado", *La Cultura en México*, septiembre 3, 1975, pp. II-III (prosa).
- "De la naturaleza", junio 21, 1978, p. VII.

El Siglo, Bogotá.

"Segador". "La danza". "En Smyrna", enero 19, 1946, p. 1.

El Sol de México, México, D. F.

- "De Recinto" (Cinco poemas de "Intemporal amor"), Supl. Cultural, febrero 27, 1977, pp. 4 y 14.
"A Carlos y a Corina", Supl. Cultural, febrero 19, 1978, p. 2 [Al calce: Lomas de Chapultepec].
"Tarde Tabasqueña", *ídem*, p. 3 [Al calce: México, 1914].
"Nueva York, miserable maravilla", *ídem*, p. 4.
"Un poco, un poquito de muerte", *ídem*, p. 5.

Sur, Buenos Aires.

- "He olvidado mi nombre", núm. 272, septiembre-octubre, 1961, pp. 38-40.

Tabasco Gráfico, Villahermosa, México.

- "Crónica de arte" (Miguel Roldán Yáñez), Año I, núm. 2, enero 18, 1914, p. 8. (prosa).

Tabasco Médico, Villahermosa, México.

- "Dos palabras sobre La Venta", Vol. I, núm. 5, junio 30, 1953, pp. 1-3 [Al calce: Villahermosa, Tab., 30 de mayo de 1953] (prosa).

Taller, México, D. F.

- "Sonetas de Otoño" (I: "Primer cielo de Otoño primer vuelo", II: "Pausa de Otoño, poderosa y lenta". III: "Aquí, rayando sus cristales fríos". IV: "El aire serpentín de esta figura"), núm. VII, diciembre, 1939, pp. 5-7.
"Sonetos de los Arcángeles" (I: "San Gabriel". II: "San Miguel". III: "San Rafael"), núm. VII, diciembre, 1939, pp. 8-10.
"Elegía nocturna", núm. X, marzo-abril, 1940, pp. 12-14 [Al calce: México, D. F., a 26 de diciembre de 1939].

Taller Poético, México, D. F.

- "Cuatro poemas del libro inédito *Recinto*" ("Si junto a tí las horas se apresuran". "En el silencio de la casa, tú". "Tu amor es el erario inagotable". "Cuando mis fuertes brazos te reciban"), *Primer...*, mayo 1936, pp. 36-41.
"4 poemas del libro inédito *Recinto*" ("Antes que otro poema". "Vida". "Con cuánta luz camino". "Amor, toma mi vida, pues soy tuyo"), Cuarto, junio, 1938, pp. 71-77.

El Tiempo, Bogotá.

- "Estudio" (La sandía pintada de prisa), noviembre 17, 1934, p. 19.
"Esquema para una oda tropical", septiembre 14, 1935, p. 8.

"Seis sonetos" (De *Hora de junio*) (a Ignacio Medina), octubre 6, 1935, p. 5.

"Dos marinos", enero 30, 1936, p. 9 (El mar divino en la sombra de sus mares).

"Pequeño canto por un recuerdo griego", enero 27, 1946, p. 1.

El tiempo, México, D. F.

"La danza del Incienso", Vol. I, núm. 2, enero 10, 1918, p. 7 [Al calce: México, enero 4 de 1918].

Ulises, México, D. F.

"Exágonos", T. I, núm. 2, junio, 1927, p. 7.

El Universal Ilustrado, México, D. F.

"El paisaje de Córdoba", septiembre 10., 1921, p. 31.

"Sus manos", noviembre 24, 1921, p. 33.

"Recuerdos de Iza" (Un pueblecito de los Andes), noviembre 24, 1921, p. 33.

"Iguazú", julio 5, 1923, p. 33 [Al calce: Brasil-Argentina, Catatas del Iguazú, el 22 de octubre de 1922].

"Contestación a la encuesta: ¿Quiénes serán los escritores de 1925?", enero 10., 1925, p. 58 (prosa).

"Homenaje a Diego Rivera", marzo 12, 1925, p. 25 [Al calce: febrero, 1925].

"Una nota sobre Tablada", mayo 28, 1925, pp. 55-56 (prosa).

"Tercera vez", febrero 18, 1926, p. 37.

"Últimos poemas" ("Eternidad". "Variaciones sobre un tema de viaje". "Vacaciones". "Paisaje"), marzo 24, 1927, pp. 23 y 60-61.

Universidad, Bogotá.

"Ayer el mar lleno de represalias", Vol. II, núm. 24, enero 12, 1922, p. 52.

"Jugué con las casas de Curazao", Vol. II, núm. 24, enero 12, 1922, p. 52.

Universidad, Villahermosa, Tabasco.

"Poema al Instituto Juárez", núm. 2, agosto-octubre, 1958, p. 2.

Universidad de México, México, D. F.

"Elegía delfica", núm. 12, enero, 1937, p. 35 [Al calce: Delfos, 1929].

"Nocturno del Mar-Amor", Vol. I, núm. 5, febrero, 1947, p. 4.

- "Sonetos fraternales" (I: "Hermano Sol, cuando te plazca, vamos". II: "Hermano Sol, si quieres, voy mañana". III: "Fraternidad solar, uva espiga"), Vol. VIII, núm. 4, diciembre, 1953, p. 1 [Al calce: Las Lomas, 29 de agosto de 1948].
- "Estrofa a Adam Mickiewicz", Vol. X, núm. 6, febrero, 1956, p. 5 [Al calce: Las Lomas, 1955, noviembre, año de Mickiewicz].
- "Muro pintado", Vol. XXI, núm. 5, enero, 1967, pp. 1-3 (prosa).
- "/Carta a Xavier Villaurrutia/" (París, el 20 de julio de 1926). Vol. XXI, núm. 6, febrero, 1967, pp. 1-3 (prosa).
- "Cosilla para el Nacimiento de 1967-68", Vol. XXII, núm. 6, febrero, 1968, p. 34 [Al calce: Las Lomas, diciembre de 1967].
- "Yo te bendigo vida" (Amado Nervo), Vol. XXIV, núm. 12, agosto, 1970, pp. 5-9 (prosa).
- "Sobre Díaz Mirón", Vol. XXVII, núm. 12, agosto, 1973, pp. 2-7 [Al calce: México, D. F., junio de 1972] (prosa).
- "Camino firme", Vol. XXXI, núm. 6, febrero, 1977, p. 1 [Al calce: 26 de marzo de 1972].
- "Dos sonetos de junio" (A Elias Nandino), Vol. XXXI, núm. 8, abril, 1977, p. 10 [Al calce: Las Lomas, junio de 1958].

uno más uno, México, D. F.

- "Solferinos de medianoche", Sábado, febrero 25, 1978, p. 2 [Al calce: Las Lomas, 27 de febrero. Cuaresma de 1978].

Vida Literaria, México, D. F.

- "Homenaje a Arqueles Vela", Vol. I, núm. 10-11, noviembre-diciembre, 1970, p. 5 [Al calce: México, D. F., Lomas de Chapultepec, septiembre de 1968].
- "Por eso" (I: "Por eso, porque sólo una sonrisa", II: "Por eso este poema, tan abierto") (A Dionisio Morales), núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 2-3.
- "Poemas" ("El campo y yo estábamos ya listos", "Mañana el campo y tú serán conmigo", "Recuerdos de Iza", "Segador", "Grupo de palomas", "Deseos", "El viaje", "Exágonos", "Esquemas para una oda tropical", "Elegía ditirámica", "Recinto (IV, IX, XVIII)", "Semana Holandesa", "Discurso a Cananea", núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 2-5, 14-19 y 26-31).

Voz, México, D. F.

- "No han superado a Velasco", Vol. II, núm. 17, octubre, 1950, pp. 46-47 (prosa).

Voz Nacional, México, D. F.

"Estrofa al viento de otoño" (A Gabriela Mistral), 2a. época,
núm. 5, agosto 31, 1939, p. 19.

"Soneto", 2a. época, núm. 18, diciembre 2, 1939, p. 17.

La Voz Nueva, México, D. F.

"Estudio", núm. 18, mayo 18, 1928, p. 19

Vuelta, México, D. F.

"Un soneto". "El material de la noche florea", núm. 5, abril, 1977,
p. 4 [Al calce: Lomas de Chapultepec, 4 de octubre de 1976].

"Carta a Juan Pollicer" (Roma, el 11 de junio, 1928), núm. 12,
noviembre, 1977, pp. 35-36.

Zócalo, México, D. F.

"Recuerdos de Iza". "Pausa naval". "Horas de junio". "Discurso
por las flores". "A Juventino Rosas". "Tema para un nocturno".
marzo 17, 1957, pp. 4-5.

BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA

- Abreu Gómez, Ermilo: "Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., octubre 17, 1937, p. 2.
- : "Carlos Pellicer", *El Nacional*, noviembre 17, 1943, p. 3.
- : "Carlos Pellicer" en *Sala de Retratos*, Editorial Leyenda, México, 1946, pp. 217-218.
- : "Carlos Pellicer" en *Bellas, Claras y Sencillas Páginas de la Literatura Castellana*, México, Costa-Amic, Editor, 1965, pp. 199-200 / Se incluye: "Romance de Tilantongo".
- Acevedo Escobedo, Antonio: "Noticias literarias de..." (Reseña a 5 poemas), *El Universal Ilustrado*, octubre 29, 1931, página 10.
- : "Anuncios y presencias", *Letras de México*, T. I, núm. 1, enero 15, 1937, pp. 1 y 8; núm. 5, abril 10, 1937, pp. 1 y 6; núm. 6, abril 16, 1937, p. 1; núm. 11, julio 16, 1937, pp. 1 y 7; núm. 28, junio 1, 1938, p. 1; II, núm. 15, marzo 15, 1940, p. 1; núm. 19, julio 15, 1940, pp. 1 y 8; núm. 21, septiembre 15, 1940, p. 1; III, núm. 14, febrero 15, 1942, p. 1; núm. 15 marzo 15, 1942, p. 1; núm. 20, agosto 15, 1942, p. 1; IV, núm. 1, enero 15, 1943, p. 1; núm. 3, marzo 15, 1943, p. 1; núm. 12, diciembre 15, 1943, p. 1; núm. 15, marzo 10, 1944, p. 1; núm. 18, junio 10, 1944, p. 1; núm. 21, septiembre 10, 1944, p. 1; V, núm. 107, enero 10, 1945, pp. 1 y 6; núm. 113, julio 10, 1945, pp. 97 y 111; núm. 115, septiembre 10, 1945, pp. 129 y 130; núm. 118, diciembre 10, 1945, pp. 177-191; núm. 120, febrero 10, 1946, pp. 209-223; núm. 21, marzo 10, 1946, pp. 225-239; núm. 123, mayo 10, 1946, pp. 257-269.
- : *Letras de los 20's*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1966.
- : "Carlos Pellicer" en *Poesía Hispanoamericana Contemporánea, Breve antología*, Secretaría de Educación Pública, 1944, pp. 73-74 [se incluye: "Poema Pródigo"].
- Acosta, Marco Antonio: "Acercamiento a la poesía de Carlos Pellicer", *El Nacional*, febrero 17, 1977, p. 15.
- : "Carlos Pellicer: La muerte, el tiempo, el amor", *Excélsior*, Supl., febrero 20, 1977, pp. 2-3.
- : "Poesía y poética: Paz y Pellicer", *Revista Mexicana de Cultura*, Supl. de *El Nacional*, marzo 6, 1977, p. 6.

- Acosta, Marco Antonio: "La Épica en la Poesía de Carlos Pellicer", *Revista Mexicana de Cultura*, Supl. de *El Nacional*, mayo 15, 1977 p. 8.
- : "Carlos Pellicer, In Memoriam", *El Nacional*, junio 21, 1977, p. 15.
- : "Pellicer y las Culpas de Velasco", *Diorama de la Cultura*, Supl. de *Excélsior*, febrero 19, 1978, p. 6.
- : "Una entrevista desconocida a Pellicer", *Revista Mexicana de Cultura*, Supl. de *El Nacional*, marzo 30, 1978, p. 5.
- Aguilar de la Torre: "Muerte sin Tragedia", *Diorama de la Cultura*, Supl. de *Excélsior*, febrero 19, 1978, p. 7.
- Aguilera, Francisco: "Pellicer, Carlos: *Exígones*", *Handbook of Latin American Studies*: 1941 (Cambridge, Mass., 1942), p. 456.
- Aguilera Malta, Demetrio: "Carlos Pellicer, Mexicano de América", *Boletín de la Comunidad Latinoamericana de Escritores*, junio 4, 1969, pp. 4-5, Reprod. en *El Día*, Supl., noviembre 10, 1968, p. 4 y diciembre 29, 1974, p. 8.
- Aguayo Spencer, Rafael: "Carlos Pellicer" en *Flor de Moderna Poesía Mexicana*, México, Libro-Mex Editores (Biblioteca Mínima Mexicana), 1955, pp. 89 y 83-87 [Se incluye: "Deseos", "Discurso por las Flores"].
- Ahumada, Herminio: "Homenaje a Carlos Pellicer, El Poeta de América" en *Una Doliente Voz, Clamor a lo Alto*, México, Nueva Voz, 1958, pp. 5-10.
- : "Homenaje a Carlos Pellicer en su cincuentenario poético", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, febrero 2, 1969, p. 3.
- : "Homenaje a Carlos Pellicer", *El Libro y el Pueblo*, núm. 50, marzo 1969, pp. 35-38.
- Allareda, Ginés de y Francisco Garfias: "Carlos Pellicer" en *Antología de la Poesía Hispanoamericana*, Biblioteca Nueva, 1951, T. I., pp. 445-450 [Se incluye: "Grupos de Palomas", "Estadio", "Deseos", "Segador", "Horas de Junio" (II III)].
- Alva, Doris: "Con Palabras y Fuego de Carlos Pellicer", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, núm. 721, enero 13, 1963, p. 11.
- Alvarado, José: "La Obra de Carlos Pellicer", *Excélsior*, noviembre 13, 1968, p. 7. Reprod. en *Vida Universitaria*, Monterrey, noviembre 24, 1968, pp. 3 y 10.
- : "Los Nombres de las Cosas" en *Primera Antología Poética de Carlos Pellicer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 11-13. Reprod. en *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, diciembre 29, 1974, p. 8 y un fragmento en *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-abril, 1977, p. 25.

- Álvarez, Alfredo Juan: "La Óptica del Joven Pellicer, La Acústica del Aventurero Lector", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 2.
- Álvarez Penagos, Mario: "Visita Villahermosa al Embajador R. Mc. Bride", *Novedades*, marzo 27, 1970, p. 11.
- Anderson Imbert, Enrique: *Historia de la Literatura Latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1a. reimpresión, 1970, T. II, pp. 19, 166-168.
- Andrea, Pedro F. de y George Melnykovich: "Carlos Pellicer, Aportación Bibliográfica", *Boletín de la Comunidad Latinoamericana de Escritores*, núm. 4, junio, 1969, pp. 8-26.
- Anónimo: "Contemporáneos" (Lectura de Poemas de varios Autores hecha por Torres Bodet, Pellicer y Ortiz de Montellano), *El Pueblo*, diciembre 14, 1916, p. 3.
- : "Carlos Pellicer Cámara" en *Antología de Poetas Modernos de México*, México, Cultura, T. XII, núm. 2, 1920, pp. 160-161 [Se incluye "Nocturno X (para E. R. Ch.)"].
- : "Colores en el Mar de Carlos Pellicer", *Universidad*, Bogotá, Vol. II, núm. 24, enero 12, 1922, pp. 53-54.
- : "Piedra de Sacrificios de Carlos Pellicer", *El Universal Ilustrado*, noviembre 13, 1924, p. 3.
- : "Almanaque" (Visita a La Habana de Carlos Pellicer), *Revista de Avance*, Vol. 4, núm. 38, septiembre, 1929, pp. 283.
- : "Hora de Junio de Carlos Pellicer", *El Universal*, marzo 4, 1937, p. 3.
- : "Congreso de Escritores en Valencia", *Letras de México*, I, núm. 8, mayo 16, 1937, p. 6.
- : "Homenaje a Alfonso Reyes" *Letras de México*, I, núm. 25, marzo 10., 1938, p. 15.
- : "Carlos Pellicer" en *Poesía Mexicana Contemporánea*, México, Antología de "El Nacional", 1939, pp. 196-215 [Se incluye: "Invitación Marítima"; "Pausa Naval"; "Hora de Junio"; "Las canciones de Peñíscola"].
- : "Recinto de Carlos Pellicer", *Revista de las Indias*, núm. 30, junio, 1941, pp. 146-147.
- : "Hace 25 años", *Excélsior*, octubre 23, 1942, p. 5.
- : "Editorial Letras de México", *Letras de México*, III, núm. 23, noviembre 15, 1942, p. 2.
- : "Revista de Revistas", *Letras de México*, III, núm. 22, octubre 15, 1942, p. 10.
- : "Revista de Revistas", *Letras de México*, IV, núm. 2, febrero 15, 1943, p. 11.
- : "Evocación, Carlos Pellicer", *Nosotros*, mayo, 1945, p. 20.

- Anónimo: "Hoy llega a Bogotá el Poeta Pellicer", *La Razón*, Bogotá, enero 17, 1946, pp. 1 y 8.
- : "Carlos Pellicer llegará Hoy a las 3 a Bogotá", *El Tiempo*, Bogotá, enero 17, 1946, pp. 1 y 11.
- : "Carmén Pardo García, De Griff y Maya son los 3 grandes poetas colombianos de Hoy, dice Pellicer", *El Tiempo*, Bogotá, enero 18, 1946, p. 1.
- : "Almuerzo en el Country dio ayer el Ministro Arciniegas a Pellicer", *El Siglo*, Bogotá, enero 19, 1946, p. 1.
- : "Carlos Pellicer hablará hoy en la Casa Colonial", *El Tiempo*, Bogotá, enero 22, 1946, p. 1.
- : "Despedida a Pellicer", *El Tiempo*, Bogotá, enero 27, 1946, p. 1.
- : "Natividad, Según Carlos Pellicer", *Tiempo*, diciembre 24, 1948, p. portada.
- : "Carlos Pellicer Ingresa en la Academia", *El Universal*, octubre 17, 1958, p. 1.
- : "Universitarios en la Poesía: Carlos Pellicer", *Reforma Universitaria*, diciembre 5, 1955, p. 4.
- : "Fuentes Leerá Poesía de Pellicer", *Excélsior*, mayo 22, 1958, p. 7.
- : "Carlos Pellicer Hablará en El Trato con Escritores", *Novedades*, octubre 20, 1959, p. 3.
- : "Conceptuosa Conferencia del Escritor Carlos Pellicer" *Novedades*, octubre 22, 1959, p. 7.
- : "Para Carlos Pellicer", *El Nacional*, mayo 19, 1960, p. 27.
- : "Carlos Pellicer" en *Anuario de la Poesía Mexicana 1960*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1961, pp. 124-125.
- : "... es un país lejano de Francisco Martínez Negrete y Carlos Pellicer", *Bulletin of Centro Mexicano de Escritores*, marzo 15, 1962, p. 3.
- : "Carlos Pellicer" en *Anuario de la Poesía Mexicana 1961*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1962, pp. 102-103.
- : "Carlos Pellicer" en *Anuario de la Poesía Mexicana 1962*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1963, p. 108.
- : "Con Palabras y Fuego de Carlos Pellicer", *Tiempo*, núm. 129, enero, 1963, p. 60.
- : "Carlos Pellicer en Lista de Libros Representativos de América", Unión Panamericana, Washington, 2a. edición, 1963, p. 234.
- : "Preside Pellicer la Asociación Latinoamericana de Escritores", *El Día*, enero 27, 1965, p. 1.
- : "Teotihuacan y 13 de agosto: Ruina de Tenochtitlán de Carlos

- Pellicer", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, febrero 7, 1965, p. 8.
- : "Teotihuacán de Carlos Pellicer", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, febrero 7, 1965, p. 8.
- : "Letras Mexicanas; Carlos Pellicer", en *Letras de Ayer y Hoy*, núm. 4, diciembre, 1965, p. 13.
- : "Un Pesebre Mexicano", *Claudia*, núm. 15, diciembre, 1966, pp. 76-78.
- : "II Congreso Latinoamericano de Escritores", *Espejo*, núm. 2, segundo trimestre, 1967, pp. 76-78.
- : "Carlos Pellicer Condena a los Estudiantes", *Bandera Libre*, núm. 12, Ira, quincena de junio, 1967, p. 1.
- : "Una Prosa en Columna" (Así denomina Carlos Pellicer la poesía de nuestra época), *El Nacional*, Caracas, agosto 20, 1967, p. 3.
- : "Carlos Pellicer escribe acerca de los Museos de Tabasco", *Revista de la Semana*, noviembre 18, 1962, p. 2.
- : "Asociación Latinoamericana de Escritores", *El Día*, enero 27, 1965, p. 1.
- : "Carlos Pellicer estará en 'Panorama' de TV-4 mañana", *Novedades*, diciembre 28, 1968, p. 5.
- : "Poet Carlos Pellicer will be tonight's guest on 'Press Conference'", *The News*, diciembre 29, 1968, p. 23.
- : "El Poeta Carlos Pellicer leyó sus poesías y conversó sobre sus planes", *Excélsior*, julio 5, 1969, p. 1.
- : "Libros, Revistas y Comentarios", *El Libro y el Pueblo*, núm. 55, agosto, 1969, pp. 45-49.
- : "Nombres, Títulos y Hechos. Escritores en un Homenaje", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, septiembre 14, 1969, p. 3.
- : "Homenaje en Memoria de León Felipe", *Excélsior*, septiembre 22, 1969, pp. 1-5.
- : "Homenaje a Pellicer", *Novedades*, septiembre 30, 1969, pp. 1 y 4.
- : "El Camino de Pellicer", *El Heraldo Cultural*, Supl. de *El Heraldo de México*, octubre 5, 1969, pp. 14-15.
- : "Serie de Lecturas", *Excélsior*, octubre 30, 1969, p. 24.
- : "Seis Escritores opinan sobre Los Premios Nacionales", *Drama de la Cultura*, Supl. de *Excélsior*, nov. 30, 1969, p. 1.
- : "Cena de Mario Moreno Reyes a Escritores", *Excélsior*, febrero, 1970, pp. 1-3.
- : "Exhibición de Obras de Elvira Gascón", *Novedades*, febrero 20, 1970, pp. 1-8.

- Anónimo: "Un Acuario en Tabasco", *Novedades*, abril 7, 1970, p. 8.
- : "Tras de un Homenaje del Instituto Juárez, los restos de José Carlos Pellicer serán Sepultados Hoy en Tabasco", *Excelsior*, junio 6, 1970, p. 24.
- : "Me Niego a Leer mis Poemas ante Señoras Tomando Té": Carlos Pellicer, *El Universal*, febrero 4, 1971, pp. 1 y 3.
- : "Pellicer en el Teatro Nacional", *La Prensa Libre*, enero 31, 1975, p. 19.
- : "Primer Homenaje a Carlos Pellicer Anoche en la Ciudad Universitaria", *El Nacional*, febrero 17, 1977, p. 15.
- : "El Último Soneto de Pellicer", *El Nacional*, febrero 18, 1977, p. 17.
- : "Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., febrero 27, 1977, p. 1.
- : "Carlos Pellicer", *Universidad de México*, Vol. XXXI, núm. 6, febrero, 1977, p. 1.
- : "Homenaje a Carlos Pellicer, Hoy 15", *Excelsior*, marzo 15, 1977, p. 5.
- : "Poesía de Pellicer y Frost", *El Heraldo de México*, marzo 22, 1977, p. 1.
- : "Por Decreto Presidencial los Restos del Poeta Pellicer serán Trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres, mañana", *Excelsior*, marzo 30, 1977, p. 1.
- : "Carlos Pellicer" en *Carlos Pellicer*, México, Departamento del Distrito Federal, Dirección General de Servicios Sociales, marzo 31, 1977.
- : "Carlos Pellicer fue Homenajeado", *Novedades*, mayo 24, 1977, p. 1.
- : "Cronología /de Carlos Pellicer/", *Vida Literaria*, núms. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 45-47.
- Arciniegas, Germán: "La Natividad en el Valle de México", *América*, época nueva, núm. 60, 1949, pp. 49.
- : "Tabasco con el Agua en la Garganta", *Universidad*, Villa-hermosa, núm. 1, 1958, pp. 1 y 16.
- : "Poesía al Pie del Trono", *La Estrella de Panamá*, Panamá, julio 23, 1973, p. 3.
- : "Navidad en las Lomas", *El Nacional*, Caracas, diciembre 24, 1973, p. 3.
- : "El Milenario País de los Olmecas", *El Nacional*, Caracas, noviembre 18, 1973, p. 2.
- Arellano, Jesús: "Carlos Pellicer", en *Antología de los 50 Poetas Contemporáneos de México*. México, 5a. edición; 1952, pp. 15-23 [Se incluye: "Grupo de Palomas"; "Hora de Junio"; "La Puerta"; "Discurso por las Flores"; "Segador"].

- Arellano, Jesús: "Las ventas de Don Quijote", *Nivel*, núm. 44, agosto 25, 1962, p. 5.
- Arreola, Juan José: "Carlos Pellicer", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, núm. 16, junio 6, 1962, p. III.
- : "Carlos Pellicer", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, núm. 586, junio 5, 1960, p. 5. Reprod. fragmento en *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-abril, 1977, p. 24.
- : "Prólogo" a *Carlos Pellicer*, Voz Viva de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1960 [Folleto adjunto al disco].
- : "/Reseña sobre la Poesía de Pellicer/", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, núm. 16, junio 6, 1962, p. III.
- : "La Muerte de un Árbol de Caoba que Camina", *Los Universitarios*, núm. 89-90, febrero, 1977, pp. 9-10.
- Arias Bernal: "En la Objetiva", *Excelsior*, septiembre 13, 1949, p. 7.
- Arrom, José Juan: *Esquema Generacional de las Letras Hispano-americanas* (Ensayo de un método), Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963, pp. 197-199.
- Atamoros, Noemí: "Un Testamento Grabado de Carlos Pellicer, en Manos del Padre Mejía", *Excelsior*, marzo 28, 1977, pp. 1-2.
- : "En 1913, Carlos Pellicer se enamoró locamente de una joven en Tabasco", *Excelsior*, marzo 29, 1977, pp. 1-2.
- : "Pellicer escribió los 7 sonetos a Gabriela Mistral cuando ésta iba a morir", *Excelsior*, marzo 30, 1977, pp. 1 y 5.
- : "Para escribir sus poemas, Pellicer acostumbraba a despojarse de la ropa", *Excelsior*, marzo 31, 1977, pp. 1-2.
- : "Búsqueda del amor en Carlos Pellicer", *Excelsior*, febrero 23, 1978, pp. 1-2.
- Aub, Max: "Carlos Pellicer" en *Poesía Mexicana, 1950-1960*, México, Aguilar, 1960, pp. 57-71 [Se incluye: "Nocturno" (11 sonetos); "He olvidado mi nombre"; "Flora solar"; "La balada de los tres suspiros"; "Dos sonetos de junio"; "Aria de fuego"].
- : "Poesía Mexicana, 1950-1960", *Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 7, marzo, 1960, pp. 12-15.
- Avilés, Alejandro: "Pellicer: Arte y vida", Diorama de la Cultura, supl. de *Excelsior*, mayo 4, 1969, pp. 1-4.
- Azuela, Salvador: "El Ejemplo de Medellín Ostos", *El Universal*, julio 5, 1958, p. 3.
- Bambi: "Un Hombre sin Nombre", *Excelsior*, enero 29, 1956, p. 2.
- : "El cocodrilo se llama Manuel en honor suyo, le dijo Carlos Pellicer", *Excelsior*, mayo 23, 1977, p. 1.

- Barreda, Octavio G.: "Sonetos y Erratas", *Letras de México*, I. núm. 4, marzo 5, 1937, p. 3.
- ; y otros: *Las Revistas Literarias de México*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1963, pp. 255.
- : "Mis Primeras Revistas / Cladios, San-Ev-Ank y Letras de México", *El Libro y el Pueblo*, época VI, núm. 9, enero 1964, páginas 3-10.
- Barrientos, Alfonso Enrique: "Columna de México, Subordinaciones de Carlos Pellicer", *El Imparcial*, Guatemala, mayo 16, 1949, p. 3.
- : "Presencia de Carlos Pellicer", *Impacto*, Guatemala, junio 12, 1970, pp. 2 y 15.
- : "Homenaje a Carlos de América", *Impacto*, Guatemala, junio 14, 1970, p. 13.
- Bartíos Gómez, Agustín: "Ayer en Sociedad, Carlos Pellicer", *Novedades*, mayo 19, 1954, p. 4.
- Bautista, Miguel: "Carlos Pellicer"; "La Poesía como Conciencia de Gozo", *El Nacional*, marzo 15, 1977, p. 3.
- : "Homenaje de la Universidad a Pellicer", *El Nacional*, febrero 21, 1978, p. 15.
- Becerra, José Carlos: "La Otra Mirada", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 3.
- : "Diálogo con Carlos Pellicer", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, diciembre 5, 1973, pp. VII-VIII.
- Bellini, Giuseppe: "Carlos Pellicer" en *La letteratura Hispano Americana*, Milán, Editorial Accademia, pp. 353-355.
- Benson, Rachel: "Carlos Pellicer" en *Nine Latinoamerican Poets*, Cypress Books, Nueva York, 1968.
- Blanco, Félix: "Carlos Pellicer" en *Poetas Mexicanos*, México, Editorial Diana, 1967 (Colección Moderna, 97), pp. 133-135.
- Blanco, Manuel: "Entrevista con Carlos Pellicer". México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, noviembre 30, 1969, pp. 3-5.
- : "Pellicer a la Rotonda de los Inmejorables Hombres Ilustres", *El Nacional*, abril 10, 1977, p. 3.
- Bocanegra Priego, Lenin: "La Juventud Estudiantil contra Carlos Pellicer Cámaras", *El Hijo del Carabato*, Villahermosa, junio 9, 1967, pp. 1 y 8.
- Bret Harte, Susan: "Carlos Pellicer y una 'Hora de Junio'", *Et Cetera*, núm. 41, octubre, 1967, p. 273-275.
- Caillet-Bois, Julio: "Carlos Pellicer", en *Antología de la Poesía Hispanoamericana*, Aguilar, Madrid, 1965, pp. 1299-1300.

- Caleta: "La creación y la Recreación", entrevista con Carlos Pellicer, *Rotográfico Acción*, Puebla, octubre 10., 1958, p. 9.
- Calleros, Mario: "Las mesas de Plomo, Carlos Pellicer", *Ovaciones*, Supl. núm. 94, octubre 13, 1963, p. 2.
- Calvillo, Manuel: "Líneas sobre Pellicer", *El Universal*, julio 8, 1969, p. 8. Reproducido en *Vida Universitaria*, Monterrey, julio 13, 1969, p. 6.
- Camacho Montoya, Guillermo: "Pellicer habla sobre los tres grandes poetas de Colombia", *El Siglo*, Bogotá, enero 18, 1946, páginas 1 y 7.
- Campo, Jorge del: "Carlos Pellicer, a un año de su muerte", *El Nacional*, febrero 15, 1978, p. 4.
- Campos Jorge: "Pellicer, Carlos" en *Diccionario de Literatura Española*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 4a. edición, 1972, pp. 690-691.
- Campos, Marco Antonio: "Carlos Pellicer. Un Río de Poesía Americana", *Los Universitarios*, núm. 89-90, febrero, 1977, pp. 7-8.
- Cantón, Wilberto: "Obligación del Intelectual es la Crítica al Gobierno", *Novedades*, marzo 22, 1969, pp. 1, 7.
- Cantón Zetina, Carlos: "De Arqueología, Pintura y Política habló Carlos Pellicer, quien dijo ser Apolítico", *Excélsior*, marzo 13, 1966, p. 5.
- : "Pellicer pide reivindicar a Vasconcelos, clama contra las demoliciones en Puebla, pide apoyo al Muralismo" *Excélsior*, abril 2, 1971, p. 7.
- : "Disparates y Deficiencias en los Museos de Provincias, denuncia Carlos Pellicer", *Excélsior*, septiembre 9, 1972, p. 19.
- Caracciolo-Trejo, E.: *The Penguin Book of Latin American Verse*, Penguin Books, Londres, Nueva York, 1971.
- Carballido, Emilio: "Pellicer, académico", *El Nacional*, octubre 28, 1953, p. 3 y 6.
- Carballo, Emmanuel: "Práctica de Vuelo de Carlos Pellicer", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, núm. 391, septiembre 16, 1956, p. 2.
- : "Las Letras Mexicanas en 1956", *Revista Mexicana de Literatura*, núm. 9-10, enero-abril, 1957, pp. 144-145.
- : "Carlos Pellicer y la Poesía por la Exageración", *Nivel*, núm. 37, enero 25, 1962, pp. 6-8.
- : "Conversación con Carlos Pellicer", *La Cultura en México*, Supl. *Siempre!*, núm. 16, junio 6, 1962, pp. III-VII.
- : "Carlos Pellicer" en *19 Protagonistas de la Literatura Mexicana*

- cana del Siglo XX, México, Empresas Editoriales, S. A. 1965, páginas 189-200.
- : "Los Juicios definitivos de Octavio G. Barreda", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, núm. 106, febrero 26, 1964, p. II-III.
- : "Cincuenta años de Quehacer Poético", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 2.
- : "Diario público", *El Día*, agosto 20, 1976, p. 5.
- : "Últimas confesiones y revelaciones de Carlos Pellicer", *Sábado*, Supl. de *Uno más uno*, julio, 10., 1978, pp. 2-6.
- Cardona Peña, Alfredo: "Carlos Pellicer y el Dilirambo Poético". *Jueves de Excélsior*, junio 12, 1947, p. 31.
- : "Fotocharlas, Carlos Pellicer", *El Nacional*, junio 5, 1949, p. 5.
- : "Carlos Pellicer", *Diario del Sureste*, Mérida, junio 6, 1949, página 3.
- : "Carlos Pellicer" en *Semblanzas Mexicanas*, México, Ediciones de Andrea, 1955, pp. 127-130.
- : "Prosa Aprisa", *Vida Universitaria*, Monterrey, núm. 301, diciembre 26, 1956, p. 5.
- : "Material Poético de Carlos Pellicer" *Brecha*, San José de Costa Rica, núm. 6, febrero, 1962, pp. 2-4. Reprod. en *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, julio 10, 1962, p. 2.
- : "Material Poético de Carlos Pellicer", *El Libro y el Pueblo*, septiembre, 1968, pp. 24-28.
- : "Cincuenta años de quehacer poético", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, Noviembre 10, 1968, p. 2.
- : "En el sexto aniversario de su publicación, Material Poético de Carlos Pellicer", *Diario del Sureste*, Supl., Mérida, diciembre 15, 1968, pp. 1 y 4.
- Cardona Vera, J. Guadalupe: "Camino de Carlos Pellicer", *Bandera de Provincias*, Guadalajara, núm. 11, octubre 10, 1929, p. 4.
- Carlock, Armando: "Carlos Pellicer. Poeta en su cincuentenario". *El Libro y el Pueblo*, núm. 55, agosto, 1969, pp. 18-19.
- Carrasco, Norma: "La palabra de Carlos", en *De ser, amor y muerte*, México, 1962.
- Carrión, Benjamín: "Carlos Pellicer", *Revista de Indias*, núm. 2, Bogotá, 1939, pp. 212-222.
- : "Carlos Pellicer" en *San Miguel de Unamuno*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954, pp. 179-189.
- : Cincuenta años de quehacer poético", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 2.
- Cáceres Carepo, Reinaldo: "Carlos Pellicer, pequeño día en prosa devota", *El Nacional*, Supl. abril 13, 1969, p. 2.

- Castañeda, Daniel: "Música", *Letras de México*, II, núm. 5, mayo 15, 1939, p. 6.
- Castellanos, Rosario: "Carlos Pellicer, Retratista", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, núm. 116, junio 6, 1962 pp. VII-VIII.
- : "Al Pie de la Letra", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, junio 29, 1969, p. 3.
- Castillo, Manuel del: "Visitar La Venta es rendir un homenaje a Pellicer", *El Sol de México*, diciembre 28, 1977, pp. 1 y 7.
- Castro Norma: "El 'Nacimiento' de Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, enero 16, 1966, p. 1.
- Castro, Rosa: "Y ahora hablemos de la Poesía Mexicana", *Hoy*, diciembre 30, 1950, p. 12.
- : "7 mil millones de presupuesto y el arte nacional abandonado, dice Carlos Pellicer", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, marzo 31, 1957, pp. 6 y 8.
- Castro Teresa: "... y el Poeta no Llegó" (Carlos Pellicer), *La Onda*, Supl. de *Novedades*, mayo 18, 1975, p. 10.
- Castro Leal, Antonio: "Carlos Pellicer" en la *La Poesía Mexicana Moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras Mexicanas, pp. 272-286 [Se incluye: "Deseos"; "Segador"; "Elegía ditirámbica a Bolívar"; "Estudio" ("Las horas se adelantan"); "A la poesía"; "Luces del Ámbar"; "Horas de Junio" (Sonetos I-IV); "Lutos por Antonia Mercé"; "Tema para un Nocturno"].
- : "Hernán Cortés. Una invención azteca". *Excélsior*, junio 3, 1970, pp. 7-8.
- Gázares, Víctor M.: "Víctima de un paro cardíaco, falleció ayer el poeta y escritor mexicano Carlos Pellicer", *El Nacional*, febrero 17, 1977, p. 7.
- Ceide-Echeverría, Gloria: "Carlos Pellicer" en *El Haikai en la lírica mexicana*, México, Ediciones de Andrea, 1967, pp. 89-92.
- Cervera, Juan: "Ante un Verso de Pellicer", *El Nacional*, noviembre 29, 1968, p. 4.
- : "De Poeta a Poeta", *La Gaceta*, núm. 10, diciembre, 1968 páginas 14-18.
- Ciper, Gerardo: "Carlos Pellicer: Luminosa Esperanza", *El Heraldo de México*, marzo 18, 1973, pp. 2 y 25 y marzo 25, 1973, p. 9.
- Cohen, J. M.: "The Eagle and the Serpent", *The Southern Review*, Vol. I, núm. 2, Spring, 1965, pp. 261-374.
- : "Carlos Pellicer" en *Latin American Writing Today*, Penguin Books, Baltimore, 1967.
- Colin Eduardo: "Carlos Pellicer" en *La Antorcha*, T. II, núm. 2, sep.

- tiembre, 1925, pp. 8-9 y *El Universal Ilustrado*, febrero 4, 1926, páginas 12-13.
- : "Poetas Hahemos: Carlos Pellicer", *El Universal Ilustrado*, febrero 4, 1926, p. 12.
- Colin, Mario: "Carlos Pellicer, Cultor de México", *Excélsior*, febrero 19, 1977, p. 5.
- Colorado, Belisario: "La cabeza sonriente", *Presente, Villahermosa*, diciembre 28, 1969, p. 1 y diciembre 29, p. 1.
- Cortázar, Enrique: "El ¿último? Canto de Carlos Pellicer", *La Semana de Bellas Artes*, núm. 14, marzo 8, 1978, pp. 2-3.
- Cosío Villegas, Raúl: "Domingo Mañanero de Pellicer", *Excélsior*, febrero 17, 1977, p. 16.
- Cranfile, Thomas Mabry: "Carlos Pellicer" en *The Muse in México. A Mid-Century Miscellany*, University of Texas, Austin, 1959.
- Cuesta, Jorge: "Carlos Pellicer" en *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, México, Ed. "Contemporáneos", 1928, pp. 141-153 [Se incluye: "Estudio" ("Jugaré con las casas de Curazao"); "Tercera Vez"; "Deseos"; "Segador"; "Grupo de Palomas"; "Estudio" ("La Sandía pintada de prisa"); "Domingo", "El recuerdo"; "Estudio" ("No hay tiempo para el tiempo"); "La Aurora").
- Cuevas, Rafael: "Carlos Pellicer" en *Panorámica de las Letras*, México, Ediciones de la Revista Bellas Artes, 1956, páginas 7-68.
- Charry Lara, Fernando: "Tres poetas Mexicanos", *Universidad de México*, Vol. XI, núm. 3, noviembre 1956, p. 9.
- Chávez, Carlos: "Carlos Pellicer" en *Mis Amigos Poetas*, México, El Colegio Nacional, 1978.
- Chumacero, Ali: "Recinto de Carlos Pellicer", *Tierra Nueva*, año II, núm. 9-10, mayo-agosto, 1941, pp. 175-177.
- : "Las Letras Mexicanas en 1956", *Méjico en la Cultura, Supl. de Novedades*, diciembre 30, 1956, p. 1.
- : "La Poesía de Carlos Pellicer", *El Nacional*, enero 30, 1943, páginas 5-7.
- : "Un Poeta (Chumacero) Juzga a otro Poeta (Pellicer)", *La Cultura en México, Suplemento de Siempre!*, junio 6, 1962, páginas IV-V.
- : "La Poesía", *La Cultura en México, Supl. de Siempre!*, enero 2, 1963, pp. IV-V.
- : "Con Palabras y Fuego de Carlos Pellicer", *La Gaceta*, Año X, núm. 101, enero, 1963, p. 7.

- Dallal, Alberto: "Guillermina Bravo compone un Oratorio Danístico con Materiales y en Memoria de Carlos Pellicer", *Revista Mexicana de Cultura*, Supl. *El Nacional*, agosto 21, 1977, pp. 1-2.
- Dauster, Frank: "Carlos Pellicer" en *Breve Historia de la Poesía Mexicana*, Ediciones de Andrea, México, 1956.
- : "Aspectos del Paisaje en la Poesía de Carlos Pellicer", *Universidad*, Villahermosa, núm. 2, 1958, pp. 8 y 16, Reprod. en *Estaciones*, Año IV, núm. 16, invierno, 1959, pp. 387-395 y en "Ensayos sobre Poesía Mexicana. Asedio a los Contemporáneos". México, Ediciones de Andrea, 1963, pp. 45-51.
- : "Carlos Pellicer" en *Antología de la Poesía Mexicana*. Zaragoza (España), Editorial Ebro, S. C.; 1970, pp. 175-189 [Se incluye: "Recuerdos de Iza"; "Deseos"; "Romance de Tilantongo"; "Cuatro Cantos en mi Tierra"].
- Deambroisis Martins, Carlos: "Pellicer en España", *Hoy*, año 1, Vol. II, núm. 25, agosto 1937, p. 17.
- Debicki, Andrew: "Perspective and Meaning in the Poetry of Carlos Pellicer", *Hispania*, Vol. 56, diciembre, 1973, pp. 1007-1013.
- : "Carlos Pellicer: Hay azules que se caen de morados", *Plural*, Vol. V, núm. 3, diciembre, 1975, pp. 33-38.
- Díaz Ruanova, Osvaldo: "Carlos Pellicer, el poeta", *Así*, diciembre 30, 1944, pp. 13-15.
- Espadas, Justo: "Carlos Pellicer" (13 partes). En *Lectura*, del tomo XVI al tomo XXI: núms. agosto 15, septiembre 10., septiembre 15, octubre 10., noviembre 10., diciembre 10., diciembre 15, de 1940; enero 15, febrero 10., febrero 15, marzo 10., marzo 15, abril 10., de 1941. Estas trece entregas corresponden a las partes numeradas del XV al XXVI del estudio *Panorámica de las letras*.
- Esparis, Ricardo: "Homenaje a Carlos Pellicer", *El Nacional*, marzo 22, 1977, p. 3.
- Espejo, Beatriz: "El poeta de la luz y el color", *El Rehilete*, núm. 9, noviembre 1963, pp. 6-9.
- : "Entrevista con Carlos Pellicer", *Espejo*, núm. 2, segundo trimestre, 1967, pp. 171-175.
- Espínosa Altamirano, Horacio: "Dicen los escritores. Entrevista con Pellicer", *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1a. época, núm. 166, noviembre 10., 1959, pp. 5-6.
- : "Tempestad para un poema de Carlos Pellicer" *Nivel*, núm. 37, enero 25, 1962, p. 9.
- : "La experiencia del viaje en Carlos Pellicer" en *Boletín Biblio-*

- gráfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, año IX, núm. 274, julio 1o., 1963, pp. 16-17.
- Excurdia, Manuel de: *La aparición del grupo "contemporáneo" en la poesía y en la crítica mexicanas: 1920-1931* (Tesis inédita), University Microfilms, Inc., Ann Arbor, Michigan, 1964.
- Farfán, Ernesto: "¿Quién es el mayor poeta de México?", *El Nacional*, 2a., sección, julio 26, 1938, pp. 1 y 4.
- Fernández, Eladio R.: "Carlos Pellicer conserva hermosa tradición mexicana", *El Sol*, enero 2, 1966, p. 5.
- Fernández, Guido: "Pellicer: la antipoesía es un engaño", *La Nación*, San José de Costa Rica, enero 26, 1975, pp. 4-5.
- Fernández, Guillermo: "Todo será posible, menos Uamarse Carlos", *Primera antología poética de Carlos Pellicer (1968)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 19-20. Fragmento reproducido en *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo, junio, 1977, p. 24.
- : "Unas palabras", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 4.
- : "Introducción" en Carlos Pellicer: *Breve antología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (material de lectura), 1977, pp. 4-5.
- Fernández C., José Antonio: "Recordando a Carlos Pellicer", *Novedades*, febrero 15, 1978, pp. 9-10.
- Fernández del Valle: "Luces y sombras" (Sobre ... es un país lejano) *Novedades*, enero 26, 1962, p. 7.
- Fernández Ponte, Fausto: "'No estamos mal... ni bien': Pellicer", *Excélsior*, febrero 15, 1970, pp. 1, 16-17.
- Ferro, Hellen: *Historia de la poesía hispanoamericana*. Nueva York, Las Américas Publishing Company, 1964, pp. 300-302.
- Finisterre, Alejandro: "Carlos Pellicer" en *Poesía en México. México-Ecuador 0°0'0"*, *Revista de Poesía Universal*, Número Anual, VIII, pp. 344-347. [Se incluye: "Estudio" (a Diego Rivera), dos sonetos de *Hora de junio*, "Soneto" (Iniciación del monumento a Bolívar)].
- Fitts, Dudley: "Carlos Pellicer" en *Anthology of Contemporary Latin-American Poetry*, A New Directions Book, Norfolk, Connecticut, 1942, pp. 346-351 [Se incluye: "Estudio"; "Domingo"; "Tercera vez"].
- Florit, Eugenio: "Carlos Pellicer. *Ara virginum*", *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, núms. 1-2, enero-abril, 1945, pp. 64-65.
- : y José Olivo Jiménez: "Carlos Pellicer" en *La poesía hispanoamericana desde el modernismo*, Nueva York, Appleton Century-Crofts, 1968, pp. 331-337 [Se incluye: "La dulce marina de

estio"; "Estrofa al viento de otoño"; "Deseos"; "Segador"; "La puerta"; "Discurso por las flores"; "Sonetos de esperanza"].

- Forster, Merlin H.: *Los Contemporáneos, 1920-1932: perfil de un experimento vanguardista mexicano*. México, Ediciones de Andrea, 1961 (Col. Studium, 46).
- : *An Index to Mexican Literary Periodical*, Nueva York y Londres, The Scarecrow Press Inc., 1966.
- : "El Concepto de la creación poética en la obra de Carlos Pellicer" (Trabajo leído en el homenaje a Carlos Pellicer que se llevó a cabo el 27 de junio de 1969 en la Biblioteca Nacional de México).
- : "Carlos Pellicer" en *La muerte en la poesía mexicana*, México, Editorial Diógenes, S. A., 1970, pp. 84-85, 136-137, 175-176 [Se incluye: "Tema para un nocturno", "Horas de junio", "Soneto postre"].
- : "Letras de México, 1937-1947" (Índice anotado), México, Editorial Universidad Iberoamericana, 1972.
- Frias, José D.: "Carlos Pellicer" en *Antología de jóvenes poetas mexicanos*, Prél. de Guillermo Jiménez. París, Ed. Franco-Ibero-Americana, 1922, pp. 105-109 [Se incluye: "Recuerdos de Iza"; "Ayer se hundieron un barco holandés y el Sol"; "Estudio" ("Jugaré con las casas de Curaçao")].
- Fuente, Carmen de la: "Carlos Pellicer, aeda bolívariano", *El Nacional*, Supl., marzo 27, 1977, p. 8.
- Fuentes, Irma: "Los restos de Carlos Pellicer reposan ya en la Rotonda", *Novedades*, abril 10, 1977, pp. 1 y 8.
- Galindo, Carmen: "El ayudante de campo del Sol", *Novedades*, febrero 13, 1970, pp. 1 y 14.
- Gallo, Ugo y Giuseppe Bellini: *Storia della Letteratura ispano-americana*, 2a. ed., Milán, Nuova Accademia Editrice, 1958.
- Gálvez, Ramón: "Horas de junio de Carlos Pellicer", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, junio 20, 1948, p. 2.
- : "Pausas literarias; Horas de junio de Carlos Pellicer", *Novedades*, Supl. Dominical, junio 20, 1948, p. 2.
- Gálvez y Fuentes, Alvaro: "Revista de Revistas", *Letras de México*, I, nún. 13, agosto 16, 1937, p. 8.
- Gamas Marín, J. C.: "Carlos Pellicer", *El Nacional*, noviembre 22, 1958, pp. 5 y 10.
- Ganboa, Rubén Antonio: *La poesía de Carlos Pellicer*, Tulane University, Nueva Orleans, 1963, 166 pp. (Tesis).
- García Moroto, Gabriel: "Carlos Pellicer" en *Nueva antología de*

- poetas mexicanos*, Madrid, La Gaceta Literaria, 1928, pp. 74-87 [Se incluye "Estudio" ("Jugaré con las casas de Curazao"), "Tercera vez", "Deseos", "Segador", "Grupos de palomas"; "Estudio" ("La sandía pintada de prisa"), "Domingo", "El recuerdo", "Estudio" ("No hay tiempo para el tiempo"), "La Aurora"].
- Garibay, Ricardo: "Imágenes de Carlos Pellicer", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, noviembre 7, 1962, p. XIII.
- Ghiano, Juan Carlos: "Cincuenta años de poesía", *La Nación*, Buenos Aires, abril 12, 1970, pp. 1-2.
- Gicovate, Bernard: "Material Poético de Carlos Pellicer", *Handbook of Latin American Studies*, Gainesville, Fla., 1964, núm. 26, página 176.
- : "Con palabras y fuego de Carlos Pellicer", *Handbook of Latin American Studies*, Gainesville, Fla., 1966, núm. 28, p. 281.
- Gironella, Cecilia: "Perfiles: Carlos Pellicer clava mariposas, versos y globos de navidad", *Hoy*, noviembre 21, 1953, pp. 30-31.
- Godoy, Emma: "La naturaleza, el hombre y Dios en la poesía de Carlos Pellicer", *El Libro y el Pueblo*, época IV, núm. 3, julio 3, 1963, pp. 7-11 y 31.
- : "Carlos Pellicer" en *Sombras de Magia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 70-83 (Letras de México, 90).
- Goitia, Mario y Salvador Gutiérrez, "Carlos Pellicer, poeta y arqueólogo", *Magazine de Novedades*, enero 13, 1957, pp. 8-9.
- González, Augusto M.: "Es necesaria en el país la creación de Museos (Entrevista a Carlos Pellicer)", *El Dictamen*, Veracruz, febrero 27, 1970, pp. 1 y 6.
- González, Otto Raúl: "Ayer partió Carlos Pellicer hacia el Sol", *El Nacional*, febrero 17, 1977, p. 15.
- González Casanova, Enrique: "Reseña de la poesía mexicana del siglo XX", *Méjico en el arte*, núm. 10-11, 1950.
- : "Carlos Pellicer", *Nivel*, núm. 37, enero 25, 1962, pp. 6 y 8.
- : "Obra poética de Pellicer", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, junio 6, 1962, p. XVII.
- González de Mendoza, José María: "Hora y veinte con Carlos Pellicer", *Revista de Revistas*, junio 30, 1929, p. 74. Reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, T. XX, febrero 8, 1930, pp. 88 y 95.
- González Peña: *Historia de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1949, p. 423.
- González Pérez, Salvador: "La Rotonda, honor póstumo a Pellicer", *Excélsior*, abril 1a., 1977, pp. 1 y 23.

- González Ramírez, Manuel y Rebeca Torres Ortega: "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía contemporánea mexicana*, México, Ed. América, 1945, pp. 198-203 [Se incluye: "A la poesía", "San Gabriel", "San Miguel", "San Rafael", "Noche en el agua"].
- González Salas, Carlos: "La poesía mexicana actual", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, núm. 104, agosto 1958, pp. 222-231.
- : "Carlos Pellicer" en *Antología mexicana de poesía religiosa; Siglo Veinte*. Introducción, selección y notas de... México, Ed. Jus, 1960 pp. 205-214 (Col. Voces Nuevas, 13).
- González y Contreras, Gilberto: "Las letras mexicanas durante medio siglo", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 19, julio-agosto, 1956, pp. 168-174.
- Gringoire, Pedro: "Libros de nuestro tiempo; Con palabras y fuego de Carlos Pellicer", *Excelsior*, enero 10, 1963, p. 7.
- Gorostiza, José: "Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 1. Reprod. en José Gorostiza: *Prosa*, Universidad de Guanajuato, 1969, pp. 236-237.
- Guardia, Miguel: "Pintores contra escritores. Interviene Carlos Pellicer: 'No han superado a Velasco'", *Voz. Expresión de América*, Vol. II, núm. 17, octubre 26, 1950, pp. 46-47.
- : "De la soledad al optimismo en la poesía mexicana", *Filosofía y Letras*, núm. 41-42, enero-junio, 1951, pp. 57-59.
- Guillén, Fedro: "Pellicer, católico y revolucionario", *Diorama de la Cultura*, Supl. de *Excelsior*, agosto 3, 1958, p. 6.
- : "Posición de Rulfo y Pellicer, respecto a la intervención yanqui en la Dominicana", *Siempre!*, núm. 621, mayo 19, 1965, pp. 56-67.
- : "Homenaje a Carlos Pellicer", *El Nacional*, junio 20, 1969, página 5.
- : "Epistola a Carlos Pellicer", *Novedades*, noviembre 14, 1971, página 3.
- : "Tierra y ciclo en Pellicer", *Novedades*, enero 15, 1977, página 5.
- : "Pellicer en la antecala", *Novedades*, marzo 12, 1977, p. 5.
- : "Al año de Pellicer", *Novedades*, febrero 11, 1978, p. 12.
- Gussinyé, Miguel: "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía mexicana*, Editorial Azor, 1967, pp. 99-100 [Se incluye: "Para Adolfo Best Maugard, después de contemplar sus últimos cuadros"; "Al pintor Best Maugard, artista, ahora más allá del arte"].

Gutiérrez Vega, Hugo: "Discurso por Carlos Pellicer", *Los Universitarios*, marzo 1978, p. 5.

- Henestrosa, Andrés: "Carlos Pellicer" en *Anuario de la poesía mexicana (1954)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1955, pp. 162-164.
- : "La biblioteca de Carlos Pellicer", *El Nacional*, julio 12, 1968, p. 6.
- Hernández, Julio: "El museo de Villahermosa", *El Libro y el Pueblo*, T. XX, núm. 36, julio-agosto, 1958, pp. 25-28.
- Hidalgo, Alberto: "Carlos Pellicer" en *Índice de la nueva poesía americana*, Prólogo de Alberto Hidalgo, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones, El Inca, 1926.
- Huerta, David: "Carlos Pellicer", *La Gaceta*, XVI, núm. 22, 1969, página 20.
- Huerta, Efraín: "Verdadero junio" (Sobre *Hora de junio* de Pellicer), *El Nacional*, Supl. 2a, época, octubre 17, 1937, p. 2.
- : "Tres libros de poesía", *El Nacional*, julio 10, 1937, pp. 1 y 4.
- : "Voto por Carlos Pellicer", *El Nacional*, agosto 10, 1938, páginas 3 y 5.
- : "Pellicer, su mejor poema, etc.", en *El Nacional*, septiembre 6, 1947, pp. 5-6.
- : "La poesía actual de México" *Espejo*, núm. 2, segundo trimestre, 1967, pp. 13-22.
- Ignacio O., Héctor: "Recibió el poeta Carlos Pellicer el último homenaje en Bellas Artes", *Excélsior*, febrero 18, 1977, p. 1.
- J. C.: "La muerte frustró un homenaje de Carlos Pellicer a Sandino", *El Sol de México*, marzo 9, 1977, p. 2.
- J. D.: "Hora de junio", *El Universal*, mayo 21, 1937, p. 3.
- Jarnés, Benjamín: "Camino y lección" (*Camino de Carlos Pellicer*), *Escala*, núm. 1, octubre, 1930, pp. 11-12. Reprod. en *Ariel Disperso*, México, Editorial Stylo, 1946, pp. 156-157.
- Jibaba, Eduardo: "Pellicer, el poeta de Cristo", *Diorama de la Cultura*, Supl. de *Excélsior*, junio 3, 1951, pp. 8-9.
- Jiménez, José Olívio: "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea, 1914-1970*, Alianza Editorial, Barcelona, 1971, pp. 209-217 [Se incluye: "Estudio"; "Deseos"; "Nocturno"; "Esquemas para una oda tropical"; "Que se cierre esa puerta"; "Sonetos posturos"].

Karsen, Sonja: "Con palabras y fuego de Carlos Pellicer", *Books Abroad*, Vol. 38, núm. 2, Spring, 1964, pp. 176-177.

Labastida, Jaime: "Los sentidos solares de Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, núm. 41, abril 7, 1963, p. 3, Re-prod. en *Vida Nicolaita*, núm. 10, marzo, 1965, pp. 8-9 y 10.

Lambert, Jean-Clarence: "Carlos Pellicer" en *Les Poésies Mexicaines*. París, Editions Seghers, 1961, pp. 239-247 [Se incluye: "Grupo de palomas", "Dúos marinos", "Deseos", "Esquemas para una oda tropical"].

Lara Barba, Othón: "Habla Carlos Pellicer", *Rotográfico Acción*, Puebla, octubre 1º, 1958, pp. 7-8.

—: "Diálogo de Carballo con Carlos Pellicer", *Revista de la Semana*, Supl. de *El Universal*, agosto 24, 1969, pp. 12-14.

—: "Carlos Pellicer: nuestro poeta grande", *Revista de la Semana*, Supl. de *El Universal*, marzo 15, 1970, p. 465.

—: "Ofrenda por Navidad a Carlos Pellicer", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, diciembre 7, 1969, p. 3.

—: *Carlos Pellicer: testimonio; ensayo biblio-iconográfico, ilustrado con textos* [s. p. l.], Sobretiro del Boletín del Instituto de Investigaciones bibliográficas, Vol. 5, enero-junio, 1971, pp. 9-117.

Lara Klehr, Flora: "Carlos Pellicer; un poeta original", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, enero 27, 1974, pp. 7 y 8.

Latino, Simón: "Carlos Pellicer" en *Los cien mejores poemas latinoamericanos*, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 1963, página 78 (Cuadernos de Poesía, 28) [Se incluye: "Deseos"].

Leal, Luis: *Panorama de la literatura mexicana actual*. Washington, D. C. Union Panamericana, 1968, pp. 47-48.

Leiva, Raúl: "Noticia literaria", *El Nacional*, Supl., noviembre 15, 1954, p. 3.

—: "Los contemporáneos. Carlos Pellicer", *Ideas de México*, año VI, Vol. 3, núm. 13-14, septiembre-diciembre, 1955, pp. 40-42.

—: "La poesía de Carlos Pellicer", *Estaciones*, año II, núm. 8, invierno, 1957, pp. 378-395.

—: "Carlos Pellicer" en *Imagen de la poesía mexicana contemporánea*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959, pp. 91-108.

—: "Obras completas de Carlos Pellicer", *El Nacional*, marzo 11, 1962, p. 3.

—: "Material poético de Carlos Pellicer", *Nivel*, núm. 39, marzo 25, 1962, pp. 2-3.

- Leredo, Pablo: "Lecturas clásicas para niños", *El Universal Ilustrado*, noviembre 19, 1925, p. 3.
- Lerín, Manuel: "Carlos Pellicer y el contorno de la poesía", *América*, abril 30, 1944, pp. 21-31.
- : "Poesía reciente de Pellicer" (*Subordinaciones*), *El Nacional*, diciembre 26, 1948, pp. 5 y 8.
- : "Pellicer, académico", *El Nacional*, octubre 23, 1953, páginas 3-8.
- : "Carlos Pellicer: Poeta de Nacimientos", *Revista Mexicana de Cultura*, Supl. de *El Nacional*, abril 22, 1956, p. 9.
- : "Contra el odio y la venganza" (Reseña a *Con palabras y juego*), *El Nacional*, 2a. época, núm. 824, enero 13, 1963, p. 15.
- Loera y Chávez, Agustín: "La joven literatura mexicana (Carlos Pellicer)", *Méjico Moderno*, T. I, núm. 5, diciembre, 1920, pp. 303-311.
- : "La poesía mexicana contemporánea", *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, núm. 6, febrero 12, 1927, pp. 84-87, y núm. 7, febrero 19, 1927, pp. 99-103.
- López Portillo, José y otros: "Decreto por el que se ordena sean trasladados los restos del insigne mexicano Carlos Pellicer al Palacio de las Bellas Artes, para que sean objeto de homenaje público", *Diario Oficial*, marzo 3, 1977, pp. 9-10.
- Lozano y Lozano, Juan: "Carlos Pellicer y Cámaras", *Revista Azul*, Bogotá núm. 5, octubre 26, 1919, pp. 84-86.
- : "Ha muerto Carlos Pellicer", *El Tiempo*, Bogotá, febrero 21, 1977, p. 5.
- Lugo, José María: "Esquema para una religión del paisaje", *Armas y Letras*, año 8, núm. 3, septiembre, 1965, pp. 63-80.
- Luquin, Eduardo: "Panorama de las Letras Mexicanas Contemporáneas" [A. Reyes, C. Pellicer, S. Novo, M. Magdaleno], *El Nacional*, Supl. dominical núm. 450, México, noviembre 13, 1955, páginas 8 y 9.
- M. B.: "Carlos Pellicer", *El Nacional*, febrero 17, 1977, p. 15.
- Magaña Esquivel, Antonio: "Correo literario", *Diario del Sureste*, Mérida, julio 23, 1937, p. 5.
- Magdaleno, Mauricio: "Poesía y verdad", *El Universal*, mayo 11, 1937, p. 3.
- : "Mediodía lírico de Pellicer", *El Universal*, noviembre 30, 1948, p. 3.
- : "Después del fin", *Todo*, noviembre 24, 1955, p. 12.
- Magdaleno, Vicente: "Cuatro ventanas al humanismo poético de

- Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, diciembre 29, 1974, pp. 4-5.
- Mallen, Lloyd y Mary y C. V. Wicker: "Carlos Pellicer" en *3 Spanish American Poets*, Swallow & Critchlow, Albuquerque, Nuevo México, 1942.
- : "Five Mexican Poets" (Paz, Reyes, Pellicer, Villaerrutia, González Rojo), *Poetry*, U.S.A., núm. 6, marzo, 1943, pp. 680-684.
- Maples Arce, Manuel: "Carlos Pellicer" en *Antología de poesía mexicana moderna*, Roma, Caligráfica Tiberina, 1940, pp. 323-335 [Se incluye: "Suite brasilera, poemas aéreos"; "Deseos"; "Grupo de palomas"; "Hora de junio"; "Esquema para una oda tropical"].
- Mármol, Pedro: "Gerundios y pleonasmos. Más sobre Pellicer", *El Nacional*, febrero 22, 1977, p. 15.
- : "Gerundio y pleonismo. Homenajes a Carlos Pellicer", *Novedades*, marzo 14, 1977, p. 15.
- : "Gerundios y pleonasmos. El homenaje a Carlos Pellicer", *El Nacional*, julio 18, 1977, p. 17.
- : "Gerundios y pleonasmos. Dionisio Morales: Homenaje a Pellicer", *El Nacional*, agosto 22, 1977, p. 15.
- Martínez, José Luis: "Vuelta a la tristeza" (La poesía de Carlos Pellicer), *Letras de México*, III, núm. 6, junio 15, 1941, p. 4.
- : "Las letras patrias" (De la época de la Independencia a nuestros días) en *Méjico y la Cultura*, Méjico, Secretaría de Educación Pública, 1946, pp. 401, 440, 443-444, 446 y 463.
- : *Literatura mexicana Siglo XX (1910-1949)*, Méjico, Antigua Librería Robredo, 1949, T. I, pp. 14-15, 22, 30, 35, 82, 95, 110, 113, 126, 142, 186, 341; T. II, p. 94.
- : "La literatura mexicana actual, 1954-1959", *Universidad de Méjico*, Vol. XIV, núm. 4, diciembre, 1959, pp. 11-14.
- : "La literatura mexicana actual, 1954-1959", *Universidad de Méjico*, núm. 4, diciembre, 1959, pp. 11-17.
- : "En la muerte de Carlos Pellicer" (Texto del discurso oficial en el sepelio del poeta), *La Gaceta*, año VII, núm. 76, abril, 1977, p. 2.
- : "Lo que opina José Luis Martínez de Pellicer", *El Sol de Méjico*, Supl., febrero 27, 1977, p. 4.
- : "Carlos Pellicer" (Palabras pronunciadas en la ceremonia de inhumación de las cenizas del poeta en la Rotonda de los Hombres Ilustres, el 31 de marzo de 1977), *Cuadernos Americanos*, Vol. CCXII, núm. 4, julio-agosto, 1977, pp. 211-213.
- Martínez Peñalosa, Porfirio: "Carlos Pellicer" en *Anuario de la poe-*

- sia mexicana, 1961. México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Depto. de Literatura, 1962, pp. 102-107 [Se incluye: "Elegía apasionada" (A la muerte de José Vasconcelos)].
- : "Los primeros poemas de Carlos Pellicer" en *Algunos epígonos del modernismo y otras notas*, Edición Carmelina, México, 1966, pp. 181-187. Reprod. en *Nivel*, núm. 70, octubre 25, 1968, pp. 4-8 y 9.
- Mediz Bolio, A.: "La verdad en su lugar", *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 1930, p. 285.
- Mejía, Eduardo: "El poeta de la voz potente", *Novedades*, Supl., febrero 27, 1977, p. 5.
- Mejía Sánchez, Ernesto: "Pellicer revisitado", *Novedades*, diciembre 13, 1968, p. 5.
- : "Pellicer y Ahumada", *Novedades*, enero 24, 1969, p. 5.
- : "El año Pellicer", *Novedades*, marzo 24, 1969, p. 5. Reprod. en *Lectura*, T. CLXXVIII, núm. 3, abril 10, 1969, pp. 83-85.
- : "Carlos Pellicer, poeta latinoamericano", *Los Universitarios*, núm. 89-90, febrero, 1977, pp. 4-5.
- : "Aniversario Pellicer", *Uno más uno*, febrero 16, 1978, p. 18.
- Mejía Valera, Manuel: "[Carlos Pellicer]", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, p. 25.
- Mejic, Senén: "Entrevista con Carlos Pellicer", *Señal*, núm. 487, febrero 20, 1964, pp. 12-13.
- Melnykovich, George: "Carlos Pellicer and Creationism", *Latin American Literary Review*, núm. 2, primavera-verano, 1914, páginas 95-111.
- : *Reality and Expression in the Poetry of Carlos Pellicer*, University of Pittsburgh, 1973 (Tesis).
- Mendoza, Graciela: "Carlos Pellicer, insigne bolivariano", *El Nacional*, febrero 28, 1977, p. 9.
- Mendoza, María Luisa: "Una hora de junio con Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, julio 10, 1962, p. 1.
- : "Yo no sé nada de Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 4.
- Mendoza, Miguel Ángel: "¿Existe una crisis en la poesía moderna de México?", *Novedades*, julio 17 y 24, 1949, pp. 2 y 4; 2 y 7.
- Mendoza de Venegas, Graciela: "Carlos Pellicer", *Intermedio*, diciembre 9, 1956, p. 1.
- Millán, María del Carmen: *Literatura mexicana*, México, Editorial Esfinge, 1962.
- Mirador: "Belvedere; Carlos Pellicer", *Novedades*, abril 8, 1967, página 4.

- Mistral, Gabriela: "Un poeta nuevo de América; Carlos Pellicer Cámara", *Repertorio Americano*, XIV, núm. 24, junio 25, San José, Costa Rica, 1927, p. 373.
- Mojarro, Tomás: "Cincuenta años de quehacer poético", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 2.
- Monguíño, Luis: "Poetas postmodernistas mexicanos", *Revista Hispánica Moderna*, Vol. XII, núm. 3-4, julio-octubre, 1946, pp. 239-266.
- Monsiváis, Carlos: "Homenaje a Carlos Pellicer", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, diciembre 30, 1964, pp. II-III.
- : *La poesía mexicana del siglo XX. Antología*. Notas, selección y resumen cronológico de..., México, Empresas Editoriales, S. A., 1966, pp. 34-36, 361-401 [Se incluye: "Estudio"; "Recuerdo de Iza"; "Elegia"; "Deseos"; "Segador"; "Oda a Salvador Novo"; "Grupo de palomas"; "Estudio"; "Horas de junio"; "Que se cierre esa puerta"; "Con cuánta luz camino"; "El viaje"; "Bajo el signo de la cruz"; "Rafael"; "Nocturno"; "Hermano sol"; "Nuestro pobre San Francisco"; "Soneto nocturno"; "Soneto"; "Soneto postre"; "Soneto"; "Las estrofas de José Martí".]
- : "Carlos Pellicer; el agua de los cántaros sabe a pájaros", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, mayo 7, 1969, página XVI.
- : "La opinión de Monsiváis sobre Pellicer", *El Sol de México*, febrero 27, 1977, p. 4.
- : "Pellicer, mi igual, mi semejante, mi distinto", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 20-23.
- : "Carlos Pellicer, la bandera optimista y la tradición nacional", *Uno más uno*, Sábado, núm. 9, enero 14, 1978, pp. 2-6.
- Montero, Max: "Aula", *El Universal Gráfico*, agosto 15, 1960, p. 6.
- Montes de Oca, Francisco: "Carlos Pellicer" en *Ocho siglos de la poesía en lengua española*, México, Editorial Porrúa, 1961, pp. 477-480 [Se incluye: "Estudio" ("Apenas te conozco y ya me digo"); "Nocturno" ("Noche, Mar de silencio. Van las meditaciones"); "Nocturno" ("No tengo tiempo de mirar las cosas"); "Haz que tenga piedad de ti, Dios mío"; "Esta barca sin remos es la mía").]
- : "Carlos Pellicer" en *Poesía Mexicana*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1968, pp. 291-301 [Se incluye: "Estudio"; "Nocturno"; "Nocturno"; "Deseos"; "Segador"; "Sembrador"; "Recinto"; "El viaje"; "Horas de junio"; "Sonetos posteriores"; "Sonetos nocturnos"].

- Montezuma de Carvalho, Joaquim de: *Panorama das literaturas das Américas; de 1900 a actualidade*. Vol. IV. Angola, Edição do Município de Nova Lisboa, 1963.
- Mora, Ángel: "Plano literario de México", *Así*, junio 16, 1945, páginas 36-37.
- Mora, Juan Miguel de: "El poeta Carlos Pellicer dice: Azules y Revueltas son mis escritores preferidos", *Hoy*, agosto 10, 1946, página 46.
- Morales, Dionisio: "Pellicer por él mismo", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 38-42.
- Moreno Villa, José: "Doce manos mexicanas", *Letras de México*, III, núm. 3, marzo 15, 1941, pp. 6-7. Reprod. en *Doce manos mexicanas*. México, Ed. Loera y Chávez, 1941, pp. 20-21.
- : "Amistades literarias mexicanas y extranjeras"; *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, febrero 25, 1951, p. 4.
- Muller, Edward, J.: "The Critics and Carlos Pellicer", *Language Quarterly*, University of South Florida, 1972, pp. 39-41.
- : "The Primera antología poética of Carlos Pellicer", *Revista Interamericana de Bibliografía*, 32, núm. 3, julio-septiembre, 1972, pp. 268-274.
- : "Motivos precolombinos en la poesía de Carlos Pellicer", en *Explicación de textos literarios* 3, núm. 1, 1974, pp. 51-57.
- : *Carlos Pellicer*, Twayne Publishers, Boston, 1977, 173 pp.
- Muñoz Cota, José: "La poesía de Carlos Pellicer", *El Nacional*, septiembre 23, 1962, pp. 8-9.
- : "Carlos Pellicer o el paisaje mexicano", *Novedades*, febrero 22, 1977, p. 3.
- Nájera Valdés, Arnulfo: "Sonetos a Carlos Pellicer", *Impacto*, núm. 1016, agosto 20, 1969, p. 40.
- Novo, Salvador: *Ensayos*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1925 [Se incluye: "Oda a Salvador Novo" de Pellicer, páginas 87-89].
- : "Cartas viejas y nuevas", *Mañana*, diciembre 10, 1955, páginas 18-19.
- : "El trato con escritores" en *Letras Vencidas*, Universidad Veracruzana, Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras 10, Xalapa, Veracruz, México, 1962, pp. 69-96.
- : *18 sonetos*, México, s. edit., 1963 [Se incluye: "Tres sonetos a Salvador Novo" de Pellicer, pp. 7-8] [Al calce: Lomas de Chapultepec, enero 4, 1944].
- : "Carlos Pellicer" en *Mil y un sonetos mexicanos. Del siglo*

- XVI al XX, México, Editorial Porrúa, 1963, pp. 95-96, 138, 174-176 [Se incluye: "Horas de junio" (I-IV); "Dos sonetos de junio"; "Nocturno" (Sonetos VIII, X y XI); "Sonetos bajo el signo de la Cruz" (II); "Sonetos de esperanza" (I), "De otros sonetos" (II), "De sonetos dolorosos" (II)].
- : *Toda la prosa*, México, Empresas Editoriales, 1964, páginas 666-667.
- : *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, México, Empresas Editoriales, 1967, pp. 14.
- : "Cincuenta años de quehacer poético", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 1.
- : "Los Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, abril 2, 1978, p. 7.
- Núñez Mata, Efrén: "Carlos Pellicer y su Antología", *Vida Universitaria*, Monterrey, marzo 29, 1970, p. 5.
- Ocampo de Cómez, Aurora M. y Ernesto Prado Velázquez: "Carlos Pellicer" en *Diccionario de escritores mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957, pp. 281-283.
- Odio, Eunice: "Carta a Carlos Pellicer", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, p. 43.
- Onís, Federico de: "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, 1882-1932, Madrid, Casa Editorial Hernando, 1934, pp. 1137-1143 [Se incluye: "Estudio"; "Suite brasilera, poemas aéreos"; "Otros poemas"; "La aurora"; "De Deseos"; "Estudios"; "A la poesía"; "Concierto breve"].
- : "Carlos Pellicer" en *Anthologie de la poésie ibero-américaine*, París, Les Editions Nagel, 1956, pp. 240-241 [Se incluye: "Suite brasilera: Canción de Olinda"; "Deseos"; "Horas de junio" (II)].
- : "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Nueva York, Las Américas Publishing Company, 1961, pp. 1137-1145 [Se incluye: "Estudio"; "Suite brasilera. Poemas aéreos"; "Suite Brasileira. Otros poemas"; "La Aurora"; "Deseos"; "Estudios"; "A la poesía"; "Concierto breve"].
- Ortega, Roberto Diego: "Pellicer: uno es vegetación desesperada", *Universidad de México*, Vol. XXXI, núm. 6, febrero, 1977, página 43.
- Ortiz de Montellano, Bernardo: "Camino de Carlos Pellicer", *Contemporáneos*, T. V, núm. 16, septiembre, 1929, pp. 150-152.
- Ory, Eduardo de: "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía mexicana*, Madrid, Aguilar, 1936.

- Pabón, Francisco: "En el mundo de los mayas con Carlos Pellicer", *Revista de Bellas Artes*, núm. 27, mayo-junio, 1969, pp. 17-24.
- : *Gravitación de lo indígena en la poesía de Carlos Pellicer*, Rutgers University, Nueva Jersey, 1969 (Tesis).
- Pacheco, Cristina: "Carlos Pellicer: presencia de una ausencia", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, abril 2, 1978, pp. 4-5.
- Pacheco, José Emilio: "El que ama la vida y ama las palabras", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, junio 6, 1962, p. VI.
- : "Homenaje a Carlos Pellicer", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 32-34.
- Pacheco, León: "Mexicanos en París", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, febrero 17, 1963, p. 9.
- Palencia, Ceferino: "El nacimiento navideño como obra de arte", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, diciembre 25, 1949, p. 4.
- Pam: "El arte debe reflejar la vida de un país: Pellicer", *Excelsior*, junio 20, 1964 p. 4.
- Pardo García, Germán: "El gran poeta cristiano Carlos Pellicer", *El Tiempo*, Bogotá, octubre 6, 1935, p. 3.
- : "Bienvenida a Pellicer", *El Tiempo*, Bogotá, enero 18, 1946, página 1.
- : "Carlos Pellicer", *Sábado*, Bogotá, enero 19, 1946, p. 4.
- : "Subordinaciones de Carlos Pellicer" (Presencia del gran poeta en Colombia), *Universidad de Méjico*, Vol. 11, núm. 23, noviembre, 1948, pp. 17-18.
- : "Subordinaciones de Carlos Pellicer", *Universidad de Méjico*, marzo 6, 1949, p. 7.
- : "Carlos Pellicer" en "Mis contactos con Honduras" recopilado en *Recuerdo a Rafael Heliodoro Valle en los cincuenta años de su vida literaria*, Méjico, Imprenta Morales Hnos., 1958, páginas 255-262.
- : "A Carlos Pellicer; ofreciéndole el libro *Hay piedras como lágrimas*", *Nivel*, núm. 37, enero 27, 1962, p. 6.
- Pastitos: "Hombres de América", *Excelsior*, junio 19, 1958, p. 5.
- Paz, Octavio: "Carlos Pellicer y la poesía de la naturaleza", *Letras de Méjico*, III, núm. 11, noviembre 15, 1941, p. 7. Reprod. con el título "La poesía de Carlos Pellicer" en *Revista Mexicana de Literatura*, núm. 5, mayo-junio, 1956, pp. 486-493 y en *Las Peras del olmo*, Universidad Nacional Autónoma de Méjico, 2a. edición, 1965, pp. 95-105 y en *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 6-10.
- : "Carlos Pellicer" en *Poesía en movimiento en Méjico 1915-*

- 1966, *Selecciones y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis*. México. Siglo XXI Editores, 1966, pp. 14, 365-384 [Se incluye: "Estudio"; "Recuerdo de Iza"; "Deseos"; "Grupo de palomas"; "Semana holandesa"; "Estudios"; "Estudio"; "Esquemas para una oda tropical"; "Poema pródigo"; "He olvidado mi nombre"].
- Paz Paredes, Margarita: "Los contemporáneos en la poesía mexicana", *La República*, Año II, núm. 25, marzo 10., 1950, p. 35.
- : "Carlos Pellicer, cazador de imágenes", *La República*, núm. 32, junio 15, 1950, p. 29.
- Peñalosa, Javier: "Entrevista con Carlos Pellicer", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, marzo 10, 1964, p. 5.
- Perera Mena, Alfredo: "Poesía tropical", *El Nacional*, diciembre 14, 1952, p. 3.
- : "Carlos Pellicer, académico", *El Nacional*, octubre 24, 1953, páginas 3-6.
- : "Una conferencia de Carlos Pellicer", *El Nacional*, julio 13, 1954, p. 7.
- : *Breve discurso por Carlos Pellicer*. Poema, Pról. de Alfredo Cárdenas Peña, México, Editorial Prisma, 1964.
- Pereyra, Gabriel: "La Anahuacalli de Diego Rivera y una conversación con Carlos Pellicer", *El Día*, noviembre 16, 1964, p. 9.
- : "El Premio Nacional de Artes y Ciencias", *El Día*, diciembre 9, 1964, p. 9.
- : "Colección Carlos Pellicer, donada por el poeta al pueblo de Tepoztlán", *El Día*, junio 16, 1965, p. 9.
- Pineda, Rafael: "Poetas de América: Carlos Pellicer", *El Nacional*, Caracas, febrero 29, 1948, p. 8.
- Ponce de Hurtado, Tere: "Pellicer modeló el mundo original y lo ofreció a los hispanoamericanos", *El Sol de México*, abril 10., 1977, pp. 1 y 6.
- Poniatowska, Elena: "La poesía es asombro. Aviador sin aeroplano", *Excélsior*, noviembre 12, 1953, pp. 1-6.
- : "Pellicer cree en el Diablo. El poeta católico, de colores, va contento hacia el anarquismo", *Novedades*, septiembre 3, 1954, páginas 1 y 7.
- : "El museo Frida Kahlo", México en la Cultura, Supl. de *Novedades*, julio 27, 1958, pp. 7-11.
- : *Palabras cruzadas*, Biblioteca Era, Eds. Era, S. A., México, 1961, pp. 100-104, 301-302.
- : "Nadie es 'Tan Jardín'. Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, noviembre 10, 1968, p. 4.
- : "Fue desde la ceiba que da vuelo hasta el primer escalafón

"del cielo", *Los Universitarios*, núm. 89-90, febrero, 1977, páginas 2-3.

Prados, Emilio, Xavier Villaurrutia, Juan Gil-Albert y Octavio Paz: "Carlos Pellicer" en *Laurel, Antología de la poesía moderna en lengua española*, Pról. de Xavier Villaurrutia, México, Editorial Séneca, 1941, pp. 583-614. [Se incluye: "Estrofa al viento del otoño"; "Segador"; "El recuerdo"; "Canciones de Peñíscola (II)"; "Triptico" (II, "En Smyrna"); "Semana holandesa" (fragmento); "Estudio" ("Sobre las gotas del mar"); "Estudio" ("El corazón nutrido de luceros"), "La danza", de *Hora y 20*; "A la poesía"; "Poema elemental"; "Esquemas para una oda tropical"; "Grupos de figuras"; "Horas de junio" (4 sonetos); "Poema pródigo").

Prats, Alardo: "A los 50 años de hacer poesía Carlos Pellicer ha sido su más severo crítico", *Novedades*, noviembre 17, 1968, página 6.

Puga, Mario: "Carlos Pellicer", *Universidad de México*, Vol. X, núm. 6, febrero, 1956, pp. 16-19.

—: "El escritor y su tiempo: Carlos Pellicer", *Nuestra década (La cultura contemporánea a través de mil textos)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, páginas 610-618.

R. T. F.: "Antología poética. Poemas de Carlos Pellicer", *Hoy*, año 2, núm. 144, noviembre 25, 1939, p. 64.

R. V. G.: "Carlos Pellicer, poeta de América", *El Universal*, abril 1972, pp. 4 y 5.

Ramos Nájera, Abel: "El homenaje de Carlos Pellicer a la Natividad del Señor", *El*, núm. 51, diciembre, 1973, pp. 84-87.

Rea González: "A. B. C." (Sobre... es un país lejano), *El Occidental*, Guadalajara, febrero 27, 1962, p. 3.

Redondo, Brígido: "Oración forestal por Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., marzo 27, 1977, p. 8.

Renán González, Raúl: "Pellicer dentro de un libro monumental", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, julio 10., 1962, p. 4.

Reyes, Alfonso: *Cortesía 1909-1947*, México, Editorial "Cultura", 1948, pp. 291-293.

—: "La pareja sustancial", *Novedades*, mayo 23, 1954, p. 1. Reprod. en *El Nacional*, Caracas, junio 8, 1954 y en *El Sol de México*, Supl., febrero 27, 1977, pp. 2-3.

—: "El lenguaje", *Discursos académicos. Memorias*, T. XVI, México, Jus, 1958, pp. 82-90.

Reyes Nevares, Beatriz: "Juan O'Gorman: como arquitectura ofrece

- peculiaridades muy interesantes" / "Carlos Pellicer: en el Anahuacalli, todas mis experiencias fueron nuevas", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, septiembre 30, 1964, pp. VII-VIII.
- Rico Galán, Víctor: "El mundo literario", *Impacto*, núm. 39, abril 22, 1950, p. 111.
- Ries, Frank: "Piedra de sacrificios. La huella de Vasconcelos en la poesía de Pellicer", *Razón y Fábula*, Bogotá, núm. 25, mayo-junio, 1971, pp. 19-26.
- Ríos, Edmundo de los: "Pellicer antologado", *Diorama de la Cultura*, Supl. de *Excelsior*, octubre 26, 1969, p. 8.
- Rius, Luis: "El material poético (1918-1961) de Carlos Pellicer", *Cuadernos Americanos*, año XXI, Vol. CXXIV, núm. 5, septiembre-octubre, 1962, pp. 239-270.
- Rodríguez, Antonio: "¿Cuándo los millonarios seguirán el ejemplo de Diego Rivera y Pellicer? Ellos donaron a México sus tesoros artísticos", *Siempre!*, núm. 632, agosto 11, 1965, pp. 44-45.
- : "Carlos Pellicer y la museografía práctica", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, junio 29, 1969, p. 2.
- Rodríguez, Fernando: "Adagio para Carlos Pellicer", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, p. 44.
- Reggiano, Alfredo A.: "Material poético de Carlos Pellicer", *Revista Iberoamericana*, Vol. XXVIII, núm. 54, julio-diciembre, 1962, pp. 397-412. Reprod. en *Méjico en la Cultura*, núm. 914, septiembre 25, 1966, p. 3, y en *En esta ave de América*, México, Ed. Cultura, 1966 (Biblioteca del Nuevo Mundo, 5), páginas 169-176.
- Rojas Herazo, Héctor: "Estoy plenamente orgulloso de mi generación colombiana, dijo Carlos Pellicer", *Relator*, Cali, Colombia, febrero 6, 1946, pp. 1 y 7.
- Romero, Manuel Antonio: "Carlos Pellicer, huésped de la Tierra", *América*, núm. 55, febrero 29, 1948, pp. 48-66.
- Rosaldo, Renato: "The Legacy of Literature and Art", en *Six Faces of Mexico*. Tucson, University of Arizona Press, 1966, p. 299.
- Rubayata: "Pellicer", *El Siglo*, Bogotá, marzo 2, 1977, p. 4.
- Ruiz, Luis Bruno: "Loreto a la Danza de Pellicer, el 13". *Excelsior*, noviembre 12, 1977, pp. 1 y 3.
- Ruiz Medrano, José: "Carlos Pellicer" en *Lira*. México, Editorial Jus, 1963, pp. 458-459 [Se incluye: "Un pueblecito de los Andes" y "Segador"].
- Sainz, Gustavo: "Carlos Pellicer", *Sur*, Buenos Aires, núm. 272, septiembre-octubre, 1961, p. 37.

- Salazar Mallén, Rubén: "Hora de junio de Carlos Pellicer", *El Universal*, marzo 4, 1937, p. 3.
- : "Contemporáneos", *El Universal*, abril 15, 1937, p. 3.
- : "Caracterización de un grupo. Los contemporáneos", *Mañana*, diciembre 12, 1964, p. 46.
- Salazar Martínez, Francisco: "Diálogo con Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., julio 14, 1960, pp. 1 y 6.
- Saldívar, José León: "El grupo de los contemporáneos", *Provincia*, Saltillo, T. II, núm. 19, febrero 10, 1955, pp. 16-17.
- Samper, Darío: "Saludo a Carlos Pellicer", *El Tiempo*, Bogotá, enero 18, 1946, p. 3.
- Sánchez González, Gonzalo: "Belén en Chapultepec", *Excélsior*, enero 31, 1949, p. 1.
- Sánchez, Sancho: "Piedra de sacrificios de Carlos Pellicer", *Revista de Revistas*, enero 4, 1925, p. 32.
- Sanoja Hernández, Jesús: "Por el prodigioso mundo de lo mexicano", *El Nacional*, Caracas, noviembre 22, 1973, p. 2.
- Santamaría, Francisco J.: "Carlos Pellicer" en *La poesía tabasqueña*, Antología, Semblanzas literarias, Eds. Santamaría, México, 1940, pp. 212-213.
- : "Carlos Pellicer" en *La poesía tabasqueña / Antología*, Yucatán, Club del Libro, 1950, pp. 201-203 [Se incluye: "El algamarina se pobló de ángeles"; "Túmbame con tus olas, túmbame con tus vientos"; "Monstruosamente aquel mar"].
- Santos, Tulio: "Perfiles de Puebla", *Novedades*, mayo 2, 1962, página 8.
- Saz, Agustín de: "Carlos Pellicer" en *Antología general de la poesía mexicana* (siglos XVI al XX), Barcelona, Editorial Bruguera, 1972.
- Scherer García, Julio: "Frida", Diorama de la Cultura, Supl. de *Excélsior*, junio 29, 1958, pp. 14.
- Schlak, Carolyn Brant: *The Poetry of Carlos Pellicer*. Denver, University of Colorado, 1967, 143 pp. (Tesis).
- Schneider, Luis Mario: "La Francia de los escritores mexicanos", *Cahiers de l'Atlantique*, Xalapa, Veracruz, núm. 1, otoño, 1962, páginas 20-21.
- : "El poema olvidado", *El Rehilete*, núm. 13, abril, 1965, pp. 27-28 [Se incluye: "La gitana"].
- : "Carlos Pellicer" en *La literatura mexicana*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, pp. 13-15.
- : *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1970.

- Segerskog, Birgita: "Graves ranks Pellicer. Paz among best of Mexican poets", *The News*, octubre 13, 1968, p. 17.
- Selva, Mauricio de la: "Poeta de América. Carlos Pellicer", *Excelsior*, enero 13, 1957, p. 2.
- : "Teotihuacan y 13 de agosto: ruina de Tenochtitlan de Carlos Pellicer", Diorama de la Cultura, Supl. de *Excelsior*, mayo 16, 1965, p. 4.
- : "La ideología de Pellicer / Cristo: Un revolucionario en acción permanente", Diorama de la Cultura, Supl. de *Excelsior*, mayo 3, 1970, p. 13.
- : "Carlos Pellicer" en *Algunos poetas mexicanos*, México, Finis-terre, Ecuador 0°0'0", 1971, pp. 127-140.
- : "Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., marzo 13, 1977, pp. 3-4.
- : "Homenaje a Carlos Pellicer", *Cuadernos Americanos*. Vol. CCXII, núm. 3, mayo-junio, 1977, pp. 59-106 [Se incluyen juicios de escritores y poemas de Pellicer].
- Sena, Juan del: "Quién será el poeta de 1922", *El Universal Ilustrado*, enero 5, 1922, p. 25.
- Sevilla, Juan de: "Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., noviembre 24, 1968, p. 1.
- Shara, J. C.: "El material poético de Carlos Pellicer", *Vida Universitaria*, Monterrey, noviembre 10., 1970, p. 9.
- Solana, Rafael: "Poeta continental", *El Universal*, agosto 6, 1943, pp. 3-4.
- : "Diez años en las letras de México", *Méjico en el arte*, núm. 4, octubre, 1948, s. p.
- Solórzano, Carlos: "Pellicer fue un gran solitario", *Excelsior*, abril 14, 1977, pp. 1-2.
- Soto, Jesús S.: "Una crisis de literatos", *Crisol*, núm. 39, 31 de marzo, 1932, pp. 169-175.
- Sotomayor, Arturo: "Revista de Revistas", *Letras de Méjico*, I, núm. 31, septiembre 10., 1938, p. 13.
- Strand, Mark: *New Poetry of Mexico*, Nueva York, E. P. Dutton, 1970.
- Suárez, Luis: "Pellicer: Impresiones de un viaje por Hispanoamérica", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, agosto 30, 1959, pp. 14. Reprod. en *El Tiempo*, Bogotá, septiembre 13, 1959, pp. 1 y 3.
- : "El parque museo de La Venta. La piedra y sus misterios", *La Cultura en Méjico, Siempre!*, núm. 69, junio 12, 1963, página VIII.
- Suárez, Martín: "Dios y Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, julio 10., 1962, p. 2.

- Tablada, José Juan: "Méjico de día y de noche" (Sobre *Hora de Junio* de Carlos Pellicer), *Excélsior*, mayo 4, 1937, p. 5.
- : "A propósito de Pellicer", *El Sol de México*, Supl. Cultural, febrero 19, 1978, p. 3.
- Tamayo, Ricardo C.: "Los nacimientos de Carlos Pellicer", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, diciembre 29, 1974, pp. 2-3.
- Tibón, Gutierre: "Gog y Magog", *Excélsior*, abril 25, 1955, p. 5.
- Tiquet, José: "Carlos Pellicer", *El Universal*, octubre 27, 1953, pp. 4-7. Reprod. en *Lectura*, noviembre 15, 1953, pp. 44-52.
- : "Correo demorado para Carlos Pellicer", *Diorama de la Cultura*, Supl. de *Excélsior*, enero 11, 1970, p. 16.
- : "Mi primer encuentro con Carlos Pellicer", *El Nacional*, Supl., marzo 27, 1977, p. 8.
- : "A Carlos Pellicer, homenaje en tres tiempos", *El Nacional*, Supl., marzo 27, 1977, p. 8.
- Torre, Guillermo de: "Nuevos poetas mexicanos", *La Gaceta Literaria*, Madrid, núm. 6, marzo 15, 1927, p. 6.
- Torres, Juan Manuel: "Los colores de la soledad", *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, julio 10, 1962, p. 3.
- Torres Bodet, Jaime: "La poesía mexicana moderna", *El Sol*, Madrid, febrero, 1928, p. 3.
- : "Perspectiva de la literatura mexicana actual / 1915-1928", *Contemporáneos*, septiembre-diciembre, 1928, pp. 1-33.
- : "Cuadro de la poesía mexicana" en *Contemporáneos* (Notas de Crítica), Herrero, México, 1929, pp. 33-45.
- : *Tiempo de arena*. México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pp. 78-85 (Letras de México).
- : *Trébol de cuatro hojas*, París, Ed. del autor, 1958, pp. 17-22. 2a. Ed. México, Universidad Veracruzana, 1960, pp. 23-31.
- Torres Ríosco, Arturo: "La poesía lírica mexicana", *El Libro y el Pueblo*, T. XI, núm. 6, junio, 1933, pp. 204-214.
- : y Ralph E. Warner: *Bibliografía de la poesía mexicana*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1934.
- : y Ralph E. Warner: "Carlos Pellicer" en *Bibliografía de la poesía mexicana*, Cambridge, Harvard University Press, 1934, pp. XXXIII-XXXIV y 65.
- Turón, Carlos Eduardo: "¿Cuarto menguante? ¿Cuarto creciente? La poesía mexicana de 1950 a 1975", *El Sol de México*, Supl., octubre 10, 1976, p. 11.
- : "Gracias a las breves canciones de Pellicer", *El Sol de México*, Supl., noviembre 21, 1976, pp. 2-5.

- Turón, Carlos Eduardo: "Diario de Abordo", *El Sol de México*, Supl., febrero 27, 1977, p. 15.
- : "Diario de Abordo", *El Sol de México*, Supl., marzo 27, 1977, página 7.
- : "Hacia la luz", *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, pp. 36-37.
- Torriente, Loló de la: "Viaje a un país desconocido", *El Nacional*, Caracas, marzo 10, 1948, p. 3.
- Underwood, Edna Worthley: "Carlos Pellicer" en *Anthology of Mexican Poets From the Earliest Times to the Present Day*. The Mother Press, Portland, Maine, 1932.
- Universidad Autónoma Juárez de Tabasco: Homenaje a Carlos Pellicer, s. a. [Contiene: "Datos acerca del ilustre tabasqueño". "A Juárez". "Romance de Tilantongo". "El Canto del Usumacinta". "Grupo de palmas". "Discurso a Cenanea"].
- Uribe, Marcelo: "Carlos Pellicer", *La Gaceta*, marzo, 1977, página 19.
- Urribarri, Dionisia: "Gloria Contreras recuerda a Pellicer", *El Nacional*, Supl., 1977, p. 7.
- Usigli, Rodolfo: "Carlos Pellicer", *Letras de México*, I, núm. 6, abril 16, 1937, pp. 1-2.
- Valdés, Héctor: "Carlos Pellicer. De agua clara fue su abolengo", *Los Universitarios*, núm. 89-90, febrero, 1977, pp. 6-7.
- Vallarino, Roberto: "Carlos Pellicer (1899-1977)", *Cuadernos de Literatura*, Año I, núm. 4, mayo, 1977, pp. 62-65.
- Valle, Rafael Heliodoro: "El ánfora sedienta", *El Universal Ilustrado*, noviembre 24, 1921, p. 33.
- Valverde, José María: "Carlos Pellicer" en *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, México, Editorial Renacimiento, S. A., 1962, pp. 291-293 [Se incluye: "La Tierra"; "Fragmentos" ("La dicha de no hablarse cuando se ama tanto"), "La puerta"].
- Vasconcelos, José: "Prólogo" a *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano*. México, Ed. Nayarit, 1924. Reprod. en *Vida Literaria*, núm. 25-26, marzo-junio, 1977, p. 35.
- Vargas, Elvira: "Multicosas", *Novedades*, septiembre 13, 1960, p. 5.
- : "Multicosas", *Novedades*, enero 30, 1962, p. 5.
- Vela, Arqueles: "Inmemorial a Carlos Pellicer", *Méjico en la Cultura*, Supl. de *Novedades*, núm. 874, diciembre 19, 1963, p. 3.
- : *Fundamentos de la literatura mexicana*, México, Ed. Patria, 2a. ed. 1966, pp. 124-125.

- Venegas, Roberto: "Poetas mexicanos. Carlos Pellicer", Diorama de la Cultura, Supl. de *Excélsior*, julio 26, 1964, p. 3.
- : "Carlos Pellicer", *La justicia*, septiembre, 1964, pp. 4-7.
- Villaseca, Juan Bautista: "Los poetas del hombre: Carlos Pellicer", *Zócalo*, marzo 17, 1967, p. 13.
- Villaseñor, Margarita: "Recordando a Carlos Pellicer", *El Sol de México*, Supl. Cultural, febrero 19, 1978, pp. 2-3.
- Villafrutia, Xavier: "Cartas a Oliver", *Ulises*, T. I, núm. 2, junio, 1927, pp. 13-17. Reprod. en *El Gallo Ilustrado*, Supl. de *El Día*, abril 2, 1978, p. 6.
- : "La poesía de los jóvenes de México" (Conferencia leída en la Biblioteca Cervantes), Ediciones de la revista *Antena*, México, 1924, 26 pp. Reprod. en *Obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, pp. 819-835.
- : "Introducción a la poesía mexicana", en *Obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, pp. 764, 772.
- Wohl Patterson, Helen: "Carlos Pellicer" en *Lira Mexicana* (Song of Mexico). México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, pp. 52-53 [Se incluye: "Cuando mis fuertes brazos te reciban"].
- Wong, Oscar: "A un año de su muerte. El tiempo en la poesía del maestro Carlos Pellicer", *El Heraldo Cultural*, Supl. de *El Heraldo de México*, marzo 19, 1978, pp. 4-5.
- Xirau, Ramón: "Situation de la poésie mexicaine", *Europe*, París, noviembre, diciembre, 1959, pp. 69-122.
- : "Los hechos y la cultura", *Nivel* (Sobre ... es un país lejano), enero 25, 1962, p. 12.
- : "Epistola a Carlos Pellicer", *Didlogos*, núm. 75, mayo-junio, 1977, pp. 9-15.
- Yrizar Rojas, Manuel: "La última entrevista con Carlos Pellicer", *Uno más uno*, febrero 16, 1978, pp. 18-19, y febrero 17, 1978, página 18.
- Zaid, Gabriel: "Homenaje a la alegría", *La Cultura en México*, Supl. de *Siempre!*, noviembre 16, 1966, p. XX.
- : "Casa a la alegría", en *Primera antología poética de Carlos Pellicer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, páginas 13-19.
- : "Una metáfora de Pellicer", *Plural*, Vol. V, núm. 3, diciembre, 1975, p. 39.

- Zaid, Gabriel: "Pellicer: un desastre editorial", *Vuelta*, núm. 5, abril, 1977, páginas 45-47.
- : "Honores del anonimato", Sábado, Supl. de *Uno más uno*, enero 21, 1978, p. 15.
- : "En defensa de Pellicer", Sábado, Supl. de *Uno más uno*, febrero 3, 1978, p. 15.
- Zavala, Silvio: "El más reciente poemario de Carlos Pellicer", *Revista de Revistas*, año XXVII, núm. 1412, junio 13, 1937, pp. 25-26. Reprod. en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, julio 3, 1937, pp. 9-10.
- Zendejas, Francisco: "Multilibros" (Reseña de *En un país lejano*). *Excélsior*, enero 17, 1962, p. 17.
- : "Multilibros", *Excélsior*, febrero 18, 1977, p. 1.

Indice

NOTA A LA EDICIÓN DE LA POESÍA	7
COLORES EN EL MAR, 1915-1920	11
Estudio	23
Dos danzas de Tórtola Valencia	40
La danza del incienso	40
La bayadera	42
Recuerdo de los Andes	43
La tempestad en los Andes	44
Apuntes coloridos	46
Recuerdos de Iva.	47
Navidad	48
A Bolívar	49
Cuatro estrofas	50
Homenaje a Amado Nervo	51
PIEDRA DE SACRIFICIOS. POEMA IBEROAMERICANO, 1921	55
Prólogo	55
Epigrafe	61
1 (Oda)	63
2 (Uxmal)	66
3 (Iguazú)	67
4 (El cielo)	69
5 (La nieve)	70
6 (El puerto)	71
7 (Preludio)	72
8 (Divagación del puerto)	73
9 (A Germán Arciniegas, en Bogotá)	73
10 (Divagación del puerto)	73
11 (Suite brasiliense. Poemas séreus)	78
Primera vez	78
Segunda vez	78
Tercera vez	79
Cuarta vez	80
12 (Suite brasiliense. Otros poemas)	81
13 (Estrofa al viento del otoño)	84

14, 15 y 16 (Balada trágica del corazón)	85
17 (Romance de Pativilca)	87
18 (Elegia)	89
19 (Cuba)	90
20 (Una tarde)	91
21 (Elegia)	92
22 (Historia)	93
23 (Elegia)	94
24 (Soledad)	95
25 (Elegia)	96
26 y 27 (Oda a Cuauhtémoc)	97
 6, 7 POEMAS. 1924	101
Eternidad	101
La primavera	101
La noche	103
La aurora	105
Soledades	106
Aniversario	107
Melodía en fa	108
Al dejar un alma	109
Canto del amor perfecto	110
Motivos	111
La danza	112
Elegia	113
Scherzo	114
Deseos	116
Nocturno	116
Nocturno	118
Dame, oh bosque	119
Nocturno	119
Nocturno	120
Nocturno	121
Sembrador	122
Segador	123
Canción para una levenda	124
 Hoy y 20, 1927	126
Eternidad	126
Variaciones sobre un tema de viaje	126
Vacaciones	135

Paisaje	137
Paisaje	138
El recuerdo	139
Grupo de palomas	141
Las colinas	142
Paisajes	144
Estudio	146
Elegía ditirámica	147
Simón Bolívar	147
Tríptico	151
En Atenas	151
En Esmerna	151
En Chipre	152
Nocturno de Constantinopla	153
Semana holandesa	154
Viernes	154
Martes-Rembrandt	155
Jueves	155
Viernes	155
Sábado	156
Domingo	157
Lunes	157
Oda de junio	159
Estadio nacional	159
Estudio	161
Estudio	161
Estudio	162
París, canción de primavera	163
Estudios	165
Oda al sol de París	167
Estudio	169
La danza	170
Estudio y poema	170
Ruego	173
CAMINO, 1929	174
A la poesía	174
Poema elemental	175
	969

El aire	175
El agua	176
El fuego	177
La tierra	177
La muerte	178
Envío	179
La oda a Díaz Mirón	180
Estrofa neoyorquina	185
Estudio	186
Fragmentos	187
Elegía	190
Estudios venecianos	193
A Fanny Anitúa	195
El mar Jónico	197
Elegía	199
La hora de David	200
Elegía	203
Concierto breve	208
Brujas	208
Interrupción heroica. Guynemer	211
El encuentro	213
HORA DE JUNIO. 1937	216
Esquemas para una oda tropical	216
Invitación marítima	220
Pausa naval	222
Dúos marinos	225
Horas de junio	227
Grupos de nubes	228
Grupos de figuras	230
Grupos de palmeras	233
Horas de junio	235
Poesía	236
Poética del paisaje	237
Retórica del paisaje	239
Invitación al paisaje	241
Horas de junio	243
Estrofas del mar marino	245

Estrofas de campo y lluvia	247
Estrofas de lindo linde	249
Horas de junio	251
Poema pródigo	253
Nocturnos	254
Elegía dállica	256
Horas de junio	257
La voz	259
 EXÁCENOS, 1941	263
Vuelo de voces	269
 RECINTO Y OTRAS IMÁGENES, 1941	271
 RECINTO	273
Filo del nombre amado	287
 OTRAS IMÁGENES	293
Romance de Tilantongo	295
Las canciones de Peñíscola	303
Estudio	311
Estudio	312
Estudio	313
Lutos por Antonia Mercé	314
Horas de junio	316
Al poeta colombiano Germán Pardo García	318
Estudios	318
Sonetos de otoño	320
A Eduardo Villaseñor	321
Elegía nocturna	322
Tres recuerdos	325
Nocturno	326
A la poesía	328
Presencia	330
 SUBORDINACIONES, 1949	331
El viaje	331
Discurso por las flores	332
Canto por un recuerdo griego	335
	971

Poema en tiempo vegetal	340
Cedro y caoba	343
Talle y sabor	346
Noche en el agua	348
A Juventino Rosas	350
Nocturno del mar amor	353
Oda nocturna a Justo Sierra	357
Soneto	360
Soneto	361
Soneto	361
Soneto	362
Soneto	363
No querer	363
Madrigal de junio	364
Lucida así	365
Septiembre	365
Fecunda elegía	368
Romance de fierro malo	371
Nocturno a mi madre	378
Tempestad y calma en honor de Morelos	381
Cuatro cantos en mi tierra	385
El canto del Usumacinta	391
Tema para un nocturno	397
 PRÁCTICA DE VUELO, 1956	399
Soneto a causa del tercer viaje a Palestina	399
Sonetos bajo el signo de la cruz	399
 SONETOS LAMENTABLES	403
En prisión	405
Sonetos de esperanza	406
Sonetos de la luz	408
Sonetos todo un día	409
Sonetos a los arcángeles	411
 Miguel	411
Gabriel	412
Rafael	412
 Sonetos suplicantes	413
Sonetos nocturnos	414

Nocturno	415
Sonetos fraternales	422
“Hermano Sol”, nuestro padre San Francisco	422
SONETOS PARA EL ALTAR DE LA VIRGEN	425
Ave María	427
Mater amabilis	428
Mater dolorosa	430
Regina celi	432
Otros sonetos	434
Sonetos dolorosos	437
Los sonetos de Zapotlán	450
Sonetos postreros	452
A Cristo	454
CUERDAS, PERCUSIÓN Y ALIENTOS, 1976	455
Cuerdas, percusión y alientos	455
Discurso por el Instituto	455
Líneas por el “Che” Guevara	458
Surgente fin	459
Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos	464
A Juárez	468
Las estrofas a José Martí	470
Gran prosa por el triunfo de la República	473
Memorias de la casa del Viento	475
1. Escalera al mar	475
2. Mirada al mar	477
3. No sé por qué pasó	478
13 de agosto, ruina de Tenochtitlán	480
Palabras y música en honor de Posada	482
Elegía apasionada	487
Poema en dos imágenes	493
Ramón López Velarde	493
La primera	493
La segunda	497
Teotihuacán	498
	973

Aneja de las rosas	501
Discurso a Cananea	505
Cien líneas para ti	508
Fuego Nuevo en honor de José Clemente Orozco	511
Breve informe sobre Machu-Picchu	514
Piedras y nubes	518
 REINCIDENCIAS, 1978	521
Advertencia	521
UNO	521
Líneas para un retrato y sus consecuencias	523
Tres poemas y otros	526
Como una espada rota	528
Pequeña música escondida	530
Soplo nuevo	534
Dicha anónima	538
Dos	541
Esto soy	541
Estoy todo lo iguana que se puede	546
La nada es cosa seria	548
Poema aislado	549
Moviendo las palabras	550
Despertar	551
Sin saber lo demás	551
Instante y líneas para Alfonso Ruisoto	553
Partir de cero	554
Solferinos de medianoche	557
Hondo canto del destierro	559
Poema	563
Poema	564
Tlalpujahua	564
Señas para un retrato	566
Una	566
Dos	567
Tres	568
Y cuatro	568
TRES	569
Dos sonetos de junio	569
Unos sonetos a Germán Arciniegas	571

<i>Flor en la luz</i>	575
<i>Este libro</i>	576
<i>Soneto fraternal</i>	577
<i>Soneto con una queja y una afirmación</i>	577
<i>Soneto en que se regala lo que uno cree que es mejor</i>	578
<i>Soneto dedicado a Andrés Iduarte</i>	579
<i>Para un foto-poema de Manuel Álvarez Bravo</i>	579
<i>A Héctor Cruz</i>	580
<i>Diciéndole a José Gorostiza</i>	581
 Uno	581
Dos	582
Tres	582
 <i>Soneto con un Velasco para mi sobrino Juan</i>	583
<i>Sonetos escritos en Atenas</i>	584
<i>Envío:</i>	586
<i>A Carlos y a Corina</i>	586
<i>La danza</i>	587
<i>Cuatro</i>	588
<i>Tríptico</i>	588
<i>Pentámera</i>	590
<i>Dualidad nocturna</i>	593
<i>Ni la luz ni la sombra</i>	594
<i>Ansioso todavía</i>	594
<i>Por eso</i>	595
<i>Tres sonetos</i>	596
<i>Un soneto.</i>	598
 POEMAS NO COLECCIONADOS, 1922-1976	599
<i>Licenciado</i>	599
<i>Elegía heroica</i>	600
<i>Anuncio</i>	603
<i>Balada de los cuatro cantares</i>	604
<i>Oda a Salvador Novo</i>	607
<i>Elegía</i>	609
<i>Pequeña oda estival</i>	611
<i>Soneto</i>	611
<i>Estudios</i>	613
<i>Letra para una canción</i>	617
<i>A la orilla esbelta</i>	618
<i>Tres sonetos</i>	619
	975

Súplica	622
Laudanza de la provincia	622
Soneto	626
Soneto	627
Soneto	628
Antonio Magdaleno	628
Líneas en movimiento	629
Soneto	630
Al maestro	630
He olvidado mi nombre	631
Tres sonetos a Frida Kahlo	633
Soneto	636
Estrofa a Adam Mickiewicz	637
Recuerdos	639
Canto destruido	642
Flora solar	643
La balada de los tres suspiros	647
Soneto	648
Soneto	649
Soneto	649
A Rufino Tamayo	650
Todo de nada	652
Soneto	654
Siete sonetos para Gabriela Mistral	654
Oxtotepan	659
Como nunca	659
Cuatro sonetos para el pintor Alberto Gironella	660
Confesión	662
A la Virgen de la Soledad	664
Unas líneas para Daniel Robles, poeta	666
Tres notas para un retrato de Alfonso Reyes	667
Soneto	669
Notas para un canto a Río de Janeiro	670
Dos estudios de jardinería	672
Himno del Instituto Politécnico Nacional	675
Soneto dedicado a Laura Cornejo de Martínez Negrete	676
Al poeta Abigail Bohórquez	677
Dos sonetos a Juan José Arreola	677
Para la señora Lolita Rabelo de Rosado	679
Dos pequeños cantos	679
El San Juanito de Ingres	681
Soneto	683
Recuerdo y presencia de Amalia Castillo Ledón	683

Esto que aquí te digo	684
Estrellas sobre el monte	685
Soneto	685
Para <i>El Xochipilli</i> del pintor Correa Zapata	686
A Claudia Correa en sus once años	687
Maria Icaza de Dávila	688
Toda, América nuestra	688
Oda cívica	689
En esta soledad	691
Un monólogo	692
Texto para el himno de la Escuela Nacional Preparatoria, en su primer centenario, solicitado por el director de las preparatorias oficiales	693
Arqueles Vela	694
Ho-Chi-min	694
¿Por qué?	696
Con fuego vegetal	697
¡Ay qué noche tan linda!	699
Como un reloj...	700
20 de noviembre	701
Soneto pobre	702
Diciendo	703
 COSILLAS PARA EL NACIMIENTO	705
Introducción, por Gabriel Zaid.	705
 PRIMEROS POEMAS, 1913-1921	751
Balada del crepúsculo	751
Bacanal	752
Rondel galante	753
Canto al mar	755
Momento marino	758
Nocturno	758
Nocturno	759
Tarde tabasqueña	760
Yo	760
Funeral divino	761
Canto de amor	763
Su nombre	765
Esperanza	765
	977

Tarde lírica	765
La elegía de tus ojos	767
El entierro del conde de Oíga	769
Tríptico azteca	771
I. Tzilacaltein	771
II. Netzahualehoyotl	771
III. Cuauhtemoc	772
Vespertina	77
Fantasia otoñal	773
En las serenidades del crepúsculo	775
Tardes de octubre	775
En el jardín de la tristeza	785
A Oscar Wilde	786
Nocturno	787
A Pericles	787
Tríptico latino	788
I. Roma	788
II. París	789
III. Sevilla	789
Nocturno sevillano	790
Madrigal	792
Tríptico portada	792
Cortesana	793
Soneto de Navidad a la señorita Ana María Galvea	794
Sonetos románticos	795
Orgia	796
Lágrima y Actea	796
La corte	796
Paréntesis	797
Grecia	797
Gloria - Lejuria	798
El incendio	800
Los gladiadores	803
La muerte de Petronio	804
La danza de las rosas	807
Envío	808
Friné ante el tribunal	808
Balada inútil	809

Frente al mar en la tarde	810
Paisaje de olas	811
La ola	812
Esa noche marina	813
Alba del puerto	813
Nocturno	814
Aria de la sombra	816
Nocturno	818
Poema de la Gioconda	819
I. Los ojos	819
II. Las manos	819
III. La boca	820
IV. El paisaje	820
V. El misterio	820
VI. Envío	821
Nocturno IX	821
Nocturno XI	822
Envío a la señorita Estefanía Chávez	822
Nocturno XIV	825
Sonetos a Guillermo Dávila	826
Envío	828
Salomé	828
Preludio	828
Triptico	829
Intermedio	830
Madrigal	831
Nocturno	831
Fin	832
Crotón	833
Soneto que recuerda una puesta de sol	834
Del mar	835
Penumbra	836
Ofrenda a don Joaquín D. Casasús	836
A Carmen	837
Triptico	838
A Juan Ramón Jiménez	840
Nocturno	841
El elogio del pan	844
A Thais	846
	979

Serenata de abril	846
Tríptico	848
Imperial agonía	850
Mi vida...	851
Una vez...	852
Ensueño romántico y triunfal al poeta Salvador Díaz Míron	852
Nocturno XVI	853
Tríptico lunar	854
I. En la fuente	854
II. En el desierto	855
III. En la melancolía	856
Envío	856
Adiós	857
En un atardecer de julio	857
Oda a Campeche	858
Nocturno XIII	860
Tríptico del triunfo	861
I. En el amor	861
II. En el hastío	862
III. En la lira	862
Mágico amor	863
Tríptico de la tristeza heroica	864
I. Noche	864
II. Ánima loca	865
III. Última tristeza	865
Égloga vespertina	866
Preludio himnico a la América Latina	867
Sinfonía de septiembre	871
Tríptico	874
I. A España	874
II. Intermedio	875
Chopin	875
Momentos	875
Nocturno XVII	876

Las Meninas	877
Las hilanderas	878
Ensueño tríptico	878
El arte en el siglo xx	879
Otro soneto	880
Reflejos en el agua	880
Tríptico de las confidencias	881
Nocturno XIX	882
Intermedio otoñal	883
Ansia de la penumbra	886
Soledad	887
Nocturno XVIII	889
Al pintor Mateo Herrera	889
Poema de Navidad	890
Envío	891
Final sinfónico	892
A Guillermo Dávida	892
A mamacita	893
La gitana	894
Música de Enrique Granados	894
Fin	895
Paisaje de Joaquín Sorolla	895
Cuando te pones triste	896
Festín... Su Majestad	897
Noche	898
El paisaje de Córdoba	899
 BIBLIOGRAFÍA DIRECTA	903
 HEMEROGRAFÍA	908
 BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA	929

FE DE ERRATAS

	<i>dice</i>	<i>debe decir</i>
p. 15, línea 10	el rubumbio pontino	el rebumbio pontino
p. 23, línea 28	con las cuerdas de la lira	Con las cuerdas de la lira
p. 23, línea 25	la casa de Gobierno es demasiado pequeña	La casa de Gobierno es demasiado pequeña
p. 23, línea 27	por la tarde vendrá Claude Monet	Por la tarde vendrá Claude Monet
p. 23, línea 29	y por esa callejuela sospechosa	Y por esa callejuela sospechosa
p. 81, línea 22	SUITE BRASILEIRA. POEMAS AÉREOS	SUITE BRASILEIRA. POEMAS AÉREOS <i>A Francisco Espinel</i> <i>A Julián Nava Sáinz</i>
p. 98, línea 12	ni con la órbita de los planetas gigantescos	con la órbita de los planetas gigantescos
p. 98, línea 14	de las estrellas caudales que iluminan el miedo	de las estrellas caudaladas que iluminan el miedo.
p. 105, línea 5	¡Yuridiapündaro y Pátzcuaro!	¡Yuridiapündaro y Pátzcuaro!
p. 131, línea 26	sabiendo que el Señor puso en sus ojos	sabiendo que el Señor puso sus ojos
p. 135, línea 16	Aviñón. Provenza, 2 y 3 de mayo de 1916	Aviñón. Provenza, 2 y 3 de mayo de 1926
p. 138, línea 16	Tú eres dulce y eres también cosa terrible.	Tú eres dulce y eres también cosa terrible.
p. 140, al final	de tu ausencia presente de paloma	de tu ausencia presente de paloma
		México, 1925
p. 143, línea 23	del Ixtaccíhuatl y el Popocatépetl.	del Iztaccíhuatl y el Popocatépetl

	dice	debe decir
p. 145, líneas 24	y los grandes robos al aire libre, de la noche.	y los grandes robos al aire libre, de la noche.
p. 150, línea 19	una aire de laurel. Ligan la sombra	un aire de laurel. Ligan la sombra
p. 156, línea 30	Es falso; la reina no abdicará	Es falso, la Reina no abdicará
p. 158, al final	para esperar sin tedio los bancos y los meses.	para esperar sin tedio los bancos y los meses.
		1926
p. 167, línea 16	creado para soñar y ser perfecto.	creado para soñar y ser perfecto
		1930
p. 171, línea 18	quienes, por fin, Señor, por fin, han perdido el oro de [la palabra].	que, por fin, Señor, por fin, han perdido el oro de la [palabra].
p. 174, cabeza	Camino 1929	Camino 1929 <i>A José Puig Cassautane</i>
p. 277, línea 23	Hornea el mediodía sus colores,	Hornea el mediodía sus colores,
p. 291, línea 13	tuya, de ti y eterna, ven y cambia	tuya, de ti y eterna; ven y cambia
p. 295, entre líneas 12 y 13	y se ve crecer la yerba y de lo inmóvil la garza	y se ve crecer la yerba entre plumajes y estatuas; mueve su pecho la brisa y de lo inmóvil la garza
p. 296, línea 15	que maduran en palabras	que maduraran en palabras,
p. 334, línea 18	Claro que el clarísimo jardín de abril y mayo	Claro que en el clarísimo jardín de abril y mayo
p. 335, línea 14	A decir me acompañe cualquier flor morada;	A decir me acompañe cualquier flor morada;
p. 360, línea 4	contra la tempestad que al alma de más alma	contra la tempestad que al alma dé más alma

	dice	debe decir
p. 380, al final	Sólo yo, madre mía, no duer- mu sin tu sueño'	Sólo yo, madre mía, no duer- mu sin tu sueño' Las Lomas, 8 de marzo de 1942
p. 382, entre lí- neas 26 y 27	Y un trueno hizo caer el ro- ble de los vientos. Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!	Y un trueno hizo caer el ro- ble de los vientos. Palideció el azul del mar. Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
p. 373, linea 23	como quien come una yuca.;	Como quien come una yuca.
p. 390, linea 13	Brillan los lagunertos	Brillan los laguneritos.
p. 393, linea 7	La gran boca del viento se estranguló en la ceiba	La gran boca del viento se es- tranguló en la ceiba
p. 399, cabeza	Práctica de vuelo 1936	Práctica de vuelo 1936 Alfonso Reyes, el admirable
p. 466, linea 8	y podía sentarse entre el agua,	y podía sentarse entre el agua,
p. 466, linea 15	desapareciéndole,	desapareciéndolo,
p. 536, linea 14	¿Qué hacer con tanta sangre que derramó sobre mí mis- mo?	¿Qué hacer con tanta sangre que derramo sobre mi mis- mo?
p. 561, entre lí- neas 24 y 25	de casualidades nocturnas. La noche en el desierto nos rodea	de casualidades nocturnas. La noche en el desierto nos rodea
p. 587, linea 6	Los sueños verdaderos no se acaban.	Los sueños verdaderos no se acaben
p. 741, linea 13	el espíritu oxígeno	el espíritu del oxígeno
p. 743, linea 20	Felic el que sin ojos —Japón—	Felic el que sin ojos —sano—
p. 744, linea 5	distribuirá diamantes	distribuirás diamantes
p. 746, linea 8	dese Amor	de ese Amor

	dice	debe decir
p. 746, entre li- neas 13 y 14	amor de dar, amor de amor.	amor de dar, amor de Cristo, amor de amor.
p. 751, cabeza	Primeros poemas 1913-1921	Primeros poemas 1912-1921
p. 844, línea 17	EL ELOGIO DEL PAN	EN ELOGIO DEL PAN
p. 969, línea 9	Simón Bolívar	debe eliminarse, no entra
p. 969, línea 24	Estadio nacional	debe eliminarse, no entra
p. 970, línea 24	[Invitación marítima ... 220]	[Invitación marítima ... XV]
p. 970, líneas 24	Entre las páginas 220 y 221 se agregaron 16 páginas que se foliaron con números romanos, correspondiéndole al poe- ma Esquemas para una oda tropical el número I.	

Este libro se terminó de imprimir el dia 7
de octubre de 1986 en los talleres de Lito
Ediciones Olimpia, S. A. Sevilla 109, y se
encuadernó en Encuadernación Progresu,
S. A. Municipio Libre 188, México 13, D. F.
Se tiraron 3,000 ejemplares.

